DOM PROSPERO GUERANGER

ABAD DE SOLESMES

EL AÑO LITURGICO

PRIMERA EDICION ESPAÑOLA
TRADUCIDA Y ADAPTADA PARA LOS PAISES
HISPANO-AMERICANOS POR LOS MONJES DE
SANTO DOMINGO DE SILOS

V

EL TIEMPO DESPUES DE PENTECOSTES

SEGUNDA PARTE



1956

EDITORIAL ALDECOA

DIEGO DE SILOE, 18

BURGOS

EL TIEMPO DESPUES DE PENTECOSTES

DECIMOTERCERO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

La serie de domingos que en otro tiempo arrancaba de la solemnidad de San Pedro o *de los Apóstoles,* nunca propasaba a este domingo. La fiesta de San Lorenzo daba su nombre a los que siguen, como ocurría desde el Domingo nono después de Pentecostés, en los años en que la Pascua se distanciaba más del equinoccio de primavera. Cuando la fecha de Pascua caía muy próxima a su punto extremo se empezaban a contar desde este Domingo las *semanas del séptimo mes* (septiembre).

Las Témporas de otoño pueden caer ya en esta semana, pero también puede ocurrir que no lleguen hasta el décimoctavo Domingo. En nuestra explicación seguiremos el orden adoptado en el misal, que las pone a continuación del décimoséptimo Domingo después de Pentecostés.

En Occidente el décimotercero Domingo toma hoy su nombre del Evangelio de *los diez leprosos* que se lee en la misa; por el contrario, los griegos, para quienes es el Domingo trece de San Mateo, leen en él *la parábola de la viña*, cuyos obreros llamados a diversas horas del día, reciben todos idéntica recompensa [1].

MISA

EL RECUERDO DE LOS TIEMPOS PASADOS.—La Iglesia, en posesión de las promesas que el mundo esperó tanto tiempo, gusta mucho de recordar una y otra vez los sentimientos que llenaron el alma de los justos durante los siglos angustiosos en que el género humano vegetaba en las sombras de la muerte. Tiembla a vista del peligro en que sus hijos se encuentran de olvidar en la prosperidad la situación desastrosa que la Sabiduría eterna les ha evitado, llamándolos a vivir en los tiempos que han sucedido al cumplimiento de los misterios de la Redención. De un olvido así tendría que nacer naturalmente la ingratitud que el Evangelio del día justamente condena. Por eso la Epístola y, antes que ella el Introito, nos transportan al tiempo en que el hombre vivía sólo de esperanza bien que se le hubiese hecho promesa de una alianza sublime. Esta debía

---

1 *S. Mateo*, XX, 1-16.

consumarse en los siglos posteriores; mas entretanto el hombre en espera de volver a encontrar el amor se hallaba en una gran miseria, a merced de la perfidia de Satanás y expuesto a las represalias de la justicia divina.

INTROITO

Mira a tu alianza, Señor, no desampares por siempre las almas de tus pobres: levántate, Señor, y defiende tu causa y no olvides las voces de los que te buscan. — *Salmo:* ¿Por qué, oh Dios, nos has rechazado para siempre? ¿Por qué se ha encendido tu furor contra las ovejas de tus pastos? ℣. Gloria al Padre.

LAS VIRTUDES TEOLOGALES. — Hace ocho días vimos el papel que desempeña la fe y la importancia de la caridad en el cristiano que vive en la ley de la gracia. La esperanza le es necesaria también porque, aunque sustancialmente posea los bienes que le harán feliz por toda la eternidad, la oscuridad de este mundo de destierro se los oculta a la vista; además, la vida presente, como tiempo de prueba en que debe cada uno merecer su corona [1], hace que hasta el final de la misma sientan aun los mejores la incertidumbre y las amarguras de la lucha. Por eso debemos implorar con la Iglesia en la Colecta el aumento en nosotros de las tres virtudes fundamentales de fe, esperanza y caridad; mas, para llegar a gozar en el cielo del pleno cumplimiento de todos los

[1] *I Cor.*, IX, 25.

bienes que Dios nos ha prometido, nos es necesaria desde ahora la gracia de amar de todo corazón sus mandamientos, que son el camino que lleva allá y se resumen, según el Evangelio del Domingo pasado, en el amor.

COLECTA

Omnipotente y sempiterno Dios, danos aumento de fe, esperanza y caridad: y, para que merezcamos alcanzar lo que prometes, haznos amar lo que mandas. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. San Pablo a los Gálatas (Gal., III, 16-22).

Hermanos: Las promesas fueron hechas a Abraham y a su descendiente. No dice: Y a sus descendientes, como si fuesen muchos; sino, como si fuese uno sólo: Y a tu descendiente, que es Cristo. Y yo digo esto: Que el pacto confirmado por Dios no fué abrogado por la Ley, publicada cuatrocientos treinta años después, ni la promesa fué anulada. Porque, si la herencia viniese por la Ley, ya no vendría por la promesa. Pero Dios hizo la donación a Abraham por promesa. ¿Para qué sirve, pues, la Ley? Fué puesta por causa de las transgresiones, hasta que viniese el descendiente a quien había sido hecha la promesa, y fué promulgada por ángeles y por mano de un mediador. Pero el mediador no es de uno solo; Dios, en cambio, es uno solo. ¿Luego la Ley va contra las promesas de Dios? De ningún modo. Porque, si se hubiese dado una ley que pudiese vivificar, entonces la justicia vendría verdaderamente de la Ley. Pero la Escritura lo encerró todo bajo del pecado, para que la promesa fuese dada a los creyentes por la fe en Jesucristo.

La libertad del cristiano. — A lo largo de este dilatado período del Tiempo que sigue a Pentecostés, dedicado a glorificar la acción del Espíritu Santo como santificador del mundo, la Iglesia se complace en recordar con frecuencia en la Liturgia los acontecimientos memorables que libertaron al hombre del yugo de la ley del temor para someterle al suave y ligero de la ley del amor. La Epístola de este Domingo décimotercero nos recuerda que la obra divina de nuestra liberación se fué preparando muy lentamente. Como los judíos continuaban teniéndose por un pueblo privilegiado y sostenían por eso que la salvación sólo se podía conseguir por la observancia de la Ley mosaica, ley de esclavitud, San Pablo les recuerda al instante que la salvación se prometió mucho antes de Moisés y que la promesa va vinculada no a la Ley mosaica, sino a la fe en el que algún día había de venir al mundo para redimir a los hombres. Al cumplirse esta promesa, la Ley antigua quedó para siempre anulada.

La promesa mesiánica. — Ahora bien, los judíos conocen mejor que nadie esta promesa y sus particulares condiciones. La hizo Dios en la antigüedad a Abraham, la renovó a los Patriarcas y la confirmó con juramento. Esa promesa, en la posteridad de Abraham, siempre tiene en vista al que es la fuente y origen de la bendición. Por eso no dice el texto sagrado que las promesas vayan dirigidas a Abraham y a sus hijos,

sino a su hijo, a su vástago, al único de quien históricamente se puede afirmar que es la bendición del mundo.

Cuando un hombre promete, su promesa puede cambiar, y sólo es definitiva después de su muerte; pero, como Dios no puede morir, la firmeza de la promesa divina queda asegurada de otra manera: por su solemnidad, por su reiteración, con un juramento. Siendo así de firmes los designios de Dios, no se puede admitir que la Ley mosaica, que llegó cuatrocientos treinta años más tarde que la promesa, la pudiese anular, como no pudo tampoco romper el pacto hecho por Dios. Por tanto, una de dos: la justificación, filiación divina, herencia del cielo y todo cuanto nos une con el orden sobrenatural, o lo debemos a la ley dada a Moisés o a la promesa que hizo el Señor a Abraham. Mas no cabe duda: todo ha venido a nosotros en atención a la promesa hecha a Abraham y no en atención a la ley que dió Dios a Moisés.

La ley y la promesa. — Pero entonces, ¿cuál fué el objeto, la función de la Ley? ¿Es una institución divina sin por qué? De ninguna manera, pero la distancia entre la promesa y la Ley es inmensa. Así como la promesa proviene de la bondad de Dios, la Ley fué ocasionada por el pecado: es una medida higiénica y provisional. El mundo, cada vez más depravado, olvidaba los

preceptos de la ley natural. Dios los promulgó nuevamente y, queriendo venir al mundo, se escogió un pueblo que separó de los otros pueblos y constituyó guardián de la promesa hasta el día en que se cumpliese, es decir, hasta que viniese el retoño en quien debían ser bendecidas todas las naciones.

Y este carácter de la ley, en cuanto es distinta de la promesa, se echa de ver hasta en el modo de su promulgación. La Ley es una institución motivada por las circunstancias, en vez de ser, como la promesa, una disposición espontánea y derivada totalmente del Corazón de Dios. Además se sirvió de los ángeles como intermediarios para instituirla, porque Dios reservaba para sí una intervención personal para más tarde. Finalmente, dicha ley se confió a manos de un mediador, Moisés. Al nacer la Ley, hay un mediador porque hay dualidad, porque hay dos partes que contratan, pues se trata de un pacto entre Dios y su pueblo. Por esto precisamente la Ley es caduca: por ser un pacto, la Ley está subordinada a la fidelidad de las partes. Si la una se retira, la otra queda libre. Al contrario, en el día de la promesa, frente a Abraham sólo vemos a Dios; de parte de Dios es un compromiso totalmente gracioso; no ha habido intermediario ni condición; la promesa es absoluta y eterna.

La ley y la fe. — ¿Hay aquí por ventura antagonismo entre la Ley y la promesa, y acaso la Ley, después de muchos siglos, pudo desmentir y anular las promesas de Dios? Nunca jamás. Ciertamente, el Señor es Soberano: podría haber dado a la Ley el poder de conferir la gracia y la justicia. Pero, mientras la Ley sea exterior a nosotros, es impotente y sólo descubre el pecado que nos prohibe. Para ser eficaz y justificante, se precisaría meterla en nuestra vida y grabarla en nuestro corazón, y no cabe duda que Dios podría haber otorgado a la Ley este privilegio de justificar. Pero la Escritura, que nos revela el pensamiento de Dios, nos enseña que hubo una promesa y que, hasta el día de su cumplimiento, Dios quiso que toda la humanidad permaneciese cautiva bajo el yugo del pecado, para que tuviese ocasión y tiempo de reconocer, en medio de su impotencia, que la justicia es manifiestamente el fruto de la promesa y no de la Ley, fruto obtenido por la fe en Jesucristo [1].

GRADUAL

Mira a tu alianza, Señor, y no olvides para siempre las almas de tus pobres. ℣. Levántate, Señor, y defiende tu causa: acuérdate del oprobio de tus siervos.

Aleluya, aleluya. ℣. Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación. Aleluya.

---

1 Dom Delatte, *Epîtres de saint Paul*, I, 516.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Lucas (Lc., XVII, 11-19).

En aquel tiempo, yendo Jesús a Jerusalén, pasaba por medio de Samaria y de Galilea. Y, al entrar en cierta aldea, le salieron al encuentro diez leprosos, los cuales se pararon de lejos; y alzaron la voz, diciendo: Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros. Cuando los vió, dijo: Id, mostraos a los sacerdotes. Y sucedió que, mientras iban, quedaron limpios. Y uno de ellos, cuando se vió limpio, se volvió, glorificando a Dios a grandes voces, y se prosternó ante su pies, dando gracias: y éste era un samaritano. Y, respondiendo Jesús, dijo: ¿No han sido diez los curados? Y los nueve, ¿dónde están? ¿No ha habido quien volviese y diese gloria a Dios sino este extranjero? Y le dijo: Levántate, vete: que tu fe te ha salvado.

LOS DOS PUEBLOS. — El leproso samaritano, curado de su horrible enfermedad, figura del pecado, representa, en compañía de nueve leprosos de nacionalidad judía, la raza desacreditada de los gentiles, admitida al principio por misericordia a participar de las gracias destinadas a las ovejas perdidas de la casa de Israel [1]. La diferente conducta de estos diez hombres con ocasión del milagro obrado en ellos, corresponde a la actitud de los dos pueblos de que son figura, ante la salvación que el Hijo de Dios trajo al mundo. Esa conducta demuestra una vez más el principio establecido por el Apóstol: "No todos

1 *S. Mateo*, XV, 24,

los que han nacido en Israel son israelitas, ni todos los descendientes de Abraham son hijos suyos; sino que *por Isaac,* dijo Dios a Abraham [1] *se contará tu descendencia.* Esto es, no los hijos de la carne son hijos de Dios, sino los hijos de la promesa son tenidos por descendencia" [2].

La Santa Iglesia no se cansa de recordar una y muchas veces esta comparación de los dos Testamentos y el contraste que los dos pueblos ofrecen. Por tanto, antes de continuar, debemos responder a la extrañeza que tal insistencia tiene que despertar en ciertas almas no habituadas a la sagrada Liturgia. La clase de espiritualidad que hoy reemplaza en muchos a la antigua vida litúrgica de nuestros padres, no los dispone más que a medias para entrar en este orden de ideas. Están únicamente acostumbrados a vivir frente a sí mismos, y frente a la verdad tal como ellos se la imaginan, ponen la perfección en el olvido de todo lo demás; y de esta manera no es de admirar que a tales cristianos les resulte totalmente incomprensible el continuo recordar un pasado que, según ellos, terminó hace ya siglos. Pero la *vida interior* verdaderamente digna de este nombre no es lo que esos cristianos se imaginan; nunca hubo escuela de espiritualidad, ni ahora ni antes, que colocase el ideal de la virtud en el olvido de los grandes hechos de la histo-

---

1 *Gen.,* XXI, 12.
2 *Rom.,* IX, 6-8.

ria, de tanto interés para la Iglesia y para Dios mismo. Además, ¿qué es lo que sucede con demasiada frecuencia a los hijos que en esto se apartan de la Madre común? Sencillamente, que en el aislamiento voluntario de sus oraciones privadas, pierden de vista, por justo castigo de Dios, el fin supremo de la oración, que es la unión y el amor. A la meditación la despojan del carácter de conversación íntima con Dios que la reconocen todos los maestros de la vida espiritual; por lo que pronto no será más que un ejercicio estéril de análisis y razonamientos en que predomine la abstracción.

Después de la gran obra de la Encarnación del Verbo, que vino a la tierra para manifestar a través de los siglos en Cristo y sus miembros a Dios [1], no hay hecho más importante ni en el que Dios haya mostrado ni muestre tanto interés como el de la elección de los dos pueblos llamados por El sucesivamente al beneficio de su alianza. "Son sin arrepentimiento los dones y la vocación de Dios", nos dice el Apóstol; los judíos, enemigos hoy porque rechazan el Evangelio, no dejan de ser amados y aun muy amados, *carissimi,* en atención a sus padres [2]. Por eso, llegará un tiempo, esperado por el mundo, en que la negación de Judá se retractará, sus iniquidades se borrarán, y las promesas hechas a Abraham, Isaac y Jacob tendrán cum-

1 *II Cor.*, IV, 10, 11.
2 *Rom.*, XI, 28-29.

plimiento literal [1]. Entonces se verá la divina unidad de ambos Testamentos; los dos pueblos sólo harán uno con Cristo su Cabeza [2]. Entonces, plenamente consumada la alianza de Dios con el hombre, tal como Dios mismo la quiso en sus designios eternos, una vez que *la tierra habrá dado su fruto* [3] y el mundo cumplido su fin, las tumbas devolverán a sus muertos [4] y la historia terminará en la tierra para dejar a la humanidad glorificada explayarse en la plenitud de la vida a los ojos de Dios.

LECCIÓN DEL MILAGRO. — Volvamos brevemente a la explicación literal del Evangelio. El Señor, más bien que mostrarnos su poder, lo que pretende es instruirnos simbólicamente. Por eso no les otorga a los enfermos la salud con una sola palabra como lo hizo en otro caso parecido: "Lo quiero, queda curado", había dicho un día a un pobrecito leproso que imploraba su socorro en los comienzos de su vida pública, y la lepra desapareció al instante [5]. Los leprosos del Evangelio de hoy quedan sanos tan sólo al ir a presentarse a los sacerdotes. Jesús los envía a ellos, como lo hizo con el primero, dando de ese modo ejemplo a todos, desde el principio

1 *Rom.*, XI, 25-27.
2 *Ef.*, II, 14.
3 *Sal.*, LXVI, 7.
4 *Rom.*, XI, 15.
5 *S. Mateo*, VIII, 3.

hasta el último día de su vida mortal, del respeto que se debe a la antigua ley mientras no sea abrogada; en efecto, esta ley concedía a los hijos de Aarón el poder, no de curar la lepra, sino de distinguirla y fallar sobre su curación [1].

Pero ha llegado el tiempo de una ley más augusta que la del Sinaí, de un sacerdocio cuyos juicios no tendrán ya por objeto el averiguar el estado del cuerpo, sino el raer eficazmente, mediante la pronunciación de su sentencia de absolución, la lepra de las almas. La curación que en los diez leprosos se obró antes de llegar a presentarse a los sacerdotes que buscaban, debería bastar para hacerlos ver en el Hombre-Dios el poder del nuevo sacerdocio anunciado por los profetas.

Hagamos nosotros con vivas ansias se acelere el momento, tan glorioso para el cielo, en el que reunidos ambos pueblos en idéntica fe mediante el conocimiento de las mismas esperanzas realizadas, clamarán, como en el Ofertorio, diciendo a Jesús: *¡En ti he esperado, Señor; Tú eres mi Dios!*

OFERTORIO

En ti he esperado, Señor; dije: Tú eres mi Dios, en tus manos están mis días.

La oblación, colocada en el altar, nos debe alcanzar de Dios el perdón de la vida pasada y

---

1 *Lev.*, XIII.

las gracias para la que está por venir. En la Secreta le rogamos que acepte para el Sacrificio los dones que la Iglesia le ofrece en nombre de todos nosotros.

SECRETA

Mira, Señor, propicio a tu pueblo, mira propicio estos dones: para que, aplacado con esta oblación, nos otorgues el perdón, y nos concedas lo pedido. Por Nuestro Señor Jesucristo.

¿Cuándo querrán venir los Judíos a probar por fin la superioridad del pan de la nueva alianza sobre el maná del Antiguo Testamento? Nosotros, los gentiles, cantamos en la Comunión las divinas suavidades del verdadero pan del cielo con tanto júbilo cuanto pide el hecho de que, a pesar de haber venido después que ellos, hayamos sido preferidos a nuestros antepasados en el banquete del amor.

COMUNION

Nos has dado, Señor, pan del cielo, que encierra en sí todo deleite, y todo sabor de suavidad.

La obra de nuestro rescate por Jesucristo, como lo expresa la Poscomunión, se consolida y crece en nosotros tantas veces cuantas recurrimos a los sagrados misterios. La Iglesia pide para sus hijos la gracia de frecuentar provechosamente estos misterios de salvación.

POSCOMUNION

Recibidos, Señor, estos celestiales misterios, te suplicamos hagas que adelantemos en el camino de la redención eterna. Por Nuestro Señor Jesucristo.

DECIMOCUARTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

MISA

Mira, oh Dios, protector nuestro, y contempla el rostro de tu Ungido. Así comienza hoy la Iglesia al irse acercando al altar. La Iglesia es la Esposa del Hombre-Dios y su gloria [1]; pero el Esposo, dice San Pablo, es a la vez la imagen y la gloria de Dios [2] y *la cabeza de la Esposa* [3]. Así que con toda verdad y como con plena seguridad de ser oída, la Iglesia, al dirigirse al Dios tres veces santo, le ruega que contemple al mirarla el rostro de su Ungido.

INTROITO

Mira, oh Dios, protector nuestro, y contempla el rostro de tu Ungido: porque más que mil vale un día en tus atrios. — *Salmo:* ¡Cuán amables son tus tiendas, oh Señor de los ejércitos! Mi alma desfallece y suspira por los atrios del Señor. ℣. Gloria al Padre.

---

1 *I Cor.*, XI, 7.
2 *Ibid.*
3 *I Cor.*, XI, 3; *Ef.*, V, 23.

Las glorias futuras a cuyo pensamiento la Iglesia salta de gozo, la dignidad de la unión divina que ya desde este mundo la hace verdaderamente Esposa, no son obstáculos para que deje de sentir la continua necesidad que tiene del socorro de lo alto. En un solo instante de desamparo por parte del cielo vería que la humana fragilidad, alejando a sus miembros de las virtudes que en la Epístola ensalza el Apóstol, los arrastraría al abismo del vicio descrito en el mismo lugar. Pidamos con nuestra Madre en la Colecta esa asistencia misericordiosa de cada momento que nos es tan necesaria.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, custodies a tu Iglesia con perpetua protección: y, pues sin ti desfallece la humana fragilidad, haz que, con tus auxilios, se abstenga siempre de lo dañino y tienda a lo saludable. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. San Pablo a los Gálatas (Gal., V, 16-24).

Hermanos: Caminad en el Espíritu, y no satisfaréis los deseos de la carne. Porque la carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne: porque ambas cosas se oponen mutuamente, para que no hagáis cuanto queráis. Si sois guiados por el Espíritu, no estáis debajo de la ley. Y manifiestas son las obras de la ley, que son: fornicación, inmundicia, impudicicia, lujuria, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, riñas, disensiones, sectas, envidias, homicidios, embriagueces, comilonas, y otras parecidas a

éstas, contra las cuales os prevengo, como ya os previne otra vez: porque, los que hacen tales cosas, no conseguirán el reino de Dios. Y los frutos del Espíritu son: caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia, castidad. Contra estas cosas no hay ley. Porque, los que son de Cristo, han crucificado su carne con sus vicios y concupiscencias.

ESPÍRITU Y CARNE. — En las líneas que acabamos de leer, el Apóstol nos habla de la relación íntima que en nuestra vida une a estos tres elementos: el Espíritu, la libertad, la caridad. San Pablo, como a los Judíos, nos dice también a nosotros: no hay más que una ley, la caridad. El que ama, cumple toda la ley. La ley no es más que la división de la caridad. La caridad arroja fuera todo egoísmo, y por tanto, toda disputa, toda rivalidad, toda división, todo lo que amenaza o arruina la alegría y la vida cristiana.

Obedezcamos al Espíritu, insiste el Apóstol, al principio interior de nuestra vida sobrenatural y guardémonos de los instintos de la carne. Para él, la carne es el egoísmo, todo el conjunto de disposiciones y tendencias que no se someten a la acción de Dios. Es que llevamos en nosotros, aun después del bautismo y de nuestra regeneración espiritual, un foco de deseos y de codicias opuestas al Espíritu de Dios. Por eso, en nuestro interior existe un conflicto

entre la carne, que tiende a recobrar su antiguo imperio, y el Espíritu, que sostiene el suyo..., conflicto que cesa tan sólo en el instante en que, rehechos en Nuestro Señor Jesucristo, nos dejamos guiar por el Espíritu y cuando todas las obras del egoísmo pierden su atractivo para nosotros.

Las obras de la carne, dice, son las que proceden del amor egoísta: ... en el reino de Dios no hay lugar para los que a ellas se entregan. Pero es cosa fácil reconocer los frutos del Espíritu. Estos frutos son obras santas, sanas, vivas, que el Apóstol designa con el nombre de "frutos", no sólo porque son el producto final de nuestra actividad sobrenatural sino también porque se realizan con alegría, y porque Dios y nosotros gustamos su dulzura y percibimos su provecho. Son frutos que nos unen a Dios y nos hacen descansar en El; que nos ponen en regla con el prójimo, que nos ayudan a guardar el dominio de nosotros mismos en medio de los diversos acontecimientos.

"Ahora bien, los que son de Cristo, los que forman parte de Cristo por el bautismo, dieron muerte a su carne y a su anterior vida adámica juntamente con sus deseos, sus tendencias y sus codicias. Fueron elevados a un orden nuevo, donde el principio de su vida es el Espíritu de Dios. No tienen que hacer otro esfuerzo que el de que continúe muerto lo que fué herido de muerte

el día de su bautismo, y, viviendo del Espíritu, obrar en todo y dejarse guiar por el Espíritu"[1].

La Iglesia canta en el Gradual la alegre confianza que puso en el Señor, su Esposo. En el versículo aleluyático invita a sus hijos a regocijarse como ella en Dios su Salvador.

GRADUAL

Mejor es confiar en el Señor que confiar en el hombre. ℣. Mejor es esperar en el Señor que esperar en los príncipes.

Aleluya, aleluya. ℣. Venid, alabemos al Señor, cantemos jubilosos a Dios, nuestro Salvador. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Mateo (Mt., VI, 24-33).

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Nadie puede servir a dos señores: porque, o tendrá odio al uno y amará al otro, o se adherirá al uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y a mammón. Por tanto, os digo: No se angustie vuestra alma por lo que habéis de comer, ni vuestro cuerpo por lo que habéis de vestir. ¿No vale el alma mucho más que la comida, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros: y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Y quién de vosotros, preocupándose, podrá añadir a su estatura un codo? ¿Y por qué os preocupáis del vestido? Contemplad cómo crecen los lirios del campo: no trabajan, ni hilan. Pero yo os digo que ni Salomón, en

---

[1] Dom Delatte, *Epîtres de saint Paul,* I, p. 536-538.

toda su gloria, se vistió jamás como uno de ellos. Pues, si Dios viste así al heno del campo, que hoy es y mañana es arrojado al horno: ¿cuánto más (lo hará) con vosotros, (hombres) de poca fe? No os angustiéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o con qué nos cubriremos? Porque todo eso lo buscan los gentiles. Pues vuestro Padre celestial sabe que necesitáis todas esas cosas. Así que buscad primero el reino de Dios, y su justicia: y todas esas cosas se os darán por añadidura.

LAS TRES CONCUPISCENCIAS. — La vida sobrenatural, para llegar a su pleno desarrollo en las almas, tiene que triunfar de tres enemigos que San Juan ha llamado *concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de vida* [1]. Acabamos de ver, en la Epístola del día, el obstáculo que opone el primero de estos enemigos al Espíritu Santo y la manera de vencerle; la humildad (y sobre ella la Iglesia ha llamado más de una vez la atención en los Domingos precedentes) es la destrucción del *orgullo de la vida*. El Evangelio que acabamos de leer tiene por objeto la *concupiscencia de los ojos*, o sea, el apego a los bienes de este mundo, que no tienen de *bienes* más que la falsa apariencia.

EL BUEN USO DE LAS RIQUEZAS. — "Nadie, dice el Hombre-Dios, puede servir a dos señores"; y estos dos señores de quien habla son Dios y *Mammón*, o sea, la *riqueza*. Y no es que la ri-

---

1 *I S. Juan*, II, 16.

queza sea mala en sí misma. Adquirida legítimamente y empleada según la voluntad del supremo Señor, sirve para ganar los verdaderos bienes, y amontonar por adelantado en la patria eterna los tesoros que no temen a los ladrones ni a la polilla [1]. Aunque la pobreza sea la hidalguía de los cielos desde que el Verbo divino se desposó con ella, incumbe una gran función al rico, puesto en nombre del Altísimo para hacer útiles las diversas porciones de la creación material. Dios tiene a bien encomendar a sus cuidados el alimento y vestido de sus más amados hijos, de los miembros pobres y pacientes de su Ungido; le llama a ser apoyo de los intereses de su Iglesia y promotor de obras que le merezcan la salvación; le confía el esplendor de sus templos. ¡Dichoso y digno de toda alabanza es el que de ese modo ordena directamente a la gloria del Creador los frutos de la tierra y los metales que encierra en su seno! No tema: no se habrán pronunciado para él los anatemas que con tanta frecuencia salieron de la boca del Hombre-Dios contra los ricos y afortunados del mundo. No tiene más que un amo: el Padre Celestial, de quien se confiesa humilde mayordomo. Mammón no le domina; antes tiene él a Mammón por esclavo y sujeto al servicio de su celo. El cuidado que pone en administrar sus bienes según la justicia y caridad no lo

---

1 *S. Mateo*, VI, 19-20.

condena el Evangelio, ya que aun entonces obedece a la palabra de Jesucristo de buscar primero el reino de Dios. Por sus manos pasan las riquezas en obras buenas sin distraer sus pensamientos del cielo, donde está su tesoro y su corazón [1].

EL MAL USO DE LAS RIQUEZAS. — Ocurre todo lo contrario cuando a las riquezas no se las considera ya como un simple *medio* sino como *fin* de la existencia, hasta el punto de descuidar y a veces olvidar por ellas nuestro último fin. *Los caminos del avaro roban su alma,* dice el Espíritu Santo [2]. Y es que, en efecto, como explica el Apóstol a su discípulo Timoteo, el amor al dinero precipita al hombre en la tentación y en los lazos del diablo por el tumulto de deseos perniciosos y vanos que engendra; le hunde cada vez más en el abismo, hasta hacerle vender su fe si es necesario [3]. Y, con todo eso, el avaro, cuanto más amontona, menos gasta. Guardar su tesoro celosamente, contemplarle [4], pensar sólo en él cuando le es preciso ausentarse, en eso tiene puesta toda su vida; su pasión se convierte en idolatría [5]. Y Mammón, en efecto, ya no es sólo para él un señor; es un Dios ante quien el avaro, inclinado día y noche, sacrifica

1 *S. Mateo,* VI, 21.
2 *Prov.,* I, 19.
3 *I Tim.,* VI, 9-10.
4 *Ecl.,* V, 9-10.
5 *Ef.,* V, 5; *Col.,* III, 5.

amigos, parientes, patria y a sí mismo, consagrando su alma a su ídolo y arrojándole aún en vida, dice el Eclesiástico, sus propias entrañas [1]. No nos admiremos de que el Evangelio represente a Dios y a Mammón como a rivales irreconciliables; ¿quién sino Mammón ha visto a Dios en persona sacrificado por treinta monedas de plata sobre su altar? ¿Hay acaso algún ángel caído cuya gloria espantosa brille con más siniestro fulgor debajo de las bóvedas infernales, que el demonio del interés, autor de la venta que entregó al Verbo eterno a los verdugos? El deicidio está a cuenta de los avaros; su miserable pasión, que califica el Apóstol de *raíz de todos los males* [2], reclama para sí legítimamente el crimen más grande que el mundo ha cometido.

Lección de confianza. — Pero, sin llegar a los excesos que hicieron decir a los autores inspirados de los libros de la antigua alianza: "No hay nada más criminal que el avaro, nada más malvado que amar el dinero" [3], es fácil dejarse arrastrar, respecto a los bienes de este mundo, por un celo exagerado que sobrepase al que la prudencia permite. El Creador, que cuida de los pájaros del cielo y de los lirios del campo, ¿se olvidará de alimentar y de vestir al hombre, para

[1] *Ecl.*, X, 10.
[2] *I Tim.*, VI, 10.
[3] *Ecl.*, X, 9-10.

quien fueron criados los lirios y los pájaros? Y, sobre todo, desde que el hombre puede decir a Dios: *Padre,* la inquietud que condena la sola razón, sería en los cristianos una injuria para aquel de quien son hijos. Su ruindad de alma merecería el desamparo del Señor de todas las cosas. Por el contrario, si, correspondiendo a su nobleza de raza, buscan ante todo el reino de Dios, cuya corona poseerán en la verdadera patria, los bienes del valle del destierro, en la medida útil al viaje que los conduce al cielo, les están asegurados en la palabra expresa del Señor.

El Ofertorio, como las otras partes de esta Misa, expresa todo él confianza. El jefe de las milicias de Dios, el arcángel San Miguel, cuya fiesta está ya cerca y a quien la Iglesia invoca todos los días en la bendición del incienso en este momento del sacrificio, ¿no está pronto a defender a los que temen al Señor?

OFERTORIO

El Angel del Señor acampa en torno de los que le temen, y los librará: gustad y ved cuán bueno es el Señor.

En la Secreta pedimos que la hostia ofrecida sobre el altar purifique nuestra alma por su virtud y haga que el poder divino se nos muestre favorable.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, hagas que esta hostia saludable nos alcance la purificación de nuestros pecados y la propiciación de tu potestad. Por Nuestro Señor Jesucristo.

COMUNION

Buscad primero el reino de Dios, y todo lo demás se os dará por añadidura, dice el Señor.

Pureza cada vez mayor, protección del cielo y perseverancia final, tales son los preciosos frutos de la frecuentación de los misterios. Consigámoslos, rogando con la Iglesia en la Poscomunión.

POSCOMUNION

Purifíquennos siempre, oh Dios, y nos defiendan tus Sacramentos: y lleven a efecto en nosotros la obra de la salvación eterna. Por Nuestro Señor Jesucristo.

DECIMOQUINTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

MISA

El episodio conmovedor *de la viuda de Naim* da hoy nombre al décimoquinto Domingo después de Pentecostés. El Introito nos ofrece un modelo de las oraciones que debemos dirigir al Señor en todas nuestras necesidades. El Hombre-Dios prometió (Domingo anterior), socorrer-

nos en todas ellas, a condición de que le sirvamos fielmente *buscando antes que nada su reino.* Al dirigirle nuestras súplicas, mostrémonos confiados en su palabra como es justo que lo seamos, y así oirá nuestros ruegos.

INTROITO

Inclina, Señor, tu oído hacia mí, y óyeme: salva, oh Dios mío, a tu siervo, que espera en ti: ten piedad de mí, Señor, pues clamo a ti todo el día. — *Salmo:* Alegra el alma de tu siervo: ya que a ti, Señor, elevo mi alma. ℣. Gloria al Padre.

La humildad de la Iglesia en las súplicas que dirige al Señor es un ejemplo para nosotros. Si la Esposa obra así con Dios, ¿qué disposiciones de humillación deben ser las nuestras al comparecer ante la soberana Majestad? Con razón podemos decir a esta tierna Madre, como los discípulos al Salvador: *¡Enséñanos a orar!* En la Colecta, unámonos a ella.

COLECTA

Haz, Señor, que tu continua misericordia purifique y proteja a tu Iglesia: y, ya que sin ti no puede mantenerse salva, sea siempre gobernada por tu gracia. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. San Pablo a los Gálatas (Gal., V, 25-26; VI, 1-10).

Hermanos: Si vivimos del espíritu, caminemos también en el espíritu. No codiciemos la gloria vana, pro-

vocándonos mutuamente, envidiándonos unos a otros. Hermanos, si alguno cayere en alguna falta, vosotros, que sois espirituales, instruid a ese tal con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, para que no seas tentado tú también. Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo. Porque, si alguien cree ser algo, no siendo nada, se engaña a sí mismo. Examine, pues, cada cual sus obras, y así sólo tendrá gloria en sí mismo y no en otro. Porque cada cual llevará su carga. Y, el que es catequizado de palabra, comunique todos sus bienes al que le catequiza. No os engañéis: de Dios nadie se burla. Porque, lo que sembrare el hombre, eso recogerá. Por tanto, el que sembrare en su carne, cosechará de la carne corrupción: mas, el que sembrare en el espíritu, cosechará del espíritu vida eterna. No nos cansemos, pues, de hacer el bien: porque, si no nos cansáremos, segaremos a su tiempo. Así que, mientras tenemos tiempo, obremos el bien con todos, pero principalmente con los hermanos en la fe.

PERSEVERANCIA EN LA LUCHA. — La Santa Madre Iglesia vuelve a tomar la lectura de San Pablo donde la dejó hace ocho días. Sigue siendo objeto de las instrucciones apostólicas la vida espiritual, la vida engendrada por el Espíritu Santo en nuestras almas para suceder a la de la carne. Aunque hayamos domado la carne, no debemos por eso creer que está terminado el edificio de nuestra perfección; y es que la lucha debe continuar después de la victoria si no queremos ver comprometidos los resultados; pero además se precisa vigilancia para que una u otra de las tres concupiscencias no aproveche el momento para retoñar ni causar heridas, tan-

to más peligrosas cuanto menos se pensaba en preservarse de ellas, mientras el alma dirige su esfuerzo a otra cosa.

La vanagloria, principalmente, exige al hombre que quiere servir a Dios un continuo vivir alerta, porque siempre está presta a infectar con su veneno sutil hasta los actos de la humildad y de la penitencia.

Huir de la vanagloria. — ¿Qué insensatez sería la de un condenado a quien la flagelación le ha salvado de la pena capital que había merecido, si se gloriase de los azotes con que se castiga a los esclavos y que él lleva impresos en su carne? ¡No tengamos jamás semejante locura! Y, sin embargo de ello, se diría que podíamos tenerla, ya que el Apóstol, a continuación de sus avisos sobre la mortificación de las pasiones, nos hace la recomendación de evitar la vanagloria. En efecto, nunca estaremos totalmente seguros en esta parte mientras la humillación física que infligamos al cuerpo no tenga en nosotros como principio la humillación consciente del alma ante su miseria. También los antiguos filósofos tenían sus máximas acerca del dominio de los sentidos; y la práctica de estas célebres máximas era escalón de que se valía su orgullo para alzarse hasta los cielos. Es que, en esto, estaban muy lejos de los sentimientos de nuestros padres en la fe, los

cuales, en cilicio y postrados en tierra [1], clamaban en lo íntimo de su corazón: "Ten compasión de mí, oh Dios, conforme a tu gran misericordia; porque fuí concebido en la iniquidad y mi pecado está siempre ante mí" [2].

LAS OBRAS DE LA CARNE. — Castigar por vanidad el cuerpo, ¿qué otra cosa es sino lo que San Pablo llama hoy "*sembrar en la carne*" para recoger en lo porvenir, es decir, en el día de la manifestación de los pensamientos de los corazones [3], no la gloria y la vida, mas la confusión y la vergüenza eterna? Entre las obras de la carne enumeradas en la Epístola precedente se encuentra, en efecto, no sólo los actos impuros, sino también las *disputas,* las *disensiones,* las *envidias* [4], pero ordinariamente nacen de esta vanagloria, en la que quiere el Apóstol que reparemos en este momento. La reproducción de estos actos detestables sería una señal bastante segura de que la savia de la gracia había cedido el lugar a la fermentación del pecado en nuestras almas, y en este caso, otra vez esclavos, caeríamos debajo de la ley y sus terribles sanciones. *De Dios no se mofa nadie;* la confianza que da justamente la fidelidad sobreabundante del amor a todo el que vive del Espíritu, no pasaría de ser, en estas condiciones, una falsifi-

1 *Par.*, XXI, 16, etc.
2 *Sal.*, L, 3, 5-7.
3 *I Cor.*, IV, 5.
4 *Gal.*, V, 19-21.

cación hipócrita de la santa libertad de los hijos del Altísimo. Sólo son hijos suyos los que son guiados del Espíritu Santo [1] en la caridad [2]; los demás son hijos de la carne y no pueden agradar a Dios [3].

LA CARIDAD FRATERNA. — Por el contrario, si queremos una señal cierta de que estamos unidos a Dios, seamos indulgentes con nuestros hermanos considerando nuestra propia miseria, en vez de tomar ocasión de sus defectos y faltas para envanecernos; si caen, tendámosles una mano caritativa y discreta; *llevemos mutuamente nuestras cargas* en el camino de la vida, y entonces, *habiendo cumplido la ley de Cristo,* sabremos [4] *que estamos en él y él en nosotros.*

Estas inefables palabras, que usó Jesús para indicar su futura intimidad con todo el que comiese la carne del Hijo del Hombre y bebiese su sangre en el banquete divino [5], San Juan, que las refiere, las cita palabra por palabra en sus Epístolas para aplicarlas a los que observan en el Espíritu Santo el mandamiento del amor de los hermanos [6].

¡Ojalá resuene siempre en nuestros oídos esta palabra del Apóstol: *Mientras tenemos tiempo, hagamos el bien a todos!* Porque llegará el día,

1 *Rom.,* VIII, 14.
2 *Gal.,* IV, 13.
3 *Rom.,* VIII, 8.
4 *I S. Juan,* IV, 13.
5 *S. Juan,* VI, 57.
6 *I S. Juan,* III, 23-24; IV, 12-13.

y no está lejos, en que el ángel del libro misterioso dejará oír su voz en el espacio y, con la mano levantada al cielo, jurará por Aquel que vive en los siglos sin fin *que el tiempo ha terminado*[1]. Y entonces el hombre recogerá con alegría lo que había sembrado con lágrimas[2]; como no se cansó de obrar el bien en las regiones oscuras del destierro, menos se cansará todavía de cosechar sin fin en la clara luz del día de la eternidad.

Al cantar el Gradual, pensemos que, si la alabanza agrada al Señor, es a condición de que salga de un alma donde reine la armonía de las virtudes. La vida cristiana, ajustada a los diez mandamientos, es el *salterio de diez cuerdas*[3], de donde el Espíritu Santo, que es el dedo de Dios, hace subir hacia el Esposo acordes que arroban su corazón.

GRADUAL

Es bueno alabar al Señor: y salmodiar a tu nombre, oh Altísimo. ℣. Para aclamar por la mañana tu misericordia, y tu verdad por la noche.

Aleluya, aleluya. ℣. Porque el Señor es un Dios grande, es el Rey de toda la tierra. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Lucas (Luc., VII, 11-16).

En aquel tiempo iba Jesús a una ciudad, que se llama Naím: e iban con El sus discípulos y mucho

---

1 *Apoc.,* X, 1-6.
2 *Salm.,* CXXV, 5.
3 *Sal.,* CXLIII, 9.

gentío. Y, al acercarse a la puerta de la ciudad, he aquí que sacaban a un difunto, hijo único de su madre: y ésta era viuda: y venía con ella mucha gente de la ciudad. Cuando la vió el Señor, movido de piedad hacia ella, la dijo: No llores. Y se acercó, y tocó el féretro. (Y se detuvieron los que lo llevaban.) Y dijo: Joven, yo te lo mando: levántate. Y se incorporó el que estaba muerto, y comenzó a hablar. Y se lo dió a su madre. Y se apoderó de todos el temor: y alabaron a Dios, diciendo: Un gran profeta ha surgido entre nosotros: y Dios ha visitado a su pueblo.

La muerte espiritual. — Comentando este Evangelio, nos dice San Agustín en la homilía que se lee esta misma noche en Maitines: "Si la resurrección de este joven colma de alegría a la viuda, su madre, nuestra Madre la Santa Iglesia se regocija también todos los días al ver resucitar espiritualmente a los hombres. El hijo de la viuda había muerto de muerte corporal; éstos habían muerto en el alma. Visiblemente, empero, se lloraba la muerte visible del primero, mientras que ni siquiera se advertía la muerte invisible de estos últimos.

"Nuestro Señor Jesucristo quería que los milagros que obraba en los cuerpos se interpretasen en un sentido espiritual. No hacía milagros por sólo hacer milagros, sino que deseaba que, al excitar la admiración de los que los veían, a la vez estuviesen llenos de verdad para los que comprendían el sentido. Los que fueron testigos oculares de los milagros de Jesucristo, sin comprender su significado, sin penetrar lo que ellos

dicen a las almas ilustradas, estos tales sólo han admirado el hecho material del milagro; pero otros han admirado a la vez los hechos y han comprendido su significado. De éstos debemos ser nosotros en la escuela de Jesucristo...

"Escuchémosle, pues, y el fruto sea éste: en los que viven, conservar solícitamente la vida, y en los que están muertos, recobrarla lo más pronto posible" [1].

EL BUEN CELO. — Cristianos preservados de la defección por la misericordia del Señor, a nosotros nos toca tomar parte en las angustias de la Iglesia y ayudar en todo las diligencias de su celo para salvar a nuestros hermanos. No basta no ser *de los hijos insensatos que son el dolor de su madre* [2] y deshonran el seno que los llevó [3]. Aunque no supiésemos por el Espíritu Santo que *honrar a su madre es atesorar* [4], el solo recuerdo de lo que la costó nuestro nacimiento [5], nos induciría a no perder ocasión de enjugar sus lágrimas. La Iglesia es la Esposa del Verbo, a cuyas bodas aspiran también nuestras almas; si es cierto que esa unión es la nuestra igualmente, lo debemos probar, como la Iglesia, manifestando en nuestras obras el

---

1 *S. Agustín,* Sermón XCVIII.
2 *Prov.,* XVII, 25.
3 *Ibid.,* XXX, 17.
4 *Ecl.,* III, 5.
5 *Tob.,* IV, 4.

único pensamiento, el único amor que comunica el Esposo en sus intimidades, porque no tiene otro en su corazón: el pensamiento de restaurar en el mundo la gloria de su Padre, el amor de salvar a los pecadores.

En el Ofertorio cantamos con la Iglesia sus esperanzas cumplidas; no quede nunca muda nuestra boca ante los beneficios del Señor.

OFERTORIO

Esperé con paciencia al Señor, y me miró: y oyó mi súplica: y puso en mi boca un cántico nuevo, un himno a nuestro Dios.

En la Secreta nos ponemos al amparo omnipotente de los divinos misterios.

SECRETA

Guárdennos, Señor, tus misterios; y nos defiendan siempre contra las incursiones diabólicas. Por Nuestro Señor Jesucristo.

En Jesús todo es vida y fuente de vida. Su palabra hizo volver de la muerte al hijo de la viuda de Naím; su carne es la vida del mundo en el pan consagrado, como canta la Antífona de la Comunión.

COMUNION

El pan que yo daré, es mi carne por la vida del mundo.

No será perfecta en nosotros la unión divina mientras el misterio de amor no domine de

tal forma nuestras almas y nuestros cuerpos, que sean plena posesión suya y no encuentren ya su dirección más que en El y no en la naturaleza. Esto lo explica y lo pide la Poscomunión.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, hagas que la virtud de este don celestial posea nuestras almas y nuestros cuerpos: para que no domine en nosotros nuestro sentido, sino que siempre nos prevenga su efecto. Por Nuestro Señor Jesucristo.

DECIMOSEXTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

MISA

La resurrección del hijo de la viuda de Naím reavivó el Domingo pasado la confianza de la Iglesia; su oración se alza cada vez más insistente hacia su Esposo desde esta tierra, donde El la deja ejercitar algún tiempo el amor en el sufrimiento y las lágrimas. Tomemos parte con ella en estos sentimientos, que la sugirieron elegir el siguiente Introito.

INTROITO

Ten piedad de mí, Señor, pues a ti clamo todo el día: porque tú, Señor, eres suave y manso, y copioso en misericordia para todos los que te invocan. — *Salmo:* Inclina, Señor, tu oído hacia mí, y óyeme: porque soy débil y pobre. ℣. Gloria al Padre.

En el orden de la salvación es tal nuestra impotencia, que, si la gracia no se nos anticipase, no tendríamos siquiera el pensamiento de obrar, y si no continuase en nosotros sus inspiraciones para llevarlas a término, no sabríamos pasar nunca del simple pensamiento al acto mismo de una virtud cualquiera. Por el contrario, fieles a la gracia, nuestra vida ya no es más que una trama ininterrumpida de buenas obras. En la Colecta pedimos para nosotros y para todos nuestros hermanos, la perseverante continuidad de ayuda tan preciosa.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, nos prevenga y siga siempre tu gracia: y haga nos apliquemos constantemente a las buenas obras. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. San Pablo a los Efesios (Ef., III, 13-21).

Hermanos: Os ruego que no desmayéis a causa de mis tribulaciones por vosotros, las cuales son vuestra gloria. Por esto, doblo mis rodillas ante el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, del cual procede toda paternidad en los cielos y en la tierra, para que, según las riquezas de su gloria, haga que seáis corroborados con vigor por su Espíritu en el hombre interior: que Cristo habite por la fe en vuestros corazones: que estéis enraizados y cimentados en la caridad, para que podáis comprender con todos los santos cuál sea la anchura, y la largura, y la sublimidad, y la hondura: que conozcáis también la caridad de Cristo, que sobrepuja toda ciencia, para que seáis henchidos de

toda la plenitud de Dios. Y al que es poderoso para hacerlo todo mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que obra en nosotros, a El sea la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús, por todas las generaciones y siglos. Amén.

NUESTRO CONSENTIMIENTO EN EL MISTERIO DE CRISTO. — ¿Cuál es el objeto de la oración del Apóstol, tan solemne en su actitud y en su acento? Ya que hemos sido testigos de todos los misterios de la Liturgia y que conocemos las riquezas de la bondad de Dios, ¿nos queda algo que pedirle? San Pablo nos lo dice: "Todo lo que hizo el Señor resultará estéril, si no es atendida esta oración, y es que, en efecto, el misterio de Cristo verdaderamente sólo en nosotros tiene cabal término: el nudo, el desenlace, el éxito de este gran drama divino que va de la eternidad a la eternidad, están por completo en el corazón del hombre. La Iglesia, los sacramentos, la eucaristía, todo el conjunto del esfuerzo divino no tiene otra finalidad que la santificación de cada una de nuestras almas individuales; esto es todo lo que Dios se propone. Si Dios lo consigue, el misterio de Cristo es un éxito; si fracasa, Dios trabajó inútilmente, al menos para el alma que se haya sustraído a su acción. En el corazón, pues, del hombre, se prepara la solución: se trata de saber si la intención eterna quedará burlada, si los dolores y la sangre del Calvario recogerán su fruto, si la eternidad futura será para cada uno lo que Dios quiso."

NUESTRO CRECIMIENTO ESPIRITUAL. — Con el fin de que Dios no sea vencido y que su amor no sea traicionado, el Apóstol pide a Dios con instancias para las almas tres grados de gracia, en los que se resume todo lo que debe ser la vida cristiana para adaptarse al pensamiento y al amor de Dios, y todo cuanto debemos hacer.

En primer lugar, dice el Apóstol, fortificarnos por el Espíritu en el ser interior y nuevo que se nos dió por el bautismo, destruir hasta en sus últimos vestigios al hombre viejo, al adámico, y sobre estas ruinas hacer reinar al hombre nuevo, al cristiano, al hijo de Dios. Pide en segundo lugar a Dios, el evitar la inconstancia y la inestabilidad de nuestra naturaleza, el grabar en nuestros corazones a Cristo que habita en nosotros por la fe, y esto no se logra sin nuestra cooperación: habitar implica continuidad, adhesión constante y comunión real de vida que someta nuestra actividad al Señor, con algo de la docilidad y de la agilidad de la naturaleza humana de Cristo que tomó el Verbo. Finalmente, y es el tercer elemento de nuestro crecimiento espiritual, al quedar el egoísmo eliminado en nosotros y la caridad como señora, tendremos toda la talla y la fuerza necesaria para mirar cara a cara al misterio de Dios[1].

La Iglesia, que se levanta en medio de las naciones, lleva consigo la señal de su divino arquitecto: Dios se manifiesta en ella con toda

1 Dom Delatte, *Epitres de saint Paul*, II, 108.

la majestad; su respeto se impone por sí mismo a todos los reyes. En el Gradual y el Versículo, ensalzamos las maravillas del Señor.

GRADUAL

Temerán las gentes tu nombre, Señor, y todos los reyes de la tierra tu gloria. ℣. Porque el Señor ha edificado a Sión, y será visto en su majestad.

Aleluya, aleluya, ℣. Cantad al Señor un cántico nuevo: porque ha hecho maravillas el Señor. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Lucas (Luc., XIV, 1-11).

En aquel tiempo, habiendo entrado Jesús en casa de un príncipe de los fariseos un sábado a comer pan, ellos le observaban. Y he aquí que se presentó ante El un hidrópico. Y, respondiendo Jesús, preguntó a los legisperitos y fariseos, diciendo: ¿Es lícito curar en sábado? Y ellos callaron. Entonces El, tomándole, le sanó y despidió. Y, respondiendo a ellos, dijo: ¿Qué asno o buey vuestro cae en un pozo, y no lo sacáis luego el día del sábado? Y no pudieron responderle a esto. Y propuso a los invitados una parábola, al ver cómo elegían los primeros asientos, diciéndoles: Cuando seas invitado a una boda, no te sientes en el primer puesto, no sea que haya sido invitado otro más noble que tú, y, viniendo el que te invitó a ti y al otro, te diga: Da el puesto a éste: y entonces tengas que ocupar con rubor el último puesto. Sino que, cuando seas invitado, vete, siéntate en el último puesto: para que, cuando venga el que te invitó, te diga: Amigo, sube más arriba. Entonces tendrás gloria delante de los demás comensales: porque, todo el que se ensalza, será humillado: y, el que se humilla, será ensalzado.

La invitación a las bodas. — La Santa Madre Iglesia revela hoy el fin supremo que pretende en sus hijos desde el día de Pentecostés. Las *bodas* de que se trata en nuestro Evangelio, son las del cielo, que tienen por preludio aquí abajo la unión divina consumada en el banquete eucarístico. La *llamada* divina se dirige a todos; y esta invitación no se parece a las de la tierra, donde el Esposo y la Esposa convidan a sus parientes como simples testigos de una unión que es además para los invitados extraña. El Esposo aquí es Cristo, y la Iglesia la Esposa [1]; como miembros de la Iglesia, estas bodas son por tanto también nuestras.

La unión divina. — Pero, si se quiere que la unión sea tan fecunda cuanto debe serlo para honor del Esposo, es necesario que el alma en el santuario de la conciencia guarde para El una fidelidad duradera, un amor que vaya más lejos y dure más que la recepción sagrada de los misterios. La unión divina, si es verdadera, domina nuestro vivir; esa unión hace que persevere constantemente el alma en la contemplación del Amado, que promueva activamente sus intereses y suspire de continuo y de corazón por El aunque a veces la parezca que el Amado se oculta a sus miradas y se sustrae a su amor. Y, en efecto, ¿deberá la Esposa mística hacer me-

1 *Apoc.*, XIX, 7.

nos por Dios que las del mundo por un esposo terrestre [1]? Sólo con esta condición se puede creer que el alma está en los caminos de la *via unitiva* y que lleva en sí los frutos propios de ella.

CONDICIONES PARA LA UNIÓN. — Para llegar a este dominio de Cristo sobre el alma y sus movimientos que la convierta en suya de verdad, que la sujete a sí misma como la esposa al esposo [2], es necesario no dar nunca lugar a ninguna competencia extraña. Demasiado lo sabemos: el nobilísimo Hijo del Padre [3], el Verbo divino, ante cuya beldad se arroban los cielos, encuentra en este mundo pretensiones rivales que le disputan el corazón de las criaturas, por El rescatadas de la esclavitud e invitadas a participar del honor de su trono; aun en aquellas en que su amor acabó por triunfar plenamente, ¿cuántas veces estuvo a punto de perder? Mas El, sin impacientarse, sin abandonarlas por justo resentimiento, prosiguió durante muchos años invitándolas con llamamiento apremiante [4], esperando misericordiosamente a que los toques secretos de su gracia y la acción de su Espíritu Santo saliesen triunfantes de tan increíbles resistencias.

LA HUMILDAD. — La guarda de la humildad, más que otra cosa cualquiera, debe llamar la

---

1 *I Cor.*, VII, 34.
2 *I Cor.*, XI, 8-10.
3 *Sab.*, VIII, 3.
4 *Apoc.*, III, 20.

atención de quien aspira a conseguir un puesto eminente en el banquete de Dios. La ambición de la gloria futura es lo natural en los santos; pero saben que, para adquirirla, tienen que bajar tanto en su nada durante la vida presente, cuanto más altos quieran estar en la vida futura. Mientras llega el gran día en que cada cual recibirá según sus obras, nos debemos dar prisa a humillarnos ante todos; el puesto que en el reino de los cielos nos está reservado no depende, en efecto, de nuestra apreciación ni de la de otros, sino tan sólo de la voluntad del Señor, que exalta a los humildes. *Cuanto más grande seas, más te debes humillar en todas las cosas, y de ese modo hallarás gracia ante Dios,* dice el Eclesiástico; *pues Dios sólo es grande* [1].

Sigamos, pues, el consejo del Evangelio, aunque sólo sea por interés; creamos que debemos ocupar el último lugar entre todos. En las relaciones sociales no es verdadera la humildad del que, apreciando a los otros, no se desprecia un poco a sí mismo, *adelantándose a cada uno en las señales de honor* [2], cediendo con gusto a todos en lo que no toca a la conciencia, y esto por el sentimiento profundo de nuestra miseria, de nuestra inferioridad ante aquel que escudriña los riñones y los corazones [3]. La hu-

---

1 *Ecl.,* III, 21-23.
2 *Rom.,* XII, 10.
3 *Apoc.,* II, 23.

mildad hacia Dios no tiene piedra de toque más segura que esta caridad efectiva para con el prójimo, la cual nos inclina sin afectación a hacerle pasar antes que a nosotros en las varias circunstancias de la vida cotidiana.

Conforme se van extendiendo las conquistas de la Iglesia, el infierno aviva su furia contra ella para arrebatarla el alma de sus hijos. La antífona del Ofertorio nos proporciona la expresión de las inflamadas oraciones que semejante situación la sugiere.

OFERTORIO

Señor, ven en mi auxilio: sean confundidos y avergonzados los que buscan mi vida para quitármela: Señor, ven en mi auxilio.

La Secreta nos demuestra cómo el Sacrificio que muy pronto se va a consumar mediante las palabras de la consagración, es la preparación inmediata más directa y más eficaz para recibir en la Comunión el Cuerpo y la Sangre divinos que por El se hacen presentes en el altar.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, nos purifiques con la virtud de este Sacrificio y, compadecido de nosotros, hagas que merezcamos ser partícipes de su efecto. Por Nuestro Señor Jesucristo.

La Iglesia, llena sustancialmente en la Comunión de la Sabiduría del Padre, promete a

Dios en acción de gracias guardar sus justicias y hacer fructificar en ella las divinas enseñanzas.

COMUNION

Señor, me acordaré sólo de tu justicia: oh Dios, tú me adoctrinaste desde mi juventud: y no me abandones, oh Dios, en mi vejez y mis canas.

En la Poscomunión, pedimos con la Iglesia la renovación que obra la pureza del divino Sacramento y cuyo efecto se deja sentir así en la vida actual como en el siglo futuro.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, purifiques benigno nuestras almas y las renueves con estos celestiales Sacramentos: para que, de ese modo, alcancemos también ayuda para nuestros cuerpos ahora y en lo futuro. Por Nuestro Señor Jesucristo.

DECIMOSEPTIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

MISA

Las decisiones de Dios son siempre justas, ya confunda en su justicia a los orgullosos, ya en su misericordia ensalce a los humildes. Vimos hace ocho días a este árbitro soberano manos a la obra en la distribución de las plazas reservadas para los santos en el banquete de la unión

divina. Al cantar el Introito de este día, recordamos las pretensiones y la suerte diversas de los invitados a las bodas sagradas, y sólo apelamos a la misericordia.

INTROITO

Justo eres, Señor, y recto es tu juicio: haz con tu siervo según tu misericordia.—*Salmo:* Bienaventurados los puros en su camino: los que andan en la Ley del Señor. ℣ Gloria al Padre.

El obstáculo más odioso que el amor divino encuentra sobre la tierra, es la envidia de Satanás, que busca, sirviéndose de una usurpación monstruosa, suplantar en nuestras almas a Dios, que las crió. Unámonos a la Iglesia al implorar en la Colecta la asistencia sobrenatural que necesitamos para evitar el contacto impuro de la serpiente.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, hagas que tu pueblo evite los contagios diabólicos y te siga a ti, solo Dios, con alma pura. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. San Pablo a los Efesios (Ef., IV, 1-6).

Hermanos: Os suplico yo, preso en el Señor, que caminéis de un modo digno de la vocación con que habéis sido llamados: con toda humildad, y mansedumbre, con paciencia, soportándoos mutuamente con caridad, conservando solícitos la unidad del espíritu en el vínculo de la paz. Sed todos un solo cuerpo, y un solo espíritu, como habéis sido llamados a una

propósito para que prenda en ella la llama divina y se realice la unión que esta llama produce.

La caridad fraterna y sus frutos. — Unámonos a nuestros hermanos con esta santa cadena de la caridad que sujeta nuestras pequeñas pasiones y dilata nuestras almas, para dejar que el Espíritu las guíe de un modo seguro a la realización de la *única esperanza de nuestra común vocación,* que es unirnos a Dios por amor. Ciertamente aun para los santos la caridad aquí abajo es una virtud trabajosa, porque de ordinario ni siquiera en los mejores logra la gracia restaurar sin defectos el equilibrio de las facultades roto por el pecado original; así se explica que las enfermedades y otros desarreglos de nuestra pobre naturaleza se ordenen a veces no sólo a que el justo se ejercite en la humildad, sino también los que le rodean, en benévola paciencia. Dios lo permite para aumentar de ese modo el mérito de todos y reavivar en nosotros el deseo del cielo. Y, en efecto, la armonía fácil y total con nuestros semejantes sólo la encontraremos en la pacificación completa de nosotros mismos bajo del imperio absoluto de Dios, tres veces santo, hecho para nosotros *todo en todos* [1]. En aquella bienaventurada patria, Dios mismo enjugará las lágrimas que sus elegidos habrán derramado por las miserias pasadas y

1 *I Cor.*, XV, 28.

los renovará en su fuente infinita [1]. El Hijo eterno, después de abolir en todos sus miembros místicos el imperio de las potencias enemigas y vencido a la muerte [2], aparecerá en la plenitud del misterio de su encarnación como verdadera cabeza del género humano santificado, restaurado y perfeccionado en él [3].

Ya conocemos los dones inapreciables que el Hombre-Dios hizo a la tierra [4]; gracias a los prodigios de poder y de amor que el Verbo divino y el Espíritu santificador han obrado, el alma del justo es verdaderamente un cielo.

En el Gradual celebramos la felicidad del pueblo cristiano, que Dios escogió por herencia.

GRADUAL

Dichosa la nación cuyo Dios es el Señor: el pueblo que Dios se escogió por heredad. ℣. Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos: y todo su ejército por el soplo de su boca.

Aleluya, aleluya. ℣. Escucha, Señor, mi oración, y llegue a ti mi clamor. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Mateo (Mt., XXII, 34-46).

En aquel tiempo se acercaron a Jesús los fariseos: y le preguntó uno de ellos, doctor de la Ley, tentándole: Maestro, ¿cuál es el mayor mandamiento de la Ley? Díjole Jesús: Amarás al Señor, tu Dios, con todo

1 *Apoc.,* XXI, 4-5.
2 *I Cor.,* XV, 24-28.
3 *Ef.,* I, 10.
4 *Ef.,* IV, 8.

sola esperanza de vuestra vocación. No hay más que un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. Un solo Dios, y Padre de todos, que está sobre todos, y por todo, y en todos nosotros. El cual es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

La Iglesia prosigue con San Pablo, en la carta a los Efesios, la exposición de las grandezas de sus hijos, a quienes ruega hoy respondan dignamente a su excelsa vocación.

EL LLAMAMIENTO DE DIOS. — Esta *vocación*, esta *llamada* de Dios, en efecto, ya la conocemos; es el llamamiento del género humano a las bodas sagradas de la unión divina, la vocación a nuestras almas para reinar en los cielos en el trono del Verbo, que ya es su Esposo y su cabeza [1]. El Evangelio de hace ocho días estaba antiguamente mucho más en relación con la Epístola que se acaba de leer, la cual le servía de comentario luminoso; por otra parte, en dicho Evangelio se hallaba perfectamente explicada la Epístola de hoy. "Cuando seas llamado a las bodas, decía el Señor, *cum* VOCATUS *fueris*, ocupa el último lugar"; el Apóstol dice: "mostraos con toda humildad dignos de la vocación a que habéis sido llamados: *digne ambuletis* VOCATIONE *qua* VOCATI *estis*".

FIN Y MEDIOS PARA CONSEGUIR ESA VOCACIÓN. — Y ahora, ¿qué condición tenemos que cumplir

---

1 *Ef.* II, 5.

para ser dignos del honor supremo que el Verbo eterno nos hace? La *humildad*, la *mansedumbre* y la *paciencia* son los medios que se nos recomiendan para conseguir el fin. Pero el fin es la UNIDAD de ese cuerpo inmenso que el Verbo hace suyo en la celebración de las místicas bodas; la condición que el Hombre-Dios exige a los que llama a ser, como miembros de su Esposa la Iglesia, *hueso de sus huesos y carne de su carne* [1], es conservar entre sí tal armonía, que haga verdaderamente de todos *un mismo espíritu y un solo cuerpo, en el vínculo de la paz.* "¡Vínculo espléndido!, exclama San Juan Crisóstomo; lazo maravilloso que nos une a todos mutuamente, y a todos juntos con Dios." Su fuerza es la del mismo Espíritu Santo, todo santidad y amor, pues es el Espíritu Santo quien forma sus nudos inmateriales y divinos, el Espíritu, que en la multitud bautizada, hace las veces del soplo vital que en el cuerpo humano anima y unifica a todos los miembros. Para él, jóvenes y ancianos, pobres y ricos, hombres y mujeres, aunque distintos de raza y de carácter, son un solo todo fundido en el inmenso abrazo de amor en que arde perpetuamente la Trinidad eterna. Mas, para que el incendio del amor infinito pueda apoderarse de ese modo de la humanidad regenerada, es menester que se purgue de las rivalidades, rencores y disensiones, que probarían que es todavía *carnal* y, por lo mismo, nada a

1 *Ef.*, V, 30.

tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el mayor y el primer mandamiento. Y el segundo, semejante a éste, es: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos está contenida toda la Ley y los Profetas. Y, reuniendo a los fariseos, les preguntó Jesús, diciendo: ¿Qué os parece de Cristo? ¿De quién es hijo? Dijéronle: De David. Díjoles: ¿Cómo, pues, David le llama en espíritu Señor, diciendo: "Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies?" Si, pues, David le llama Señor: ¿cómo puede ser hijo suyo? Y nadie supo responderle palabra: ni nadie se atrevió desde aquel día a preguntarle más.

La Caridad. — El Apóstol que había dicho: el fin de la ley *es la caridad* [1], dijo también: *El fin de la ley es Cristo* [2]; ahora vemos la armonía de estas dos proposiciones, como comprendemos también la relación que hay entre estas palabras del Evangelio de hoy: *En estos dos mandamientos están encerrados toda la ley y los profetas,* con estas otras del Señor: *Escudriñad las Escrituras, pues ellas dan testimonio de mí* [3]. La plenitud de la ley que ordena las costumbres está en la caridad [4], cuyo fin es Cristo; asimismo el objeto de las Escrituras reveladas no es otro sino el Hombre-Dios que resume para los suyos en su adorable unidad la moral y el dogma. El es su fe y su amor, "el fin de todas

1 *I Tim.*, I, 5.
2 *Rom.*, X, 4.
3 *S. Juan*, V, 39.
4 *Rom.*, XIII, 10.

nuestras resoluciones, dice San Agustín; todos nuestros esfuerzos sólo tienden a perfeccionarnos en El y en esto consiste nuestra perfección, en llegarnos a El. Cuando hayas llegado a El, no busques ya más: El es tu fin"[1]. Y el Santo Doctor, al llegar aquí, nos da la mejor fórmula de la unión divina: Unámonos a El solo, gocemos con El solo y seamos todos uno con El: "*haereamus uni, fruamur uno, permaneamus unum*"[2].

No sabemos por qué ya desde los primeros tiempos señalaron este día a la hermosa antífona del Ofertorio de hoy. Antiguamente iba acompañada de unos versículos, que daremos a conocer. El último de ellos termina con la nueva de la llegada del príncipe de los ejércitos celestiales en ayuda del pueblo de Dios. Recordando que este Domingo abre la semana de la fiesta del gran Arcángel en el *Antifonario* publicado por el beato Tommasi conforme a los manuscritos más antiguos, y que el Domingo siguiente se designa en él con el nombre de *primer domingo después de San Miguel (post Sancti Angeli)*, nos parece hallar en dicho último versículo la explicación que deseábamos.

OFERTORIO

Yo, Daniel, oré a mi Dios, diciendo: Oye, Señor, las preces de tu siervo: brille tu cara sobre tu santuario: y mira propicio a este tu pueblo, sobre el cual ha sido invocado tu nombre, oh Dios.

---

1 Explicación del Salmo LVI.
2 *De la Trinidad,* IV, 11.

℣. I. *Todavía estaba yo hablando, rogando y confesando mis pecados y los de mi pueblo Israel,*

Sobre el cual ha sido invocado tu nombre, oh Dios,

℣. II. *Cuando oí una voz que me decía: Daniel, presta atención a las palabras que te dirijo, pues he sido enviado a ti, y he aquí que Miguel ha venido en mi ayuda.*

Y mira propicio a este tu pueblo, sobre el cual ha sido invocado tu nombre, oh Dios.

Perdón para lo pasado y gracia para lo futuro, tales son los efectos que produce el gran Sacrificio. En la Secreta le pedimos con la Iglesia.

SECRETA

Suplicamos, Señor, humildemente a tu Majestad hagas que, estas cosas santas que ofrecemos, nos purifiquen de los delitos pasados y de los futuros. Por Nuestro Señor Jesucristo.

Mientras se celebran los sagrados Misterios el alma cristiana, entusiasmada de amor, presenta al Señor sus promesas y sus votos. Entréguese, sí, por entero al Dios escondido que así la colma de favores; pero no olvide en esa expansión tan natural de su corazón que el que así se oculta tan misericordioso debajo de los velos eucarísticos es el Altísimo, terrible a los reyes y castigador de perjuros.

COMUNION

Haced votos al Señor, vuestro Dios, y cumplídselos cuantos, estando a su alrededor, le traéis dones: al terrible, que quita el respiro a los príncipes: al terrible para todos los reyes de la tierra.

Es la misma santidad de Dios la que viene en este divino Sacramento a curar nuestros vicios y fortalecer nuestros pasos por el camino de la eternidad. Por medio de la Oración de la Poscomunión ofrecemos nuestras almas a su acción salvadora.

POSCOMUNION

Haz, oh Dios omnipotente, que con tus Sacramentos sean curados nuestros vicios y alcancemos los remedios eternos. Por Nuestro Señor Jesucristo.

LAS CUATRO TEMPORAS DE SEPTIEMBRE

La santificación de las estaciones. — Por cuarta vez en el año pide la Santa Madre Iglesia a sus hijos el tributo de penitencia ordenado a santificar las estaciones. Las noticias históricas relativas a la institución de las Cuatro Témporas se encontrarán los miércoles de la tercera semana de Adviento y primera de Cuaresma; esos mismos días recordábamos las intenciones con que deben cumplir los cristianos todos los años esta obra del servicio que deben a Dios.

El invierno, la primavera y el verano, señalados en su comienzo por la abstinencia y el ayuno, nos han hecho sentir sucesivamente en los meses de que constan, las bendiciones del cielo; el otoño recoge los frutos que la miseri-

cordia divina, aplacada por las satisfacciones de los hombres pecadores, ha hecho germinar en el seno de la tierra maldita [1]. La semilla preciosa, que confiada a la tierra en el tiempo de las escarchas, se abrió camino en el suelo al llegar los días primaverales, después de anunciada la Pascua, dió a los campos el ornato florido que les convenía para asociarse al triunfo del Señor; luego, figura exacta de lo que entonces debían ser nuestras almas influenciadas por los ardores del Espíritu Santo, creció su tallo al influjo de un sol de fuego y se convirtió en dorada espiga que prometía el ciento por uno al labrador, y éste la segó con alegría; y ahora, amontonadas ya las gavillas en los graneros del padre de familia, invitan al hombre a levantar su pensamiento hacia Dios, de quien derivan todos estos bienes. Nadie diga como el rico del Evangelio después de una cosecha abundante: "¡Alma mía, ahí tienes gran cantidad de bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe, regálate!"

Pues Dios, añade el Evangelio, le dijo: "¡Necio!, esta misma noche te pedirán el alma, y lo que has amontonado, ¿para quién será?" [2]. En cuanto a nosotros, si queremos ser verdaderamente ricos según Dios y merecer su ayuda en la conservación y no menos en la producción de los frutos de la tierra, empleemos al comienzo

1 *Gen.*, III, 17.
2 *S. Luc.*, XII, 16-21.

de esta nueva estación los mismos medios de penitencia que tan útiles nos fueron ya por tres veces. Además, es un mandamiento formal de la Iglesia que obliga con pena de pecado grave a todo el que no está dispensado legítimamente de la abstinencia y del ayuno en estos tres días.

Aprecio de la penitencia de la Iglesia. — Ya probamos antes como el cristiano que desea avanzar por los caminos de la perfección, se debe imponer voluntariamente algunas penitencias a que, hablando con todo rigor, no estaría obligado. Pero en esta materia, como en otra cualquiera, la obra privada no alcanza nunca el mérito ni la eficacia de la acción pública, ya que la Iglesia reviste las obras de penitencia cumplidas en su nombre en la unidad del cuerpo social, de la misma dignidad y del valor propiciatorio que, por ser la Esposa, tienen todos sus actos. A San León le gustaba insistir sobre esta noción fundamental del ascetismo cristiano, en los discursos que dirigía al pueblo de Roma con ocasión del ayuno del séptimo mes. "Bien que pueda cada cual, dice, castigar su cuerpo con penas voluntarias y frenar unas veces con suavidad y otras más duramente sus apetitos carnales, que batallan contra el espíritu, con todo eso es necesario que en ciertos días celebremos todos un ayuno general. La devoción es más eficaz y más santa cuando en las obras de piedad se une toda la Iglesia con un

solo espíritu y una sola alma. Todo lo que tiene naturaleza de cosa pública es, en efecto, preferible a lo privado, por lo cual fácilmente se comprende que se trata de un interés mayor cuando se solicita el celo de todos.

"La observancia particular del cristiano no afloje en nada su fervor; cada cual, implorando la ayuda de la protección divina, se revista, aunque sea en privado, de la celeste armadura contra las asechanzas de los espíritus malignos. Pero el soldado de la Iglesia, aunque pueda portarse valientemente en los combates particulares, luchará con más seguridad y más éxito ocupando su puesto oficial en la milicia de la salvación; sostenga, pues, la guerra universal en compañía de sus hermanos, y debajo de las órdenes del Rey invencible" [1].

Otro año, y en estos mismos días, el santo Papa y Doctor insistía más enérgica y más extensamente sobre estas consideraciones, que nunca se recordarán bastante dada la propensión individualista de la piedad moderna. No pudiendo extractar sino unos cuantos pensamientos, remitimos al lector a la colección de sus admirables discursos. "La observancia ordenada de arriba, dice, está siempre por encima de las prácticas que hace uno por impulso personal, cuales quiera que ellas sean; la ley pública hace más sagrada la acción que podría hacerla un reglamento particular. El ejercicio de

[1] S. León, *Sermón IV sobre el ayuno del séptimo mes.*

mortificación que cada cual hace a su arbitrio, no mira, en efecto, más que a una parte y a un miembro; por el contrario, el ayuno que emprende toda la Iglesia, a nadie excluye de la purificación general; entonces el pueblo de Dios llega a ser omnipotente, cuando se juntan los corazones de todos los fieles en la unidad de la santa obediencia y son por doquier semejantes las disposiciones en el campo del ejército cristiano, y la defensa en todas partes la misma. He aquí pues, carísimos míos, que hoy el ayuno solemne del séptimo mes nos invita a cobijarnos al amparo de esta invencible unidad. Levantemos a Dios nuestros corazones; quitemos algo a la vida presente para acrecentar nuestros bienes eternos. El perdón total de los pecados se consigue fácilmente cuando toda la Iglesia se junta en una sola oración y en una sola profesión de fe. Si promete el Señor conceder lo que se le pide por dos o tres piadosamente reunidos [1], ¿qué podrá negar a todo un pueblo que practica a la vez una misma observancia y ruega unido en un mismo espíritu? Ante el Señor es una gran cosa y un espectáculo maravilloso ver a todo el pueblo de Jesucristo dedicado simultáneamente a las mismas prácticas, y que sin distinción de sexos ni condiciones todas las clases trabajan con un mismo espíritu. Apartarse del mal y obrar el bien [2], parece ser el pen-

[1] *S. Mateo,* XVIII, 19-20.
[2] Salmo XXXIII, 15.

samiento que domina en todos; Dios es glorificado en las obras de sus siervos; abunda la limosna; cada cual busca los intereses del otro, no los suyos propios. Por esta gracia de Dios que obra todas las cosas en todos [1], el fruto es común y común el mérito: no obstante la desigualdad de bienes, la voluntad de todos puede ser la misma, y los que pueden dar menos se igualan con los más ricos por la alegría que sienten de las larguezas de otro. En un pueblo así, no se encuentra nada desordenado; y no hay tampoco sus diferencias cuando todos los miembros del cuerpo sólo desean dar pruebas de una misma fuerza de amor. Entonces la excelencia de las partes se refleja en el todo y constituye su belleza. Abracémonos, pues, carísimos míos, a esta fortaleza dichosa de la santa unidad y entremos en este ayuno solemne con la firme resolución de una voluntad en buena armonía" [2].

Oración por los condenados. — En nuestras oraciones y en nuestros ayunos de estos días no olvidemos a los nuevos sacerdotes y demás ministros de la Iglesia que el Sábado recibirán la imposición de las manos. La ordenación de septiembre no suele ser la más numerosa de las que el Pontífice realiza a lo largo del año. La augusta ceremonia que da al pueblo cristiano sus

---

1 *I Cor.*, XII, 6.
2 S. León, *Sermón III sobre el ayuno del séptimo mes.*

padres y guías que le conduzcan por las sendas de la vida, reviste particular interés en esta época del año, ya que responde mejor que otra ninguna al estado presente del mundo, inclinado hacia su ruina. También el año camina a su fin. El mundo, iluminado en otros tiempos por el Hombre-Dios y recalentado por el Espíritu Santo, ve en los nuestros resfriarse la caridad [1], disminuir la luz y los ardores del Sol de justicia. Cada revolución arranca a la Iglesia joyas que, pasada la tempestad, ya no encuentra; se multiplican las borrascas y la tormenta llega a ser el estado normal de la sociedad. Domina el error, y se constituye en ley; la iniquidad se ve por doquier. *Cuando venga el Hijo del hombre,* decía el Señor, *¿creéis que encontrará fe en la tierra* [2]? Levantad, pues, vuestras cabezas, hijos de Dios, porque vuestra redención se acerca [3]. Pero, hasta que llegue el momento en que cielos y tierra, renovados para el reino eterno, se abran a la luz embriagadora del Cordero vencedor [4], tienen que pasar días peores aún, de modo que, si fuese posible, serían seducidos en ellos los elegidos [5]. Mucho importa que en esos malhadados tiempos, los pastores del rebaño estén a la altura de su vocación llena de peligros, más sublime. Ayunemos, pues, y recemos. No

---

1 *S. Mateo,* XXIV, 12.
2 *S. Lucas.* XVIII, 8.
3 *Ibid.,* XXI, 28.
4 *Apoc.,* XXI.
5 *S. Marcos,* XIII, 22,

desfallezcamos a pesar de las muchas pérdidas sufridas en las filas de los cristianos, los cuales en otro tiempo cumplieron con fidelidad las prácticas de la penitencia. Aunque pocos en número, apretados en rededor de la Iglesia, roguemos al Esposo que se digne multiplicar sus dones en favor de los que llama al honor más temible que nunca del sacerdocio; que les infunda su divina prudencia para descubrir las emboscadas, su celo incansable en seguimiento de las almas ingratas, su perseverancia hasta la muerte por defender sin reticencias ni compromisos la plenitud de la verdad confiada por El al mundo, cuya conservación intacta debe ser en el último día la prueba de la fidelidad de la Esposa.

DECIMOCTAVO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

El paralítico que lleva su cama es el tema del Evangelio del día y da el nombre a este Domingo. Se ha podido advertir que el lugar de este Domingo viene en el Misal a continuación de las Cuatro Témporas de otoño. No vamos a discutir con los liturgistas de la edad media si hay que considerarle como ocupando el lugar del Domingo vacante que antiguamente seguía siempre a la ordenación de los ministros sagra-

dos, según en otra parte dijimos [1]. Manuscritos antiquísimos, *Sacramentarios* y *Leccionarios*, le llaman con este nombre empleando la fórmula harto sabida: *Dominica vacat* [2].

Es también cosa digna de hacerse notar que la Misa de este día es la única en la que se ha invertido el orden de las lecturas sacadas de San Pablo y que forman las Epístolas desde el sexto Domingo después de Pentecostés: la carta a los Efesios, ya empezada y que se continuará, se interrumpe hoy para dar lugar al pasaje de la primera Epístola a los Corintios, en el que da gracias el Apóstol por la abundancia de los dones gratuitos otorgados a la Iglesia en Jesucristo. Pues bien, los poderes que la imposición de las manos ha conferido a los ministros de la Iglesia, son el don más maravilloso que conocen el cielo y la tierra, y, además, las diversas partes de esta Misa se refieren muy bien, como se verá, a las prerrogativas del nuevo sacerdocio.

La liturgia del presente Domingo ofrece, pues, especial interés si viene a continuación de las Cuatro Témporas de septiembre. Pero no es ordinario, al menos por ahora, que esto suceda, y así no queremos detenernos ya más en estas consideraciones para no meternos demasiado en el campo de la arqueología y sobrepasar los límites fijados.

---

1 Adviento, Sábado de las Cuatro Témporas.
2 Thomasii, Ed. VEZZOSI, t. V, pp. 148, 149, 309.

MISA

Desde Pentecostés el Introito de las Misas dominicales se ha tomado siempre de los salmos. Recorriendo el Salterio desde el salmo doce hasta el ciento dieciocho, la Iglesia, sin cambiar el orden de estos cantos sagrados, pudo escoger en ellos la expresión más conveniente a los sentimientos que deseaba formular en su Liturgia. En adelante las antífonas del Introito se tomarán de los diversos libros del Antiguo Testamento, salvo una vez en que se empleará nuevamente el libro por excelencia de la alabanza divina. Hoy, Jesús, hijo de Sirac, el autor inspirado del Eclesiástico, pide a Dios que justifique la fidelidad de los profetas del Señor [1] mediante el cumplimiento de lo que anunciaron. Los intérpretes de los oráculos divinos son ahora los pastores de las almas, a quienes la Iglesia envía a predicar en su nombre la palabra de salvación y de paz; pidamos, nosotros también, que la palabra no sea vana jamás en su boca.

INTROITO

Da paz, Señor, a los que esperan en ti, para que sean hallados veraces tus profetas: escucha la plegaria de tu siervo y tu pueblo Israel. — *Salmo:* Me alegré de lo que se me dijo: Iremos a la casa del Señor. ℣. Gloria al Padre.

---

1 *Ecl.,* XXXVI, 18.

El medio más seguro de obtener la gracia es siempre la humilde confesión de nuestra impotencia para agradar al Señor por nosotros mismos. La Iglesia continúa dándonos en sus colectas fórmulas admirables.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, hagas que la obra de tu misericordia dirija nuestros corazones: porque sin ti no podemos agradarte. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. San Pablo a los Corintios. (I Cor., I, 4-8).

Hermanos: Doy siempre gracias a mi Dios por vosotros, por la gracia de Dios que os ha sido dada en Cristo Jesús: porque habéis sido enriquecidos en El en todo, en toda palabra, y en toda ciencia, siendo así confirmado en vosotros el testimonio de Cristo: de modo que ya no os falta nada en ninguna gracia, mientras esperáis la revelación de Nuestro Señor Jesucristo, el cual os confirmará también hasta el fin, para que estéis sin mancha el día de la venida de Nuestro Señor Jesucristo.

Sentimientos de la Iglesia. — La última venida del Hijo de Dios ya no está lejos. La inminencia del desenlace que tiene que dar la plena posesión del Esposo a la Iglesia, duplica sus esperanzas; pero el juicio final que consumará al mismo tiempo la reprobación de gran número de hijos suyos, junta en ella el temor al deseo, y estos dos sentimientos irán dominando cada vez más en la Santa Liturgia.

La esperanza nunca ha dejado de ser como algo esencial en la existencia de la Iglesia. Privada de contemplar la divina belleza del Esposo, no habría hecho otra cosa desde que éste nació, más que suspirar en el valle del destierro si el amor que arde en ella, no la hubiese obligado a gastarse, sin mirarse a sí misma, por Aquel hacia el cual se iba todo su corazón. Se entregó, pues, sin medida al trabajo, al sufrimiento, a la oración y a las lágrimas. Pero su abnegación, por generosa que sea, no ha hecho que se olvide del objeto de sus esperanzas. Un amor sin deseos no es virtud para la Iglesia; lo condena en sus hijos como una injuria al Esposo. Sus aspiraciones desde el principio eran tan legítimas y a la vez tan vehementes, que la eterna Sabiduría quiso mirar por la Esposa, ocultándola la duración del destierro. El único punto sobre el cual Jesús se negó a informar a su Iglesia cuando los Apóstoles se lo preguntaron [1], fué la hora de su venida. Semejante secreto entraba en los planes generales del gobierno divino sobre el mundo; pero, de parte del Hombre-Dios, era también compasión y cariño: la prueba habría sido demasiado cruel; y era mejor dejar a la Iglesia con la idea, verdadera también, de la proximidad del fin, pues ante Dios *mil años son como un día* [2].

---

1 *S. Mateo,* XXIV, 3, 36.
2 *II S. Pedro*, III, 8.

ESPERAR AL QUE VIENE. — Esto nos explica la complacencia con que los Apóstoles, intérpretes de las aspiraciones de la Santa Madre Iglesia, insisten continuamente en sus palabras sobre la afirmación de la venida próxima del Señor. El cristiano *espera la manifestación de Nuestro Señor Jesucristo el día que venga,* nos acaba de decir San Pablo por dos veces en una misma frase. Aplicando a la segunda venida los suspiros inflamados de los profetas que anhelaban la primera [1], dice en su carta a los Hebreos: *Un poco todavía, poquísimo tiempo, y el que tiene que venir, vendrá y no tardará* [2]. Y, en efecto, así mismo en la nueva como en la antigua alianza, el Hombre-Dios se llama, por razón de su manifestación final esperada, *el que viene, el que tiene que venir* [3]. El grito que pondrá fin a la historia del mundo será el anuncio de su llegada: *¡He aquí que viene el Esposo* [4]! "Ciñendo, pues, espiritualmente vuestros riñones, dice San Pedro, pensad en la gloria del día en que se revelará el Señor; esperadle, aguardadle con santa esperanza" [5].

EL MILAGRO. — Porque ha de ser grande el peligro en los últimos días, en que las virtudes de los cielos se tambalearán [6], el Señor, como dice

1 *Hab.,* II, 3.
2 *Hebr.,* X, 37.
3 *Apoc.,* I, 8.
4 *S. Mateo,* XXV, 6.
5 *I S. Pedro,* I, 5, 7, 13.
6 *S. Mateo.* XXIV, 29.

la Epístola, se ha cuidado de *confirmar en nosotros su testimonio,* de fortalecer nuestra fe por las múltiples manifestaciones de su poder. Y, como para cumplir esta otra palabra de la misma Epístola, que *confirmará* de ese modo *hasta el fin* a los que creen en El, sus prodigios se duplican en nuestros tiempos precursores del fin. El milagro se da, por cierto, en todas partes y a la faz del mundo; las mil voces de la publicidad moderna llevan sus ecos hasta las extremidades de la tierra. En el nombre de Jesús, en el nombre de los santos, sobre todo en el nombre de su Madre Inmaculada, que prepara el último triunfo de la Iglesia, los ciegos ven, los cojos andan, los sordos oyen, los males del cuerpo y del alma pierden repentinamente su imperio. La manifestación del poder sobrenatural se ha hecho tan intensa, que hasta los servicios públicos, hostiles o no, tienen que tenerlo presente; hasta el trazado de los ferrocarriles se sujeta a la necesidad de llevar a los pueblos a los lugares benditos en que se ha manifestado María. En vano dice el impío en su corazón: ¡No hay Dios[1]! Si no comprende el testimonio divino, es que la corrupción o el orgullo prevalece en él sobre la inteligencia.

Acción de gracias. — Debemos tener empeño en dar gracias a Dios por la misericordiosa liberalidad de que ha dado pruebas para con nos-

1 Salmo XIII, 1.

otros. Sus dones gratuitos jamás fueron más necesarios que en nuestros calamitosos tiempos. Ya no se trata ciertamente de promulgar entre nosotros el Evangelio; pero los esfuerzos del infierno contra él han llegado a ser tales, que, para defenderlo, es necesaria una profusión de la virtud de lo alto, parecida de algún modo a aquella otra descrita en la historia de los orígenes de la Iglesia. Pidamos al Señor que nos depare hombres poderosos en palabras y obras. Tratemos de alcanzar que la imposición de las manos produzca hoy más que nunca en los elegidos para el sacerdocio todo el fruto apetecido; que esa imposición los enriquezca *en todo* y de un modo especial *en la palabra y en la ciencia.* Hoy, cuando todo parece venir a menos, se vea siquiera brillar viva y pura la luz de la salvación merced a los cuidados que los pastores prodiguen al rebaño de Cristo. No consigan las vilezas ni transacciones de las generaciones de decadencia, no consigan jamás ver que disminuyen en número o en santidad estos nuevos Cristos, o que en sus manos se acorta la *medida del hombre perfecto*[1], que les confiaron para aplicarla hasta el fin a todo cristiano celoso de vivir según el Evangelio. Resuene su voz por doquier tan viril y vibrante como conviene a los que son eco del Verbo, y, no haciendo caso de inútiles amenazas, domine siempre el tumulto de las pasiones desenfrenadas.

1 *Ef.*, IV, 13.

La Iglesia vuelve a repetir en el Gradual el versículo del Introito para celebrar nuevamente la alegría del pueblo cristiano al saber que está próxima su entrada en la casa del Señor. Esta casa es el cielo, en donde entraremos el último día en pos de Jesús triunfador; también lo es el templo en que se ofrece el Sacrificio aquí abajo, y en el cual nos introducen los representantes del Hombre-Dios, depositarios de su sacerdocio.

GRADUAL

Me he alegrado de lo que se me ha dicho: Iremos a la casa del Señor. ℣. Haya paz dentro de tus muros: y abundancia sobre tus torres.

Aleluya, aleluya. ℣. Temerán las gentes tu nombre, Señor: y todos los reyes de la tierra tu gloria. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Mateo (Mt., IX, 1-8).

En aquel tiempo, habiendo subido Jesús a una barca, pasó el mar y fué a su ciudad. Y he aqui que le presentaron un paralítico postrado en el lecho. Y, viendo Jesús su fe, dijo al paralítico: Confía, hijo, te son perdonados tus pecados. Y he aquí que algunos de los escribas dijeron entre sí: ¡Este blasfema! Y, habiendo visto Jesús sus pensamientos, dijo: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil decir: Te son perdonados tus pecados; o decir: Levántate y anda? Pues, para que sepáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra potestad de perdonar los pecados, dijo entonces al paralítico: Levántate, toma

tu lecho y vete a tu casa. Y se levantó y se fué a su casa. Y, al ver esto las turbas, temieron y glorificaron a Dios, que dió tal potestad a los hombres.

DEBERES DE LOS PASTORES. — En el siglo XII se leía hoy como Evangelio, en muchas Iglesias de Occidente, el pasaje del libro sagrado que trata de los Escribas y Fariseos que se sentaron en la cátedra de Moisés [1].

El Abad Ruperto, que nos da a conocer esta particularidad en su libro *De los Divinos Oficios,* hace ver con acierto la relación que hay entre dicho Evangelio y la antífona del Ofertorio que todavía se dice hoy, en la cual también se habla de Moisés. "El Oficio de este Domingo, dice, muestra con elocuencia al que preside en la casa del Señor y recibió la cura de almas, cómo debe portarse en el alto puesto en que la vocación divina le ha colocado. No se parezca a aquellos hombres que se sentaron indignamente en la cátedra de Moisés; al contrario, aseméjese a Moisés, el cual presenta en el Ofertorio y sus versículos un modelo acabado a los jefes de la Iglesia. Los pastores de almas no deben ignorar, en efecto, por qué razón ocupan un lugar más elevado: a saber, no tanto para gobernar como para servir" [2]. El Hombre-Dios decía de los Doctores judíos: *Haced lo que os dicen; lo que ellos hacen, guardaos bien de hacerlo; porque dicen bien lo que hay que hacer, pero no hacen*

1 *S. Mateo,* XXIII, 1-12.
2 *De los Oficios Divinos,* XII, 18.

nada de lo que dicen. A la inversa de estos indignos depositarios de la ley, los que se sientan en la cátedra de la doctrina "deben enseñar y obrar conforme a sus enseñanzas, dice Ruperto; o mejor, hagan primero lo que deben hacer, para poder luego enseñar con autoridad; no busquen los honores y los títulos, sino miren tan sólo a este único fin: a cargar sobre sí los pecados del pueblo y apartar la cólera de Dios de los encomendados a su solicitud pastoral, como hizo Moisés según se nos dice en el Ofertorio"[1].

PODERES DE LOS PASTORES. — El Evangelio de los Escribas y Fariseos sentados en la cátedra de Moisés se reservó más tarde para el Martes de la segunda semana de Cuaresma. Pero el que hoy se lee en todas partes, no distrae nuestro pensamiento de la consideración de los excelsos poderes del sacerdocio, que son un bien común de todo el linaje humano, redimido por Jesucristo. Antiguamente los fieles fijaban en este día su atención en el derecho de enseñar otorgado a los pastores; hoy meditan en la prerrogativa que estos mismos hombres tienen de perdonar los pecados y curar las almas. Así como una conducta que estuviese en contradición con lo que enseñan, no disminuiría en nada la autoridad de la cátedra sagrada, desde la cual dispensan a la Iglesia y en su nombre a sus hijos

[1] *De los Oficios Divinos*, XII, 18.

el pan de la doctrina, del mismo modo, la indignidad de su alma sacerdotal no mermaría tampoco en sus manos lo más mínimo el poder de las augustas llaves que abren el cielo y cierran el infierno. Y es natural que así suceda, ya que es el Hijo del hombre, Jesucristo, quien por su medio libra de sus culpas a los hombres, hermanos y criaturas suyas, el cual, cargándose con las miserias humanas, nos mereció a todos con su sangre el perdón de los pecados [1].

El perdón de los pecados. — Siempre ha sentido la Iglesia placer en recordar este episodio de la curación del paralítico, el cual ofreció a Jesús ocasión de afirmar su poder de perdonar los pecados como *Hijo del hombre*. Efectivamente, desde los principios del cristianismo negaron los herejes a la Iglesia el poder, que había recibido de su divino Jefe, de perdonar los pecados en nombre de Dios; esto equivalía a condenar a muerte eterna a un número incalculable de cristianos, que, caídos desgraciadamente en pecado después de su bautismo, sólo pueden ser rehabilitados por el Sacramento de la Penitencia. Mas, ¿qué tesoro puede defender una madre con mayor empeño que aquel que lleva prendido el remedio para la vida de sus hijos? La Iglesia, pues, tuvo que anatematizar y expulsar de su seno a estos fariseos de la nueva ley, que, como sus padres del judaísmo,

1 *Hebr.*, II, 10-18.

desconocían la misericordia infinita y la amplitud del gran misterio de la Redención. Como Jesús en presencia de sus contradictores los escribas, así también la Iglesia, en prueba de sus afirmaciones, había obrado un milagro visible en presencia de los sectarios, pero no fué más afortunada que el Hombre-Dios para llegar a convencerlos de la realidad del milagro de gracia que sus palabras de remisión y de perdón obraban de modo invisible. La curación externa del paralítico fué a la vez imagen y señal de la curación de su alma reducida antes a la miseria; pero representaba también a otro enfermo: el género humano que yacía inmóvil desde siglos en su pecado. Ya había abandonado este suelo el Hombre-Dios al obrar la fe de los Apóstoles este primer prodigio de llevar a los pies de la Iglesia al mundo envejecido en su enfermedad.

La Iglesia entonces, al ver al género humano dócil al impulso de los mensajeros del cielo y teniendo ya parte en su fe, halló para El en su corazón de madre la palabra del Esposo: *Hijo, ten confianza, tus pecados están perdonados*. Al instante y de modo visible el mundo se levantó de su lecho ignominioso, causando admiración a la filosofía escéptica y confundiendo el furor del infierno; para demostrar bien que había recobrado sus fuerzas, se le vió cargar sobre sus espaldas, por medio de la penitencia y del dominio de las pasiones, la cama de sus desfallecimientos y de su enfermedad, en

la que tanto tiempo le habían retenido el orgullo, la carne y la avaricia. Desde entonces, fiel a la palabra del Señor que le ha repetido la Iglesia, va andando *hacia su casa,* el paraíso, donde le esperan las alegrías fecundas de la eternidad.

Y la multitud de las turbas angélicas, al ver en la tierra semejante espectáculo de renovación y de santidad [1], se llena de admiración y glorifica a Dios, *que tal poder ha dado a los hombres.*

MOISÉS, MODELO DE SACERDOTES. — El Ofertorio recuerda el altar figurativo que Moisés erigió para recibir las oblaciones de la ley de esperanza, que anunciaban el gran sacrificio en este momento presente a nuestros ojos. A continuación de la antífona ponemos los versículos que estuvieron en uso antiguamente. Moisés se muestra aquí en verdad como el tipo de los profetas fieles que saludábamos en el Introito, como el modelo de los verdaderos jefes del pueble de Dios, que se dan de lleno a conseguir para sus gobernados la misericordia y la paz. Dios lucha con ellos y se deja vencer; a cambio de su fidelidad los admite a las manifestaciones más íntimas de su luz y de su amor. El primer versículo nos muestra al sacerdote en su vida pública de intercesión y de sacrificio en favor de los demás; el segundo nos revela su vida

1 *S. Lucas,* V, 26.

privada que se alimenta de la contemplación. No debemos extrañar la extensión de estos versículos; su ejecución por el coro de los cantores excedería hoy con mucho el tiempo que dura la ofrenda de la hostia y del cáliz, pero hay que tener cuenta con que antiguamente participaba toda la asamblea en la oblación del pan y del vino necesarios al sacrificio. Igualmente, las pocas líneas a que hoy se reduce la Comunión, en los antifonarios antiguos eran la antífona de un Salmo señalado para cada día; de ese salmo se tomaba la antífona a no ser que se tomase de otro libro de la Escritura, en cuyo caso ya no se volvía al salmo del Introito; se cantaba el salmo, repitiendo la antífona después de cada versículo, mientras duraba la participación común en el banquete sagrado.

OFERTORIO

Consagró Moisés el altar al Señor, ofreciendo sobre él holocaustos, e inmolando víctimas: ofreció el sacrificio vespertino, en olor de suavidad, al Señor Dios, ante los hijos de Israel.

℣. I. *El Señor habló a Moisés diciéndole: Sube a estar conmigo en el monte Sinaí, y estarás de pie en su cima. Levantándose Moisés, subió al monte donde Dios le había citado; y el Señor descendió a él en una nube y estuvo en su presencia. Moisés, al verle, se postró y le adoró diciendo: Señor, te lo suplico, perdona los pecados de tu pueblo. Y el Señor le respondió: Lo haré según tus deseos.*

Entonces Moisés ofreció el sacrificio vespertino,

℣. II. *Moisés oró al Señor y dijo: Si he hallado gracia ante ti, muéstrate a mí al descubierto, para que pueda contemplarte. Y el Señor le habló en estos términos: Ningún hombre que me vea, podrá vivir; pero estate en lo más alto del peñasco: mi mano diestra te cubrirá cuando pasare; y cuando hubiere pasado, retiraré mi mano y entonces verás mi gloria, aunque mi cara no se te mostrará; porque soy el Dios que obra en la tierra cosas maravillosas.*

Entonces Moisés ofreció el sacrificio vespertino.

La sublime elocuencia de la Secreta excede a todo comentario. Penetrémonos de la grandeza de las enseñanzas tan admirablemente resumidas en tan pocas palabras; comprendamos que nuestra vida y nuestras costumbres deben ser algo divino si han de responder a los misterios que se han revelado a nuestra inteligencia y se incorporan a nosotros en el comercio augusto del Sacrificio.

SECRETA

Oh Dios, que, por medio del venerando comercio de este Sacrificio, nos haces partícipes de la única y suma Divinidad: haz, te suplicamos, que, así como conocemos tu verdad, así la vivamos con dignas costumbres. Por Nuestro Señor Jesucristo.

La antífona de la Comunión se dirige a los sacerdotes y a la vez a todos nosotros; pues, si el sacerdote ofrece la víctima santa entre todas, no debemos presentarnos nosotros con él en los atrios del Señor sin llevar para juntarla a la hostia divina esta otra víctima que somos nos-

otros mismos; así cumpliremos la palabra del Señor: *No os presentaréis ante mí con las manos vacías* [1].

COMUNION

Tomad hostias, y entrad en sus atrios: adorad al Señor en su santa casa.

Al dar gracias en la Poscomunión por el don inestimable de los Misterios, pidamos al Señor nos haga cada vez más dignos.

POSCOMUNION

Dámoste gracias, Señor, vigorizados con este don sagrado, y suplicamos a tu misericordia nos haga dignos de seguir participando de él. Por Nuestro Señor Jesucristo.

DECIMONONO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

MISA

El jefe augusto del pueblo de Dios es la salvación de los suyos en todos sus males. ¿No lo probó el Domingo pasado de manera admirable, al restaurar a la vez el cuerpo y el alma del pobre paralítico en el que estábamos figurados todos nosotros? Escuchemos su voz en el In-

1 *Ex.*, XXIII, 15.

troito con agradecimiento y amor; prometámosle la fidelidad que nos pide; su ley puesta en práctica nos guardará de recaídas.

La antífona la han sugerido diversos pasajes de la Sagrada Escritura, mas no se encuentra en ella al pie de la letra. El versículo está tomado del Salmo setenta y siete.

INTROITO

Yo soy la salud del pueblo, dice el Señor: en cualquier tribulación, en que clamaren a mí, los oiré: y seré su Señor para siempre. — *Salmo:* Atiende, pueblo mío, a mi Ley: inclinad vuestro oído a las palabras de mi boca. ℣. Gloria al Padre.

Para comprender bien el pensamiento que domina en las colectas y en otras muchas partes de las misas del tiempo después de Pentecostés, es conveniente no perder de vista el Evangelio del Domingo anterior. Y así la Iglesia tiene cuenta de nuevo con el episodio del paralítico, que curado en el cuerpo y el alma por el Hijo del Hombre, figuraba un misterio mayor.

Reparado en el cuerpo y el alma por la palabra omnipotente del Salvador, ahora ya puede el género humano vacar a Dios con corazón libre y dispuesto. Al unirnos con la Iglesia en la Colecta, pidamos al Altísimo que nunca ya más vuelva a embargar nuestras facultades la fatal indolencia que ha sido para nosotros tan perjudicial.

COLECTA

Omnipotente y sempiterno Dios, aparta propicio de nosotros todo lo adverso: para que, expeditos a la vez de alma y de cuerpo, hagamos lo que es tuyo con corazones libres. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. San Pablo a los Efesios (Ef., IV, 23-28).

Hermanos: Renovaos en lo íntimo de vuestra alma, y revestíos del hombre nuevo, que ha sido creado, según Dios, en justicia y santidad verdadera. Por lo cual, renunciando a la mentira, hablad verdad cada cual con su prójimo: porque somos miembros los unos de los otros. Airaos y no pequéis: no se ponga el sol sobre vuestro enojo. No deis lugar al diablo: el que robaba, no robe ya; antes trabaje, obrando con sus manos lo que es bueno, para que tenga de donde dar al que padezca necesidad.

La Santa Madre Iglesia prosigue hoy la lectura de la Epístola a los Efesios, que había interrumpido el Domingo pasado. Ya anteriormente el Apóstol puso los principios dogmáticos de la verdadera santidad; ahora saca de ellos las consecuencias morales.

El hombre nuevo. — Comprendamos, pues, la moral de San Pablo en nuestra Epístola y lo que él entiende por *Justicia* y *santidad de la verdad,* que es la de Cristo [1], propia del *hombre nuevo,* de que se debe *revestir* todo el que aspire a la

1 *Rom.,* XIII, 14.

posesión de las riquezas enumeradas en los pasajes precedentes de su carta inmortal. Volvamos al leer la Epístola del Domingo décimoséptimo y en ella veremos que todas las reglas del catecismo cristiano y de la vida mística se resumen para el Apóstol en estas palabras: *"procuremos la unidad"* [1]. Es la máxima que da así a los principiantes como a los perfectos; es el coronamiento de las vocaciones más sublimes en el orden de la gracia, y también el fundamento y la razón de todos los mandamientos de Dios de tal modo, que, si debemos abstenernos de la mentira y decir la verdad a los que nos escuchan, el motivo, según el Apóstol, es éste: *que somos miembros los unos de los otros.*

Habla el salmista [2] de una cólera santa, que provoca a veces el celo de la ley divina y de la caridad; pero aun en esos momentos debe apagarse al instante el movimiento de ira levantado en el alma: prolongarle equivaldría *a dar lugar al diablo* y poner en sus manos buenas cartas para cuartear y derrocar en nosotros, por medio del rencor y del odio, el edificio de la santa unidad.

Antes de nuestra conversión, nuestras faltas hacían sufrir tanto al prójimo como a Dios; la injusticia, si pasaba inadvertida, poco nos importaba; el egoísmo era nuestra ley, y también era prenda de que Satanás reinaba en

1 *Ef.*, IV, 3.
2 *Sal.*, IV, 5.

nuestras almas. Ahora, expulsado por el Espíritu de santidad tan indigno usurpador, la mejor señal de que se ha reconquistado su imperio, consiste no sólo en que los derechos de los demás son ya sagrados para nosotros, sino también en que hacemos nuestro trabajo y todas nuestras obras pensando en que debemos socorrer en sus necesidades al prójimo. En una palabra, prosigue y concluye el Apóstol un poco más adelante, *viviremos en caridad si somos imitadores de Dios como hijos carísimos suyos* [1].

Cristo ha devuelto la libertad de movimientos a nuestras manos paralíticas para el bien sobrenatural; levantémoslas espiritualmente en la oración para glorificar a Dios con este homenaje que El acepta como un sacrificio de suave olor. Esta es la enseñanza que la Santa Madre Iglesia nos da con su ejemplo en el Gradual.

GRADUAL

Ascienda mi oración, como el incienso, en tu presencia, Señor. ℣. La elevación de mis manos sea como el sacrificio vespertino.

Aleluya, aleluya. ℣. Alabad al Señor e invocad su nombre: anunciad entre las gentes sus obras. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Mateo (Mat., XX, 1-14).

En aquel tiempo habló Jesús en parábolas a los príncipes de los sacerdotes y a los fariseos, diciendo:

---

[1] *Ef.,* V, 1-2.

El reino de los cielos es semejante a un rey que celebró las bodas de su hijo. Envió a sus siervos a llamar a los invitados a las bodas, y no quisieron venir. Envió de nuevo otros siervos, diciendo: Decid a los invitados: He aquí que ya he preparado mi comida, ya están muertos mis toros y mis animales cebados, y todo está dispuesto: venid a las bodas. Pero ellos lo rehusaron: y se fueron, uno a su granja, otro a su negocio: los demás prendieron a los siervos y, después de afrentarlos, los mataron. Cuando lo supo el rey, se enfureció: y, enviando sus ejércitos, mató a aquellos homicidas y quemó su ciudad. Entonces dijo a sus siervos: Las bodas están ya preparadas, pero, los que habían sido invitados, no han sido dignos. Id, pues, a las bocas de las calles, y, a todos los que hallareis, llamadlos a las bodas. Y, saliendo sus siervos por las calles, reunieron a todos los que encontraron, buenos y malos: y se llenaron las bodas de comensales. Y entró el rey para ver a los comensales y vió allí un hombre que no tenía vestido de boda. Y díjole: Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin tener traje de boda? Y él calló. Entonces dijo el rey a sus ministros: Atándole de pies y manos, arrojadle en las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el crujir de dientes. Porque son muchos los invitados, pero pocos los escogidos.

LAS BODAS DEL HIJO DE DIOS. — Lo expuesto en los últimos Domingos nos manifiesta a la Iglesia solícita únicamente de preparar al género humano a las bodas admirables cuya celebración es el fin exclusivo por el que el Verbo de Dios vino a este mundo. En su destierro ya largo la Esposa del Hijo de Dios se nos presenta como el modelo vivo de sus hijos. Ella no ha cesado un momento de disponerlos con sus instrucciones a entender el gran misterio de la

unión divina. Hace tres semanas [1], tratando el tema único de su solicitud de Madre y de Esposa de modo más directo que lo había hecho hasta entonces, les recordaba el llamamiento inefable de que habían sido objeto por parte de Dios. Ocho días después [2], gracias a ella, el Esposo de las bodas a las que se los convidaba, se les manifestó a ellos en el Hombre-Dios, objeto del doble precepto del amor en que se resume toda la ley. Hoy la enseñanza es completa. En el Oficio de la noche, en que San Gregorio nos expone todo su pensamiento, la Iglesia fija esa enseñanza: con la doble autoridad de un gran Doctor y de un gran Papa y también en nombre de la Iglesia, el Santo explica el Evangelio de esta manera:

COMENTARIO DE SAN GREGORIO: "El reino de los cielos es la asamblea de los justos. El Señor dice, en efecto, por un profeta: *El cielo es mi trono* [3]; y a su vez dice Salomón: *El alma del justo es el trono de la Sabiduría* [4], mientras San Pablo llama a Cristo; *Sabiduría de Dios* [5]. Si, pues, el cielo es el trono de Dios, si la Sabiduría es Dios, si el alma del justo es trono de la Sabiduría, debemos concluir con evidencia en que el alma del justo es un cielo... El reino de

1 Domingo XVI después de Pentecostés.
2 Domingo XVII después de Pentecostés.
3 *Isaías*, LXVI, 1.
4 *Sab.*, VII, 27.
5 *I Cor.*, I, 24.

los cielos es, por tanto, con razón la asamblea de los justos... Si este reino se dice *semejante a un rey que celebra las bodas de su hijo,* vuestra caridad comprende al momento quién es este Rey, padre de un hijo Rey como El, a saber, aquel de quien se dice en el salmo: *¡Oh Dios, da al Rey tu juicio,* y *tu justicia al hijo del Rey*[1]! Dios Padre celebró las bodas de Dios, Hijo suyo, al unirle a la naturaleza humana, al querer que el que era Dios antes de los siglos, se hiciese hombre al fin de los siglos. Pero tenemos que evitar el peligro de dar a entender que pueda existir dualidad de personas en nuestro Dios y Salvador Jesucristo... Por eso puede ser más claro y a la vez más seguro decir que el Padre celebró las bodas del Rey su Hijo, uniéndole por el misterio de la Encarnación a la santa Iglesia. El seno de la Virgen Madre fué la cámara nupcial de este Esposo, de quien el salmista dice[2]: *Puso en el sol su tabernáculo: es el Esposo que sale de su cámara nupcial*"[3].

No obstante su calidad de Esposa del Hijo de Dios, la Iglesia está sujeta en este mundo a las tribulaciones. Los enemigos del Esposo, al no poder atacar ahora directamente al Señor, dirigen su furia contra ella. En estas pruebas, soportadas por la Iglesia con amor, ve el Señor un nuevo rasgo de la conformidad que ha de

---

1 Salmo LXXI, 2.
2 Salmo XVIII, 6.
3 Homilía XXXVIII *sobre el Evangelio.*

tener con él en todo; la deja, pues, sufrir en este mundo, contentándose con ayudarla siempre y salvarla, como lo dice el Ofertorio, de los males que aumentan constantemente en su rededor.

OFERTORIO

Si caminare en medio de la tribulación, me vivificarás tú, Señor: y contra la ira de mis enemigos extenderás tu mano y me salvará tu diestra.

En cuanto a la glorificación de la soberana Majestad, el augusto sacrificio que estamos preparando consigue siempre su efecto infinito; mas su virtud se aplica al hombre en medida mayor o menor, lo cual depende a la vez de las disposiciones de la criatura y de la misericordia divina. Roguemos, pues, en la Secreta a Dios todopoderoso se digne hacernos sentir copiosamente el efecto de los misterios divinos que se van a realizar.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, hagas que estos dones, que ofrecemos ante los ojos de tu Majestad, sean saludables para nosotros. Por Nuestro Señor Jesucristo.

El Hombre-Dios ha devuelto espiritualmente el vigor a nuestros miembros, mediante su divino contacto en el sagrado banquete; no olvidemos que debemos en adelante consagrarlos a su servicio, y que nuestros pies, fortalecidos ya, tienen que ejercitarse en correr por los caminos de los divinos mandamientos.

COMUNION

Tú mandaste que se guarden tus mandamientos fielmente: ojalá se dirijan mis caminos a la guarda de tus preceptos.

La Poscomunión parece ser hoy todavía un recuerdo del Evangelio del paralítico, que se leía antiguamente en este Domingo. En ella se pide la asistencia del médico celestial, que arranque al hombre del mal en que gime impotente, y le conceda la fuerza necesaria para cumplir siempre y con valentía la ley de Dios.

POSCOMUNION

Haz, Señor, que tu obra medicinal nos libre clemente de nuestras perversidades y nos apegue siempre a tus mandamientos. Por Nuestro Señor Jesucristo.

VIGESIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

MISA

Judíos y gentiles. — El Evangelio de hace ocho días tenía por objeto la promulgación de las bodas entre el Hijo de Dios y el género humano. La realización de estas bodas sagradas es el fin que Dios se propuso en la creación del mundo visible, y el único que intenta en el go-

bierno de las sociedades. Por tanto, no debe admirarnos que la parábola evangélica, al revelarnos el pensamiento divino sobre este punto, haya puesto en claro también el gran hecho de la reprobación de los judíos y de la vocación de los gentiles, que es a la vez el más importante de la historia del mundo y el más íntimamente ligado a la consumación del misterio de la unión divina.

Pero la exclusión de Judá ha de cesar un día. Su obstinación fué el motivo de que a los gentiles se dirigiese el mensaje de amor. Hoy *todas las naciones* [1] han oído la invitación celestial; ya falta poco para completar a la Iglesia en sus miembros con la entrada de Israel, y para dar a la Esposa la señal de la llamada suprema que pondrá fin al largo trabajo de siglos [2], haciendo aparecer al Esposo [3]. La envidia santa que quería despertar el Apóstol en los hombres de su raza al dirigirse hacia las naciones [4], se dejará sentir en el corazón de los descendientes de Jacob. ¡Qué alegría en el cielo al ver que su voz arrepentida y suplicante se une en presencia de Dios a los cantos de alegría de la gentilidad, que celebra la entrada de sus pueblos innumerables en la sala del banquete divino! Semejante concierto será en verdad el preludio del gran día que ya de antemano saludaba San Pablo, al

1 *Rom.*, XI, 25-26.
2 *Ibid.*, VIII, 22.
3 *Apoc.*, XXII, 17.
4 *Rom.*, XI, 13-14.

decir a los judíos en su entusiasmo patriótico: *Si su caída fué la riqueza del mundo y su mengua la riqueza de los gentiles, ¿qué será su plenitud*[1]?

La misa del Domingo vigésimo después de Pentecostés nos permite gustar por anticipado ese momento feliz, en que el nuevo pueblo no estará ya solo para cantar reconocido los favores de Dios. Están concordes los antiguos liturgistas en afirmar que componen la misa, por partes iguales, los acentos de los profetas de que se sirve Jacob para expresar su arrepentimiento y merecer nuevamente los beneficios divinos, y fórmulas inspiradas por las que exhalan su amor las naciones que ya tienen su puesto en la sala del festín de las bodas.

En el Gradual y en la Comunión oímos al coro de los Gentiles, y al coro de los Judíos en el Introito y el Ofertorio.

El Introito está sacado de Daniel[2]. El profeta desterrado con su pueblo en Babilonia, en un cautiverio cuyos largos padecimientos fueron figura de los dolores de distinta manera prolongados en la peregrinación actual de la vida, vuelve a gemir con Judá en tierra extranjera y comunica a sus compatriotas el gran secreto de la reconciliación con el Señor. Este secreto lo desconoció Israel después del drama del Calvario, pero, en los siglos anteriores de su historia,

1 *Rom.*, XI, 12.
2 *Daniel,* III.

había tenido de él noticias muy claras y había sentido muchas veces también los saludables efectos. Consiste, como siempre, en el humilde reconocimiento de las faltas cometidas, en el pesar suplicante del culpable y en la confianza firme de que la misericordia infinita sobrepuja a los crímenes más enormes.

INTROITO

Todo lo que has hecho con nosotros, Señor, lo has hecho con justo juicio: porque hemos pecado contra ti y no hemos obedecido tus mandatos: pero da gloria a tu nombre y haz con nosotros según tu gran misericordia. — *Salmo:* Bienaventurados los puros en su camino: los que andan en la ley del Señor. ℣. Gloria al Padre.

El perdón divino, que devuelve al alma la pureza y la paz, es como el preliminar indispensable de las bodas sagradas; la veste nupcial de los convidados debe estar sin mancha so pena de ser excluído, y su corazón sin inquietudes, para no llegarse a la mesa del Esposo con tristeza.

Imploremos este perdón inestimable, que el Señor nos concederá de buen grado pidiéndoselo por intercesión de su Esposa la Santa Madre Iglesia.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, concedas benigno a tus fieles el perdón y la paz: para que se purifiquen de todos sus pecados y, a la vez, te sirvan con un corazón tranquilo. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. San Pablo a los Efesios (Ef., V, 15-21).

Hermanos: Cuidaos de caminar cautamente: no como necios, sino como sabios, redimiendo el tiempo, porque los días son malos. Por tanto, no seáis imprudentes, sino inteligentes, averiguando cuál sea la voluntad de Dios. Y no os embriaguéis con vino, en el cuál está la lujuria: sino henchíos del Espíritu Santo, hablando entre vosotros con salmos e himnos y cánticos espirituales, cantando y salmodiando al Señor en vuestros corazones: dando siempre gracias por todo, en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, a Dios Padre. Sumisos los unos a los otros en el temor de Cristo.

El acercarse la consumación de las bodas del Hijo de Dios coincidirá aquí en la tierra con un aumento de la furia del infierno para perder a la Esposa. El dragón del Apocalipsis [1] desencadenará todas las pasiones para arrastrar en su empuje a la verdadera madre de los vivientes. Pero será impotente para mancillar el pacto de la alianza eterna y, sin fuerzas ya contra la Iglesia, dirigirá sus iras contra los últimos hijos de la nueva Eva, a quienes está reservado el honor peligroso de las luchas supremas descritas por el profeta de Patmos [2].

INTEGRIDAD DE LA DOCTRINA. — Entonces sobre todo, los cristianos fieles deberán recordar los consejos del Apóstol y portarse con la *circuns-*

---

[1] *Apoc.* XII, 9.
[2] *Ibíd.*, XII, 17.

pección que nos recomienda, poniendo sumo cuidado en conservar pura su *inteligencia* no menos que su voluntad, *en estos días malos*. Porque para entonces, la luz no sólo tendrá que resistir los asaltos de los hijos de las tinieblas, que hacen ostentación de sus doctrinas perversas, sino que tal vez se amortigüe y adultere por culpa de las flaquezas de los hijos de la luz en el terreno de los principios, por las tergiversaciones, transacciones y humana prudencia de los que se tienen por sabios. Muchos parecerá que ignoran prácticamente que la Esposa del Hombre-Dios no puede sucumbir al choque de fuerza alguna creada. Si recuerdan que Cristo se comprometió a defender a su Iglesia hasta el fin del mundo [1], no dejarán de creer que hacen una obra admirable al proporcionar a la buena causa la ayuda de una política de concesiones que no siempre se pesan suficientemente en la balanza del santuario: sin contar que el Señor no necesita de habilidades torcidas para ayudarla a cumplir su promesa; y no se necesita decir sobre todo, que la cooperación que se digna aceptar de los suyos en defensa de los derechos de la Iglesia, no puede consistir en el menoscabo u ocultación de las verdades que constituyen la fuerza y la belleza de la Esposa. ¡Cuántos olvidarán la máxima de San Pablo escribiendo a los Romanos, que *acomodarse a este mundo,* buscar una adaptación imposible del Evangelio

1 *S. Mateo,* XXVIII, 20.

a un mundo descristianizado, no es medio para llegar a distinguir de modo seguro *lo bueno, lo mejor, lo perfecto a los ojos del Señor*[1]! En muchas circunstancias de estos malhadados tiempos, será también un mérito grande y raro, *comprender únicamente cuál es la voluntad de Dios,* como lo dice nuestra Epístola.

Cuidad, diría San Juan, *de no perder el fruto de vuestras obras;* aseguraos la total *recompensa* que sólo se concede a la plenitud constante de la doctrina y de la fe[2]. Por lo demás, entonces como siempre, según la palabra del Espíritu Santo, *la sencillez de los justos los guiará de un modo seguro*[3]; la Sabiduría les concederá la humildad[4].

REDIMIR EL TIEMPO. — El único afán de los justos será, pues, acercarse más y más siempre a su Amado mediante una semejanza cada vez mayor con El, es decir, por una reproducción más acabada de la *verdad* en sus palabras y acciones. Y en esto servirán a la sociedad, como se debe, poniendo en práctica el consejo del Señor, que nos pide buscar primero el reino de Dios y su justicia, y en lo demás confiarnos a El[5]. Interpretarán para su uso de distinta manera el consejo que nos da el Apóstol *de redimir*

1 *Rom.,* XII, 2.
2 *II S. Juan,* 8-9.
3 *Prov.,* XI, 3.
4 *Ibid.,* XI, 2.
5 *S. Mateo,* VI, 33.

el tiempo dejando a otros la búsqueda de combinaciones humanas y complicadas, de compromisos inciertos, que en el plan de sus autores están ordenados a retrasar algunas semanas, algunos meses acaso, la ola ascendente de la revolución.

El Esposo compró el tiempo a precio muy alto para que sus miembros místicos lo empleasen en la glorificación del Altísimo. La multitud le perdió descarriada en la rebeldía y en los placeres, y las almas fieles le redimieron poniendo tal intensidad en los actos de su fe y de su amor, que, si ello es posible, no decreciese hasta el último instante el tributo que ofrecía todos los días la tierra a la Suma Trinidad. Contra la bestia de boca insolente y llena de blasfemias [1], ellos se apropiarán el grito de Miguel frente a Satanás, impulsor de la bestia [2]: *¿Quién como Dios?*

El pueblo antiguo cantó, en el Introito, su arrepentimiento y su humilde confianza. Los Gentiles, en el Gradual, cantan sus esperanzas sobradamente cumplidas en las delicias del banquete nupcial.

GRADUAL

Los ojos de todos están fijos en ti, Señor: y tú das a todos el sustento en tiempo oportuno. ℣. Abres tu mano: y llenas de bendición a todo viviente.

---

1 *Apoc.*, XIII, 5-6.
2 *Ibid.*, 2.

Aleluya, aleluya. ℣. Preparado está mi corazón, oh Dios, preparado está mi corazón: te cantaré y entonaré salmos a ti, gloria mía. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio,* según San Juan (Jn., IV, 46-53).

En aquel tiempo había un régulo cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaúm. Cuando supo que Jesús venía de Judea a Galilea, fué a él y le rogó que bajase, y curase a su hijo, que comenzaba a morirse. Díjole entonces Jesús: Si no viereis milagros y prodigios, no creéis. Díjole el régulo: Señor, baja antes de que muera mi hijo. Díjole Jesús: Vete, tu hijo vive. Creyó el hombre lo que le dijo Jesús, y se fué. Cuando ya bajaba, le salieron al encuentro los siervos y le dijeron que su hijo vivía. El les preguntó la hora en que había mejorado. Y le dijeron: Ayer, a las siete, le dejó la fiebre. Y vió el padre que era la misma hora en que le había dicho Jesús: Tu hijo vive: y creyó él y toda su casa.

El Evangelio se toma hoy de San Juan, y es la primera y la única vez en todo el curso de los Domingos después de Pentecostés. *Del Oficial de Cafarnaúm* recibe el nombre este vigésimo Domingo. La Iglesia le ha escogido porque no deja de haber cierta relación misteriosa en el estado del mundo, con los tiempos a que se refieren proféticamente los últimos días del ciclo litúrgico.

EL MUNDO ENFERMO. — El mundo va camino de su fin y *empieza* también *a morir.*

Minado por la *fiebre* de las pasiones en Cafarnaúm, la ciudad del lucro y de los placeres, no tiene ya fuerzas para ir por sí mismo ante el médico que podría curarle. Su *padre,* los pastores que le han engendrado por el bautismo a la vida de la gracia, los que gobiernan al pueblo cristiano como *oficiales* de la santa Iglesia, son los que tienen que presentarse ante el Señor a pedirle la salud del enfermo. El discípulo amado nos hace saber, al principio de su relato [1], que encontraron a Jesús en Caná, la ciudad de las bodas y de la manifestación de su gloria en el banquete nupcial [2]; el Hombre-Dios reside en el cielo desde que abandonó nuestra tierra, y dejó a sus discípulos, huérfanos del Esposo, ejercitarse por algún tiempo en la *tierra de la penitencia.*

El remedio. — El único remedio está en el celo de los pastores y en la oración de la porción del rebaño de Cristo que no se ha dejado arrastrar por las seducciones del libertinaje universal. Pero ¡cuánto importa que fieles y pastores, sin rodeos personales, entren de lleno sobre este punto en los sentimientos de la santa Iglesia! A pesar de la ingratitud más insultante de las injusticias, calumnias y perfidias de todo género, la madre de los pueblos olvida sus injurias para pensar sólo en la saludable prosperidad y

1 *S. Juan,* IV, 46.
2 *Ibíd.,* II, 2.

en la salvación de las naciones que la insultan; ruega como lo hizo siempre y con más ardor que nunca, para que tarde en llegar el fin, *pro mora finis*[1].

EL PODER DE LA ORACIÓN. — Para responder a su pensamiento, "juntémonos, pues, como dice Tertuliano, en un solo regimiento, en una sola asamblea para ir al encuentro de Dios y sitiarle con nuestras oraciones como con un ejército. Le agrada esta violencia". Pero a condición de que se base en una fe íntegra y que no vacile por nada. Si nuestra fe nos da la victoria sobre el mundo[2], ella es también la que triunfa de Dios en los casos más peligrosos y desesperados. Pensemos, como la Iglesia, nuestra Madre, en el peligro inminente de tantos desgraciados. No tienen disculpa, ciertamente: el último Domingo se les recordaba otra vez los llantos y el crujir de dientes que en las tinieblas exteriores están reservados a los despreciadores de las bodas sagradas[3]. Pero son hermanos nuestros y no debemos conformarnos tan fácilmente con la pena de su pérdida. Esperemos contra toda esperanza. El Hombre-Dios, que sabía con ciencia cierta la inevitable condenación de los pecadores empedernidos, ¿no derramó también por ellos toda su sangre? Queremos merecer el unirnos a El por una semejan-

---

1 Tertuliano, *Apol.*, XXXIX.
2 *I S. Juan*, V, 4.
3 *S. Mateo*, XXII, 13.

za completa. Resolvámonos, pues, a imitarle también en esto, en la medida que podamos; roguemos sin tregua ni reposo por los enemigos de la Iglesia y por los nuestros mientras su condenación no sea un hecho consumado. En este orden de cosas, todo es útil, nada se pierde. Suceda lo que sucediere, el Señor será glorificado por nuestra fe y por el ardor de nuestra caridad.

Pongamos todo nuestro esmero únicamente en no merecer los reproches que dirigía a la fe incompleta de la generación de que formaba parte el oficial de Cafarnaúm. Sabemos que no necesita *bajar* del cielo a la tierra para dar su eficacia a las órdenes emanadas de su voluntad misericordiosa. Si tiene a bien multiplicar los *milagros y los prodigios* en nuestro derredor, le quedaremos agradecidos por nuestros hermanos más flacos en la fe: de aquí debemos tomar ocasión para ensalzar su gloria, pero afirmando que nuestra alma no necesita ya para creer en El de las manifestaciones de su poder. El antiguo pueblo, arrastrando su merecida desdicha a través de todas las tierras lejanas, vuelve hoy en el Ofertorio a sentimientos de penitencia y canta ahora con la Iglesia su admirable Salmo 136, que superó siempre a todo canto de destierro de cualquier lengua.

OFERTORIO

Junto a los ríos de Babilonia nos sentamos y lloramos, al acordarnos de ti, Sión.

Todo el poder de Dios, que cura con una palabra las almas y los cuerpos, reside en los Misterios preparados sobre el altar. Pidamos, en la Secreta, que su virtud obre en nuestros corazones.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, hagas que estos Misterios nos sirvan de medicina celestial y purifiquen los vicios de nuestro corazón. Por Nuestro Señor Jesucristo.

La palabra que nos recuerda la antífona de la Comunión y que sirvió para levantar al hombre abismado en su miseria, es la del Evangelio del banquete divino: *¡Venid a las bodas!* Pero el hombre, deificado ya por su participación aquí abajo en el Misterio de la fe, aspira a la perfección eterna de la unión en el mediodía de la gloria.

COMUNION

Acuérdate, Señor, de la promesa hecha a tu siervo, con la cual me diste esperanza: ésta es la que me ha consolado en mi humillación.

Como lo expresa la Poscomunión la mejor preparación que puede llevar el cristiano a la santa mesa es una fidelidad constante en observar los divinos mandamientos.

POSCOMUNION

Para que seamos dignos, Señor, de estos sagrados dones, haz, te suplicamos, que obedezcamos siempre tus mandatos. Por Nuestro Señor Jesucristo.

VIGESIMOPRIMERO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

El Oficio. — Los Domingos que van a continuación son los últimos del ciclo anual, pero el grado de proximidad que los relaciona con su último término, varía cada año con la Pascua. Esta variación imposibilita la coincidencia exacta entre la composición de sus Misas y las lecturas del Oficio nocturno, que se hacen de un modo fijo desde agosto de la manera que hemos dicho [1]. La instrucción que los fieles deben sacar de la sagrada Liturgia sería incompleta, ni verían tampoco la solicitud de la Iglesia en estas últimas semanas tan claramente como conviene para dejarse dominar de ella por entero, si pasan para ellos inadvertidas las lecturas que se hacen en los meses de octubre y noviembre: en el primero se leen los Macabeos, que nos animan a los últimos combates, y en el segundo se leen los Profetas, que anuncian los juicios de Dios.

MISA

Lucha contra el diablo. — Durando de Mende, en su Racional, se esfuerza por probar que este Domingo y los que le siguen dependen siem-

[1] Domingo VII después de Pentecostés.

pre del Evangelio de las bodas divinas y no son más que su explicación. "Y porque estas bodas, dice para hoy, no tienen mayor enemigo que la envidia de Satanás contra el hombre, la Iglesia trata, en este Domingo, de la guerra contra Satanás y de la armadura de que nos debemos revestir para defendernos en ella, según se verá en la Epístola. Y, como el cilicio y la ceniza son las armas de la penitencia, la Iglesia en el Introito saca a relucir la voz de Mardoqueo, que rogaba a Dios, cubierto del cilicio y la ceniza" [1].

MISERIA DEL GÉNERO HUMANO. — Su fundamento tienen las reflexiones del Obispo de Mende. Mas, bien que el pensamiento de la unión divina, que pronto se consumará, no abandone nunca a la Iglesia, ésta se mostrará de modo especial verdaderamente Esposa en la desdicha de los últimos tiempos, cuando, olvidándose de sí misma, sólo pensará en los hombres, cuya salvación la confió el Esposo. Lo hemos dicho ya: la proximidad del juicio final, el estado lamentable del mundo en los años que precederán inmediatamente al desenlace de la historia humana, es lo que domina en la Liturgia de estos Domingos. La parte de la Misa de hoy que más impresionó a nuestros padres, es el Ofertorio sacado de Job, con su versículos de exclamaciones expresivas y repeticiones apremiantes; puede decirse, en efecto, que este Ofertorio encierra

[1] *Racional,* VI, 138; *Est.,* IV, 1.

perfectamente el verdadero sentido que conviene dar al Domingo vigésimoprimero después de Pentecostés.

Al mundo, que se ve reducido, como Job en el estercolero, a la más extrema miseria, ya solamente le queda la esperanza en Dios. Los santos que todavía viven en él, honran al Señor con una paciencia y una resignación, que en nada merman el ardor y la fuerza de sus súplicas. Tal es el sentimiento que desde el primer instante produce en ellos la oración sublime formulada por Mardoqueo. Rogaba éste en favor de su pueblo condenado a un exterminio total, figura del que espera al género humano [1].

INTROITO

En tu voluntad, Señor, están puestas todas las cosas, y no hay quien pueda resistir a tu voluntad: porque tú lo has hecho todo, el cielo y la tierra, y todo cuanto se contiene en el ámbito del cielo: tú eres el Señor de todo. — *Salmo:* Bienaventurados los puros en su camino: los que andan en la Ley del Señor. ℣. Gloria al Padre.

La Iglesia, en la Colecta, indica bastante que, si bien está pronta a sufrir los tiempos malos, prefiere la paz, que la permite ofrecer libremente el tributo simultáneo de las obras y la alabanza. El último ruego de Mardoqueo en la oración cuyas primeras palabras las tenemos en el Introito, era para esta libertad de la alabanza

1 *Est.*, XIII, 9-11.

divina, que será el último amparo del mundo: "*Podamos cantar a tu Nombre, oh Señor, y no cierres la boca de los que te alaban*"[1].

COLECTA

Suplicámoste, Señor, custodies a tu familia con tu continua piedad: para que, con tu protección, se vea libre de todas las adversidades y, con buenos actos, sirva devota a tu nombre. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. San Pablo a los Efesios (Ef., VI, 10-17).

Hermanos: Confortaos en el Señor y en el poder de su virtud. Revestíos de la armadura de Dios para que podáis resistir a las asechanzas del diablo. Porque no tenemos que luchar contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los tenebrosos rectores de este mundo, contra los espíritus del mal en los cielos. Por lo cual, tomad la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo y ser perfectos en todo. Tened, pues, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y estad vestidos de la loriga de la justicia, y tened los pies calzados con la preparación del Evangelio de la paz: tomad en todo el escudo de la fe, con el cual podréis extinguir todos los dardos encendidos del malvado: y el yelmo de la salud: y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios.

EL DÍA DEL JUICIO. — Los días malos, que ya señalaba el Apóstol el último Domingo, son muchos en la vida de cada hombre y en la historia

---

[1] *Est.* XIII, 17.

del mundo. Mas, para cada hombre y para el mundo, hay *un día malo* entre todos: el del fin y el del juicio, del cual canta la Iglesia que la desgracia y la miseria le convertirán en un día *de gran amargura.* Los años se han dado al hombre, y los siglos se suceden unos a otros para preparar el último día. Dichosos los combatientes del buen combate y los vencedores de ese día terrible; se los verá entonces *de pie* sobre las ruinas y *perfectos en todo,* conforme a la palabra del Doctor de las naciones. No conocerán la segunda muerte; coronados con la diadema de la justicia, reinarán con Dios sobre el trono de su Verbo.

APOYARSE EN CRISTO. — La guerra es fácil con el Hombre-Dios por jefe. Unicamente nos pide por su Apóstol que *busquemos nuestra fuerza sólo en El y en la potencia de su virtud.* La Iglesia sube del desierto apoyada en su Amado. El alma fiel se siente conmovida al pensar que sus armas son las mismas que tiene el Esposo. No en vano los Profetas nos le pintaron ya de antemano ciñendo antes que nadie *el escudo de la fe,* tomando el *casco de la salud, la coraza de la justicia y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios.* El Evangelio nos le presentó en medio de la lid para, con su ejemplo, formar a los suyos en el manejo de estas armas divinas.

EL ARMA DE LA FE. — Armas múltiples por razón de sus múltiples efectos, pero todas, ofen-

sivas o defensivas, se resumen en la fe. Fácilmente ello se echa de ver al leer la Epístola de hoy, además de que eso es lo que nuestro jefe divino quiso enseñarnos cuando, al ser tentado por tres veces en la montaña de la Cuarentena, quiso responder otras tantas con textos de la Escritura. La victoria que triunfa del mundo es la de nuestra fe, dice San Juan [1]; y en *el combate de la fe* resume el Apóstol, al final de su carrera, sus propias luchas y las de toda vida cristiana. A pesar de las condiciones nada favorables que señala el Apóstol, es la fe la que asegura el triunfo a los hombres de buena voluntad. Si en la lucha emprendida tuviésemos que juzgar de las esperanzas del éxito de las partes adversas comparando sus fuerzas respectivas, es seguro que las conjeturas nos serían desfavorables. Porque no tenemos que hacer frente a *hombres de carne y sangre,* sino a enemigos impalpables que llenan el aire y son, por tanto, invisibles, inteligentes y fuertes; que conocen a maravilla los tristes secretos de nuestra pobre naturaleza caída y dirigen todo su valer contra el hombre para engañarle y perderle por el odio que tienen a Dios. En su origen fueron creados para reflejar en la pureza de una naturaleza completamente espiritual el resplandor divino de su autor; ahora, por su orgullo, son y manifiestan ser una monstruosidad de puras

---

[1] *I S. Juan,* V, 4.

inteligencias consagradas al mal y a odiar la luz.

CONVERTIRSE EN LUZ. — Nosotros, que ya por nuestra naturaleza sólo somos tinieblas, ¿cómo, pues, lucharemos con estas potencias espirituales, que ponen toda su ciencia al servicio de la oscuridad? San Juan Crisóstomo [1] lo dice: "Convirtiéndose en luz." Es cierto que la faz del Padre no puede lucir directamente sobre nosotros antes del gran día de la revelación de los hijos de Dios; pero ya desde ahora tenemos la palabra revelada [2], que suple nuestra ceguera. El bautismo abrió el oído en nosotros, pero no abrió todavía los ojos; Dios habla por la Escritura y por su Iglesia, y la fe nos da una certeza tan grande como si ya viésemos.

Con su docilidad de niño, el justo camina en paz por la sencillez del Evangelio. La fe le guarda contra los peligros mejor que el escudo, y mejor que el casco y la coraza; la fe amortigua los dardos de las pasiones e inutiliza los engaños enemigos. Con ella no se necesitan razonamientos sutiles ni largas consideraciones, para descubrir los sofismas del infierno o tomar una decisión en un sentido u otro. ¿No bastará en cualquier circunstancia la palabra de Dios, que nunca se equivoca? Satanás teme al que con ella se contenta; tema más a un hombre así, que

1 Homilía XXII sobre la Epístola a los Efesios.
2 *II S. Pedro,* II, 19.

a las academias y escuelas de los filósofos. Está acostumbrado a sentirse triturar en todo choque debajo de sus pies[1]. El día del gran combate[2] fué arrojado de los cielos con una sola palabra de San Miguel Arcángel, convertido en estos días en modelo y defensor nuestro.

En el Gradual y Versículo recuerda la Iglesia al Señor, que nunca cesó de ser el refugio de su pueblo; su bondad y su poder precedieron a todos los siglos, porque Dios existe desde la eternidad. Defienda, pues, ahora a los suyos, que se ven obligados en su pequeño número a preparar, como en otro tiempo Israel, el éxodo final de la Iglesia, la cual abandona este mundo nuevamente infiel para ir a la verdadera tierra prometida.

GRADUAL

Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación. ℣. Antes que se hiciesen los montes o se formase la tierra y el orbe: desde siempre y para siempre tú eres Dios.

Aleluya, aleluya. ℣. Al salir de Egipto Israel, salió de un pueblo extranjero la casa de Jacob. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Mateo (Mat., XVIII, 23-35).

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: El reino de los cielos es semejante a un rey que quiso pedir cuentas a sus siervos. Y, habiendo comenzado a pedir cuentas, le fué presentado uno que

---

1 *Rom.,* XVI, 20.
2 *Apoc.,* XII, 7.

le debía diez mil talentos. Mas, como no tuviese con qué pagarlos, su señor mandó venderle a él, y a su mujer, y a sus hijos, y todo cuanto tenía, para que pagase. Postrándose entonces aquel siervo, le rogó diciendo: Ten paciencia conmigo, y todo te lo pagaré. Y, compadecido el señor de aquel siervo, le soltó, y le perdonó la deuda. Mas, habiendo salido aquel siervo, encontró a uno de sus consiervos, el cual le debía cien denarios: y, apretándole, le ahogaba diciendo: Da lo que debes. Y, postrándose su consiervo, le rogó diciendo: Ten paciencia conmigo, y todo te lo pagaré. Pero él no quiso: sino que se fué, y le metió en la cárcel hasta que pagase la deuda. Y, cuando vieron sus consiervos lo que había hecho, se contristaron mucho: y fueron y contaron a su señor todo lo sucedido. Entonces su señor llamó a aquel siervo, y le dijo: Siervo malo, ¿no te perdoné a ti toda la deuda porque me lo rogaste? ¿No debiste, pues, compadecerte tú también de tu consiervo, como yo me compadecí de ti? Y, airado su señor, le entregó a los verdugos hasta que pagase toda la deuda. Así hará también mi Padre celestial con vosotros, si no perdonare cada cual a su hermano de todo corazón.

Meditemos la parábola de nuestro Evangelio, que sólo pretende enseñarnos un medio seguro para saldar nuestras cuentas desde ahora con el Rey eterno.

Sentido de la parábola. — En realidad, todos nosotros somos ese servidor negligente e insolvente deudor, que su amo tiene derecho a vender con todo lo que posee y entregarle a los verdugos. La deuda que hemos contraído con su Majestad por nuestras faltas, es de tal natu-

raleza, que requiere en toda justicia tormentos sin fin y supone un infierno eterno, donde, pagando continuamente el hombre, jamás satisface la deuda. ¡Alabanza, pues, y reconocimiento infinito al divino acreedor! Compadecido por los ruegos del desgraciado que le pide un poco más de tiempo para pagar, el amo va más allá de su petición y al momento le perdona toda la deuda, pero poniéndole con justicia una condición, según lo demuestra lo que sigue. La condición fué la de que obrase con sus compañeros de igual modo que su amo había hecho con él. Tratado tan generosamente por su Rey y Señor, y perdonada gratuitamente una deuda infinita, ¿podría rechazar él, viniendo de un igual, el ruego que a él le salvó y mostrarse despiadado con obligaciones que tuviesen para con él?

"Ciertamente, dice San Agustín, todo hombre tiene por deudor a su hermano; porque ¿qué hombre hay que no haya sido nunca ofendido por nadie? Pero, ¿qué hombre existe también que no sea deudor de Dios, puesto que todos pecaron? El hombre es, pues, a la vez, deudor de Dios y acreedor de su hermano. Por eso, Dios justo te ha dado esta orden: obrar con tu deudor como él hace con el suyo... [1] Todos los días rezamos, y todos los días hacemos subir la misma súplica hasta los oídos divinos, y todos los días también nos prosternamos para decir: *Perdónanos nuestras deudas así como nosotros per-*

[1] Sermón LXXXIII, 2.

donamos a nuestros deudores [1]. ¿De qué deudas hablas tú, de todas tus deudas o solamente de una parte de ellas? Dirás: De todas. Luego perdona tú todo a tu deudor, dado que ésa es la regla puesta y la condición aceptada" [2].

Perdonar para ser perdonado. — "Es más grande, dice San Juan Crisóstomo, perdonar al prójimo sus agravios para con nosotros que una deuda de dinero; pues, perdonándole sus faltas, imitamos a Dios" [3]. Y ¿qué es, visto bien todo, la injusticia del hombre con otro hombre si se compara con la ofensa del hombre para con Dios? Mas ¡ay!, ésta nos es familiar: el justo lo experimenta *siete veces al día* [4]; más o menos, pues, llena nuestro diario vivir. Muévanos siquiera a ser misericordiosos con los demás, la seguridad de ser perdonados todas las tardes con la sola condición de retractar nuestras miserias. Es costumbre laudable la de no acostarse si no es para quedarse dormido en los brazos de Dios, como el niño de un día; pero, si sentimos la necesidad santa de no encontrar al fin del día en el corazón del Padre que está en los cielos [5], más que el olvido de nuestras faltas y un amor infinito, ¿cómo pretender a la vez conservar en nuestro corazón molestos recuerdos o

1 *San Mateo*, VI, 12.
2 *S. Agustín*, Sermón LXXXIII, 4.
3 *Sobre la Epístola a los Efesios*, Homilía XVII, 1.
4 *Prov.*, XXIV, 16.
5 *S. Mateo*, VI, 9.

rencores pequeños o grandes, contra nuestros hermanos, que son también hijos suyos? Ni siquiera en el caso de haber sido objeto de violencias injustas, o de injurias tremendas, se podrán comparar nunca sus faltas contra nosotros con nuestros atentados a este bondadosísimo Dios, de quien ya nacimos enemigos y a quien hemos causado la muerte. Imposible encontrar un caso en que no se pueda aplicar la regla del Apóstol: *Sed misericordiosos, perdonaos mutuamente como Dios os ha perdonado en Cristo; sed los imitadores de Dios como sus hijos carísimos*" [1]. Llamas a Dios Padre tuyo y ¡no olvidas una injuria! "*Eso no lo hace un hijo de Dios*", sigue diciendo admirablemente San Juan Crisóstomo; "la obra de un hijo de Dios consiste en perdonar a sus enemigos, rogar por los que le mortifican, dar su sangre por los que le odian. He aquí lo que es digno de un hijo de Dios; hacer hermanos suyos y sus coherederos a los enemigos, a los ingratos, a los ladrones, a los desvergonzados, a los traidores" [2].

Ponemos aquí íntegramente el célebre Ofertorio de Job, con sus versículos. Lo que hemos dicho al principio de este Domingo, ayudará a entenderlo. La antífona, lo único que hoy se conserva, nos pone delante, dice Amalario, las palabras del historiador que cuenta sencillamente los hechos; por eso su estilo es el narra-

---

1 *Ef.*, IV, 32; V, 1.
2 *Sobre la Epístola a los Efesios*, Homilía XIV, 3.

tivo. Job, al contrario, entra en escena en los versículos, con el cuerpo agotado y el alma llena de amargura: sus repeticiones, interrupciones, nuevos comienzos, sus frases sin terminar, expresan al vivo su respiración jadeante y su dolor [1].

OFERTORIO

Había en la tierra de Hus un hombre llamado Job: era sencillo y recto y temeroso de Dios: al cual pidió Satanás, para tentarle: y le fué dado por el Señor poder sobre sus bienes y sobre su carne: y destruyó toda su riqueza y los hijos: e hirió también su carne con graves úlceras.

℣. I. — *¡Ojalá Dios pesase mis pecados, ojalá Dios pesase mis pecados, por los que he merecido la cólera, por los que he merecido la cólera, y los males y los males que sufro: éstos parecerían más grandes!*

—Había en la tierra de Hus.

℣. II. — *Porque ¿qué fuerza tengo, qué fuerza tengo, qué fuerza tengo para sobrellevarlos, o cuándo llegará mi fin, para obrar con paciencia?*

—Había en la tierra de Hus.

℣. III. — *¿Acaso mi resistencia es como la de las rocas, o mi carne es de bronce?, ¿o mi carne es de bronce?*

—Había en la tierra de Hus.

℣. IV. — *Porque, porque, porque mi ojo no volverá ya a encontrarse en condiciones de ver la felicidad, de ver la felicidad, de ver la felicidad, de ver la felicidad, de ver la felicidad, de ver la felicidad, de ver la felicidad, de ver la felicidad, de ver la felicidad.*

—Había en la tierra de Hus.

La salvación del mundo, como la del hombre, está siempre en potencia en el augusto Sa-

[1] *De Eccles. Off.*, l. III, c. 39.

crificio, cuya virtud cura en la tierra y aplaca en el cielo.

Ofrezcámosle, sin desalentarnos nunca, como un recurso supremo a la misericordia divina.

SECRETA

Recibe, Señor, propicio estas hostias, con las que has querido aplacarte y restituirnos a nosotros la salud con poderosa piedad. Por Nuestro Señor Jesucristo.

En el fondo del alma de la Santa Madre Iglesia corren parejas una esperanza indefectible y su admirable paciencia. Por más que se repitan contra ella las persecuciones, su oración no desmaya; porque guarda fielmente en su corazón el recuerdo de la palabra de salvación que la dió el Señor. La antífona de la Comunión nos lo recuerda.

COMUNION

Desfallece mi alma por recibir de ti la salvación; espero en tu palabra: ¿cuándo juzgarás a los que me persiguen? Los inicuos me han perseguido: socórreme, Señor, Dios mío.

En posesión ya del alimento de inmortalidad, consigamos vivir con la sinceridad de un alma purificada.

POSCOMUNION

Conseguido el alimento de la inmortalidad, suplicámoste, Señor, hagas que, lo que hemos recibido con la boca, lo practiquemos con alma pura. Por Nuestro Señor Jesucristo.

VIGESIMOSEGUNDO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

MISA

Según Honorio de Autún, la Misa del día se refiere al tiempo del Anticristo [1]. La Iglesia lanza su mirada en lo que está por venir, sobre el reino de este *hombre de pecado* [2], y como sintiendo ya los golpes de la tremenda persecución de los últimos días, toma el Introito del Salmo 129.

Si queremos una aplicación actual y siempre práctica, dada nuestra miseria, en coincidencia con el sentido profético con que hoy van revestidas las palabras de este Salmo, recordemos el Evangelio de la semana anterior, que en otro tiempo era el de este Domingo. Cada cual se reconocerá en la persona del deudor insolvente que sólo confía en la bondad de su Señor; y nosotros exclamaremos, en la confusión de nuestra alma humillada: *Si escudriñases nuestras iniquidades, Señor, ¿quién podría resistir?*

INTROITO

Si escudriñares nuestras iniquidades, Señor; Señor, ¿quién podrá resistir? Pero en ti está el perdón, oh Dios de Israel. — *Salmo:* Desde lo profundo clamo a ti, Señor: Señor, escucha mi voz. ℣. Gloria al Padre.

1 *Gemma animae,* l. IV, 93.
2 *II Tes.,* II, 3.

Acabamos de dar ánimos a nuestra confianza cantando *que en Dios hay misericordia.* El mismo es el que da a las oraciones de su Iglesia su acento piadoso porque desea oírla. Pero se nos oirá a nosotros también con ella si rogamos como ella *según la fe,* es decir, conforme a las enseñanzas del Evangelio. *Rezar según la fe,* hoy, pues, equivale a perdonar a nuestro prójimo las deudas contraídas con nosotros, si a su vez pedimos nosotros también ser absueltos por el Señor de todos.

COLECTA

Oh Dios, refugio y fortaleza nuestra: oye las piadosas preces de tu Iglesia, tú, que eres el mismo autor de la piedad, y haz que, lo que pedimos fielmente, lo consigamos eficazmente. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. San Pablo a los Filipenses (**Flp., I, 6-11**).

Hermanos: Confiamos en el Señor Jesús que, el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo. Es justo que yo sienta esto de todos vosotros: porque os tengo en el corazón; y en mis cadenas, y en la defensa y confirmación del Evangelio, todos vosotros sois los compañeros de mi gozo. Porque Dios me es testigo de cuánto os amo a todos vosotros en las entrañas de Jesucristo. Y lo que pido es que vuestra caridad crezca más y más en ciencia y en todo conocimiento: para que probéis cosas mayores, para que estéis puros y sin mancha el día de Cristo, llenos de frutos de justicia, por Jesucristo, para gloria y loor de Dios.

EL ALMA DE SAN PABLO. — San Pablo, en nombre de la Iglesia, de nuevo nos advierte que se acerca el fin. Pero a este último día, que en el Domingo pasado llamaba *día malo*, le llama hoy por dos veces, en el corto pasaje de la Epístola a los Filipenses que acabamos de oír, el día de *Cristo Jesús*. La carta a los Filipenses rebosa confianza y por ella se desborda la alegría: y con todo, nos señala la cruel persecución contra la Iglesia y al enemigo que se vale de la tempestad para excitar las malas pasiones aun dentro del rebaño de Cristo. El Apóstol está encadenado; la envidia y la traición de los falsos hermanos aumenta sus males. Pero la alegría domina en su corazón por encima de los padecimientos porque ha llegado ya a la plenitud del amor, en que el dolor da vida a la divina caridad. Para él Jesucristo es su vida y la muerte una ganancia; entre la muerte, que respondería al más íntimo deseo de su corazón entregándole a Cristo, y la vida que multiplica sus méritos y el fruto de sus obras, no sabe qué escoger. Y, en efecto, ¿qué pueden en él las consideraciones personales? Su actual alegría, su alegría futura, consiste en que Cristo sea conocido y glorificado, y poco le importa de qué manera. No se equivocará en su esperanza, ya que la vida y la muerte terminarán por glorificar a Cristo en su carne [1].

---

1 *Flp.*, I, 15-20.

La oración de San Pablo. — Así se explica la indiferencia sublime en que está el alma de San Pablo, indiferencia que es la cumbre de la vida cristiana, y que no se parece nada, claro está, al nirvana fatal en el que pretendieron los falsos místicos del siglo XVII encerrar el amor. A pesar de la altura a que ha llegado en el camino de la perfección, ¡qué ternura prodiga a sus hermanos el convertido de Damasco! *Dios es testigo,* dice, *de la ternura con que os amo a todos en las entrañas de Jesucristo* [1]. La aspiración que le llena y absorbe [2] es que Dios, que ha comenzado en ellos la *obra buena* por excelencia, la obra de la perfección del cristiano que tiene su fin en el Apóstol, la continúe y la termine en todos para el día en que aparezca Cristo en su gloria [3]. Ruega para que la *caridad,* esta veste nupcial de los benditos del Padre que él ha desposado con el único Esposo [4], los rodee de resplandor sin igual en el gran día de las bodas eternas [5].

El liberalismo. — Ahora bien, el medio de que se desarrolle en ellos la caridad de un modo seguro, consiste en que crezca en la *inteligencia y en la ciencia* de la salvación, es decir, en la fe; la fe, en efecto, es la que pone la base de

1 *Flp.,* I, 8.
2 *Filp.,* I, 24-27.
3 *Col.,* III, 4.
4 *Rom.,* VIII, 28; *II Cor.,* XI, 2.
5 Durand, *Racional,* VI, 139.

toda justicia sobrenatural. Una fe menguada, desde luego, sólo puede producir una caridad limitada. ¡Cuánto se engañan, por tanto, los hombres que no se cuidan de que la verdad revelada vaya a la par con el amor! Su cristianismo se reduce a creer lo menos posible, a proclamar lo inoportuno de nuevas definiciones, a reducir constante y científicamente el horizonte sobrenatural por miramientos con el error. La caridad, dicen, es la reina de las virtudes; ella les sugiere hasta el modo de manejar la mentira; reconocer para el error iguales derechos que para la verdad, es para ellos la última palabra de la civilización cristiana, que se funda en el amor. Y pierden de vista que el primer objeto de la caridad es Dios, verdad sustancial, y olvidan también que no se hace acto de amor colocando a igual nivel el objeto amado y a su enemigo mortal.

INTEGRIDAD DE LA FE. — No lo entendían así los Apóstoles: para hacer germinar la caridad en el mundo, sembraban en él la verdad. Todo nuevo rayo de luz servía en el alma de sus discípulos para el amor; y estos discípulos, al convertirse ellos también *en luz* en el santo bautismo [1], en nada ponían tanto empeño como en no hacer pacto con las tinieblas. Renegar de la verdad, en esos tiempos, era el crimen más grande; exponerse por descuido a menguar sus dere-

[1] *Ef.*, V, 8.

chos en lo más mínimo, era una suma imprudencia [1]. El cristianismo había encontrado al error dueño del mundo; ante la noche que inmovilizaba en la muerte a la raza humana, el único procedimiento de salvación que conoció fué hacer brillar la luz; ni tuvo más política que la de proclamar el poder de la verdad sola para salvar al hombre y de afirmar sus derechos exclusivos a reinar en el mundo. Este fué el triunfo del Evangelio después de tres siglos de lucha encarnizada y violenta de parte de las tinieblas, que se creían soberanas y que como tales querían continuar; de lucha serena y radiante de parte de los cristianos, cuya sangre derramada hacía crecer el contento, consolidando en el mundo el reino simultáneo del amor y de la verdad.

Hoy, por la convivencia de los bautizados, el error vuelve a sus pretendidos derechos y la caridad de muchísimos, por lo mismo, ha disminuído [2]; la noche se extiende otra vez sobre un mundo glacial y agonizante. La línea de conducta de los *hijos de la luz* [3] sigue siendo la misma que en los días primeros. Sin inquietudes ni temores, contentos de sufrir por Jesucristo, como sus mayores y como los apóstoles [4], conservan como algo muy querido la palabra de vida [5];

---

1 *Ef.*, 15, 17.
2 *S. Mateo*, XXIV, 12.
3 *Ef.*, V, 8.
4 *Flp.*, I, 28-30.
5 *Ibid.*, II, 16.

pues saben que, mientras en el mundo exista un rayo de esperanza, emanará de la verdad.

Canta el Gradual la dulce y fuerte unidad que reina y se conservará en la Iglesia hasta el fin mediante el amor; a su aumento nos exhorta la Epístola, como lo recomendaba cual único medio de salvación para el día del juicio, el Evangelio que antiguamente se leía en este Domingo.

GRADUAL

¡Qué bueno y deleitoso es habitar como hermanos unidos! ℣. Como el ungüento en la cabeza, que se escurre hasta la barba, hasta la barba de Aarón.

Aleluya, aleluya. ℣. Los que temen al Señor, esperan en El, que es su ayudador y su protector, Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Mateo (Mt., XXII, 15-21).

En aquel tiempo, yendo los fariseos, tuvieron consejo para sorprender a Jesús en sus palabras. Y le enviaron sus discípulos, con los herodianos, diciendo: Maestro, sabemos que eres veraz, y que enseñas de veras el camino de Dios y no te preocupas de nadie: porque no miras la persona de los hombres: dinos, pues, qué te parece: ¿es lícito dar tributo al César, o no? Pero Jesús, conocida la maldad de ellos, dijo: ¿Por qué me tentáis, hipócritas? Mostradme la moneda del tributo. Y ellos le presentaron un denario. Y díjoles Jesús: ¿De quién es esta imagen, y esta inscripción? Dijéronle: Del César. Entonces les dijo El: Dad, pues, al César lo que es del César; y a Dios, lo que es de Dios.

LECCIONES DE PRUDENCIA. — Se diría que la penuria de las verdades ha de ser el peligro más especial de los últimos tiempos, ya que la Iglesia, en estas semanas que tienen por fin hacernos presentes los últimos días del mundo, nos encamina continuamente hacia la prudencia del entendimiento como a la gran virtud que entonces debe resguardar a sus hijos. El Domingo volvía a poner en sus manos como arma defensiva el escudo de la fe, y como arma ofensiva la palabra de Dios; ocho días antes se les recomendaba [1] la circunspección de la inteligencia para conservar, en los días malos, su santidad fundada en la verdad [2] y su riqueza apoyada en la ciencia [3]. Hoy, en la Epístola, se les proponían una vez más la inteligencia y la ciencia, como suficientes por sí mismas para aumentar su amor y perfeccionar la obra de su santificación para el día de Cristo. El Evangelio concluye oportunamente estas lecciones del Apóstol con el relato de un hecho sacado de la historia del Salvador, y las da la autoridad que lleva siempre consigo todo ejemplo que procede de la vida del divino modelo de la Iglesia. Y, en efecto, Jesucristo se nos manifiesta aquí como ejemplo de los suyos en los lazos que las intrigas de los malvados tienden a su buena fe.

---

[1] Epístola del Domingo XX.
[2] Epístola del Domingo XIX.
[3] Epístola del Domingo XVIII.

El tributo al César. — Era el último día de las enseñanzas públicas del Hombre Dios, la víspera casi de su salida de este mundo [1]. Sus enemigos, tantas veces desenmascarados en sus astucias, intentaron un esfuerzo supremo. Los Fariseos, que no reconocían el poder del César y su derecho al tributo, se unieron con sus adversarios, los partidarios de Herodes y de Roma, para poner a Jesús la cuestión insidiosa: *¿Está, o no, permitido pagar el tributo al César?* Si la respuesta del Salvador era negativa, incurría en la cólera del príncipe; si afirmativa, perdía todo crédito en el ánimo del pueblo. Jesús, con su divina prudencia, desconcertó sus ardides. Los dos partidos, unidos tan extrañamente por la pasión, se negaron a entender el oráculo que podía unirlos en la verdad, y sin duda ninguna, al poco tiempo volvieron a sus querellas. Pero la coalición que contra el Justo se formó, se había roto; el esfuerzo del error, como siempre, se había vuelto contra ella; y la palabra que esa coalición había suscitado pasando de los labios del Esposo a los de la Esposa, no dejaría ya de resonar en este mundo, en el que esa palabra forma la base del derecho social entre las naciones.

La autoridad viene de Dios. — *Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios,* repetían los Apóstoles; y, al proclamar muy alto

1 Martes Santo.

que hay que obedecer a Dios antes que a los hombres, añadían: "Sométase toda alma a los poderes superiores; pues no hay poder que no derive de Dios, y los que existen, Dios los ha establecido. Por consiguiente, el que resiste al poder, resiste al orden establecido por Dios, y se atrae la condenación. Sed, pues, sumisos, porque es necesario, sumisos no sólo por el sentimiento del temor, sino también por el deber de la conciencia. Por la misma razón pagáis los tributos a los príncipes, porque son los ministros de Dios."

La voluntad de Dios [1], esa es la fuente y la verdadera grandeza de toda autoridad entre los hombres. El hombre, por sí mismo, no tiene derecho a mandar a su semejante. El número no altera en nada esta impotencia de los hombres sobre mi conciencia, ya que, muchos o pocos, por naturaleza soy igual a cada uno de ellos, y añadir los derechos que cada uno tiene sobre mí, es lo mismo que añadir la nada. Pero Dios, al querer que los hombres vivan en sociedad, por lo mismo quiso también que al frente hubiese un poder encargado de reducir las múltiples voluntades a la unidad del fin social. Da también a los acontecimientos que su providencia dirige, y hasta a los hombres en los orígenes de las sociedades, una gran amplitud para determinar la forma en que se debe ejercer el poder civil y su modo de transmisión. Pero, una

[1] *I S. Pedro,* II, 15.

vez investidos regularmente, los depositarios soberanos del poder sólo dependen de Dios en la esfera de las atribuciones legítimas, porque de él solo les viene el poder y no de sus pueblos, que no se le podrían otorgar porque ellos tampoco le poseen. Mientras cumplan las condiciones del pacto social, o no conviertan en ruina de la sociedad el poder que recibieron para su bien, el derecho que tienen a la obediencia es el mismo de Dios: ya recauden los tributos necesarios a su gobierno, ya restrinjan con las leyes que dan ellos en el comercio ordinario de la vida la libertad que permite el derecho natural, ya también publiquen edictos que lanzan al soldado en defensa de la patria a una muerte segura. En todos estos casos, es el mismo Dios quien manda por ellos y quiere ser obedecido: desde este mundo pone la espada en sus manos para castigo de los rebeldes[1]; El mismo castigará eternamente en el otro a los que no se hayan corregido.

La ley obliga. — ¡Cuán grande es, pues, esta dignidad de la ley humana, que hace del legislador el vicario mismo de Dios, a la vez que evita al súbdito la humillación de rebajarse ante otro hombre! Mas, para que la ley *obligue* y sea verdaderamente *ley,* es natural que ante todo debe conformarse con las prescripciones y prohibiciones del Ser supremo, cuya sola voluntad

1 *Rom.*, XIII, 4.

puede darla su carácter augusto, haciéndola entrar en el dominio de la conciencia. Por esta razón no puede existir en el mundo una ley contra Dios, contra su Ungido o su Iglesia. Desde el momento en que Dios no esté con el hombre que manda, el poder de ese hombre sólo es una fuerza brutal. El príncipe o la asamblea que pretenda reglamentar las costumbres, la vida moral de un país en contra de Dios, merece la oposición y el desprecio de las personas valientes; llamar con el nombre sagrado de ley a esas lucubraciones tiránicas es una profanación indigna de un cristiano y de todo hombre libre.

La Antífona del Ofertorio y sus antiguos versículos hacen referencia, igual que el Introito, al tiempo de la última persecución. Las palabras están tomadas de la oración de Ester en el momento de presentarse ante Asuéro para luchar contra Amán, figura del Anticristo. Ester es figura de la Iglesia.

OFERTORIO

Acuérdate de mí, Señor, que dominas sobre todo poder: y pon en mi boca la palabra justa, para que agraden mis palabras al príncipe.

℣. — *Acuérdate que me he presentado ante ti.*

℣. — *Convierte su corazón en odio de nuestros enemigos y de sus cómplices; y líbranos por tu poderosa mano, tú, que eres nuestro Dios para siempre.*

℣. — *Rey de Israel, escúchanos, tú, que guías a José como a una oveja.*

—*Acuérdate de mí, Señor.*

La garantía más segura contra la adversidad es la ausencia del pecado en las almas, pues el pecado despierta la cólera de Dios y pide venganza. Digamos con la Iglesia en la Secreta:

SECRETA

Haz, oh Dios misericordioso, que esta saludable oblación nos libre incesantemente de nuestras culpas, y nos proteja contra toda adversidad. Por Nuestro Señor Jesucristo.

La Antífona de la Comunión nos hace notar, para después imitar, la perseverancia y la solicitud de las súplicas de la Santa Madre Iglesia.

COMUNION

Clamo porque tú me oyes, oh Dios: inclina tu oído, y escucha mis palabras.

Al celebrar en los Misterios la memoria del Salvador según recomendación suya, no debemos perder de vista que estos Misterios sagrados son también el refugio de nuestra miseria. Sería una presunción o una locura no pensar utilizarlos en la oración, como en la Poscomunión hace la Iglesia.

POSCOMUNION

Hemos recibido, Señor, los dones de tu sagrado Misterio, suplicándote humildemente hagas que, lo que nos mandaste celebrar en recuerdo tuyo, se convierta en remedio de nuestra enfermedad. Tú, que vives.

VIGESIMOTERCERO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

Los años en que el número de Domingos después de Pentecostés no pasa de veintitrés, se toma hoy la Misa del veinticuatro y último Domingo, y la señalada para el veintitrés se dice el Sábado de la semana anterior o el día más próximo que no se halla impedido por alguna fiesta doble o semidoble.

Pero, en todo caso, el Antifonario se termina hoy; el Introito, el Gradual, el Ofertorio y la Comunión que van a continuación, se deberán repetir todos los Domingos sucesivos, más o menos numerosos, según los años, hasta Adviento. En tiempo de San Gregorio el Adviento era más largo que hoy y, por eso, sus semanas se anticipaban a parte del Ciclo ocupada ahora por los últimos Domingos después de Pentecostés. Así se explica la penuria de formularios para las misas dominicales después del Domingo vigésimotercero.

La antigua Misa del Domingo veintitrés.—La Iglesia, sin perder de vista antiguamente, aun en este Domingo, el desenlace final de la historia del mundo, volvía su pensamiento hacia la llegada ya próxima del tiempo consagrado a preparar

a sus hijos a la gran fiesta de Navidad. Para Epístola, se leía el pasaje siguiente de Jeremías, que más tarde sirvió en diversos lugares para la Misa del primer Domingo de Adviento: "He aquí que el día llega, dice el Señor, y suscitaré a David una raza justa. Reinará un Rey que será sabio y hará justicia y juicio en la tierra. En estos días Judá será salvo e Israel habitará en paz; el nombre que darán a este Rey será: *Señor, nuestra justicia*. Por lo cual llega el tiempo, dice el Señor, en que ya no se dirá: *Vive el Señor, que sacó de la tierra de Egipto a los Hijos de Israel,* sino: *Vive el Señor, que sacó y llevó al linaje de Israel de la tierra del aquilón y de todas las otras a que los arrojó y los hizo habitar en su propia tierra* [1].

LA CONVERSIÓN DE LOS JUDÍOS. — Este pasaje, como se ve, se aplica muy bien y por igual a la conversión de los Judíos y a la restauración de Israel anunciada para los últimos tiempos. A su luz explican toda la Misa del Domingo vigésimotercero después de Pentecostés los liturgistas más ilustres de la Edad Media. Mas, para comprenderlos bien, hay que considerar que el Evangelio del Domingo vigésimotercero fué primitivamente el de la multiplicación de los cinco panes. Cedamos la palabra al piadoso y profundo Abad Ruperto, quien nos enseñará mejor

[1] *Jeremías,* XXIII, 5-8.

que nadie el misterio de este día, en que terminan los acentos, tan variados hasta ahora, de las melodías gregorianas.

"La santa Iglesia, dice, pone tanto celo en hacer súplicas, oraciones y acciones de gracias por todos los hombres, como pide el Apóstol [1], que se la ve dar gracias también por la salvación futura de los hijos de Israel, los cuales sabe ella tendrán un día que unirse a su cuerpo. Y, en efecto, como al fin del mundo se salvará el resto de ese pueblo [2], la Iglesia se felicita de ello como de futuros miembros. Recordando las profecías que a ellos se refieren, canta en el Introito todos los años: *El Señor dice:* Mis pensamientos *son pensamientos de paz y no de aflicción.* Y, en efecto, todos sus pensamientos son pensamientos de paz, puesto que promete admitir al banquete de su gracia a los Judíos hermanos suyos según la carne, realizando lo que había sido figura en la historia del patriarca José. Los hermanos de éste, que le habían vendido, vinieron a él, acosados por el hambre, cuando ya sus dominios se extendían por toda la tierra de Egipto; los reconoció y recibió e hizo con ellos un gran banquete: del mismo modo Nuestro Señor, al reinar sobre todo el mundo y alimentar con abundancia del pan de vida a los Egipcios, es decir, a los Gentiles, verá que los que quedan de los hijos de Israel vuelven a El; recibidos en

---

[1] *I Tim.*, II, 1.
[2] *Rom.*, IX, 27.

la gracia de Aquel a quien ellos negaron y dieron muerte, los sentará a su mesa, y el verdadero José beberá en abundancia y con gozo entre sus hermanos.

"El beneficio de esta mesa divina se significa en el Evangelio del Oficio del Domingo, en aquel paso que cuenta cómo el Señor alimentó a la multitud con cinco panes. Entonces, en efecto, abrirá Jesús para los Judíos los cinco libros de Moisés, llevados ahora como panes enteros y aún no partidos, por un niño, es decir, por este mismo pueblo que continúa todavía en la pobreza de espíritu de la infancia.

"Entonces se cumplirá el oráculo de Jeremías, tan a propósito puesto antes de este Evangelio; ya no se dirá más: *Vive el Señor, que ha sacado a los hijos de Israel de la tierra de Egipto,* sino: *Vive el Señor, que los ha traído de la tierra del aquilón y de todas en las que estaban dispersos.*

"Libertados, pues, de la cautividad espiritual en que ahora yacen, del fondo del alma cantarán la acción de gracias señalada en el Gradual: *Tú, oh Señor, nos has libertado de los que nos perseguían.*

"La súplica del Ofertorio en la que decimos: *Del fondo del abismo he clamado a Ti, Señor,* responde manifiestamente también a las mismas circunstancias. Pues, en ese día, sus hermanos dirán al grande y verdadero José: *Te*

conjuramos que olvides el crimen de tus hermanos [1].

"La Comunión: *En verdad, os lo digo, todo cuanto pidiereis en vuestras oraciones*, y lo demás que sigue, que es la respuesta de este mismo José, que decía, como antiguamente el primero [2]: "No temáis. Vosotros habíais pensado hacerme daño, pero Dios lo convirtió en bien, a fin de encumbrarme como lo estáis viendo y salvar a muchos pueblos. No temáis, pues: yo os alimentaré a vosotros y a vuestros hijos" [3].

MISA

El Abad Ruperto nos acaba de explicar el Introito. Está tomado de Jeremías [4], como la antigua Epístola de este Domingo.

INTROITO

Dice el Señor: Yo pienso pensamientos de paz y no de aflicción: me invocaréis, y yo os escucharé: y os haré volver de vuestra cautividad en todos los lugares. — *Salmo:* Bendijiste, Señor, tu tierra: redimiste la cautividad de Jacob. ℣. Gloria al Padre.

La petición del perdón se repite de continuo en la boca del pueblo cristiano, porque la fragilidad de la naturaleza hasta al justo le arrastra

1 *Gen.*, L, 1-7.
2 *Ibid.*, L, 19-21.
3 Ruperto, *De los Divinos Oficios*, XXII, 23.
4 *Jeremías*, XXIX.

continuamente en este mundo[1]. Dios conoce nuestra miseria; su perdón no tiene fin, pero a condición de la humilde confesión de nuestras faltas y de la confianza en su bondad. Tales son los sentimientos que expresa la Iglesia en la Colecta del día.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, perdones los delitos de tus pueblos: para que, por tu benignidad, nos libremos de los lazos de los pecados, que hemos contraído por nuestra fragilidad. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. San Pablo a los Filipenses (Flp., III, 17-21; IV, 1-3).

Hermanos: Sed imitadores míos, y contemplad a los que caminan conforme al modelo que tenéis de mí. Porque hay muchos, de quienes os hablé muchas veces (y ahora lo repito llorando), que caminan como enemigos de la cruz de Cristo: cuyo fin será la muerte: cuyo Dios es el vientre: y su gloria será su confusión, porque sólo aman lo terreno. En cambio, nuestra conversación está en los cielos: de donde esperamos al Salvador, a Nuestro Señor Jesucristo, el cual transformará nuestro humilde cuerpo, haciéndolo semejante a su cuerpo glorioso, por el poder que tiene de someter a sí todas las cosas. Por tanto, hermanos míos carísimos y deseadísimos, gozo mío, y corona mía: permaneced así en el Señor, carísimos. Ruego a Evodia y suplico a Síntique que sientan lo mismo en el Señor. También te ruego a ti, fiel hermano, las ayudes a ellas, pues trabajaron conmigo en el Evangelio, junto con Clemente y los demás colaboradores míos, cuyos nombres están en el libro de la vida.

---

1 *Prov.*, XXIV, 16.

EL BUEN EJEMPLO. — La Iglesia es un templo admirable que se levanta a gloria del Altísimo con el concurso de las piedras vivas que han de entrar en sus muros [1]. La construcción de estas murallas sagradas según un plan preconcebido por el Hombre-Dios, es obra de todos. Lo que uno hace por medio de la palabra [2], otro lo hace con el ejemplo [3]; pero los dos construyen, los dos *edifican* la ciudad santa; y del mismo modo que en tiempo de los Apóstoles, la edificación por el ejemplo gana a la otra en eficacia si la palabra no se apoya en la autoridad de una vida conforme al Evangelio. Pero, como el edificar a los que le rodean es para el cristiano una obligación que se funda a la vez en la caridad hacia el prójimo y en el celo de la casa de Dios, así tiene que buscar en otro, si no quiere pecar de presumido, la edificación para sí mismo. La lectura de libros buenos, el estudio de la vida de los santos, la *observación,* según la expresión de nuestra Epístola, la observación respetuosa de los buenos cristianos que viven a su lado, le servirán de mucha ayuda en la obra de la santificación personal y en el cumplimiento de los designios que Dios tiene sobre él.

Esta relación de pensamientos con los elegidos de la tierra y del cielo nos apartará de los malos *que rechazan la cruz de Jesucristo* y

---

1 *Ef.*, II, 20-22.
2 *I Cor.*, XIV, 3.
3 *Rom.*, XIV, 19.

sólo piensan en las satisfacciones vergonzosas de los sentidos. Ella, en verdad, centrará *nuestra conversación en los cielos*. Y esperando el día, que ya está próximo, de la venida del Señor, *permaneceremos firmes en él,* a pesar del mal ejemplo de tantos desgraciados arrastrados por la corriente que lleva al mundo a su perdición. La angustia y los padecimientos de los últimos tiempos sólo conseguirán aumentar en nosotros la santa esperanza; pues despertarán cada vez más en nosotros el deseo del momento solemne en que el Señor se aparecerá para terminar la obra de la salvación de los suyos, revistiendo también nuestra carne del resplandor de su cuerpo divino. Estemos unidos, como lo pide el Apóstol, y en lo demás: *Regocijaos siempre en el Señor*, escribe a sus queridos Filipenses; "otra vez os lo digo, regocijaos: el Señor está cerca" [1].

GRADUAL

Nos libraste, Señor, de los que nos afligían: y confundiste a los que nos odiaron. ℣. Nos gloriaremos en Dios todo el día, y alabaremos tu nombre por los siglos.

Aleluya, aleluya. ℣. Desde lo profundo clamo a ti, Señor: Señor, escucha mi oración. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Mateo (Mt., IX, 18-26).

En aquel tiempo, hablando Jesús a las turbas, he aquí que se acercó un príncipe, y le adoró, diciendo:

---

1 *Flp.*, IV, 4-5.

Señor, mi hija acaba de morir: pero ven, pon sobre ella tu mano, y vivirá. Y, levantándose Jesús, le siguió, y también sus discípulos. Y he aquí que una mujer, que padecía flujo de sangre desde hacía doce años, se acercó por detrás, y tocó la orla de su vestido. Porque decía dentro de sí: Si tocare solamente su vestidura, sanaré. Pero Jesús, volviéndose, y viéndola, dijo: Confía, hija, tu fe te ha salvado. Y sanó la mujer desde aquel instante. Y, habiendo llegado Jesús a la casa del príncipe, cuando vió a los flautistas, y a la multitud agrupada, dijo: Apartaos: porque la niña no esta muerta, sino que duerme. Y se burlaron de El. Y, arrojada la muchedumbre, entró, y tomó su mano. Y resucitó la niña. Y se divulgó la nueva por toda aquella región.

Aunque la elección de este Evangelio para hoy no remonta en todas partes a gran antigüedad, cuadra bien con la economía general de la santa Liturgia y confirma lo que dijimos del carácter de esta parte del año. San Jerónimo nos enseña, en la Homilía del día, que la hemorroísa que curó el Salvador figuró a la gentilidad, y que la nación judía está representada en la hija del príncipe de la sinagoga. Esta no debía volver a la vida hasta el restablecimiento de la primera; y tal es precisamente el misterio que celebramos estos días, en que la totalidad de las naciones reconocen al médico celestial, y la ceguera que padeció Israel cesa también al fin.

Los caminos de Dios. — Qué misteriosos y a la vez qué suaves y fuertes se nos presentan los

designios de la Sabiduría Eterna [1], desde esta altura en que nos hallamos, desde este punto en que el mundo, llegado al término de su destino, parece que sólo va a zozobrar un instante para desprenderse de los impíos y desplegarse de nuevo transformado en luz y amor. El pecado, desde un principio, rompió la armonía del mundo arrojando al hombre fuera de su camino. Una sola nación había atraído sobre sí la misericordia, mas, al aparecer sobre ella como sobre una privilegiada la luz, se advirtió mejor la oscuridad de la noche en que el género humano se hallaba. Las naciones, abandonadas a su agotadora miseria, veían que las atenciones divinas eran para Israel, a la vez que sentían sobre sí cada vez más gravoso el olvido. Al cumplirse los tiempos en que el pecado original iba a ser reparado, pareció que también entonces se iba a consumar la reprobación de los gentiles; pues se vió a la salvación, bajada del cielo en la persona del Hombre-Dios, dirigirse exclusivamente hacia los Judíos y las ovejas perdidas de la casa de Israel [2].

La salvación de los gentiles. — Con todo, la raza generosamente afortunada, cuyos padres y príncipes primeros con tanto ardor habían solicitado la llegada del Mesías, no se encontraba ya a la altura en que la habían colocado los pa-

1 *Sag.*, VIII, 1.
2 *S. Mateo*, XV, 24.

triarcas y santos profetas. Su religión tan bella, fundada en el deseo y la esperanza, ya no era más que una expectación estéril que la incapacitaba para dar un paso adelante en busca del Salvador; su ley muy incomprendida, después de tenerla inmovilizada, terminaba por asfixiarla con las ataduras de un formalismo sectario. Ahora bien, mientras ella, a pesar de su culpable indolencia, se figuraba en su orgullo celoso conservar la herencia exclusiva de los favores de lo alto, la gentilidad, cuyo mal siempre en aumento la inducía a buscar un libertador, la gentilidad, digo, reconoció en Jesús al Salvador del mundo, y la confianza con que se adelantó la valió ser curada la primera. El desprecio aparente del Señor sólo sirvió para fortalecerla en la humildad, cuyo poder penetra los cielos [1].

La salvación de los Judíos. — Israel tenía también que esperar. Como lo cantaba en el Salmo: *Etiopía se había adelantado a tender sus manos la primera hacia Dios* [2]. En los padecimientos de un abandono prolongado, tuvo Israel que volver a encontrar la humildad, gracias a la cual merecieron sus padres las promesas divinas y podía él mismo merecer su cumplimiento. Pero hoy, la palabra de salvación ha resonado por todas las naciones, salvando a cuantos debían serlo. Jesús, retrasado en su ca-

---

1 *Ecl.*, XXXV, 21.
2 Salmo LXVII, 32.

mino, llega al fin a *la casa* a la que se dirigen sus pasos, a esta casa de Judá, donde perdura aún la apatía de la hija de Sión. Su omnipotencia misericordiosa aparta de la pobre abandonada a aquella turba confusa de los falsos doctores y a los profetas de la mentira que la tenían adormecida con los acentos de sus palabras vanas; arroja lejos de ella para siempre a esos insultadores de Cristo que pretendían retenerla muerta. Tomando la mano de la enferma, la devuelve a la vida con todo el esplendor de su primera juventud; así prueba de modo bien claro que su muerte aparente sólo era un sueño, y que la sucesión de los siglos no podía prevalecer contra la palabra dada por Dios a Abraham, su servidor [1].

OFERTORIO

Desde lo profundo clamo a ti, Señor: Señor, escucha mi oración: desde lo profundo clamo a ti, Señor.

El cumplimiento del servicio que debemos a Dios es, en sí, muy inferior a la Majestad soberana; pero el Sacrificio que diariamente forma parte de él, le ennoblece hasta el infinito y suple a los méritos que nos faltan, como lo expresa la Secreta de este Domingo.

SECRETA

Ofrecémoste, Señor, este sacrificio de alabanza para corroborar nuestra servidumbre: a fin de que, lo que

1 *S. Lucas*, I, 54-55.

has concedido a los indignos, lo completes propicio. Por Nuestro Señor Jesucristo.

COMUNION

En verdad os digo: Todo lo que pidiereis en la oración, creed que lo recibiréis, y se os concederá.

Admitidos a participar de la vida divina en los Misterios sagrados, pedimos al Señor que no nos veamos expuestos a los peligros de este mundo. Digamos con la Iglesia:

POSCOMUNION

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, no permitas que sigan espuestos a los peligros humanos aquellos a quienes haces gozar de tu divina participación. Por Nuestro Señor Jesucristo.

VIGESIMOCUARTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

EL FIN DEL AÑO LITÚRGICO. — El número de Domingos después de Pentecostés puede pasar de veinticuatro y llegar hasta veintiocho, según que la Pascua se acerque más o menos, en los diversos años, al equinoccio de primavera. Pero la Misa que sigue se reserva siempre para el último; el intervalo se llena, si le hay, con los varios, más o menos, Domingos después de Epifanía, que en este caso no se usaron al princi-

pio del año. Pero esto debe entenderse exclusivamente de las Oraciones, Epístolas y Evangelios: pues, como ya dijimos, el Introito, Gradual, Ofertorio y Comunión son hasta el fin los mismos que los del Domingo veintitrés.

La Misa del Domingo vigésimotercero. — Ya hemos visto que esta Misa del Domingo era considerada verdaderamente por nuestros antepasados como la última del Ciclo. El Abad Ruperto nos ha explicado el profundo sentido de sus diversas partes. Según la doctrina que tuvimos ocasión de meditar anteriormente, la reconciliación de Judá se nos presenta en ella como término de las intenciones divinas en el tiempo; las últimas notas de la Sagrada Liturgia se han mezclado en ella con la última palabra de Dios en la historia del mundo. El fin que la eterna Sabiduría pretendió en la creación y que misericordiosamente prosiguió después de la caída con la redención, está conseguido en efecto y de modo completo; porque este fin no fué otro sino la unión divina con el género humano, verificada en la unidad de un solo cuerpo [1]. Ahora que los dos pueblos enemigos, gentil y judío, quedan unidos *en un solo hombre nuevo,* en su cabeza Jesucristo [2], los dos Testamentos que tan hondamente señalaron a través de los siglos la distinción de los tiempos viejos y

---

1 *Ef.,* II, 16.
2 *Ibid.,* 15.

nuevos, se borran a sí mismos para dar lugar a los esplendores de la eterna alianza.

La Misa de este día. —La Iglesia, pues, detenía antiguamente aquí la marcha de su Liturgia. Estaba contenta de haber llevado a sus hijos, no sólo a penetrar de esta forma en el desarrollo completo del pensamiento divino, sino también y principalmente a unirse de esa manera con el Señor en una verdadera unión, mediante la comunidad de intentos, de intereses y de amor. Tampoco volvía ya a anunciar la segunda venida del Hombre-Dios y el juicio final, que hizo durante el Adviento objeto de sus meditaciones al empezar la vía purgativa. Sólo después de siglos, queriendo dar al Ciclo una conclusión más precisa y más al alcance de los cristianos de nuestros días, se decidió a terminarlo con el relato profético de la tremenda venida del Señor, que da fin al tiempo y principio a la eternidad. Como San Lucas ya desde tiempo inmemorial es el encargado de anunciar esta terrible venida en los días del Adviento, se escogió el Evangelio de San Mateo para describirla de nuevo y más ampliamente en el último Domingo después de Pentecostés.

MISA

INTROITO

Dice el Señor: Yo pienso pensamientos de paz y no de aflicción: me invocaréis, y yo os escucharé: y

os haré volver de vuestra cautividad en todos los lugares. — *Salmo:* Bendijiste, Señor, tu tierra: redimiste la cautividad de Jacob. ℣. Gloria al Padre.

La práctica de las buenas obras nos hace alcanzar con la ayuda de la gracia una gracia mayor. Pidamos con la Iglesia, en la Colecta, una acción eficaz de este divino motor sobre nuestras voluntades.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, excites la voluntad de tus fieles: para que, buscando con más diligencia el fruto de buenas obras, reciban de tu misericordia mayores remedios. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. San Pablo a los Colosenses (Col., I, 9-14).

Hermanos: No cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenados del conocimiento de la voluntad de Dios, con toda sabiduría y toda inteligencia espiritual: para que caminéis dignamente, agradando a Dios en todo: fructificando en toda clase de obras buenas y creciendo en la ciencia de Dios: confirmándoos en toda virtud según el poder de su claridad, en toda paciencia y longanimidad, con gozo, dando gracias al Dios Padre, que nos hizo dignos de participar de la herencia de los Santos en la luz: que nos arrancó del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor, en el cual poseemos la redención, por su sangre, la remisión de los pecados.

Acción de gracias. — Acción de gracias y oración es el resumen de nuestra Epístola y la conclusión digna de las instrucciones del Apóstol

y de todo el Ciclo de la sagrada Liturgia. El Doctor de las naciones no ha desmayado en la tarea que la Madre común le confió; no es culpa suya el que las almas cuyo guía quiso ser desde el día siguiente al de la venida del Espíritu de amor, no hayan llegado a las cumbres de perfección que soñaba para todas ellas. De hecho, los cristianos que han sido fieles en caminar por la senda que hace un año viene mostrándoles la Santa Madre Iglesia, saben ahora, por haberlo dichosamente experimentado, que ese camino de salvación va a parar de modo seguro a la vida de *unión,* donde reina como soberana la caridad divina. ¿En qué hombre, además, por poco que haya dominado a su inteligencia y a su corazón el interés que presenta el desarrollo de las estaciones litúrgicas, en qué hombre, digo, no ha aumentado al mismo tiempo la luz? Pues la luz es el elemento indispensable *que nos arranca del imperio de las tinieblas y nos traslada,* con la ayuda de Dios Altísimo, al reino *de su amadísimo Hijo.* La obra de la redención que este Hijo de su amor vino a realizar en el mundo, no ha podido menos de adelantar en todos los que se han asociado de una forma o de otra a los pensamientos de la Iglesia, desde las semanas de Adviento hasta estos últimos días del Ciclo Litúrgico. Por eso, todos, cualesquiera que seamos, debemos dar gracias al Padre de las luces [1], *que nos ha hecho*

[1] *Santiago,* I, 17.

dignos de tener una parte, por minúscula que sea, *en la herencia de los santos.*

SÚPLICA. — Pero todos también tenemos que rogar, en una u otra medida, para que el *don excelente*[1] depositado en nuestros corazones crezca con el nuevo año litúrgico a punto de empezar. El justo no puede permanecer estacionario aquí en este mundo; tiene que subir o bajar; y cualquiera que sea la altura a donde ya le subió la gracia, debe subir siempre más y más[2] mientras esté en esta vida. Los Colosenses, a los que se dirigía el Apóstol, habían recibido totalmente el Evangelio; la palabra de verdad sembrada entre ellos fructificaba allí de modo admirable en la fe, la esperanza y el amor[3]: pues bien, lejos de servir de ocasión para aflojar en su solicitud hacia ellos, son precisamente sus progresos la razón *por la que*[4] San Pablo, que ya rogaba por ellos, *no cesa de hacerlo.* Roguemos, por tanto, nosotros también.

Pidamos a Dios que nos colme todavía y siempre de su divina Sabiduría y del Espíritu de inteligencia. Lo necesitamos para responder a sus intenciones misericordiosas. El año que va a comenzar reserva a nuestra fidelidad ascensiones nuevas tal vez laboriosas; pero serán recompensadas con horizontes nuevos en los jardines

---

1 *Santiago,* I, 17.
2 Salmo LXXXIII, 6.
3 *Col.,* I, 4-6.
4 *Ibíd.,* 9.

del Esposo, y una cosecha de frutos más abundantes y suaves. *Caminemos, pues, de una manera digna de Dios,* alegres y fuertes bajo de la mirada de su amor, por el camino ascendente que nos lleva al descanso sin fin de la visión beatífica.

GRADUAL

Nos libraste, Señor, de los que nos afligían: y confundiste a los que nos odiaron. ℣. Nos gloriaremos en Dios todo el día, y alabaremos tu nombre por los siglos.

Aleluya, aleluya. ℣. Desde lo profundo clamo a ti, Señor: Señor, escucha mi oración. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Mateo (Mat., XXIV, 15-34).

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Cuando viereis la abominación de la desolación predicha por el Profeta Daniel caer sobre el templo: el que lea, que entienda: entonces, los que estén en Judea, huyan a los montes: y el que esté en la terraza, no baje a tomar nada de su casa: y el que esté en el campo, no vuelva a tomar su túnica. Y ¡ay de las preñadas y de las que alimenten en aquellos días! Rogad, en cambio, para que vuestra fuga no sea en invierno, o en sábado. Porque habrá entonces una tribulación muy grande, como no ha existido ni existirá otra, desde el principio del mundo hasta hoy. Y, si no fuesen acortados aquellos días, no se salvaría nadie: pero, por amor de los elegidos, serán abreviados aquellos días. Si alguien os dijere entonces: Aquí o allí está el Cristo: no lo creáis. Porque surgirán seudocristos y seudoprofetas: y harán grandes milagros y prodigios, de tal modo que sean engañados (si fuese posible) los mismos elegidos. Ya os lo he predicho.

Si os dijeren, pues: Está en el desierto; no salgáis: Está escondido; no lo creáis. Porque, como el relámpago sale de Oriente y aparece al punto en Occidente, así será también la llegada del Hijo del hombre. Donde estuviere el cuerpo, allí se congregarán las águilas. Y, en seguida, después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no lucirá, y las estrellas caerán del cielo, y los pilares del cielo se tambalearán: y entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre: y entonces llorarán todas las tribus de la tierra: y verán al Hijo del hombre venir en las nubes del cielo con mucho poder y majestad. Y enviará sus Angeles con trompeta y con gran voz: y congregarán a sus elegidos de los cuatro vientos, desde lo más alto de los cielos hasta su extremo. Y aprended esta parábola de la higuera: cuando ya está tierna la rama, y han nacido las hojas, sabéis que está cerca el verano: así también vosotros, cuando viereis todas estas cosas, sabed que el Hijo del hombre está cerca, está a las puertas. En verdad os digo, que no pasará esta generación, hasta que se realice todo esto. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

El juicio. — Muchas veces, a través de las semanas de Adviento, han sido tema de nuestras meditaciones las circunstancias que acompañarán a la última venida del Señor; dentro de pocos días, esas mismas enseñanzas van de nuevo a llenar nuestras almas de un temor saludable. Permítasenos hoy, con el deseo y la alabanza, volvernos hacia el Jefe que tiene que terminar la obra y señalar el triunfo de la hora solemne del juicio.

Oh Jesús, tú vendrás entonces a librar a tu Iglesia y vengar a Dios de los insultos que tanto

se han prolongado; ¡qué terrible será al pecador esa hora de tu llegada! Entonces comprenderá claramente que el Señor hizo todo para él, todo hasta el impío ordenado a dar gloria a su justicia en el día malo [1]. Conjurado el universo para perdición de los malvados [2], se resarcirá por fin de la esclavitud del pecado que le fué impuesta [3]. Los insensatos inútilmente gritarán a las montañas que los aplasten para librarse así de la mirada del que estará sentado en el trono [4]: el abismo se negará a tragarlos; y obedeciendo al que tiene las llaves de la muerte y del infierno [5], vomitará hasta el último de sus tristes habitantes al pie del terrible tribunal.

La alegría de los elegidos. — ¡Oh Jesús, Hijo del hombre, cuán grande nos parecerá tu poder, al verte rodeado de las falanges celestes [6], que forman tu lucida corte, juntar a los elegidos de los cuatro ángulos del universo! Pues también nosotros, tus redimidos, miembros tuyos ahora por haberlo sido de tu Iglesia muy amada, también nosotros estaremos allí ese día; y nuestro lugar ¡misterio inefable! será el que el Esposo reserva a la Esposa: tu trono [7], donde, sentados contigo, juzgaremos hasta a los mismos Ange-

1 *Prov.*, XVI, 4.
2 *Sab.*, V, 21.
3 *Rom.*, VIII, 21.
4 *Apoc.*, VI, 16.
5 *Ibid.*, I, 18.
6 *Ibid.*, XIX, 14.
7 *Ibid.*, III, 21.

les [1]. Desde ahora, todos los benditos del Padre [2], esos elegidos cuya juventud se ha renovado tantas veces como la del águila al contacto de tu sangre preciosa [3], tienen ya preparados sus ojos para clavarlos sin pestañear en el Sol de justicia, cuando aparezca en el cielo. Con su hambre acrecida por el lento caminar del destierro, ¿quién podría detener su vuelo? ¿Qué fuerza sería capaz de romper la impetuosidad del amor [4] que los reunirá en el banquete de la Pascua eterna? Porque aquello será la vida y no la muerte, la destrucción de la antigua enemiga [5], la redención que llega hasta los cuerpos [6], el tránsito perfecto a la verdadera tierra prometida, en una palabra, *la Pascua,* esta vez real para todos y sin ocaso, anunciada por la trompeta del Angel sobre las tumbas de los justos. ¡Qué alegría sentirán entonces en aquel verdadero día del Señor [7] los que hayan vivido de Cristo por la fe y, sin verle, le hayan amado [8]! No obstante la debilidad de la carne fragil, oh Jesús, identificándose contigo, han continuado en el mundo tu vida de dolores y humillaciones; qué triunfo el suyo cuando, al verse libertados para siempre del pecado y revestidos de cuerpos

---

1 *I Cor.,* VI, 3.
2 *S. Mateo,* XXV, 34.
3 Salmo CII, 5.
4 *Cant.,* VIII, 6.
5 *I Cor.,* XV, 26.
6 *Rom.,* VIII, 23.
7 Salmo CXVII, 24.
8 *I S. Pedro,* I, 8.

inmortales, sean llevados a tu presencia para estar ya siempre con tu majestad [1].

El triunfo de Cristo. — Pero su gozo mayor consistirá sobre todo en asistir ese gran día a la exaltación de su amantísimo Capitán, cuando se haga público el poder que le fué concedido sobre toda carne [2]. Entonces aparecerás, oh Emmanuel, como el único príncipe de las naciones [3], haciendo añicos la cabeza de los reyes y poniendo a tus enemigos por escabel de tus pies [4]. Y entonces también juntos el cielo, la tierra y el infierno doblarán las rodillas [5] delante del Hijo del Hombre, que vino antes en forma de esclavo, fué juzgado, condenado y muerto entre criminales; y juzgarás, oh Jesús, a los jueces inicuos a quienes anunciaste esta venida sobre las nubes del cielo [6] cuando te hallabas en lo más profundo de tus humillaciones. Una vez terminada la tremenda sentencia los réprobos irán al suplicio eterno y los justos a la vida que no acaba [7]. Tu Apóstol nos dice que entonces vencedor de todos tus enemigos y rey indiscutible, pondrás en manos del Padre Eterno el reino conquistado a la muerte, como homenaje per-

---

[1] *I Tes.*, IV, 16.
[2] *S. Juan*, XVII, 2.
[3] Salmo II.
[4] Salmo CIX.
[5] *Flp.*, II, 10.
[6] *S. Mateo*, XXVI, 64.
[7] *Ibíd.*, XXV, 46.

fecto de la Cabeza y de los miembros [1]. Dios será todo en todos.

Será eso el cumplimiento de la oración sublime que nos enseñaste a los hombres [2] y que sale más ferviente cada día del corazón de tus fieles, cuando, dirigiéndose al Padre que está en los cielos, le piden incansables, a pesar de la apostasía general, *sea santificado su Nombre, venga a nos el su reino, y hágase su voluntad así en la tierra como en el cielo.* ¡Incomparable serenidad la de aquel día en que cesará la blasfemia y la tierra será un nuevo paraíso, purificada por el fuego del fango del pecado! ¿Qué cristiano no saltará de gozo esperando ese último día que dará comienzo a la eternidad? ¿Quién no tendrá en poco la agonía de la última hora, pensando que aquellos sufrimientos tan sólo significan, como dice el Evangelio, *que el Hijo del Hombre está ya muy cerca, a la puerta?*

¡VEN, SEÑOR, JESÚS! — Oh Jesús, despréndenos cada vez más de este mundo, cuya figura pasa [3] con sus tareas inútiles, sus glorias falsificadas y sus falsos placeres. Como en los días de Noé y como en Sodoma, según nos lo anunciaste, los hombres siguen comiendo y bebiendo y dejándose absorber por el tráfico y el placer; no pensar en la proximidad de tu venida, como

1 *I Cor.*, XV, 24-28.
2 *S. Mateo,* VI, 9.
3 *I Cor.*, VII, 31.

tampoco sus antepasados se preocuparon del fuego del cielo y del diluvio hasta el momento en que todos perecieron [1]. Dejémoslos gozarse y hacerse regalos mutuamente, como dice tu Apocalipsis, figurándose que Cristo y su Iglesia [2] son cosa pasada. Mientras de mil modos oprimen a tu ciudad santa y la imponen pruebas que antes no conoció, no tienen la menor idea de que contribuyen a las bodas de la eternidad; ya sólo la faltaban a la Esposa las joyas de estas pruebas nuevas y la púrpura esplendorosa con que la adornarán sus últimos mártires. En cuanto a nosotros, prestando atención a los ecos de la patria, percibimos la voz que sale del trono y que grita: "Alabad a nuestro Dios todos sus siervos y cuantos le teméis, pequeños y grandes, aleluya, porque Nuestro Señor, Dios todopoderoso, ha establecido su reino. Alegrémonos y regocigémonos, démosle gloria porque han llegado las bodas del Cordero y su Esposa está preparada" [3]. Un poco más de tiempo para que se complete el número de nuestros hermanos [4]; y te diremos juntamente con el Espíritu y la Esposa, con entusiasmo de nuestras almas, tanto tiempo sedientas: ¡"Ven, oh Jesús [5], ven a perfeccionarnos en el amor por la unión eterna, para gloria del

---

1 *S. Lucas*, XVII, 26-30.
2 *Apoc.*, XI, 10.
3 *Ibid.*, XIX, 5-7.
4 *Ibid.*, VI, 11.
5 *Ibid.*, XXII, 17.

Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, por los siglos sin fin"!

OFERTORIO

Desde lo profundo clamo a ti, Señor: Señor, escucha mi oración: desde lo profundo clamo a ti, Señor.

Pidamos al Señor en la Secreta que, al acercarse el último juicio, dirija hacia Sí todos los corazones y se digne reemplazar en nosotros los apetitos terrenales por los deseos y gustos del cielo.

SECRETA

Sé propicio, Señor, a nuestras súplicas: y, aceptadas las oblaciones y preces de tu pueblo, convierte a ti los corazones de todos nosotros; para que, libres de las ambiciones terrenas, nos llenemos de anhelos celestiales. Por Nuestro Señor Jesucristo.

COMUNION

En verdad os digo: Todo lo que pidiereis en la oración, creed que lo recibiréis, y se os concederá.

Ojalá el divino Sacramento, como lo pide la Iglesia en la Poscomunión, cure del todo por su virtud lo que pueda quedar todavía de vicioso en nuestras almas al fin de este año.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, hagas que, por medio de estos Sacramentos que hemos recibido, todo lo que haya de vicioso en nuestra alma, sea curado con el don de su medicamento. Por Nuestro Señor Jesucristo.

PROPIO DE LOS SANTOS

14 DE AGOSTO

VIGILIA DE LA ASUNCION DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA

El cuadro austero y penitencial de los Oficios que preceden a las grandes solemnidades, deja traslucir muchas veces la alegría juntamente sobria y grata de una espera. Este matiz es el que distingue a las lecturas y a los cantos de la Vigilia de la Asunción; en él descubrimos la acción misteriosa de una gracia preveniente. Pero esta vez no son los ritos ni las palabras los primeros que despiertan en nosotros esta eufonía. La alegría brota del fondo del corazón y se saborea en silencio en lo íntimo del alma.

El cristiano se prepara hoy a festejar a su "Madre". Madre suya es ciertamente, ya que María es verdadera Madre para cada uno de los hermanos de su Hijo. Medianera y tesorera de todas las gracias, es además instrumento dócil y perfectamente adaptado para transmitirle la vida sobrenatural con sus incomparables rique-

zas. Pero María es también la Madre por excelencia, la Madre única y perfecta, la Madre virginal y total: en una palabra que lo dice todo: es la Madre de Dios.

Mañana veremos qué es lo que movió a la piedad cristiana a celebrar este "día natalicio" de Nuestra Señora y a conmemorar su entrada triunfal en cuerpo y alma en el Reino de la gloria celestial. Nuestra obligación por el momento consiste en pensar en nuestra Madre y prepararnos con todos los Santos del cielo y de la tierra y, mejor aún, con Dios mismo, a celebrarla dignamente.

Celebrar las fiestas de una madre en este mundo es honrarla el día consagrado al Santo o a la Santa cuyo nombre ella lleva. Tratándose de María, es cosa completamente distinta. Su fiesta no es la de otra Santa que ella pudiera tener por Patrona. Es únicamente su fiesta, de Ella sola. Lo que la Iglesia se prepara a celebrar, es la coronación de su propia santidad. No habrá más que un solo homenaje para la que es al mismo tiempo la Madre y la Santa.

Más aún: la santidad personal de María consiste en ser la Madre perfecta que Dios quiso para su Hijo y para nosotros. Tal es su maravillosa vocación. Por un privilegio inaudito y conmovedor la perfección de la caridad en que para cada uno de nosotros depende la santidad, es en ella la perfección del amor materno. Amar a Dios es para María amar a su Hijo. Tratándose de ella,

celebrar la fiesta de la Madre y de la Santa es honrarla por la misma y única perfección, alabarla por el mismo y único amor. También en nosotros el alabarla será un solo acto de nuestra piedad religiosa y filial.

El alma que quiere honrar a María, tiene primeramente que cumplir en esta vigilia de la fiesta dos condiciones: ser muy pura y rica de amor. La gracia de los Sacramentos realizará en ella estas santas disposiciones, y la Iglesia, imagen visible y viva de la Reina de los cielos, guiará sus afectos a través de los pensamientos que el Espíritu de Dios la sugiera.

MISA

La vigilia de la Asunción no aparece en nuestros libros litúrgicos hasta fines del siglo VIII. Desde entonces han cambiado todas las piezas de la Misa, menos las oraciones. Las piezas aludidas se hallan en otras muchas Misas de Nuestra Señora; pero, joyas admirables, brillan con esplendor más puro en la aurora del triunfo en que se muestran hoy.

El Introito *Vultum tuum,* tomado de la Misa de las vírgenes, primitivamente se cantaba el día mismo de la Asunción. Cuando unos siglos más tarde le sustituyó el *Gaudeamus,* entonces pasó el *Vultum tuum* a la Misa de la vigilia, que al principio comenzaba por el *Salve sancta Parens*. Este texto del *Vultum tuum,* súplica deli-

cada a la "Toda Hermosa" cuya fiesta se va a celebrar, forma una atmósfera de gracia, de humildad, de oración y de pureza que luego se ilumina de esplendor y de alegría radiantes.

INTROITO

Implorarán tu favor todos los ricos del pueblo: las vírgenes serán presentadas al Rey después de ella: sus compañeras serán presentadas a ti con alegría y con júbilo. — *Salmo:* Brota de mi corazón una palabra buena: dedico mis obras al Rey. ℣. Gloria al Padre.

La Colecta que ya asignaron a esta vigilia las copias del Sacramentario gregoriano transcritas en el siglo IX, se distingue por condensar en pocas palabras, como era costumbre, los pensamientos que deben alimentar nuestra devoción en este día. El principio evoca en términos delicados la Maternidad divina y virginal de María, fundamento y cumbre de todas sus grandezas. La segunda parte implora una gracia de protección y de alegría. Con tranquilidad, pues, con alegría de niño y debajo del amparo de María, debemos celebrar su fiesta.

COLECTA

Oh Dios, que te dignaste elegir el seno virginal de la bienaventurada María, para habitar en él: haz, te suplicamos, que, protegidos con su defensa, asistamos gozosos a su festividad. Tú, que vives.

EPISTOLA

Lección del libro de la Sabiduría (Ecli., XXIV, 23-31).

Yo, como la vid, exhalo suave olor: y mis flores dan frutos de gloria y de riqueza. Yo soy la madre del amor hermoso y del temor y de la ciencia y de la santa esperanza. En mí está la gracia de todo camino y de la verdad: en mí toda esperanza de la vida y de la virtud. Venid a mí, todos los que me deseáis, y seréis colmados de mis frutos. Porque mi espíritu es más dulce que la miel, y mi herencia más que la miel y el panal. Mi memoria durará por todos los siglos. Los que me coman, tendrán aún más hambre: y, los que me beban, tendrán todavía más sed. El que me escuche, no será confundido: y los que obren movidos por mí, no pecarán. Los que me den a conocer, tendrán la vida eterna.

Los versículos que hoy forman la Epístola, desde el siglo VIII estaban asignados a una Misa marial. No parece que lo estuviesen desde el principio a la vigilia de hoy. La extrema variedad de los documentos que conocemos como más antiguos, no nos permite señalar en este punto el uso primitivo. Confesamos que la Epístola de la Misa actual se adapta maravillosamente a las circunstancias. La Iglesia previó ya que, al llegar a María, nos sería imposible expresarla nuestra enhorabuena. Y si es María misma la primera que habla, adelantándose a todas nuestras felicitaciones. Las palabras que nos dirige son las de la divina Sabiduría, cuya Madre y Trono es ella. Abramos de par en par nuestro espíritu

y nuestro corazón para que estas llamadas del amor penetren en lo más hondo de nuestro ser.

El Gradual está sacado del Común de las fiestas de Nuestra Señora: en él se cantan también con ternura y admiración la pureza virginal y la Maternidad divina de María.

GRADUAL

Bendita y venerable eres, oh Virgen María: que, sin mancha del pudor, fuiste Madre del Salvador. ℣. Oh Virgen, Madre de Dios: Aquel a quien todo el orbe no puede contener, se encerró, hecho hombre, en tus entrañas.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Lucas (Lc., XI, 27-28).

En aquel tiempo, hablando Jesús a las turbas, levantando la voz una mujer de la turba, le dijo: Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron. Pero El dijo: Bienaventurados más bien los que oyen la palabra de Dios y la guardan.

Este Evangelio se lee en todas las Misas de la Virgen. Pero en la Misa de la vigilia se introdujo desde un principio de un modo particular. Primitivamente se recitaba el mismo día de la Asunción, a continuación de la escena de Marta y María, tomada también de la Misa de las vírgenes. Esta adición era un modo delicado y muy sugestivo de aplicar a la Madre de Dios el elogio que Cristo hizo de la vida contemplativa. Pero tal enlace ingenioso dejó de comprenderse al correr de los siglos y, por eso, al instituirse

la Vigilia, se dividió el díptico admirable reservando para ella la perícopa marial.

Tenemos que reconocer, por lo menos, que encaja admirablemente en esta Misa. Continúa y amplifica el tema que ha servido de pasto a la Epístola. Pero esta vez es la Sabiduría Encarnada, el propio Hijo de María el que en un lenguaje misterioso ensalza las grandezas sublimes de su Madre. Esta escena evangélica es tan conocida, que no es necesario recordar su profundo sentido. En esta Madre perfecta, a quien acaba de aclamar una pobre mujer, el Salvador nos invita a admirar más que nada la disposición de fe y de fidelidad que hizo de ella el instrumento dócil de los más altos designios de Dios. En ella, la fe no sólo trasladó las montañas: engendró a un Dios. Es la obra cumbre de toda la creación, a la cual sólo podía cooperar la humilde y obediente "esclava" del Señor.

A la bienaventuranza de la fe recordada por el Evangelio, el Ofertorio añade la bienaventuranza de la virginidad. En ambos casos, una transparencia completa hace que el alma y el cuerpo acojan perfectamente la luz de la gracia, germen divino de una fecundidad misteriosa.

OFERTORIO

Bienaventurada eres tú, oh Virgen María, que llevaste al Creador de todas las cosas: engendraste al que te hizo, y permaneces Virgen eternamente.

La Secreta es sin duda ninguna la pieza por la que más se distingue la Misa de este día. Merecería un extenso comentario si no hubiésemos de volver a insistir pronto sobre la importante doctrina que expone. Hasta ahora la Iglesia tan sólo había hablado de las grandezas de Maria; y ahora, con motivo del triunfo que las corona, la asigna el título de Abogada, que la Madre de Dios cumple en el cielo en favor nuestro. Ello indica de modo claro que la glorificación total de María, igualmente que la del Señor, ha precedido a la resurrección general para garantizar plenamente la redención y la salvación de los hombres.

SECRETA

Recomiende, Señor, nuestros dones ante tu clemencia la oración de la Madre de Dios: a la cual trasladaste de este mundo precisamente para que interceda confiadamente ante ti por nuestros pecados. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo.

COMUNION

Bienaventuradas las entrañas de la Virgen María, que llevaron al Hijo del Padre eterno.

Después de la Antífona de la Comunión, pura reminiscencia del Evangelio, la última Oración reviste una forma más común, al menos tal cual hoy la tenemos. Pero sus últimas palabras contienen una alusión implícita al misterio de la resurrección corporal de María, ya que piden para

nosotros una gracia de resurrección espiritual. El texto primitivo de esta oración era más exacto.

En lugar de *festivitatem praevenimus* (nos adelantamos a la fiesta), antiguamente se leía *requiem celebramus* (celebramos el reposo). Esta alusión relacionaba de un modo particular la vigilia con el recuerdo de la muerte (de la Dormición, decían los griegos) de María. Nuestra meditación ¿no podría realizar esta tarde el sueño legendario de los viejos relatos apócrifos? Trasladaría nuestros pensamientos y nuestros corazones junto a nuestra Madre, que entrega su alma a Dios en un suspiro de amor. Instante dichoso que acaba y consuma la continua Asunción de la Inmaculada y de la llena de gracia en la eterna visión, donde comprende por fin lo que es una Madre de Dios.

POSCOMUNION

Concede, oh Dios misericordioso, tu ayuda a nuestra flaqueza: para que, los que prevenimos la fiesta de la santa Madre de Dios, con el auxilio de su intercesión nos levantemos de nuestras iniquidades. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo.

EL MISMO DIA

SAN EUSEBIO, CONFESOR

En el Oficio y en la Misa, hace la Iglesia conmemoración de San Eusebio, fundador, en Roma, de la iglesia que lleva su nombre. Esta iglesia

del siglo IV, muchas veces restaurada y también reconstruída, no tiene interés arqueológico, pero es lugar de "estación" en la Cuaresma.

De San Eusebio nada sabemos con precisión si se exceptúa que fundó este "título" o iglesia. El martirologio romano nos dice, según un hagiógrafo del siglo VI, que fué detenido en su casa por orden de Constancio, a causa de su adhesión a la fe católica. Debió de morir después de pasar siete meses en continua oración.

Del Sacramento gregoriano sacamos este Prefacio compuesto en su honor: "Verdaderamente es digno y justo alabarte... Dios eterno, e implorar humildemente tu misericordia, a fin de que por la intercesión de tu confesor, el bienaventurado Eusebio, fortalezcas en nuestras almas la devoción con que se asegura nuestra salvación; y a fin también de que te tengamos siempre a ti por protector nuestro, a ti, que te creemos nuestro Creador y a quien adoramos como a Salvador nuestro. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

15 DE AGOSTO

LA ASUNCION DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA

La Asunción de Nuestra Señora es una de nuestras solemnidades litúrgicas más alegres.

"Gaudent Angeli! Gaudete, quia cum Christo regnat" [1]. La Iglesia del Cielo y la de la tierra se unen a la dicha infinita de Dios que acoge y corona a su Madre. Ambas a dos celebran con amor la alegría virginal de la que entra, ya para siempre, en el mismo gozo de su propio Hijo. Angeles y santos se apresuran a aclamar a su Reina, mientras la tierra se regocija también de haber dado al Cielo la joya más brillante.

GLORIFICACIÓN DEL ALMA DE NUESTRA SEÑORA. Hoy es el "día natal" de Nuestra Señora, en el cual celebramos al mismo tiempo el triunfo de su alma y el de su cuerpo. Detengámonos un instante ante esta glorificación del espíritu, tal vez menos advertida por ser común a todos los Santos. La entrada del alma de María en la visión beatífica es un hecho de un esplendor y de una riqueza que arroja una luz incomparable sobre nuestras más altas esperanzas. Cierto que no nos podemos figurar la belleza de esta suprema "revelación", donde la mirada tan pura ya y tan penetrante de la más perfecta de las criaturas se ha dilatado repentinamente ante un abismo de Belleza infinita. Intentemos al menos, con la ayuda de la gracia divina, levantar nuestros pensamientos hacia la cumbre, misteriosa todavía para nuestra vista, en la cual se realiza este prodigio.

---

[1] ¡Regocíjense los Angeles! ¡Regocijaos vosotros porque ella reina con Cristo! *(Liturgia.)*

Y, efectivamente, bien se la puede llamar cumbre, ya que es el término de un constante y largo subir. Llena de gracia en el instante mismo de su Concepción, la Inmaculada no cesó nunca de crecer en este mundo ante el Altísimo.

La Anunciación, Navidad, el Calvario y Pentecostés han jalonado ese crecimiento extraordinario. El amor virginal y maternal se han enriquecido y elevado en cada una de esas etapas, tendiendo hacia una cima a la que ninguna otra pura criatura podrá llegar nunca. La luz de gloria que de repente invade al alma de María y la hace ver en toda su magnificencia las grandezas de su Hijo y su propia dignidad maternal, sobrepuja también, y con mucho, a la gloria de todos los Angeles y de todos los Santos. Después de la santa Humanidad de Cristo, sentado a la diestra del Padre en el Santuario de la Divinidad, no hay nada en el mundo tan perfecto como esta alma maternal, radiante de pureza, de beldad, de ternura y de alegría: Beata Mater!

Esta entrada triunfal en la eterna Bienaventuranza ¿hará posible en el alma de María un nuevo crecimiento? En cuanto a ella misma, no: todo se ha cumplido de manera perfecta; no es posible crecer en la Eternidad. Totalmente abierta a los esplendores del Verbo, Hijo suyo, en el alma de María se realizan por fin de modo acabado todas las exigencias de su vocación subli-

me. Su alma es el alma de una Madre de Dios perfecta.

Pero María sólo tuvo por Hijo a Jesús. Madre de Dios Salvador, lo es también de todos los que vayan a beber en las fuentes de la salvación. Su maternidad de gracia irá amplificándose hasta el fin del mundo. El alma de María ve en la luz beatífica a todos sus hijos y todos los designios de Dios sobre cada uno de ellos: pronunciando un *fiat* a impulsos del amor, da su consentimiento a esta universal Providencia, en la que, por disposición divina, su propia intervención no tiene límites. De esta manera se une al Sumo Sacerdote que no cesa un instante de implorar en nuestro favor la Misericordia del Padre. Su oración consigue para la Iglesia de la que es figura y dechado, una Asunción permanente hasta que se logre de un modo definitivo la "plenitud" del Cuerpo Místico. Mientras llega esa apoteosis, el alma bienaventurada de María, "emplea su cielo en hacer bien en la tierra", mejor que cualquier otro santo. Demos, pues, libre curso al entusiasmo de nuestra alegría. A nuestra confianza filial añadamos la gratitud. Celebremos dignamente a nuestra Abogada, Mediadora y Madre, que ocupa el puesto de Reina junto al trono del Cordero.

Fe de la Iglesia en la Asunción de María. — Hace ya muchos siglos, sin que nadie haya podido puntualizar de un modo exacto cuándo em-

pezó esta creencia, afirma la Iglesia católica que el cuerpo de María está en el Cielo, unido a su alma gloriosa. Este privilegio del Cuerpo de Nuestra Señora es lo que distingue al misterio de la Asunción. El primero de noviembre del Año Santo de 1950, el Papa Pío XII, atendiendo a los votos unánimes de los obispos y de los fieles, proclamó solemnemente como "dogma revelado, que María, la Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen, al fin de su vida terrestre fué elevada en alma y cuerpo a la gloria del Cielo". (Bula dogmática *"Munificentissimus Deus."*)

La definición no puntualiza si María pasó sin morir de la Tierra al Cielo, o si tuvo que morir, como su Hijo, y resucitar antes de entrar en la gloria. El privilegio insigne de la Concepción Inmaculada, la virginidad y la perfecta santidad de María, ciertamente la podían haber hecho inmortal. Pero la Madre del Salvador, que imitó siempre a su Hijo fidelísimamente, quiso sin duda seguirle hasta la tumba. ¿Acaso no debía ella, como El y todos nosotros, triunfar principalmente y de modo completo del pecado y de la muerte mediante una gloriosa resurrección?

LAS LEYENDAS. — Algunas leyendas apócrifas que se propagaron al fin del siglo cuarto, han vulgarizado diversos relatos espectaculares, maravillosos y a veces incoherentes sobre la muerte de María y el traslado de su cuerpo al Pa-

raíso. Los apóstoles, según esas leyendas, se reunieron de modo milagroso junto a la Madre del Salvador, y estuvieron presentes a su muerte y a sus funerales. Santo Tomás, que llegó bastante más tarde, motivó la apertura del sepulcro y entonces se pudieron cerciorar de que el cuerpo de la Santísima Virgen había sido trasladado a un sitio solamente conocido de Dios. Es del todo necesario distinguir entre nuestra fe y nuestras verdades teológicas, por una parte, y esos documentos de ningún valor, que tal vez nacieron en el seno de comunidades heréticas, por otra. La predicación y la enseñanza pastoral nada tiene que aprender de las adiciones desacertadamente hechas al relato evangélico de la resurrección del Señor. En vez de servir de fundamento a la fe de la Iglesia en la Asunción, esas leyendas retrasaron por muchos siglos la unanimidad perfecta de la creencia católica. El pensamiento cristiano tuvo primero que desprenderse de su desafortunada influencia, para llegar a distinguir claramente los verdaderos motivos que inducen a considerar la Asunción corporal de María como una verdad de fe.

Creencia unánime. — ¿Cuál es, pues, el motivo por el que ha podido el Romano Pontífice definir como dogma de fe la Asunción? La Bula pontificia lo declara expresamente: el asentimiento unánime de los Obispos y de las Iglesias actualmente en comunión con la Sede Apostó-

lica. Esta convicción universal de los Pastores y de sus fieles nunca habría sido posible a no estar su objeto contenido de un modo cierto en la Revelación.

Fuentes escriturarias. — Mas ¿en qué fuente de la revelación cristiana se halla contenida la verdad de la Asunción? En los documentos de la primitiva Iglesia no hay tradición oral de origen apostólico que haya dejado rastro alguno. El Apocalipsis tal vez haga alusión indirecta al describir la Iglesia en estos términos: "Una gran señal apareció en el cielo: una mujer revestida del Sol, con la luna debajo de sus pies y en la cabeza una corona de doce estrellas [1]. La Madre de Dios es, ya lo hemos dicho, figura y dechado perfecto de la Iglesia; por eso, es posible que en esta ocasión haya aludido San Juan indirectamente a la presencia de María en el Cielo.

Lo cierto, al menos, es que nuestros sagrados Libros atribuyen a María títulos y una función providencial, cuyo conjunto reclama, como coronamiento normal, el privilegio de la Asunción en cuerpo y alma a los cielos. Al dar un sentido marial al versículo del Génesis conocido con el nombre de Protoevangelio: "Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre su raza y la tuya. Esta te aplastará la cabeza", la tradición

1 *Apoc.*, XII, 1.

cristiana auténticamente expresada en la Bula dogmática *Ineffabilis,* vió en este oráculo divino el anuncio del triunfo completo de Cristo y de su Madre sobre el pecado y todas sus consecuencias. En este texto se apoyó Pío IX para definir la Inmaculada Concepción: no es imposible tampoco ver en él una revelación implícita del triunfo perfecto de María sobre la muerte.

Sea lo que fuere de este texto misterioso, vemos que el Evangelio asocia constantemente a María a los actos esenciales de la Redención, sobre todo al sacrificio de la Cruz: ¿cómo creer que no estará corporalmente unida al Hijo en el ejercicio actual de su sacerdocio celeste? Es también el Evangelio quien proclama a María "llena de gracia", "bendita entre todas las mujeres", y, sobre todo "Madre del Señor": otros tantos títulos que, como veremos, constituyen una revelación implícita de la glorificación inmediata de su alma y de su cuerpo.

LA FALTA DE RELIQUIAS. — Pero tenemos que reconocer que los primeros siglos cristianos no tuvieron un conocimiento positivo y exacto de la Asunción de María. A pesar de todo, hay un hecho significativo que merece consideración: nunca se pensó, en parte alguna, reclamar la posesión del cuerpo de la Santísima Virgen, ni tampoco en buscar sus restos. Cuando a las reliquias de los santos se las honraba tanto, abstención tan radical tiene el valor de un indicio

seguro. Parece que ya en aquellos tiempos remotos no se podía pensar que el cuerpo de María hubiese quedado en la tierra. San Epifanio, muerto en 377 después de haber vivido mucho tiempo en Palestina, confiesa su ignorancia sobre la muerte y sepultura de María; ni en una línea siquiera de sus escritos se insinúa que los restos mortales de la Virgen se conserven en este mundo. Lo que pone en tela de juicio son los relatos maravillosos que empiezan a propagarse a este respecto; también se pregunta si María murió y si fué mártir: y declara que no se puede responder nada acerca de todas estas cuestiones. Sin dar por cierta jamás la Asunción, parece que de propósito tampoco la excluye.

Fué a principios del siglo v, en tiempos del Concilio de Efeso, cuando el pensamiento católico, aficionado de modo particular a la doctrina mariana, empieza a tratar explícitamente de la suerte que ha podido tener el cuerpo de María. Los relatos apócrifos expresan de una manera impertinente y desacertada una verdad que por sí misma se impone a las almas ilustradas por la fe: el cuerpo de María no estuvo sujeto a la corrupción del sepulcro: Dios le trasladó de modo milagroso al Paraíso.

Origen de la fiesta de la Asunción. — Por esta época no hay más que dos liturgias, la siriaca y la egipcia, que tomen de los relatos apócrifos la descripción de la "dormición" de Ma-

ría. Desde 450 tiene Jerusalén su fiesta anual de la Madre de Dios fijada el 15 de agosto: pero durante dos siglos el oficio no dirá una sola palabra sobre el hecho de la Asunción. Un decreto del Emperador Mauricio, principios del siglo VII, instituye en Bizancio la fiesta de la Dormición de Nuestra Señora. La entrada del Cuerpo de María en la gloria llega pronto a ser el objeto principal de la solemnidad, tal vez por la influencia de los apócrifos, y más que nada en virtud del sentido profundo que posee la Iglesia respecto a las verdades de la fe. Hacia el año 650 la fiesta de la Asunción se introduce en Roma. Por ese tiempo, y acaso un poco antes, la Asunción (de igual modo que en Galia por el influjo de los apócrifos en San Gregorio de Tours) es objeto de una conmemoración solemne que se celebra al principio el 18 de enero, y después el 15 de agosto.

LA FIESTA EN ROMA.—La celebración de la Asunción por la Iglesia romana constituía, por el valor mismo de la doctrina, un hecho de capital importancia. Y hecho más notable todavía: Roma aceptaba de su cuenta y riesgo la creencia en la Asunción, sin adherirse a las leyendas. Su liturgia sólo contiene una alusión a la Asunción, pero es de una precisión admirable y reduce todo el problema al punto principal: nos referimos a la célebre oración "*Veneranda nobis*", que se recitaba al empezar la procesión

que precedía a la Misa. "Señor, debemos venerar la fiesta de este día, en el cual la Santa Madre de Dios padeció muerte temporal: con todo, no pudo ser retenida por los lazos de la muerte, la que había engendrado de su propia sustancia a tu Hijo encarnado, Nuestro Señor."

No se podía ser a la vez más sobrio, más completo, ni más exacto. Se afirma de modo claro la creencia en la muerte, en la resurrección y en la Asunción corporal de María. Se añade el motivo fundamental de esta convicción: la Maternidad divina, o mejor dicho, el hecho de que la carne de Cristo, Verbo Encarnado, se tomó de la carne de María. Esta joya de la liturgia marial data al menos de principios del siglo octavo, tiempo en que, en Oriente, San Andrés, Obispo de Creta de 711 a 720, predicando un Triduo sobre la Dormición de Nuestra Señora, exponía el dogma de la Asunción basándose puramente en la doctrina y sin hacer caso de las tradiciones apócrifas.

San Germán de Constantinopla y San Juan Crisóstomo, menos prudentes y menos reservados, sabrán también relacionar la Asunción con sus fuentes auténticas. Conviene que citemos siquiera algunas líneas de sus admirables homilías.

SERMÓN DE SAN GERMÁN. — "Cómo, exclama Germán, habrías podido tolerar la Concepción y deshacerte en polvo, tú, que libraste al género

humano de la corrupción de la muerte en virtud de la carne que el Hijo de Dios recibió de ti...

"Era imposible que el vaso de tu Cuerpo, que estaba lleno de Dios, se redujese a polvo como una carne ordinaria. El que se anonadó en ti, es Dios desde el principio y, por consiguiente, vida anterior a todos los siglos; por esto, era necesario que la Madre de la Vida habitase con la Vida; que yaciese muerta como para dormitar unos instantes, y que el "tránsito" de esta Madre de la Vida fuese como un despertar.

"Un niño muy querido ansía la presencia de su madre y, recíprocamente, la madre suspira por vivir con su hijo. Era justo, por tanto, que tú subieses a donde está tu Hijo, tú, cuyo corazón ardía en amor de Dios, fruto de tu vientre; justo también que Dios, por el afecto filial que profesaba a su Madre, la llamase junto a Sí, para que allí viviese en su intimidad [1]. En un segundo Sermón, vuelve al mismo pensamiento en términos aún más exactos. "En ti misma tienes tu propia alabanza, ya que eres la Madre de Dios... Y por eso, no convenía que tu Cuerpo, un cuerpo que había llevado a Dios, fuese entregado como botín a la corrupción de la Muerte" [2]. En adelante, estas consideraciones darán materia a todos los Sermones sobre la

---

[1] Sermón primero sobre la Dormición, *Migne P. G.*, 98, 345 y 348.
[2] Sermón II, col. 357.

Dormición o Asunción de Nuestra Señora. "Los discursos de San Juan Damasceno sobre la preciosa muerte y la Asunción de María, escribe el Padre Terrien, son un himno continuo cantado en honor de esta Virgen bendita. Todos sus privilegios, todas sus gracias, todos los tesoros de que tan prodigiosamente fué enriquecida por el cielo, se recuerdan ahí, y todos van a parar a la Maternidad divina, como los rayos de luz a su centro" [1].

A partir de este momento el Oriente ha quedado definitivamente ganado a la creencia tradicional en la Asunción de la Santísima Virgen. Su pensamiento permanecerá invariable hasta nuestros días.

La creencia en Occidente. — En Occidente se van a levantar dificultades. Dócil a las enseñanzas de la liturgia, el pueblo cristiano en su conjunto se adhiere sin restricciones a la doctrina de la Asunción; pero los teólogos, al menos en la Galia, vacilan y tienen miedo a los apócrifos. Sin negar la Asunción, no quieren tampoco ligar a ella la fe de la Iglesia. En tiempo de Carlomagno, un capitular de Aix-la-Chapelle (hacia el año 809) omite provisionalmente la Asunción en la nomenclatura de las fiestas de Nuestra Señora; habrá que examinar si debe conservarse. La respuesta afirmativa se dará en 813 en el Concilio de Maguncia.

---

1 Mère de Dieu, t. II, p. 371-372.

La inquietud aumenta a mediados del siglo IX. La noticia de la Asunción en el Martirologio de Adón deja voluntariamente en duda la cuestión de la Asunción corporal: rechaza los "datos frívolos y apócrifos" que se han propagado sobre el asunto. Por la misma época, el Abad de Corbeya Pascasio Radberto dirige a unas religiosas un largo Sermón, "*Cogitis me*", en el que se hace pasar por San Jerónimo. Celebra con expresiones conmovedoras la muerte gloriosa de María [1]. Pero su tratado empieza por infundir desconfianza respecto al relato del "Paso" de María de la tierra al Cielo. Según él, no se sabe de cierto en qué lugar está el Cuerpo de María. Es una reacción, exagerada ciertamente, pero en el fondo muy sana contra una credulidad demasiado fácil en lo relacionado con los apócrifos, entonces muy en boga en las Iglesias de la Galia. (La liturgia galicana había hecho extractos muy extensos de tales escritos.) Lo más curioso de este episodio es que el Sermón "*Cogitis me*" pasó pronto, con el nombre de San Jerónimo, a las lecciones del Breviario que se leían durante la Octava de la Asunción. Fué necesaria la reforma de San Pío V para

---

1 El Responso: "*Ascendit Christus*" y la Antífona "*Hodie gloriosa Virgo caelo ascendit*" parece que están tomados del Sermón *Cogitis me*. Pero ¿es seguro que Pascasio Radberto no ha reproducido y comentado por sí mismo estas piezas litúrgicas, que resultarían entonces anteriores al año 850? Es cierto que en otras partes de su sermón evoca Pascasio textos litúrgicos, y él mismo lo dice clarísimamente.

eliminar de la liturgia un texto que en un punto importante se apartaba del pensamiento común de la Iglesia.

Los espíritus permanecieron vacilantes los dos siglos siguientes a la aparición del Sermón *Cogitis me:* San Bernardo, por ejemplo, no se atreverá nunca a afirmar expresamente la Asunción corporal de María. Pero nada hay que haga suponer que el clero y los fieles en general compartiesen los escrúpulos de los eruditos. La liturgia romana, extendida por todo el Occidente, celebraba la Asunción de María, que para la mayor parte de los cristianos era la Asunción corporal: la Colecta "Veneranda" afirmaba siempre de modo claro la creencia común sin ligarla en manera alguna a los documentos apócrifos.

El Pseudo-Agustín. — Hacia fines del siglo x o principios del siguiente, un libro nuevo sobre la Asunción, de autor desconocido todavía hoy, pero atribuído muy pronto a San Agustín, estaba llamado a ejercer rápidamente sobre el pensamiento teológico una influencia decisiva. Ya no se trataba de rehabilitar las leyendas apócrifas descalificadas en lo sucesivo, sino de sentar la verdad de la Asunción corporal de María sobre bases escriturarias y doctrinales inconmovibles. Este tratadito sobre la Asunción es una obra maestra y profunda. Procede con orden, sin disgresiones, conforme al método escolástico: una sólida y sana devoción mariana

es el alma de la exposición aparentemente austera. Se ve la mano de un gran maestro y de un hombre de fe. En toda la tradición cristiana, no existe tratado teológico más bello sobre la Asunción corporal de María. Tenemos que citar al menos las últimas líneas.

"Nadie podrá negar que Cristo haya podido conceder a María este privilegio (de la Asunción corporal). Ahora bien, si pudo, lo quiso: porque quiere todo lo que es justo y conveniente. Se puede, pues, con razón concluir: María goza en su cuerpo, igualmente que en su alma, de una felicidad inefable en su Hijo y con su Hijo; se vió libre de la corrupción de la muerte, ella que, al dar a luz un Hijo tan excelente, quedó consagrada en su integridad virginal; vive *toda ella,* la que nos comunicó a nosotros la vida perfecta; está con Aquel a quien llevó en su seno, con Aquel a quien concibió, dió a luz y alimentó de su ser; es Madre de Dios, Nodriza de Dios, Sierva de Dios, Compañera inseparable de Dios. De mi parte, no me atrevo a hablar de otro modo, como no me atrevería a pensar de distinta manera" [1].

Este tratado, que había vuelto a poner la cuestión de la Asunción corporal de María en su verdadero terreno dogmático, iba a su vez a ejercer una gran influencia no sólo en los predicadores, sino también en los teólogos. En el siglo

[1] Liber unus de Assumptione Virginis, P. L. XL, col. 1148.

de oro de la Teología, el asentimiento será unánime: San Alberto Magno, San Buenaventura, Santo Tomás de Aquino hablarán de la Asunción corporal como de una verdad admitida en toda la Iglesia. En adelante la causa está totalmente ganada. En la Francia del siglo XVII, los eruditos humanistas suscitarán algunas dudas: no se trata, con todo, de negar el hecho de la Asunción, sino más bien de discutir las bases históricas. La lucha, envenenada por algunos desaciertos, se terminará por falta de combatientes.

La Inmaculada Concepción y la Asunción. — Con la definición solemne del dogma de la Inmaculada Concepción en 1854, tenía que hacerse nuevamente actual la doctrina de la Asunción. Los dos privilegios de María se sostienen mutuamente. Apóyanse en fundamentos comunes. Y así, no nos admira que quince años más tarde, en el Concilio Vaticano, un número considerable de obispos dirigiese una súplica al Soberano Pontífice en favor de la definición dogmática de la Asunción corporal de María.

El magnífico impulso que el Sumo Pontífice León XIII imprimió a los estudios marianos y que luego continuó San Pío X, no pudo menos de contribuir a que se afianzase más y más el pensamiento cristiano. Pero la Santa Sede se mantuvo circunspecta y exigente: fué San Pío X quien, respondiendo a una petición todavía no

madura, dijo que la cuestión "debía aún estudiarse mucho tiempo".

ACTUACIÓN DE S. S. PÍO XII. — Estaba reservado al Papa Pío XII dar cima a esta lenta penetración del dogma. Desde el principio de su Pontificado, al fijar la fiesta del Inmaculado Corazón de María en el día de la Octava de la Asunción, el Padre Santo alentaba una devoción que daba por supuesto que el Cuerpo glorioso de la Santísima Virgen se hallaba actualmente en la gloria. El paso decisivo se dió en 1946 al dirigir S. S. a todos los obispos del orbe católico un cuestionario sobre la creencia en la Asunción corporal del María y la oportunidad de una definición. Las respuestas fueron casi todas favorables: de por sí constituían un testimonio moralmente unánime de la Iglesia universal en favor de la verdad dogmática de la Asunción. El 14 de agosto de 1950 el Padre Santo anunciaba, por fin, que, para clausurar el año del Gran Jubileo, proclamaría solemnemente el dogma mariano y fijaba la ceremonia para el 1.º de noviembre, festividad de todos los Santos. Idea admirable que asociaba la Iglesia triunfante a la alegría de los católicos de todo el mundo llegados en multitudes para aplaudir el triunfo de María.

Esta continuidad maravillosa en la adhesión de la Iglesia a la doctrina de la Asunción es uno de los más bellos testimonios de su vida co-

lectiva. Y lo que es tal vez más maravilloso, es que esta adhesión permanente se ha sostenido en las horas más difíciles por la afirmación discreta pero perfectamente equilibrada de la liturgia romana. A partir del siglo VII, la Iglesia de Occidente, de hecho, no ha dejado nunca de celebrar la Asunción corporal de María y esta celebración fué el instrumento providencial por el que la luz divina penetró profundamente en el espíritu de los Pastores y de los Fieles. Al cantar alegres "*Assumpta est Maria in caelum*", su pensamiento quedaba prendido como por instinto en la gloria total de María. No se ponía la cuestión crítica preguntándose si el triunfo era para el alma sola. Era María, la Madre de Dios, Madre por su Cuerpo y por su Alma, a la que veían elevarse a la gloria.

MISA

Con ocasión de la definición del dogma, que revistió de nuevo esplendor a la antigua fiesta de la Asunción, la antigua Misa del 15 de agosto fué reemplazada por otra nueva, obligatoria a partir de 1951.

La melodía del Introito *Signum magnum* tiene un carácter muy marcado de alegría y de admiración entusiasta, a la vez que de gravedad y de solemne afirmación. Se presta a maravilla al fin que desempeña, que es acompañar la entrada del Pontífice escoltado de todos sus ministros y

empezar una función ordenada, en cierto modo, a poner ante nuestra vista la glorificación de Nuestra Señora, que aparece rodeada de luz y de gloria en lo más alto de los cielos.

Es verdaderamente una gran Señal, un gran prodigio el que vió San Juan: la Madre del Salvador, personificación de la Iglesia, esposa de Cristo, subiendo corporalmente al cielo. Y es un gran Signo el que Dios dió a su Iglesia en la mañana del día primero de noviembre de 1950, con la proclamación del dogma que recuerda a los hombres su destino sobrenatural y les da la confianza de ser ayudados en su ascensión hacia el cielo por su Madre, que vive allí.

INTROITO

Un gran signo apareció en el cielo: una mujer envuelta en el sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre la cabeza una corona de doce estrellas. — *Salmo:* Cantad al Señor un cántico nuevo, pues ha obrado prodigios. ℣. Gloria al Padre.

La Colecta relaciona la Inmaculada Concepción y la Virginidad de María con la Asunción corporal. Los tres misterios, en efecto, están íntimamente unidos y se iluminan mutuamente y nos hacen comprender la unidad profunda de la vida de amor y de pureza que nunca dejó de crecer en la Virgen Santísima. La oración se termina pidiendo para nosotros el fruto especial del misterio: una vida interior orientada hacia el cielo y coronada por la esperanza go-

zosa de volver a encontrar un día a nuestra gloriosa Madre.

COLECTA

Omnipotente y sempiterno Dios, que has llevado en cuerpo y alma, a la gloria celestial, a la Inmaculada Virgen María, Madre de tu Hijo; haz, te rogamos, que siempre atentos a los bienes de arriba, merezcamos ser asociados a su gloria. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección del Libro de Judit (Jud., XIII, 22-25; XV, 10).

El Señor te ha bendecido en su fuerza, pues por medio de ti ha reducido a la nada a nuestros enemigos. Has sido bendecida, hija mía, por el Señor, el Dios Altísimo, más que todas las mujeres de la tierra. Bendito sea el Señor, Criador del Cielo y de la tierra, que dirigió tu mano para cortar la cabeza al caudillo de nuestros enemigos; porque hoy ha hecho tu nombre tan glorioso, que tu alabanza no desaparecerá de la boca de los hombres, que se acordarán eternamente del poder del Señor; pues, en favor suyo, no perdonaste tu vida al ver las angustias y las aflicciones de tu pueblo, sino que le salvaste de la ruina andando en presencia de nuestro Dios. Tú eres la gloria de Jerusalén, la alegría de Israel y la honra de nuestro pueblo.

LAS VICTORIAS DE MARÍA. — En la fiesta de los Dolores leemos estos mismos versículos del libro de Judit. La vocación de la Santísima Virgen se parece, en efecto, a la del Señor: "Era preciso que Cristo sufriese para entrar en su gloria" [1],

[1] *S. Lucas*, XXIV, 26.

y del mismo modo fué necesario que una espada de dolor penetrase el alma de su Madre para asociarla al triunfo y a la gloria de Jesús.

Hoy más que nunca se nos presenta como Reina, viva y triunfante en el cielo. También nuestros cantos de gozo se unen a la alabanza de Santa Isabel para saludarla "bendita entre todas las mujeres". El gran sacerdote Onías lo decía a Judit mucho antes de la Encarnación: ¡cuánto más podemos y debemos dirigir nosotros estas palabras a la que es más temible al demonio que todo el ejército de los cristianos, la cual, en el Calvario, unida a su Hijo inmolado, aplastó la cabeza de la serpiente!

Desde entonces las victorias de María se han sucedido sin interrupción. Como no hay gracia que no nos venga por María, todas las victorias de la Iglesia, todas las victorias de un cristiano sobre Satanás, son victorias de María. No nos quepa duda de que el triunfo ofrecido por Su Santidad Pío XII a la Reina del Cielo y de la tierra, sea la señal de una serie de victorias para la Santa Madre Iglesia, como lo fué hace ya casi un siglo la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción.

El Gradual invita al alma de la Virgen, a olvidarlo todo, a mirar al Rey prendado de su belleza, a responder a su llamada insistente. Y la nota de esta llamada de Dios es una alegría desbordante y llena de admiración. Toda la Iglesia canta con María las maravillas del

amor que serán herencia suya en adelante, la felicidad en la que ha entrado para siempre.

El Versículo del Aleluya no es más que la expresión entusiasta y vibrante de la fe de la Iglesia en la Asunción corporal de María.

GRADUAL

Oye, hija, mira e inclina el oído, y el Rey quedará prendado de tu hermosura. ℣. La hija del Rey entra toda resplandeciente; su vestido está hecho de tisú de oro.

Aleluya, aleluya. ℣. María ha sido elevada al cielo; el ejército de los ángeles se goza. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Lucas (Luc., I, 41-50).

En aquel tiempo Isabel fué llena del Espíritu Santo y, levantando la voz, exclamó: Bendita eres entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. Y ¿de dónde viene este honor, que la Madre de mi Señor venga a mí? Pues tu voz, en cuanto me has saludado, no ha hecho más que herir mi oído, y mi niño ha saltado de gozo en mi seno. Eres feliz por haber creído en el cumplimiento de las cosas que te han dicho de parte del Señor. Y María dijo: Mi alma engrandece al Señor y mi espíritu se goza de alegría en Dios mi Salvador, porque ha mirado la bajeza de su esclava. En adelante todas las naciones me llamarán bienaventurada, pues el Todopoderoso ha obrado en mí grandes cosas. Su nombre es santo, y su misericordia se extiende de un siglo a otro siglo sobre los que le temen.

La oración de María. — Las estrofas del Magnificat en su sentido profundo, no dejaban de

ser la expresión de la oración habitual de María, aunque hayan brotado espontáneamente de sus labios en casa de su prima Santa Isabel. Había sacado las palabras de la Sagrada Escritura y se las supo aplicar al contemplar en el silencio las maravillas que Dios obraba en ella y para ella. No podemos poner en duda que esas palabras tuvieron que ser la oración de toda su vida. Todos los días canta la Iglesia el Magnificat; en cada solemnidad encuentra en él un sentido nuevo y más profundo. María le repitió en Nazaret, en Caná, después de la Resurrección, en el Monte de los Olivos al subir Jesús al cielo: y muchos autores espirituales pensaron que también le cantó en su martirizado corazón al bajar del Calvario la tarde del Viernes Santo.

Pero, ¿con cuánta más razón debe ser el Magnificat la oración de la Santísima Virgen en este día en que Dios la colma de sus gracias y favores como a Madre de su Hijo, elevándola corporalmente al cielo y coronándola Reina de todo lo creado?

MAGNIFICAT. — Su alma en la plenitud de la perfección y su espíritu iluminado por la visión beatífica, glorifican al Señor y gustan ya para siempre la Salvación que se la ha concedido como a ninguna otra criatura.

No olvida que sólo era una minúscula criatura, "la esclava del Señor", y que por pura

bondad, sin méritos de su parte, Dios puso los ojos en ella.

Y he aquí que todos los siglos la proclamarán bienaventurada. Bien lo sabemos nosotros, nosotros, que, al preguntar a la historia, vemos las señales que ha dejado de su culto y de su amor hacia la Virgen Inmaculada; nosotros, que estuvimos presentes, o a quienes las ondas nos hicieron como presentes, en la Plaza de San Pedro de Roma, aquella mañana de Todos los Santos de 1950, y aclamamos a la Virgen Asunta, con aclamaciones entusiastas e interminables.

Verdaderamente, "grandes cosas" ha obrado en María El que es Todopoderoso. No acertaríamos a declarar una por una todas estas grandes cosas, pero en la fiesta presente vemos el coronamiento con la Asunción a los cielos.

Y esta dicha no es sólo de María. También nosotros nos gozamos, no únicamente por saber que nuestra Madre es feliz junto a Dios, sino por creer que un día nos reuniremos con ella: la misericordia divina es para todos los que temen al Señor, para todos los que le sirven con fidelidad.

¡Oh, qué vil es el mundo! Los grandes y los poderosos de la tierra, los que se ufanaban de su poder, de su ciencia, de sus riquezas, han desaparecido ahora de la memoria de los pueblos; estaban hartos y no sentían necesidad alguna de la salvación que traía el Mesías. Y en cambio, la Virgen humildísima, ignorada de todos, y,

con ella, los discípulos de Jesús, están saciándose ahora de los verdaderos bienes y su poder es eterno, de igual modo que su dicha.

Y todo esto se debe a la fidelidad, al amor de Dios, a quien sea honor y gloria por los siglos de los siglos.

El texto del Ofertorio, tomado de los primeros Versículos del Génesis, recuerda la condenación solemne lanzada contra la serpiente en el Paraíso terrenal, después de la caída de nuestros primeros padres. En la promesa velada de la Redención, va también el anuncio de la grandeza incomparable de la nueva Eva, de su triunfo absoluto sobre las potencias del mal, de la oposición irreductible que Dios mismo creó entre ella y Satanás.

OFERTORIO

Pondré enemistades entre ti y la Mujer, entre tu posteridad y su Posteridad.

Nuestra Señora ha pasado por el trance de la muerte, pero su muerte, el exceso de su amor para con Dios la motivó. Su oración y la virtud del Santo Sacrificio logren conseguir para nuestros corazones el fuego en que deben abrasarse para merecer una muerte semejante y una gloria parecida.

SECRETA

Suba hasta ti, oh Señor, la oblación de nuestra devoción, y por la intercesión de la Bienaventurada

Virgen María elevada al cielo, aspiren sin cesar hacia ti nuestros corazones inflamados en el fuego de tu amor. Por Nuestro Señor Jesucristo.

La Iglesia ha recurrido al *Magnificat* para traducir la alegría y el agradecimiento de Nuestra Señora por todos los beneficios recibidos.

COMUNION

Todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque el Todopoderoso ha obrado en mí cosas grandes.

La presencia de María en el cielo fortalece nuestra fe; consiga su oración en este día de fiesta aumentar nuestra esperanza y merecernos las gracias que al fin nos llevarán hasta donde ella mora en la alegría con la Santísima Trinidad.

POSCOMUNION

Recibidos ya los Santos Misterios, haz, Señor, te suplicamos, que por los méritos y la intercesión de la Bienaventurada Virgen María, asunta al cielo, lleguemos a la gloria de la resurrección. Por Nuestro Señor Jesucristo.

ORACION DE S. S. PIO XII A NUESTRA SEÑORA DE LA ASUNCION

¡Oh Virgen Inmaculada, Madre de Dios y Madre de todos los hombres! Nosotros creemos con todo el fervor de nuestra fe en tu Asun-

ción triunfal en alma y cuerpo al Cielo, donde eres aclamada Reina por todos los coros de los Angeles y por toda la legión de los Santos; y nosotros nos unimos a ellos para alabar y bendecir al Señor, que te ha exaltado sobre todas las demás criaturas, y para ofrecerte el aliento de nuestra devoción y de nuestro amor.

Sabemos que tu mirada, que maternalmente acariciaba a la humanidad humilde y doliente de Jesús en la tierra, se sacia en el cielo a vista de la humanidad gloriosa de la Sabiduría increada, y que la alegría de tu alma, al contemplar cara a cara a la adorable Trinidad, hace exultar tu corazón de inefable ternura; y nosotros, pobres pecadores, a quienes el cuerpo hace pesado el vuelo del alma, te suplicamos que purifiques nuestros sentidos a fin de que aprendamos desde la tierra a gozar de Dios, sólo de Dios, en el encanto de las criaturas.

Confiamos que tus ojos misericordiosos se inclinen sobre nuestras angustias, sobre nuestras luchas y sobre nuestras flaquezas; que tus labios sonrían a nuestras alegrías y a nuestras victorias; que sientas la voz de Jesús que te dice de cada uno de nosotros, como de su discípulo amado: "Aquí está tu hijo." Nosotros, que te llamamos Madre nuestra, te escogemos, como Juan, para guía, fuerza y consuelo de nuestra vida mortal.

Tenemos la vivificante certeza de que tus ojos, que han llorado sobre la tierra regada con

la sangre de Jesús, se volverán hacia este mundo, atormentado por la guerra, por las persecuciones, por la opresión de los justos y de los débiles; y entre las tinieblas de este valle de lágrimas, esperamos de tu celestial luz y de tu dulce piedad, alivio para las penas de nuestros corazones y para las pruebas de la Iglesia y de la Patria.

Creemos, finalmente, que en la gloria, donde reinas vestida del sol y coronada de estrellas, eres, después de Jesús, el gozo y la alegría de todos los Angeles, de todos los Santos; y nosotros, desde esta tierra donde somos peregrinos, confortados por la fe en la futura resurrección, volvemos los ojos hacia ti, vida, dulzura y esperanza nuestra. Atráenos con la suavidad de tu voz para mostrarnos un día, después de nuestro destierro, a Jesús, fruto bendito de tu vientre; ¡oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María!

16 DE AGOSTO

SAN JOAQUIN, CONFESOR Y PADRE DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA

HISTORIA DE LA FIESTA.— Los Griegos celebran la fiesta de San Joaquín al día siguiente de la Natividad de María. Los Maronitas la fijaron

para el día siguiente de la Presentación, en noviembre; los Armenios, en el martes después de la Octava de la Asunción de la Madre de Dios. Entre los latinos, que la admitieron más tarde, hubo división en un principio acerca de su celebración, que tenía lugar entre el día siguiente de la Octava de la Natividad, 16 de septiembre, y el día que sigue a la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, 9 de diciembre. El Oriente y el Occidente, honrando al padre, estuvieron de acuerdo en acercarle a su ilustre hija.

Hacia el año 1510 determinó Julio II que San Joaquín ocupase un lugar en el calendario romano con rito *doble-mayor;* recordando los vínculos de aquella familia en la que tan admirablemente se armonizan el orden de la naturaleza y el de la gracia, fijó su fiesta para el 20 de marzo, día siguiente a la de San José.

Se diría que el glorioso patriarca debió continuar después de su muerte, a través del Calendario litúrgico, las peregrinaciones de los primeros padres del pueblo hebreo, cuyas buenas costumbres reprodujo en su noble vida. Apenas habían transcurrido cincuenta años después del pontificado de Julio II, la crítica de entonces ensombreció su historia e hizo desaparecer su nombre del Breviario romano. En 1622 volvió a incluirle Gregorio XV con rito *doble,* y desde entonces se ha celebrado siempre su fiesta. De tal modo creció la devoción al padre de María, que

se formularon peticiones para que su fiesta figurase entre las solemnidades de precepto, como ya figuraba la de su esposa Santa Ana. Con el fin de satisfacer a la devoción popular sin aumentar por eso el número de días festivos, Clemente XII (1738) trasladó la fiesta de San Joaquín al domingo siguiente a la Asunción de su hija la Santísima Virgen; a la vez la devolvía el grado de *doble-mayor* [1].

LOS PADRES DE MARÍA. — Los pormenores que poseemos sobre los padres de María proceden de un apócrifo, el Protoevangelio de Santiago, el cual nos ha dado sus nombres: Joaquín, que significa, "Preparación del Señor", y Ana, que vale tanto como "Gracia."

Una tradición constante los considera como abundantemente dotados de bienes de fortuna. Su riqueza consistía sobre todo en rebaños, como los de los primeros patriarcas. Cierto, por otra parte, que hacían el más noble uso de ella, siempre prontos a prestar su ayuda al que la solicitaba, y dando siempre el doble en las ofrendas que debían a Dios.

Los Padres de la Iglesia, y sobre todo los Padres griegos, no se cansan de celebrar las virtudes y santidad de Joaquín y de Ana. "Con vuestra vida purísima y muy santa, les dice San Juan Damasceno, formasteis la joya de la vir-

---

1 León XIII elevó la fiesta de su Santo Patrono, al grado de doble de segunda clase y ahora está fijada para el día siguiente a la Asunción.

ginidad, a aquella que sería virgen antes del parto, en el parto y después del parto, la única que siempre guardaría virginidad así en el cuerpo como en el alma" [1]. "Joaquín era un hombre justo, a quien su gran mérito colocaba no sólo por encima de toda falta, sino también de toda sospecha y de todo reproche" [2]. "Era renombrado por su santidad y su justicia, notable por su nobleza y sus riquezas, piadosamente fiel a la oblación de los sacrificios, solícito de agradar a Dios en todo, hombre de deseos según el Espíritu Santo. Tenía por esposa una piadosa mujer llamada Ana, que fué su fiel ayuda en el ejercicio perseverante de las virtudes y en sus oraciones diarias a Dios" [3]. En una palabra, "María tanto es superior a todos los hijos de los hombres, cuanto Joaquín y Ana sobresalen en perfección por encima de todos los que son padres" [4].

El decreto de León XIII.—El Papa León XIII resumió todos estos elogios en el decreto con que elevaba el rito de esta fiesta. Citando la Sagrada Escritura, que enseña que hay que alabar a los que han nacido de una ascendencia

---

1 *Sermón sobre la Natividad,* n. 5; P. G., 96, 668 c.

2 Santiago el monje, *Sermón sobre la Concepción,* n. 6; P. G., 127, 552 c.

3 Cosmes el Protovestiario: *Sobre los santos Joaquín y Ana,* nn. 2-4; P. G., 106, 1005-1008.

4 Pedro de Argos: *Sobre la Concep. de Santa Ana,* n. 9; P. G., 104, 1360 b.

gloriosa [1], concluye "que se debe honrar con una veneración especialísima a San Joaquín y a Santa Ana, ya que, por haber engendrado a la Inmaculada Virgen Madre de Dios, son más gloriosos que todos los demás. *Se os conoce por vuestro fruto* [2], les dice el Damasceno: *habéis dado al mundo una hija superior a los Angeles y ahora su reina* [3]... Ahora bien, habiendo dispuesto la misericordia divina que, en nuestros luctuosos tiempos, los honores tributados a la Bienaventurada Virgen María y su culto tomasen incremento en consonancia con las necesidades crecientes del pueblo cristiano, se precisaba que este esplendor y esta nueva gloria de que se encuentra rodeada su bienaventurada hija, redundase en sus afortunados padres. ¡Quiera Dios que, por el culto así amplificado, sienta cada vez más eficaz la Iglesia su poderosa intercesión" [4]!

MISA

Buena es la oración con el ayuno, y hacer limosna vale más que amontonar tesoros [5]. San Joaquín conoció por experiencia la verdad de esta palabra del Arcángel, mejor aún que Tobías. Cuenta una tradición que hacía tres partes de la renta de sus bienes: una para el Templo,

1 *Ecli.*, XLIV, 1.
2 *S. Mat.*, VII, 20.
3 S. J. Damasceno, *Oratio I de V. M. Nativit.*
4 Decreto del 1.º de agosto de 1879.
5 *Tob.*, XII, 8.

otra para los pobres y la tercera para su casa. La Iglesia, al querer honrar al padre de María, celebra en primer lugar estas larguezas benéficas y la justicia por la que mereció la gloria con que ahora espléndidamente brilla.

INTROITO

Repartió, dió a los pobres: su justicia permanecerá de siglo en siglo: su fortaleza será ensalzada con gloria. — *Salmo:* Bienaventurado el varón que teme al Señor: y que se deleita sobremanera en sus mandamientos. ℣. Gloria al Padre.

MADRE DE DIOS es el título que convierte a María en la más noble de las criaturas; pero esta nobleza de la hija de Joaquín ensalza también a éste entre todos los bienaventurados, porque sólo de él se dirá por todos los siglos que es el ABUELO DE JESÚS. En el cielo, mejor que aquí abajo, nobleza y poder corren parejas. Hagámonos, pues, con la Iglesia, clientes de tan alto personaje.

COLECTA

Oh Dios, que, entre todos tus Santos, quisiste que fuese San Joaquín el padre de la Madre de tu Hijo: haz, te suplicamos, que sintamos perpetuamente el patrocinio de aquel cuya fiesta veneramos. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección del libro de la Sabiduría (Ecli., XXXI, 8-11).

Bienaventurado el varón que fué hallado sin mancha, y que no se fué tras el oro, ni confió en el dinero

y en los tesoros. ¿Quién es ése, y le alabaremos? Porque hizo maravillas en su vida. Fué probado con el oro y hallado perfecto; tendrá una gloria eterna: pudo violar la ley, y no la violó; hacer el mal, y no lo hizo: por eso, sus bienes han sido establecidos en el Señor, y toda la asamblea de los Santos pregonará sus limosnas.

La Oración de Joaquín. — Ya dijimos que la riqueza de Joaquín consistía en rebaños como los de los primeros patriarcas. El piadoso empleo que la daba, atraía la bendición del Señor sobre sus bienes. Pero había otra bendición que deseaba más aún, y el cielo le negaba: Ana, su esposa, era estéril; se diría que la esperanza de Sión se había ausentado de entre las hijas de Israel que esperaban al Mesías. Un día, en el Templo, al presentar Joaquín las víctimas, le fueron rechazadas con desprecio.

Otra ofrenda esperaba de él el Señor del Templo; cuando presente en él a la Madre del Cordero de Dios, en vez de ovejas de sus pastos, no la rechazará.

Pero hoy, en su dolor, se ha escapado sin presentarse a su esposa. Y, huyendo a las montañas donde pastaban sus rebaños, allí vivió en una tienda en un continuo ayuno y diciendo: "No tomaré alimento hasta que el Señor mi Dios, en su misericordia, me mire; mi oración empero será mi alimento."

Ana, por su parte, lloraba su doble luto, el de su viudez y el de la esterilidad. Pero, mientras

ella oraba en el jardín y su esposo en la montaña, sus comunes instancias, presentadas a la vez al Dios Supremo, juntas eran también atendidas [1]. El Angel del Señor se apareció a los dos, dándoles cita en la puerta Dorada; y Ana muy pronto pudo decir: ¡"Ahora sé que el Señor me ha bendecido de un modo grande. Porque estaba viuda, y ya no lo estoy; era estéril y ya he concebido" [2]!

En el Gradual cantamos otra vez el mérito de la limosna, y lo que vale cerca de Dios una vida santa. La descendencia de Joaquín será poderosa, bendita en el cielo y en la tierra. Dígnese emplear en pro de nuestra salvación el valimiento de que goza junto a su hija augusta y cerca de Jesús, de quien es abuelo.

GRADUAL

Repartió, dió a los pobres: su justicia permanecerá de siglo en siglo. ℣. Poderosa será en la tierra su descendencia: la generación de los rectos será bendecida.

Aleluya, aleluya. ℣. ¡Oh Joaquín, esposo de Santa Ana, padre de la Madre Virgen: ayuda a tus siervos en la salvación! Aleluya.

EVANGELIO

Comienzo del santo *Evangelio* según San Mateo (Mt., I, 1-16).

Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham. Abraham engendró a Isaac. E Isaac

---

1 *Tob.,* III, 24-25.

2 Todos estos pormenores los encontraremos en el *Protoevangelio de Santiago.*

engendró a Jacob. Y Jacob engendró a Judá y a sus hermanos. Y Judá engendró a Fares y a Zaran de Tamar. Y Fares engendró a Esrón. Y Esrón engendró a Arán. Y Arán engendró a Amínadab. Y Amínadab engendró a Naasón. Y Naasón engendró a Salmón. Y Salmón engendró a Booz de Rahab. Y Booz engendró a Obed de Ruth. Y Obed engendró a Jessé. Y Jessé engendró al rey David. Y el rey David engendró a Salomón de aquella que fué de Urías. Y Salomón engendró a Roboán. Y Roboán engendró a Abías. Y Abías engendró a Asa. Y Asa engendró a Josafat. Y Josafat engendró a Jorán. Y Jorán engendró a Ozías. Y Ozías engendró a Joatán. Y Joatán engendró a Acaz. Y Acaz engendró a Ezequías. Y Ezequías engendró a Manasés. Y Manasés engendró a Amón. Y Amón engendró a Josías. Y Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos en la transmigración de Babilonia. Y, después de la transmigración de Babilonia, Jeconías engendró a Salatiel. Y Salatiel engendró a Zorobabel. Y Zorobabel engendró a Abiud. Y Abiud engendró a Elíacim. Y Elíacim engendró a Azor. Y Azor engendró a Sadoc. Y Sadoc engendró a Aquín. Y Aquín engendró a Eliud. Y Eliud engendró a Eleazar. Y Eleazar engendró a Matán. Y Matán engendró a Jacob. Y Jacob engendró a José, esposo de María, de la cual nació Jesús, que se llama Cristo.

LOS PADRES DE MARÍA. — No encontramos en el Evangelio el nombre de los padres de la Santísima Virgen. Una sola cosa hay de cierto, y es, que Jesús, al ser de la raza de David, no podía serlo más que por parte de su madre, y su madre no podía trasmitirle este noble origen si ella no le tenía de su padre o de su madre, de San Joaquín o de Santa Ana. Pero la verdadera nobleza de estos Santos no estriba en la línea de

ascendientes que los une con David, sino en su hija, la cual, por ser Madre de Dios, los ha hecho abuelos del Verbo humanado.

¿De qué gloria vemos coronado a San Joaquín? Su nieto, Jesús, le da parte del poder que ha recibido para gobernar a todas las criaturas. El Ofertorio canta este honor y este poder de Joaquín.

OFERTORIO

Le coronaste de gloria y honor: y le constituiste sobre las obras de tus manos, Señor.

"Joaquín, Ana y María, los tres juntos, ¡qué sacrificio de alabanza ofrecían a la Santísima Trinidad"!, dice San Epifanio [1]. Alcáncenos también su común intercesión el efecto total del Sacrificio que se prepara en el altar en honor del jefe de esta noble familia.

SECRETA

Acepta, oh clementísimo Dios, este sacrificio, ofrecido a tu Majestad en honor del santo Patriarca Joaquín, padre de la Virgen María: para que, por intercesión de él, y de su esposa, y de su beatísima Hija, merezcamos alcanzar el perfecto perdón de los pecados y la gloria sempiterna. Por Nuestro Señor Jesucristo.

No olvidemos en las delicias del Misterio sagrado que, si María nos ha dado el trigo de los cielos, en cambio a Joaquín debemos el tener a

[1] Oratio de Laud. Virg.

María. Confiemos con toda seguridad a su prudencia la guarda del germen inapreciable que ahora debe fructificar en nuestras almas.

COMUNION

Siervo fiel y prudente, a quien constituyó el Señor sobre su familia: para que les dé a su tiempo la medida de trigo.

Los sacramentos producen por sí mismos la gracia sacramental que les es propia, pero la intercesión de los Santos puede mucho cuando se trata de apartar todo obstáculo a su plena operación en los corazones. Esta idea es la que ha sugerido a la Iglesia la fórmula de la siguiente Poscomunión.

POSCOMUNION

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, por estos Sacramentos, que hemos recibido, y por la intercesión de los méritos y preces de San Joaquín, padre de la Madre de tu amado Hijo, nuestro Señor Jesucristo, merezcamos ser partícipes de tu gracia en el presente y de tu eterna gloria en lo futuro. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo.

El abuelo de Jesús. — Te damos gracias, Padre de María: toda criatura te es deudora desde que el mismo Creador quiso deberte la madre de quien determinó nacer para salvarnos. Esposo de la bienaventurada Ana, nos recuerdas lo que fué el paraíso: por la inocencia primera que parece que tú recobraste para presidir los orí-

genes de la Virgen Inmaculada, santifica la familia, repara nuestras costumbres. Abuelo de Jesús, extiende tu amor a todos los cristianos, hermanos suyos; la Iglesia te honra más que nunca en estos días de prueba: sabe ella tu crédito cerca del Padre Soberano, que se dignó asociarte, sin otro intermediario que tu propia hija, a la generación temporal de su Hijo eterno.

17 DE AGOSTO

SAN JACINTO, CONFESOR

El Apóstol de la Europa Oriental. — Jacinto es un héroe de esa legión de intrépidos misioneros que en los siglos trece y catorce marcharon al encuentro de la barbarie tártara y musulmana que amenazaba a Occidente. Propagó la Orden dominicana cuyo hábito vestía y dilató el reino de Dios, desde los Alpes a las fronteras septentrionales del imperio chino y desde las islas del archipiélago a las tierras árticas. Durante cuarenta años se le vió sembrar prodigios, confundir la herejía y disipar las tinieblas de la infidelidad en las estepas donde el cisma de Bizancio disputaba sus estériles conquistas a la idolatría de los invasores del Norte.

Como no faltó en el primer apostolado, tampoco podía faltar en éste la ofrenda del marti-

aquí sacó el bienaventurado la confianza sobrehumana del taumaturgo a quien jamás detuvo ningún obstáculo; supo sobre todo conservar el perfume virginal que embalsamó su vida toda, un brillar de belleza sobrenatural que hizo de él un retrato de su padre Domingo. El 15 de agosto de 1257, día de su triunfo, Nuestra Señora volvió a bajar otra vez a la Iglesia de la Santísima Trinidad; los Angeles la hacen una escolta brillante, las vírgenes forman su corte. "¡Oh!, ¿quién eres?", exclama un alma santa de la tierra, a quien el éxtasis ha roto los velos de la mortalidad. "Yo soy, responde María, la Madre de la misericordia: y este que tiene su mano en la mía es fray Jacinto, mi devotísimo hijo, a quien me llevo a las bodas eternas". Nuestra Señora entona luego con voz dulcísima: *Me voy a las colinas del Líbano*[1]; y continuando los Angeles y las vírgenes en un inefable concierto este canto celestial, el cortejo desaparecía hacia las cumbres resplandecientes de la patria.

VIDA. — La vida de San Jacinto se escribió demasiado tarde (hacia 1352) y, por eso no extraña que, al lado de hechos verídicos, contenga pormenores legendarios. Sabemos que en 1228 ya pertenecía a la orden de Frailes Predicadores y que se encontraba por entonces en el convento de Cracovia. Diez años más tarde predicó la Cruzada contra los Prusianos, todavía idólatras, y murió el 15 de agosto de 1257. Los Dominicos ejercieron un vasto apostolado en el si-

1 *Cant.*, IV, 6.

glo XIII en todo el Este de Europa, en Rusia, Prusia, Lituania y en los Balcanes. Pero la invasión de los Tártaros en 1241 y 1242 destruyó una multitud de conventos que habían fundado y multiplicó los mártires. San Jacinto es considerado como el apóstol de Polonia y su sepulcro es el lugar de célebres y muy frecuentes peregrinaciones.

POR MARÍA. — Grande fué tu privilegio, oh hijo de Santo Domingo, asociado tan íntimamente a María, que te vió entrar en la gloria el día de su triunfo. Tuviste un lugar distinguido en el cortejo que la condujo a los cielos; dinos sus grandezas, su hermosura, su amor para los pobres humanos, a quienes desearía que todos participasen de su felicidad como tú.

Por ella fuiste poderoso en el valle del destierro, esperando ser junto a ella bienaventurado y glorioso. Has recorrido de nuevo, mucho después que Alberto y Anscario, Cirilo y Metodio, los senderos ingratos de ese septentrión, donde renacen tan rápidamente los cardos y las espinas, donde los pueblos a los que tanto costó a la Iglesia librarlos del yugo pagano, están cayendo de continuo en los lazos del cisma y en las trampas de la herejía. El príncipe de las tinieblas tuvo nuevas derrotas en ese campo, una multitud innumerable rompió sus cadenas y la luz de la salvación brilló más allá de lo que todos sus predecesores la habían llevado. Conquista definitiva para la Iglesia, Polonia se con-

rio. ¡Cuántos hechos admirables en los que los ángeles del cielo se diría que quisieron alegrar con su sonrisa los rudos combates de sus hermanos de la tierra! Cuarenta y ocho Frailes Predicadores se habían reunido bajo del gobierno del bienaventurado Sadoc en el convento fundado por San Jacinto en Sandomir, a orillas del Vístula; un día, el lector del Martirologio, al anunciar la fiesta del siguiente, lee esta fórmula que a sus ojos se despliega en letras de *oro:* EN SANDOMIR, EL DÍA CUATRO DE LAS NONAS DE JUNIO, LA PASIÓN DE CUARENTA Y NUEVE MÁRTIRES. En un principio se sorprenden, pero pronto comprendieron los hermanos el anuncio extraordinario: se disponen, con la alegría de sus almas, a recoger la palma que al día siguiente les procura una irrupción de Tártaros; reunidos en el coro, y al canto de la *Salve Regina,* rinden a Dios el testimonio supremo.

Jacinto no terminará su carrera gloriosa debajo de la espada de sus verdugos. Juan, el discípulo predilecto, tuvo que quedarse en este mundo *hasta que viniese el Señor* [1]; nuestro Santo espera que salga a su encuentro la Madre del Señor.

EL TAUMATURGO. — En su vida toda de cielo no faltan ni el trabajo, ni los sufrimientos, ni las intervenciones más maravillosas de lo alto. Kiev, la ciudad santa de los Rusos, se ha resis-

1 *S. Juan,* XXI, 22.

tido cinco años al celo del apóstol; los Tártaros pasan por ella como la justicia del Todopoderoso. En la ciudad rebelde todo se somete al saqueo. La devastación general llega a las puertas del Santuario, donde el hombre de Dios poco antes termina el augusto Sacrificio. Y así, revestido de los sagrados ornamentos, con una mano toma el Santísimo, y con la otra la estatua de María que le pide que no la entregue a los bárbaros; y atraviesa sano y salvo, en unión de sus Hermanos, las hordas paganas ebrias de carnicería, las calles en llamas, y el Dnieper, cuyas olas rápidas se consolidan debajo de sus pies. El Santo, continuando su retirada milagrosa hasta Cracovia, depositó en el convento de la Trinidad su preciosa carga. Mientras la llevó, tenía tan poco peso como una caña, pero la estatua de María recobró después su peso natural, bastante notable para que la pudiese mover un hombre solo. Después de otros muchos trabajos, junto a ella vendrá Jacinto a morir.

El discípulo de María. — La devoción de San Jacinto hacia la Santísima Virgen dominó toda su vida, y la misma Virgen, en recompensa, le manifestó muchas veces su ternura maternal. Una vez, a los principios de su vida apostólica, se le apareció y le dijo: "¡Animo y estate gozoso, Jacinto, hijo mío! Todo cuanto pidas en mi nombre, te será concedido." La inefable entrevista tuvo lugar en la Vigilia de la Asunción. De

virtió en su antemural, hasta los días de traición que señalaron el fin de la Europa cristiana.

Oh Jacinto, conserva la fe en el corazón de los hijos de ese noble pueblo, en espera del día de la resurrección. Implora la gracia para las regiones del Norte, que se calentaron un momento al soplo ardiente de tu palabra. Nada se te negará de lo que pidieres por medio de María; así te lo prometió esta Madre de misericordia.

Conserva el celo del apostolado en tu Orden. Multiplíquese el número de tus hermanos, que hoy son menos de lo que necesitan nuestros tiempos. Al poder que tuviste sobre las olas, hay que añadir el que justificado por tantos prodigios te atribuye la confianza de los fieles: el de volver a la vida a los pobres ahogados. También las madres cristianas han sentido muchas veces tu poder milagroso para llevar a la fuente de la salvación los frutos de sus entrañas a los que un parto difícil puso en peligro de no recibir el bautismo. Enseña a tus clientes devotos que la bondad de Dios es siempre la misma y que no ha disminuído el crédito de sus elegidos.

EL MISMO DIA

SAN ROQUE, CONFESOR

LA PESTE NEGRA. — Tres años de hambre, tres meses de derrotas, tres días de peste; ante la

justicia divina las hace equivalentes la libertad que se da a David culpable para que elija entre estas tres medidas de expiación [1]. El espantoso azote que hace más estragos en tres días que en meses y en años el hambre o una guerra desastrosa, demostró bien su preeminencia lúgubre en el siglo XIV de nuestra era; la peste negra cubrió al mundo de un manto de luto y le arrebató un tercio de sus habitantes. Sin duda, el mundo nunca mereció mejor el terrible aviso: las gracias de santidad que con profusión se derramaron en el siglo anterior habían llevado a la convicción de que la defección de los pueblos sólo se detuvo un día; en adelante, roto ya todo dique, se dejaba ver que la inevitable ola ascendente del cisma, la reforma y la revolución debía acabar con el mundo. Pero Dios, misericordioso mientras dura esta vida, al castigar a los hombres pecadores, les ofrecía el predestinado que podía conjurar su venganza, y que merecería ser hasta nuestros días el amparo a quien se recurre con confianza en las grandes epidemias.

VIDA. — La vida histórica de San Roque no se ha escrito todavía, y pasará mucho tiempo hasta poder separar lo que es histórico de lo que es legendario en la *Legenda sancti Rochi*, que en 1478 compuso Francisco Diedo, mucho después de morir el Santo. Nació en Montpellier hacia 1300. Perdió a sus padres antes de cumplidos los veinte años y marchó en pe-

[1] *Par.*, XXI, 12.

regrinación al sepulcro de los Apóstoles. Pasó a Acquapendente donde causaba estragos la peste y allí hizo alto para dedicarse al cuidado de los moribundos; y después en Roma se puso al servicio de un Cardenal. Ya de vuelta, cayó enfermo en el camino, mas, para no servir de carga a nadie, se oculta en un bosque donde un perro le lleva su alimento. Entra en Montpellier, se le toma por un malhechor, se le encarcela y allí queda olvidado y muere pasados cinco años; pero Dios entonces manifiesta su santidad por medio de milagros y San Roque llega a ser uno de los Santos más populares y más celebrados [1].

Oración: "Suplicámoste, Señor, guardes a tu pueblo con continua bondad y, por intercesión de los méritos de San Roque, presérvale de todo contagio de alma y de cuerpo. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

EL MISMO DIA

OCTAVA DE SAN LORENZO, DIACONO Y MARTIR

El diácono de María. — En Navidad Esteban velaba junto a la cuna a donde el Niño Dios venía a robarnos nuestros corazones; hoy escolta Lorenzo a la Reina ante cuyo resplandor se eclipsa la belleza de los cielos. En ambas fechas se precisaba un diácono que tomase parte en el

1 *Anal. Boll.*, VIII, 380-415.

triunfo del amor, manifestado en Belén en la debilidad del recién nacido y en el cielo en la gloria con que el Hijo se complace en colmar a su Madre. En la peregrinación por el desierto de este mundo los Diáconos, efectivamente, guardan a la Esposa, la Iglesia de Dios, significada por el antiguo tabernáculo, donde el arca de la alianza era figura de María.

VIRTUDES DEL DIÁCONO. — "Hijos carísimos, les dice el Pontífice el día de su ordenación, considerad que por un privilegio extraordinario, al heredar de la tribu levítica su oficio y su nombre, rodeáis el tabernáculo del testimonio, que es la Iglesia, la cual tiene siempre que defenderse de un enemigo incansable. Como hacían vuestros padres con el tabernáculo, así debéis vosotros sostener a esta Iglesia; adornadla con la santidad, fortificadla con la divina palabra, sostenedla con la perfección de vuestros ejemplos. Y, puesto que Leví significa separado, apartaos de las concupiscencias terrenas; brillad con el resplandor de una pureza sin tacha, como conviene a la amable tribu del Señor" [1].

Por este desasimiento de la tierra que constituye la verdadera libertad, la Iglesia, libre también ante la sinagoga esclava [2], reviste a sus levitas de una gracia que no conocieron los antiguos. De Lorenzo, como se escribió de Esteban,

---

[1] *Pontifical romano.*
[2] *Gal.*, IV, 22-31.

se puede decir que *su rostro parecía el de un Angel entre los hombres*[1]; de tal modo la Sabiduría, que habitaba en ellos[2], iluminaba sus frentes con su divina luz, y el Espíritu Santo que hablaba por sus bocas[3], ponía gracia en sus labios. El levita del Sinaí, blandiendo la espada, consagra a Dios sus manos temblorosas[4] en la sangre de los animales. El Diácono, siempre pronto a dar lo suyo, da pruebas de su fortaleza con la fidelidad del amor y no la del esclavo; la sostiene con la rectitud y con el olvido de sí mismo; tiene puestos los pies en el mundo donde combate, mas los ojos en el cielo a donde aspira, y el corazón en la Iglesia, que ha puesto en él su confianza.

GLORIA DE SAN LORENZO. — Más homenajes recibe Lorenzo que los césares y reyes conocieron jamás. ¿Qué conquistador de la Roma antigua le igualó en la gloria? Llegó a conquistar hasta Roma; veinticuatro santuarios dedicados a Cristo con su nombre en la Ciudad eterna eclipsan a todos los palacios de los Augustos. Y por todo el mundo, ¡cuántas iglesias insignes y cuántos monasterios se honran con su poderosa protección! El nuevo mundo de igual modo que el antiguo, con el glorioso nombre de San Lorenzo nos ofrece sus ciudades y sus provincias y tam-

---

1 *Act.*, VI, 15.
2 *Ibid.*, III, 10.
3 *Ibid.*
4 *Exodo*, XXXII, 26-29.

bién sus islas, sus bahías, sus ríos, sus cabos y sus montañas. Pero entre todos los reinos cristianos se distingue, como es justo, en los honores tributados al ilustre archidiácono, su patria España: ella celebra el primero de mayo la fiesta de sus santos padres, Orencio y Paciencia, que le dieron el ser en tierras de Huesca; España le ha dedicado el más noble monumento de su gran siglo de oro, San Lorenzo del Escorial, que a la vez es iglesia, monasterio y palacio que recuerda en las líneas de su plan gigantesco las parrillas del Mártir.

Terminemos nosotros esta Octava con la oración que formula hoy la Liturgia de la Misa: "Excita, Señor, en tu Iglesia, el Espíritu al que sirvió el levita San Lorenzo: para que, llenos nosotros del mismo, procuremos amar lo que él amó y ejercitar con obras lo que enseñó" [1].

18 DE AGOSTO

DIA CUARTO DE LA OCTAVA DE LA ASUNCION

SANTIDAD Y GLORIA DE MARÍA. — El que comprenda la santidad de María, ese solo podrá apreciar su gloria. Pero la Sabiduría que estuvo presente al abrir los cimientos de los abismos [2],

---

[1] Colecta del día de la Octava.
[2] *Prov.*, VIII, 27.

no nos ha revelado la profundidad de este océano, junto al cual las virtudes de los justos y todas las gracias que les fueron prodigadas, no son más que unos riachuelos. Mas la inmensidad de gracia y de mérito que constituye la perfección sobrenatural de la Virgen bendita, nos da derecho a deducir que tuvo una supereminencia igual en la gloria, que no es más que la ratificación de la santidad de los elegidos. Mientras los otros predestinados de nuestra raza se escalonan en los diversos puestos de las jerarquías celestes, *la santa Madre de Dios se eleva por encima de todos* los coros bienaventurados [1], formando un orden distinto por sí sola, un cielo nuevo, en el que las armonías angélicas y humanas quedan muy por debajo. En María Dios es más glorificado, mejor conocido y más amado que en todo el resto del universo. Por este solo título, conforme al orden de la Providencia creadora que a lo más perfecto subordina lo menos, María debería ser la soberana de la tierra y de los cielos.

EL MUNDO CREADO PARA CRISTO Y PARA MARÍA. En este sentido, después del Hombre-Dios, el mundo existe para ella. El gran teólogo y Cardenal de Lugo, al explicar aquí las palabras de los santos, se atreve a decir: "Así como Dios, al crear todo por complacencia de su Ungido, le hizo a El fin de las criaturas; del mismo modo

1 Liturgia de la fiesta.

se puede proporcionalmente decir que sacó de la nada el resto del mundo por amor a la Virgen Madre, y quiso que se la llamase con razón también a ella, fin de todas las cosas"[1].

Como Madre de Dios y al mismo tiempo su *primogénita*[2], ya tenía título y derecho a sus bienes; como Esposa, debía participar de su corona. "La virgen gloriosa cuenta con tantos vasallos como la Trinidad, dice San Bernardino de Sena. Toda criatura, sea cual fuere su puesto en la creación, sea espiritual como los Angeles, racional como los hombres, material como los cuerpos celestes o los elementos, el cielo, la tierra, los réprobos, los bienaventurados, todo lo que procede del poder de Dios, está sometido a la Virgen. Porque el que es hijo de Dios y de la Virgen bendita, al querer, por decirlo así, igualar en cierto modo con el principado del Padre el principado de su Madre, se hace, aunque es Dios también, servidor de María. Por tanto, si es cierto que todo, hasta la Virgen, obedece a Dios; se puede también cambiar la proposición y afirmar que todo, hasta Dios, obedece a la Virgen"[3].

Nos dice el Espíritu Santo que el imperio de la Eterna Sabiduría comprende los cielos, la tierra y el abismo[4]; pues bien, esa es la herencia

---

1 DE LUGO, *De Incarnat. Disput. VII*, sect. 2.
2 *Ecl.*, XXIV, 5.
3 S. Bernardino, *Sermón en la fiesta de María*, c. 6.
4 *Ecl.*, XXIV, 7-11.

de María en este día de su coronación. Como la Sabiduría divina, ella puede gloriarse en Dios[1]. Hoy ensalza su humildad Aquel de quien un día cantó ella la magnificencia[2]. LA BIENAVENTURADA por excelencia[3] se ha convertido en honor de su pueblo, en la admiración de los Santos y en la gloria de los ejércitos del Altísimo[4]. Con su belleza y en unión del Esposo, salga a la victoria[5]; triunfe del corazón de los poderosos y de los humildes[6]. Poner en sus manos el cetro del mundo, no es un honor vacío de realidad: a partir de este día, manda y combate, protege a la Iglesia, defiende a su jefe, conserva los puestos de la milicia sagrada, suscita los santos, dirige a los apóstoles, ilumina a los doctores, extermina la herejía, ataca al infierno.

REINA Y MADRE. — Saludemos a nuestra Reina; cantemos sus hechos insignes, seámosla dóciles; y sobre todo amémosla y confiemos en su amor. No temamos que, en medio de los intereses del reino de Dios, pueda olvidar ella nuestra pequeñez o nuestras miserias. Nada escapa a su vista de lo que ocurre en los más oscuros reductos, en los confines más distanciados de sus inmensos dominios. De su título, en efecto, de *causa universal,* pero sometida al Señor, se de-

1 *Ecl.,* XXIV, 1.
2 *S. Lucas,* I, 46-55.
3 *Ibid.,* 48.
4 *Ecl.,* XXIV, 1-4.
5 Salmo XLIV, 4-6.
6 *Ecl.,* XXIV, 11.

duce con razón la universalidad de su providencia; y los maestros de la doctrina [1] nos presentan a María asociada en la gloria a la ciencia llamada de *visión,* mediante la cual todo lo que existe, ha sido o será, está presente ante Dios. Estemos bien convencidos, por otra parte, que tampoco su caridad podría ser deficiente: como su amor de Dios sobrepuja al amor de todos los elegidos, así la ternura de todas las madres reunidas en la persona de un solo niño, no alcanza a la que la Madre divina profesa al menor, al más olvidado, el más abandonado de los hijos de Dios, que son también hijos suyos. Ella los previene con su solicitud, escucha sus ruegos humildes en todo tiempo, los sigue en sus pasos culpables, sostiene su debilidad, se compadece de sus males del cuerpo y del alma, extiende sobre ellos los favores de lo alto, de los que la Virgen es celestial tesorera. Digámosla, pues, por boca de uno de sus grandes servidores:

PLEGARIA. — "Oh Santísima Madre de Dios, que embelleciste la tierra y el cielo y, al dejar este mundo no abandonaste a los hombres. Desde aquí abajo, vivías en el cielo; y desde el cielo, conversas con nosotros. ¡Tres veces felices los que te contemplaron y los que vivieron con la Madre de la vida! Pero, así como habitaste en

---

[1] Suárez, 3.ª pars. qu. XXXVII, art. 4; Disput. XXI, sect. 3.

carne mortal con los hombres del tiempo pasado, quédate con nosotros espiritualmente. Oímos tu voz; y la voz de todos llega a tu oído; la protección continua con que nos rodeas, es señal de tu presencia. Nos haces visitas; tu mirada está sobre todos; y aunque nuestros ojos no puedan, oh Santísima, percibirte, en medio de nosotros estás manifestándote de diversas maneras a quien se hace digno. Tu carne inmaculada, fuera ya del sepulcro, no entorpece la fuerza inmaterial, la actividad purísima de ese espíritu tuyo que, inseparable del Espíritu Santo, sopla también donde quiere [1]. Oh Madre de Dios, recibe el homenaje agradecido de nuestra alegría, y habla por tus hijos a Aquel que te ha glorificado: cualquiera que sea tu petición, él la cumple por su divina virtud; sea él bendito por todos los siglos" [2].

EL MISMO DIA

SAN AGAPITO, MARTIR

La Iglesia hace memoria en este día de un mártir de Palestina, no lejos de Roma: San Agapito. Fué decapitado el 18 de agosto de 270 "entre las dos columnas" que se levantaban en una

1 *S. Juan,* III, 8.
2 S. Germán de Constantinopla: *Sobre la Dormición I.*

encrucijada de los alrededores de la ciudad. Leemos en su pasión que tenía 15 años cuando sufrió el martirio. El ejemplo intrépido que dió este jovencito en un tiempo en que las persecuciones se habían interrumpido en todas partes, impresionó hondamente a sus contemporáneos. También a nosotros nos invita a estar siempre prontos a derramar nuestra sangre por Cristo, aunque parezca que no tenemos cerca la amenaza. Desde el siglo v, Roma levantó una basílica a San Agapito, y su culto se extendió rápidamente por toda la cristiandad. Sus reliquias se quedaron, con honor, en un principio en Penestre (hoy Palestrina), y desde el siglo xv están en Corneto, menos la cabeza que fué restituída a su ciudad natal.

Oración: "Alégrese tu Iglesia, oh Dios, confiada en los sufragios de tu santo mártir Agapito: y por sus preces gloriosas, permanezca devota y continúe segura. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

EL MISMO DIA

SANTA ELENA, VIUDA

Constancio Cloro, en su juventud, se casó con Elena, atraído de su belleza y de sus virtudes; pero, al llegar a ser emperador, la tuvo que

repudiar por su modestísimo origen. Su hijo Constantino, por el contrario, al suceder a su padre, quiso honrar a su madre y la elevó a la dignidad imperial. Elena, que fué grande en la humillación, supo permanecer humilde en los honores supremos. Se asoció a la vocación milagrosa de su hijo, se hizo cristiana con él y con él aseguró el triunfo de la Iglesia sobre el mundo pagano.

Pasó los últimos días de su vida en el servicio de la Iglesia, consagrándose a las obras de caridad y favoreciendo el esplendor del culto divino. Enriqueció con obras de arte las basílicas que Constantino mandaba levantar por doquier, sobre todo las de Jerusalén, a donde fué en peregrinación De este modo contribuyó al desarrollo de la liturgia de los Santos Lugares, donde, como se sabe, se formó en gran parte el ciclo litúrgico. Más tarde, la leyenda la atribuyó un papel importante en el descubrimiento de la verdadera cruz. Santa Elena murió el 329 y fué enterrada en Roma. Su fiesta, en la Octava de la Asunción, la une íntimamente a los honores que se tributan a la reina del cielo, junto a la cual es grato contemplar a esta emperatriz de la tierra, ocupando un puesto de aquí en adelante entre las más nobles damas de su corte.

Desde lo alto del cielo vela, Elena, continuamente por tu obra. Haz que este triunfo de la Iglesia que Dios realizó por ti y por tu hijo, se renueve en nuestros días. Ayuda a los hombres

de Estado, a los amos de este mundo, en sus deseos de gobernar bien. Otórgales, por tu intercesión, la gracia de no buscar más que el bien de todos, de permanecer sumisos a la voluntad de Dios y, reconociendo a la Iglesia su libertad y sus derechos, hacer felices a los pueblos que se les han confiado.

19 DE AGOSTO

SAN JUAN EUDES, CONFESOR

La Octava de la Asunción es acogedora para los servidores ilustres de María. Después de San Jacinto y antes de Santa Juana de Chantal y San Bernardo, festejamos hoy a San Juan Eudes. Es un benemérito de la Iglesia católica: las misiones que predicó en Francia son innumerables, e incontables son también los hijos y las hijas que de él descienden: los primeros se dedican en la Congregación de Jesús y de María a la formación del clero, a la enseñanza y a las misiones, y las segundas, en la Congregación de Nuestra Señora de la Caridad o Instituto del Buen Pastor a la rehabilitación de pecadoras.

El Reformador. — Pío X decía en el Breve de su Beatificación: "El divino Maestro no permite nunca en su Iglesia que la sal de la tierra se desazone, es decir, los representantes del mi-

nisterio sagrado, cuya acción tiene que arrancar a los hombres de la corrupción. En épocas de relajación, su misericordia gustosamente suscita santos que trabajen con todo celo en levantar la disciplina y las costumbres en el clero y por lo mismo procuren en más amplia medida la salud eterna de las almas"[1].

Pues bien, tal vez el mayor mal que padecía Francia al fin de las guerras de religión y al principio del siglo XVII, siglo que iba a ser glorioso para ella, fuese la mediocridad de sus sacerdotes. Para poner remedio a eso, el Padre Eudes, en un principio, concibió la idea de reunir a los clérigos jóvenes con el fin de prepararlos a recibir dignamente las Ordenes sagradas. Pero, como unos días de recogimiento sólo producían frutos efímeros, se resolvió a crear seminarios según lo prescrito por el concilio de Trento. Y entonces fundó la Congregación de Jesús y María, cuyos miembros tendrían este doble objeto: la formación del clero en los seminarios y la renovación del espíritu cristiano entre los fieles por medio de las Misiones.

"Lo que completó los servicios que Juan Eudes prestó a la Iglesia, añade el Papa San Pío X, fué que, ardiendo en un amor extraordinario hacia los Sagrados Corazones de Jesús y de María, pensó antes que nadie, y no sin divina inspiración, tributarles un culto litúrgico. De

1 Breve del 11 de abril de 1909.

este culto tan dulce, se le debe considerar como Padre, Doctor y Apóstol" [1].

Si no tuviésemos que ser aquí excesivamente breves, seguiríamos al ardiente misionero por todas las parroquias donde desplegó su celo, escucharíamos su palabra elocuente, y seríamos testigos de la santidad que aseguraba, más que todos los medios, sus éxitos apostólicos. Mas, para conocer un poco su alma, nos bastará leer algunas de las páginas que nos ha dejado en *La Vie et le Royaume de Jésus,* pues vivió y predicó lo que ha dejado consignado en este libro inmortal.

El Doctor. — Discípulo de Berulle, su espiritualidad es la de la Escuela francesa y toda la santidad se resume para él en la palabra de San Pablo: "*Vivo, mas no yo, sino que es Cristo el que vive en mí*". "Todos los textos sagrados, escribió, nos enseñan que Jesucristo debe ser algo viviente en nosotros; que no debemos vivir sino en El, y su vida debe ser nuestra vida; que nuestra vida debe ser una continuación y expresión de su vida y que no tenemos derecho a vivir en el mundo si no es para llevar, manifestar, santificar, dar gloria y hacer vivir y reinar en nosotros la vida, las cualidades, las disposiciones, las virtudes y las acciones de Jesús" [2].

---

[1] Breve del 11 de abril de 1903.
[2] *Le Royaume de Jésus,* p. 164.

Al hablarnos de la vida cristiana, hace notar que "lo que San Pablo dice del sufrimiento: Completo en mi carne lo que falta a la Pasión de Cristo para su cuerpo que es la Iglesia [1], se puede decir de todas las demás acciones que un cristiano realiza en la tierra. Porque un verdadero cristiano, miembro de Jesucristo, unido a El por la gracia, continúa y completa con todas sus acciones las que Jesús practicó aquí abajo. De forma que la oración, el trabajo, el mismo descanso, continúan y completan la oración, el trabajo y el descanso de Jesucristo. Y en este sentido es como San Pablo declara que "la Iglesia es el cumplimiento de Jesucristo, que Jesucristo, que es la cabeza de la Iglesia, ha dado cumplimiento a todo en todos [2], y que concurrimos todos a la perfección de Jesucristo y a la edad de su plenitud" [3].

"Así, pues, debemos ser una copia de Jesús en la tierra para continuar aquí su vida y sus obras y para hacer y sufrir todo lo que hacemos y sufrimos santa y divinamente en el espíritu de Jesús... Y, porque este divino Jesús es nuestra cabeza y nosotros sus miembros, se sigue que debemos estar perfectamente animados de su espíritu y vivir su vida.

"Considerad, por tanto, concluye, considerad muchas veces estas verdades con atención y

1 *Col.*, I, 24.
2 *Ef.*, I, 22, 23.
3 *Ibid.*, IV, 13.

aprended de aquí que la vida, la religión, la devoción cristiana consiste en continuar la vida, la religión y la devoción de Jesús en el mundo, y por esta razón todos los cristianos están obligados a llevar una vida toda santa y divina y a hacer todos sus actos santa y divinamente, lo que no es difícil, sino muy dulce y facilísimo, a los que tienen cuidado de elevar a menudo su espíritu y su corazón a Jesús y de entregarse y unirse a El en todo lo que hacen"[1].

¿Qué decir de su devoción ardiente a María? "No debemos separar, escribía él, lo que Dios unió de un modo tan perfecto. Jesús y María están tan perfectamente ligados, que quien ve a Jesús ve a María, quien ama a Jesús ama a María. Jesús y María son los dos primeros fundamentos de la religión cristiana, las dos fuentes vivas de todas nuestras bendiciones... No es verdaderamente cristiano aquel que no tiene devoción a la Madre de Jesucristo y de todos los cristianos... Y, puesto que debemos continuar las virtudes y poseer en nosotros los sentimientos de Jesús, debemos también continuar y llevar en nosotros los sentimientos de amor, de piedad y de devoción que el mismo Jesús tuvo para con su bienaventurada Madre..."[2].

Y aquí hacemos alto en nuestras citas: éstas bastan para hacernos entrever las maravillas

---

[1] *Le Royaume de Jésus*, p. 165-167.
[2] *Ibid.*, p. 337-338.

de la gracia en el alma de San Juan Eudes, y para determinarnos a poner en práctica una doctrina que él vivió a la vez que la predicó y que perdura tan seductora y tan segura para las almas nobles.

VIDA. — San Juan Eudes nació en 1601, en la aldehuela de Ri, en la diócesis de Séez, de padres piadosos que le consagraron a la Santísima Virgen. En 1615, siendo colegial de los Jesuítas de Caen, hizo voto de virginidad, se entregó a María y la profesó un culto ferviente. Recibió la tonsura y las órdenes menores en 1621, y, de la Universidad de Caen, entró en la Congregación del Oratorio fundada por Berulle, donde permaneció veinte años. Berulle había querido restablecer en el clero la doctrina y la santidad, pero no había pensado en los Seminarios; para instituirlos, San Juan Eudes dejó en 1643 el Oratorio y fundó la Congregación de Jesús y de María y al momento, con cinco compañeros sacerdotes, abrió el primer Seminario de Caen, al que siguieron otros muchos.

Para ganar a las pecadoras a la vida cristiana, fundó la Orden de Nuestra Señora de la Caridad, y para evangelizar a las almas abandonadas se hizo misionero durante muchos años, predicando en los campos abandonados, en los pueblos y hasta en la Corte con una libertad y una elocuencia que tenía su apoyo en una santidad eminente.

Propagó la devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y de María y fué el primero que les tributó un culto litúrgico. Siempre fiel a la cátedra de Pedro, fué perseguido por los jansenistas, a los que se opuso con valor. Finalmente, quebrantado por sus innumerables trabajos, murió el 19 de agosto de 1680 pronunciando los dulces nombres de Jesús y de María.

Fué beatificado por San Pío X y canonizado en 1935 por Pío XI, que extendió su fiesta a la Iglesia universal.

PLEGARIA. — "Debemos tener devoción a todos los santos y ángeles", escribías tú, oh San Juan Eudes. Con alegría escuchamos tu consejo y te honramos en este día, "honrándote porque Jesús te ama y te honra, y también porque tú amas y honras a Jesús, de quien eres amigo, servidor, hijo, miembro y como una parte (del mismo)... Adoramos a Jesús en ti, pues El lo es todo para ti: tu ser, tu vida, tu santidad, tu gloria. Le damos gracias por la gloria y las alabanzas que a Sí mismo se ha dado en ti y por ti, y más todavía por las gracias que te ha comunicado y nos ha comunicado por ti" [1].

Unidos a los sentimientos de tu corazón abrasado de amor para Jesús, le decimos contigo: "Ven, Señor Jesús, ven dentro de mí con la plenitud de tu virtud, a destruir todo lo que te desagrada y a obrar en mí todo lo que deseas para tu gloria. Ven con la santidad de tu Espíritu, para desasirme enteramente de todo lo que no seas tú, para unirme de modo total contigo y para hacer que me porte santamente en todas mis acciones. Ven en la perfección de tus misterios, es decir, para obrar perfectamente en mí lo que tú deseas obrar con tus misterios, para

[1] *Le Royaume de Jésus*, p. 345.

gobernarme según el espíritu y la gracia de tus misterios, y para glorificar y realizar y consumar en mí tus misterios. Ven con la pureza de tus caminos, es decir, para cumplir en mí, al precio que sea y sin perdonarme en nada, todos los designios de tu puro amor, y para conducirme por los caminos rectos de este mismo puro amor, sin permitirme declinar ni a la derecha ni a la izquierda y sin conceder nada a las inclinaciones y sentimientos de la naturaleza corrompida y del amor propio. Ven, oh Señor Jesús" [1].

20 DE AGOSTO

SAN BERNADO, CONFESOR Y DOCTOR DE LA IGLESIA

GLORIAS DE SAN BERNARDO. — "He aquí que la Reina se ha sentado después de su único Hijo en el festín eterno. Entonces, como el nardo que difunde su perfume, Bernardo entregó su alma a Dios" [2]. Sin duda fué para recompensarle de haber sido su caballero tan fiel y el cantor tan amante y elocuente de todas sus grandezas, por lo que María vino a buscar a

[1] Paráfrasis de la Oración tan conocida del P. Condren: *Veni Domine Jesu,* ligeramente modificada por M. Olier: *O Jesu, vivens in Maria.*

[2] Himno de Vísperas.

Bernardo durante la Octava de su gloriosa Asunción.

El Menologio cisterciense recuerda a sus hijos todos los años la figura gloriosa y los méritos del primer Abad de Claraval: "En el claustro se ejercita maravillosamente en los ayunos, en las oraciones, en las vigilias, llevando en la tierra una vida del todo celestial. Sin descuidar el trabajo de su perfección, se ocupa con celo y éxito en la santificación de los suyos; vese además obligado a presentarse ante el mundo. Aconseja a los Papas, pacifica a los reyes, convierte a los pueblos; extermina la herejía, abate el cisma, predica la cruzada, rehusa obispados, obra milagros sin número, escribe obras admirables y un millar de cartas. A los 63 años, cuando muere, ha fundado ya 150 monasterios, y 700 religiosos le lloran en Claraval. El Papa Alejandro III le inscribió en el catálogo de los Santos y Pío VIII, en 1830, le confirió el título de Doctor de la Iglesia universal". Grande es el elogio, pero no exagerado.

Innumerables son los títulos que se le han dado al que vino a Claraval a buscar en la humildad de la vida monástica, el silencio, la facilidad de hacer penitencia y de rezar mientras llegaba la muerte que le uniría con su Dios. El que buscaba ser olvidado de todos, llegó a ser, a pesar suyo, el hombre de quien no podía prescindir su siglo, el que iba a tener sobre sus compatriotas una influencia sin igual y que en la

historia quedaría como una de las figuras más nobles y más atractivas de la Iglesia y de su patria. Bossuet, en un panegírico célebre, nos le ha representado en la celda estudiando la cruz de Jesús, después en la cátedra sagrada y a través de los caminos de Europa, predicando esa misma cruz. Pero, antes que él, Alejandro III le había llamado "luz de toda la Iglesia de Dios por la antorcha de su fe y de su doctrina"; Santo Tomás de Aquino: "el elegido de Dios, la perla, el espejo y el modelo de la fe; la columna de la Iglesia, el vaso precioso, la boca de oro que embriagó a todo el mundo con el vino de su dulzura"; y San Buenaventura le llamó: "el gran contemplativo, de máxima elocuencia, lleno del espíritu de sabiduría y de una santidad eminente"; y nos extenderíamos demasiado si fuésemos a citar el nombre y los elogios de los Santos que le han venerado y saborearon su doctrina "melíflua", desde Santa Gertrudis y Santa Mectildis hasta San Luis Gonzaga y San Alfonso de Ligorio.

El caballero de Nuestra Señora. — Pero lo que de modo especial nos debe impresionar en estos días, lo que debería bastar para dar gloria a San Bernardo es que fué el cantor y el caballero de Nuestra Señora. "Fué, dice Bossuet, el más fiel y el más casto de sus hijos; el que más honró entre todos los hombres su maternidad gloriosa, el que creyó que debía a sus cuidados

y a su caridad maternal la influencia continua de gracias que recibía de su divino Hijo." Nos cuenta la leyenda que un día los Angeles le enseñaron en la Iglesia de San Benigno de Dijon, la *Salve Regina,* y que una vez la Virgen dejó correr hasta sus labios algunas gotas de la leche con que se había alimentado Jesús. Pero sea de esto lo que fuere, Bernardo nunca se mostraba más elocuente ni más persuasivo que al hablar de María. Sus discursos nos la presentan en todos los misterios de nuestra salvación ocupando junto al Señor el puesto que Eva había tenido cerca de nuestro primer padre; habló de ella en términos tan tiernos y conmovedores, que hizo vibrar el corazón de los monjes y de las multitudes que le escuchaban, del gran amor que sentía a esta divina Madre, y contribuyó poderosamente a hacerla amar en su nación. Sus sermones sobre la Anunciación se han hecho famosos y los del misterio de la Asunción se dirían que son posteriores a la definición del dogma que tanta alegría ha traído al mundo. Tal vez sea esto lo que le ha acarreado tanta popularidad. Porque San Bernardo no es sólo admirado por los que estudian la historia del siglo XII y se encuentran con él en todo lo grande y grave que entonces sucede, o también por los monjes y los teólogos que estudian su doctrina; San Bernardo es amado, y "el secreto de su popularidad y del amor que se le tiene, está en el amor que él tuvo a Jesús y en la ternura con que amó a

María, ternura profunda, amor ardiente que nos enfervoriza aun después de ocho siglos" [1]. "Jesús y María: dos nombres, dos amores que se funden en uno solo y hacen de su corazón un horno. El amor de María da el movimiento y el amor de Jesús se abre en él como un lirio en su tallo. Este amor le persigue por las sendas de la Escritura, por las ásperas montañas de la vida monástica, por la práctica asidua de las virtudes más varoniles, pero siempre por medio de María; se esfuerza en cantar al Verbo acompañándose de María como de una lira" [2].

Después de ocho siglos, las oraciones que San Bernardo redactó o bosquejó sirven a las almas para rezar a María, para expresarla su confianza y su amor. Las repetimos todos los días, avaloradas con el fervor de todos los que las pronunciaron antes que nosotros: la *Salve Regina*, el *Acordaos*. No conocemos modo mejor para honrar a este gran Santo, serle grato y darle gracias, que repetir, siguiendo su ejemplo, las oraciones que brotaron de su corazón y sobre todo alabar a Nuestra Señora con sus propias palabras.

VIDA. — Bernardo nació en Fontaine-lez-Dijon en 1090. A los 16 años se quedó sin madre. Poco después pensó ingresar en el Cister, donde el Abad Esteban Harding estaba descorazonado por no tener vocacio-

1 Dom Dominique Nogues: *La Mariología de San Bernardo,* p. XIV.
2 *Ibid.,* p. XV.

nes. Pero no llegó solo. En Pascua de 1112 se presentaba con treinta parientes o amigos, a los que él había animado a abrazar la vida perfecta. Permaneció durante tres años en este monasterio, entregado a la oración y a la más ruda penitencia. En 1115 llegaba a ser Abad de Clairvaux. La fama de su doctrina y de su santidad pronto le trajeron postulantes en crecido número; pronto tuvo que fundar monasterios y aceptar la reforma de los que solicitaban su ayuda. Todo para todos, tuvo muchas veces que dejar su monasterio para combatir el cisma de Anacleto II en Italia, la herejía en el mediodía de Francia, o para predicar la cruzada a petición de Eugenio III. Para este hijo, que llegó a ser Papa, escribió el tratado *de la Consideración* y para sus monjes su *Apología* del ideal cisterciense, el *Tratado del amor de Dios* y el *Comentario del Cantar de los Cantares*. Agotado por los trabajos y fatigas, consumido por excesiva penitencia, acabó por fin sus días en su monasterio, el 20 de agosto de 1153. Fué canonizado veinte años después y declarado por Pío VIII Doctor de la Iglesia universal el 23 de julio de 1830.

PLEGARIA A SAN BERNARDO. — Era conveniente que viésemos al heraldo de la Madre de Dios seguir de cerca su carroza triunfal; y, al entrar en el cielo en esta Octava radiante, te pierdes con deleite en la gloria de aquella cuyas grandezas ensalzaste en este mundo. Ampáranos en su corte; dirige hacia el Cister sus ojos maternales; en su nombre, salva una vez más a la Iglesia y defiende al Vicario del Esposo.

Pero en este día, nos convidas a cantarla, a rogarla contigo, más bien que a rezarla contigo; el homenaje que más te agrada, oh Bernardo,

es ver que nos aprovechamos de tus escritos sublimes para admirar "a la que hoy sube gloriosa y colma de felicidad a los habitantes del cielo."

Aunque rutilante, el cielo resplandece con nuevo fulgor a la luz de la antorcha virginal. En las alturas resuenan también la acción de gracias y la alabanza. Estas alegrías de la patria ¿no debemos hacerlas nuestras en medio de nuestro destierro? Sin morada permanente, buscamos la ciudad a la que la Virgen bendita arriba en este momento. Ciudadanos de Jerusalén, muy justo es que desde la orilla de los ríos de Babilonia nos acordemos de ello y dilatemos nuestros corazones ante el desbordamiento del río de felicidad cuyas gotitas saltan hoy hasta la tierra. Nuestra Reina tomó hoy la delantera; la acogida espléndida que se la ha hecho, nos da confianza a nosotros, que somos su séquito y sus servidores. Nuestra caravana, precedida de la Madre de misericordia, a título de abogada cerca del Juez, Hijo suyo, tendrá buen recibimiento en el negocio de la salvación [1].

"Deje de ensalzar tu misericordia, oh Virgen bienaventurada, el que recuerde haberte invocado inútilmente en sus necesidades. Nosotros, siervecillos tuyos, te felicitamos, sí, por todas las demás virtudes; pero en tu misericordia más bien nos felicitamos a nosotros mismos. Alabamos en ti la virginidad y admiramos tu humil-

---

1 S. Bernardo, primer Sermón sobre la Asunción.

dad; pero la misericordia sabe más dulce a los miserables; por eso abrazamos con más amor la misericordia, nos acordamos de ella más veces y la invocamos sin cesar. ¿Quién podrá investigar, oh Virgen bendita, la largura y anchura, la altura y profundidad de tu misericordia? Porque su largura alcanza hasta su última hora (a los que la invocan); su anchura llena la tierra; su altura y su profundidad llenó el cielo y dejó vacío el infierno. Ahora que has recuperado a tu Hijo y eres tan poderosa como misericordiosa, manifiesta al mundo la gracia que hallaste en El: alcanza perdón al pecador, salud al enfermo, fortaleza a los débiles, consuelo a los afligidos, amparo y protección a los amenazados por algún peligro, ¡oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María" [1]!

21 DE AGOSTO

SANTA JUANA FRANCISCA FREMIOT DE CHANTAL, VIUDA

EL "VESTIDO" DE MARÍA. — Aunque la gloria de María está por dentro [2], su belleza parece también en el vestido que la rodea [3]: vestido misterioso, tejido con las virtudes de los Santos,

[1] San Bernardo, cuarto Sermón sobre la Asunción.
[2] Salmo XLIV, 14.
[3] Ibíd., 10-15.

cisco de Sales dice muy bien: "Todas las religiones tienen un espíritu común, a la vez que cada una tiene su espíritu particular. El general o común es que todas aspiran a la perfección de la caridad; pero el espíritu particular es el medio de llegar a esta perfección de la caridad, es decir, a la unión de nuestra alma con Dios y con el prójimo por amor de Dios"[1]. Viniendo, pues, al espíritu especial del instituto que fundó con nuestra Santa, el Obispo de Ginebra declara que es "un espíritu de profunda humildad para con Dios, y de una gran mansedumbre para con el prójimo, por el que, ya que se use de menos rigor con el cuerpo, se tiene mayor benignidad en el corazón[2]. Y, como "esta Congregación ha sido erigida de forma que ninguna gran aspereza pueda apartar a las débiles y enfermas de entrar en ella para vacar a la perfección del amor divino"[3], el Santo añade graciosamente: "Si hubiese alguna hermana tan generosa y valiente que quisiese llegar a la perfección en un cuarto de hora, haciendo más que la Comunidad, yo la aconsejaría que se humillase y se sujetase a no querer ser perfecta sino en tres días, yendo al paso de las demás[4]. Porque hay que observar siempre en todas las cosas una gran sencillez: andar sencillamente, es el verdadero camino de las hijas de la Visitación, ca-

1 *Entretiens Spirituels,* XIII.
2 *Ibid.,* XIII.
3 Constituciones de la Visitación, Preámbulo.
4 *Entretiens,* XIII.

mino sumamente agradable a Dios y muy seguro" [1].

El blasón del Sagrado Corazón. — Con la mansedumbre y la humildad por divisa, estuvo acertado el piadoso Obispo al dar a sus hijas por armas el divino Corazón, fuente apacible de tan suaves virtudes. Ya se sabe cuán magníficamente fué aprobado por el cielo este blasón. No había pasado un siglo, y una religiosa de la Visitación, Santa Margarita María, podía decir: "Nuestro adorable Salvador me ha hecho ver la devoción de su divino Corazón como un árbol hermoso que de toda la eternidad había destinado a echar raíces en medio de nuestro Instituto. Quiere que las hijas de la Visitación distribuyan copiosamente los frutos de ese árbol sagrado a todos los que los quieran comer, sin miedo a que los falte" [2].

"Amor, amor, amor, hijas, yo no sé otra cosa." Así exclamaba también en sus últimos años Juana de Chantal, la gloriosa cooperadora de Francisco de Sales en la fundación de la Visitación de Santa María. "Madre, la dice una hermana, voy a escribir a nuestras casas que su Caridad es ya anciana y que, como su patrón San Juan, no habla ya más que de amor". A lo cual la Santa respondió: "Hija, no haga esa comparación,

---

1 *Entretiens,* XIV.

2 Carta del 17 de junio de 1689, a la Madre de Saumaise.

que la deben su justicia y su recompensa [1]. Del mismo modo que toda gracia nos viene por la Madre divina, así toda la gloria del cielo converge hacia la que tiene la Reina de los cielos.

Ahora bien, entre las almas bienaventuradas, las hay que de un modo más inmediato están cerca de la Virgen bendita [2]. Ganadas por el cariño particular de esta Madre de la gracia, lo dejaron todo [3] para correr por el mundo tras el olor de los perfumes del Esposo que ella dió al mundo [4]; conservan en el cielo con María la gran intimidad que ya tuvieron con ella en el tiempo del destierro. De aquí procede que en esta hora de la exaltación junto al Hijo de Dios [5], el Salmista canta también a las vírgenes que penetran con ella jubilosas en el templo del Rey [6].

Aunque no adorna su frente con la diadema de la virginidad, la elegida propuesta hoy a nuestra veneración es una de las que merecieron por su humildad oír un día el celeste mensaje: *Hija, escucha y mira e inclina el oído de tu corazón y olvida a tu pueblo y a la casa de tu padre* [7]. Fué tal el ímpetu con que corrió por los caminos del amor, que se vió a innumerables vírgenes seguir sus pasos para llegar de modo más seguro al Esposo. También ella tiene en

---

1 *Apoc.*, XIX, 8.
2 Salmo XLIV, 15.
3 *S. Mateo,* XIX, 27.
4 *Cant.,* I, 3.
5 Salmo XLIV, 10.
6 Ibíd., 15-16.
7 Ibíd., 11.

consecuencia un puesto glorioso en el vestido de oro, de reflejos variadísimos, con que resplandece en su triunfo la Reina de los Santos [1].

Porque ¿qué otra cosa es la *variedad* que, según el Salmo, presentan los bordados y las franjas de esa túnica de gloria [2], sino la diversidad de matices que reviste el oro de la divina caridad entre los elegidos? La eterna Sabiduría ha multiplicado las formas con que se realiza en el mundo la vida de los consejos evangélicos, a fin de acentuar el resultado feliz que dimana de tal diversidad en la luz de los Santos.

La Regla del amor. — Tal es la enseñanza que la Liturgia ha intentado en la proximidad de dos fiestas, la de ayer y la de hoy. De la austeridad cisterciense al renunciamiento más interior de la Visitación de Santa María, la distancia parece grande; la Iglesia, con todo, junta la memoria de Santa Juana de Chantal con la de San Bernardo, como homenaje a la Santísima Virgen en la octava que corona su gloria; es que, en efecto, todas las Reglas de perfección no son, para honor de María, sino otras tantas variantes de la única Regla, la del amor, en el que fué ella durante su vida el más acabado modelo.

El espíritu de la Visitación. — Al hablar de la variedad de las familias religiosas, San Fran-

---

1 Salmo XLIV, 10.
2 Ibíd., 10, 14, 15.

porque no hay que deshonrar a los Santos comparándolos con los miserables pecadores; pero me darían por el gusto comunicando a todas mis hijas que si me dejase llevar de mis sentimientos, si siguiese mi inclinación y si no temiese molestar a nuestras hermanas, no hablaría jamás de otra cosa que de la caridad; y las aseguro que no abro casi nunca la boca para hablar de cosas buenas sin que me vengan ansias de decir: *Amarás al Señor de todo tu corazón y a tu prójimo como a ti mismo*" [1].

VIDA. — Juana Francisca Fremiot de Chantal nació en Dijon el 23 de enero de 1572, de una honrada familia de magistrados. Su educación fué muy esmerada, y a los veinte años se casó con el barón de Chantal, de quien tuvo cuatro hijos y con quien vivió feliz durante ocho años. Su marido murió en un accidente de caza; su dolor fué muy grande, mas su fe y la obligación de educar a sus hijos reanimaron su valor. En 1604 fué a Dijon con el fin de seguir la Cuaresma que predicaba el Obispo de Ginebra, San Francisco de Sales; le tomó por director de conciencia y, en Pentecostés de 1607, éste la confió el deseo de fundar con su ayuda una nueva Orden, la de la Visitación de Santa María. Ella salió para Annecy el 29 de marzo de 1610. Gracias a los consejos del Santo Fundador, hizo grandísimos progresos en la virtud y se manifestó como un modelo perfecto de humildad, de obediencia, de pobreza. Merced a sus trabajos y a su celo, el Instituto se desarrolló muy rápidamente y las casas se multiplicaron en Francia y en Saboya. Se encontraba en Moulins en diciembre de 1641 y allí murió. Su cuerpo fué llevado a Annecy

1 *Mémoires de la Mère* DE CHAUGY, III.e P., ch. V.

y descansa en el nuevo monasterio, junto al altar mayor, con el de San Francisco de Sales. Santa Juana de Chantal fué beatificada el 21 de noviembre de 1751 y canonizada en 1767.

MARTA Y MARÍA. — El oficio de Marta pareció en un principio que te estaba reservado, oh gran Santa. Adelantándose a la hora que iba a sonar un poco más tarde para Vicente de Paúl, Francisco de Sales, tu Padre, tuvo el pensamiento de hacer de tus compañeras las primeras hijas de la Caridad. Por eso recibió tu obra el nombre bendito de *Visitación,* como llamada a poner debajo del amparo de María tus visitas a los pobres enfermos más abandonados. Pero el decaimiento progresivo de la salud moderna había puesto de manifiesto, dentro de las instituciones de la Santa Iglesia, un vacío todavía más doloroso y de más urgente solución: muchas almas, llamadas a la porción de María, eran rechazadas por no poder soportar la vida austera de las grandes Ordenes contemplativas. El Esposo, cuya bondad se digna adaptarse a todas las edades, te escogió, oh Juana, para ayudar a su Corazón Sagrado, en este campo de su amor, a remediar las miserias físicas y morales del mundo envejecido, gastado y con amagos de ruina.

LA CARIDAD. — Renuévanos, pues, en el amor de Aquel cuya caridad te consumió antes a ti; en sus ardores recorriste diversas sendas de la

vida, y nunca te traicionó la admirable fortaleza de alma que la Iglesia recuerda a Dios hoy para obtener por medio de ti la ayuda necesaria a nuestra debilidad [1]. No vuelva ya más entre nosotros a helar nuestros corazones el funesto veneno del espíritu jansenista; ya lo sabemos por ti: el amor no es real si no vive de fe, de generosidad, de renunciamiento, en la humildad, la sencillez y la mansedumbre. Es el espíritu de tu santo Instituto, el espíritu de tu angelical Padre, que por él fué tan amable y tan fuerte; Dios quiera que reine siempre entre tus hijas, y se conserve entre sus casas la dulce unión que alegra de continuo a los cielos; sane el mundo aspirando los perfumes que siempre exhalan los retiros silenciosos de la Visitación de Santa María.

22 DE AGOSTO

OCTAVA DE LA ASUNCION Y FIESTA DEL CORAZON INMACULADO DE MARIA

LA DEVOCIÓN AL CORAZÓN INMACULADO. — La devoción al Corazón Inmaculado de María es tan antigua como el cristianismo. El Espíritu Santo nos lo enseñó por San Lucas, el evangelista de la infancia del Salvador: "María guardaba

1 Colecta, Secreta y Poscomunión de la fiesta.

todas estas palabras, y las meditaba en su Corazón... Y la Madre de Jesús guardaba todas estas cosas en su corazón"[1]. Tal es el origen de esta devoción que, andando el tiempo, excitaría a los fieles a dar a María el honor y el amor que se la deben. Las perfecciones de este Corazón las han cantado los mayores Doctores de la Iglesia: San Ambrosio, San Agustín, San Juan Crisóstomo, San León, San Bernardo, San Buenaventura, San Bernardino de Sena, las dos grandes monjas Santa Gertrudis y Santa Mectildis... Pero en el siglo XVII, San Juan Eudes, "padre, doctor y apóstol del culto del Sagrado Corazón"[2], antes lo fué del purísimo Corazón de María, y del dominio de la piedad privada, lo introdujo en la Liturgia católica.

OBJETO DE ESTA DEVOCIÓN. — El objeto de esta devoción él mismo nos lo ha dicho: "En el corazón santísimo de la predilecta Madre de Dios, pretendemos y deseamos sobre todo reverenciar y honrar la facultad y capacidad de amor, tanto natural como sobrenatural, que existe en esa Madre de amor y que ella empleó toda en amar a Dios y al prójimo. La palabra *corazón* significa el corazón material y corporal que llevamos en nuestro pecho, órgano y símbolo del amor; también se toma por la memoria y por el entendimiento, con el cual hacemos la medi-

[1] *S. Lucas,* II, 19, 51.
[2] Bula de canonización.

sino también para ser nuestro corazón, de modo que, siendo miembros de Jesús e hijos de María, no tengamos más que un corazón con nuestra Cabeza y nuestra divina Madre y que hagamos todas nuestras acciones con el Corazón de Jesús y de María"[1].

Y ¡cómo pueden los hombres, al darse más y más cuenta de lo que deben a su Madre, no creerse obligados a mostrarla su agradecimiento y su amor! Si Nuestra Señora nos dió su Corazón, ¿no es justo que nosotros la demos el nuestro para que ella le purifique, le santifique y en él establezca el reino de Dios y se le entregue a Jesús, y que se le demos por una consagración completa y perfecta de nosotros mismos, como aconsejan los Santos y especialmente San Griñón de Monfort?

CONSAGRACIÓN AL CORAZÓN INMACULADO.—Pero, si la consagración de un alma individual a María, la acarrea las más grandes gracias, ¿qué frutos deberemos esperar de una consagración de todo el género humano hecha por el Sumo Pontífice? La Virgen misma se dignó anunciar que esto la agradaría. Y, por eso, el 8 de diciembre de 1942, Su Santidad Pío XII, respondiendo con júbilo al deseo de Nuestra Señora de Fátima, lleno de confianza en la mediación universal de la Reina de la Paz, consagró solemnemente al género humano al Inmaculado Cora-

---

[1] S. Juan Eudes, *Coeur admirable,* l. XI, c. 2.

zón de María. Todas las naciones católicas se unieron al supremo Pastor.

MISA

La fiesta del Corazón Inmaculado de María se concedió a muchas diócesis y a casi todas las Congregaciones religiosas y se celebraba en fechas distintas. Su Santidad Pío XII la extendió a la Iglesia universal y la fijó en el día de la Octava de la Asunción, cuyo dogma definió después en 1950. El Introito es una invitación a acercarse a este Corazón como a un trono donde seremos enriquecidos con la gracia, que la Santísima Virgen recibió en abundancia colmada no sólo para ella sino para todo el género humano.

INTROITO

Lleguémonos confiadamente al trono de la gracia, a fin de alcanzar misericordia y hallar gracia para auxilio oportuno. — *Salmo:* Brota de mi corazón una palabra buena: dedico mis obras al Rey. ℣. Gloria al Padre... Lleguémonos.

La Liturgia celebra a María como al "Santuario del Espíritu Santo, *Sacrarium Spiritus Sancti.*" Su Concepción inmaculada preparaba a María para ser la morada más digna del Espíritu Santo. Este Espíritu, al habitar en ella, la colmó de la gracia santificante, de las virtudes teologales y morales y de sus siete dones. Tal santidad hacía vivir a María según el Cora-

tación, y por la voluntad, que es la raíz del bien y del mal, y por la cima más alta del alma por la cual practicamos la contemplación; en una palabra, por todo lo interior del hombre. No excluímos ninguno de estos sentidos; mas hablando del Corazón de la Madre de Dios, lo que principalmente queremos y deseamos, es reverenciar y honrar todo el amor y toda la caridad que ella tuvo para con Dios y para con nosotros"[1].

Ahora bien, nada hay más dulce para un niño que honrar a su madre y pensar en el amor de que ha sido objeto. San Bernardo, al hablar del Corazón de Jesús, nos ha dicho: "Su corazón está conmigo. Cristo es mi cabeza; y ¿cómo no va a ser mío todo lo que pertenece a mi cabeza? Los ojos de mi cabeza corporal me pertenecen en sentido propio; de igual modo, este corazón espiritual es mi corazón. Con razón puedo llamarle mío. Y yo poseo mi corazón con Jesús"[2]. Otro tanto podemos decir del Corazón de María. Una madre es toda para su hijo; sus bienes, su amor, hasta su vida le pertenecen: un hijo puede siempre contar con el corazón de su madre.

Todos somos hijos de la Santísima Virgen. Nos acogió en su seno a una con Jesús el día de la Encarnación. Nos dió a luz en el dolor del Calvario, y nos ama en proporción con lo que la

---

1 *Dévotion au Sacré-Coeur de Marie*. Caen, 1650, p. 38 y *Coeur admirable*, l. I, c. 2.
2 *Viña mística*, c. 3.

hemos costado. Lo que más quiere es Jesús, y a ése le ofreció por nosotros al Padre, dando su *fiat* para la inmolación y entregándole para nosotros; ¿cómo no le iba a imitar dándose ella también?

CONFIANZA EN EL CORAZÓN INMACULADO. — La Virgen nos repite las palabras de Jesús: "Venid a mí todos y yo os aliviaré..." Nos sonríe y nos llama como en Lourdes, y no hay nadie que pueda pretextar su indignidad para quedarse a distancia. El Corazón de María que fué Sede de la Sabiduría y durante nueve meses morada del Verbo encarnado, ese corazón que formó al mismo Corazón de Jesús y le enseñó la misericordia para con los hombres, ese corazón que siempre latió al unísono del Corazón de Jesús y que fué adornado por El de los dones más preciosos de la gracia, ese Corazón maternal es por excelencia el refugio de los pobres pecadores. Y por esto precisamente fué hecho inmaculado. Nunca corrió por él sino sangre purísima, la sangre que tenía que dar a Jesús para derramarla por nuestra salvación. Este Corazón es el depositario y el custodio de las gracias que el Señor conquistó con su muerte, y sabemos que Dios nunca dispensó una gracia a nadie ni la dispensará sin que pase por las manos y el Corazón de la que es tesorera y dispensadora de todos sus dones. Finalmente, este Corazón se nos dió con el de Jesús, "no sólo para ser nuestro modelo,

El Corazón de María, por no ser más que pureza y santidad, continuamente unido al foco de la divina caridad que es Dios, estaba también todo ardiendo en amor. Este Corazón está siempre lleno de vida, siempre ardiendo en el mismo amor: mereceremos abrasarnos en el mismo fuego acercándonos a él imitando sus virtudes.

SECRETA

Al ofrecer, oh Señor, a tu Majestad el Cordero inmaculado, te suplicamos que encienda en nuestros corazones aquel fuego divino que inflamó el Corazón de la bienaventurada Virgen María. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor.

La Antífona de la Comunión vuelve a tomar las palabras del Evangelio. Ahora que hemos recibido el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, ¡ojalá tengamos también "con nosotros", como el Apóstol, es decir, en nuestro pensamiento, en nuestro corazón, en nuestra vida, a la que nos dió Jesús por Madre!

COMUNION

Dijo Jesús a su Madre: ¡Mujer, he ahí a tu hijo! Luego dijo al discípulo: ¡He ahí a tu madre! Y desde aquella hora el discípulo la recibió por suya.

La Poscomunión contiene lo que tenemos que pedir al terminar la Octava de la Asunción: hemos festejado con veneración al Corazón vivo

y amante de nuestra gloriosa Madre subida al cielo. Sabemos que es poderosa para con el Corazón de Dios y que ama a todos sus hijos; confiemos en su mediación, en su intercesión, y Dios, a ruegos suyos, nos librará de los peligros de la vida presente y nos guiará al cielo para alabar allí eternamente a la que con Jesús nos mereció la salvación.

POSCOMUNION

Alimentados con los divinos dones, te rogamos, Señor, humildemente que, por la intercesión de la bienaventurada Virgen María, de cuyo inmaculado Corazón hemos celebrado devotamente la fiesta, libres de los peligros presentes, consigamos los goces de la vida eterna. Por Nuestro Señor Jesucristo.

SÚPLICA AL CORAZÓN INMACULADO DE MARÍA. — "¡Oh Madre admirable, qué cosas tan grandes y gloriosas tenemos que pensar y decir de ti y de tu bondadoso corazón! Si los oráculos del Espíritu Santo dicen tan alto que eres un abismo de milagros, de seguro que no se equivoca el que diga que tu Corazón es un mundo de maravillas. Porque ¿no ha sido la humildad de tu Corazón la que te ha levantado al trono más alto de gloria y de grandeza a que una pura criatura puede llegar? ¿No es la humildad, la pureza y el amor de tu Corazón la que te ha hecho digna de ser Madre de Dios y la que te ha enriquecido con todas las perfecciones, prerrogativas y grande-

zón de Dios: ojalá podamos participar de su santidad para vivir según su corazón y también conforme al Corazón de Dios.

COLECTA

Omnipotente y sempiterno Dios, que preparaste en el Corazón de la bienaventurada Virgen María una morada digna del Espíritu Santo: concédenos propicio, que los que celebramos devotamente la festividad de este mismo inmaculado Corazón, podamos vivir según el tuyo. Por Nuestro Señor Jesucristo.

La Epístola es la misma que la de la Vigilia de la Asunción. Los versículos del Gradual y del Aleluya, como también los del Ofertorio, son la acción de gracias de María al Señor, que la colmó de tantos beneficios.

GRADUAL

Se alegrará mi corazón con tu socorro: cantaré al Señor que me ha dado tantos bienes y entonaré salmos al nombre del Señor Altísimo. ℣. Se acordarán de tu nombre, Señor, de generación en generación; por lo cual los pueblos te alabarán eternamente.

Aleluya, aleluya. ℣. Mi alma engrandece al Señor: y mi espíritu se regocija en Dios, mi Salvador. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Juan (Jn., XIX, 25-27).

En aquel tiempo: Estaban junto a la Cruz de Jesús su Madre, María de Cleofás y María Magdalena. Viendo, pues, Jesús a su Madre y al discípulo a quien amaba, que estaba allí, dijo a su Madre: ¡Mujer, he

ahí a tu hijo! Luego dijo al discípulo: ¡He ahí a tu madre! Y desde aquella hora el discípulo la recibió por suya.

La maternidad de Nuestra Señora data de la Encarnación, pero en el Calvario es donde fué solemnemente proclamada por Jesús agonizante. Darnos su Madre, vale tanto como darnos la mayor prueba de su amor; además, aceptar María ser nuestra Madre, era lo mismo que manifestarnos toda la ternura y misericordia que encerraba su corazón. Nunca se sintió María tan Madre como en el momento en que vió sufrir y morir a su Hijo, y le oyó que nos confiaba, que nos entregaba a ella. La Virgen aceptó entonces sin ninguna dificultad el profesar el afecto que tuvo a Jesús durante su vida, no sólo a San Juan, sino a todos nosotros, a los verdugos de su Hijo, a todos aquellos que fueron causa de su muerte.

Y, cuando el centurión se acercó a traspasar el Corazón de Jesús, ya difunto, la espada que antaño predijo el anciano Simeón penetró en el alma, en el Corazón de María y abrió una herida que, como la del Salvador, no se cerraría ya...

OFERTORIO

Mi espíritu se regocijó en Dios, mi Salvador: porque ha hecho en mí grandes cosas el Todopoderoso, cuyo nombre es santo.

zas propias de tan sublime dignidad? Por todo ello, miro, saludo y venero a tu Corazón virginal como a un mar de gracia, como a un milagro de amor, como a un espejo de caridad, como a un abismo de humildad, como al trono de la misericordia, como al imperio de la divina voluntad, como al santuario del amor divino, como al objeto primero del amor de la Santísima Trinidad" [1].

"Abre, abre, oh Madre de misericordia, la puerta de tu Corazón benignísimo a las oraciones que te dirigimos con suspiros y gemidos. No rechazas ni tienes asco al pecador, por muy corrompido que se halle en pecados, si suspira hacia ti y si implora tu intercesión con un corazón contrito y penitente" [2].

"Sea siempre bendito, oh María, tu nobilísimo Corazón, adornado de todos los dones de la Sabiduría divina, e inflamado en ardores de caridad. Sea bendito ese Corazón en el que meditaste y guardaste con tanta fidelidad y cuidado los sagrados misterios de Nuestra Redención, para revelárnoslos en el momento oportuno. Para ti la alabanza, para ti el amor, oh Corazón amantísimo; a ti el honor, a ti la gloria de parte de todas las criaturas, por los siglos de los siglos. Amén" [3].

---

1 S. Juan Eudes, *Coeur admirable,* l. IX, c. 14.
2 S. Bernardo, *Oración a la Virgen.*
3 Nicolás de Saussay, *Antidotarium animae,* Paris, 1495.

EL MISMO DIA

CONMEMORACION DE LOS SANTOS TIMOTEO, HIPOLITO Y SINFORIANO, MARTIRES

Tres mártires tienen hoy el honor de ser festejados con su Reina inmaculada, elevada al cielo:

Timoteo, sacerdote oriundo de Antioquía, martirizado al correr de la última persecución y enterrado junto a la sepultura de San Pablo en recuerdo, idea delicada, de su homónimo, discípulo del Apóstol; Hipólito, mártir romano que fué enterrado en la isla sagrada o isla de Porto.

Sinforiano, un joven mártir de Autun. Después de haber contemplado el triunfo de Nuestra Señora en los cielos, nos parece oír las palabras que su valerosa madre decía a San Sinforiano: "Hijo, mira al cielo y contempla al que allí reina como soberano. No se te quita la vida, sino que se te cambia por otra mejor."

23 DE AGOSTO

VIGILIA DE SAN BARTOLOME, APOSTOL

Las Vigilias, lo hemos dicho ya, consistían en pasar una noche en la oración y en el canto

de los Salmos, para preparar las almas a la solemnidad del día siguiente. Y aún hoy, la Iglesia, al hacer preceder la Vigilia a las fiestas principales, no tiene otra mira que invitarnos a una oración más constante.

Pues bien, el Evangelio de mañana, antes de recordarnos las curaciones que obró el Señor y la elección de los Apóstoles, nos presentará a Jesús en la montaña pasando la noche en oración. "Pensaba en todos nosotros y en su Iglesia. De esta oración salió todo. De ella nacieron los apóstoles, los mártires, los pontífices, los confesores, las vírgenes, todos los santos. De ella arranca la efusión de la vida sobrenatural a través del mundo" [1].

Tomemos a pecho el seguir al Señor en su soledad y unirnos a su oración. Para eso, oigamos lo que nos dice San Ambrosio en el oficio de Maitines de la fiesta: "Las almas grandes, las almas sublimes son las que suben al monte. Pues el Profeta no dice al primero que llega: "Sube a un alto monte, tú que evangelizas a Sión; levanta tu voz con fuerza, tú que evangelizas a Jerusalén." Esforzaos, no con vuestros pies corporales, sino con las grandes acciones, en subir a ese monte y en seguir a Jesucristo, a fin de que podáis vosotros mismos ser también un monte. Porque, si recorréis el Evangelio, veréis que los únicos en subir al monte con El fueron los discípulos. El Señor ruega, por tanto, no por sí

1 Dom Delatte, *Evangile,* t. I, p. 270.

mismo, sino por mí. Pues, si bien el Padre lo puso todo en poder del Hijo, éste, para cumplir su papel de hombre, juzga que debe rogar a su Padre por nosotros, porque es nuestro abogado. "Y pasó toda la noche, dice el texto, rogando a Dios." He aquí un ejemplo que se te da, oh cristiano, un modelo que se te manda imitar. Porque, ¿qué deberás hacer por tu salvación si piensas en que Cristo pasó toda una noche rogando por ti? ¿Qué deberás hacer al emprender cualquier obra de piedad, dado que Cristo se puso en oración y oró a solas antes de mandar a misión a sus Apóstoles"?

EL MISMO DIA

SAN FELIPE BENICIO, CONFESOR

El apóstol de los dolores de María. — Nuestra Señora ya reina en los cielos. No la fué difícil triunfar de la muerte; mas, a ejemplo de Jesús, mereció por el sufrimiento entrar en la gloria [1].

Tampoco nosotros llegaremos por camino distinto del que siguieron el Hijo y la Madre, a la bienaventuranza infinita. Recordemos las alegrías tan dulces que hemos gustado en estos ocho días; pero no olvidemos que nos falta to-

[1] *S. Lucas*, XXIV, 26.

davía camino que andar. *¿Qué estáis mirando al cielo?*, decían a los discípulos los Angeles de la Ascensión; porque los discípulos, al ver un momento ante sus ojos los claros horizontes de la patria, no se resignaban ya a este valle de lágrimas. María, de igual modo que el Señor, nos envía hoy un mensaje desde las cumbres luminosas a donde la seguiremos y en donde la rodearemos después que hayamos merecido con los trabajos del destierro formar parte de su corte; sin apartar nuestra alma de la Virgen, Felipe Benicio, apóstol de sus dolores, nos recuerda el verdadero sentido de nuestra situación de extranjeros y peregrinos del mundo.

Luchas por fuera, por dentro temores [1]: esto fué la vida de Felipe en su mayor parte, como fué también la historia de Florencia, su patria, y la historia de Italia y del mundo en el siglo XIII. Nació en el momento en que una efervescencia admirable de santidad conspiraba por hacer un nuevo paraíso de la ciudad de las flores; pero, a la vez su ciudad natal era teatro de luchas sangrientas, de asaltos de la herejía y de todos los excesos de las miserias que prueban que en este mundo Jerusalén y Babilonia en todas partes se cruzan. El príncipe del mal iba a conocer la virtud de los reactivos que el cielo tenía en reserva para ayudar al mundo en su vejez. Y entonces Nuestra Señora presenta ante su Hijo irritado a Domingo y a Francisco, que

1 *II Cor.*, VII, 5.

iban a reducir la ignorancia y las ambiciones de la tierra con la armonía de la ciencia y de todos los renunciamientos; y fué entonces también cuando Felipe Benicio, el Servita de la Madre de Dios, recibe de ella la misión de predicar por Italia, Francia y Alemania, los inefables padecimientos que la convirtieron en corredentora del género humano.

La Orden de los Servitas. — La fiesta de los siete santos fundadores, el 12 de febrero, nos dió a conocer ya el origen de los Servitas. Eran éstos unos piadosos ermitaños florentinos que se dedicaron a la contemplación de la Pasión de Cristo, y de los Dolores de su Santísima Madre. Nuestra Señora, deseando difundir por el mundo la caridad en que ardían y la devoción que la profesaban, les inspiró el fundar una orden religiosa destinada a honrar sus siete dolores, y a bendecirla por su dignidad de corredentora del género humano. Pero, sin grandes dotes para la acción, los Siete santos fundadores no pudieron imprimir a la Orden de los Servitas mucha fuerza conquistadora. Necesitaba una nueva cabeza. Y ésta fué San Felipe Benicio.

A los veintiún años entró en la Congregación, a los treinta y cuatro llegó a ser el Superior, y por sus trabajos, sus misiones, sus predicaciones y sus padecimientos, se fué ella desarrollando. Fundó numerosas casas en toda Europa. Penetrado del espíritu de los fundadores, lleno de

celo por la gloria de Nuestra Señora, tan profundamente humilde, que pensó no pasar de hermano lego, de una caridad y de una misericordia sin límites, pero también de una doctrina firmísima e intransigente, fué un apóstol incomparable y propagó en la Iglesia el amor a María, Madre de Dios y Madre de los hombres, cuyo sufrimiento, junto con el de Jesús, nos mereció la salvación y la paz.

VIDA. — San Felipe Benicio nació en 1233, o sea, el mismo año que siete ermitaños de Florencia fundaban la Orden de los Servitas de María. Felipe fué enviado a París para comenzar sus estudios y luego a Padua a estudiar medicina. En 1253 volvió a Florencia, su patria. Al año siguiente entraba, en Cafaggio, en el convento de los Servitas y recibía el hábito negro de los conversos de manos del bienaventurado Bonfiglio Monaldi, uno de los siete fundadores de la Orden. De aquí le enviaron al convento de Monte Senario. Los dominicos adviertieron su inteligencia despierta y pidieron a sus superiores que no dejasen esta luz debajo del celemín. El 12 de abril de 1259 se ordenaba de Sacerdote, tres años después le nombraban maestro de novicios y luego, en 1267, se le elegía quinto general de la Orden. Consiguió hacer aprobar las constituciones en 1268 y estuvo en el domicilio de Lyon en 1274; hizo el oficio de pacificador en las discordias que dividían a sus compatriotas en Bolonia, Florencia y Pistoya. En 1284, recibió en la tercera Orden de las "manteladas" a Santa Juliana Falconieri. Cayó enfermo el 15 de agosto de 1285 y murió el 22 besando su crucifijo y diciendo: "Este es mi libro, en el que lo he aprendido todo, la vida cristiana y el camino del paraíso." Felipe fué

beatificado por León X, y después canonizado en 1671 por el Papa Clemente X. Su fiesta se extendió a toda la Iglesia en 1694.

CON LA MADRE DOLOROSA. — *Acércate, Felipe, y sube a ese carro*[1]. Oíste esta palabra aquellos días en que el mundo sonreía a tu juventud y te ofrecía su fama o sus placeres; era la invitación que te hacía María, que bajó hasta ti, sentada en el carro de oro, figura de la vida religiosa a la que te convidaba; un manto de luto envolvía con sus pliegues a la soberana de los cielos; una paloma revoloteaba en derredor de su cabeza; un león y una oveja arrastraban su carro entre precipicios de donde subían los silbidos del abismo. Era lo porvenir lo que se iba aclarando: tú habías de recorrer la tierra en compañía de la Madre de los dolores, y este mundo, minado en todas partes por el infierno, no tendrá ya para ti ningún peligro; porque la suavidad y la fuerza serán tus guías, y la sencillez tu norma. *¡Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra*[2]!

LA PRUEBA. — Pero es contra el cielo contra el que principalmente debía servirte la amable virtud a la que se hizo esa promesa de imperio; contra el cielo que lucha también con los fuertes y te reservaba la prueba del mayor desamparo, ante el cual había temblado el Hombre-Dios:

---

1 *Act.*, VIII, 29.
2 *S. Mateo*, V, 4.

después de años de ruegos, de trabajos, de heroica abnegación, recibiste, como recompensa, el ser desechado aparentemente por el Señor, la desaprobación de su Iglesia, la inminencia de una ruina que amenazaba, mucho más que a tu vida, a todos aquellos que María te había confiado. Contra la existencia de tus hijos los Servitas, no obstante las palabras de la Madre de Dios, se dirigía nada menos que la autoridad de dos concilios generales, cuyas resoluciones no estorbó el Vicario de Cristo. Nuestra Señora te ofrecía a beber el cáliz de sus amarguras. No viste el triunfo de una causa que la interesaba a ella como a ti; pero, como los patriarcas al saludar de lejos el cumplimiento de las promesas, la muerte no pudo hacer vacilar tu confianza serena y sumisa.

SÚPLICA. — El supremo poder de este mundo parece que un día el Espíritu Santo lo puso a tus pies; como lo pide la Iglesia, en recuerdo de la humildad que te hizo temer la tiara, concédenos el despreciar los bienes temporales para solamente buscar los del cielo [1]. Los fieles no han olvidado, con todo, que tú fuiste médico de los cuerpos, antes de serlo de las almas; tienen gran fe en el agua y los panes que tus hijos bendicen en esta fiesta y que recuerdan los favores milagrosos con que fué ilustrada la vida de su padre; mira siempre por la fe de los pue-

---

1 Colecta del día.

blos; corresponde al culto especial con que los médicos cristianos te honran. Y, finalmente, hoy, cuando el carro misterioso de la hora primera se ha convertido en el carro de triunfo en que Nuestra Señora te asocia a la felicidad de su entrada en los cielos, enséñanos a condolernos como tú de tal modo en sus dolores, que merezcamos estar contigo en la eternidad y tener parte en su gloria.

24 DE AGOSTO

SAN BARTOLOME, APOSTOL

El Evangelio de San Juan, desde sus primeras páginas, nos presenta al Apóstol cuya fiesta celebra hoy la Iglesia. Su verdadero nombre es Natanael, que significa don de Dios. Mas parece que por costumbre se le designaba únicamente con el nombre de Bartolomé, que quiere decir hijo de Tolmai. Natanael fué verdaderamente un don de Dios para los innumerables paganos a los que, con peligro de su vida, llevó la buena nueva de la salvación.

La vocación de San Bartolomé. — Formó parte del grupo de los cinco Apóstoles privilegiados que Jesús reunió antes de comenzar su vida pública y que fueron testigos de su primer mila-

gro. Jesús, en efecto, estando todavía cerca del lugar de su bautismo, había retenido junto a sí a Juan y a Andrés, que el Bautista le había enviado; a Pedro, llevado por su hermano, y a Felipe, a quien había llamado El mismo. Y parece que fué entonces, de camino para las bodas de Caná, cuando Felipe, ardiendo ya en el deseo de ganar almas a Jesucristo, presintió la vocación de su amigo Natanael, a quien, en viéndole, habló del Mesías en estos términos: "Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la ley y los profetas, a Jesús, Hijo de José de Nazaret".

Esta profesión de fe, tan sencilla pero tan firme, no llegó a convencer al piadoso Natanael, aunque procedía de un amigo en quien no podía tener duda. El nombre de Nazaret le disgustó. Nazaret era una pequeña ciudad de mala fama. Escéptico, respondió: "¿Puede salir algo bueno de Nazaret"? Felipe entonces tuvo el arranque de todo verdadero discípulo de Jesús. En vez de entrar en discusiones, invitó a su amigo a juzgar por sí mismo: "Ven y verás." Ningún corazón recto que encuentre a Jesús puede permanecer indiferente. Al momento queda conquistado. Los Apóstoles mejor que nadie lo pudieron comprobar. Sabían que su actividad para nada valía si no iba acompañada de la de Cristo. No hay hombre que pueda hacer nacer la fe sobrenatural o el amor divino en el corazón de otro hombre. Eso es obra de Dios solo. El Señor

es el único autor de la gracia. Unicamente pide a los Apóstoles que le traigan las almas y El las hará hijas de Dios. El Apóstol, servidor dócil y fiel, desaparece humildemente ante su Maestro. Sabe que una vez que ha dicho: "Ven y verás", ha cumplido todo su ministerio.

EL ACTO DE FE DE SAN BARTOLOMÉ. — El amigo de Felipe, tocado ya en el fondo de su corazón por la llamada del Padre "que lleva las almas al Hijo" y preso de una profunda conmoción, se acercó a Jesús. Y Jesús, al verle llegar, le saludó jubilosamente: "He aquí un verdadero Israelita, en quien no hay dolo." ¡Magnífica declaración de parte del Supremo Juez, cuya mirada penetra los más íntimos repliegues de las conciencias! Por entonces, téngalo presente el lector, la casuística farisaica había cambiado en muchos puntos la moral natural y había convertido a los Judíos en ergotistas, falsos, hipócritas; por lo cual, la lealtad profunda de Natanael era ya una virtud rara en el pueblo de Dios. Y se explica la explosión de alegría en el Mesías al encontrar, en medio de su pueblo corrompido, un verdadero Israelita.

Pero Bartolomé era además una alma humilde. Aquel elogio público y repentino le asustó; tal vez hasta le desagradó. Buscó el modo de aminorarle discutiendo su verdad: "¿De qué me conoces"?, replicó; ¿cómo puedes saber lo que valgo? Y Jesús, mirándole con una mirada di-

vina y humana que penetraba en lo más hondo de las almas para saciarlas en su sed de Dios, le respondió sencillamente: "Antes de llamarte Felipe, cuando estabas bajo la higuera, te vi."

Misteriosa respuesta que sólo podía darla el que lee en las conciencias. La continuación del diálogo nos deja entrever a qué preocupaciones secretas de Natanael debió de responder el Señor. Poco antes, oculto en la sombra de una higuera, Bartolomé se había puesto en oración. Como buen Israelita, había pedido a Dios que salvase a su pueblo de la esclavitud y cumpliese la profecía de Daniel enviando al "Hijo del hombre", a quien el profeta había visto caminar sobre las nubes, rodeado de Angeles, y a quien se le había dado "el señorío, la gloria y el imperio" sobre todos los pueblos, por toda la eternidad [1]. Había también pedido la venida tan deseada del verdadero rey de Israel. Entonces, en contacto con el Señor, a la mirada divina de sus ojos, se sintió comprendido y atendido en las pocas palabras de su respuesta. Su primera duda se desvaneció para dar lugar al borbotar de la fe y del amor, y de lo más profundo de su ser, exclamó entregándose por completo: "Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel".

Esta es la gloria auténtica de San Bartolomé. Nos dió un ejemplo de fe cristiana, aun antes que el mismo San Pedro, si bien es cierto que de una manera menos solemne y menos com-

1 *Daniel,* VII, 13-14.

pleta. Su espontaneidad, su arranque, a la vez que la delicadeza de su docilidad a los primeros toques de la gracia, todo nos revela un alma entregada totalmente a la voluntad divina. Y Jesús recompensó al instante la fe de Natanael con magníficas promesas. "¿Porque te he dicho que te vi debajo de la higuera, crees? Verás cosas mayores." Y, en efecto, presenciará los milagros de la vida pública del Mesías, en su predicación, en su resurrección y en su ascensión. Luego, volviéndose Cristo hacia los otros discípulos y dirigiéndose en ellos a todos los que después habían de creer en El, añadió: "En verdad, en verdad os digo que veréis abrirse el cielo y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo de hombre." Jesús afirmaba así bien claramente que El era el Mesías esperado. Cupo, pues, a San Bartolomé, el insigne privilegio de dar origen con su acto de fe al primer testimonio que el Mesías dió de sí mismo y que nos ha conservado el Evangelio.

Luego de haber referido circunstanciadamente la vocación de Natanael, las Escrituras no vuelven a decir nada de este Apóstol; pero lo dicho es bastante para hacerle amar y, por eso, la Iglesia celebrará con gratitud su memoria hasta el fin de los tiempos.

VIDA. — San Bartolomé era oriundo de Caná de Galilea, compatriota de San Simón y amigo de San Felipe. Los Evangelios dicen poco de él: se sabe tan sólo que tomó parte en la última pesca milagrosa,

después de la resurrección del Señor. Desplegó su apostolado en Armenia y probablemente en Persia también. Tal vez de aquí llevasen sus discípulos más lejos su predicación, esto es, a Etiopía y aún a las Indias. Tradiciones antiguas afirman que murió desollado vivo y que fué decapitado por orden de un rey pagano. En el siglo VI se encuentran sus reliquias en Daras, en Mesopotamia.

En el IX se veneran en el mediodía de Italia: primeramente en Lipari y luego en Benevento. Por fin, en el siglo XI, se las trasladó a Roma. San Bartolomé es el patrón de Armenia. En Occidente también le reconocen por patrono las corporaciones de carniceros, curtidores y encuadernadores.

ORACIÓN POR LA UNIDAD. — Enséñanos, oh gran Apóstol, a dejarnos guiar en todo por el espíritu de fe. Del mismo modo que tú respondiste con docilidad a Felipe, que te invitaba a acercarte a Jesús y dar su vida por El, alcánzanos que seamos también nosotros dóciles a los sucesores de los Apóstoles, a la Iglesia, al Papa, que con sus enseñanzas y sus mandatos nos guían a Cristo, nos enseñan a vivir en su amor, a recibirle en los sacramentos, de forma que un día podamos contemplar en el Cielo la gloria de nuestro Redentor. Y tú, de quien Roma se gloría por guardar tus restos preciosos, lleva a Pedro las naciones que evangelizaste; justifica las esperanzas de universal unión que en nuestros días se van reavivando; ayuda a los esfuerzos que hace el Vicario del Hombre-Dios para juntar bajo del cayado del pastor a los rebaños di-

sidentes, cuyos pastos secó el cisma. Todos unidos, podamos disfrutar en común de los tesoros de nuestras tradiciones concordes e ir a Dios a costa de todas las privaciones, por el procedimiento a la vez tan amplio y tan sencillo que nos enseñan tu sublime teología y tus ejemplos.

25 DE AGOSTO

SAN LUIS, REY DE FRANCIA, CONFESOR

"Escuchad, oh reyes, y entended; aprended, gobernadores de los confines de la tierra. Prestad atención los que imperáis sobre las muchedumbres y los que os engreís sobre la multitud de las naciones. Porque el poder os fué dado por el Señor y la soberanía por el Altísimo, que examinará vuestras obras y escudriñará vuestros pensamientos... A vosotros, pues, reyes, se dirigen mis palabras, para que aprendáis la sabiduría y no pequéis. Pues los que guardan santamente las cosas santas, serán santificados, y los que hubieren aprendido, sabrán cómo responder. Ansiad, pues, mis palabras: amadlas e instruíos. La sabiduría es luminosa e incorruptible y se deja fácilmente contemplar de los que la aman, y encontrar de los que la buscan. Y aun se anticipa a darse a conocer a los que la desean..." [1].

[1] *Sab.*, VI, 2-4, 10-14.

OFICIO DE LA AUTORIDAD. — La fe del cristiano fué lo que constituyó en Luis IX la grandeza del príncipe. Meditó mucho tiempo estas palabras del libro de la Sabiduría, que la Iglesia nos hace leer en el oficio de los Maitines de hoy y que propone también a la imitación de todos los que tienen que ejercer el cargo tremendo de la autoridad. San Luis comprendió que una misma ley une con Dios al súbdito y al príncipe, porque tienen el mismo nacimiento y el mismo destino. La autoridad que se da a algunos, sólo sirve para aumentar su responsabilidad; porque, viniendo toda autoridad de Dios, tienen obligación de ejercerla como la ejerce Dios mismo, es decir, para el bien de sus súbditos, de modo que les faciliten cumplir con su fin, que es glorificar a Dios.

Al venir al mundo Cristo, que es quien posee la realeza por derecho de nacimiento, podía haber despojado a los reyes de sus prerrogativas. Pero no quiso reinar al modo de los reyes de la tierra, sólo exigió que la autoridad de los reyes se inclinase ante la suya. "Soy rey porque lo quiere mi Padre, le hace decir San Agustín; no os entristezcáis como si con eso se os despojase de un bien que fuese vuestro, antes bien, reconociendo que os conviene estar sumisos al que os da seguridad en la luz, *servid al Señor de todos con temor y gozaos en El*" [1].

---

1 Comentarios sobre el Salmo 2.

ENSEÑANZA DE LA IGLESIA. — Esta seguridad que proviene de la luz, la Iglesia continúa dispensándola a los reyes. La Iglesia, sin meterse en el campo de los príncipes, está por encima de ellos, como madre de los pueblos, como juez de las conciencias, y como guía única de todos los hombres. Oigamos al Papa León XIII, cuyas enseñanzas se distinguen por la exactitud y perfección: "Como hay en el mundo dos grandes sociedades, la una civil, cuyo fin próximo es procurar al género humano el bien temporal y terreno; la otra religiosa, que tiene por objeto llevar a los hombres a la felicidad del cielo para la cual han sido creados, así hay dos poderes [1] entre los cuales Dios ha dividido el gobierno de este mundo. Cada uno en su género goza de soberanía; y cada cual está ceñido a límites determinados y trazados conforme a su naturaleza y a su fin especial [2]. El fundador de la Iglesia, Jesucristo, quiso que fuesen distintos el uno del otro y que los dos fuesen libres en el cumplimiento de su misión propia; pero con la condición de que, en las cosas que dependen a la vez de la jurisdicción y del juicio de uno y de otro bien que a título diferente, el poder encargado de los intereses temporales sería dependiente, como conviene, del que tiene que vigi-

---

[1] Encíclica: *Nobilissima Gallorum gens,* 8 febr. 1884.
[2] Encíclica: *Immortale Dei:* 1.º de nov. 1885.

lar por los intereses del cielo [1]. Fuera de esto, sometidos ambos a la ley eterna y natural, deben ponerse recíprocamente de acuerdo en las cosas que se refieren al orden y al gobierno de cada uno [2], dando lugar a una serie de relaciones que con razón se puede comparar a la que proviene en el hombre de la unión del alma y del cuerpo" [3].

En la esfera de los intereses eternos, de los que nadie puede legítimamente desentenderse en este mundo, los príncipes han de procurar mantener debajo de la dependencia de la Iglesia y de Dios, no sólo a sus pueblos, sino también sus propias personas. Porque "no dependiendo menos de Dios los hombres unidos por los lazos de una sociedad común que tomados aisladamente, las sociedades políticas, de igual modo que los particulares, no pueden sin pecado proceder como si no existiese Dios, ni prescindir de la religión como de algo extraño, ni dispensarse de seguir en esta religión las reglas conforme a las que Dios mismo ha declarado que quiere se le honre. Por consiguiente, los Jefes de Estado en cuanto tales, deben tener como santo el nombre de Dios, considerar como uno de sus principales deberes el amparar la religión con la autoridad de las leyes y no determinar ni ordenar nada que sea contrario a su pureza" [4].

1 Encíclica: *Arcanum divinae sapientiae,* 10 febr. de 1880.
2 Encíclica: *Nobilissima Gallorum gens.*
3 Encíclica: *Immortale Dei.*
4 Encíclica: *Immortale Dei.*

FELICIDAD DE LOS REYES. — Además, fuera de las enseñanzas de la Iglesia, los reyes y los pueblos no podrán encontrar la prosperidad ni la felicidad. San Agustín lo escribía ya en su libro de la *Ciudad de Dios:* "Llamamos felices y dichosos a los emperadores cristianos cuando reinan justamente; cuando, entre las lenguas de los que los engrandecen y entre las sumisiones de los que humildemente los saludan, no se ensorberbecen, sino que se acuerdan y conocen que son hombres; cuando hacen que su dignidad y potestad sirva a la Divina Majestad para dilatar cuanto pudieren su culto y religión; cuando temen, aman y reverencian a Dios; cuando aprecian sobremanera aquel reino donde no hay temor de tener consorte que se le quite; cuando son tardos en vengarse y fáciles en perdonar; cuando esta venganza la hacen forzados de la necesidad del gobierno y defensa de la república, no por satisfacer su rencor, y cuando le conceden este perdón, no porque el delito quede sin castigo, sino por la esperanza que hay de corrección; cuando lo que a veces obligados ordenan con aspereza y rigor, lo recompensan con la blandura y suavidad de la misericordia, y con la liberalidad y largueza de las mercedes y beneficios que hacen; cuando los gustos están en ellos tanto más a raya cuanto podrían ser más libres; cuando gustan más de ser señores de sus apetitos que de cualesquiera naciones, y cuando ejercen todas estas virtudes, no por el

ansia y deseo de la vana gloria, sino por el amor de la felicidad eterna; cuando, en fin, no dejan de ofrecer por sus pecados sacrificios de humildad, compasión y oración a su verdadero Dios. Tales emperadores cristianos como éstos decimos que son felices, ahora en esperanza, y después realmente cuando viniere el cumplimiento de lo que esperamos"[1].

San Luis. — De este modo quiso obrar siempre el noble rey que Dios concedió a Francia. Conforme a la palabra de la Escritura "había hecho pacto con el Señor de guardar sus mandamientos y hacerlos guardar a todos"[2]. Dios fué el blanco de su vida, la fe su guía: aquí se halla el secreto de su política y el de su santidad. Como cristiano, servidor de Cristo; como príncipe, su lugarteniente; entre las aspiraciones del cristiano y las del príncipe quedó indivisible su alma; esta unidad hizo su fuerza, como ahora es su gloria, y Cristo, que reinó sólo en él y por él en Francia, le hace reinar consigo en los cielos para siempre. Hay en toda su vida un reflejo de graciosa sencillez que da particular realce a su heroísmo y grandeza; parece que, en su reinado admirable, aun los desastres aumentaron su gloria.

---

1 S. Agustín: *La Ciudad de Dios,* l. V, c. 24.
2 *II Pa.,* XXXIV, 31-33.

La humildad de los reyes santos no es olvido de la grandeza del oficio que cumplen en nombre de Dios; su abnegación no puede consistir tampoco en la negligencia de unos derechos que son deberes también; como la caridad no es impedimento en ellos para la justicia, así el amor a la paz tampoco es en ellos contrario a las virtudes guerreras. San Luis sin ejército no dejaba de tratar con toda la nobleza de su alma con el infiel vencedor; en Occidente, además, pronto se supo y a medida que con los años crecía su santidad se llegó a saber mejor: este rey, que gastaba las noches en rogar a Dios y los días en servir a los pobres, no pensaba ceder a nadie las prerrogativas de la corona que había heredado de sus padres. *En Francia no hay más que un rey,* dijo un día el justiciero del bosque de Vicennes, anulando una sentencia de su hermanos Carlos de Anjou; y los barones en el castillo de Bellême, y los ingleses en Taillebourg no hubieron de esperar tanto tiempo para saberlo. Tampoco Federico II, el cual amenazaba con aplastar a la Iglesia y buscaba cómplices en Francia; a sus explicaciones hipócritas se las dió esta respuesta: *No está tan debilitado aún el reino de Francia, que se deje guiar por vuestras espuelas.*

La muerte. — La muerte de San Luis fué sencilla y grave, como había sido su vida. Dios le llamó para sí en circunstancias dolorosas y tris-

tes, lejos de la patria, en aquel suelo africano donde en otra ocasión tanto tuvo que padecer: espinas santificadoras que debían recordar al príncipe cruzado su joya predilecta, la corona sagrada que supo conseguir para el tesoro de Francia. Movido por la esperanza de convertir al cristianismo al rey de Túnez, llegó a sus costas, donde le esperaba el combáte supremo, más como apóstol que como soldado. *Os comunico el bando de Nuestro Señor Jesucristo y de su ministro Luis, Rey de Francia:* reto sublime lanzado a la ciudad infiel, muy digno de poner fin a tal vida.

VIDA. — San Luis nació el 25 de abril de 1214 y fué bautizado en la iglesia de Poissy. El 8 de noviembre de 1226, al morir su padre, empezó a ser rey de Francia. La reina Blanca de Castilla al momento le hizo consagrar en Reims, y se ocupó de darle una educación regia y, sobre todo, sumamente piadosa. Tomó las riendas del poder a los veinte años y cayó gravemente enfermo. Prometió entonces, si curaba, emprender una cruzada en pro de la libertad de los Santos Lugares. Llegó a Egipto en 1248 y derrotó a los sarracenos, pero la peste diezmó su ejército; fué vencido después y hecho prisionero. Puesto en libertad San Luis, pasó cinco años en Oriente reedificando las ciudades y castillos de los cristianos, libertando esclavos y convirtiendo infieles.

La muerte de su madre le hizo volver a Francia. Gobernó sabiamente el reino y dió a sus súbditos el ejemplo de las más sublimes virtudes. El 2 de julio de 1270 emprendió de nuevo la cruzada, desembarcaba en Túnez, a cuyo rey esperaba convertir. Pero otra vez la peste se declaró en su campo y el rey murió

el 25 de agosto no sin antes dar sus consejos a su hijo Felipe. Trasladóse su cuerpo a San Dionisio en Francia y los milagros obrados junto a su tumba movieron al Papa Bonifacio VIII a ponerle en el número de los Santos.

SÚPLICA. — "Ten a bien escuchar nuestra oración tú, que, llevando la corona real antes de recibir de Roma el nimbo de santidad, autorizaste a todos tus súbditos a llegar hasta ti, ya fuese en tu palacio de París, ya en tus viajes a través de tus provincias, ya debajo del roble de Vincennes, y siendo preferidos los más humildes y los más desheredados.

"Tú, que gobernaste a Francia para darla la paz, la justicia y el amor, ven hoy en su ayuda a restaurar las ruinas de la guerra, a restablecer en ella la equidad y darla la unidad, la concordia y la amistad de unos con otros.

"Tú, que abarcaste en tu solicitud a toda la cristiandad, salva a Europa, que hoy está amenazada de ser destruída por los inventos científicos puestos al servicio del odio y de la furia dominadora, y dala seguridad restituyéndola el sentido de la comunidad espiritual.

"Tú, que mediante las misiones religiosas sucesoras de las Cruzadas deseaste evangelizar a los Infieles, gana para la ley de Cristo los continentes que todavía le desconocen.

"Tú, que en el papado honraste la representación divina entre los hombres, protege al So-

berano Pontífice y con él a los Obispos y a nuestro clero secular y regular.

"Tú, que diste ejemplo de castidad y de paciencia en el matrimonio, de afecto y de vigilancia en la educación paterna, mira bondadoso a nuestros hogares y a nuestra niñez.

"Tú, que no paraste un momento de buscar la paz en ti mismo y en tu derredor, danos la paz interior, hoy más necesaria que nunca por las inquietudes cotidianas y por el aumento de la baraúnda y de las dificultades de la vida.

"Tú, que practicaste con tanto valor, sabiduría y delicadeza de conciencia el cargo más difícil, el de Rey, haz que cumplamos con alegría y a conciencia nuestros deberes profesionales, comprendiendo y aceptando las responsabilidades que nos imponen.

"Tú, que consumiste en la llama de la caridad toda tu vida, alcánzanos el amor que transforma la fealdad del cuerpo y las manchas del alma, que nos permite vencer los prejuicios y las repugnancias y tratar al prójimo como a nosotros mismos y al pobre como enviado de Dios.

"Así podremos esperar encontrarte en el reino de los cielos..." [1].

---

1 Henry Bordeaux, *Saint Louis,* p. 511-512.

EL MISMO DIA

SANTA MARIA MICAELA DEL SANTISIMO SACRAMENTO, VIRGEN

Santa María Micaela del Santísimo Sacramento, llamada también la Madre Sacramento, es una de las grandes figuras de la Iglesia española en el siglo XIX. Nacida en 1809 de la ilustre familia de los Desmaisiéres y López de Dicastillo, fué conocida en el mundo con el nombre de Vizcondesa de Jorbalán; pero indiferente a todos los esplendores de la nobleza y de la fortuna, hizo voto de compartir sus bienes con los pobres y de practicar todo aquello que conociera ser la voluntad de Dios.

Las obras de caridad eran ya su principal tarea desde su juventud. Esto la llevó a trabajar en favor de las infelices muchachas que, en un momento de debilidad, de obcecación o de necesidad, se dejan arrastrar al vicio; y con ese fin instituyó la Congregación de las Señoras Adoratrices, Esclavas del Santísimo y de la Caridad, cuya ocupación debía ser la adoración continua de Cristo en la Eucaristía, la educación religiosa de las colegialas y refugiadas y la instrucción correspondiente a su sexo.

Todas las furias del averno se desataron en terca lucha contra ella, porque comprendía Sa-

tanás que la Madre Sacramento sacaba de sus garras más almas que todos los predicadores juntos. Tanto arreció el encono infernal y de los paniaguados del vicio, que se la apellidó "la siempre calumniada", pero Dios sacó siempre la cara por ella. Su influencia en la sociedad española fué y sigue siendo notable. Se la considera con grandeza de alma y empuje de acción como una *segunda Santa Teresa*. Después de haber propagado por toda España su Instituto, murió en Valencia en 1865 del mal del cólera, que contrajo desafiando a la muerte y sirviendo heroica a las apestadas.

Protege desde el cielo, Micaela, serafín de amor a Dios y al prójimo, sobre todo al sexo débil, a fin de que salgan siempre de nuestras mujeres españolas, cumplidas dechadas de virtud que exciten, para gloria de Dios y de España, otra *eterna calumniada,* la admiración y pasmo del mundo entero.

26 DE AGOSTO

SAN CEFERINO, PAPA Y MARTIR

San Ceferino es el décimocuarto sucesor de San Pedro; después de San Pedro, ningún Papa había tenido tan largo pontificado como San Ceferino, ya que fué elegido el 198 y murió

en 217. Además fué un Pontificado importantísimo a juzgar por los datos que han llegado hasta nosotros.

Un adversario nos le presenta como poco instruído y sin personalidad destacada, pero sabemos que, ayudado por el diácono Calixto, su futuro sucesor, defendió la unidad de la Trinidad y dejó una obra contra los herejes de su tiempo. Reglamentó muchas circunstancias del culto litúrgico, y agrandó el cementerio, llamado más tarde de Calixto, donde en lo sucesivo se enterraron los Papas.

Murió con muerte tranquila, pero, como su vida se desenvolvió en tiempo en que la Iglesia era perseguida, ésta le ha dado el título de mártir, porque fué para su tiempo modelo y testigo de Cristo.

Elogio. — Sucesor de Víctor I, el Pontífice de la Pascua, también a ti te devoró el celo de la casa de Dios [1] para sostener y aumentar cada vez más la regularidad, la dignidad, el esplendor del culto divino en este mundo. En el cielo, la corte del vencedor de la muerte se enriqueció, durante tu pontificado, con la noble conquista de un Ireneo y de una Perpetua y de todos los innumerables mártires a los que la persecución de Septimio Severo dió la corona del triunfo. Entre emboscadas llenas de peligros, la verdad

[1] *S. Juan*, II, 17.

encontró en ti al guardián divinamente asistido que el Señor prometió a su Iglesia [1]. Tu fidelidad quedó recompensada con los nuevos progresos de esta Esposa del Hijo de Dios a ti confiada, con su consolidación definitiva en la tierra de un mundo que tiene que conquistar totalmente para el Esposo. En octubre nos volveremos a encontrar con tu recuerdo, inseparablemente unido al de Calixto, hoy tu diácono, y más tarde Vicario del Hombre-Dios. Bendícenos ahora como padre; y haz que Pedro nos reconozca siempre como hijos suyos.

27 DE AGOSTO

SAN JOSE DE CALASANZ, CONFESOR

LA VOCACIÓN. — *Serás la ayuda del huérfano; a ti se te ha confiado el pobre* [2]. Esta palabra la vió ya Venecia realizada en la persona de su noble hijo, Jerónimo Emiliano, y hoy señala la santidad de otro ilustre personaje que cuenta entre sus antepasados a los primeros príncipes de Navarra, pero que se ha convertido en tronco de una línea más noble en el reino de la caridad.

El descendiente de los Calasanz de Peralta de la Sal, el apóstol a quien los pueblos de

---

1 *S. Lucas,* XXII, 32.
2 Salmo IX, 14.

Aragón, de Cataluña y de Castilla preparan en su admiración agradecida las más altas dignidades, oye resonar en el oído de su alma una voz misteriosa: ACUDE A ROMA; *sal de la tierra de tu nacimiento* [1]; pronto se te aparecerá en su celestial belleza la compañera que se te ha destinado, la santa pobreza, que en este momento te invita a las austeras delicias de su alianza; anda, *aunque no sepas el camino por donde te llevo* [2]; *te haré padre de una gran posteridad* [3]; *te mostraré cuánto tendrás que padecer por mi nombre* [4].

MAESTRO DE ESCUELA.—Fueron necesarios cuarenta años de una fidelidad ciega para preparar al elegido del cielo, en la santidad ignorada, a su vocación sublime. En efecto, nos dice hoy San Juan Crisóstomo en nombre de la Iglesia, "¿qué cosa más grande que modelar almas, formar las costumbres de los niños? Lo digo íntimamente convencido: sin duda ninguna, está por encima de todos los pintores, sobre todos los que fabrican estatuas, sobre toda clase de artistas, el que sabe modelar almas jóvenes" [5].

José comprendió la dignidad de su misión: conforme a las recomendaciones del Santo Doctor [6], a lo largo de los cincuenta y dos años que

---

1 *Gen.*, XII, 1.
2 *Hebr.*, XI, 8.
3 *Gen.*, XII, 2.
4 *Acta*, IX, 16.
5 *Homilía sobre S. Mateo, LX.*
6 *Ibíd.*

Dios le concederá vivir todavía, nada le parecerá despreciable o bajo en el servicio de los pequeños de este mundo; y no le costará nada a través de la enseñanza de las letras, llegar a infundir el temor del Señor[1] a los niños que se llegan a él. De su residencia de San Pantaleón, las Escuelas Pías se extienden rápidamente por toda Italia; luego saltan el mar y los montes y se propagan por Sicilia y España, y los pueblos y reyes se disputan aquel escaso número en Moravia, Bohemia, Polonia y países del Norte.

Calasanz quedaba asociado por la eterna Sabiduría a su obra salvadora en el mundo[2]; reconoció sus trabajos esa misma sabiduría como lo suele hacer con los privilegiados de su amor, ofreciéndoles, según dice el Espíritu Santo, *el combate de los fuertes, en el que les da seguridad de la victoria mediante su ayuda, que es más poderosa que todo lo demás*[3].

A los historiadores de San José de Calasanz se les podría exigir el pormenor de las pruebas que hicieron de él un *prodigio de la fortaleza*[4] que hoy nos recomienda la Iglesia; estas pruebas, basadas en calumnias especiosas de algunos falsos hermanos, llegaron hasta la deposición del Santo y la ruina momentánea de su Orden, que quedó reducida al estado de Con-

1 Salmo XXXIII, 12.
2 Ibíd. CX, 10.
3 *Sab.*, X, 12.
4 Lección del segundo Nocturno.

gregación secular. Pero, después de su muerte, Alejandro VII y luego Clemente IX, devolvieron a las Escuelas Pías el estado Regular y el título de Religiosos de votos solemnes.

VIDA. — San José de Calasanz nació en España, en Peralta de la Sal, en 1556. Desde su niñez manifestó a la Santísima Virgen ternísima devoción. Hizo sus estudios en Estadilla y después en Lérida y fué ordenado sacerdote en 1583. Nombrado Vicario General por el Obispo de Urgel, se mostró muy caritativo con todas las miserias y trabajó en la reforma eclesiástica. Pidió ir a Roma y en 1592 llegó a la Ciudad Eterna, y allí vivió cinco años vida oculta. Pasaba la vida rezando, visitando y cuidando enfermos. Conocedor de la ignorancia religiosa del pueblo, resolvió fundar una "Escuela Pía". En 1621, Pablo V creó una congregación de los Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías: José quedaba nombrado General al año siguiente. Las escuelas se multiplicaron, pero surgieron dificultades entre los profesores. Un intrigante le acusó ante el Santo Oficio e Inocencio X suprimió las Escuelas Pías. El Santo aceptó todas sus pruebas en silencio y con resignación, viendo sólo a Dios en los que le perseguían, y murió a los 92 años, profetizando el restablecimiento futuro de su obra: lo que tuvo lugar en 1656, por voluntad de Alejandro VII. José fué beatificado en 1748 por Benedicto XIV y canonizado por Clemente XIII, en 1767. Pío XII le ha proclamado patrón de todas las escuelas populares cristianas.

PROTECTOR DE LA INFANCIA. — *El Señor ha escuchado el deseo de los pobres, se ha adelantado a los deseos de su corazón* [1], haciéndote el man-

---

[1] *Ofertorio;* Salmo IX, 17.

datario de su amor y poniendo en tus labios la palabra que El formuló el primero: *Dejad que los niños se acerquen a mí*[1].

¡Oh José, cuántos te deberán la felicidad eterna, porque tú y tus hijos habéis conservado en ellos la semejanza divina que recibieron en el bautismo, el único título del hombre para entrar en los cielos[2]! Bendito seas por haber merecido la confianza de que Jesús encomendase a tus cuidados a estos seres tan débiles, objeto de su divina predilección.

La prueba. — Bendito seas también por haber justificado mejor todavía esta confianza en el Señor, al dar licencia al infierno, como en otro tiempo con Job, de acabar con todo en torno tuyo. ¿No es justo que Dios pueda contar con los suyos de modo inalterable? ¿No resulta de suma conveniencia que, en medio de las defecciones de este triste mundo, justifique ante sus Angeles, su gracia y nuestra pobre naturaleza, manifestando hasta dónde pueden llegar en sus Santos las determinaciones de su voluntad siempre adorada?

Las Escuelas Pías. — La reparación que tu confianza invencible esperaba de la Madre de Dios, tenía que venir cuando al cielo pluguiese. Oh José, ahora cuando ha sonado ya la hora de

1 *S. Marcos*, X, 14.
2 *Ibid.*

la resurrección para las Escuelas Pías, tanto tiempo esperada, bendice a tus hijos, cuyo número, en nuestro siglo, crece constantemente; concédeles las bendiciones de Jesús Niño, y otro tanto a los numerosos estudiantes que continúan ellos formando en la ciencia cristiana; y a todos lo que dedican sus trabajos y su vida en pro de la juventud, infúndeles tu espíritu, dales fortaleza; levanta nuestras almas a la altura de las enseñanzas de tu heroica existencia.

28 DE AGOSTO

SAN AGUSTIN, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

EL ALMA DE LOS SANTOS. — ¡"Que admirable es Dios en sus Santos" [1]! Esta exclamación del Salmo nos la sugiere la Liturgia casi todos los días. Entre todos los espectáculos a propósito para alegrarnos y animarnos, no hay ninguno que cause tanta admiración como el alma de un santo. ¡"Qué hermosa es un alma"!, decía el Santo Cura de Ars; y Santa Catalina de Génova exclamaba un día que recibió del cielo el favor de contemplar un alma en estado de gracia: "Señor, si no supiese que hay un solo Dios, creería que esta alma es un dios." La Iglesia se com-

[1] Salmo LXVII, 36.

place en traer a nuestra memoria el recuerdo de los Santos, agruparnos junto a sus altares, exponer sus reliquias a nuestra veneración y proponernos sus ejemplos y consejos. En ellos nos muestra lo que la naturaleza y la gracia tienen de más elevado y más suave, de más misterioso y más atractivo.

San Agustín. — Es muy difícil comparar los méritos de los Santos para averiguar quiénes son los más grandes, y quizá sea preferible no intentarlo siquiera. Con todo, no podemos menos de reconocer en el que la Iglesia celebra hoy, "al hombre que, unido al cuerpo místico de Cristo como por un milagro, no tuvo tal vez nunca, a juzgar por la historia, en ningún tiempo ni en ningún pueblo, otro que le igualase en grandeza ni en sublimidad" [1].

Es de esos hombres suscitados por Dios, para que, con su talento superior y con sus obras, adaptándose a las necesidades de su época y de todos los tiempos, fortalezcan y continúen sosteniendo al pueblo cristiano, sobre todo cuando el poder de las tinieblas se presenta más amenazador y el error se propaga con mayor facilidad. "Es, decía León XIII, un ingenio vigoroso que, dominando todas las ciencias humanas y divinas, combatió todos los errores de su tiempo" [2];

---

1 Encíclica *Ad salutem humani* del 20 de abril de 1930.
2 Encíclica *Aeterni Patris.*

y, si la autoridad de su palabra no puede ponerse por encima de la autoridad de la Iglesia docente, sabemos, al menos, que "la Iglesia romana sigue y conserva la doctrina de San Agustín."

EL AMANTE DE LA SABIDURÍA. — San Agustín es, en primer lugar, el amante de la Sabiduría, que es Dios: "La ama a Ella sola por sí sola y únicamente por Ella ama el descanso y la vida [1]. Oigámosle un momento desahogar su corazón, que fué objeto de tan gran misericordia: ¡"Qué tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, qué tarde te amé"! Y tú estabas dentro de mí y yo fuera y por fuera te buscaba... [2]. Pregunté a la tierra y me dijo: No soy yo el que tú buscas; y todas las cosas que hay en ella me confesaban lo mismo. Pregunté al mar y los abismos y a los reptiles de alma viva, y me respondieron: No somos tu Dios; búscale sobre nosotros. Interrogué a las auras que respiramos, y el aire todo, con sus moradores me dijo: Engáñase Anaximenes: yo no soy tu Dios. Pregunté al cielo, al sol, a la luna y a las estrellas: tampoco somos nosotros el Dios que buscas, me respondieron. Dije entonces a todas las cosas que están fuera de las puertas de mi carne: Decidme algo de mi Dios, ya que vosotras no lo sois; decidme algo de él. Y exclamaron todas con

[1] Juan II, *Registro de Cartas,* l. X, c. XXXVII.
[2] *Confesiones,* l. X, c. XXVII.

grande voz: *El nos ha hecho*[1]. Si hubiese alguien en quien callase el tumulto de la carne; callasen las imágenes de la tierra, del agua y del aire; callasen los mismo cielos y aun el alma misma callase y se remontase sobre sí no pensando en sí; si callasen los sueños y revelaciones imaginarias, y, finalmente, si callase por completo toda lengua, todo signo y todo cuanto se hace pasando, puesto que todas estas cosas dicen a quien las presta oído: No nos hemos hecho a nosotras mismas, sino que nos ha hecho el que permanece eternamente; si, dicho esto, callasen dirigiendo el oído hacia aquel que las ha hecho, y sólo él hablase, no por ellas, sino por sí mismo, de modo que oyesen su palabra, no por lengua de carne, ni por voz de ángel, ni por sonido de nubes, ni por enigmas de semejanza, sino que le oyésemos a él mismo, a quien amamos en estas cosas, a él mismo sin ellas, como al presente nos elevamos y tocamos rápidamente con el pensamiento la eterna Sabiduría, que permanece sobre todas las cosas; si, por último, este estado se continuase y fuesen alejados de él las demás visiones de índole muy inferior, y esta sola arrebatase, absorbiese y abismase en los gozos más íntimos a su contemplador, de modo que fuese la vida sempiterna cual fué este momento de intuición por el cual suspiramos, ¿no sería esto el *Entrar en el gozo de tu Se-*

---

1 *Confesiones*, l. X, c. VI.

ñor [1]? Llamaste y clamaste, Señor, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y fugaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me abrasé en tu paz. Cuando yo me adhiriere a ti con todo mi ser, ya no habrá más dolor ni trabajo para mí" [2].

El Doctor de la Iglesia. — Mucho tiempo fué Agustín esclavo de las concupiscencias y de las pasiones de su corazón, mucho tiempo su inteligencia estuvo presa de los errores maniqueos, y mucho le costó también romper estos lazos y volver a hallar la verdad de la Iglesia católica. Pero, una vez convertido, emprendió resueltamente la ofensiva contra el error. Venía detrás de los célebres Doctores Clemente de Roma, Ireneo, Hilario, Atanasio, Ambrosio, Basilio, Juan Crisóstomo; pero su enseñanza oral y escrita a lo largo de casi medio siglo, es la que más nos admira.

Se declara enemigo del maniqueísmo, del que en otro tiempo fué apóstol convencido, y reduce a la nada a esa extraña herejía, que, para explicar la existencia del mal, había imaginado el divinizarle y ponerle en contra del Dios bueno. Pero, en esta lucha muestra Agustín su alma saturada de mansedumbre para aquellos con quienes compartió tanto tiempo la misma ilu-

[1] *Confesiones*, l. IX, c. X.
[2] *Ibid*, l. X, c. XXVII.

sión: "Sean severos con vosotros los que no saben cuán raro es y cuánto cuesta llegar a superar con la serenidad de un alma piadosa los fantasmas de los sentidos. Muéstrenseos duros los que ignoran con qué trabajo se cura el ojo del hombre interior, para mirar a su sol, al sol de justicia; los que no saben con qué ansias y con qué gemidos se llega a entender un poco de Dios. Tolero, por fin, la intransigencia de aquellos que jamás conocieron tal seducción como la que os hace vivir equivocados... Por mi parte, de ningún modo seré exigente con vosotros, porque, además de que las vanas imaginaciones de lo que buscaba mi espíritu le traían al retortero, tuve parte en vuestra miseria y hube de llorar mucho" [1].

Le era más agradable demostrar a los hombres su último fin y el medio único de conseguir la bienaventuranza, como lo hace en esta famosa oración: "Nos has hecho para ti, oh Dios mío, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti" [2]; y recordarles que inútilmente intentarían conseguir el cielo sin la sumisión y la obediencia que se deben a la Iglesia católica, que es la única instituída por Dios para llevar a las almas la luz y la fuerza. El mismo santo tenía sumo empeño en someterse a la autoridad de la Iglesia docente, convencido de que, mien-

1 Contra epist. Manichael quam vocant fundamenti, 2-3.
2 *Confesiones,* l. I, c. I.

tras así obrase, no se apartaría ni un ápice de la verdadera doctrina.

De modo especial le agrada defender la naturaleza de la gracia, ya que sabe muy bien cuánto la debe. Su oración favorita: "Señor, concédeme lo que mandas y manda lo que quieras"[1], hería el orgullo del monje Pelagio, para quien la naturaleza era omnipotente en hacer el bien y se bastaba totalmente en orden a la salvación, puesto que el pecado original no la había cambiado. Hizo de la gracia un estudio tan acabado y perfecto, que se le llamó el "Doctor de la gracia", al cual consultarán en adelante los escritores católicos al tratar esta materia, para, siguiendo sus enseñanzas y las de la Iglesia, verse libres de incurrir en error.

La enseñanza de su vida. — Pero hay otra enseñanza que Agustín daba a los fieles: la de su vida virtuosa. Posidio, su primer biógrafo, aseguraba que "los que pudieron verle y oírle predicar en la iglesia, y sobre todo los que disfrutaron de su conversación, sacaron mucho provecho. Porque no sólo era un sabio en las cosas del reino de los cielos, sino que era de aquellos de quienes había dicho el Salvador: El que practicare y enseñare a los hombres de esta manera, ése será grande en el reino de los cielos." Buscó ardorosamente la caridad como la más noble de las virtudes y la cultivó con tal constancia, que

[1] *Confesiones*, l. X, cc. XXIX, XXXI.

se le representa con un corazón de fuego en la mano; su alma, a veces, volaba hacia Dios, como él mismo nos lo ha contado en el famoso episodio del éxtasis de Ostia. Y es que se entregaba, sin interrupción, a contemplar la vida de Cristo y, además, se esforzaba por reproducir en sí el modelo divino, devolviendo amor por amor, como él lo aconsejaba a las vírgenes: "Quede grabado en vuestro corazón, el que por vosotras fué clavado en la cruz."

LAS PRUEBAS. — No podía faltar la prueba del dolor a esta alma grande. Ni nos debemos figurar al santo en meditación apacible, o escribiendo en la paz de una sencilla ciudad episcopal, escogida con tal intento por la Providencia, esas obras preciosas, cuyos frutos recogería el mundo hasta nuestros días. En esta vida no hay fecundidad sin padecimiento, sin tribulaciones públicas o privadas, sin sacrificios conocidos de Dios o de los hombres; cuando, al leer los escritos de los Santos, brotan en nosotros pensamientos piadosos, resoluciones generosas, no debemos contentarnos, como si se tratase de libros profanos, con rendir un tributo de admiración al genio de sus autores, sino más bien pensar cuánto les costó a ellos el bien sobrenatural que producen en nuestras almas. Antes de llegar Agustín a Hipona, los Donatistas contaban ya tal mayoría, que refiere el Santo que se valían de ello hasta prohibir cocer pan para

los católicos[1]. Al morir el Santo, las cosas habían cambiado notablemente; pero fué necesario que el pastor prefiriendo a todo otro deber el de salvar contra viento y marea las almas que se le habían confiado, gastase sus días y sus noches en esta obra primordial, corriendo más de una vez el peligro afortunado del martirio[2]. Los jefes de los cismáticos, temiendo la fuerza de sus razones más aún que su elocuencia, se negaban a disputar con él, y habían hecho público que matar a Agustín sería una obra laudable, merecedora del perdón de todos los pecados en quien se comprometiese a llevarla al cabo[3].

Rogad por nosotros, decía al principio de su ministerio, rogad por nosotros, que vivimos de manera tan precaria, entre los dientes de lobos furiosos; ovejas descarriadas, ovejas obstinadas, que se molestan porque vamos tras ellas, como si sus extravíos las hiciesen no ser nuestras"[4].

SU CELO. — Y con su rebaño fiel, ¡qué abnegación y qué bondad manifestaba el Pastor! Es una delicia verle en medio de su pueblo, hablándole familiarmente, dejándose asediar y cautivar de él. Su puerta siempre abierta a todo el que llegaba, atendía toda petición, todo dolor, todo litigio. A veces, ante la insistencia de las

---

[1] Contra litteras Petiliani, II, 184.
[2] Posidius, *Vita Augustini*, 13.
[3] *Ibid.*, 10.
[4] Sermón XLVI, 14.

otras iglesias y de los concilios que reclamaban sus trabajos y sus consejos, Agustín y sus visitantes hacían un pacto que, por cierto, duraba muy poco porque sobre todo los pobres y los humildes sabían que la vida y el corazón del Santo era para ellos.

Se necesitaría poder leer todas sus obras, el relato de sus "Confesiones", sus Sermones y sus Homilías para llegar a comprender a esta alma incomparable. Pío XI, al terminar la Encíclica que dedicó a ensalzarle, decía que "su vida y sus méritos, su agudo ingenio, la amplitud y profundidad de su ciencia, la sublimidad de su santidad, la lucha que tuvo que sostener para defender la verdad católica, hacen que no se puedan encontrar, por decirlo así, otros hombres, o muy pocos a quienes compararle, desde el principio del mundo hasta hoy."

La grandeza de los santos no se parece a la de los poderosos de este mundo; éstos nos asustan y aquéllos, al contrario, nos atraen y nos infunden confianza. No nos desalientan ni la sublimidad de su ingenio, ni la santidad de su vida, ni el rigor de su penitencia, ni el fuego de su caridad. Por el dogma de la Comunión de los Santos sabemos que son hermanos nuestros; y, por estar cerquita del Señor, se parecen a él, participan de su ternura, de su benignidad, de su misericordia. Nos dejaron sus ejemplos y sus enseñanzas y ahora ofrecen su oración y sus méritos para que, siquiera de lejos, los sigamos

por el camino que lleva a Dios. ¡Ojalá lleguemos a unirnos íntimamente y para siempre con este Dios, al que Agustín se lamentaba "de haber conocido y empezado a amar demasiado tarde"!

VIDA. — Agustín nació en Tagaste, en Numidia, el 13 de noviembre de 354, de padre pagano y de madre cristiana, Santa Mónica. De inteligencia brillante, estudió en Cartago, luego en Roma y en Milán, donde enseñó la retórica. En su juventud conoció el desarreglo de los sentidos y cayó en la herejía maniquea. Pero, tocado por la gracia que le ganaron las oraciones y las lágrimas de su madre Santa Mónica, ilustrado por las enseñanzas y los consejos de San Ambrosio, se convirtió y recibió el bautismo el 25 de abril de 387. Poco después llegó a Africa para practicar allí, con otros muchos discípulos, una vida monástica totalmente dedicada a la oración y al estudio. En 391 se ordenó de sacerdote. Su ciencia, su elocuencia, su santidad, le valieron para suceder a Valerio, obispo de Hipona. Durante cerca de cuarenta años se entregó a la enseñanza de su pueblo, a la conversión de los herejes y a escribir sus innumerables obras. Murió en 430, cuando los vándalos ponían cerco a su ciudad.

SÚPLICA. — Por fin, después de doce siglos, se ha vuelto a ver la Cruz en Africa, tan querida, en donde había perecido hasta el nombre de muchas iglesias en otro tiempo florecientes. ¡Quiera Dios que la libertad de que ahora disfruta, la alcance pronto su triunfo sobre el Corán! ¡Ojalá que la nación que hoy protege tu suelo natal, pueda sentirse orgullosa de este nuevo honor y comprender las obligaciones que para ella de él se derivan!

Tu acción, con todo, no se había amortiguado a lo largo de esta noche prolongada. Tus obras inmortales iluminaban las inteligencias y despertaban el amor a través del mundo entero. En las basílicas atendidas por tus hijos e imitadores, el esplendor del culto divino, la perfección de las melodías santas, mantenían en el corazón de los pueblos el gozo sobrenatural que se apoderó del tuyo al resonar por primera vez en nuestro Occidente el canto alterno de los Salmos y de los Himnos litúrgicos [1], bajo de la dirección de Ambrosio. En todas las épocas la vida perfecta renovó su juventud con las mil formas que la exige revestir el doble mandamiento de la caridad, bebiendo en las aguas que corren de tus fuentes [2].

Ilumina continuamente a la Iglesia con tus incomparables luces. Bendice a las muchas familias religiosas que se amparan en tu insigne patrocinio. Ayúdanos a todos alcanzándonos el espíritu de amor y de penitencia, de confianza y de humildad, que tan bien dice en un alma rescatada; enséñanos lo débil e indigna que es la naturaleza después de la caída, pero danos también a conocer la bondad sin límites de nuestro Dios, la superabundancia de su redención, la omnipotencia de su gracia. Y que todos contigo sepamos, no sólo reconocer la verdad, sino tam-

---

1 *Confesiones*, l. IX, cc. VI, VII.
2 *Prov.*, V, 16.

bién decir a Dios de modo leal y práctico: "Nos hiciste para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti"[1].

EL MISMO DIA

SAN HERMES, MARTIR

Si Africa se siente orgullosa de festejar a su gran Obispo, Roma se dirige hoy a la basílica de San Hermes, uno de sus mártires más famosos. Hay indicios de que era esclavo o liberto y, aunque nada se puede afirmar de un modo exacto acerca de su vida y de su muerte, su culto al menos queda sólidamente probado por la catacumba que lleva su nombre y por las iglesias que se le dedicaron en Roma, en Cerdeña y en Sicilia.

Recitemos en su honor la colecta de la Misa: "Señor, que diste valor y constancia en los suplicios al bienaventurado mártir Hermes, concédenos que le imitemos en el desprecio de los favores del mundo y que no temamos tenerle a éste por enemigo. Amén."

"El espíritu del mundo es sutilísimo: ve al momento si estamos de acuerdo con él, o si por el contrario vivimos del espíritu de Jesucristo. Estos dos espíritus son entre sí irremediable-

[1] *Confesiones*, l. I, c. I.

mente contrarios y sin posibilidad de un acuerdo. Los que quieran seguir a Cristo, tienen que resignarse a sufrir la guerra de parte del mundo. Pero ¿hemos dicho resignarse? Se tienen que alegrar y dar gracias a Dios" [1].

29 DE AGOSTO

LA DEGOLLACION DE SAN JUAN BAUTISTA

El relato evangélico. — "En aquel tiempo envió Herodes y prendió a Juan y le metió en la cárcel por causa de Herodías, mujer de su hermano Felipe, con la cual se había unido. Porque Juan le decía: No te es lícito tener la mujer de tu hermano. Y Herodías le acechaba y quería matarle, pero no podía. Pues Herodes sentía respeto por Juan, sabiendo que era un hombre justo y santo: y le protegía y hacía muchas cosas que le oía y le escuchaba con gusto. Y, llegado el día oportuno, Herodes, para celebrar su cumpleaños, dió una gran comida a los príncipes y a los tribunos y primates de Galilea. Y, entrando la hija de la misma Herodías, bailó y agradó tanto a Herodes y a los convidados, que dijo el rey a la muchacha: Pídeme lo que quieras y te lo daré. Y la juró: Todo lo que me pidas te lo

[1] Card. Schuter, *Liber Sacram.*, VIII, 247, de la traducción española por el R. P. Victoriano González, O. S. B., de Samos. Herder. Barcelona, 1948.

daré, aunque sea la mitad de mi reino. Y, saliendo ella afuera, dijo a su madre: ¿Qué pido? Y ella le dijo: La cabeza de Juan Bautista. Y, habiendo entrado luego con presura al rey, le pidió diciendo: Quiero que me des al punto en un plato la cabeza del Bautista. Y se entristeció el rey; pero, por el juramento y por los demás convidados, no quiso contristarla; y, enviando a un guardián, le ordenó que trajese la cabeza en un plato. Y le degolló en la cárcel. Y trajo su cabeza en un plato. Y se la dió a la muchacha y la muchacha se la dió a su madre. Oído lo cual, fueron sus discípulos y recogieron su cuerpo, y lo pusieron en un sepulcro" [1].

ENSEÑANZA DE LOS SANTOS PADRES. — Así, pues, terminó el mayor entre los nacidos de mujer [2], sin testigos, en la prisión de un tiranuelo, siendo víctima de la más vil de las pasiones y el precio de una bailarina. La Voz del Verbo prefirió morir a guardar silencio ante el crimen, aun en el caso de no tener esperanza de corregir al culpable; prefirió morir antes que renunciar a su libertad en hablar, aunque tuviese que vivir encadenado. *Hermosa libertad la de la palabra,* según la expresión de San Juan Crisóstomo, cuando es en realidad la misma libertad del Verbo de Dios, cuando por ella no se interrumpe el vibrar aquí abajo de los ecos de los collados

[1] Evangelio de la fiesta, *S. Marcos,* VI, 17-29.
[2] *S. Mateo,* XI, 11.

eternos. Entonces sí que es un escollo para la tiranía, a la vez que salvaguardia del mundo, de los derechos de Dios y del honor de los pueblos, de los intereses del tiempo y de la eternidad. La muerte no puede triunfar sobre ella; al asesino impotente de Juan Bautista, a todos los que le quieran imitar, les repetirán mil bocas contra una, hasta el fin de los tiempos, en todas las lenguas y en todas partes: *No te es lícito tener la mujer de tu hermano.*

"¡Grande y admirable misterio!, exclama por su parte San Agustín. *Es necesario que él crezca y que yo disminuya* [1], decía San Juan, decía la Voz que personificaba a las voces que la precedieron anunciando como él a la Palabra del Padre encarnada en su Cristo. Toda palabra, en cuanto significa una cosa, permanece inmutable y una en la mente que la concibe, aunque puedan ser múltiples las palabras que la dan cuerpo externamente, las voces que la propagan, las lenguas a que se traduce. A quien conoce la palabra, las fórmulas y la voz resultan inútiles. Voz fueron los Profetas, voz los Apóstoles; voz en los Salmos, voz en el Evangelio.

"Pero llega la Palabra, *el Verbo que existía en el principio, el Verbo que estaba en Dios* [2]: cuando *le veamos como él es* [3], ¿oiremos todavía recitar el Evangelio? ¿Escucharemos a los Profetas?

---

1 *S. Juan,* III, 30.
2 *Ibid.,* I, 1.
3 *I S. Juan,* III, 2.

¿Leeremos las Epístolas de los Apóstoles? La voz desfallece cuando crece el Verbo... No quiere eso decir que en sí mismo el Verbo disminuya o aumente. Pero se dice que crece en nosotros cuando en realidad somos nosotros los que crecemos en El. Por consiguiente, las palabras son menos útiles a los que se acercan a Jesucristo, a los que hacen progresos en la contemplación de la Sabiduría; y es necesario que poco a poco vayan las palabras desapareciendo. De este modo va decreciendo el ministerio de la voz, a medida que el alma va acercándose al Verbo; por eso *es necesario que Cristo crezca y que Juan disminuya.* Eso indican también la degollación de Juan y la exaltación de Cristo en la Cruz, como vemos sucedió en sus fechas de nacimiento; pues, a partir del nacimiento de Juan disminuyen los días, y van aumentando desde la fecha del nacimiento del Señor" [1].

LA ELECCIÓN DE ESTA FIESTA. — Lección útil la que se da a los guías de almas por los senderos de la vida perfecta. Si, desde un principio, deben respetuosamente observar la acción de la gracia en cada una de ellas, para coadyuvar a la obra del Espíritu Santo y no imponerse a El; del mismo modo es necesario, que a medida que las almas progresan, eviten ellos el obstruir al Verbo con la abundancia de su propia palabra. Contentos entonces de haber conducido a la Es-

[1] Sermón CCLXXXVIII.

posa hasta el Esposo, saben decir con Juan: *Es necesario que El crezca y yo disminuya.*

Y ¿por ventura no nos insinúa la Liturgia una lección parecida, al verla en los días siguientes como moderando sus propias enseñanzas con la disminución del número de fiestas y la ausencia prolongada de las grandes solemnidades, que no reaparecerán ya hasta noviembre? No tiene otras pretensiones la escuela de la Liturgia sino de la de disponer al alma de modo más seguro y perfecto, mejor que ninguna otra escuela, al magisterio interior del Esposo. La Iglesia querría, como Juan, si fuese posible, dejar siempre hablar a Dios solo; al menos, ya hacia el fin del camino, la gusta ir moderando su voz, porque desea dar ocasión a sus hijos a que demuestren que saben escuchar dentro de sí mismos a Aquel que para ella y para ellos es el único amor. A los intérpretes de su pensamiento toca comprenderlo bien.

Este relato evangélico hace también notar lo extraordinaria que es la vocación de Juan. "Enseña al cristiano que debe confesar la verdad y saber morir por ella, aun en el caso de que su palabra no sea escuchada y a juicio de los hombres su muerte no sirva de nada. Dios puede malgastar de modo aparente sus bienes: todo es de El; con sus profetas y sus santos, puede hacer gala de su soberanía absoluta; la verdad sólo necesita de nuestro testimonio" [1].

[1] Dom Delatte, *l'Evangile,* I, 381.

La fiesta de la Degollación de San Juan Bautista puede considerarse como uno de los jalones del Año Litúrgico del modo que acabamos de exponer. Los griegos la tienen por fiesta de guardar. Se prueba su gran antigüedad en la Iglesia latina por la mención que de ella se hace en el Martirologio que llaman de San Jerónimo y el lugar que ocupa en los Sacramentarios gelasiano y gregoriano. La muerte santa del Precursor sucedió cerca de la fiesta de Pascua; para honrarle con más libertad se escogió este día, que recuerda también el descubrimiento de su gloriosa cabeza en Emesa.

Las reliquias. — De Maqueronte al otro lado del Jordán, en donde su maestro consumó el martirio, los discípulos de Juan llevaron su cuerpo a Sebaste, la antigua Samaria, fuera de las fronteras de Antipas; pues era urgente librarle de las profanaciones que Herodías no escatimó a su augusta cabeza. La venganza de la desgraciada no se consideró, en efecto, satisfecha hasta que pudo clavar un alfiler de su cabellera, en la lengua que no había temido reprocharla su desvergüenza. En tiempo de Juliano el Apóstata, los paganos quisieron completar su obra, al invadir el sepulcro de Sebaste para quemar y dispersar los restos del Santo. Pero este sepulcro vacío continuaba siendo el terror de los demonios, como lo confirmaba Santa Paula religiosamente conmovida unos años más tarde. Sal-

vada la mayor parte de todas estas preciosas reliquias, se extendieron por Oriente. Principalmente en la época de las Cruzadas vinieron a nuestras regiones, donde son la gloria de muchas iglesias.

EL MISMO DIA

CONMEMORACION DE SANTA SABINA, MARTIR

La Liturgia con la fiesta de San Juan Bautista junta la memoria de Santa Sabina, mártir romana. Nada sabemos de su vida ni de su muerte ni de la antigüedad de su culto, pero en cambio tiene el privilegio de una de las más bellas iglesias de la Ciudad eterna, a la cual acuden multitud de fieles y artistas. Esta iglesia es casi la única que en Roma ha conservado su forma del siglo v, y el esplendor de su nave, la elegancia de las columnas, la riqueza de los capiteles y de los mosaicos producen en los peregrinos un sentimiento de grata admiración.

En otro tiempo, el Papa venía aquí todos los años a recibir la Ceniza y hoy todavía tiene lugar en esta iglesia la primera estación cuaresmal como para hacer agradable y luminoso el largo período de penitencia que debe preparar a la Pascua.

Aquí pasó Santo Domingo los últimos meses de su vida; su recuerdo lo guardan fielmente sus

hijos, los cuales atienden a la Basílica y han vivido siempre en el convento vecino, dado a la Orden por el Papa Honorio III.

También fué aquí donde el Patriarca dió el hábito religioso a San Jacinto y al Venerable Ceslas, y en donde, en el siglo pasado, el Padre Lacordaire hizo su noviciado antes de restaurar la Orden de los Frailes Predicadores en Francia.

Aunque los recuerdos dominicanos nos toquen más de cerca, no debemos olvidar a la humilde mártir de quien sólo conocemos el nombre, pero cuya virginidad y muerte ante Dios fueron preciosas.

"Oh Dios, que entre otros milagros de tu poder, diste la victoria del martirio al sexo frágil: concédenos propicio que, los que celebramos el natalicio de tu mártir Santa Sabina, marchemos hacia ti siguiendo sus ejemplos. Amén."

30 DE AGOSTO

SANTA ROSA DE LIMA, VIRGEN

¡"La primera flor de santidad que América del Sur dió al mundo: la virgen Rosa..."! Con esta palabra de gozo y admiración comienza la Iglesia el elogio de la joven virgen que en el Nuevo mundo iba a reproducir tantas proezas de la santidad de Catalina de Sena y a servir

de preludio a la sencillez de la infancia espiritual de Santa Teresita de Lisieux.

Conquista de América. — Apenas había transcurrido un siglo desde aquel día en que España, terminada su larga Cruzada contra los moros, se dirigía al poniente y descubría un mundo nuevo y dilatado. Y hacia él envió no sólo sus héroes y sus exploradores, sino también sus mejores hijos, es decir, sus misioneros, con el fin de anunciar a los pueblos paganos la buena nueva del Evangelio, de despertar sus inteligencias al conocimiento del verdadero Dios y consagrar sus obras al divino servicio. Por desgracia, a América no sólo llegó gente desinteresada y sin más miras que implantar la civilización cristiana; fueron también aventureros, cuya crueldad y sed de oro eran el azote de los indios.

Las pobres gentes pronto se vieron saqueadas y exterminadas por aquellos extranjeros que les daban el mal ejemplo de todos los vicios y los trataban como esclavos. En Lima, construída al pie de las cordilleras como la metrópoli de una de las provincias conquistadas, era tal la corrupción, que San Francisco Solano tuvo que imitar al profeta Jonás y amenazarla, como a Nínive, con los castigos divinos.

La flor de santidad. — Pero la misericordia de Dios había tomado ya la delantera; *la jus-*

ticia y la paz se habían dado el beso [1] en el alma de una niña siempre pronta a todas las expiaciones e insaciable de amor. ¡Cómo nos gustaría detenernos a contemplar a la virgen peruana en su heroísmo siempre desconocido, en su gracia tan cándida y tan pura! Rosa sólo tuvo suavidades de bálsamo para los que la trataban, y guardó para sí el secreto de las espinas, sin las cuales no se dan las rosas en este mundo. Como si hubiese nacido de la sonrisa de María, arroba al Niño Jesús, que la quiere en su corazón. Las flores la reconocen por reina y en cada estación las ve que responden a su deseo; a su invitación, las plantas se agitan gozosas, los árboles inclinan sus ramas, toda la naturaleza salta de contento, los insectos organizan coros, rivalizan con ella en armonía los pájaros para celebrar al Creador. Ella misma canta recordando los nombres de su padre y de su madre, Gaspar de las Flores y María de Oliva, diciendo: "¡Oh Jesús mío, qué hermoso eres entre las flores y las olivas; no desdeñes tampoco a esta tu Rosa!"

Entretanto la eterna Sabiduría se iba manifestando en los juegos del Niño Dios y de esta su amada [2]. Clemente X, en la bula de canonización, nos recuerda que un día en que ella estaba con mayores dolores, el amantísimo Hijo de la Virgen bendita la invitó a una misteriosa partida de juego donde la puesta quedaba a la

---

[1] Salmo LXXXIV, 11.
[2] *Prov.*, VIII, 30-31.

libre elección del vencedor. Gana Rosa y, exigiendo su curación, al punto se la concede. Pero Jesús reclama el desquite y, ganándola esta segunda vez, la devuelve los dolores juntamente con el don de la paciencia, y la santa se alegra de haber perdido, porque comprende que ha ganado más en la segunda partida que en la primera.

En las sobrehumanas torturas de su última enfermedad, a los que la exhortaban a tener ánimos, respondía ella: "Lo que pido a mi Esposo es que no termine nunca de abrasarme en los más agudos ardores, hasta que me convierta en el fruto maduro que se digna recibir de este mundo en su mesa de los cielos." Y, como se admirasen de su seguridad, de su certeza de ir derechamente al paraíso, añade con vehemencia estas palabras que revelan otro aspecto de su alma: "Tengo un Esposo que puede todo lo que se puede hacer y que posee las mayores maravillas que pueden existir; y no me puedo figurar que voy a recibir de él cosas pequeñas."

La gloria. — Las promesas y las atenciones del Señor con Rosa justifican sobradamente la confianza que tenía ésta en la infinita bondad. Tan sólo contaba treinta y un años cuando, en la noche que antecede a la fiesta de San Bartolomé de 1617, oyó esta voz: *El Esposo está aquí*[1]. En Lima, en todo Perú, en América entera, el

[1] *S. Mateo*, XXV, 6.

tránsito de la humilde virgen, desconocida de muchísimos hasta ese momento, quedó señalado con prodigios de conversión y de gracia. "Se pudo asegurar jurídicamente, dice el Sumo Pontífice [1], que desde el descubrimiento del Perú no hubo ningún misionero que produjese un movimiento tan general de penitencia". Y cinco años después se inauguraba el monasterio de Santa Catalina de Sena que debía continuar en el centro de Lima la obra de santificación, de saneamiento y de defensa social, y que se llamaba el monasterio de Rosa porque ella fué, en efecto, la fundadora y la madre. Y esta joven, que no hizo más que rezar y sufrir y que, en medio de la corrupción del mundo, ofreció a Dios su virginidad y no buscó más que la obscuridad y el silencio, es la que ha llegado a ser la Patrona del Perú; y el mismo Papa Clemente X extendió su patronato a las Indias, a las Filipinas y a toda América.

VIDA. — Rosa nació en Lima, Perú, el 20 de abril de 1586, de una familia de origen español. En el bautismo la pusieron el nombre de Isabel, pero por la frescura de su tez la llamaron Rosa. En su infancia y vida breve fué probada con dolores y con la pobreza de sus padres. Tomó por modelo a Santa Catalina de Sena y, a imitación suya, vivía en casa como verdadera religiosa y casi reclusa. Amaba la soledad, se imponía rudas penitencias por la conversión de los infieles y de los malos cristianos, y cuidaba y consolaba a sus padres. Se inscribió en la Orden Tercera de Santo Do-

[1] Bula de canonización.

mingo, cuyo hábito llevaba, y murió a los 31 años el 24 de agosto de 1617. Dieron fe de su santidad numerosos milagros y Clemente IX la beatificó en 1668 y luego Clemente X el 12 de abril de 1671 la canonizó. Su fiesta se extendió a la Iglesia universal, y sus reliquias se veneran en Lima y, en la Iglesia de Santa María de la Minerva, en Roma.

PLEGARIA POR AMÉRICA. — Patrona de tu patria de este mundo, vela siempre por ella. Corresponde a su confianza, aun en el orden de la vida presente, amparándola en los terremotos y en las conmociones políticas. Extiende tu acción tutelar a las repúblicas jóvenes que la rodean y que te veneran también; de igual modo que a tu tierra natal, protégelas contra el espejismo de las utopías que llegan de nuestro viejo mundo, contra las revoluciones y las ilusiones de su propia juventud, contra las sectas condenadas que acabarían por sacudir hasta su fe siempre viva. Y, finalmente, Rosa amada del Señor, echa una sonrisa a toda la Iglesia, que hoy se siente arrebatada por tus celestiales encantos. A semejanza de ella, todos queremos correr en pos del olor de tus perfumes [1].

...POR TODOS LOS FIELES. — Enséñanos a dejarnos ganar como tú por el rocío celestial. Enséñanos a responder a lo que, tomando la delantera, quiere de nosotros el divino escultor, el cual se te apareció un día entregando a la soli-

1 Colecta de la fiesta; *Cant.*, I, 3.

citud de los que ama los mármoles mejores de las virtudes, para que los pulan y los tallen con la ayuda de las lágrimas y del cincel de la penitencia. Y más que nada enséñanos la confianza y el amor. Dijiste tú que todo lo que obra el sol en la inmensidad del universo, haciendo brotar las flores y madurar los frutos, formando las perlas en el seno de los océanos y las piedras preciosas en los repliegues de las montañas, lo realizaba el Esposo en los espacios ilimitados de tu alma, produciendo en ella toda clase de riqueza, toda belleza, toda alegría, todo calor y toda vida: Logremos nosotros aprovecharnos, como tú, de la venida del sol de justicia a nuestras almas en el Sacramento de unión, no vivir más que de su luz bendita y exhalar el buen olor de Cristo en todas partes [1].

EL MISMO DIA

CONMEMORACION DE LOS SANTOS FELIX Y ADAUCTO, MARTIRES

La memoria de los Santos Félix y Adaucto nos invita una vez más a una peregrinación romana. Y no, como ayer, a una amplia basílica, sino a la Catacumba de Comodilo, cerca de San Pablo extramuros. Allí se encuentra el sepulcro de

[1] Colecta de la fiesta; *II Cor.*, II, 15.

los dos mártires, los cuales, en tiempo de Diocleciano, sufrieron y murieron por la fe.

Nos refiere el Martirologio que en el camino que conducía al martirio a Félix, se le presentó un cristiano y le declaró abiertamente que profesaba su misma fe: al poco tiempo corrió una suerte igual, pues le cortaron la cabeza. Los fieles que no conocieron su nombre le llamaron Adaucto, es decir, añadido.

Los dos fueron célebres en la Alta Edad Media; el Papa Juan I (523-526) restauró su cementerio y San Dámaso adornó su sepulcro con una inscripción en verso. En su honor recitemos la Colecta de la Misa:

"Imploramos humildemente, Señor, a tu Majestad, para que, como nos alegras constantemente con la conmemoración de tus Santos, así nos defiendas siempre por su intercesión. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

31 DE AGOSTO

SAN RAMON NONNATO, CONFESOR

FIESTA DE LIBERACIÓN. — Agosto termina como comenzó, por una fiesta de liberación: sello divino de la Sabiduría eterna en este mes que la está consagrado. Desde que ella tomó por objeto de sus amores la redención del género humano,

todos sus privilegiados tuvieron parte en esta gran obra: parte en el trabajo, en las oraciones, en el sufrimiento, como fué la vida de Dios mientras vivió en carne mortal; parte fecunda, proporcionada a la medida de la asociación a que se digna admitirlos por sus renunciamientos misericordiosos. Pedro con sus cadenas hizo avanzar más la emancipación del mundo que los conspiradores que se levantaron contra la tiranía de los Césares; Ramón Nonnato y sus hermanos, cargando con las cadenas de los cautivos hicieron más por la abolición de la esclavitud y la extinción de la barbarie que todos los filósofos igualitarios o voceadores de la libertad.

Las fiestas de San Raymundo de Peñafort y de San Pedro Nolasco nos dieron ya ocasión de asistir a los orígenes de la Orden ilustre en que brilló con resplandor tan notable Ramón Nonnato. Muy pronto, su augusta fundadora, Nuestra Señora de las Mercedes, se dignará concurrir a la manifestación del agradecimiento del mundo por tantos beneficios.

VIDA. — San Ramón Nonnato nació, a lo que parece, en Portel, Cataluña, en 1204. Su madre murió antes de darle a luz, de donde viene su nombre de Nonnato, *non natus*, y el ser patrón de las mujeres encinta. Desde su infancia profesó una tiernísima devoción a la Madre de Dios que se le apareció y le invitó a entrar en la Orden nueva de la Merced, fundada para el rescate de los cautivos. Enviado a Argelia, libertó a muchísimos y, una vez terminado el dinero, se entregó a sí mismo. San Pedro Nolasco consiguió li-

bertarle y le llamó a España; vino y fué nombrado cardenal por el Papa Gregorio IX. No cambió en nada la sencillez de su vida y, mientras hacía el viaje a Roma, en **1240**, murió cerca de Barcelona. Aunque su culto no haya sido aprobado solemnemente por Roma, su nombre está inscripto en el Martirologio.

LA LIBERTAD. — "Señor, que para rescatar a tus fieles de la esclavitud de los mahometanos, hiciste admirable el celo del bienaventurado Ramón; concédenos, por su intercesión, el que, libres de los lazos de los pecados, practiquemos con toda la libertad del alma lo que te es agradable."

¡La libertad!, he ahí, en efecto, el gran don que Dios concedió a los hombres y que Cristo les devolvió por la redención en el Calvario. El mundo se engaña a menudo sobre la naturaleza de la verdadera libertad. Oh gran Santo, antes de marchar a libertar a los cautivos de Argelia, tuviste gran cuidado de ser libre, pero con esta libertad que los musulmanes no pudieron arrebatarte, ni siquiera arrojándote a sus calabozos. Enséñanos qué libertad es esa y danos el sincero deseo de la misma.

En el mundo se cree que uno es libre cuando anda vagando de una parte a otra sin trabas de ninguna clase, a merced de todos los errores y de todas las pasiones. Y sucede que algunos llaman libertad a sus desórdenes, de igual modo, poco más o menos, que los niños, que se creen libres cuando, lejos de la casa paterna, van a

la ventura. ¡Libertad imaginaria, libertad extraviada, libertad que se pierde! Persuádenos íntimamente, oh San Ramón, que la sujeción de la vida cristiana aceptada con el solo fin de servir a Dios, lejos de disminuir nuestra libertad, la perfecciona. No se puede llamar libertad, el poder pecar, es decir, el poder convertirse en esclavo de sus pasiones, de sus vicios, del mal. La primera libertad consiste en no pecar; la suprema libertad, en no poder ya pecar. Esta es la libertad del cielo. Esta imposibilidad de pecar, que es la de los elegidos y también la de Dios, es a un mismo tiempo la condición de su felicidad; de ella gozó ya desde este mundo Nuestra Señora, la Santísima Virgen María, cuya intercesión, juntamente con la tuya, alcáncenos esta gracia.

1.° DE SEPTIEMBRE

SAN GIL, ABAD

Durante largos siglos, San Gil gozó de una celebridad muy extendida. Tanto las innumerables obras de arte que le representan o que recuerdan algún episodio de su leyenda, como las iglesias, capillas, altares puestos bajo su patrocinio, dan fe de cuán caro fué su culto a la piedad cristiana. Entre los santos auxiliadores, fué de los más invocados.

El ermitaño. — Su vida fué muy sencilla. Se le cree de origen griego; y la cosa parece dudosa. Lo que presenta mayores garantías de certidumbre es su vida solitaria en una gruta a orillas del Gardón, donde San Fredemo, su predecesor como eremita, le instruyó en los secretos de la contemplación. Luego, San Gil dejó a su maestro. Se estableció un poco más al mediodía, en el bosque que se extendía a lo largo de la ribera derecha del Pequeño Ródano, no lejos de la costa mediterránea. Y allí permaneció ignorado hasta que un día unos cazadores se lanzaron sobre una cierva y descubrieron su retiro. El animal, a los ladridos de los perros se agazapó entre la maleza, allá junto al santo; la jauría no se atrevió a acercarse; un arquero disparó su flecha y sus compañeros, abriendo camino a través de los zarzales, descubrieron a San Gil con una mano pasada de parte a parte.

Ocurría lo dicho el año 673, o poco después, cuando el rey de los visigodos, Wamba, llamado Flavio, por confusión con su sucesor, acababa de pasar los Pirineos: iba a hacer valer sus derechos en el país que llegaba hasta el Ródano, la Septimania. Los cazadores eran oficiales del rey; el mismo Wamba los acompañaba. Este lance, por lo menos pintoresco y trágico a ciertas luces, se ha convertido en un tema que con frecuencia se ha propuesto a los artistas. Al principio, fué ocasión de fundar un monasterio. Y, en efecto, ésa es la suerte de muchos ermi-

taños: huyen para sumergirse en el infinito; pero "como la lámpara no puede permanecer debajo del celemín", se convierten en caudillos; su fama se extiende a lo lejos y a veces a todo el mundo.

No fué esto exactamente lo que ocurrió en el caso de San Gil, al menos durante su vida terrestre. La historia no nos ha conservado nada de él, pues el relato de sus viajes a Orleans, cerca del Rey de los Francos, o a Roma, a ver al Papa Benedicto II, se presta a críticas serias. El primero de estos viajes ha gozado de gran celebridad: con el nombre de Misa de San Gil, se contaba que, celebrando éste el Santo Sacrificio del altar, le dió a conocer un ángel un pecado secreto del Rey; el ángel añadía que la falta sería perdonada por las oraciones del Santo, pues "todo el que le invoque, alcanzará perdón".

El monasterio de San Gil. — El monasterio, como su titular, permaneció en la oscuridad hasta que se organizaron las grandes peregrinaciones de la Edad Media. Su posición geográfica le situaba al mismo tiempo en uno de los varios caminos de Santiago, y le convertía en itinerario hacia Tierra Santa: como albergue de etapa y puerto de embarque, participaba de esas grandes corrientes de intercambio, a lo largo de las cuales se desenvolvió la leyenda épica de Carlomagno. El mismo San Gil quedó incluído en el ciclo, y eso es precisamente lo que hoy hace

tan difícil el conocer de un modo exacto su vida, al mismo tiempo que es lo que constituye su gloria. Su monasterio figuraba entre las grandes abadías, y lo que nos queda de la iglesia con las esculturas magníficas de las portadas, nos es suficiente para darnos una idea de su importancia.

El Santo auxiliador. — Antes de embarcarse para una travesía larga y peligrosa, el peregrino se encomienda a San Gil; en él pone su confianza el hombre de armas, que viene a España a guerrear contra los moros. Visitaron a menudo el monasterio o simplemente una de tantas capillas como se levantan por toda la Cristiandad en honor de San Gil, los desgraciados, los afligidos, los pobres, hasta los titiriteros. Fiebres, convulsiones, epilepsia, corren por su cuenta; aquí protege al colono; más allá ampara a mendigos y lisiados; son clientes suyos los juglares y charlatanes: "bondadoso San Gil, patrón de la gente infeliz". Pero su favorito es un señor poderoso: el caudillo del Languedoc tolosano lleva el título de Conde de San Gil, desde que Ramón, el primero entre los grandes feudales, tomó la cruz para liberar a Tierra Santa.

Mas la arena ha invadido el puerto; más cerca ya de la orilla, San Luis construye Aigues-vives. Las peregrinaciones no son, por eso, menos lucidas. Luego, la abadía va decayendo, pero San Gil continuará mucho tiempo aún siendo

popular. Los modernos se han olvidado bastante de él, aunque su sepulcro ha vuelto a conquistar cierta celebridad por la vecina romería de las Santas Marías que hoy arrastra allí a esa multitud abigarrada de bohemios y saltimbaquis. Y no obstante eso, ya que la Iglesia conserva el culto de San Gil, ¿no habría de haber algún beneficio o favor para los que le invocan?, y ¿esto principalmente en las iglesias y oratorios puestos bajo su nombre, donde tantas generaciones pidieron la protección de Dios por sus santos?

PLEGARIA. — "Omnipotente y misericordioso Dios, tú has favorecido con especiales privilegios más que a todos los demás santos, a tus gloriosos mártires, Jorge, Blas, Erasmo, Pantaleón, Guido, Cristóbal, Gil, Acacio, Dionisio, Ciriaco, Eustaquio, Catalina, Margarita y Bárbara. Concede, te rogamos, a todos lo que en la necesidad imploran tu ayuda, la gracia que has prometido, y otorga a sus peticiones un efecto saludable" [1].

EL MISMO DIA

MEMORIA DE LOS DOCE HERMANOS MARTIRES

Más antiguo que el de San Gil es el culto que tributa la Iglesia a los doce hermanos de quienes

[1] Oración de los catorce santos auxiliadores.

se hace memoria hoy. Padecieron el martirio en fechas y lugares diferentes: Félix y Donato en Bisaccio, provincia de Nápoles, el 1.° de septiembre; Aroncio, Honorato, Fortunato y Sabiniano, en Potenza de Lucania, el 27 de septiembre; Septimiano, Genaro y otro Félix, en Venosa, el 28 de septiembre; Vidal, Sátor y Repósito, en Velino de la Sabinia, el 29 de septiembre. Su hagiógrafo dice que eran oriundos de Adrumeto, Africa, e hijos de Bonifacio y de Tecla. En 760 el duque Areco trasladó sus cuerpos a Benevento, a la Basílica de Santa Sofía.

Imploremos su protección rezando la Colecta de la Misa: "Alégrenos, Señor, la corona fraterna de tus mártires, los cuales nos fortalezcan en la fe y nos ayuden con su multiplicada intercesión. Amén."

2 DE SEPTIEMBRE

SAN ESTEBAN, REY DE HUNGRIA

"LIBERTADORES" DE LAS NACIONES. — Obispos y sacerdotes aceptaron una muerte cruel para salvar en Francia la fe católica puesta en peligro por la Constitución civil del Clero. Y para salvar a Europa amenazada por el Islam, Dios suscitó un rey y un santo, Esteban de Hungría, que en el siglo x, después de hacerse el apóstol

de su pueblo, le dió una organización cristiana. Recibida de la Santa Sede la dignidad real, colocó la cruz sobre su corona y consagró su país a Nuestra Señora de la Asunción.

El santo rey. — Las naciones, como los individuos, tienen que cumplir una misión en la historia y, para no faltar a su cometido, sacan de su fe el valor necesario. Por apartarse de la cismática Bizancio, aseguró Esteban a su país nueve siglos de prosperidad, y la tranquilidad a Europa. En efecto, fué en Budapest, "donde gracias al arrojo de las tropas magiares, adiestradas para la defensa de la civilización cristiana, fué desecha la horda invasora de los infieles; allí se echó atrás, vencida, la orgullosa media luna, ante la cruz de Cristo Redentor" [1]. Esteban llevaba una vida pura y penitente como la había de llevar más tarde San Luis, Rey de Francia; amaba a los pobres y cuidaba a los enfermos, hacía justicia a los humildes, levantaba iglesias y monasterios; profesaba fervoroso culto a la Santísima Virgen. "Es San Esteban, escribía Pío XI, el ejemplo perfecto del príncipe cristiano y con razón se le invoca como amparo y gloria del pueblo húngaro. Efectivamente, no sólo le enseñó con la práctica de la verdadera religión el medio de conseguir la salvación eterna, sino que también le levantó y ennobleció por

[1] Discurso del Cardenal Pacelli en Budapest, el 25 de mayo de 1938.

la cultura humana y civil. De ahí proceden, aparte de otras ventajas y distinciones, ese gran número de hombres célebres que ilustraron su patria con la probidad de su vida, con su sabiduría en las artes y en letras y con otros trabajos"[1].

FIDELIDAD A LA IGLESIA. — El santo Rey quiso recibir su corona del Papa Silvestre II. Sólo la furia de las logias masónicas ha podido arrebatar esta corona a su virtuoso sucesor, y ser en nuestros días causa de las tristes consecuencias que todos conocemos muy bien.

En este momento, la Iglesia es perseguida; la escuela nacionalizada y ya no se da con la libertad de otros tiempos la enseñanza cristiana; en la cárcel hay obispos y muchos sacerdotes por el único crimen de haber proclamado los derechos de la conciencia y de la Iglesia y haber defendido su libertad puesta en peligro. Pero, si los tiempos son tristes para aquel desventurado país, no debemos olvidar que la Iglesia tiene las palabras de vida eterna, que los sacrificios con tanto heroísmo llevados no pueden quedar sin fruto y que Dios hará llegar días de gloria y de paz a Hungría, la cual otra vez ha de vencer al enemigo de Dios, por su constancia y su fidelidad a Dios y a la Iglesia.

Recemos la Oración de la Misa por toda la Iglesia, pero de un modo especial por Hungría:

1 Carta "*Praeclara Hungarorum*" del 12 de mayo de 1938.

"Suplicámoste, oh Dios Omnipotente, concedas a tu Iglesia el que merezca tener por glorioso protector en los cielos a tu Santo Confesor Esteban, al cual, mientras reinó en la tierra, tuvo por propagador. Por Nuestro Señor Jesucristo. Amén."

3 DE SEPTIEMBRE

SAN PIO X, PAPA Y CONFESOR

PELIGROS GRAVES.—La ancianidad de León XIII, cuyo pontificado fué tan largo y glorioso, se vió entristecida por la aparición de peligros graves que amenazaron a la Iglesia. Una herejía sutil atacaba derechamente al corazón mismo de la Revelación, y, con la apariencia engañosa de un esplendente progreso, destruía las tradiciones y alteraba el dogma. Con todo eso, de ningún otro Papa de los tiempos modernos había proyectado más luz sobre los hombres. El número y la calidad de sus Encíclicas le colocan entre los grandes Doctores, que acertaron a comprender su época y a resolver las candentes cuestiones actuales. Se le escuchó, se le aplaudió; pero en muchísimas esferas no se le entendió, y hasta, lo que era más grave, se llegó a alterar el pensamiento del Papa.

Las ciencias eclesiásticas que León XIII procuró renovar por medio del tomismo, derivaban por caminos opuestos; la acción social católica,

que él había definido con claridad, se veía suplantada por la elaboración de una falsa democracia liberal; el laicismo, invadiendo todos los dominios, amenazaba con oscurecer enteramente en los espíritus los principios que regulan las sociedades y sus relaciones con la Iglesia.

INSTAURARE OMNIA IN CHRISTO. — León XIII no tuvo tiempo para desenmascarar y abatir al "modernismo", esa hidra de la que cada cabeza era una antigua herejía resucitada. No tuvo tampoco tiempo para emprender el reajuste de las instituciones eclesiásticas que le permitiesen ejercer con mayor amplitud, armonía y eficacia las funciones esenciales de magisterio y de gobierno que emanan de la autoridad suprema de la Silla Apostólica. Pero Dios le concedió el sucesor que realizaría sus deseos. San Pío X era uno de sus discípulos más fieles, penetrado de las doctrinas de sus magníficas encíclicas, y que tenía igualmente la clara visión de los daños que amenazaban a la Iglesia. En fin, la mucha experiencia que había adquirido en el gobierno de las almas, como cura párroco, como obispo y como Patriarca, junto con sus excepcionales dotes naturales y con una santidad eminente, le habían preparado para llevar al cabo una obra de renovación universal en la Iglesia. Desde el primer día de su pontificado dió a conocer la extensión de su programa, al tomar por lema las palabras con las que San

Pablo define el programa de Dios mismo al salvar el mundo: *Instaurare omnia in Christo;* obra que esencialmente se realizó al fin de la vida del Redentor, pero cuyo cumplimiento perfecto debe verificarse en todos los tiempos, con el concurso de los hombres mismos. San Pío X hacía de este modo saber que las circunstancias no pedían al Papa una vigilancia especial sobre tales o cuales puntos de la vida de la Iglesia, sino que todas las cosas, "omnia", exigían una revisión con mano vigorosa, a fin de que ninguna escapase a Cristo ni a la Redención.

La vida litúrgica. — Es sumamente notable que, para proceder en esta renovación universal, su primer acto tuviese por fin algo que muchos entonces juzgaron insignificante. Por un *Motu Proprio* fechado pocos meses después de su elección, realizaba la primera etapa de una reforma completa de la liturgia, mediante las prescripciones sobre el canto sagrado. Con esto su santidad se nos revela en uno de sus aspectos más atrayentes, más profundos y más auténticos. Pío X, este gran hombre de acción, fué en primer término un hombre de oración. Y la oración que primeramente recomienda, es la oración pública y solemne de la Iglesia: la oración que reúne en una alabanza común, en una oración común, en un sacrificio común, todas las almas bautizadas. Esto es ya un anticipo de la oración de la eternidad; la oración del cielo

inaugurada en la tierra y acomodada a las condiciones de este tiempo de prueba. El Papa Santo quiso que los fieles comenzasen por hallar el sentido de esta sublime oración litúrgica, envuelta en la oración que Jesucristo dirige a su Padre, inspirada por el Espíritu Santo, presente en su Iglesia, y oración que debe ser la fuente, la inspiración normal de las oraciones privadas, personales, a las que además deben los fieles entregarse cada día.

La oración será siempre la principal palanca de la acción de Pío X. Pero esta renovación del canto gregoriano no es más que el principio de toda una serie de reformas y empresas de orden litúrgico, que orientarán por sendas nuevas y tradicionales a la vez, la vida espiritual de los bautizados. Reforma del Breviario, que armoniza y proporciona la distribución de los Salmos, y que da al domingo el puesto preeminente que el culto de los Santos le había hecho perder durante la Edad Media; desarrollo del culto eucarístico, invitación apremiante a la comunión frecuente y diaria, y esto desde el uso de razón; en fin, instauración del ideal del sacerdote tal cual conviene a nuestro tiempo. Todo el ardor de la caridad del Papa Santo, *ignis ardens*, se deja ver en sus enseñanzas y en sus prescripciones. De este modo se dilata poco a poco en la Iglesia una maravillosa renovación de vida espiritual, junto con una unión más total de las almas entre sí y con Jesucristo.

Resultado de esto fué el doble acrecentamiento simultáneo, por una parte, de las fuerzas de resistencia contra los ataques o amenazas de los enemigos, y, por otra, del grandioso homenaje rendido a Dios en una forma más extensa, más elevada y más pura.

Organizador y Legislador. — No sin razón el Papa Santo había comenzado por recordar al pueblo fiel la importancia capital, no tan sólo de la oración, cosa que nunca se había perdido de vista, sino muy particularmente de la oración litúrgica: es, sobre todo, porque ésta es la oración de la Iglesia. Así pues, queriendo restaurarlo todo en Cristo, por la Iglesia y en la Iglesia convenía invitar a los hombres a volver a hallar a Cristo. La Iglesia es a la vez el camino para llegar a Cristo; y es también el mismo Cristo, extendido y comunicado a todas las almas, pues la Iglesia es su cuerpo místico. Este cuerpo visible es el que Pío X quiso hacer cada día más atrayente y más acogedor para las almas. No quiso en manera alguna que la Iglesia pareciese una sociedad religiosa anticuada, una supervivencia medieval, el bello testimonio de un pasado concluído, sin relación con el presente y sin influencia sobre él: era indispensable un esfuerzo sano de reajuste a la sociedad moderna. León XIII tuvo ya plena conciencia de ello; pero debió consagrarse a lo más urgente: la proclamación de las doctrinas, bastante des-

conocidas, y le faltó tiempo para emprender la reorganización de los servicios del gobierno y de la administración eclesiástica. Pío X no retrocedió ante tal reforma de la Curia y de las oficinas de las Congregaciones Romanas. Se trataba de un mundo de funcionarios apegados a costumbres seculares que era menester reavivar. No faltaron vivas resistencias. Pero el Papa Santo sabía mostrar, cuando hacía falta, no menos fortaleza y tenacidad que dulzura y paciencia. En pocos años se llevó a cabo toda la reforma; algunas Congregaciones quedaron suprimidas, otras se fusionaron, y a todas se las señalaron atribuciones bien precisas. Solo esta revolución pacífica hubiera bastado para hacer glorioso su pontificado. Mas Pío X a esto añadió todavía la refundición completa del Derecho Canónico. Con todo eso, el Código no se había terminado a su muerte, y fué su sucesor, Benedicto XV, quien le promulgó declarando al mismo tiempo que esta obra importantísima colocaba a Pío X en las filas de los mayores canonistas de la historia.

El defensor de la fe. — Pero esta obra de restauración no habría dado mucho fruto si el fundamento mismo de la unidad de la Iglesia, la fe, hubiese quedado directamente amenazado por las infiltraciones de la herejía. El espíritu de orden y de justicia que se manifestaba en las reformas institucionales ya realizadas, debía llevar al Papa Santo a proseguir las enseñanzas

de León XIII, y a hacer brillar en toda su pureza la doctrina cristiana. Tuvo por lo mismo que lanzarse a la lucha contra la insidiosa herejía, que pretendía destruir el fundamento de la fe. Puede decirse que los once años de su pontificado fueron una magistral y vigorosa afirmación de la fe católica contra ella. Recuerda los grandes dogmas que los modernistas alteraban hasta el punto de aniquilarlos: Dios, a la vez trascendente y presente a todas las criaturas; el orden sobrenatural y sus relaciones con la razón y la ciencia; Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre; la esencia de la Iglesia, cuerpo místico de Cristo, sociedad sobrenatural, fundada sobre Pedro; la distinción entre la Iglesia docente y la Iglesia discente; el valor absoluto de las definiciones dogmáticas; la profunda eficacia de los Sacramentos, que sobrepasa con mucho al puro simbolismo; las reglas de la interpretación de la Biblia; el sentido de la Historia; las relaciones entre la Iglesia y el Estado; las condiciones de la salvación. De esta manera, con una claridad maravillosa, restablecía todos los elementos de nuestra vocación a un fin sobrenatural, al que sólo se puede llegar mediante la gracia gratuita de nuestro Redentor. Su máximo anhelo de restaurar todas las cosas en Cristo, se manifiesta sobre todo en esta solicitud por devolver todo su brillo a la pureza de la fe de la Iglesia. Su delicadeza de conciencia era extrema en este punto, y, para des-

enmascarar y condenar las menores tendencias heterodoxas, demostró una firmeza y una justicia inflexibles.

El Santo. — Pío XII, al describir en la homilía de la canonización la rica personalidad de San Pío X, dijo de él que era un figura gigante y apacible. Este es, efectivamente, el distintivo de su santidad, la cual supo juntar, mejor que en la mayoría de los demás Santos, una grandeza sobrehumana en la obra que realizó, con una humildad, una bondad, una sencillez que atraía hacia sí las almas. Supo en primer término cumplir en sí mismo el programa con que había brindado a los hombres: y Cristo reinó como Señor en su corazón, en su inteligencia, en su voluntad. La breve noticia que Pío XII ha insertado en el Martirologio para la fiesta de nuestro Santo, indica en pocas palabras la plenitud de dones y de virtudes sobrenaturales que engalanaba su alma y daba fecundidad a sus obras. Uno no sabe qué admirar más, si su caridad ardiente, su espíritu de piedad, su sentido de orden y de justicia, su profunda humildad, su desprendimiento o la integridad de su fe y la firmeza de sus directivas. Realizó el ideal del cristiano, del sacerdote y del Pontífice. Y en todas las cosas demostró un sentido penetrante de las necesidades, de las aspiraciones, de las energías de su tiempo. Es a la vez el juez y el doctor de nuestra sociedad moderna, y es así

mismo el modelo de la santidad que conviene a los hombres de hoy. Ojalá nuestras sociedades descristianizadas se vuelvan hacia él, escuchen su mensaje y soliciten sus oraciones. Sometidas de nuevo al suave yugo del Rey Pacífico, hallarán, al fin, la solución que ningún otro poder de este mundo podrá jamás procurarlas.

VIDA. — José Sarto nació en Rieze, en la diócesis de Treviso, el 2 de junio de 1835, de padres pobres, pero de una honradez y virtud notables. Bautizado el día siguiente, fué confirmado el 1 de septiembre de 1845 y recibió por primera vez la Eucaristía el 6 de abril de 1847. Ingresó en el Seminario de Padua en 1850 y fué ordenado de sacerdote el 17 de septiembre de 1858. Nombrado párroco de Salzano y luego Canciller del Obispado y director espiritual del Seminario de Treviso, llegó a ser Obispo de Mantua en 1884, y Cardenal y Patriarca de Venecia en 1893. El 4 de agosto de 1903 fué elevado al Sumo Pontificado, que aceptó a pesar suyo y como una cruz, y tomó el nombre de Pío X. Los desastres de la guerra que no logró conjurar, le hicieron morir de dolor el 20 de agosto de 1914. El pueblo católico entero le consideró inmediatamente como Santo y después de múltiples gracias y numerosos milagros obtenidos por su intercesión, Pío XII le beatificó el 3 de junio de 1951 y, en fin, le canonizó el 29 de mayo de 1954.

ORACIÓN DE SU SANTIDAD PÍO XII. — ¡Oh glorioso Pontífice, siervo fiel del Señor, humilde y leal discípulo del Divino Maestro en el dolor y en la alegría, en los cuidados y en las inquietudes, Pastor experimentado de la grey de Cristo!, vuelve tu vista hacia nosotros. Difíciles son

los tiempos en que vivimos, rudos los esfuerzos que de nosotros reclaman. La Esposa de Cristo, confiada un día a tus cuidados, se encuentra de nuevo entre graves tormentas. Sus hijos se ven amenazados de innumerables peligros en el alma y en el cuerpo. El espíritu del mundo, como león rugiente, ronda en su derredor buscando a quien devorar. Muchos llegan a ser víctimas suyas; tienen ojos y no ven; tienen oídos y no oyen; apartan su mirada de la luz de la verdad eterna; oyen la voz de insidiosas sirenas, de mensajes engañosos. Tú, que fuiste en la tierra un gran inspirador y guía del pueblo de Dios, sé nuestra ayuda y nuestro intercesor y el de todos los que se proclaman discípulos de Jesucristo [1].

¡Oh Santo Pío X, gloria del sacerdocio y honra del pueblo cristiano! tú, en quien la bondad pareció hermanarse con la grandeza, la austeridad con la mansedumbre, la piedad sencilla con la doctrina profunda; tú, Pontífice de la Eucaristía y del Catecismo, de la fe íntegra y de la firmeza impávida, vuelve tus miradas hacia la Iglesia que tanto amaste y a la que diste el mayor de los tesoros que la Bondad divina había, con mano pródiga, depositado en tu alma. Obtenla la integridad y la constancia en medio de las dificultades y de las persecuciones de nuestros días; alivia a esta pobre humani-

1 El día de la Beatificación.

dad, en cuyos dolores tuviste tanta parte, que acabaron por detener los latidos de tu magnánimo corazón. Haz que la paz triunfe en este mundo agitado; la paz que debe ser armonía entre las naciones, concordia fraterna y colaboración sincera entre las clases sociales, amor y caridad entre los hombres, a fin de que, de este modo, las angustias que agotaron su vida apostólica, se transformen, merced a tu intercesión, en una realidad de dicha, para gloria de nuestro Señor Jesucristo, quien con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Así sea [1].

5 DE SEPTIEMBRE

SAN LORENZO JUSTINIANO, CONFESOR

INVITACIÓN DE LA SABIDURÍA. — Joven aún Lorenzo, resolvió y hasta prometió a su madre "llegar a ser un gran siervo de Dios". Y un buen día, buscando ardorosamente la paz: "Una joven, dice, más bella que el sol, se llegó a mí. Yo no sabía quién era. Se me acerca y me dice muy afablemente: ¿Por qué te consumes buscando la la paz en mil cosas? En mi mano está lo que buscas. Te prometo el objeto de tu deseo, con tal que te desposes conmigo." Entonces la pre-

[1] El día de la Canonización.

gunté por su nombre, su linaje y su dignidad. Ella me dijo que era la Sabiduría de Dios, y que se había hecho hombre para reformar a los hombres. Por supuesto que la di mi consentimiento.

Desde entonces el joven, dejando la vida mundana, renunciando a todo deseo de dignidades humanas y de placeres, se entregó totalmente a Cristo, y, para poseerle de un modo más perfecto, abrazó la vida religiosa.

Escuchémosle cómo nos cuenta que ya desde un principio se puso a levantar el edificio de su santificación apoyado en Cristo. Escucharle valdrá tanto como ponernos en las disposiciones que el Señor nos exige a nosotros, pues la Escritura nos lo dice: "No hay salvación más que en Jesucristo" [1] y los que quieren edificar sólidamente, lo deben hacer sobre el que es la piedra angular [2].

EDIFICAR SOBRE LA ROCA. — "No hay terreno más firme y más indicado para construir que la roca, nos dice el Santo. Ahora bien, hay una piedra dura e inconmovible sobre la que podemos levantar sin miedo ninguno el edificio de nuestra santificación; es la piedra de la que se dijo: *Esta piedra era Jesucristo* [3]. Sobre ella apoyaron su salvación todos los iluminados por la luz de lo alto y los que fueron movidos y con-

[1] *Act.*, IV, 12.
[2] Salmo CXVII, 22.
[3] *I Cor.*, X, 4.

vertidos por la gracia del Espíritu Santo. Por aquí comenzaron su obra; no conocieron ni escogieron otro lugar los que han logrado salvarse; y tanto más se elevó su edificio espiritual y duró tanto más, cuanto más profundo y claro conocimiento tuvieron de esta roca fundamental, que es Jesucristo.

ELECCIÓN DE MATERIALES. — "No todos trabajaron de la misma manera: pues, conforme a la palabra del apóstol, *unos levantan sobre este fundamento oro, plata y piedras preciosas;* otros, *madera, heno, paja* [1]. Mas *la obra de cada cual se pondrá de manifiesto* [2]; el fuego de la tribulación y de la persecución, las sacudidas de la tentación servirán para probar a cada uno y demostrar lo que vale. Mientras tanto, cada cual debe aplicarse a este trabajo espiritual y esforzarse por adquirir un conocimiento claro y preciso de Jesucristo, para proseguir hasta el fin sin titubear la obra de su salvación. Construya sobre piedra, pero levantando piedra sobre piedra, pues la piedra se adapta admirablemente a la piedra, y la una sobre la otra forman un edificio sólido y duradero. Aunque los ríos le embistan y se desencadenen los vientos contra él y las tempestades y tormentas estallen sobre su cúspide, por nada se tambaleará ni nada le derribará.

[1] *I Cor.*, III, 12.
[2] *I Cor.*, III, 13.

"Oíd a un hombre que en verdad construyó sobre piedra: *¿Quién nos arrebatará el amor de Jesucristo?* [1], dice San Pablo; *¿acaso la tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? Estoy seguro que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las potestades, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni la violencia, ni todo lo que hay en lo más alto, o en lo más profundo, jamás podrá separarnos del amor de Dios en Jesucristo, nuestro Señor.* Trátase ciertamente de una casa sólida, construída con materiales incorruptibles, a la que no hay nada que la pueda derribar y de cuyo destino nadie ni nada la puede apartar. Y no se componía de piedras cuadradas, talladas a cincel, sino de afectos piadosos, de pensamientos santos, que tenían por objeto a Jesucristo y la vida de Jesucristo" [2].

VIDA. — Lorenzo nació en Venecia, en 1380, de la noble familia de los Justiniani. Su juventud se distinguió por una piedad grandísima que admiraba e imponía respeto a los que le rodeaban. A los 19 años tuvo una visión de la Sabiduría eterna que le invitaba a entregarse por completo a ella. Convencido de que sólo la vida religiosa le permitiría responder plenamente al llamamiento divino, entró en los Canónigos Regulares de San Jorge, en la isla de Alga, cerca de Venecia. Allí se distinguió por su amor a las austeridades y humillaciones. Gustaba de ir a pedir limosna a

1 *Rom.*, VIII, 35.
2 *L'Agonie triomphante:* Préface.

la ciudad y recoger, en vez de limosnas, burlas y desprecios.

Poco después de ordenarse de sacerdote, fué elegido General de su Orden; de tal modo se ocupó en su reforma, que con razón se le considera como su segundo fundador.

En 1433, al nombrarle Obispo de Venecia, procuró alejar de sí esta dignidad, pero el Papa Eugenio IV fué inflexible. Lorenzo no quiso cambiar nada en su modo de vida, en sus austeridades y en su larga oración. Se dedicó a pacificar las disensiones intestinas que agitaban el Estado; fundó quince monasterios, erigió diez nuevas parroquias en su ciudad episcopal y veló por el esplendor del culto divino. En 1450 tuvo que aceptar la dignidad de Patriarca, pero sólo vió en ello una indicación para seguir más de cerca las huellas de Jesús en su pobreza y su celo por la salvación de las almas. Merecidamente es considerado también como el precursor de la reforma eclesiástica que más tarde emprenderá en Milán San Carlos Borromeo, a continuación del Concilio de Trento. Sus sermones y sus libros de perfección manifiestan una devoción tierna a los misterios de Nuestro Señor Jesucristo, sobre todo a su Pasión. Murió el 8 de enero de 1455: en 1524 fué beatificado por Clemente VII y en 1600 canonizado por Alejandro VIII. Su fiesta está señalada para el día 5 de septiembre, que es el día aniversario de su consagración episcopal.

AMOR A LA SABIDURÍA. — "Oh Sabiduría que habitas en tu sublime trono, Verbo que hiciste todas las cosas, séme propicio en la manifestación de los secretos de tu santo amor" [1]. Esta era, oh Lorenzo, tu oración, y por temor a tener que responder del talento oculto si guardabas para ti

[1] De casto connubio Verbi et animae, Procemium.

solo lo que podía aprovechar a otros muchos [1], te determinaste a divulgar augustos misterios. Bendito seas por haber querido hacernos partícipes del secreto de los cielos. Por la lectura de tus obras, por tu intercesión cerca de Dios, atráenos a las alturas como la llama purificada que siempre está subiendo. Para el hombre, buscar su descanso fuera de Aquel que es su imagen [2] es como ir a menos. Todo lo de este mundo no tiene más objeto que interpretarnos la eterna belleza, enseñarnos a amarla y cantar nuestro amor con nosotros [3].

En esas cumbres de la caridad a donde llevan los senderos de la verdad que son las virtudes [4], ¡qué delicias las tuyas! Ciertamente haces tu retrato al decir del alma que ha sido admitida a la inefable intimidad de la Sabiduría del Padre: "De todo saca provecho; a cualquier parte que se vuelva, no descubre más que centellas de amor; debajo de ella, el mundo que despreció se emplea en alimentar su llama; armonías, espectáculos, suavidades, perfumes, alimentos agradables, conciertos de la tierra y el resplandor de los cielos, ya no la dicen nada, sólo ve en toda la naturaleza un canto epitalámico y el ornato de la fiesta en que el Verbo la ha desposado" [5]. ¡Ojalá caminemos como tú, hacia la

---

1 De casto connubio Verbi et animae, Procemium.
2 Ibíd., cap. I.
3 Ibíd., cap. XXV.
4 Ibíd.
5 Ibíd.

luz divina, y vivamos de unión y de deseo, amando cada vez más, para ser siempre cada vez más amados!

8 DE SEPTIEMBRE

LA NATIVIDAD DE LA SANTISIMA VIRGEN

DÍA DE ALEGRÍA. — Con muchísima razón la Iglesia nos hace decir hoy en un arranque de alegría: "Tu nacimiento, oh Virgen Madre de Dios, ha sido para el mundo entero un mensaje de consuelo y de alegría, pues de ti ha nacido Jesucristo, Sol de Justicia, nuestro Dios, que nos libertó de la maldición para darnos la bendición: y El mismo, al quedar triunfador de la muerte, nos ha procurado la vida eterna" [1].

Si vemos que el nacimiento de un niño llena de regocijo el hogar paterno aunque ignoran éstos su porvenir; si la Iglesia nos dice el 24 de junio que ese día es un día de alegría porque el nacimiento de San Juan Bautista nos da la esperanza del nacimiento de Aquel cuyos caminos viene a preparar, ¿qué alegría traerá al corazón de todos los que esperan la salvación y la vida, el ver llegar a este mundo a la que será la Madre del Redentor?

Por el Evangelio sabemos que el nacimiento de Juan Bautista fué un contento para sus pa-

[1] Antífona de las II Vísperas.

dres, para el pueblecito de Ain-Karim y para las aldeas vecinas. Del nacimiento de María nada sabemos, pero, si este nacimiento para muchísimos pasó inadvertido, si Jerusalén exteriormente permaneció indiferente, no ignoramos que este día es y continuará siendo no tan sólo para una ciudad o un pueblo, sino para el mundo entero y a lo largo de todos los siglos que se irán sucediendo, un día de incomparable alegría.

Alegría en el cielo. — En el cielo hay alegría en la Santísima Trinidad: alegría en el Padre eterno, que se felicita del nacimiento de su Hija carísima, a la que va a hacer participante de su paternidad; alegría en el Hijo, que contempla la belleza sobrenatural de la que va a ser su Madre, de la cual tomará El su carne para rescatar al mundo; alegría en el Espíritu Santo, pues, como cooperadora en la obra de la concepción y encarnación del Verbo, María tenía que ser el Santuario inmaculado de aquella tercera persona.

Hay alegría en los ángeles: con admiración ven que esta niña es la maravilla de las maravillas del Omnipotente; en Ella desplegó Dios más sabiduría, más poder y más amor que en todas las demás criaturas: de María hizo el espejo clarísimo en que se reflejan todas sus perfecciones; comprenden que María, por sí sola, da a su Criador más honra y gloria que todas sus jerarquías juntas y la saludan ya como a su

Reina, como la gloria de los cielos, ornato del mundo celeste y del mundo terrestre [1].

ALEGRÍA EN EL LIMBO DE LOS JUSTOS. — Opina San Juan Damasceno que las almas detenidas en los limbos tuvieron conocimiento de este feliz nacimiento y que Adán y Eva con una alegría que no habían conocido desde su pecado en el paraíso terrenal, exclamaron: "Bendita sea la hija que Dios nos prometió después de nuestra caída: de nosotros has recibido un cuerpo mortal; tú nos devuelves la túnica de inmortalidad. Nos llamas a nuestra primitiva morada; cerramos las puertas del paraíso; y ahora dejas expedito el camino del árbol de la vida" [2].

Otros escritores antiguos nos señalan a los patriarcas y los profetas que de lejos anunciaron y alabaron la venida de María, saludando en ella el cumplimiento por fin realizado de sus divinos oráculos [3].

ALEGRÍA EN LA TIERRA. — Finalmente, hubo también alegría en la tierra. Con los Santos podemos pensar sin ser temerarios que Dios concedió a las almas "que esperaban entonces la redención de Israel" [4] un contento extraordinario, una alegría grave y religiosa que se insi-

---

[1] Juan el Geómetra. *Sobre la Anunciación,* 37, *P. G.,* 106, c. 845.

[2] *Sobre la Dormición de María: P. G.,* 96, c. 733.

[3] Santiago el Monje, *Sobre la Natividad de María: P. G.,* 127. c. 573. S. Tarasio: *Sobre la Presentación: P. G.,* 98, c. 1500.

[4] *S. Lucas,* II, 38.

nuó en sus corazones y, sin podérselo explicar ellos, les dió como una convicción íntima de que la hora de la salvación del mundo estaba ya muy cerca.

Pero esta alegría fué sobre todo para los afortunados padres San Joaquín y Santa Ana. Como arrobados contemplaron a esta hijita esclarecida, que contra toda esperanza les concedía Dios al declinar de sus días. Y tal vez se preguntaron si acaso sería ella uno de los anillos de la línea agraciada de donde tenía que salir el Rey que restableciese el trono de David y salvase a Israel. Su acción de gracias subió fervorosa hasta Dios, a quien sentían presente en su humilde morada. "Oh pareja felicísima, exclamaba San Juan Damasceno, toda la creación es deudora vuestra; pues, por vosotros, ofreció a Dios el don más preciado entre todos los dones, la Madre admirable, la única digna de El. ¡Dichoso tu seno, oh Ana, que llevó a la que llevará en el suyo al Verbo eterno, al que no puede ser encerrado en nada y traería la regeneración a todos los hombres! ¡Oh tierra, primero infecunda y estéril, de donde nació la tierra dotada de una maravillosa fecundidad: pues ella va a producir la espiga de vida que alimentará a todos los hombres! Felices tus pechos, porque amamantaron a la que daría el pecho al Verbo de Dios, a la nodriza de Aquel que sustenta al mundo..." [1].

---

1 *Sobre la Natividad, P. G.*, 96, c. 664-668.

MARÍA, CAUSA DE NUESTRA ALEGRÍA. — Así, pues, el nacimiento de la Santísima Virgen es causa de alegría, y la alegría es el sentimiento que todo lo absorbe y penetra en esta festividad. La Iglesia quiere que nos penetremos de esta alegría desbordante y triunfal. Y a ella nos invita en todo el oficio: "Celebremos el nacimiento de María, nos hace cantar desde el Invitatorio de Maitines, adoremos a Cristo, Hijo suyo y Señor nuestro"; y un poco después: "Celebremos con tierna devoción el nacimiento de la Santísima Virgen María para que interceda por nosotros cerca de Jesucristo. Con júbilo y tierna devoción celebremos el nacimiento de María" [1].

Si la Iglesia nos invita a la alegría, es debido a que la Virgen es Madre de la divina gracia y ya, en el pensamiento divino, la Madre del Verbo encarnado. Las palabras *gracia* y *alegría* tienen en griego la misma raíz; gracia y alegría van siempre a la par; se mide la una por la otra; María, por estar llena de gracia, lo está también de alegría para sí y para nosotros. En esta agraciada niña, aunque acaba de nacer, nos muestra la Liturgia a la Madre de Jesús; María es inseparable de su Hijo y sólo nace para El, para ser su Madre y para ser también nuestra Madre dándonos la verdadera vida, que es la vida de la gracia. Y, por eso, todas las oraciones de la Misa proclaman la maternidad de

---

[1] Responsorio de Maitines.

la Virgen María, como si no pudiese separar la Iglesia su nacimiento del nacimiento del Emmanuel.

El lugar del nacimiento de María. — Pero ¿en qué lugar nació la Santísima Virgen? Una tradición antigua e ininterrumpida señala a Jerusalén, cerca de la piscina Probática, lugar donde hoy se levanta la Iglesia de Santa Ana. Allí precisamente, nos dice San Juan Damasceno, "en el aprisco paterno nació aquella de quien quiso nacer el Cordero de Dios". Allí también fueron más tarde enterrados San Joaquín y Santa Ana; los Padres Blancos descubrieron el 18 de marzo de 1889 sus sepulcros al lado de la gruta de la Natividad. Por el siglo IX se construyó allí una iglesia; monjas benedictinas se establecieron en ella después de llegar los Cruzados a Palestina y continuaron hasta el siglo XV. Por esa fecha, una escuela musulmana reemplazó al monasterio, pero a continuación de la guerra de Crimea, el sultán Abdul-Madjid entregó la iglesia y la piscina probática a Francia, que había entrado victoriosa en Sebastopol el 8 de septiembre de 1855.

Origen de la fiesta. — La fiesta de la Natividad tuvo su origen en Oriente. La *Vida* del Papa Sergio (687-701) la cuenta ya entre las cuatro fiestas de la Santísima Virgen que exis-

tían entonces; y, por otra parte, sabemos que el emperador Mauricio (582-602) había prescrito su celebración juntamente con la Anunciación, la Purificación y la Asunción. En Alemania introdujo esta fiesta San Bonifacio. Una bonita leyenda atribuía al santo obispo de Angers, Maurilio, la institución de esta fiesta: y, en efecto, tal vez introdujo una fiesta en su diócesis para cumplir el deseo de la Virgen, que hacia el año 430 se le apareció en las praderas de Marillais.

Chartres, por su parte, reclama para su obispo Fulberto († 1028) una parte importante en la difusión de esta fiesta por toda Francia. El rey Roberto el Piadoso (o sus consejeros), quiso poner en música los tres bellos Responsorios *Solem justitiae, Stirps Jesse, Ad Nutum Domini,* en que Fulberto celebra la aparición de la estrella misteriosa de la que tiene que nacer el sol; la rama que brota del tronco de Jessé para producir la flor divina en que reposará el Espíritu Santo; la omnipotencia, en fin, que hace que nazca de Judea María, como del espino la rosa.

En la tercera sesión del primer concilio de Lyon, en 1245, Inocencio IV estableció para toda la Iglesia la Octava de la Natividad de la Santísima Virgen; así se daba cumplimiento al voto que él y los demás cardenales hicieron durante la vacante de diecinueve meses, que, resultado de las intrigas del emperador Federico II, acarreó a la Iglesia la muerte de Celestino IV, y a

la cual se puso fin con la elección de Sinibaldo Fieschi, después Inocencio.

En 1377, Gregorio XI, el gran Papa que acababa de romper las cadenas de la cautividad de Avignon, quiso completar las honras tributadas a María en el misterio de su nacimiento añadiendo una vigilia a la solemnidad; pero, sea porque sólo expresó un deseo sobre este particular, sea por otra causa cualquiera, lo cierto es que de las intenciones del Papa se hizo caso poco tiempo en aquellos años agitados que siguieron a su muerte.

La paz. — Como fruto de esta fiesta tan alegre, imploremos, con la Iglesia [1] la paz, ya que parece huir cada vez más de estos desdichados tiempos. Precisamente Nuestra Señora vino al mundo en el segundo de los tres períodos famosos de paz universal en tiempo de Augusto; en el último de ellos acaeció el advenimiento del mismo Príncipe de la paz.

Al cerrarse el templo de Jano, del suelo en que se tenía que construir el primer santuario de la Madre de Dios en la Ciudad eterna, brotaba el aceite misterioso; los presagios se multiplicaban; el mundo vivía a la expectativa; el poeta cantaba: "¡He aquí que al fin llega la última edad anunciada por la Sibila, he aquí que

1 Colecta del día.

comienza a abrirse la gran serie de los siglos nuevos, he aquí a la Virgen" [1]!

En Judea *se ha quitado el cetro a Judá* [2]; pero aquel mismo que se ha hecho dueño del poder, Herodes el Idumeo, continúa de prisa la restauración espléndida que permitirá al segundo Templo recibir de un modo digno dentro de sus muros al Arca Santa del Nuevo Testamento.

Es el mes sabático, el primero del año civil y séptimo del ciclo sagrado: el Tisri, en el que empieza el descanso de cada siete años y se anuncia el Año Santo del Jubileo [3]; el mes más alegre, con su Neomenia solemne que hacen famosa las trompetas y los cantos [4], su fiesta de los Tabernáculos y la conmemoración de la terminación del primer Templo en tiempo de Salomón.

Finalmente, en el cielo, el astro del día acaba de dejar el signo del León *(Leo)* para entrar en el de la Virgen *(Virgo)*. En la tierra, dos descendientes oscuros de David, Joaquín y Ana, dan gracias a Dios por haber bendecido su unión tanto tiempo infecunda.

---

[1] Virgilio. Egloga IV.
[2] *Gen.*, XLIX, 10.
[3] *Lev.*, XXV, 9.
[4] *Ibíd.*, XXIII, 24; Num. XXIX; Salmo LXXX.

CONMEMORACION DE SAN ADRIAN, MARTIR

Vela con los ángeles junto a la cuna de la Madre de Dios un Mártir ilustre. El Oriente fué el lugar de los combates de Adrián; su cuerpo, trasladado primeramente a Bizancio, lo fué después a la Ciudad eterna. La ciudad imperial, enriquecida con el precioso depósito, supo hermanar magníficamente el homenaje debido a María en su nacimiento con el honor que se merecía el soldado heroico que ese mismo día es huésped suyo. El Papa Sergio I, ya desde el siglo VII, quiso que la iglesia de San Adrián fuese el punto de partida de la Letanía solemne que en esta fiesta de la Natividad y luego en la de la Purificación, Anunciación y Asunción de la Santísima Virgen, llevaba al pueblo romano desde el foro a Santa María la Mayor.

MISA

Entona la Iglesia el hermoso canto de Sedulio a la Madre de Dios; en efecto, la mira ya, y también el Altísimo, como a Madre, pues lo es por la predestinación antes de todos los siglos.

María corresponde también al saludo de la Iglesia con el canto de la Esposa, el salmo del epitalamio, que nunca resonó con tan perfecto sentido para ninguna otra alma como para la suya desde este primer día.

INTROITO

Salve, Santa Madre, que diste a luz al Rey que rige el cielo y la tierra por los siglos de los siglos. — *Salmo:* Brota de mi corazón una palabra buena: dedico mis obras al Rey. ℣. Gloria al Padre.

Se pide en la Colecta que el presente misterio desarrolle en nosotros la obra de la santificación y de la paz.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, concedas a tus siervos el don de la gracia celestial: a fin de que aquellos para quienes el parto de la Santa Virgen fué el origen de la salud, la votiva solemnidad de su Natividad les dé aumento de la paz. Por Nuestro Señor Jesucristo.

En las misas privadas, a continuación de la Colecta, Secreta y Poscomunión de la fiesta, se hace conmemoración de San Adrián.

ORACION

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, los que celebramos el natalicio de tu santo mártir Adrián, seamos fortalecidos por su intercesión en el amor de tu nombre. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección del Libro de la Sabiduría (Prov., VIII, 22-35).

El Señor me tuvo consigo al principio de sus obras, antes que al principio hiciese él cosa alguna. Desde la eternidad fuí constituída, desde el comienzo, antes que fuese hecha la tierra. No existían aún los abismos y yo estaba ya concebida: no habían brotado aún las fuen-

tes de las aguas: no estaban asentados aún en su grandiosa mole los montes: antes que los collados, fuí dada a luz: aun no había criado la tierra, ni los ríos, ni los ejes del orbe de la tierra. Cuando él preparaba los cielos, yo estaba presente: cuando con ley fija encerraba él los mares dentro de su ámbito: cuando sujetaba en lo alto las nubes y equilibraba las fuentes de las aguas: cuando circunscribía al mar en sus términos e imponía ley a las aguas para que no traspasasen sus límites: cuando asentaba los cimientos de la tierra. Con él estaba yo disponiendo todas las cosas: y me deleitaba todos los días jugueteando ante él todo el tiempo: jugueteando en el orbe de la tierra: siendo mis delicias estar con los hijos de los hombres. Ahora, pues, hijos míos, oídme: Bienaventurados quienes siguen mis caminos. Atended al consejo y sed sabios, y no lo menospreciéis. Bienaventurado el hombre que me escucha y vela a mis puertas cada día y guarda las jambas de mis entradas. Quien me hallare, hallará la vida y alcanzará del Señor la salvación.

La Predestinación de María. — Junto a la cuna de los príncipes se suele pronosticar su futura grandeza, tejiendo a los recién nacidos una aureola de la gloria de los abuelos. Eso mismo hace hoy la Iglesia y mucho mejor. El Evangelio tiene que recordarnos la genealogía temporal del Mesías y la de aquella que hoy nace tan sólo para darle existencia a El; pero el origen en Dios del Hijo y de la Madre, nos lo acaba de comunicar antes el pasaje de los Proverbios que ha servido de Epístola. *Antes que los collados y que la tierra, fuí dada a luz,* dice para los dos la Sabiduría eterna; *cuando él preparaba los cielos, yo estaba presente.*

¡Qué diferencia entre nuestra pobre humanidad que está sujeta al tiempo y percibe las cosas conforme a la serie de su evolución sucesiva, y Dios que las considera por encima del tiempo al que domina desde la eternidad, en el orden de mutua dependencia en que las colocó con vistas a la manifestación de su gloria! El comienzo para Dios, el principio de toda obra, está determinado por la razón. Ahora bien, el Altísimo no obra fuera de sí si no es para revelarse por su Verbo *hecho carne,* el cual, siendo hijo del Creador, lo quiso también ser de una Madre criada. El Hombre-Dios como fin, María como medio: tal es el motivo de las decisiones eternas, el porqué del mundo, la concepción fundamental en la que todo lo demás se ve a título de dependencia y en segundo plano.

¡Oh Señora nuestra, que te dignas llamarnos también *hijos tuyos:* nos sentimos felices de que en ti la bondad corra parejas con la grandeza! *¡Afortunado linaje el de los hombres, que estuvo alerta esperándote y al fin te encuentra: pues en ti están la salvación y la vida!*

En el Gradual la Iglesia continúa cantando la maternidad virginal y divina, que es lo que hace glorioso a este día, en que nos es dada la Madre de Dios.

GRADUAL

Bendita y venerable eres, oh Virgen María: que, sin mancha del pudor, fuiste Madre del Salvador. ℣.

Oh Virgen, Madre de Dios: Aquel a quien todo el orbe no puede contener, se encerró, hecho hombre, en tus entrañas.

Aleluya, aleluya. ℣. Eres feliz, oh sagrada Virgen María, y dignísima de toda alabanza: porque de ti nació el Sol de justicia, Cristo, nuestro Dios. Aleluya.

EVANGELIO

Comienzo del santo *Evangelio* según San Mateo (Mt., I, 1-16).

Libro de la generación de Jesucristo, Hijo de David, Hijo de Abraham. Abraham engendró a Isaac. E Isaac engendró a Jacob. Y Jacob engendró a Judá y a sus hermanos. Y Judá engendró a Fares y a Zaran de Tamar. Y Fares engendró a Esrón. Y Esrón engendró a Arán. Y Arán engendró a Amínadab. Y Amínadab engendró a Naasón. Y Naasón engendró a Salmón. Y Salmón engendró a Booz de Rahab. Y Booz engendró a Obed de Ruth. Y Obed engendró a Jessé. Y Jessé engendró al rey David. Y el rey David engendró a Salomón de aquella que fué de Urías. Y Salomón engendró a Roboán. Y Roboán engendró a Abías. Y Abías engendró a Asa. Y Asa engendró a Josafat. Y Josafat engendró a Jorán. Y Jorán engendró a Ozías. Y Ozías engendró a Joatán. Y Joatán engendró a Acaz. Y Acaz engendró a Ezequías. Y Ezequías engendró a Manasés. Y Manasés engendró a Amón. Y Amón engendró a Josías. Y Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos en la transmigración de Babilonia. Y, después de la transmigración de Babilonia, Jeconías engendró a Salatiel. Y Salatiel engendró a Zorobabel. Y Zorobabel engendró a Abiud. Y Abiud engendró a Elíacim. Y Elíacim engendró a Azor. Y Azor engendró a Sadoc. Y Sadoc engendró a Aquín. Y Aquín engendró a Eliud. Y Eliud engendró a Eleazar. Y Eleazar engendró a Matán. Y Matán engendró a Jacob. Y Jacob engendró

a José, esposo de María, de la cual nació Jesús, que se llama Cristo.

EL "MISTERIO" DE MARÍA. — *María, de la que nació Jesús:* en estas palabras se encierra todo el misterio de Nuestra Señora; ellas expresan a partir de este día, según hemos visto, el título constitutivo de su ser natural y sobrenatural, así como Jesús, que había de nacer de María, *ser hijo de la mujer* [1] e *hijo de Dios* [2], fué desde el principio el motivo secreto de toda la creación, cuyo misterio no debía revelarse hasta la plenitud de los tiempos [3]. Obra única, de la que extasiado decía el Profeta: *Tu obra, oh Dios, tú la darás a conocer en medio de los años; el Santo vendrá de la montaña sombreada: los polos del mundo se inclinarán a los pasos de su eternidad* [4]. La montaña de donde a su tiempo tiene que venir el Santo, el Eterno, el Dominador del mundo, es la Santísima Virgen, a quien la virtud del Altísimo *cubrirá con su sombra* [5] y cuya elevación sobrepuja ya en su nacimiento a todas las alturas del cielo o de la tierra.

Los tiempos ya se cumplieron. Desde el momento en que la Trinidad eterna salió de su reposo para crear, el cielo y la tierra [6], *todas las generaciones del cielo y de la tierra,* como

1 *Gal.,* IV, 4.
2 *Rom.,* I, 3-4.
3 *Ef.,* III, 9.
4 *Hab.,* III, 2-6.
5 *Lc.,* I, 35.
6 *Gen.,* I, 1.

dice la Escritura [1], sentían dolores de parto por el día en que la Madre esperada nos diese al Hijo de Dios. Paralela a la línea que va de Abraham y de David hasta el mismo Mesías, todas las genealogías humanas preparaban a María la generación de los hijos adoptivos que Jesús, *nacido de María,* recibiría por hermanos.

Felicitemos con la Iglesia a Nuestra Señora por esta maternidad sublime que abarca en su eterna virginidad al Creador y a las criaturas.

OFERTORIO

Bienaventurada eres tú, oh Virgen María, que llevaste al Creador de todas las cosas: engendraste al que te hizo, y permaneces Virgen eternamente.

Acérquennos cada vez más al Hijo de María, que es al mismo tiempo Hijo de Dios, la maternidad de la Virgen y su virginidad consagrada por la maternidad; únannos en una pureza mayor al Sacrificio que está preparado en el altar para festejar este día.

SECRETA

Socórranos, Señor, la humanidad de tu Unigénito: para que, el que, naciendo de la Virgen, no disminuyó, antes consagró, la integridad de la Madre: nos purifique de nuestras manchas y, en la fiesta de su Natividad, te haga acepta nuestra oblación, Jesucristo, Nuestro Señor, que vive y reina contigo.

1 *Gen.,* II, 4.

CONMEMORACION DE SAN ADRIAN

Aceptadas nuestras ofrendas y preces, suplicámoste, Señor, nos purifiques con estos celestes Misterios y nos escuches clemente. Por Nuestro Señor Jesucristo.

En la Comunión, no olvidemos, en posesión ya del Señor, que debemos su venida a la bendita Niña que nació en este día, hace ya veinte siglos, para hacer ese don al mundo.

COMUNION

Bienaventuradas las entrañas de la Virgen María, que llevaron al Hijo del Padre eterno.

Quiera Dios que la repetición de esta santa fiesta no sea infecunda en nuestras almas, y que los Misterios adorables, en los que hemos tenido la suerte de tomar parte, logren alejar de nosotros el mal temporal y el mal eterno, como lo pide la Poscomunión.

POSCOMUNION

Hemos recibido, Señor, los votivos Sacramentos de esta anual festividad: haz, te suplicamos, que nos den los remedios de la vida temporal y los de la eterna. Por Nuestro Señor Jesucristo.

CONMEMORACION DE SAN ADRIAN

Suplicámoste, Señor, Dios nuestro, hagas que, así como nos regocijamos en el culto temporal con la conmemoración de tus Santos, así nos alegremos de su perpetua visión. Por Nuestro Señor Jesucristo.

Plegaria a María Niña. — Este mundo nuestro, oh María, por fin te posee. Tu nacimiento le hace conocer cuál es su destino; le revela el secreto del amor que le sacó de la nada para hacerle palacio del Dios que residía encima de los cielos. Pero, ¿qué misterio es éste, por el que el pobre género humano, inferior a los ángeles en cuanto a la naturaleza, es elegido para dar un Rey y una Reina a los coros angélicos y a toda la creación? Al Rey pronto le adorarán los ángeles recién nacido en tus brazos; la Reina hoy la veneran y la admiran en la cuna como saben ellos admirar. *Luceros de la mañana,* estos nobles espíritus contemplaban al principio las manifestaciones de la Omnipotencia y alababan al Altísimo [1]; pero su mirada nunca descubrió una maravilla igual a la que ahora los estremece; ven que Dios se refleja de un modo más puro bajo de velos corporales, en la naturaleza frágil de una niña de un día, que no en el poder y en toda la esplendidez de sus nueve coros; ven a todo un Dios cautivo de la flaqueza unida mediante la gracia a tanto amor, que la convierte en punto culminante de su obra y ha decretado, por eso, manifestar en ella a su Hijo.

Reina de los Angeles, pero también nuestra; acéptanos la fidelidad y el homenaje. En este día en que el primer suspiro de tu alma santísima fué para el Señor y el primer sonreír de

---

1 *Job.,* XXXVIII, 7.

tus ojos para los padres que te trajeron al mundo, dígnese admitirnos la Bienaventurada Ana a besar de rodillas tu mano bendita, siempre pronta a las divinas largüezas de que es dispensadora predestinada. Y crece ahora, dulce niña; vayan tus pies fortaleciéndose para quebrantar la cabeza de la serpiente, se hagan tus brazos robustos para poder llevar el tesoro del mundo: el ángel y el hombre, toda la naturaleza, Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo están esperando el momento solemne en el que Gabriel pueda echarse a volar desde los cielos saludándote llena de gracia y trayéndote el mensaje del amor.

9 DE SEPTIEMBRE

SAN GORGONIO, MARTIR

LOS DOS TESTIGOS. — Como encontramos un mártir, San Esteban, que velaba junto a la cuna de Jesús, así vemos hoy a otro mártir, San Gorgonio, que hace guardia sobre la cuna de la Madre de Dios. El año litúrgico estaba en sus comienzos y nos enseñaba la Iglesia que venía Jesús a sufrir y que todos los que quisiesen seguirle, deberían sufrir también y darle testimonio. Ahora, cuando el año está caminando a su fin, la Iglesia nos repite la misma lección al proponer a nuestro culto e imitación tan gran

número de Santos. Para comprender mejor dicha lección, resumamos lo que Bossuet dice en el elocuente panegírico que predicó en Metz sobre el mártir que hoy celebramos.

La vida es un combate. — "No sin razón el Apóstol nos exhorta a estar siempre armas en brazo [1] ya que sabemos por los divinos oráculos que nuestra vida es una guerra continua [2]. El espíritu de Dios, que por el santo bautismo recibimos, llena nuestras almas de la idea del bien supremo para hacernos mirar con desprecio los movimientos eternos que agitan la vida humana. Pero, ya lo sabéis, todas las grandes empresas encuentran grandes dificultades. Todo el mundo tiene empeño en luchar contra este plan: *Adversum nos omnis mundus armatur*. A todas las criaturas de sobre la haz de la tierra las adorna de incentivos postizos, con el fin de sorprendernos con su falso brillo. Y si nuestra generosidad llega a tanto que despreciamos sus favores, para asustarnos nos pone ante los ojos gran aparato de penas y de tormentos; de tal modo que el servidor de Dios tiene que vivir en este mundo sin temor y sin esperanza y sentirse inconmovible e inexorable por los cuatro costados.

"Y aquí está el porqué los poderes de la tierra se envalentonaron contra los defensores de la fe. Estas almas heroicas no pudieron dar gus-

1 *Ef.*, VI, 2.
2 *Job.*, VII, 1.

to al mundo, y el mundo a ellas tampoco las agradó: aquí tenemos la causa de su contrariedad. El mundo no las contentó y por eso le despreciaron. Tampoco ellas agradaron al mundo, y de ahí que el mundo tomó con gusto el molestar a lo que no le pertenecía. Y todo sucede por un orden secreto de la Providencia y para que se cumpla esta memorable palabra de nuestro Salvador: *No vine a traer la paz sino a encender la guerra: Non veni pacem mittere; sed, gladium...* [1].

LA FE. — "Y dicho esto, ¿qué mejor para concluir con las palabras del Apóstol: *Quorum intuentes exitum..., imitamini fidem* [2]? Gorgonio fué constante hasta la muerte, de la cual saboreó toda la amargura; ahora sólo falta que imitéis su fe, aquella fe ardiente por la que prefirió el oprobio de Jesucristo a todos los honores y se mantuvo íntegro e inquebrantable en el alma, mientras su cuerpo se deshacía a pedazos como una vetusta casucha.

"Ocurre con los mártires lo que con los modelos cuyos rasgos copian los pintores para embellecer sus obras. Vemos también retratada en la vida de los mártires la de nuestro Salvador; ellos en casi todo nos pueden servir de modelo. Pero en el esplendor de sus virtudes debemos

---

1 *Mat.*, X, 34.
2 *Hebr.*, XIII, 7.

escoger las que nos son más necesarias en las circunstancias en que vivimos.

El testimonio. — "Mártir y testigo es lo mismo. Se llaman mártires de Jesucristo los que, al padecer por la fe, dieron testimonio de la verdad en medio de los padecimientos y la sellaron con su sangre. Si hoy ya no existen tiranos que nos persigan, el Evangelio nos enseña que Dios, que es Padre nuestro, reparte a sus hijos los bienes y los males conforme a los designios de su Providencia [1]. De manera que al sentirnos atribulados, si aceptamos con humildad y de mano de Dios nuestras aflicciones, por esta aceptación ¿no afirmamos como testigos que hay una inteligencia primera y universal que por motivos ocultos, aunque justos, hace nuestra buena y nuestra mala fortuna? Y esto ¿qué significa sino ser testigos y mártires de la Providencia" [2]?

Vida. — De San Gorgonio, mártir romano, sabemos poquísimo; a veces se le ha confundido con su homónimo de Nicomedia. Fué enterrado en el cementerio "de los dos laureles" y el Papa San Dámaso adornó su sepulcro con una bella inscripción. Sus reliquias las trasladó Baronio más tarde a San Pedro. San Gorgonio tuvo la buena fortuna de tener a Eusebio como historiador [3] y como panegirista a Bossuet: a ellos les debe su parte de celebridad.

---

1 *Mat.*, 45.
2 Panegírico del 9 de septiembre de 1649.
3 *Hist. Ecles.*, VIII, 6, 2-5.

Oración: "Asístanos, oh Señor, con su intercesión tu santo mártir Gorgonio, para que su fiesta se convierta para nosotros en un día de santa alegría. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

EL MISMO DIA

SAN PEDRO CLAVER, CONFESOR

Nacido en Verdú, un pueblecillo del condado de Urgel, Pedro decía en sus primeros años: "Quiero pasar toda mi vida trabajando por las almas, salvarlas y morir por ellas." Impelido por este anhelo, dejó la universidad y se hizo jesuíta en Tarragona. Vivió algún tiempo en Mallorca con San Alfonso Rodríguez, y después de muchas instancias consiguió que se le enviase a convertir infieles en las Indias Occidentales. En 1610, cuando tenía 26 años, salió de Sevilla, con dirección a Centroamérica. Se estableció en Cartagena de Indias, y empezó su ministerio predicando a los españoles, enseñando el catecismo a los indios, y tratando de aliviar la situación de los negros que los filibusteros llevaban a aquel gran imperio, donde se encontraban las naves de España con las embarcaciones que venían a través del Amazonas. Se convirtió Claver en es-

clavo de los esclavos. Poco a poco su vida se fué orientando en esta última dirección: *Claver era el apóstol de los negros.* A los que le preguntaban el porqué de aquellas predilecciones, él les respondía: "Mis negros están lavados con la sangre de Jesucristo y son hijos de Dios con los mismos títulos que vosotros." Era aquella una vida de abnegación sublime y de heroísmo continuo al cual se mezclaban las más duras penitencias.

Agotado por el esfuerzo y por la mortificación, murió Pedro Claver el año 1654 entre una muchedumbre de negros que no cesaban de llorar diciendo: "*El santo se muere; perdemos al Padre.*" La Santa Sede le ha declarado Patrón celestial de los negros.

Recemos con fervor en provecho nuestro y de la raza injustamente preterida, la preciosa oración de la fiesta: "Oh Dios, que, para llamar al conocimiento de tu nombre a los Negros reducidos a la esclavitud, fortaleciste a San Pedro con admirable caridad y paciencia en ayudarlos; concédenos por su intercesión, el que, buscando las cosas de Jesucristo, amemos a nuestros prójimos de obra y de verdad. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo."

EL MISMO DIA

SEGUNDO DIA DE LA OCTAVA DE LA NATIVIDAD

MARÍA, RECIÉN NACIDA [1]. — Al exterior, la Santísima Virgen, acostada en su cuna y al cuidado de Santa Ana, en nada se diferencia de las demás niñas recién nacidas, a no ser por aquel semblante tan bello, y de una blancura tan pura como realmente nacido para la bienaventuranza suprema, la cual uno puede contemplar en él con sumo placer. Probablemente reproduciría, como es lo ordinario, el parecido de las facciones paternas. Pero, aun concediendo a las leyes de la herencia seguir su curso, la Providencia había preparado a los antepasados con vistas al último vástago. En el orden del tiempo María se parecía a sus padres y Jesús debía parecerse a María; en el orden del ejemplarismo divino, Ana y Joaquín fueron creados para María, y María lo fué totalmente para Jesús. Al plasmar Dios el cuerpo de Adán, veía con antelación a su Verbo encarnado y, "modelando la arcilla, pensaba en Jesucristo que un día se había de hacer hombre" [2]. Con mayor razón a imagen del Hijo hizo Dios a la Madre cuando llegó el momento de

1 En esta Octava extractaremos algunas páginas doctrinales de Dom Demaret, en su libro "Marie de qui est né Jésus", tomo V.

2 Tertuliano, *De resurrectione carnis,* c. 6. P. L., 2, 802.

cumplir el eterno designio; y como la gracia de Jesús llenaba al alma de María, en el semblante de ésta se reflejaba también la belleza de Jesús.

Aparte esta sobrehumana belleza, que arrebata a cuantos la ven, la graciosa hija de Joaquín y de Ana en todo lo demás parece una niña cualquiera. Pero no es así. Sus modales y sus ademanes de niña en la cuna y en los pechos de la Madre son simples exterioridades, apariencias en las que oculta los prodigios que la gracia obra en ella.

"No parecía niña, hace notar San Francisco de Sales, porque, como disfrutaba del uso de la razón, hacía una vida puramente contemplativa; tan buena y discreta era esta criatura, que nos es imposible imaginarnos otra parecida, fuera de su amadísimo Hijo" [1].

PLENITUD DE BELLEZA Y DE PERFECCIÓN. — En efecto, no sólo desde el día en que de manera inefable llegó a ser la Madre del Verbo, sino desde el momento de su concepción, María sobrepuja en su unión con Dios y en la participación de todo bien a todas las criaturas. El que concebido por ella la dió la fecundidad, el que, naciendo de ella, no la privó del privilegio de la virginidad, quiso, antes de nacer de ella, crearla tal, que él mismo pudiese, sin detrimento de su dignidad de Dios, nacer de ella. Y, al crearla,

---

1 Sermón XXVI, *Pour la Présentation*. Oeuvres, t. IX, p. 233.

derramó en ella cuanto ella pudo recibir como simple criatura, todo lo que hay de exquisito, de perfecto y de bello; desde entonces la colmó de sus larguezas y dones sobre todas las otras criaturas. Encerrada en el silencio de su vida íntima en el seno materno, y luego, en su cuna, Nuestra Señora actuaba toda la gracia que había recibido, haciéndola crecer y fructificar continuamente. Como los demás niños, no tenía palabras, pero esto no era obstáculo para que ofreciese a Dios, como se lo había ofrecido desde que fué concebida, la más perfecta alabanza que hasta entonces había Dios recibido de una criatura, y a él le entregaba por entero todo su amor. Su amor a Dios estaba siempre creciendo y no conocía en ella interrupción ni descanso. Además, esta niñita, envuelta en mantillas como todos los recién nacidos y descansando entre los brazos de su madre Santa Ana, es el cofrecito excelso y purísimo en que se han acumulado todos los tesoros de la gracia, donde están depositadas todas las riquezas de la economía nueva y colocadas las arras de nuestra salvación. Es la maravilla de las maravillas y, de cuanto existe o existirá fuera de Dios, nada hay tan magnífico como María, nada que se pueda comparar con ella. Se han dado cita en ella todas las gracias, es la plenitud de la bondad y de la belleza, un retrato vivo de toda virtud.

"Acércate a esta cuna, dice San Francisco de Sales, medita las virtudes de esta Niña Santa

y verás que las practica todas de eminentísimo modo. Pregunta a los ángeles, a los querubines y serafines, pregúntales si igualan en perfección a esta niña, y te responderán que está infinitamente por encima de ellos. Míralos alrededor de su cuna y cómo todos maravillados de la beldad de esta Señora dicen las palabras del Cantar de los Cantares: ¿"Quién es esta que sube del desierto como una varita de humo que sale de la mirra, del incienso y de toda clase de perfumes olorosos"[1]? Y luego, considerándola desde más cerca todavía arrobados y fuera de sí, continúan su admiración: ¿"Quién es esta que camina como la aurora en su salida, bella como la luna, escogida como el sol, terrible como un batallón puesto en orden de batalla"[2]? Esta niña no está aún glorificada, pero tiene prometida la gloria; no tiene propiamente esperanza, sino seguridad de conseguirla. Y de este modo seguían en sus alabanzas"[3].

10 DE SEPTIEMBRE

SAN NICOLAS DE TOLENTINO, CONFESOR

CONFIANZA DE LA IGLESIA EN SAN NICOLÁS. — María niña sonríe al lirio que, presentándose

1 *Cant.*, III, 6.
2 *Ibid.*, VI, 9.
3 S. Francisco de Sales: Sermón XXXIV (Para la fiesta de San Nicolás de Tolentino). Oeuvres, t. IX, p. 345-346.

ante su cuna, la ofrece el representante de una gran Orden. Admitido en la familia religiosa de los ermitaños de San Agustín cuando se estaba formando y constituyendo con la dirección del Vicario de Jesucristo, Nicolás mereció ser su taumaturgo. Al morir en 1305, comenzaba para los Romanos Pontífices el destierro de Avignon; su canonización se retrasó más de siglo y medio por la confusión de aquellos tiempos, pero ella señaló el fin de las lamentables disensiones que siguieron al destierro.

La paz tantos años perdida, la paz que los más prudentes desconfiaban ya alcanzar, era el ruego inflamado, el conjuro solemne de Eugenio IV, quien, al terminar su laborioso pontificado, confiaba la causa de la Iglesia al humilde siervo de Dios puesto por él en los altares. Según testimonio de Sixto V [1], ese fué el mayor milagro de San Nicolás; milagro que indujo a este último Pontífice a mandar celebrar su fiesta con rito doble, honor más raro en aquellos tiempos que en los nuestros.

VIDA. — San Nicolás es el Santo más ilustre de la Orden de los ermitaños de San Agustín, en el siglo XIII. Nació en 1246 en Santángelo, ciudad de la Marca de Ancona. Eran pobres sus padres, pero le enseñaron tan bien el ejemplo y la práctica de la virtud, que desde jovencito dió señales de su santidad futura. A la piedad y al amor de las austeridades juntaba el gusto por el estudio. Ya antes de ser sacerdote, obtuvo un canonicato en la iglesia del Sal-

---

1 Sixti V, Const. Sancta Romana universalis Ecclesia.

vador, en Tolentino, pero, anhelando la vida religiosa para ser más perfecto, ingresó en la Orden de los ermitaños de San Agustín. Practicó con suma fidelidad todas las observancias, buscando con gran avidez las humillaciones y la penitencia. Era tal su fervor, que su semblante se encendía de amor durante el Santo Sacrificio y las lágrimas corrían de sus ojos. Por espacio de treinta años predicó casi diariamente con gran aprovechamiento de las almas, convirtiendo a muchos pecadores y hasta obrando milagros. Murió el 10 de Septiembre de 1308 y fué canonizado en 1446 por el Papa Eugenio IV.

PODER DE LA SANTIDAD. — Servidor bueno y fiel, has entrado en el gozo de tu Señor. El rompió tus lazos; y desde el cielo donde ahora reinas, nos repites la palabra que determinó la santidad de tu vida mortal: *No améis el mundo ni lo que hay en el mundo; pues el mundo pasa, y con él su concupiscencia* [1]. Cuán poderoso es para el prójimo el hombre que de esa manera olvida al mundo, nos lo enseña el don que se te concedió de aliviar toda clase de miserias a tu alrededor y también en las almas del Purgatorio; y no se equivocaba el sucesor de Pedro al concederte los honores de los Santos y contar con tu valimiento en el cielo para llevar por los caminos de la paz a la sociedad tanto tiempo revuelta. Ojalá llegue a penetrar en nuestras almas y producir en ella los frutos que produjo en la tuya la palabra del discípulo predilecto, que acabas de repetirnos y que es verdadera semilla de salvación:

---

1 *I Jh.*, II, 15, 17.

el desasimiento de lo que se acaba, la aspiración a las realidades eternas, esa sencillez humilde de la mirada del alma que pone paz en nuestro vivir y nos lleva a Dios, esa pureza que te hizo amigo de los Angeles y privilegiado de María.

EL MISMO DIA

TERCER DIA DE LA OCTAVA DE LA NATIVIDAD

María, modelo de la vida religiosa. — San Francisco de Sales se interesó en probarnos que la Santísima Virgen, desde su entrada en este mundo, es como el resumen y el modelo acabado de la vida y perfección religiosa.

"La perfección cristiana consiste en renunciar al mundo, a la carne y a la propia voluntad; eso es y no otra cosa... Y San Agustín, al tratar de los que se consagran a Dios para tender a esta perfección, escribe: ¿qué son esas gentes sino un conjunto de personas que van a la milicia, a la guerra y al combate contra el mundo, contra la carne y contra sí mismos [1]? La vida religiosa "es un combate y una guerra continua, que, declarada al mundo, a la carne y a sí mismo, se hace a la sombra de la bandera y al amparo de Nuestra Señora... Pues desde su

[1] Epist. 220, *ad Bonifacium,* n. 12. *P. L.,* 33, 997. Contra Faustum, l. V, c. 9. *P. L.,* 42, 225-226.

nacimiento practicó ella la perfecta abnegación del mundo, de la carne y de sí misma, en lo cual consiste la perfección cristiana". En cuanto al mundo, la Virgen bendita hizo ya en su nacimiento la renuncia más perfecta y total que se puede hacer...

RENUNCIA AL MUNDO. — "La Santísima Virgen vivía en la tierra practicando todas las virtudes, pero de un modo admirable la de la renuncia al mundo. Pues, entre los aplausos y en la exaltación se la ve humillada, sin querer aparentar que es más que una niña ordinaria y sencilla, a pesar de gozar del uso de la razón desde el primer instante de su ser... Y ¿quién no se admirará de ver a esta celestial Niña en su cuna, que, siendo capaz de conocer y de amar, de discurrir y de unirse a Dios, quiere y acepta en esta adhesión el ser tenida y tratada por todos como una niña cualquiera, semejante en todo a las otras? ¡Dios mío, qué renunciamiento a la gloria, al fausto y a la pompa del mundo! Y esto de tal modo disimulado que no se conocía semejante maravilla. Los niños son agradables en su infancia e inocencia porque a nada se aficionan, a nada están apegados, ignoran lo que son puntos de honra, de reputación o vituperio. Tanto les da el vidrio como el cristal, el cobre como el oro, el falso rubí como el fino; cualquier cosa preciosa de veras, la dejarán por una manzana. Todas esas cosas hacen amables

a los niños, pero no son de admirar en ellos puesto que no tienen todavía uso de razón. Mas que la Santísima Virgen, siendo niña y haciendo lo que hacen las niñas, discurriese y razonase como al morir, esto es una cosa, Dios mío, no sólo amable y agradable, sino también muy admirable. He ahí, pues, el primer renunciamiento que hizo.

RENUNCIA A LA CARNE. — "La segunda renuncia es la de la carne... La Santísima Virgen hizo de un modo perfecto en su cuna esta renuncia a la carne. Cierto que los niños practican mil actos de renunciamiento, porque de mil maneras a eso se los obliga; el mucho cuidado que se tiene de ellos es causa de que no se sigan nunca sus gustos e inclinaciones. Mirad a ese pobre niño que tiene una manzana. Por temor a que se la coma y luego le haga mal, se la quitan y a veces a la fuerza. Quiere alargar sus bracitos, se los cogen y se los atan; quiere patalear y le sujetan los pies; desearía ver la luz, y le cubren la cara para que no la perciba; quiere estar despierto y le mecen en la cuna para dormirle; en una palabra, en todo le contrarían. Con todo, no merecen los niños en esto alabanzas ya que no tienen uso de razón; pero la Virgen Santísima le tuvo de una manera perfectísima y soportó voluntariamente en su niñez todas esas mortificaciones y contradicciones; he ahí cómo practicó ella la segunda renuncia...

RENUNCIA A LA LIBERTAD. — "En la religión se renuncia a todas las cosas y en todas las cosas hay que estar sumiso ya que, al renunciar uno a su libertad, renuncia de modo absoluto hasta a escoger los ejercicios de devoción para seguir la marcha de la comunidad.

"En su nacimiento hizo la Santísima Virgen esta última renuncia de forma que nunca se sirvió de su libertad. Considera atentamente todo el curso de su vida y sólo verás una sumisión continua. Va al Templo, pero la llevan sus padres, que se lo habían prometido a Dios. Luego la casan. Mírala saliendo de Nazaret para ir a Belén, huyendo a Egipto, regresando a Nazaret; en resumen, en sus idas y venidas sólo encontrarás una sujeción y docilidad admirables. Y llega hasta ver expirar a su Hijo y su Dios en el madero de la cruz, en postura firme y de pie junto a ella, sometiéndose a lo que era el beneplácito divino y uniéndose a la voluntad del Padre eterno. Aprueba y consiente la muerte de Nuestro Señor y no a la fuerza sino libérrimamente, con plena voluntad; y besa cien mil veces la cruz en la que está clavado, la abraza y la adora. ¡Dios mío, qué abnegación tan grande es ésta! Cierto que el corazón tiernamente amoroso de esta Virgen afligida estaba traspasado por vehementes dolores [1]; y ¡quién podría expresar la convulsión y penas que padecía en-

1 *Lc.*, II, 35.

tonces su corazón sagrado! Vemos, con todo, que la basta a esta Santa Señora saber que es voluntad del Padre eterno el que su Hijo muera y el que ella misma le vea morir, para hacerla estar *de pie junto a la cruz* [1], como aprobando y aceptando esa muerte" [2].

11 DE SEPTIEMBRE

SANTOS PROTO Y JACINTO, MARTIRES

Hoy festeja Roma a dos mártires que sufrieron por la fe hacia el año 127, en tiempo de la persecución de Valeriano. Ningún dato histórico sobre su vida [3] nos dan sus *Actas;* únicamente sabemos que sus tormentos fueron crueles y que Roma les tributó un culto especialísimo. El Papa Dámaso adornó su tumba con una inscripción: Símaco les dedicó un altar en la rotonda de San Andrés del Vaticano y Pío IX determinó que el cuerpo de San Jacinto se trasladase a San Pablo extramuros. El proyecto no se llevó al cabo y hoy descansa en la iglesia de la Propaganda.

Pidamos con la Iglesia que su intercesión nos merezca las gracias que en su nombre solicita-

1 *S. Juan,* XIX, 25.

2 Sermón XXXIV: *Pour la fête de saint Nicolas de Tolentino.* Oeuvres, t. IX, p. 340-353.

3 Delehaye: *Étude sur le Légendier romain,* p. 175.

mos y que el Santo Sacrificio ofrecido en su honor purifique nuestras almas y se convierta en remedio de salvación eterna [1].

EL MISMO DIA

CUARTO DIA DE LA OCTAVA DE LA NATIVIDAD

SERMÓN DE SAN PEDRO DAMIANO. — "La Natividad de la bienaventurada e Inmaculada Madre de Dios nos trae a los hombres una alegría singular y preciosa: inaugura la salvación de la naturaleza humana... Dios, antes de crear al hombre, vió con el inefable mirar de su Providencia que el hombre iba a ser víctima de las maquinaciones diabólicas y, por lo mismo, resolvió, en lo más hondo de su infinita misericordia, el plan de la redención del género humano y determinó previamente todas las circunstancias. Por consiguiente, siendo imposible que la redención humana se realizase sin que el Hijo de Dios naciese de la Virgen predestinada, de igual modo era necesario que primeramente naciese esa Virgen, en la que el Verbo se haría carne. Había que construir primero la casa a la que el Rey celestial bajaría y en la cual le darían hospitalidad...

1 Oraciones de la Misa.

"Con razón se alegra el mundo y salta de júbilo de cabo a cabo. Con razón canta la santa Iglesia en sus himnos el nacimiento de la Madre de su Esposo. Alegrémonos todos en este día, en el que, al venerar el nacimiento de la Santísima Virgen, celebramos el principio de todas las fiestas del Nuevo Testamento. Regocijémonos, deleitémonos en el Señor en este día solemne, en el que, al honrar a la Madre del Redentor, celebramos el origen de todas las otras fiestas. La solemnidad que por el tiempo es más antigua que todas las solemnidades, no puede ser inferior a ellas en dignidad. Si Salomón con todo el pueblo de Israel celebró la dedicación de un templo de piedra con tan magníficos y abundantes sacrificios [1], ¡cuánto mayor debe ser el gozo del pueblo cristiano en el nacimiento de la Bienaventurada María! A su seno, como a templo sacrosanto, se dignó bajar Dios mismo para recibir en él la naturaleza humana y vivir luego de un modo visible entre los hombres. Se cree, ciertamente, que Dios bajó al templo de Salomón: pero en este santuario animado, en el seno de la Santísima Virgen, se dignó quedarse para nuestro bien de una manera mucho más admirable y más útil: en él el Verbo se hizo carne para habitar entre nosotros... [2]. Finalmente, Dios honró al templo judío con su visita, pero no recibió nada de él. En cambio, no

---

[1] 3 Reyes, VIII.
[2] *S. Juan,* I, 14.

sólo quiso bajar al seno de la Santísima Virgen, sino que quiso además tomar de él la totalidad de nuestra naturaleza humana y unírsela hipostáticamente. La solemnidad, pues, de este día debe ser tanto más gloriosa cuanto mayores son las excelencias de este templo virginal.

"Pero ¿de qué modo podrá celebrar la fragilidad humana la fiesta de la que mereció engendrar al que es la alegría de los ángeles? ¿Cómo podría alabar la palabra caduca de un hombre mortal a la que de su sustancia engendró a la Palabra que permanece eternamente? ¿Qué lengua será capaz de celebrar a la que engendró al que toda criatura bendicé y a quien todos los elementos con temblor obedecen...? Al querer escribir las alabanzas y la gloria de la madre de Dios, nos faltan las palabras y las frases para glorificarla de una manera digna porque todo en ella es nuevo e inaudito. La materia inefable nos quita la posibilidad de hablar...

"Gocémonos y saltemos de contento en este día del nacimiento de la bienaventurada Madre de Dios, que anuncia al mundo una nueva alegría y que es para todo el género humano el principio de la salvación. Saltemos de júbilo: nos alegramos del nacimiento de Cristo; no nos alegremos menos del nacimiento de la Madre de Cristo. Hoy ha nacido la reina del mundo, la ventana del cielo, la puerta del paraíso, el tabernáculo de Dios, la estrella del mar, la escala celeste por la que el Rey, humillándose,

baja a nuestras profundas regiones, por la que el hombre, que yacía en tierra, se levanta hasta el cielo. Hoy sale para el mundo la estrella por la que el sol de justicia iluminó al mundo; la estrella de la que dijo el profeta: Una estrella sale de Jacob; un hombre se alza en Israel [1]. Hoy ha nacido esta Virgen admirable, de quien procede, como un Esposo de la cámara nupcial, el más hermoso de los hijos de los hombres [2]. Hoy sale del seno de su madre la que mereció ser el templo de la divinidad. Hoy se ha cumplido el oráculo profético que el príncipe de los profetas, Isaías, convertido en heraldo de la llegada de la reina del mundo, anunciaba con potente voz: Un tallo saldrá del tronco de Jessé, y de su raíz brotará una flor..." [3].

"Suplicámoste, oh clementísima, Madre de piedad y de misericordia, nos alcances a los que en este mundo nos gozamos de celebrar asiduamente tus grandezas, la gracia de merecer la ayuda de tu intercesión en el cielo. Y como por medio de ti se dignó el Hijo de Dios bajar a este mundo, así lleguemos nosotros al cielo a gozar de su compañía" [4].

---

1 Núm., XXIV, 17.
2 Salmo XLIV, 3.
3 *Isaías*, XI, 1.
4 Sermón XLV y XLVI, *De Nativitate B. M. V. P. L.*, 144, c. 740 a 742; 753; 761.

12 DE SEPTIEMBRE

EL DULCISIMO NOMBRE DE MARIA

OBJETO DE LA FIESTA. — Unos días después del nacimiento del Salvador, ha consagrado la Iglesia una fiesta a honrar su nombre bendito. De esa manera nos enseñaba todo lo que ese nombre tiene para nosotros de luz, fuerza y dulzura para animarnos a invocarle con confianza en todas nuestras necesidades [1].

De modo semejante, en esta octava de la Natividad de la Santísima Virgen, dedica un día la Iglesia a honrar el santo nombre de María y, por la Liturgia y la doctrina de los Santos, nos enseña también cuántas riquezas espirituales encierra este nombre para nosotros, a fin de que, como el nombre de Jesús, lo tengamos continuamente en nuestros labios y en nuestro corazón.

HISTORIA DE LA FIESTA. — Roma concedió en 1513 a una Iglesia de España, a Cuenca, la fiesta del Dulce nombre de María. Suprimida por San Pío V y restablecida por Sixto V, fué concedida después, en 1671, al reino de Nápoles y al Milanesado. El 12 de Septiembre de 1683, Juan Sobieski y sus polacos derrotaron a los turcos

1 Año Litúrgico, I, 322-321.

que asediaban a Viena y amenazaban a la cristiandad; Inocencio XI, en acción de gracias, extendió la fiesta a la Iglesia universal fijándola en el Domingo de la infraoctava de la Natividad. San Pío X la volvió a poner en el 12 de septiembre.

NOMBRE VENIDO DEL CORAZÓN DE DIOS. — Nos debe interesar más que el recuerdo histórico de la institución de la fiesta, el significado del nombre bendito que se impuso a la que iba a ser Madre de Dios y Madre nuestra.

Entre los judíos el nombre tenía una importancia grandísima y su imposición se hacía ordinariamente con solemnidad. Por la Sagrada Escritura sabemos que algunas veces intervino Dios para designar el nombre que uno u otro de sus servidores debía llevar: el ángel Gabriel avisa a Zacarías que su hijo se llamará Juan; y el mismo ángel dice también a San José al explicarle la Encarnación del Verbo: "Le llamarás Jesús". Por tanto, se puede pensar que Dios intervino de una manera o de otra para que a la Santísima Virgen se la llamase con un nombre que respondiese exactamente a su grandeza y a su dignidad. Joaquín y Ana impusieron a su hija el nombre de María, que tan querido se nos ha hecho.

"ES TU NOMBRE ACEITE DERRAMADO". — Complaciéronse los Santos en comparar el nombre de María con el de Jesús. San Bernardo aplicó al

Señor el texto del Cantar de los Cantares: "Es tu nombre aceite derramado" [1]. Porque el aceite es luz, alimento y medicina. Otro tanto dice Ricardo de San Lorenzo: "el nombre de María se compara al aceite. Porque, por encima de todos los otros nombres, excepción hecha del de su Hijo, el nombre de María restaura a los que están cansados, ablanda a los empedernidos, cura a los enfermos, da luz a los ciegos, rehace a los agotados, los unge para nuevos combates, rompe la esclavitud del diablo y sobrepuja a todo nombre, como el aceite a cualquier otro líquido..." [2].

Otras interpretaciones. — Más de sesenta y siete interpretaciones se han dado al nombre de María, según se le considere como un nombre de origen egipcio, siriaco o hebreo, como un nombre simple o un nombre compuesto. No pensamos detenernos en las interpretaciones, pero podemos recordar las cuatro principales que los autores antiguos atribuyen al nombre de María. "El nombre de María, decía San Alberto Magno, tiene cuatro sentidos; significa: *iluminadora, estrella del mar, mar amargo, ama o señora*" [3].

Iluminadora. — Iluminadora: lo es la Virgen Inmaculada, que nunca quedó deslucida por la

1 *Cant.*, I, 3.
2 *De Laudibus B. M. V.*, l. II, c. 2.
3 Comentario sobre S. Lucas, I, 27.

sombra del pecado; es la mujer revestida del sol; "la que ha iluminado a todas las Iglesias con su gloriosa vida" [1]; finalmente, la que ha dado al mundo la luz verdadera, la Luz de vida.

Estrella del mar. — Estrella del mar: así la saluda la misma Liturgia en el himno tan poético y tan popular del *Ave maris Stella*...; igualmente la saluda con este hermoso nombre en la Antífona de Adviento y del tiempo de Navidad: *Alma Redemptoris Mater*. Ya sabemos que la estrella del mar es la estrella polar. Ahora bien, la estrella polar es la más brillante, la más elevada, la última de las estrellas que forman la Osa Menor, tan cercana al polo que parece inmóvil y que conserva una posición como invariable durante muchas noches. Por eso mismo es de gran utilidad para saberse orientar en el mapa del cielo y es una ayuda al navegante que no tiene brújula.

Así también, Nuestra Señora es la criatura más alta en dignidad, la más bella y la más cercana de Dios; invariable en su amor y en su pureza, para nosotros es ejemplo de todas las virtudes, ilumina nuestra vida y nos enseña el camino para salir de las tinieblas y llegar a Dios, que es la verdadera luz.

Mar amargo. — Mar amargo: María se puede decir que lo es en este sentido: por su bondad

[1] Liturgia.

maternal nos convierte en amargos aquellos placeres del mundo que podrían seducirnos y hacernos olvidar el bien único y verdadero; mar amargo también porque, en la Pasión de su Hijo, sintió atravesada el alma por la espada del dolor.

Es un mar porque, así como el mar es inagotable, de igual manera la bondad y la liberalidad de María con todos sus hijos no tiene fin. Las gotas del agua del mar nadie las puede contar sino la ciencia infinita de Dios: tampoco nosotros podemos siquiera sospechar la suma inmensa de gracias que Dios depositó en el alma bendita de María desde el momento de su Concepción Inmaculada hasta su gloriosa Asunción a los cielos.

SEÑORA NUESTRA. — Finalmente, María es con toda verdad, según el título que la dió España: *Nuestra Señora;* Señora, es decir, Reina, Soberana. Reina ciertamente lo es ella, la más santa de todas las criaturas, Madre del que es Rey por el título de la Creación, Encarnación y Redención; ella, que, después de haber quedado asociada al Redentor en todos sus misterios, le está gloriosamente unida en cuerpo y alma en el cielo, en la bienaventuranza eterna, donde continua y juntamente con su divino Hijo intercede por nosotros y aplica a nuestras almas los méritos que con El adquirió, las gracias de las que es mediadora y distribuidora.

SERMÓN DE SAN BERNARDO. — Pidamos, pues, a la Santísima Virgen que se digne hacer verdaderos en nosotros los diversos significados que los santos y doctores dan a su nombre bendito. Para terminar, copiamos de San Bernardo el final de su segunda homilía sobre el Evangelio *Missus est:*

"Y el nombre de la Virgen era María. Digamos también algo de este nombre, que significa *estrella del mar*. Conviene perfectamente a la Madre de Dios. Como el astro emite su rayo de luz, así la Virgen dió a luz a su Hijo; ni el rayo disminuyó la claridad de la estrella, ni el Hijo la virginidad de la Madre. ¡Noble estrella la que ha salido de Jacob, cuyos rayos iluminan al mundo, la cual resplandece en los cielos, penetra en los abismos, recorre toda la tierra! Más que a los cuerpos, calienta a las almas, consume el vicio y fecunda la virtud. Así es realmente: María es el astro deslumbrante y sin igual, necesario a este mar inmenso; es la estrella que brilla por sus méritos y nos alumbra con sus ejemplos. "Oh tú, quienquiera que seas, que en el flujo y reflujo de este mundo te das cuenta que caminas no tanto en tierra firme como en medio de tempestades y torbellinos, no apartes la vista del astro espléndido ni no quieres desaparecer entre el huracán. Si se levanta la borrasca de las tentaciones, si tropiezas con los escollos de las tribulaciones, mira a la estrella, invoca a María. Si eres juguete de las olas de

la soberbia o de la ambición, de la calumnia o de la envidia, mira a la estrella, invoca a María. Si la avaricia, o la cólera, o los halagos de la carne azotan la nave de tu alma, vuelve tus ojos a María. Si asustado por la enormidad de tus pecados, o avergonzado de ti mismo, o tembloroso ante el juicio terrible ya cercano, sientes que se ahonda debajo de tus pies el abismo de la tristeza o de la desesperación, piensa entonces en María. En los peligros, en las angustias, en la duda, piensa en María, invoca a María.

"Esté continuamente en tus labios, esté en tu corazón; imítala y así tendrás su ayuda de un modo seguro. Siguiéndola, no yerras; rogándola, no te desesperas; pensando en ella, no te extravías. Apoyado en ella, no caes; amparado por ella, no temes; guiado por ella, no te fatigas, al que ella favorece, llega a puerto seguro. Y de este modo sentirás en ti mismo la verdad de esta palabra: *el nombre de la Virgen era María.*"

MISA

En el Introito saludamos con la Iglesia a la graciosa niña cuyo nombre es hoy un presagio de su poder; todos los grandes, reyes, pontífices, serafines, pedirán clemencia a su sonrisa; pero las vírgenes formarán su séquito lucido [1] can-

[1] Salmo XLIV.

tando el cántico que sólo ellas pueden cantar [1].

INTROITO

Implorarán tu favor todos los ricos del pueblo: serán presentadas al Rey las vírgenes después de ella: sus compañeras serán presentadas a ti con alegría y con júbilo. — *Salmo:* Brota de mi corazón una palabra buena: dedico mis obras al Rey. ℣. Gloria al Padre.

El nombre de María, alegría de los Angeles, espanto de los demonios, ampara al hombre contra los males sin cuento de este mundo y le sostiene en la ruta que lleva al cielo. Alcáncenos la oración que la Iglesia hace en la Colecta el aprovecharnos íntegramente de esa ayuda.

COLECTA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que tus fieles, que se glorían del Nombre y de la protección de la Santísima Virgen María, por su piadosa intercesión, sean librados de todos los males de la tierra y merezcan llegar a los gozos eternos en los cielos. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección del libro de la Sabiduría (Ecl., XXIV, 23-31).

Yo, como la vid, doy fruto de suave olor: y mis flores son frutos de honor y de honestidad. Yo soy la Madre del amor hermoso, y del temor, y de la ciencia, y de la santa esperanza. En mí está toda la gracia

[1] *Apoc.*, XIV, 3-4.

del buen camino y de la verdad: en mí está la esperanza de la vida y de la virtud. Venid a mí, todos los que me ansiáis, y yo os saciaré de mis frutos. Porque mi espíritu es más dulce que la miel, y mi herencia más que la miel y el panal. Mi recuerdo vivirá de generación en generación. Los que me coman, tendrán todavía hambre: y los que me beban, tendrán todavía sed. El que me escuche, no será confundido: y los que obren inspirados por mí, no pecarán. Los que me den a conocer, tendrán la vida eterna.

Todas las complacencias del cielo y todas las esperanzas de la tierra radican en una cuna: en la cuna en que duerme María, cuyo corazón vive despierto para Dios [1]. La Sabiduría se alaba a sí misma [2]: las preferencias que al principio del mundo confesaba su amor, están ya justificadas por la bienaventurada hija de Joaquín y de Ana; sus delicias serán para siempre jamás el estar con los hijos de los hombres [3]. La viña escogida, la viña del *Pacífico,* está ante nosotros [4] anunciando con sus flores embalsamadas el divino racimo de uvas que, estrujado en el lagar, fecundará con su jugo a todas las almas y embriagará a la tierra y al cielo.

La Iglesia no se cansa de insistir, en el Gradual, sobre la maternidad virginal que dió a Dios al mundo e hizo grande a María.

---

1 *Cant.,* V, 2.
2 *Ecle.,* XXIV, 1.
3 *Prov.,* VIII, 31.
4 *Cant.,* VIII, 11-12.

GRADUAL

Bendita y venerable eres, oh Virgen María: que, sin mancha del pudor, fuiste Madre del Salvador. ℣. Oh Virgen, Madre de Dios: Aquel a quien todo el orbe no puede contener, se encerró, hecho hombre, en tus entrañas.

Aleluya, aleluya. ℣. Después del parto, Virgen permaneciste inviolada: oh Madre de Dios, intercede por nosotros. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Lucas (Lc., I, 26-38).

En aquel tiempo el ángel Gabriel fué enviado por Dios a una ciudad de Galilea, por nombre Nazaret, a una virgen desposada con un varón llamado José, de la casa de David: y el nombre de la virgen era María. Y, entrando el ángel donde ella estaba, dijo: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre las mujeres. Mas ella cuando le vió se turbó de sus palabras, y pensaba qué salutación sería aquella. Entonces el ángel la dijo: No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios: He aquí que concebirás en tu seno y darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, y le dará el Señor Dios el trono de David, su padre, y reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin. Dijo entonces María al ángel: ¿Cómo sucederá eso?, pues no conozco varón. Y, respondiendo el ángel, la dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te hará sombra y por tanto también el Santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios. Y he aquí que Isabel, tu parienta, ha recibido en su vejez un hijo, y la que se llama estéril está ya en el sexto mes. Porque para Dios no hay

nada imposible. Dijo entonces María: He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra.

Aquí tenemos la más solemne embajada de la que ha quedado recuerdo en la historia angélica o humana; ella demuestra que María es lo que indica su nombre, la Señora del mundo. Los más elevados asuntos que puedan interesar a los hombres presentes, pasados o futuros, a las jerarquías celestes y aun al mismo Dios, se tratan exclusivamente entre el Altísimo y la Virgen de Nazaret, como únicos que tienen título, de una parte para proponer, y de la otra para aceptar. El ángel sólo es un mensajero; el hombre está con él a la expectativa: María hace contrato con el Creador, en nombre del hombre y del ángel y en el suyo propio, en nombre de todo el mundo, a quien representa y al que domina con su principado supremo.

¡Albricias, pues, a la Reina en su día natal! ¡Salve, María! Sea ella misma quien presente a Dios, en el sacrificio, nuestra ofrenda en favor de su pueblo.

OFERTORIO

Dios te salve, María, llena eres de gracia: el Señor es contigo: bendita tú entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre.

Ojalá logremos que la intercesión de Nuestra Señora y la misericordia divina alejen de nosotros todo lo que sería obstáculo a la eficacia del sacrificio que está preparado en el altar.

SECRETA

Con tu propiciación, Señor, y por la intercesión de la Bienaventurada siempre Virgen María, aprovéchenos esta oblación para la perpetua y la presente paz y prosperidad. Por Nuestro Señor Jesucristo.

Estando todavía sintiendo la influencia de la bebida de los Misterios divinos, felicitemos a la augusta viña que nos los prometía hace poco en la Epístola.

COMUNION

Bienaventuradas la entrañas de la Virgen María, que llevaron al Hijo del Padre eterno.

La Poscomunión proclama la universalidad del patrocinio de María; quiera el Señor concedernos el sentirle de continuo.

POSCOMUNION

Recibidos, Señor, estos auxilios de nuestra salud, suplicámoste hagas que seamos protegidos en todas partes por el patrocinio de la Bienaventurada siempre Virgen María, en cuya veneración hemos ofrecido esto a tu Majestad. Por Nuestro Señor Jesucristo.

13 DE SEPTIEMTRE

SEXTO DIA DE LA OCTAVA DE LA NATIVIDAD

VALOR SOBRENATURAL DEL NOMBRE DE MARÍA. El nombre de María es inseparable del nombre

de Jesús, como la Madre es inseparable de su Hijo. "En mi nombre, decía Nuestro Señor en el momento de subir al cielo, los que crean arrojarán los demonios; hablarán nuevas lenguas; cogerán las serpientes y si beben algún veneno, no les hará ningún mal; impondrán las manos a los enfermos y quedarán sanos" [1]. También el nombre de María posee una eficacia singular y una virtud totalmente divina [2]. Dios le aprecia más que los demás nombres; es luz para los creyentes y para nosotros está repleto de las bendiciones del Señor [3]. "Tu nombre santísimo, oh dulce Virgen María, es para tus servidores, que siempre, en todas las ocasiones, en todo lugar y en todo tiempo, le tienen en sus labios, no sólo la muestra, sino la causa de la vida, de la alegría y de la ayuda... Oh María, a la sola invocación de tu nombre se estrellan los asaltos del Maligno contra tus servidores y los pones en seguridad [4]: La virtud de tu nombre santísimo, oh Bienaventurada Virgen María, es tan poderosa, que a su invocación el cielo sonríe, la tierra salta de júbilo, los ángeles se alegran, los demonios tiemblan, el infierno se conturba. Tan grande es la virtud de tu nombre santísimo, oh bendita Virgen María, que penetra la

1 *S. Marcos,* XVI, 17-18.

2 S. Pedro Canisio: *De Maria Virgini incomparabili,* l. I, c. 1: *Summa Aurea,* t. VIII, c. 638.

3 Pseudo-Metodio, *Sermo de Symeone et Anna,* n. 10. *P. G.,* 18, 371 c.

4 S. Germán de Constantinopla, *In S. Mariae Zonam. P. G.,* 98, 380-381.

dureza del corazón humano [1] y le enternece de modo maravilloso. Un ejército de la tierra teme menos a fuerzas enemigas importantes que los poderes del infierno al nombre omnipotente de María y a la eficacia de su ayuda. Esas fuerzas del infierno se desvanecen y disipan "como la cera se derrite al fuego" [2], siempre que chocan con la memoria frecuente de este santo nombre y con su invocación devota [3]. Oh sublime, oh dulce, oh amabilísima María, no se puede pronunciar tu nombre sin que nos inflames, ni siquiera pensar en él sin que pongas ánimos en la voluntad de los que te aman. Tu recuerdo no puede saltar a la memoria sin que en ella penetre esa dulzura innata en ti" [4].

PALABRAS DE SANTA BRÍGIDA. — Nuestra Señora por sí misma se dignó revelar a Santa Brígida el valor singular de su nombre. "Escucha, la decía, cómo quiso mi Hijo honrar mi nombre... Cuando le oyen los ángeles, se regocijan hasta lo más íntimo de su ser y dan gracias a Dios de haber realizado por mí y conmigo esta maravilla de la gracia, que vean la humanidad de mi Hijo glorificada y unida a la divinidad... Al oír mi nombre, las almas del purgatorio se alegran, como un enfermo en su camilla a una

---

1 Ramón Jordán, *Contemplationes de B. M. V.*, p. IV. Contempl. I, n. 2: *Summa Aurea*, t. IV, 889.

2 Salmo LXVII, 3.

3 Ramón Jordán, *ibid.*, Contempl. III, n. 1, 891.

4 Egberto de Schonau, *Ad B. Mariam Serm. Panegyricus*, n. 6 *P. L.*, 184, 1013.

palabra de consuelo... Si le oyen pronunciar por algunos de quienes son custodios, los ángeles buenos los rodean con más interés y se felicitan de sus progresos... Todos los demonios respetan y temen mi nombre. Al oírle, huyen desatinados. Como el pájaro de presa que al menor ruido abandona a su víctima en la que ya hendía sus garras y a la que desgarraba con su pico, está siempre dispuesto a volver así que advierte que no es nada, de igual modo los demonios, al oír mi nombre, todo temblorosos abandonan el alma que tenían amarrada, pero de un vuelo rápido como la flecha vuelven junto a ella cuando no se sigue una enmienda verdadera. Del que invoca mi nombre con el firme propósito de mudar de vida, el diablo se retira incontinenti para no volver más, con tal que ese hombre se arrepienta de su pecado" [1]. "Al que invocare tu nombre, decía el Señor a su Madre, poniendo en ti su esperanza con el firme propósito de enmendar su vida, le concederé contrición de sus pecados, gracia de satisfacer por ellos, fuerza para obrar bien y además el reino de los cielos. Son para mí tan dulces tus palabras, que nada puedo negarte de cuanto me pides, porque sólo quieres lo que yo quiero" [2].

---

1 *Revelationes S. Birgittae,* l. I, c. 9. Amberes, 1611, p. 13.
2 *Ibid.,* l. I, c. 50, p. 73.

14 DE SEPTIEMBRE

EXALTACION DE LA SANTA CRUZ

SENTIDO DE LA FIESTA DE LA CRUZ. — "Hermanos, temed en vosotros los mismos sentimientos que Cristo Jesús: el cual, poseyendo la forma de Dios, no creyó que era una rapiña el ser igual a Dios, sino que se anonadó tomando la forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres, y mostrándose en lo exterior como hombre. Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" [1].

Estas palabras del Apóstol, que leemos en la Epístola de la Misa, nos dan el sentido de la fiesta que celebramos hoy. Los términos de siervo y de *cruz*, cierto que son para nosotros palabras corrientes: han perdido el sentido infamante que en el mundo antiguo, antes de la era cristiana, tenían: los destinatarios de San Pablo debieron comprender, mejor que nosotros, todo su horror y en consecuencia, apreciar también mejor hasta qué abismos se había bajado Cristo en su encarnación y su muerte de Cruz.

EL SUPLICIO DE LA CRUZ. — Los antiguos ¿no consideraban a la Cruz "como el suplicio más

---

[1] *Flp.*, II, 5-8.

infamante y más terrible" [1]? Con frecuencia se veía a un ladrón o a un esclavo clavado en la cruz; lo que podemos conocer nosotros de un modo indirecto sobre ese suplicio, nos permite apreciar un poco mejor todo su horror. El crucificado agonizaba lentamente; la asfixia producida por la extensión de los brazos en alto le ahogaba, y era atormentado por las calambres de sus nervios en tensión [2].

El culto de la Cruz. — Cristo padeció este suplicio espantoso por cada uno de nosotros. Con un amor infinito ofreció al Padre el sacrificio de su cuerpo extendido en la Cruz. Este instrumento de suplicio, objeto de infamia hasta entonces, se convierte en gloria para los cristianos: San Pablo sólo se gloría en la cruz del Señor, en la que está nuestra salvación, nuestra vida y nuestra resurrección, la cual nos ha hecho libres y salvos [3].

El culto de la Cruz, como instrumento de nuestra redención, logró una gran extensión en la Iglesia cristiana. La Cruz es *adorada* y recibe homenajes que ninguna otra reliquia recibe; además las fiestas de la Santa Cruz revisten especial esplendor. El acontecimiento feliz del hallazgo de la Cruz ya fué festejado el 3 de mayo (Invención de la Santa Cruz): hoy cele-

---

1 Cicerón, *In Verr.*, II.

2 Véase el libro del Doctor P. Barbet. *La Passion de N. S. J. C. selon le chirurgien* (Issoudun, 1950).

3 Introito de la Misa.

bra la Iglesia la fiesta de la Exaltación de la Cruz, cuyo origen es bastante complejo, pero su historia nos facilitará precisar el objeto.

Orígenes de la fiesta de este día. — El 14 de septiembre es la fecha del aniversario de una dedicación que en la historia eclesiástica ha dejado un gran recuerdo.

El 14 de septiembre de 335 una multitud de curiosos, de peregrinos, de monjes, de clérigos y de prelados llegados de todas las provincias del Imperio, se juntaban en Jerusalén con motivo de la Dedicación del santuario magníficamente restaurado por el emperador Constantino, en el mismo sitio en que el Señor padeció y fué sepultado.

En años sucesivos el aniversario continuó celebrándose con no menos pompa. La peregrina española Eteria, que al fin del siglo IV fué a Jerusalén, nos refiere que más de cincuenta obispos asistían todos los años a las solemnidades del 14 de septiembre. La Dedicación tenía la misma categoría que la Pascua o la Epifanía, duraba ocho días y atraía una gran afluencia de peregrinos.

Doble objeto de la fiesta. — El aniversario de la Dedicación se celebraba además con otros fines. Era el primero el recordar la antigua fiesta judía de los tabernáculos con que se ponía fin a las faenas de la vendimia. Se cree que caía en el día 14 de septiembre y la fiesta cristiana de

la Dedicación debía reemplazarla. Pero hay otro recuerdo específicamente cristiano que ya desde fines del siglo IV estaba ligado a la fiesta del 14 de septiembre: la Invención del sagrado madero de la Cruz. Una ceremonia litúrgica, que lleva por nombre la Elevación o la Exaltación (hypsosis) [1] de la Cruz, conmemoraba todos los años este feliz descubrimiento. El punto mismo donde había sido fijada la Santa Cruz se consideraba como el centro del mundo. Y por eso un sacerdote levantaba el leño sagrado de la Cruz hacia las diversas partes del mundo. Como recuerdo de la ceremonia, los peregrinos se llevaban una pequeña redoma con aceite que había tocado a la Cruz.

PROPAGACIÓN DE LA FIESTA. — Esta ceremonia fué tomando cada vez mayor importancia, de modo que en el siglo VI los recuerdos de la Invención de la Cruz y de la Dedicación del Gólgota quedaron en segundo plano.

Los fragmentos del sagrado madero se iban repartiendo por el mundo y a la vez se extendía por las Iglesias cristianas la ceremonia de la Exaltación. Constantinopla aceptó la fiesta en 612, en tiempo del emperador Heraclio. En Roma se introdujo la fiesta a lo largo del siglo VII. Por los días del Papa Sergio († 701), el 14 de septiembre se renovaba en Letrán la

1 Sobre el origen de este término, véase *Bulletin de l'Académie royale de Belgique*, 1950, p. 551.

adoración de la Cruz que se hacía el Viernes Santo. Para esta ceremonia, los antiguos Sacramentarios han conservado una oración "*ad crucem salutandam*". Pero este efímero rito desapareció luego de los usos romanos; la oración es lo único que se ha conservado en las colecciones de devoción privada [1]. En nuestros días, la adoración de la Cruz del 14 de septiembre ya no se practica más que en los monasterios y en algunas Iglesias.

Nuevo esplendor de la fiesta. — En el correr de los siglos, un acontecimiento realzó de modo singular el esplendor de la fiesta de la Exaltación. El 614 los Persas tomaron Jerusalén y la pasaron a sangre y fuego. A continuación de las victorias del piadoso emperador Heraclio, se restauró la Ciudad Santa y Heraclio consignó la restitución de la Santa Cruz que los invasores habían llevado a Tesifonte. El 21 de marzo de 630, la Cruz fué nuevamente erigida en la Iglesia del Santo Sepulcro [2] y el 14 de septiembre siguiente se volvió a continuar con la ceremonia de la Exaltación.

Nuevo carácter de la fiesta. — Queda uno sorprendido al ver en la restauración de la antigua ceremonia un carácter nuevo de tristeza y de penitencia. Quizá contribuyesen las desgracias del imperio a hacer de esta ceremonia de

1 Véase *Ephemerides Liturgicae,* 1932, p. 33 y 38, n. 16.
2 Véase *Bulletin* citado, p. 556.

adoración, un oficio de intercesión en el que no se cesa de repetir una y otra vez el *Kyrie eleison*. El ayuno es de rigor este día, al menos entre los monjes.

Este carácter de intercesión se nota en los textos litúrgicos propios de la fiesta de este día [1]. Así el Ofertorio y la Poscomunión imploran protección y ayuda, mientras que el Evangelio recuerda la Exaltación del Hijo del Hombre en la Cruz, prefigurada por la serpiente de bronce.

Ya que un rito de la fiesta de este día fué largo tiempo la adoración de la Cruz, transcribiremos la oración que San Anselmo [2] compuso para la ceremonia del Viernes Santo:

¡Oh Cruz Santa, cuya vista nos recuerda aquella otra Cruz sobre la cual Nuestro Señor Jesucristo, con su propia muerte, nos libró de la muerte eterna, a la que miserablemente nos lanzábamos, y por la cual nos resucitó a la vida eterna que habíamos perdido por el pecado; adoro, venero y glorifico en ti aquella Cruz que representas y, en ella, al Señor misericordioso que por medio de ella realizó su obra de misericordia! ¡Oh Cruz amable, donde están nuestra salvación, nuestra vida y nuestra resurrección! ¡Oh madero precioso por quien fuimos libertados y salvados! ¡Oh símbolo con que fui-

---

1 Los otros textos están tomados del 3 de mayo o de la Semana Santa.

2 Traducción de Dom Castel (Collection *Pax*, VI, p. 10).

mos sellados para Dios! ¡Oh Cruz gloriosa en quien únicamente debemos gloriarnos!

Y ¿cómo te alabaremos? ¿De qué modo te ensalzaremos? ¿Con qué corazón te rogaremos? ¿Con qué gusto me gloriaré en ti? Por ti se vacía el infierno; queda cerrado para todos los que fueron rescatados por ti. Los demonios por ti están amedrentados, reprimidos, vencidos, aplastados. El mundo por ti se renueva y hermosea, gracias a la verdad que brilla con esplendidez y a la justicia que en El reina. Por ti es justificada la naturaleza humana, pecadora; condenada, se salva; esclava del pecado y del infierno, consigue la libertad; muerta, vuelve a la vida. Por ti se restaura y perfecciona esta ciudad bienaventurada del cielo. Por ti Dios, el Hijo de Dios, quiso ser obediente a su Padre hasta la muerte [1] para bien nuestro; por eso, puesto en la cruz, recibió un nombre que está por encima de todo nombre. Por ti preparó su trono [2] y restableció su reino.

En ti esté y de ti proceda mi gloria, por ti y en ti esté mi verdadera esperanza. Por ti queden borrados mis pecados; muera por ti mi alma a la vida vieja y resucite a una nueva vida de justicia. Concédeme, te ruego, que, lavado ya en el bautismo de los pecados en que fuí concebido y nací, me purifiques de nuevo de los que he contraído después de nacer a esta segunda vida;

[1] *Flp.*, II, 8-9.
[2] Salmo IX, 8.

de esa manera llegaré por ti a los bienes para los que fué creado el hombre, gracias al mismo Jesucristo, Nuestro Señor, el cual sea bendito por todos los siglos. Así sea.

EL MISMO DIA

SEPTIMO DIA DE LA OCTAVA DE LA NATIVIDAD

VIRTUD DEL NOMBRE DE MARÍA. — El nombre de María, alegra a los Angeles, aterra a los demonios, brilla más que el sol, "exhala un perfume más suave que la canela y el bálsamo oloroso" [1], nos protege contra los males sin cuento de este mundo y nos sostiene y alumbra en el camino que lleva al cielo. Es un hecho comprobado por la experiencia, confirmado por la historia y que nadie puede poner en tela de juicio. Muchas veces hemos visto o hemos oído decir que algunos hombres, acordándose del nombre de María en graves peligros, salieron indemnes de todo mal [2]. Pero nadie que tenga fe extrañará eso. Si una simple mirada a la serpiente de bronce conservaba la vida a los Hebreos que habían sido mordidos por las serpientes de fuego [3]; si las aguas del Jordán, en las que se sumergió sie-

1 *Ecl.*, XXIV, 20.
2 Eadmero, *De Excellentia B. M. V.*, c. 6. *P. L.*, 159, 570.
3 Núm., XXI, 8.

te veces por mandato del Profeta, curaron de su lepra a Naamán Siro [1]; si el barro que hizo el Señor con la saliva dió la vista al ciego de nacimiento [2], no nos puede sorprender que el nombre de María, "la predilecta de Dios entre todos los amados de Dios" [3], tenga eficacia, como instrumento del poder divino, para producir toda clase de efectos admirables. Esta virtud singular del nombre de María no es, pues, una virtud natural; su eficacia le viene de que es el nombre propio de la Santísima Virgen y de que Dios ha querido hacerle tan poderoso para honra y gloria de su Madre."

LEGITIMIDAD DEL CULTO DEL NOMBRE DE MARÍA. "Toda la Santísima Trinidad, oh Virgen María, te dió un nombre que, aparte el de tu bendito Hijo, está por encima de otro cualquiera; te lo ha dado para que a tu nombre se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos, toda lengua confiese [4] la gracia, la gloria y la virtud que en sí encierra ese santísimo nombre. Porque no hay debajo del cielo otro nombre dado a los hombres, excepción hecha del nombre de Jesús, que sea para ellos fuente tan copiosa de salvación" [5].

---

1 *4 Re.*, V, 8-14.
2 *Jn.*, IX, 6-7.
3 Germán II de Const., *In Deip. Annunt.*, n. 13. *P. G.*, 140, 692.
4 *Flp.*, II, 10-11.
5 Ramón Jordán, *Contemplat. B. M. V.*, p. IV. Cont. I, n. I.

Y con todo, venerar un nombre y darle el mismo honor que a la persona, ¿puede esto en sí justificarse? Porque un nombre, el de María también, no es más que una agrupación material y casual de algunas letras que forman un sonido articulado por mi voz o representado en mi escritura. De parte nuestra, pues, no merecería ninguna veneración. Estoy de acuerdo: un nombre, en cuanto es unión de letras para formar un sonido, no tiene derecho a culto alguno. Pero entonces ¿cómo explicar que bendigamos el nombre de un bienhechor y sintamos sólo amargura y disgusto por el de un impío o el de un enemigo? Es que el nombre, para nosotros, expresa a la persona nombrada; la suple, hace sus veces. Al bendecir o al maldecir el nombre, bendecimos o maldecimos a la misma persona. Santo Tomás nos da la razón: "Los nombres, dice siguiendo a Aristóteles, son los signos de los conceptos; los conceptos son las semejanzas de las cosas; los nombres se refieren, pues, a las cosas, de las que son signos por el intermedio de los conceptos" [1]. Por tanto, el nombre de María, a través de mi concepto o idea, significa y expresa a la persona misma de María; la representa, como una de sus imágenes o estampas, y así tiene derecho de mi parte al mismo honor que María misma.

Por consiguiente, si el nombre de María, en cuanto sonido material y palabra compuesta de

1 1, q. 13, art. I.

unas letras, no merece ningún honor, sí tiene derecho a los mismos honores que la persona de la Santísima Virgen, en cuanto es signo de mis conceptos y expresión de mi pensamiento, porque dicho nombre es, en su ser significativo y expresivo, lo que María es en su ser real. Rendirle culto, es rendírselo a María misma. En una palabra, ocurre con el nombre de María lo que ocurre con sus imágenes pintadas o esculpidas, que las debemos el mismo culto relativo de hiperdulía. Su nombre es, a su manera y mediante el concepto, una imagen y una representación de María: hace sus veces.

"Por ti, reina de excelsa clemencia, Señor, reparta con generosidad tu bendito Hijo Jesucristo, Nuestro Señor, los dones de su gracia a tus humildes servidores, que invocan y bendicen el dulcísimo nombre de María" [1].

15 DE SEPTIEMBRE

OCTAVA DE LA NATIVIDAD DE MARIA

MARÍA LLEVADA AL TEMPLO. — Es verosímil que Ana, en compañía de Joaquín, llevase al templo a su pequeña María. Dios se la había concedido a una edad avanzada, contra toda esperanza y después de asiduas y fervorosas oraciones. Que-

[1] S. Bernardo, Sermón IV: *In Assumpt.*, n. 9. *P. L.*, 183, 430.

rían dar gracias al Señor, presentándola y ofreciéndosela, ya que de su misericordia la habían recibido, y al mismo tiempo pedirle realizase sus planes sobre ella. María está encantada de verse llevar al templo de Dios, el único santuario de la religión verdadera que entonces había en el mundo. Y en él, con abnegación total de sí misma, se ofrece y se consagra a Dios como víctima y esclava suya, le da cuanto es y cuanto será, todo lo que tiene y todo lo que tendrá: "Ecce ancilla Domini".

VIDA DE MARÍA EN LA CUNA. — María niña descansa con los ojos cerrados, los dedos recogidos, entreabierta la boca y sonriente. ¡Dios mío, qué hermosa está! Ana, entregada a los quehaceres de la casa, pero sin perder de vista a su querido tesoro. Sin ella saberlo, forman los ángeles una guardia de honor alrededor de su hija, su reinecita, y llenan la casa de Joaquín como de un olor celeste que en presencia de los ancianos padres lo penetra y lo transforma todo. El balbuceo claro de la niña les enfervoriza el corazón y saca a la sencilla morada de su silencio largo y un poco triste, donde nunca se dejó oír hasta entonces voz alguna de niño. Joaquín y Ana se admiran y embelesan con todo lo de María. ¡Qué mirar tan profundo y casto el suyo! ¡Qué ternura e inteligencia posee! ¿De dónde procede esa dulzura inefable y ese fuego que los inflama para el servicio de Dios y de su misma

hijita, cuando la tienen abrazada contra su corazón? Admiran a su hija y la veneran como a un tesoro que les ha confiado el cielo. Muy bajito se comunican sus sentimientos y espontáneamente les viene a los labios la pregunta admirativa de los vecinos ante la cuna de San Juan Bautista: "¿Qué será de esta criatura? Es cosa que se ve, en efecto, que la mano de Dios está con ella" [1]. Ellos lo ignoran. Si lo supiesen, su admiración se convertiría en estupor y temblor. ¡Tan cerca se halla Dios! ¡Tan grandes cosas ha hecho el Todopoderoso por la hija que les ha dado!

"¡Cuántos favores, gracias y bendiciones derramó la divina Bondad en el corazón de la Virgen gloriosa!, prosigue diciendo San Francisco de Sales. Pero eran tan secretas e interiores, que nadie pudo conocer nada sino la que las experimentó... Este amable pimpollo tan pronto como nació empezó a emplear su lengüita en cantar las alabanzas del Señor y en servirle con todos los otros miembros. La inspiró su divina Bondad el retirarse de la casa de sus padres e irse al templo y allí servirle de manera más perfecta. Y esta gloriosa Virgen de tal modo se conducía en esos primeros años y con tanta sabiduría y discreción vivía en la casa de sus padres, que les causaba admiración, tanto por sus discursos como por sus acciones, y no se equivo-

---

[1] *Lc.*, I, 66.

caron al pensar que esta Niña no era como las demás, sino que gozaba ya del uso de la razón[1]... admirable acto de sencillez el de esta niña celestial, que, aun prendida de los pechos de su madre, no deja por eso de conversar con la Majestad divina. No habló hasta llegado su tiempo, y aun entonces lo hacía como las demás niñas de su edad, pero siempre con mucha cordura. Cual manso corderillo estuvo tres años en brazos de Santa Ana, y después fué destetada y llevada al Templo"[2].

En efecto, si María es por la edad una niña, si obra, si gorjea, si dura su niñez casi tanto como la de las demás, no debemos olvidar nunca lo que en realidad es desde el primer instante de su concepción: un instrumento preparado perfectamente por Dios con mira a la divina maternidad. Antes que sonase para ella la hora de este ministerio, que requiere no sólo la pureza del alma y de la carne, sino también la edad y el normal desarrollo del cuerpo que tenía que concebir, Dios la prepara para esta función muy por encima de las capacidades de la criatura más perfecta. Al crearla, la da el uso de la razón, la ilustra con las más amplias luces, la infunde en su voluntad el hábito de no obrar nunca sino conforme a la luz de su inteligencia iluminada por la fe. Lo que su concepción vir-

---

1 Sermón XXXVII: *Pour la Présentation.* Oeuvres, t. IX, 385-386.
2 Sermón XVI: *Pour la Présentation. Ibid.,* 127.

ginal obró en el que nació de ella, eso mismo lo obró la gracia en María nacida de la concepción carnal, de tal modo que en los dos resplandece una pureza semejante: pureza más gloriosa en el Hijo, porque deriva de una naturaleza libre de toda clase de pecado; pureza sólo de gracia en la Madre, que debía ser toda pura desde el primer instante de su existencia, ya que tenía que dar a luz al Purísimo; pero si Dios no hubiese intervenido, habría contraído infaliblemente por su nacimiento la mancha original [1].

NI IMPERFECCIÓN NI DEFECTO. — María no tuvo necesidad como nosotros de pasar de la vida purgativa a un estado de perfecta pureza. Desde el principio está ya en las alturas; a partir del primer instante el progreso de su alma sin mancha va a la par con el crecer de su cuerpo. Las luces de lo alto la iluminan cada vez más; un amor más fuerte que todo el atractivo de los bienes creados y que se muestra cada día más invasor y dominante, la fija en Dios, a quien se ha dado por entero. En ella no cabe ningún desorden ni, sobre todo, pecado alguno. Está confirmada en gracia. El orden en ella es perfecto. Su alma totalmente unida a Dios tiene a raya las pasiones y sujetos los sentidos al servicio y al imperio amado de la voluntad de Dios. La rebelión no es en ella posible. Por su unión a un

[1] Cf. Jorge Scholarios, *In transitum Ss. Deip.*, n. 7. P. O., XVI, 577.

alma que así le comunica una belleza enteramente espiritual, el cuerpo no hace más que recibir la vida sin suscitar luchas ni turbaciones; es un cuerpo purísimo unido a un alma purísima y del todo sometida a ésta.

En María tampoco podemos sorprender nada, cuando estaba en la cuna, ni más tarde, de esos caprichos de niños, de esas pequeñas rebeldías, de esos aferramientos y de esas cóleras, de esos gritos y de esos lloros que con frecuencia se ven también en niños que son ya mayores. Verdaderamente la Santísima Virgen era una niña extraordinaria, niña por la edad, pero niña sobre todo en el sentido evangélico, niña, no por la ligereza, el capricho o la incostancia, sino por la docilidad tranquila, la sencillez pacífica, la total entrega a la voluntad de otro. Dueña de su inteligencia y de su querer, más ilustrada ciertamente que Joaquín y Ana en lo que es o no es conveniente, acepta de buen grado y con voluntad resuelta y alegre y, por consiguiente, con mérito, todo lo que toca a la condición natural del niño, la dependencia continua, la sujeción en todo, el puesto inferior, los mil actos de renunciamiento de que nos habló San Francisco de Sales, que se imponen a los niños sin conciencia ni mérito de parte de ellos.

La Santísima Virgen, en su infancia, sufre voluntariamente y de manera perfectísima "todas esas mortificaciones y contradicciones"; queda rebajada, según la expresión de San Fran-

cisco de Sales, porque es humilde de verdad y sólo quiere parecerse a una niña sencilla y ordinaria. "Dios, cantará más tarde, ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava"[1]. Aunque es la primera después de Dios, y desde el primer momento la más encumbrada de las criaturas, es también la más humilde. ¡Es tan pequeño todo lo que no es Dios! Nadie lo ha comprendido aún, como esta niña, que no sabe hablar. Y nadie tampoco, ante Dios, tomó una actitud tan cabal como conviene, porque nadie, ni siquiera el serafín más encumbrado, pudo penetrar como ella en el todo de Dios y en la nada de la criatura. No obstante los inauditos dones que Dios la hizo, tiene plena conciencia de la distancia infinita que media entre Dios y ella. Y ve que en ella todo viene de Dios, que se inclinó no hacia los méritos personales, sino hacia la oscuridad, la sencillez, la pequeñez, la nada de su criatura. Por esa parte, nadie mejor que María dirije a Dios la ofrenda completa de todo lo que ha recibido; nadie como ella reconoce la soberanía absoluta de Dios, ni se entrega a su voluntad y a su beneplácito con más amor. "Heme aquí, que estoy en tus manos como un poco de cera, haz lo que quieras de mí, que a nada resistiré. Y era también tan dócil y sumisa, que la manejaba cualquiera, sin manifestar voluntad por esto o aquello, y de tal manera era condescendiente, que arrebataba en admiración. Desde

[1] *Lc.*, I, 48.

entonces comenzó a imitar a su Hijo, que tan sumiso iba a estar a la voluntad de un cualquiera y que, aunque podía resistir a todos, nunca lo quiso hacer"[1].

EL MISMO DIA

LA FIESTA DE LOS DOLORES DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA

DOS FIESTAS DE NUESTRA SEÑORA: LA NATIVIDAD Y LOS SIETE DOLORES. — Después de dedicar el último recuerdo a la infancia de María y cerrar esta alegre Octava de la Natividad, he aquí que la Iglesia, sin transición, nos propone meditar hoy sobre los dolores que marcarán su vida de Madre del Mesías y de Co-Reparadora del género humano. En los días de la Octava, no venía a la mente la idea del sufrimiento, ya que entonces considerábamos la gracia, la belleza de la niña que acababa de nacer; pero, si nos hicimos la pregunta: "¿Qué será esta niña?" al instante habremos comprendido que, antes de que todas las naciones la proclamasen un día bienaventurada, María tenía que padecer con su Hijo por la salvación del mundo.

EL SUFRIMIENTO DE MARÍA. — A través de la voz de la Liturgia, Ella misma nos invita a con-

1 S. Francisco de Sales, Sermón XXVI: *Pour la Présentation,* Oeuvres, t. IX, p. 234.

siderar su dolor: "Oh vosotros todos los que pasáis por el camino, mirad, ved y decid si hay dolor semejante a mi dolor... Dios me ha puesto y como fijado en la desolación" [1]. El dolor de la Santísima Virgen es obra de Dios; al predestinarla para ser la Madre de su Hijo, Dios la unió indisolublemente a la persona, a la vida, a los misterios, al sufrimiento de Jesús, para ser en la obra de la redención su fiel cooperadora. Entre el Hijo y la Madre tenía que haber comunidad perfecta de sufrimiento. Cuando ve una madre padecer a su hijo, ella padece con él y siente de rechazo todo lo que él padece; lo que lo que Jesús padeció en su cuerpo, María lo padeció en su corazón, por los mismos fines y con la misma fe y el mismo amor. "El Padre y el Hijo en la eternidad participan de la misma gloria, decía Bossuet; la Madre y el Hijo, en el tiempo participan de los mismos dolores. El Padre y el Hijo gozan de una misma fuente de felicidad; la Madre y el Hijo beben del mismo torrente de amargura. El Padre y el Hijo tienen un mismo trono; la Madre y el Hijo, una misma cruz. Si a golpes se destroza el cuerpo de Jesús, María siente todas las heridas; si se le taladra la cabeza a Jesús con espinas, María queda desgarrada con todas sus puntas; si se le ofrece hiel y vinagre, María bebe toda su amar-

---

[1] *Lam.*, I, 12-13.

gura; si se extiende su cuerpo sobre una cruz, María sufre toda la violencia"[1].

CONDOLENCIA. — A esta comunidad de sufrimientos entre el Hijo y la Madre, se la da el nombre de *Condolencia*. Condolencia es el eco fiel y la repercusión de la Pasión. Condolerse con alguno, es padecer con él, es sentir en el corazón, como si fuesen nuestras, sus penas, sus tristezas, sus dolores. De ese modo la Condolencia fué para la Santísima Virgen la participación perfecta en los dolores y en la Pasión de su Hijo y en las disposiciones que en su sacrificio le animaban.

POR QUÉ PADECE MARÍA. — Parecería que no debía haber padecido la Santísima Virgen, ya que fué concebida sin pecado y no conoció nunca el menor mal moral. El padecer tiene que ser un gran bien, porque Dios, que tanto ama a su Hijo, se le entregó como herencia; y como, después de su Hijo, a ninguna criatura ama Dios más que a la Santísima Virgen, quiso también darla a ella el dolor como el más rico presente. Además convenía que, por la unión que tenía con su Hijo, pasase Nuestra Señora, a semejanza de él, por la muerte y por el dolor. De alguna manera era eso necesario para que aprendiésemos nosotros, de uno y de otro, cómo debemos aceptar el dolor que Dios permite para

1 Sermon pour la Compassion, Oeuvres orat., II, p. 472.

nuestro mayor bien. María se ofreció libre y voluntariamente y unió su sacrificio y su obediencia al sacrificio y a la obediencia de Jesús, para así llevar con él todo el peso de la expiación que la justicia divina exigía. Hizo bastante más que compadecerse de todos los dolores de su Hijo; tomó parte realmente en la pasión con todo su ser, con su corazón y con su alma, con amor ferventísimo y con tranquilidad sencilla; padeció en su corazón todo lo que Jesús podía padecer en su carne, y hasta hay teólogos que opinaron que Nuestra Señora sintió en su cuerpo los mismos dolores que su Hijo en el suyo; podemos creer, en efecto, que María tuvo ese privilegio con el que fueron distinguidos algunos Santos.

SU MARTIRIO VIENE DE JESÚS. — Mas para María el padecer no comenzó sólo en el Calvario. Su infancia certísimamente transcurrió tranquila y exenta de inquietudes. El dolor la llega con Jesús, "el niño molesto, como dice Bossuet; porque Jesús en cualquier sitio que se presenta, allí va con su cruz y con él van las espinas y a todos los que quiere bien los hace partícipes de ellas" [1]. "La causa de los dolores de María, dice Monseñor Gay, es Jesús. Todo cuanto padece proviene de Jesús, a Jesús se refiere y Jesús lo motiva" [2]. La solemnidad de hoy, que nos repre-

---

[1] Panégyrique de saint Joseph, t. II, 137.
[2] 41e Confer. aux mères chretiennes, t. II, 199.

senta a María principalmente en el Calvario, nos recuerda en este sumo dolor los dolores conocidos o desconocidos que llenaron la vida de la Santísima Virgen. Si la Iglesia se resolvió por el número siete, ello obedece a que este número expresa siempre la idea de totalidad y de universalidad, ya que en los Responsorios de Maitines nos recuerda de modo especial los siete dolores que la causaron la profecía del anciano Simeón, la huída a Egipto, la perdición de Jesús en Jerusalén, el verle cargado con la cruz, la crucifixión, el descendimiento y el entierro de su divino Hijo: dolores que la hicieron con toda verdad Reina de los mártires.

Reina de los mártires. — Con este bello título, en efecto, la saluda la Iglesia en las Letanías: "Que haya sufrido de veras, dice San Pascasio Radberto, nos lo asegura Simeón al decir: Una espada traspasará tu alma. De donde se infiere con evidencia que supera a todos los mártires. Los otros mártires padecieron por Cristo en su carne; con todo, no pudieron padecer en el alma, porque ésta es inmortal. Pero, como ella padeció en esta parte de sí misma que es impasible, porque su carne, si así se puede decir, padeció espiritualmente por la espada de la Pasión de Cristo, la Santísima Madre de Dios fué más que mártir. Porque amó más que nadie, por eso padeció más que nadie también, hasta tal punto que la violencia del dolor traspasó y do-

minó su alma en prueba de su inefable amor. Porque sufrió en su alma, por eso fué más que mártir, ya que su amor, más fuerte que la muerte, hizo suya la muerte de Cristo"[1].

SU AMOR, CAUSA DE SU DOLOR. — Y efectivamente, para entender la extensión y la intensidad del dolor de la Santísima Virgen, habría que comprender lo que fué su amor para con Jesús. Este amor es muy distinto del amor de los demás santos y mártires. Cuando estos sufren por Cristo, su amor suaviza sus tormentos y a veces hasta se los hace olvidar. En María no ocurrió nada de eso: su amor aumenta su padecer: "La naturaleza y la gracia, dice Bossuet, concurren a la vez para hacer en el corazón de María sentimiento más hondo. Nada existe tan fuerte ni tan impetuoso como el amor que la naturaleza da hacia un hijo y la gracia da para un Dios. Estos dos amores son dos abismos, cuyo fondo no puede penetrarse, como tampoco comprenderse toda su extensión..."[2].

EL DOLOR Y LA ALEGRÍA DE MARÍA. — Pero si el amor es causa del dolor en María, también es causa de gozo. María sufrió siempre con tranquilidad inalterable y con gran fortaleza de alma. Sabía mejor que San Pablo, que nada, ni la muerte siquiera, sería capaz de separarla del amor de su Hijo y su Dios. San Pío X escribía

[1] Carta sobre la Asunción, n. 14. *P. L.*, 30, 138.
[2] Sermón sobre la Asunción, t. III, 493.

"que en la hora suprema, se vió a la Virgen de pie, junto a la cruz, embargada sin duda por el horror del espectáculo, pero feliz y contenta de ver a su Hijo inmolarse por la salvación del género humano"[1]. Y sobrepasando a San Pablo, nada en un mar de alegría en medio de su inconmensurable dolor. En Nuestra Señora, como en Jesucristo, salvas todas las diferencias, la alegría más honda va junta con el dolor más profundo que una criatura pueda soportar aquí abajo. Ama a Dios y la voluntad divina más que a nadie de este mundo, y sabe que en el Calvario se cumple la divina voluntad; sabe que la muerte de su Hijo da a la justicia de Dios el precio que exige para la redención de los hombres, que desde ese momento la son confiados como hijos suyos y a los que amará y ya ama como amó a Jesús.

Agradecimiento a María. — "Como todo el mundo es deudor de Dios Nuestro Señor, decía San Alberto Magno, así lo es de Nuestra Señora por razón de la parte que ella tuvo en la Redención"[2]. Hoy reparamos mejor, oh María, en lo que has hecho por nosotros y lo que te debemos. Te quejaste de que "mirando a los hombres y buscando quien se acordase de tu dolor y se compadeciese de ti, encontraste poquísimos"[3].

1 Encíclica *Ad diem illum,* 2 de febrero de 1904.
2 Question *super Missus,* 150.
3 Santa Brígida, *Revelaciones,* l. II, c. 24.

No aumentaremos el número de tus hijos ingratos; por eso, nos unimos a la Iglesia para rememorar tus sufrimientos y decirte cuánta es nuestra gratitud.

Sabemos, oh Reina de los mártires, que una espada de dolor atravesó tu alma, y que únicamente el espíritu de vida y de toda consolación pudo sostenerte y darte ánimos cuando moría tu Hijo.

Y sobre todo sabemos que, si fuiste al Calvario, si toda tu vida, de igual modo que la de Jesús, fué un prolongado martirio, es que hubiste de desempeñar cerca de nuestro Redentor y en unión con él el papel que nuestra primera madre Eva había desempeñado cerca de Adán y juntamente con él en nuestra caída. Verdaderamente nos has rescatado con Jesús; con él y en dependencia de él nos has ganado *de congruo,* por cierta conveniencia, la gracia que El nos merecía *de condigno,* en justicia, por razón de su dignidad infinita. Por eso, te saludamos con amor y agradecimiento como "Reina nuestra, Madre de misericordia, vida y dulzura y esperanza nuestra". Y, porque sabemos que nuestra salvación está en tus manos, te consagramos nuestra vida entera, para que con tu dirección maternal y tu protección poderosa podamos ir a encontrarnos contigo en la gloria del Paraíso, donde, con tu Hijo, vives coronada y feliz para siempre. Así sea.

MISA

En la magnificencia de la Sagrada Liturgia, el Sacrificio cotidiano no es otro sustancialmente que el del Calvario. El canto del Introito nos presenta, al pie de la Cruz, el día de la gran oblación, a algunas mujeres y a un hombre solo, que acompañan a la Madre de los dolores.

INTROITO

Estaban junto a la Cruz de Jesús su Madre y la hermana de su Madre, María de Cleofás, y Salomé, y María Magdalena. ℣. Mujer, he ahí a tu hijo: dijo Jesús; al discípulo en cambio: He ahí a tu Madre. ℣. Gloria al Padre.

El culto de los dolores de María no es una distracción importuna que aparte nuestros pensamientos de la única víctima de salvación. Como lo expresa la Colecta, tiene por resultado directo hacer fructificar en nosotros la pasión del Salvador.

COLECTA

Oh Dios, en cuya Pasión, según la profecía de Simeón, una espada de dolor atravesó la dulcísima alma de la gloriosa Virgen y Madre María: haz propicio que, los que celebramos con veneración sus Dolores, consigamos el feliz efecto de tu Pasión. Tú, que vives.

EPISTOLA

Lección del libro de Judit (Jd., XIII, 22-25)

Bendíjote el Señor con su poder, pues por ti ha reducido a la nada a nuestros enemigos. Bendita eres

tú, hija del Señor, Dios excelso, sobre todas las mujeres de la tierra. Bendito sea el Señor, que creó el cielo y la tierra; porque hoy ha ensalzado tanto tu nombre, que no faltará tu alabanza en la boca de los hombres que se acordaren eternamente del poder del Señor, por los cuales no perdonaste tu vida a causa de las angustias y de la tribulación de tu raza, sino que salvaste a ésta de la ruina delante de nuestro Dios.

MARÍA CORREDENTORA. — ¡Oh, qué grande es entre las criaturas nuestra Judit! "Dios, habla el P. Faber, se diría que escogió lo más incomunicable de sus indivisibles atributos para comunicárselos a María de modo tan misterioso. Ved cómo la dió parte en la ejecución de los eternos designios del universo, del que fué en cierto sentido como causa y dechado. La cooperación de la Santísima Virgen en la salvación del mundo, nos ofrece un nuevo aspecto de su grandeza. Y, a la verdad, ni la Inmaculada Concepción de María Santísima, ni su Asunción gloriosa, nos darán concepto más alto que este apelativo de corredentora. Sus dolores no eran absolutamente necesarios a la redención, pero, conforme a los designios de Dios, eran indispensables, por cuanto pertenecen a la integridad del plan divino. ¿No son, por ventura, los misterios de Jesús, misterios de María y viceversa? Parece cierto que todos los misterios de Jesús y todos los de María, ante Dios, no eran más que un solo misterio. Jesús es el dolor de María siete veces repetido, siete veces aumentado. En las horas

largas de la Pasión, la ofrenda de Jesús y la de María estaban como fundidas en una sola; aunque diferentes esas ofrendas, es claro, por su dignidad y su valor, se ofrecían con disposiciones semejantes y como en un solo haz, exhalando un mismo aroma y consumidas por un mismo fuego; oblación simultánea que dos corazones sin mancha hacían al Padre por los pecados de un mundo culpable cuyos deméritos libremente habían tomado sobre sí"[1].

Sepamos juntar nuestras lágrimas con los tormentos de la gran Víctima y con las lágrimas de María. Conforme lo hayamos hecho en la vida presente, así podremos gozarnos en el cielo con el Hijo y con la Madre; si nuestra Señora es hoy reina del cielo y soberana del mundo, como canta el Versículo, no hay ningún elegido cuyos recuerdos dolorosos se puedan comparar con los suyos. Sigue al Gradual el patético lamento del *Stabat Mater*, que se atribuye al beato Jacopone de Todi, franciscano; en esa pieza encontramos una bella fórmula de oración y de reverencia a la Madre de los Dolores.

GRADUAL

Dolorida y llorosa estás, oh Virgen María, junto a la Cruz del Señor, Jesús, tu Hijo, el Redentor. ℣. ¡Oh Virgen, Madre de Dios! Aquel, a quien todo el mundo no puede contener, el Autor de la vida, hecho hombre, padece este suplicio de la cruz.

---

1 Al pie de la Cruz, IX, 1, 2.

Aleluya, aleluya. ℣. Estaba dolorida Santa María, Reina del cielo y Señora del mundo, junto a la Cruz de nuestro Señor Jesucristo.

SECUENCIA

Dolida estaba la Madre,
llorando junto a la cruz
mientras el Hijo colgaba.
Y a su alma, que gemía,
contristada y dolorida,
una espada atravesó.
¡Oh qué triste y afligida
estuvo aquella bendita
Madre del Hijo unigénito!
Dolorosa y triste estaba
la piadosa Madre, al ver
del glorioso Hijo las penas.
¿Qué hombre no lloraría,
si en tan gran suplicio viera
de Cristo a la dulce Madre?
¿Quién no se contristaría,
al ver de Cristo a la Madre
con su Hijo lastimarse?
Por los pecados de su gente
vió a Jesús en los tormentos
y entregado a los azotes.
Vió a su hijo dulce y bueno
morir triste y solitario,
al exhalar el último aliento.
¡Ea, Madre, fuente de amor,
hazme sentir tu dolor,
para que llore contigo!
Haz que arda mi corazón
en amor de Cristo Dios,
para que así le complazca.
Haz también, oh santa Madre,
que en mi corazón las llagas
del Crucifijo se graben.

comendémonos a su omnipotencia sobre el divino Corazón, al pie del altar donde se prepara la renovación del Sacrificio.

OFERTORIO

Acuérdate, oh Virgen, Madre de Dios, cuando estés en la presencia del Señor, de pedirle bienes para nosotros, y de rogarle que aparte de nosotros su indignación.

A lo largo de los siglos, ¡cuántas almas santas han acudido a hacer fiel compañía a la Madre de los Dolores! Su intercesión, unida a la de María, constituye la fuerza de la Iglesia; por ella esperamos conseguir nosotros el efecto de los méritos de la muerte del Salvador.

SECRETA

Ofrecémoste preces y hostias, oh Señor, Jesucristo, suplicándote humildemente hagas que, los que celebramos con preces la transfixión del alma dulcísima de tu Bienaventurada Madre María, alcancemos por los méritos de tu muerte, y con la múltiple y piadosa intercesión de tu Madre y de todos los Santos que están bajo de tu cruz, el premio y la compañía de tus Bienaventurados. Tú, que vives y reinas.

Fué tan grande el dolor de María en el Calvario, ha dicho San Bernardino de Sena, que, repartido entre todas las criaturas capaces de sufrir, a todas las mataría instantáneamente. Y Nuestra Señora pudo entonces resistir y conservar esa vida que el Espíritu Santo guardaba para la Iglesia, gracias a aquella paz admira-

ble que se apoyaba en la perfecta conformidad, en la entrega total de su ser al Señor. Logre la Comunión de los Misterios sagrados concedernos *la paz de Dios que sobrepuja a todo sentido, que guarda las inteligencias y los corazones* [1].

COMUNION

Felices los sentidos de la Bienaventurada Virgen María, que, sin la muerte, merecieron la palma del martirio bajo la Cruz del Señor.

Como lo indica la Poscomunión, la memoria piadosa de los Dolores de la Madre de Dios, nos sirve de gran ayuda para encontrar todos los bienes en el Sacrificio del altar.

POSCOMUNION

Haz, Señor, que los sacrificios que hemos recibido al celebrar devotamente la transverberación de la Virgen, tu Madre, nos alcancen de tu clemencia toda clase de saludables bienes. Tú, que vives y reinas.

EL MISMO DIA

SAN NICOMEDES, MARTIR

El doble recuerdo que dedicamos a la Santísima Virgen María en la Octava de su Natividad y en la conmemoración de sus dolores,

---

[1] *Flp.*, IV, 7.

Parte conmigo las penas
de tu Hijo vulnerado,
que tanto sufrió por mí.
Haz que yo contigo llore,
y de Cristo me conduela,
mientras mi vida durare.
Haz que a tu lado esté siempre
junto a la cruz de tu Hijo,
y que me asocie a tu llanto.
Virgen de vírgenes pura,
no seas para mi amarga:
haz que yo contigo llore.
De Cristo la muerte lleve,
de su Pasión hazme socio,
y que sus llagas venere.
Haz que me hieran las llagas,
y que me embriaguen la cruz
y la Sangre de tu Hijo.
De perecer en las llamas,
en el día del juicio,
defiéndeme, Virgen sagrada.
Cuando salga de aquí, oh Cristo,
haz que, por tu Madre, consiga
la palma de la victoria.
Cuando este mi cuerpo muera,
haz que se le dé a mi alma
del Paraíso la gloria. Amén.

Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Juan (Jn., XIX, 25-27).

En aquel tiempo estaban junto a la cruz de Jesús su Madre y la hermana de su Madre, María de Cleofás, y María Magdalena. Y, cuando vió Jesús a su Madre y al discípulo que amaba allí presente, dijo a su Madre:

Mujer, he ahí a tu hijo. Después dijo al discípulo: He ahí a tu Madre. Y, desde aquel momento, el discípulo la recibió en su casa.

DE PIE JUNTO A LA CRUZ. — "*Stabat juxta crucem*": Lo primero que se necesita es ponerse muy cerquita de la cruz; y después se precisa también estar de pie. De pie, porque esa es la actitud del valiente, y así se está más cerca de nuestro Señor.

Y para realizar esto no hay más que un medio: estar con la Santísima Virgen. Nunca las dos primeras palabras se podrán unir a la última sin el *tecum:* si no es con María y en María. La Cruz es algo demasiado honroso.

Y dominando el *Stabat* de María, está el de Jesús, levantado por encima de la tierra y atrayendo todo hacia El, precisamente porque está por encima de la tierra.

María está de pie para ser el lazo de unión... la Medianera. Su cabeza y su corazón arriba, para estar cerca de su Hijo; sus pies tocan nuestro suelo para estar cerquita de nosotros que somos hijos suyos. Y está en pie porque es nuestra Madre: "He ahí a tu Madre", y María puede decir como Jesús: "Como Madre atraeré todo hacia mí". Toda la humanidad ha sido arrastrada por el misterio de la Cruz a Jesús y a María... [1].

Al pie de la Cruz Nuestra Señora llegó a ser verdaderamente la Reina de misericordia. En-

[1] P. Dehaut: *La compassion de la Sainte Vierge.*

no nos impedirá hacer también memoria de un santo sacerdote que, a semejanza de nuestro Maestro, tuvo la gloria de ser mártir.

Casi nada sabemos de Nicomedes, pero su culto está atestiguado en muchos documentos de valor; en Roma tenía un título o iglesia que después se llamó de los Santos Pedro y Marcelino. Fué enterrado su cuerpo en la vía Nomentana, donde más tarde el Papa Bonifacio I (619-625) erigió una basílica. En este día iban allí los fieles a rezar al santo sacerdote cuyas Actas nos refieren que respondió a sus jueces de esta manera: "Yo sólo sacrifico al Dios todopoderoso." Palabra valiente que pueden recordar los cristianos de hoy para permanecer fieles en todo al Dios de su bautismo.

Oración: "Asiste, Señor, a tu pueblo; para que, celebrando los preclaros méritos de tu santo mártir Nicomedes, sea ayudado siempre por él para conseguir tu misericordia. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

16 DE SEPTIEMBRE

SAN CORNELIO Y SAN CIPRIANO, MARTIRES

AMAR EL DÍA DE LA MUERTE. — "Es menester, hermanos carísimos, considerar y meditar a menudo que hemos renunciado al mundo y que estamos aquí de paso, como extranjeros y pe-

regrinos. Deseemos el día que nos fijará a cada uno en nuestra verdadera morada, el día que, fuera ya de este mundo y libres de las asechanzas de él, nos reintegre al paraíso y al reino de los cielos. ¿Qué hombre, al andar por tierras forasteras, no siente prisa por llegar a su patria? Y ¿qué persona habrá que, embarcándose para ir a visitar a los suyos, no anhele ardientemente un viento favorable a fin de poder abrazar cuanto antes a los que ama?

EN EL CIELO NOS ESPERAN. — "Miramos el cielo como nuestra patria; allí tenemos ya a nuestros padres, los Patriarcas; ¿cómo no animarse a correr para poder saludar a nuestros padres? Allí nos esperan muchos amigos; allí nos desea la turba notable y apretada de nuestros padres y de nuestras madres, de nuestros hermanos, de nuestros hijos, que, seguros ya de su inmortalidad bienaventurada, sólo viven inquietos de nuestra salvación.

"¡Qué alegría para ellos y a la vez para nosotros al permitírsenos por fin verlos y abrazarlos en el reino celestial, sin miedo a morir y ya seguros de vivir para siempre! ¡Qué suma y perpetua felicidad!

"Corramos hacia ellos, hermanos carísimos, y vayamos llenos de alborozo, y anhelemos estar con ellos lo más pronto posible, para tener la dicha de juntarnos pronto con Cristo" [1].

---

[1] S. Cipriano, *Libro sobre la Mortalidad.*

La vida y la muerte de aquel que escribía estas líneas responden de su sinceridad. Porque creía con toda su alma en la felicidad y en la gloria de la vida del cielo, dejó San Cipriano la vida fácil que llevaba en el paganismo, abrazó las austeridades de la religión cristiana y supo hacer frente a la muerte. Su ejemplo y el de San Cornelio nos den valor, en medio de las tentaciones del mundo, para permanecer siempre discípulos fieles de Jesús Crucificado.

VIDA. — En marzo de 251 sucedió Cornelio al Papa San Fabián, que había muerto el 20 de enero de 250. Por el *Liber Pontificalis* sabemos que era de origen romano. El comienzo de su pontificado estuvo agitado por el cisma de un sacerdote de Roma, Novaciano, que no quería reconocer la validez de su elección y logró engañar durante algún tiempo a muchos obispos africanos y aun al mismo San Cipriano. Al sobrevenir la peste en el Imperio Romano, se acusó a los cristianos de que habían irritado a los dioses. El emperador Galo reanudó la persecución; se cogió preso al Papa y se le condenó a salir para el destierro, un destierro relativo, a Centum Cellae o Civita-Vecchia, donde tanto consuelo tuvo con la fidelidad de los cristianos y las cartas amistosas de San Cipriano. Murió en junio de 253.

Cipriano fué elegido Obispo de Cartago a principios del 249. Nacido en el paganismo, llegó a ser profesor de retórica y abogado. La lectura de la Biblia le convirtió al cristianismo, dió el producto de sus bienes a los pobres y abrazó la vida ascética. Ordenado de sacerdote, escribió dos obras de apologética para conquistar a sus compatriotas paganos a su misma fe. Y una vez hecho Obispo, gozó presto de buena opinión. Se ocupó, en primer lugar, de reformar a los

clérigos y reducir a vida más austera y más alejada de las costumbres del mundo a las vírgenes consagradas a Dios. El año 250, el emperador Decio obligó a todos los cristianos a sacrificar a los dioses. En Africa fué grandísimo el número de los apóstatas. Para evitar que su sede quedase vacante por su muerte y de ese modo quedase el campo libre a los intrigantes y a los perseguidores, Cipriano se ocultó, pero continuó animando a sus fieles. Cipriano y los Obispos de Africa se reunieron en concilio por el mes de mayo del 252, y determinaron conceder el perdón a todos los que, habiendo apostatado, hiciesen penitencia: su decisión fué aprobada por el Papa San Cornelio. Galo emprendió nuevamente la persecución en el 253, acusando a los cristianos de ser ellos la causa de todos los males que ocurrían en el imperio, especialmente de la peste. San Cipriano escribió con esa ocasión dos libros: "Sobre la mortalidad" y "Sobre la limosna". Un poco más tarde, en el concilio de Cartago del 256, Cipriano y 87 obispos de Africa defendieron la nulidad del bautismo administrado por los herejes. Podría haber estallado un conflicto a este propósito con el Papa Esteban I, pero Sixto II, sucesor de Esteban, con su espíritu conciliador arregló el asunto. El 30 de agosto del 257, Cipriano fué llamado por el procónsul Patermo e interrogado sobre su fe. Cipriano confesó que era cristiano y Obispo y que deseaba permanecer fiel a Dios: se negó a denunciar a sus sacerdotes. La información paró aquí y Cipriano se alejó un poco de Cartago; un año más tarde le encontraron en su villa, le llevaron a Cartago y le condenaron a muerte. Al oír la sentencia, dijo sencillamente: *Deo gratias*. Luego se preparó con tranquilidad, hizo llegar a manos de su verdugo unas monedas de oro y se ofreció a la espada. Por la tarde, los cristianos llevaron su cuerpo procesionalmente. Tres basílicas se construyeron en su honor: en el lugar de su martirio, sobre su sepulcro y finalmente junto al puerto.

Su fiesta se celebró pronto en toda la Iglesia y su nombre se introdujo en el Canon de la Misa con el del Papa San Cornelio, su amigo. En el siglo IX, algunos embajadores de Carlomagno que se detuvieron en Cartago, consiguieron la autorización de llevarse las reliquias del santo obispo. En un principio se colocaron en la iglesia Primada de Lyon, y luego en la Abadía de Nuestra Señora de Compiègne, que pronto tuvo la honra de poseer también las reliquias de San Cornelio y desde entonces tomó el título de los santos Cornelio y Cipriano.

ORACIÓN A LOS DOS MÁRTIRES.—La Iglesia se ha acordado de la amistad que en este mundo unió vuestras dos almas. Y esa misma Iglesia, que nos dice que la verdadera amistad, la verdadera fraternidad tiene como efecto "vencer el mal que hay en el mundo, seguir a Cristo y ayudar a ganar el cielo", ha querido proponérnosla todos los años juntándoos en una misma fiesta, aun cuando no trabajasteis en el mismo campo, ni derramasteis vuestra sangre al mismo tiempo. Más: todos los días en el Canon de la Misa, la Iglesia se encomienda a vuestra intercesión y a vuestros méritos para ofrecer con más confianza el santo sacrificio y sacar mayores frutos.

Rogad uno y otro por la Iglesia para que este sacrificio la conserve en una unidad perfecta, juntando a su alrededor a todos sus hijos en una misma fe, en una caridad inviolable, en una intrepidez que no la puedan perjudicar la tentación o la persecución.

... A SAN CORNELIO. — Te hizo padecer, oh San Cornelio, el cisma provocado por un sacerdote tuyo: ruega para que en nuestros días, en que el error se ha vuelto tan arrogante, todos los fieles se agrupen alrededor de la Cátedra de Pedro para encontrar allí la verdad que ilumina, que fortalece, y que colma todas las ansias del corazón humano; ruega para que aquellos que aún están lejos del redil, entren en él, seguros de que de ese modo realizan el más caro deseo del Corazón del Señor.

... A SAN CIPRIANO. — Ruega por nosotros también, pobres pecadores, oh santo Obispo de Cartago; sufriste la persecución y el destierro y te mostraste compasivo para con los que en la hora de la prueba no tuvieron el valor de pasar por todo para confesar su fe en Jesucristo. Para los que son perseguidos por causa de Dios, pide la gracia de la luz y de la fortaleza de que tienen necesidad, a fin de ser fieles a los compromisos de su bautismo.

De este sacramento tenías un altísimo aprecio: haznos participantes de él y danos para con nuestro Padre del cielo los sentimientos de suma reverencia y de confianza filial que expresaste en tu magnífico comentario del *Pater*.

Y si llega hasta nosotros la persecución, concédenos la gracia de aceptar la muerte por Cris-

to como tú, con tranquilidad y alegría, y esa será la mejor manera de corresponder con nuestro amor limitado a su caridad infinita.

EL MISMO DIA

CONMEMORACION DE LOS SANTOS MARTIRES: EUFEMIA, LUCIA, GEMINIANO

En Calcedonia de Bitinia, murió por la fe Santa Eufemia hacia el año 303. Si nada más sabemos sobre esta virgen mártir, fácil es comprobar en cambio lo rápidamente que su culto se extendió por Oriente y Occidente. Calcedonia la construyó una basílica donde se reunieron los Padres del cuarto Concilio ecuménico; allí se proclamó solemnemente contra la herejía de de Eutiques la integridad de las dos naturalezas de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre. En el siglo VI, Ravena se gloriaba de poseer algunas de sus reliquias y un poco más tarde, ocurría cosa igual con Ruan y con la iglesia de la Sorbona. También se la veneraba en Saint-Brieuc y Tréguier, en Saboya, en España y en Milán.

Esta celebridad ciertamente la viene del hecho que el Concilio calcedonense tuvo lugar en su iglesia. La Facultad de teología de París la honró mucho tiempo con culto especial, como

si la santa hubiese tenido predilección por los altos estudios que se relacionan con la doctrina sagrada.

También Santa Lucía tiene una conmemoración en el oficio de este día. Se trata de la mártir de Siracusa que festejamos el trece de diciembre. Pero el Papa Honorio (625-638) la dedicó en este día una diaconía en el centro de la ciudad de Roma, junto a la iglesia de San Silvestre.

En honor de estos santos recitemos la Oración de la Misa:

"Haz, Señor, que nuestras preces nos alegren y aprovechen para que imitemos la constancia en la fe de tus santos mártires Eufemia, Lucía y Geminiano, cuyo martirio celebramos hoy con anual devoción. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

17 DE SEPTIEMBRE

FIESTA DE LAS SAGRADAS LLAGAS DE SAN FRANCISCO

JESUCRISTO VÍCTIMA. — El autor de la Imitación nos dice "toda la vida de Cristo fué cruz y martirio" [1]. Jesús, al venir a rescatar al mundo, desde el mismo instante de la Encarnación qui-

[1] L. 2, c. 12, n. 7.

so ser víctima ofreciéndose a su celestial Padre por los hombres pecadores. Fué víctima en el pesebre de Belén, en el destierro de Egipto, en el taller de Nazaret, donde se empleaba en trabajos penosos, a través de los caminos de Palestina, en una palabra: en toda su existencia y en todos sus actos. Pero hay en su vida un día de inmolación especial, y hasta toda su vida converge hacia ese día, el del Calvario, cuando pudo inmolarse realmente en la Cruz y morir por sus hermanos.

IMITAR A JESUCRISTO. — Todas las almas generosas han querido imitar a Cristo en su estado de víctima. San Pablo, cuyo corazón se abrasaba de amor por El, exclamaba: "No quiero saber nada, sino a Jesucristo y a Jesucristo Crucificado"[1]; y no quiero enseñaros nada, sino lo que Cristo me enseña desde la Cruz, y no ambiciono otra gloria ni otra dicha más que tener parte en la Cruz y en el padecer de Cristo. San Bernardino meditaba todos los días la Pasión y decía que para él era "un ramillete de mirra que llevaba continuamente en su corazón". Prendado San Francisco de un gran amor por Cristo, quiso identificarse con El. Ya veremos en su fiesta, el 4 de octubre, cómo amó el Evangelio y la Eucaristía. Hoy veamos cómo se identificó con su Maestro crucificado y cómo,

[1] *I Cor.*, II, 2.

por un favor insigne, se convirtió en otro Cristo hasta el punto de llevar en su carne las llagas del Crucificado.

El amor a la Cruz. — La cruz es el gran libro en que se formó el alma de Francisco. Desde aquel día en que el Cristo de la Iglesia de San Damián le dirigió la palabra, ya no quiso pensar más que en la Pasión. "El misterio de la cruz, dice su hijo más ilustre, San Buenaventura, tan grande, tan admirable, en el que están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, ese misterio fué también revelado a este pobre de Cristo, que toda su vida sólo siguió las huellas de la cruz, no gustó más que las dulzuras de la cruz y nada predicó sino las glorias de la cruz".

"No hay nada, decía el mismo San Francisco, tan deleitoso como la memoria de la Pasión del Señor; esa memoria me es frecuente y diaria y, si viviese hasta el fin del mundo, no necesitaría otro libro". Según él mismo nos cuenta, siete veces se le manifestó en su vida la cruz de una manera sensible: uno de sus frailes vió un día que salía una cruz de su boca, otro la vió brillar sobre su frente, y un tercero vió a Cristo en cruz que iba delante. Estos maravillosos relatos nos prueban el puesto distinguido que ocupaba la cruz en el pensamiento y en el corazón de Francisco.

El monte Alvernia. — Meditaba la Pasión en cualquier parte, pero hay un lugar a donde le gustaba de modo particular retirarse para abismarse en el pensamiento de Jesús Crucificado: el monte Alvernia. El Conde Orlando, caballero noble, le ofreció aquella montaña, a la que su soledad hacía propicia para la oración y la penitencia. Desde la primera vez que subió, quedó Francisco hondamente impresionado al ver que ante él se levantaba el inmenso peñasco de paredes perpendiculares como una muralla y cuya cumbre estaba coronada de espesas hayas. Y, acercándose luego para buscar el lugar más a propósito para la contemplación, advirtió que aquellos peñascos estaban hendidos y entreabiertos. Preguntándose de dónde provenían aquellas aberturas se puso en oración; y un ángel le hizo saber que se debían al cataclismo ocurrido al morir Jesús en la Cruz, cuando la tierra tembló y los peñascos se abrieron. Ante estos vestigios de la Pasión, sintió Francisco que su dolor se reavivaba, e internándose en las profundidades de la torrentera que rodeaba al peñasco tajado, lanzaba, como dice el P. d'Argentan, gritos lastimeros. "¡Cómo, Jesús mío, decía, tú estás en la Cruz y yo no! ¡Tú eres la misma inocencia y tú sufres por mí, que soy un criminal! ¿Todo esto era necesario para expiar la magnitud de mis culpas"? Y dirigiéndose a todas las criaturas, las invitaba a llorar con él: "Pájaros del cielo, no cantéis más, o sean lúgubres

todos vuestros conciertos. Arboles gigantescos cuyas ramas suben tan alto, bajaos y convertíos en cruces para honrar a la de Jesús. Y vosotros, peñascos, quebraos, ablandaos, llorad." Y al ver los hilitos de agua que se deslizaban de los peñascos del Alvernia, se paraba, deshecho en lágrimas: "Hermanos peñascos, lloremos." Y el eco del monte repetía: "Lloremos, lloremos."

Los estigmas. — Cuatro veces subió Francisco a este monte Alvernia con la única mira de anegarse en el amor divino. Allí vivía abismado en la memoria de la Pasión. Cuanto más iba ahondando en las llagas del Hombre-Dios, más inflamado se sentía del deseo de parecerse a su divino ejemplar. Sobre el Alvernia fué un ángel a decirle que en el Evangelio encontraría lo que el Señor esperaba de él. Abre el Evangelio tres veces, y el libro divino se abre en la escena de la Pasión. Francisco comprende desde este momento que tiene que realizar en sí mismo la Pasión del Salvador, y exclama: "Mi corazón está pronto, Señor, mi corazón está pronto" [1]. Pues bien, una mañana de la Exaltación de la Santa Cruz, mientras reza en una ladera de la montaña, ve que baja del cielo un serafín de seis alas; el serafín se queda ante él suspendido en los aires y, entre sus alas, advierte Francisco la imagen de Jesús crucificado. Su alma se llena de admiración y se siente embargada alterna-

1 Salmo CVII, 2.

tivamente de alegría y de tristeza; se para a contemplar este espectáculo; pero al instante desaparece la visión; en su corazón queda un ardor maravilloso y en su carne los estigmas sagrados de Jesús. Sus manos y sus pies estaban traspasados por gruesos clavos cuya cabeza redonda y negra era muy visible y la punta larga y remachada sobresalía de las manos y de la planta de los pies. La llaga del costado, ancha y abierta, dejaba ver una cicatriz bermeja de donde la sangre caía sobre el vestido del Santo. ¡Francisco se había convertido en otro Cristo! y bajando del Alvernia, cantaba: "El amor me ha introducido en el horno, en un horno de amor. Oh amor, ¿porque hieres de esta manera mi corazón? Estoy completamente fuera de mí; la llama que has encendido en mi pecho me consume y va en aumento continuamente."

Esta estigmatización de San Francisco no es un episodio maravilloso de su vida. Es como el sello divino que a Dios plugo imprimir en su alma para hacernos comprender hasta qué punto se había hecho semejante a Cristo Jesús, y hasta dónde había realizado de una manera sensible la identidad perfecta con Jesucristo. Es la recompensa con que Dios premia toda su vida, ya que su vida se resume en el amor y en el amor a Jesús crucificado.

La lección. — Mas para nosotros hay en esto una gran lección. Nos lo indica la Iglesia en la

Oración de la Misa: "Dios renovó de esa manera en la carne de Francisco los estigmas de la Pasión para inflamar nuestros corazones en el fuego del amor." La memoria de la Pasión y el amor a Jesús crucificado fueron la vida de Francisco. Ahí debemos encontrar nosotros la verdadera vida. La cruz fué el libro de Francisco y debe ser también el de toda alma cristiana. "¿Quieres, escribía el P. d'Argentan, aprender obediencia? Mira en el patíbulo a Aquel que se hizo obediente hasta la muerte. ¿Quieres aprender humildad y amor a los desprecios? La cruz es una cátedra donde parece que Jesús subió exclusivamente para enseñar a todo el género humano esta gran lección, que confunde todo el orgullo y toda la vanidad del mundo. ¿Quieres aprender paciencia? Mira a ver si de la boca de Jesús sale una palabra siquiera que no sea de gracia y perdón para los que le quitan la vida. ¿Deseas aprender pobreza? Mira cómo Jesús en la Cruz no tiene otro vestido que sus llagas, y los ríos de su sangre preciosa le cubren como manto de púrpura. En una palabra: cualquier perfección que desees, estúdiala en este libro magnífico. Y te convencerás de que "Jesús hizo triunfar en ella todas las virtudes."

San Francisco con los estigmas nos predica el amor a la cruz. Como él, amemos la cruz y la tribulación y pidamos con confianza lo mismo que Santa Teresa del Niño Jesús "el ver resplandecer en el cielo las llagas de Cristo en

nuestro cuerpo"; pidamos sobre todo que se impriman en nuestra alma, en la que no dejen más en lo sucesivo que el recuerdo y el amor a Jesús crucificado.

PLEGARIA A SAN FRANCISCO. — ¡"Señor mío Jesucristo, dos gracias te pido me concedas antes de morir! La primera es: ¡Que sienta en mi alma y también en mi cuerpo, en cuanto sea posible, los dolores que tú, mi dulce Jesús, tuviste que padecer en tu cruel pasión! La segunda gracia que desearía conseguir es: ¡sentir en mi cuerpo, en cuanto sea posible, el amor sin medida que a ti, Hijo de Dios, te abrasaba y que te llevó a querer padecer por nosotros, miserables pecadores, tantos tormentos"!

Y mientras así hacía su larga oración en el Alvernia San Francisco tuvo certeza de que tú, oh Dios, le escuchabas. Contempló los dolores de su Maestro crucificado y la llama de su devoción creció de tal forma, que se sintió *cambiado totalmente en Jesucristo*.

Nosotros nos atrevemos a repetir esta oración porque sabemos muy bien nuestra *obligación de transformarnos en Jesús* a fin de agradarte, oh Padre nuestro, y entrar en el cielo; pero, como conocemos nuestra indignidad nos valemos de las palabras de fray León, testigo de la oración y de los favores extraordinarios de su Maestro, para decirte: "Oh Dios mío, sé favorable a los que somos pecadores y, por los

méritos de este hombre tan santo, concédenos el conseguir tu misericordia santísima."

EL MISMO DIA

SANTA COLUMBA, VIRGEN Y MARTIR

Columba fué una de las flores más hermosas que produjo la Iglesia mozárabe en la Córdoba del siglo IX. "Hermosísima y nobilísima, espejo y norma de santidad para todos los cordobeses", escribió de ella su padre espiritual y panegirista San Eulogio de Córdoba. Vástago de una familia patricia, Columba fué una de las discípulas predilectas y más fervientes del gran San Eulogio. Dejando su casa y sus bienes con heroica decisión, tras rudos combates con su madre, empeñada en casarla ventajosamente, según el mundo, se retiró veloz al monasterio Tabanense para entregarse de lleno a las más duras prácticas de la vida monacal. Ella y su hermana Isabel, que era Abadesa, regían el monasterio, inculcando en las almas jóvenes y tiernas de sus discípulas los altos y luminosos ideales de la perfección cristiana. Su alma, mientras tanto, ardía en vivos deseos de volar a Cristo para vivir eternamente al lado de su Amado. Sus hermanas la oían cantar muy a menudo con aquella voz hermosa esta bella Antífona de la liturgia visigoda; "Abreme, Señor, las puertas de tu gloria para que vuelva a aquella patria donde

no existe la muerte, donde la dulzura del gozo es perpetua." El Amado escuchó, por fin, la voz de la enamorada, que había adquirido exquisita erudición religiosa.

Habiendo abierto feroz persecución contra los cristianos Mahomet, hijo de Abderramán, y destruído muchas iglesias y monasterios, entre ellos el Tabanense, hubieron de refugiarse las monjas en el interior de Córdoba junto a la Iglesia de San Cipriano. Espoleada la santa virgen con la lectura y meditación de las Actas de los Mártires que en los Oficios divinos se recitaban, y alentada con varias revelaciones, sin poder resistir los ardores del amor divino, salió, sin ser vista, del albergue en que se hallaba y se presentó ante el juez, echando en cara a los moros su crueldad y confesando reiteradas veces su fe en Jesucristo y su soberano repudio de la ley mahometana. Fué inmediatamente degollada y arrojado su cadáver al río, no sin dar antes ella unas monedas de oro al verdugo. Unos días después, la sacaron del río unos monjes y la dieron sepultura honrosa en Santa Eulalia.

EL MISMO DIA

SAN PEDRO DE ARBUES, MARTIR

Nació en Epila, cerca de Zaragoza, en 1441. Desde niño dió indicios de ingenio precoz y de

inclinaciones piadosas nada comunes. Sus padres, ilustres y devotos, se esmeraron en educarle en toda piedad. Dedicáronle al estudio, e hizo admirables y rápidos progresos en los de latín y filosofía, en los cuales hizo hincapié para estudios superiores. Doctorado en filosofía, tomó la beca de teólogo en el célebre colegio fundado en Bolonia para los españoles por el inmortal cardenal Gil de Albornoz, Arzobispo de Toledo. Se doctoró en Sagrada Teología el 27 de diciembre de 1473 y, en el título, le estamparon esta honorífica cláusula: "Multiplicados los dones de las virtudes con que de muchos modos ilustró el Altísimo la persona del maestro Pedro de Arbués." Tales ejemplos dió de virtud y tales pruebas de ciencia, que el Cabildo eclesiástico de Zaragoza, entonces de canónigos regulares, queriendo aprovecharse de la doctrina y edificante ejemplo de Pedro, proveyó en él uno de sus canongías. Admitió Pedro la prebenda e hizo su profesión el año 1476, con intento de dedicarse enteramente al servicio del Señor en el estado eclesiástico. Tanto se distinguió por su circunspección, singular piedad y su gran sabiduría, que llegó a ser el espejo en que se miraba la ciudad, y el gozo y consuelo del clero. Por aquel tiempo consiguieron los reyes católicos Don Fernando y Doña Isabel grandes victorias contra los moros y, queriendo extinguir de la nación todas las sectas que manchaban la pureza de la fe y alteraban el orden público, no pararon has-

ta lograr que Sixto IV nombrase inquisidor general de España a Fray Tomás de Torquemada, confesor de los Reyes Católicos, con facultad para erigir tribunales y nombrar inquisidores en las provincias de Castilla, Aragón, Valencia y Sicilia; el cual, informado de las eximias prendas de virtud, ciencia y rectitud de Pedro de Arbués, le nombró primer inquisidor de la de Aragón.

Aceptó este glorioso Santo tan pesado oficio sólo por obediencia. En la primera sesión que tuvo con los ministros del tribunal, les habló con tanto espíritu y fervor que los llenó de admiración. Los exhortó, además, a trabajar sin tregua por mantener el sagrado depósito de la fe en toda su pureza. Publicó sus edictos obligando por ellos con las más severas censuras a toda clase de personas a revelar los delitos y a los delincuentes contra la fe. Recibió juramento público con toda solemnidad a Juan de Lanuza, Justicia mayor del reino de Aragón, sobre obedecer las determinaciones de la Santa Inquisición y, sentados estos principios, comenzó a ejercer su ministerio contra los judíos, los herejes y supersticiosos, obrando con tanta vigilancia y tanto celo, que a él se debieron el que muchos sectarios abjurasen sus errores y se reconciliasen con la Iglesia.

Descubrió no pocos judaizantes que fingidamente parecían cristianos y en la realidad se-

guían apegados a su secta; formóles los procesos judiciales y procedió con tanta actividad contra sus crímenes, que el mismo año de ser nombrado inquisidor se hicieron dos actos públicos en los meses de mayo y junio, en que fueron condenados muchos como delincuentes, recibiendo el merecido castigo.

Irritó tanto a los judíos la justificación e integridad del santo inquisidor, que no dejaron piedra por mover, con algunas calumnias e intentos de soborno a los soberanos; pero vieron que Fernando e Isabel estaban decididos a toda costa a defender la fe y la patria cuya integridad y aun existencia total minaban, como hicieron con el imperio visigodo, que se arruinó por las intrigas y enemiga de los judíos. En sus conciliábulos decidieron entonces quitar de delante a Pedro Arbués y a algunos otros defensores de la fe; eligieron la catedral de Zaragoza para llevar al cabo la execrable maldad, y, sabiendo las costumbres del santo inquisidor, ocultamente penetraron en el templo y a cuchillo le traspasaron cuando oraba ante el altar al empezar maitines. Pedro exclamó: *Alabado sea Jesucristo, que yo muero por su santa fe*. Era Sábado 7 de septiembre de 1485 cuando murió a la una de la madrugada el protomártir de la Santa Inquisición.

18 DE SEPTIEMBRE

SAN JOSE DE CUPERTINO, CONFESOR

LA SANTIDAD NO CONSISTE EN LOS FENÓMENOS MÍSTICOS. — "Existe una opinión generalmente bastante extendida y acaso autorizada por los tratados místicos de los tiempos modernos y el modo de escribir la vida de los santos. Se ha acostumbrado uno ya a no reconocer la santidad más que en ciertas manifestaciones extraordinarias con que a veces se adorna, o bien en los medios de que se sirve el Señor para prepararla, engrandecerla o darla a conocer cuando le place... medios que no son ni la santidad ni manifestación esencial de ella...

"Aun cuando su causa es divina, no hay lugar a darlo gran importancia, puesto que no nos revelarían la profundidad y el valor real de la acción divina que, en general, cuanto más intensa es, menos se exterioriza.

"Al leer las vidas de los Padres y de los grandes contemplativos antiguos, nos admira el silencio casi absoluto que guardan sobre los efectos exteriores de la contemplación sobrenatural... Para estos maestros la unión con Dios, la verdadera santidad, consiste en la práctica heroica de las virtudes teologales y cardinales...

"Los Santos son hombres como los demás; sólo que han tomado en serio las condiciones de

su creación y el fin que Dios se propuso al crearlos"[1].

FIN DE LOS PRIVILEGIOS. — Sucede que Dios da a algunos servidores suyos privilegios que no son necesariamente señal de santidad, sino que pueden ser su recompensa y sobre todo que se ordenen a la utilidad de la Iglesia, a la salvación, conversión y santificación de las almas que son testigos de esos maravillosos fenómenos. Dios los concede cuando le place y los retira también cuando quiere, y la señal de que son obra suya la encontramos en la humildad de la que nunca se apartan los que son así favorecidos por la liberalidad divina.

PRIVILEGIOS DE SAN JOSÉ. — Dos privilegios se le concedieron a San José de Cupertino: le dieron mucha fama, pero le ganaron aún más padecimientos y humillaciones: el don de estar levantado en el aire como por una explosión de amor de Dios, y el de leer en las almas como si fuesen libros abiertos ante su vista.

Mucho le costó a este pobre e ignorante religioso que le admitiesen los Frailes Menores, pues parecía que no valdría para nada; si recibió las órdenes, se debió a que el Obispo confiado no le examinó. Pero Dios quería manifestar en este ignorante, que tanto había mortificado su carne

---

[1] Mme. Cécile Bruyère: "*La Vie spirituelle et l'Oraison*", p. 42, 338. Mame, 1950.

y sufrido tantas humillaciones y oprobios, los privilegios de que gozarán nuestros cuerpos y nuestras almas después de la Resurrección. En efecto, los cuerpos resucitados podrán entonces trasladarse de un lugar a otro con gran rapidez y elevarse hacia Dios sin que su pesadez sea obstáculo; y nuestras almas podrán leer en las otras todo lo que la gracia de Dios puso en ellas desde su bautismo hasta su glorificación.

VIDA. — José nació el 17 de junio en Cupertino, reino de Nápoles. Era de familia tan pobre, que su madre le dió a luz en un establo. La misma madre le educó muy piadosa y severamente. Desde su infancia, su oración era tan fervorosa y constante, que parecía no entender nada y que sólo le interesaba Dios. A los 17 años ingresó en los Menores Conventuales; hubo que despedirle, pues, aunque sus virtudes y arrobamientos eran notorios, era también un inútil para cualquier clase de trabajo y siempre estaba fuera de regla. Los Conventuales, con todo, mudaron de parecer, entró en el noviciado y hasta pudo ser ordenado de sacerdote, a pesar de la ignorancia de la escolástica. Le confiaron sus Superiores la predicación: su lenguaje directo y lleno de ardor convirtió a muchos pecadores. Sus éxtasis, su vida entre el cielo y la tierra, su don de leer en las almas, le granjearon mucha celebridad, pero también persecuciones: fué denunciado a la Inquisición. Reconoció ésta su virtud, pero por prudencia dispuso que se le recluyese en un convento de su Orden. Contentísimo de esta determinación, José pasó los últimos años de su vida en la oración y el silencio. Murió en Osimo, cerca de Loreto, en 1663 y fué beatificado en 1753 por Benedicto XIV y luego canonizado por Clemente XIII en 1767.

PLEGARIA. — Damos gracias a Dios por los prodigiosos dones que se dignó concederte; pero tus virtudes son maravillas mayores. Sin éstas, los primeros serían dudosos para la Iglesia, para la Iglesia que aún desconfía las más de las veces, cuando ha corrido ya mucho tiempo y el mundo aplaude y admira. La obediencia, la paciencia, la caridad que siempre iba en aumento con las pruebas, grabaron en ti su sello de la incontestable autenticidad divina de esos hechos extraordinarios, cuya falsificación artificiosa no excede el poder natural del enemigo.

El diablo puede levantar a Simón por los aires; pero le es imposible hacer humilde a un hombre. Digno hijo del Serafín de Asís, ojalá logremos nosotros también volar en pos de ti, no por los aires, sino por las regiones de la luz verdadera, donde, lejos del mundo y de sus pasiones, nuestra vida, a semejanza de la tuya, quede escondida con Cristo en Dios [1].

19 DE SEPTIEMBRE

SAN JENARO, OBISPO Y MARTIR Y SUS COMPAÑEROS MARTIRES

EL TESTIMONIO. — El mártir es un testigo de Cristo. Al derramar su sangre, el hombre da

[1] Colecta y antífona propias de la fiesta. Col. III, 3.

fe de que Dios es el dueño de la vida; afirma también su confianza en Dios, que le devolverá esa vida generosamente sacrificada por su amor. Y llegará un día en que los cuerpos de los mártires saldrán vivos del sepulcro, y la sangre que por Cristo derramaron circulará otra vez por los miembros en que padecieron, los cuales se dejarán ver gloriosos a la miradas de todos.

La sangre de San Jenaro. — También San Jenaro derramó su sangre por Cristo. Pero esta sangre continúa dando su testimonio y a su manera publica en voz alta lo fácil que será para Dios devolver la vida a sus elegidos en el último día.

En Nápoles, tres veces al año, se expone la cabeza del santo Obispo. Delante del relicario se pone la sangre: una sustancia dura, oscura, encerrada en dos ampollas de cristal. A veces esta sustancia disminuye o aumenta de volumen, sin que lo motive la temperatura del momento. Pero con muchísima frecuencia sucede que esta sangre se hace líquida y se manifiesta en estado de ebullición. La reliquia, dicen los historiadores, es de una autenticidad muy dudosa; mas al fenómeno no se le ha dado aún explicación natural. No parece exagerado, por tanto, que empleemos la palabra "milagro" para poderlo explicar. "Dios, dice el Cardenal Schuster, quiere demostrar a su pueblo de Nápoles que la sangre del patrón de la ciudad está siem-

pre viva y roja ante el Señor, porque en la eternidad y en Dios no hay pasado, sino que todo está presente y todo vive ante El. El martirio del glorioso Obispo no cesa de proteger a la bella ciudad napolitana, rica por el ingenio de sus hijos y por las virtudes magníficas de sus Santos" [1].

VIDA. — San Jenaro fué problamente obispo de Benevento y hoy es el patrón principal de la ciudad de Nápoles, que posee la reliquia de su cabeza y también la de su sangre. Nos cuenta el sacerdote Uranio que, estando para morir San Paulino de Nola, fué confortado con la aparición de San Martín de Tours y de San Jenaro "obispo y mártir, gloria de la Iglesia de Nápoles". Pero ¿se trata de San Jenaro I, muerto mártir hacia el año 305, o de San Jenaro II, que tuvo parte en el Concilio de Sardes en 342-343? Si la historia no nos da datos sobre su muerte, su leyenda nos dice que murió mártir con seis compañeros en Pozzuoli.

PLEGARIA. — Santos Mártires y tú, sobre todo, Jenaro, que fuiste su jefe por la valentía y por la dignidad del pontificado, vuestra gloria actual aumenta nuestro deseo del cielo; vuestras luchas pasadas nos animan en el combate de la vida; vuestros milagros siempre perennes nos confirman en la fe. También os debemos loor y agradecimiento en este día de triunfo. Y satisfacemos la deuda con alegría de nuestros corazones.

[1] *Liber Sacramentorum,* VIII, 304 (Traducción española).

Dignaos, en cambio, hacer llegar hasta nosotros la protección de que se muestran ufanas con mucha razón las ciudades que viven debajo de vuestro poderoso patrocinio. Proteged a esas ciudades creyentes cuando las quiera asaltar el infierno. Ofreced a Cristo Rey, en contra de las deficiencias sociales, la fidelidad creciente de aquellos que de cerca o de lejos os honran.

20 DE SEPTIEMBRE

VIGILIA DE SAN MATEO, APOSTOL

La Misa de este día es la de la Vigilia de las fiestas de los Apóstoles. El Evangelio nos refiere la conversión de San Mateo según el relato de San Lucas, que por respeto y discreción le llamó Leví. Mañana leeremos el mismo relato, pero escrito por la pluma de San Mateo, que no oculta su nombre. Las palabras del Señor que en él se nos refieren, nos muestran la extrema condescendencia y la misericordia infinita de Jesús para con los pecadores: "No son los sanos los que necesitan de los médicos, sino los enfermos. No vine a llamar a los justos, sino a los pecadores a penitencia."

Hay que entender bien esta penitencia de que nos hablan en bastantes lugares el Evangelio y los *Hechos de los Apóstoles*. "Es verdad que no excluye la penitencia las obras aflicti-

vas, por medio de las cuales el hombre castiga en sí mismo su pecado y promete la enmienda; pero implica, ante todo, un cambio de vida, la renuncia a toda clase de disposiciones y costumbres reprobadas por Dios"[1]. A hacer esta penitencia, todos estamos invitados con pena de muerte eterna.

Por su parte, San Ambrosio, en la homilía que leemos en Maitines advierte: "Es todo un misterio esta vocación del publicano a quien Jesús invita a seguirle, no tanto con los pasos del cuerpo como con el movimiento del alma. Este hombre, llamado con una sola palabra, deja su bienestar y, dejando su miserable despacho en el que se le veía sentado, camina con paso firme y decidido en pos del Señor y hasta se mete en gastos para prepararle un gran banquete. Eso ocurre con el que recibe a Cristo en la casa espiritual de su corazón, que es alimentado con lo más delicado y totalmente saciado de delicias"[2].

EL MISMO DIA

SAN EUSTAQUIO Y SUS COMPAÑEROS MARTIRES

MARTIRIO Y VIDA CRISTÍANA. — La *Pasión* de San Eustaquio refiere que junto con su mujer y

[1] Dom Delatte, *Epîtres de saint Paul,* t. I, p. 33.
[2] *Comentario sobre S. Lucas*, l. V, c. 5.

sus dos hijos fué encerrado en un buey de bronce puesto al rojo. De ese modo ganaron la palma del martirio. Si el relato de esta *Pasión* no le conservan los historiadores, bien estará que no olvidemos la lección que San Cipriano nos da a propósito del martirio:

"Dios no sólo promete recompensas a quienes padecen el martirio, sino también a los que conservan una fe íntegra y pura. Pues todo cristiano que deja lo que posee para seguir a Jesucristo, se merece un puesto entre los mártires. Se lee en el Apocalipsis: Vi las almas de los que murieron por haber dado testimonio a Jesús y por la palabra de Dios... y que no adoraron a la bestia, ni a su imagen... y vivieron y reinaron con Jesucristo. Y dice que no solo los que sufrieron la muerte, vivirán y reinarán con Jesucristo, sino también todos los que, permaneciendo firmes en su fe y conservando siempre el temor de Dios, no adoren la imagen de la bestia ni obedezcan a sus órdenes... ¿Quién no trabajará, pues, con todas sus fuerzas para llegar a una gloria tan admirable y ser amigo de Dios y gozarse con Jesucristo, al salir de esta vida?

"Tal es el tema que debe ocupar totalmente nuestro espíritu. Ahí tenemos lo que hay que meditar noche y día. Si encuentra la persecución a un soldado de Cristo preparado con estos altos pensamientos, jamás será vencido un corazón tan armado para el combate, y si Dios le retira

antes del mundo, no quedará sin recompensa una fe tan bien dispuesta para el martirio; pues, Dios, que es un juez justiciero, no hace cuenta del tiempo. En los días de la persecución, corona la valentía; y durante la paz, recompensa la virtud y la buena voluntad"[1].

ORACIÓN. — Nuestras pruebas, oh Mártires, al lado de las vuestras son livianas. Conseguidnos el no burlar la confianza del Señor si nos llama a padecer por él en este mundo. La gloria del cielo eso cuesta. ¿Cómo triunfar con el Dios de los ejércitos si no hemos caminado junto a su bandera? Esta bandera es la Cruz. La Iglesia lo sabe, y por eso, ningún trabajo la asusta. Sabe muy bien que el Esposo vigila, aunque parezca que duerme; cuenta con la protección de sus hijos ya glorificados... Roma os guarda con amor: vengaos de las osadías del infierno y salvadla.

21 DE SEPTIEMBRE

SAN MATEO, APOSTOL Y EVANGELISTA

LA LLAMADA DEL SEÑOR. — Nos dice San Ambrosio[2], que "la vocación del publicano a quien Jesús llama e invita a seguirle, es todo un misterio". La escena de la vocación de algunos de

---

[1] S. Cipriano, *Exhortación al martirio.*
[2] *Coment. sobre S. Lucas,* l. V, c. 5.

los Apóstoles la vimos descrita en su fiesta respectiva. Hoy vemos a Jesús que llama a un publicano, uno de esos hombres odiados por el pueblo porque tenía por oficio el de recaudar, en provecho de Herodes Antípas, los impuestos diversos que percibía la aduana, la administración o el portazgo. San Ambrosio nos le presenta "duro y avaro y aprovechándose del salario de los mercenarios, del trabajo y del peligro de los marineros"; tal vez se muestre demasiado severo con San Mateo y le atribuya los vicios de sus colegas. Sea de ello lo que quiera, Jesús pasó cerca de su mesa de recaudador en Cafarnaúm y, después de observarle atentamente, le dijo sin más: "Sígueme."

La respuesta de San Mateo. — En esta palabra había autoridad y cariño; Mateo tenía un alma recta; e, iluminada por Dios, lo dejó todo, cedió a otro su oficio y siguió a Jesús. Desde entonces mereció con razón ser llamado Mateo: *el donado;* pero ¡cuánto mayor era el don que Dios le hacía que el que Mateo hacía a Dios! El Maestro vino a escoger lo que en el mundo había de más bajo, lo más despreciado en el orden social para convertirlo en príncipe de su pueblo [1] y elevarlo a la dignidad más alta que existe en la tierra después de la dignidad de la Maternidad divina: la dignidad de Apóstol.

1 Salmo CXII, 7-8.

EL AGRADECIMIENTO. — Mateo quiso también festejar su vocación con una gran comida y convidó no sólo al Señor y a los discípulos, sino a todos sus amigos, publicanos como él. Muchos de éstos acudieron al banquete. Jesús se prestó con gusto a una reunión que le permitía proseguir su predicación sobre el pecado y el poder que tenía de perdonarle. Para la justicia desdeñosa y sin entrañas de los fariseos, que trataban de "pecadores" a todos los que no vivían como ellos, aquello fué un gran escándalo: no pudieron disimular su asombro y su reprobación.

LA RESPUESTA DE JESÚS. — El Señor respondió con la sencillez y bondad que procura consolar a los que son mal juzgados e ilustrar a la vez a los que se han mostrado demasiado severos: "No son los sanos los que necesitan del médico, sino los enfermos: no vine a llamar a los justos sino a los pecadores."

De modo que el Señor es médico, médico de los cuerpos y sobre todo médico de las almas. Si los que se sienten enfermos, voluntariamente recurren a él: ¿quién puede reprochárselo? El médico se ofrece a aquellos para quienes vino; ¿qué cosa más natural? Jesús vino a este mundo a curar y dar vida, a curar a los que tienen conciencia de que necesitan curación. Los que están sanos o, al menos, lo creen, no necesitan de médico: el Señor no vino para ellos. Los que se creen justos no necesitan de sus misericor-

dias; él se debe a los pecadores, a quienes vino a invitar a hacer penitencia. ¡Ay de los que por sí solos se bastan [1]!

El Apóstol. — Mateo siguió, pues, a su Maestro y durante tres años permaneció en su intimidad, atento a sus enseñanzas, testigo de sus milagros y testigo sobre todo de su resurrección. Después de Pentecostés, como los demás Apóstoles, salió a evangelizar el mundo. San Ambrosio y San Paulino de Nola hablan de su predicación en Persia. Murió en Etiopía, de donde su cuerpo fué llevado a Salerno; la iglesia catedral de esta ciudad le está dedicada. Clemente de Alejandría dice que San Mateo era de grandísima austeridad de vida y la tradición cuenta que murió mártir por haber defendido los derechos de la virginidad que se ofrece a Dios.

El Evangelista.—La Iglesia le quedará siempre particularmente agradecida por haber sido el primero que puso por escrito, antes del año 70, las enseñanzas que oyó de boca del Salvador y que, después de la Ascensión, se propagaban de modo oral.

Escribió en arameo para los judíos ya convertidos, pero también para los que no reconocieron en Jesucristo al Mesías prometido a sus padres. Por eso tuvo interés en demostrar que el

1 Dom Delatte, *L'Evangile*, I, 240, Mane, 1922.

Crucificado del Calvario era en realidad el heredero de las promesas hechas a David, el Mesías predicho por los Profetas, el que había venido a fundar el verdadero reino de Dios. Pero también se dirige a todos los cristianos, a nosotros mismos, que consideramos el Evangelio como "la buena nueva por excelencia, la única, hablando con todo rigor, que existe en el mundo, la que nos anuncia que el hombre, llamado primitivamente a la amistad y a la vida de Dios y luego caído de este primera grandeza, es de nuevo repuesto en ella por el Hijo de Dios" [1].

LA HUMILDAD. — ¡Cuánto agradó tu humildad al Señor! A ella debes hoy el ser tan grande en el reino de los cielos [2]; ella te hizo el confidente de la eterna Sabiduría encarnada. Esta Sabiduría del Padre, que se aparta de los prudentes y se revela a los pequeños [3], renovó a tu alma en su divina intimidad y la llenó del vino nuevo de su celestial doctrina. Comprendiste de modo tan pleno su amor, que te escogió para primer historiador de su vida terrestre y mortal. Por ti, el Hombre-Dios se daba a conocer al mundo. *Magníficas enseñanzas las tuyas* [4], dice la Iglesia en la Misa, donde ella recoge la herencia de la que no supo comprender al Maestro ni a los Profetas que le anunciaron.

---

1 Dom Delatte, *L'Evangile,* I, VII.
2 *Mat.,* XVIII, 1-4.
3 *Ibid.,* XI, 25.
4 Secreta de la Misa.

PLEGARIA. — Evangelista y mártir de la virginidad, vela por la porción escogida del Señor. Pero no olvides tampoco a ninguno de aquellos por cuyo medio nos enseñas que el Emmanuel recibió el nombre de Salvador [1]. Todos los rescatados te veneran y te rezan. Guíanos, por el camino que tenemos trazado gracias a ti en el admirable *Sermón de la Montaña* [2], a ese reino de los cielos, cuya mención repite continuamente tu pluma inspirada.

22 DE SEPTIEMBRE

SANTO TOMAS DE VILLANUEVA, OBISPO Y CONFESOR

TOMÁS Y LUTERO. — Una prueba dolorosa conmovía a la gran familia de los agustinos en 1517: Lutero se salía de ella y lanzaba el grito de rebelión que repetirían durante siglos todos los apetitos desordenados. Pero la Orden ilustre que, sin saberlo, alimentó a este retoño de la serpiente, continuó siendo benemérita del Señor; para consuelo de los Institutos, cuya excelencia expone a los sujetos perjuros a las más graves caídas, el cielo iba a dar, sin tardar mucho, una muestra. Eran las primeras Vísperas de Todos los Santos; el heresiarca ponía en car-

1 *Mat.*, I, 21-23.
2 *Mat.*, I, 5-7.

teles en Wittenberg sus tesis famosas contra las Indulgencias y la autoridad del romano Pontífice; pues bien, antes de terminar el mes, el 25 de noviembre de ese mismo año de 1517, Salamanca veía a Tomás de Villanueva ofrecerse a Dios y ocupar entre los agustinos el lugar que había dejado vacante Lutero. En las revoluciones sociales, ante el fracaso de los trastornos del mundo, un Santo glorifica a la beatífica Trinidad más que podría perjudicarla todo el infierno.

VIDA. — Tomás nació cerca de Villanueva en 1488. Sus padres, y sobre todo su madre, le formaron en la piedad y en la caridad para con los pobres. Desde muy niño, le gustaba practicar la caridad y, al morir su padre, contaba él ya 15 años, pidió a su madre que transformase en hospital la casa que era la parte de su herencia. Marchó a Alcalá para conseguir los grados de maestro en artes y licenciado en teología. En 1516 ingresaba en los agustinos de Salamanca y al año siguiente emitía sus votos. Encargado de comentar el Libro de las Sentencias a los estudiantes de su Orden, y de predicar en la corte, lo hizo tan bien, con tanto celo y éxito, que llegó a Prior y Provincial y el emperador le hizo nombrar obispo. Se negó por mucho tiempo, pero tuvo que ceder ante la amenaza de excomunión.

En 1544 era obispo de Valencia, pero en nada cambió la sencillez de su vestido, de su mesa y de su casa, prestó los más atentos cuidados a los pobres, reformó a su clero, escribió diversos tratados de ascética y de mística, en particular sobre los dones del Espíritu Santo y el Padrenuestro. Murió el 8 de septiembre de 1555 y fué enterrado en la iglesia de los agustinos

de Valencia. Fué beatificado en 1618 y canonizado en 1658.

Elogio. — Tu justicia y tu nombre perdurarán siempre; pues repartiste, oh Tomás, con profusión los beneficios al pobre [1], y toda la asamblea de los santos publica tus limosnas [2]. Enséñanos la misericordia para con nuestros hermanos, a fin de obtener nosotros, con la ayuda de tus ruegos, la misericordia de Dios.

Eres poderoso con la Reina de los cielos, cuyas alabanzas tanto te gustó predicar. Entraste en la patria el día de su Nacimiento. Haz que cada vez la conozcamos mejor, la amemos cada vez más.

Plegaria. — Protege a España, de quien eres una de sus glorias, a tu Iglesia de Valencia y a la Orden en la que te precedieron por los caminos de la santidad Nicolás de Tolentino y Juan de Sahagún. Bendice, en tierras de Francia, a esas religiosas que heredaron tu caridad y cuyo ejército de casi tres siglos ya, nos hace bendecir el nombre de Santo Tomás de Villanueva y el de tu padre San Agustín. Haz que los predicadores de la divina palabra por todo el mundo se aprovechen de los monumentos, felizmente conservados, de una elocuencia que te convirtió en oráculo de los príncipes y en

---

1 Sal., CXI, 9; Antífona del Magnificat.
2 *Ecl.*, XXXI, 11; Antífona del Benedictus.

luz del pobre, y que hizo te proclamasen órgano del Espíritu Santo [1].

EL MISMO DIA

CONMEMORACION DE SAN MAURICIO Y SUS COMPAÑEROS MARTIRES

EN SIÓN, *en Valais, en el lugar llamado Agauno, el día natal de los santos Mártires Mauricio, Exuperio, Cándido, Víctor, Inocente y Vidal, con sus compañeros de la legión Tebea, quienes, matados en odio a Cristo por orden de Maximiano, llenaron el mundo con la fama de su muerte* [2]. Dediquemos un recuerdo, con Roma, a estos valientes, cuyo patrocinio constituye la gloria de los ejércitos cristianos y de innumerables iglesias. "Emperador, somos soldados tuyos, decían; pero somos también servidores de Dios. Para El fueron nuestras primeras promesas; si las violamos, ¿qué confianza podéis tener en las otras"? No hay consigna o disciplina que prevalezca ante las promesas del bautismo. Cuando ante los príncipes se afirma al Dios de los ejércitos, el honor y la conciencia obligan a todo soldado a preferir la orden del Jefe a la de los subalternos [3].

---

1 Alejandro VII, *Bula de canonización.*

2 Martirologio en este día.

3 La narración del martirio de los soldados de la legión Tebea nos la ha conservado San Euquerio, Obispo de

Oración. — "Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que nos alegre la festiva solemnidad de tus santos mártires Mauricio y sus Compañeros: para que nos gloriemos del natalicio de aquellos en cuyos sufragios nos apoyamos. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

23 de septiembre

SAN LINO, PAPA Y MARTIR

Una oscuridad misteriosa rodea a la vida de los primeros Vicarios del Hombre-Dios; así desaparecen los primeros sillares de un monumento que se construyó como un desafío al tiempo. Les basta la gloria de llevar sobre sí la Iglesia eterna; y también es suficiente para justificar nuestra confianza y avivar nuestra gratitud. Esta fiesta la exigía el corazón de la Esposa: es como el testimonio de su veneración hacia el humilde y dulce Pontífice que, antes que otro ninguno, se volvió a juntar con Pedro en las criptas Vaticanas.

Lyon († 499) según noticias orales. Por él sabemos que hacia fines del siglo III tuvo lugar en Agauno la matanza de los soldados que se negaron a martirizar a sus hermanos cristianos. En el lugar donde fueron enterrados sus cuerpos se construyó una basílica. Su culto se propagó por la Galia. En 1128 se estableció en Agauno una abadía de canónigos. Durante la Edad Media bastantes Ordenes Militares se pusieron debajo de la protección de San Mauricio, y los tintoreros le tienen por su Patrón.

VIDA. — El *Liber Pontificalis* nos dice que San Lino era de origen toscano y que fué Papa en tiempo de Nerón, después de morir San Pedro. Duró en el trono pontificio desde el 56 al 67, murió mártir y fué enterrado en el Vaticano.

Las excavaciones que en el Vaticano realizó Urbano VIII, en el siglo XVII, lograron descubrir un sarcófago en el que se podía leer LINUS; pero difícil sería dar por seguro que este sarcófago fuese el del segundo Papa.

"A falta de documentos más firmes, relativos a la vida de San Lino, nos garantiza su eminente santidad y justifica por sí sola el título de mártir con que se le honra, la elección que recayó sobre él para suceder a San Pedro durante la persecución de Nerón" (C. Schuster). Digamos únicamente que los historiadores actuales colocan su pontificado entre el 67 y 79, o sea, más tarde de lo que dice el *Liber Pontificalis*.

AUTORIDAD DE JESUCRISTO EN EL PAPA. — Jesucristo invistió a Simón, hijo de Juan, del Supremo pontificado personalmente y a la vista de todos; también tú, bienaventurado Pontífice, recibiste de Jesús, aunque invisiblemente, las llaves del reino de los cielos. Contigo empieza este reino completo de la fe pura, en el cual la Iglesia, sin oír al Hombre-Dios decir nuevamente a San Pedro: *Apacienta mis ovejas*, se inclina ante la divina autoridad del hombre debidamente designado como representante del Esposo. Haz que las sombras de este mundo no nos hagan nunca vacilar en nuestra obediencia; otórganos que en el día de la eternidad merezcamos contemplar contigo en la claridad a nuestro Jefe divino.

EL MISMO DIA

CONMEMORACION DE SANTA TECLA, VIRGEN Y MARTIR

Roma asocia a los honores del primer sucesor de Pedro la memoria de Santa Tecla, la protomártir. Juntémonos con ella en este día al concierto unánime de *los Padres de Occidente y de Oriente*[1]. Al fin del siglo III de nuestra era, el Pontífice Mártir Metodio, al dar a la Iglesia su *Banquete de las vírgenes,* colocaba en la frente de la virgen de Iconio la corona más bella de las que se repartieron entre los convidados del Esposo.

"Terminando ya el festín, la vírgenes se ponen en pie y dan gracias al Señor, y la que pre-

---

1 La devoción a la "Protomártir e igual a los Apóstoles", es una de las más antiguas y más extendidas, de modo que desde el siglo segundo ha dado materia a la leyenda. Una novela titulada "Hechos de Paula y de Tecla" contribuyó a hacerla más célebre aún, pero Tertuliano nos dice que su autor, un sacerdote, fué degradado por haberla escrito, y San Jerónimo pone entre los apócrifos todo lo que se ha escrito sobre los viajes de San Pablo con Tecla. El punto céntrico del culto de Santa Tecla estaba en Meriamlik, cerca de Seleucia, donde su sepulcro era muy frecuentado por los peregrinos. En Betfagé la fué dedicada una iglesia. En Roma, cerca de San Pablo en la vía ostiense, se construyó una iglesia sobre la tumba de una mártir del mismo nombre y a ella iban los peregrinos a ofrecer sus oraciones a la virgen de Iconium. Andando el tiempo, ha decrecido la devoción del pueblo cristiano a Santa Tecla, pero se la nombra siempre en las oraciones de los moribundos, como una de las protectoras de la buena muerte.

side el coro es ella, y ella también la que canta así:

"Para ti, Esposo, me conservo pura; me llego a ti con mi lámpara encendida.

"Me he alejado de las delicias de la vida, que son la amarga felicidad de los humanos; aspiro a contemplar continuamente tu belleza. — Para ti, Esposo, me conservo pura; me llego a ti con mi lámpara encendida.

"Desprecié la unión de un mortal, dejé la casa llena de oro; recíbeme en el feliz secreto de tu amor. — Para ti, Esposo, me conservo pura, me llego a ti con mi lámpara encendida.

"He desbaratado los ardides del dragón, he desafiado la llama del fuego, he sufrido los asaltos de los animales feroces; de los cielos te espero. — Para ti, Esposo, me conservo pura; me llego a ti, con mi lámpara encendida.

"Oh Verbo, enamorada de ti, olvidé la tierra de mi nacimiento, olvidé los juegos de las compañeras de mi edad, y a mi madre y mis ilustres antepasados; por que tú, oh Cristo, eres todo para mí. — Para ti, Esposo, me conservo pura; me llego a ti, con mi lámpara encendida" [1].

ORACIÓN. — "Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, los que celebramos el natalicio de tu santa virgen y mártir Tecla, nos alegre-

---

1 L. XI, c. II.

mos con su anual solemnidad y adelantemos con el ejemplo de tan gran fe. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

24 DE SEPTIEMBRE

NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED

FORTALEZA Y SUAVIDAD. — Se termina septiembre con la lectura del libro de Judit y el de Ester en el Oficio del Tiempo. Dos libertadoras gloriosas, que fueron figura de María; el nacimiento de María ilumina este mes con un resplandor tan claro, que, sin esperar más, el mundo siente ya su ayuda.

Adonai, Señor, tú eres grande; te admiramos, oh Dios, a ti, que pones la salvación en manos de la mujer[1]; de este modo abre la Iglesia la historia de la heroína que salvó a Betulia con la espada, mientras la sobrina de Mardoqueo tan sólo empleó, para librar de la muerte a su pueblo, halagos y peticiones. Dulzura en una, valentía en otra, y en las dos belleza; pero la Reina que se escogió el Rey de reyes, lo eclipsa todo con su perfección sin igual; ahora bien, la presente fiesta es un monumento del poder que despliega para poner también ella en libertad a los suyos.

1 Antífona del Magnificat de las primeras Vísperas del 4.º Domingo de septiembre.

La esclavitud. — La Media Luna no se extendía ya más. Rechazada en España, contenida en Oriente por el reino latino de Jerusalén, se la vió a lo largo del siglo xii hacer más que nunca esclavos entre los piratas, ya que no podía tenerlos conquistando nuevas regiones. Menos molestada por los cruzados de entonces, el Africa sarracena cruzó el mar para sostener el mercado musulmán. Se estremece el alma al pensar en tantísimos desgraciados de toda clase, sexo y edad, arrebatados de las costas de los países cristianos o apresados mar adentro y rápidamente repartidos entre el harén y la mazmorra. Con todo, hubo allí, en el secreto espantoso de prisiones sin historia, admirables heroísmos con que se honró tanto a Dios como en las luchas de los mártires antiguos que con razón llenan el mundo con su fama; después de doce siglos, bajo de la mirada de los Angeles, allí encontró María ocasión de abrir horizontes, en los dominios de la caridad, a aquellos cristianos libres que, dedicándose a salvar a sus hermanos, quisiesen dar ellos también pruebas de un heroísmo desconocido hasta entonces. ¿Y no está aquí harto bien justificada, la razón que permite el mal pasajero en este mundo? El cielo que tiene que ser eterno, sin el mal no sería tan bello.

Cuando en 1696, Inocencio XII extendió la fiesta de hoy a la Iglesia universal, no hizo más que ofrecer al mundo agradecido el medio de

hacer una declaración tan universal como lo era el beneficio.

LAS ORDENES REDENTORAS. — En su origen, la Orden de la Merced, fundada, si así se puede decir, en pleno campo de batalla contra los Moros, contó más caballeros que clérigos; cosa que no ocurría en la Orden de la Santísima Trinidad, que la precedió veinte años. Se la llamó la Orden real, militar y religiosa de Nuestra Señora de la Merced para la redención de cautivos. Sus clérigos se dedicaban de modo más especial al cumplimiento del Oficio del coro en las encomiendas; los caballeros vigilaban las costas y desempeñaban la comisión peligrosa de rescatar a los prisioneros cristianos. San Pedro Nolasco fué el primer Comendador o gran Maestre de la Orden; al hallarse sus preciosos restos, se encontró al santo todavía armado de la coraza y de la espada.

Leamos las líneas siguientes, en las que la Iglesia nos da hoy su pensamiento, recordando hechos ya conocidos [1].

Cuando el yugo sarraceno pesaba con todo su peso sobre la mayor parte de España y la más rica, y eran innumerables los desgraciados creyentes que en una espantosa esclavitud estaban expuestos al peligro inminente de renegar de la fe y de olvidar su salvación eterna, la bienaventurada Reina de los cielos, acu-

1 Fiestas de S. Pedro Nolasco y S. Raimundo de Peñafort, 28 y 23 de enero.

diendo con bondad a tantos males, demostró su gran caridad para rescatar a los suyos. Se apareció a San Pedro Nolasco, cuya piedad corría parejas con su fortuna, el cual, meditando en la presencia de Dios, pensaba sin cesar en el medio de socorrer a tantos desgraciados cristianos prisioneros de los moros; dulce y propicia, la bienaventurada Virgen se dignó decir que para Ella y para su único Hijo sería muy agradable, el que se fundase en su honor una Orden religiosa a la que incumbiese la tarea de libertar a los cautivos de la tiranía de los Turcos. Animado con esta visión del cielo, es imposible expresar en qué ardor de caridad se abrasaba el varón de Dios; no tuvo más que un pensamiento en su corazón: entregarse él, y la Orden que debía fundar, a la práctica de esta altísima caridad que consiste en entregar su vida por sus amigos y por su prójimo.

Pues bien, la misma noche, la Santísima Virgen se aparecía al bienaventurado Raimundo de Peñafort y al rey Jaime I de Aragón, haciéndoles saber igualmente su deseo respecto a los dichos religiosos y rogándolos se ocupasen en una obra de tal importancia. Pedro, pues, acudió rápidamente y se puso a los pies de Raimundo, que era su confesor, para referirle todo; se encontró con que estaba instruído de lo alto, y se sometió humildemente a su dirección. El rey Jaime llegó entonces, favorecido también de las revelaciones de la bienaventurada Virgen y resuelto a llevarlas adelante. Por lo cual, después de tratarlo entre ellos, de común acuerdo tomaron a su cuenta el instituir en honor de la Virgen Madre la Orden que se llamaría de Santa María de la Merced para la Redención de cautivos.

El diez de agosto, pues, del año del Señor 1218, el rey Jaime llevó al cabo el proyecto anteriormente madurado por estos santos personajes; los nuevos religiosos se obligaban, por un cuarto voto, a quedar en rehenes bajo del poder de los paganos, si era ello

necesario para la liberación de los cristianos. El rey les concedió llevar en el pecho sus propias armas; tuvo empeño en conseguir de Gregorio IX la confirmación de un instituto religioso que practicaba una caridad tan eminente con el prójimo. Pero el mismo Dios, por medio de la Virgen Madre, dió también tales acrecentamientos a la obra que fué pronto felizmente conocida en todo el mundo; contó multitud de sujetos notables en santidad, piedad, caridad, recogiendo las limosnas de los fieles de Jesucristo y empleándolas en el rescate del prójimo, entregándose más de una vez a sí mismos para la liberación de muchísimos. Convenía que por tal institución y por tantos beneficios se diesen a Dios dignas acciones de gracias y también a la Virgen Madre; y por eso, la Sede Apostólica, después de otros mil privilegios con que había colmado a esta Orden, dispuso la celebración de esta fiesta particular y de su Oficio.

NUESTRA SEÑORA LIBERTADORA. — ¡Sé, bendita, oh tú, gloria de tu pueblo y alegría nuestra [1]! El día de tu Asunción gloriosa subiste por nosotros a tomar posesión de tu título de Reina [2]; los anales del linaje humano están llenos de tus intervenciones misericordiosas. Por millones se cuentan los que dejaron caer sus grillos gracias a tu protección, y los cautivos que sacaste del infierno sarraceno, vestíbulo del de Satanás. Ha bastado siempre tu sonrisa para disipar las nubes, para secar las lágrimas de este mundo, que saltaba de gozo al recordar hace poco tu nacimiento. ¡Cuántos dolores hay todavía hoy en

1 *Judit*, XV, 10.
2 *Ester*, IV, 14.

el mundo! ¡Tú misma quisiste saborearlos durante tu vida mortal en el cáliz del sufrimiento! Para algunos, dolores fecundos, dolores santificadores; pero ¡qué lástima!, dolores estériles y perniciosos también en los desgraciados amargados por la injusticia social, para quienes la esclavitud de la fábrica, las mil formas de explotación del débil por el fuerte, pronto se echa de ver que son peor que la esclavitud de Argel o de Túnez.

Tú sola, oh María, puedes desenredar esas cadenas tan enmarañadas con que el príncipe del mundo irónicamente tiene apresada a una sociedad que él extravió en nombre de las grandes palabras de igualdad y de libertad. Dígnate intervenir y prueba que eres Reina. El mundo entero, todo el género humano te dice como Mardoqueo a la que había criado: *Habla al Rey por nosotros y líbranos de la muerte* [1].

26 DE SEPTIEMBRE

SAN CIPRIANO, MARTIR Y SANTA JUSTINA, VIRGEN Y MARTIR

LAS "ACTAS" DE SAN CIPRIANO. — Las *Actas* de San Cipriano nos cuentan que era mago. Entró en relación con el diablo y le pidió que sedujese

[1] *Ester*, XV, 1-3.

a una joven, por nombre Justina, para que aceptase el casarse con uno de sus clientes. El diablo no consiguió nada y, al pedirle una explicación, confesó que la joven le había hecho escapar con la señal de la cruz. Cipriano se convirtió con esta revelación, y en su *Confesión* tuvo empeño en probar que el demonio, que tan temible parece, de hecho vale muy poco contra un alma que pone su confianza en la cruz del Salvador.

Si los historiadores no admiten las *Actas* ni la *Confesión* de Cipriano, podemos al menos retener la lección que nos dan estos dos documentos en lo que al diablo se refiere. Y tal vez esta lección es hoy más oportuna que nunca, ya que parece que muchos hacen esfuerzos para echar al diablo al olvido, al mismo tiempo que se recrudece la brujería, la magia y el satanismo, y niegan algunos la existencia del infierno, como contrario a la bondad infinita de Dios.

SATANÁS. — No se puede negar que el diablo existe puesto que las Sagradas Escrituras demuestran su existencia y su acción por todas partes. Pero es necesario conocerle para combatirle bien, desenmascararle y vencerle: esto es victoria de Dios, a la vez que nuestra...

SU POTENCIA Y SU DEBILIDAD. — "En la Escritura se nos representa al diablo, fuerte, poderoso y temible por naturaleza, al que siempre

le vence el hombre frágil y desarmado, si pone en Dios su confianza. Y hasta se echa de ver claramente que Dios, para humillarle más, se complace en abatir su soberbia con los instrumentos más flacos. Dios quiere esta lucha: a El le toca recoger esta gloria, que tiene un sabor especial para El...

"Despreciando y todo a ese monstruo, el Espíritu Santo nos da a conocer su naturaleza temible, pudiendo asegurar que no hay poder en el mundo que se le pueda comparar... Pero este poder tiene su límite; nuestra alma es un santuario que guarda la voluntad y nadie por la violencia puede penetrar en él. El padre de la mentira no puede obrar directamente en la parte superior de nuestra alma; la acción sobre ella tiene sólo lugar por vía de resonancia. Las tentaciones que puede crear, afectan tan sólo a la parte sensible de nuestro ser, parte de que se sirve indignamente para su provecho y para turbar así por su medio la inteligencia y la voluntad.

NUESTRAS ARMAS. — "Es, pues, de mucha importancia que la división entre nosotros y el diablo sea perfecta y que el alma se convierta en su antagonista decidido. Por esa parte no hay arreglo posible; hay que vencer o ser víctima de este enemigo, a quien Nuestro Señor llamaba homicida.

"La vigilancia y la oración son las dos armas preventivas que no dejan entrar ni a la tentación siquiera; porque si ésta se cuela al amparo de nuestra indolencia, cuando queramos ya darnos cuenta, es casi dueña del campo. La vigilancia es para nuestra alma un centinela que la advierte del peligro, mientras que la oración nos sitúa cerca de Dios, que es nuestro verdadero muro de defensa inexpugnable... Es una verdad cierta y muy consoladora que no hay cosa en el mundo que pueda robarnos a Dios. Nunca se repetirá lo bastante: toda la fuerza del enemigo consiste en nuestra connivencia con él. Si somos fieles para cubrirnos con el escudo de la fe, en todas las circunstancias nos haremos invulnerables" [1].

Vida. — El haber mezclado San Gregorio Nacianceno y, más tarde, Prudencio, lo que sabemos de San Cipriano de Antioquía con otros hechos de su homónimo de Cartago, y el que los griegos nunca celebrasen más que un santo de este nombre, además de la falta de indicaciones satisfactorias sobre el lugar a donde fueron trasladadas las reliquias del mártir de Antioquía, han inducido a pensar si no hubo aquí una transformación de San Cipriano, retórico pagano antes de su conversión, en un Cipriano dedicado a la magia; desdoblamiento más tarde en dos personajes distintos y, por fin, atribución de uno de ellos a Antioquía. Las listas episcopales de esta ciudad no traen ni su nombre ni el de los otros obispos nombrados

---

1 Mme. Cécile Bruyère: *"La Vie spirituelle et l'Oraison"*, c. XIII.

en las *Actas*. Los Bolandistas (*An. Bol.*, XXXIX, 314-332) opinan que son un solo personaje.

De Santa Justina nada sabemos. El culto en honor de los Santos Cipriano y Justina entró en Roma en la Edad Media, al pretender que se habían encontrado sus reliquias junto a Letrán. Entonces se introdujo su fiesta en el Breviario romano.

ORACIÓN.—"Apóyenos, Señor, la continua protección de tus santos mártires Cipriano y Justina: porque no dejas de mirar propicio a los que concedes ser ayudados por tales auxilios. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

27 DE SEPTIEMBRE

LOS SANTOS COSME Y DAMIAN, MARTIRES

¡HONOR A LOS MÉDICOS! —"Honra al médico, pues tienes de él necesidad. A él también le ha creado el Altísimo. El Altísimo ha criado los medicamentos; no es de prudentes rechazarlos.

"¿No endulzó Dios el agua amarga con un leño? El dió a los hombres la ciencia de los remedios. Con ellos el médico aplaca el dolor y el boticario hace las mezclas para que la criatura de Dios no perezca. Hijo, si estás enfermo, no te impacientes. Ruega al Señor y él te curará. Huye del pecado y purifica tu corazón de toda culpa. Ofrece el incienso y la oblación de flor de harina y haz los mejores sacrificios que puedas.

Y llama al médico y no le alejes de ti, pues también él te es necesario.

"Hay un tiempo en que el suceso feliz está en sus manos, porque también él rogará al Señor para que le conceda procurar alivio y la salud a fin de prolongar la vida del enfermo"[1].

Palabras de la Sabiduría que convenía citar en esta fiesta. Fiel al precepto divino antes que nadie, la Iglesia honra hoy en Cosme y Damián a esta carrera de la medicina en la que tantos otros lograron la santidad[2].

Jesucristo y el sufrimiento. — Sería un error grande pensar que la Iglesia, inquieta de la salvación de las almas y convencida de que el sufrimiento es para las mismas una fuente de inmensos méritos, se desinteresa del cuerpo de los fieles y de las miserias que los punzan.

¿No fué Nuestro Señor Jesucristo el primero que se manifestó en el Evangelio como médico de las almas y de los cuerpos? La mayor parte de sus milagros tuvieron por objeto la curación de enfermedades y dolencias y hasta la resurrección de los muertos. Si la piedad de su corazón llegaba hasta el alma de aquellos desventurados que estaban ante El, y allí llevaba el remedio dando la gracia de la contrición y el perdón de los pecados, no olvidaba la enferme-

---

1 *Ecl.*, XXXVIII, 1-15.
2 Dom A.-M. Fournier, *Notices sur les saints médecins.*

dad física, sino que la curaba también con el mismo poder y con la misma bondad.

La Iglesia y el sufrimiento. — Depositarios del poder de los milagros, los Apóstoles continuaron la misión de su Maestro y el libro de los Hechos nos dice que el primer milagro de San Pedro fué curar a un pobre hombre, cojo de nacimiento.

Desde que la Iglesia tuvo libertad, fundó no sólo escuelas para la instrucción y educación de la juventud, sino también hospitales para los ancianos y enfermos. Por su doctrina, toda caridad y mansedumbre, por su ejemplo de abnegación y de sacrificio, infundió en muchos de sus hijos el pensamiento y el deseo de entregarse al servicio de los atribulados.

En el correr de los tiempos se han fundado numerosas Congregaciones para cuidar de los enfermos: Hermanos de San Juan de Dios, Hermanas de San Vicente de Paúl, etc., y se cuentan por millares en nuestras comarcas y en los países de Misiones los hospitales, los dispensarios donde religiosos y religiosas curan, con una abnegación indiscutible y que provoca la admiración general, todas las miserias del pobre género humano.

Jesucristo en sus hermanos dolientes. — Cierto que esta actividad generosa se ejerce por un amor desinteresado hacia los pobres pacien-

tes; pero también es cierto que el motivo principal es el amor a Cristo, el cual continúa sufriendo en sus miembros desdichados. Al curar al enfermo, el enfermero y la enfermera miran más lejos: miran al Señor que sufre: por su amor desprecian la repugnancia natural, no hacen caso de la fatiga que los cuidados y las vigilias les ocasionan, pasan por alto todas las dificultades que encuentran en el enfermo o en lo que le rodea; y no piden ni remuneración ni recompensa.

Mas la recompensa la tienen segura: muchas veces la de los hombres, pero principalmente y de modo infalible, la de Dios. El contacto con Dios es saludable, santificante. El prójimo hace las veces de Dios. Y por eso se sirve en el prójimo a El, y hasta El sube el cariño que se prodiga al prójimo. Un vaso de agua que se ofrezca en su nombre, no quedará sin recompensa: ya desde ahora llueven sus gracias en abundancia en aquellos que así le sirven y, en el día del juicio, oirán con gozo que el Juez Supremo les dice: "*Estuve enfermo y me visitasteis*" [1].

Los Santos médicos.—De modo que no es mucho de admirar el que se haya santificado gran multitud de almas en el ejercicio constante de caridad fraterna. Las Letanías de los Santos médicos enumeran 57 nombres y quedan muy in-

---

[1] *S. Mateo,* XXV, 36.

completas aún, porque habría que añadir los nombres de los Santos y Santas que, sin haber conseguido el diploma o el título de doctor en medicina, con todo consagraron su vida al cuidado de los enfermos. Se tendrían que poner también los nombres de los misioneros martirizados que con su fe llevaron a regiones lejanas su decisión de consagrarse a aliviar todos los padecimientos físicos. Los ángeles llevan al día la lista de este Libro de Oro, donde leeremos en la eternidad las maravillas que la caridad obró en las almas generosas y las que ella llevó al cabo, que son mayores aún.

VIDA. — Sería más fácil hacer la historia del culto de los Santos Cosme y Damián, que dar pormenores de su vida y su muerte. La tradición nos dice que fueron hermanos, médicos, árabes, y, en fin, que dieron su vida por Jesucristo. Comenzó su culto en Ciro, ciudad de la Siria septentrional; en el siglo V tuvieron allí una basílica y, en 530, el peregrino Teodosio advierte que en esa ciudad fueron también martirizados. Su fama se propagó rápidamente y se encuentran huellas de su culto en Cilicia, en Edesa, en Egipto. El Papa Símaco (498-514) les dedicó un oratorio en Roma y Fulgencia un monasterio en Cerdeña, en 520. En el siglo VIII, Gregorio II instituía una Misa estacional para el jueves de la tercera semana de Cuaresma, y la fijaba en la iglesia dedicada a estos Santos, los cuales, en nuestros días, han sido declarados Patronos de una asociación de médicos católicos y también de las facultades de medicina.

ORACIÓN A SAN COSME Y SAN DAMIÁN. — Extractamos del misal mozárabe una magnífica

oración para implorar la protección de San Cosme y San Damián:

"Oh Dios, médico eterno que nos curas, que hiciste a Cosme y a Damián inquebrantables en la fe, en la valentía invencibles, para que por medio de sus heridas tuviesen remedio las heridas humanas. Antes de su pasión, con la terapéutica de este mundo consiguieron la salud para los pueblos; nómbralos, te lo rogamos, custodios y médicos de nuestras enfermedades. Ellos curan todas nuestras dolencias. Gracias a ellos la curación no tenga recaída; por ellos encuentren el remedio los cuerpos y las almas. Pongan fin a las enfermedades secretas del alma; otorguen rápida curación a las enfermedades sensibles. Con su intercesión limpien el pus de las heridas. Con los dedos de su oración purifiquen las interioridades de los heridos. Vayan por delante de las miserias humanas para remediarlas. Apresúrense a aliviar caritativamente las cargas que los hombres se echan encima. Y, asimismo, nos conserven totalmente indemnes de la enfermedad del pecado y nos guien a la patria celestial para ser coronados en ella. Amén."

PLEGARIA A TODOS LOS SANTOS MÉDICOS. — Terminamos con una oración a todos los Santos médicos para encomendarnos a su benévola solicitud:

"¡Oh vosotros todos, Santos y Santas de Dios ilustres en la profesión médica y en la caridad con que cuidasteis a los enfermos indigentes, a vosotros os honra y venera la Iglesia católica! Y, en primer lugar, tú, santísimo Lucas, Evangelista de Nuestro Señor Jesucristo, príncipe y patrono de los médicos cristianos; vosotros, médicos insignes, Cosme, Damián, Pantaleón, Ursino, Ciro de Alejandría, César de Bizancio, Codrato de Corinto, Eusebio el griego, Antíoco de Sebaste, Zenobio de Egea; y vosotras también, Santas y dulcísimas consoladoras de los enfermos, curadoras de sus males, expertas en el arte de la medicina: Teodosia la mártir ilustre, madre de San Procopio, mártir también, Nicerata de Constantinopla, Hildegardis, virgen de Maguncia, Francisca Romana, a quienes han hecho tan gloriosamente célebres vuestra caridad con los enfermos pobres y vuestros milagros: interceded por nosotros junto a Aquel por quien vivisteis en la fe y la caridad, y por cuyo amor ejercisteis la medicina, para que nosotros, de aquí en adelante imitadores vuestros en la santidad cristiana y en la caridad con que cuidasteis a los pobres enfermos, pasemos nuestra vida en la piedad y en la paciencia y considerando los magníficos y gloriosos honorarios de la eterna bienaventuranza que recibiremos por fin de nuestro generosísimo Jesucristo, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén."

28 DE SEPTIEMBRE

SAN WENCESLAO, DUQUE Y MARTIR

PRÍNCIPE CRISTIANO. — San Wenceslao es una de las figuras más brillantes del siglo X, siglo que se ha llamado de hierro.

Nieto de una santa, pero hijo de una madre pagana fanática, fué expresión pura de la majestad real y cristiana que iba a tener en San Luis, tres siglos después, un dechado perfecto. La naturaleza paternal de la autoridad le daba ocasión para hacer a los vasallos toda suerte de favores y moderar así los excesos del mando; como Príncipe, era lugarteniente de Jesucristo y su auténtico representante y, por tanto, tenía un carácter sobrenatural y sagrado el oficio que desempeñaba.

Cabeza de la gran familia nacional, el rey era el padre de su pueblo, y del mayor al más pequeño, todos tenían derecho de llamarse sus hijos y de apelar a su justicia. Señor indiscutible pero de poder moderado naturalmente por la identidad de intereses de la Corona y del pueblo, era el árbitro de las decisiones prudentes, porque ninguna ambición personal, ningún interés de partido podían influir en un hombre que había recibido todo de Dios, y a El solo tenía que rendirle cuentas.

Por el hecho mismo de que era el juez supremo, el rey era el pacificador, el apaciguador decía San Luis, ocupado siempre en resolver las querellas de sus hijos para unirlos puesta la mira en el bien común: la tranquilidad del reino, preludio de la paz de Dios.

A este programa del príncipe cristiano, que Wenceslao realizó en los pocos años de su reinado, Dios puso el sello del martirio dando de este modo a la obra ejecutada en el tiempo un valor de eternidad.

VIDA. — Wenceslao nació hacia el año 907. Muerto su padre en el curso de una expedición contra los húngaros, hacia 920, tuvo que tomar su madre la regencia del reino de Bohemia durante su minoría. El joven príncipe fué educado por su abuela Ludmila. Al morir ésta, se aisló al príncipe de toda influencia religiosa. Wenceslao no por eso permaneció menos fiel a su Dios. Tomó el poder en 925 y gobernó como rey cristianísimo. Llevaba vida austera, su piedad le hacía pasar las noches en oración; procuraba mantener la paz entre sus súbditos y también con el Imperio. Su política fué muy discutida por su hermano Boleslao; éste le llevó a Boleslava y a continuación de un banquete le hizo vilmente asesinar el 28 de septiembre de 929, en la iglesia de San Cosme y San Damián.

Sus milagros hicieron pública su santidad. La Iglesia reconocióla oficialmente antes de terminar el siglo x. Wenceslao es el héroe y el patrón nacional de Bohemia.

PATRÓN DE BOHEMIA. — La iglesia en que fuiste coronado, oh mártir, era la de los santos Cosme y Damián, cuya fiesta te llevó al lugar de

tu triunfo. Como los honraste tú a ellos, así ahora te honramos a ti nosotros. Y como tú, saludamos la llegada de la solemnidad que en el festín fratricida pronosticaban tus últimas palabras: "En honor del Santo Arcángel Miguel bebamos esta copa y roguémosle que se digne introducir nuestras almas en la paz de la alegría eterna." Sublime brindis, cuando ya tenías entre manos el cáliz de la sangre. Oh Wenceslao, métenos bien adentro esa intrepidez, de la que no se separa jamás la suavidad humilde, simple como Dios, hacia el cual tiende, tranquila como los Angeles, a quienes se confía. Ayuda a la Iglesia en estos nuestros calamitosos tiempos: toda ella te glorifica y toda ella tiene derecho a contar contigo. Pero especialmente protege al pueblo cuya gloria tú mismo eres; fiel como es a tu memoria santa, y reclamando como suya tu corona en todas sus luchas de la tierra, sus extravíos no pueden ser mortales. Vamos a repetir con él las palabras del viejo canto checo del siglo XIII:

"San Wenceslao, duque de la tierra checa, nuestro príncipe, ruega por nosotros a Dios, al Espíritu Santo. Kyrie eleison. Tú, el heredero de la tierra de Bohemia, acuérdate de tu raza, no permitas que perezcamos ni nosotros ni nuestros hijos. San Wenceslao, Kyrie eleison. Imploramos tu ayuda, ten misericordia de nosotros, consuela a los que están tristes, aleja todo mal, oh San Wenceslao, Kyrie eleison. La corte ce-

lestial es un palacio hermoso. Dichoso el que puede entrar en la vida eterna, luz brillante del Espíritu Santo, Kyrie eleison.

29 DE SEPTIEMBRE

DEDICACION DE SAN MIGUEL, ARCANGEL

OBJETO DE LA FIESTA. — La dedicación de San Miguel, aunque es la más solemne de las fiestas que la Iglesia celebra cada año en honor del Arcángel, le es menos personal, porque en ella se celebra a la vez a todos los coros de la jerarquía angélica. En efecto, la Iglesia, por boca de Rabano Mauro, abad de Fulda, propone a nuestra meditación el objeto de la fiesta de este día en el himno de las primeras Vísperas:

En nuestras alabanzas celebramos
A todos los guerreros del cielo;
Pero ante todo al jefe supremo
De la milicia celestial:
A Miguel que, lleno de valentía,
Derribó al demonio [1].

ORÍGENES DE LA FIESTA. — La fiesta del 8 de mayo nos trae a la memoria la aparición en el monte Gargano. En la Edad Media, sólo la celebraba la Italia meridional. La fiesta del 29 de

[1] Traducimos el texto primitivo conservado en el Breviario monástico, y no el reformado por Urbano VIII para el Breviario romano.

septiembre es propia de Roma, pues recuerda el aniversario de la Dedicación de una basílica hoy desaparecida, situada en la *Vía Salaria,* al Noreste de la Ciudad.

La dedicación de esta iglesia nos da la razón del título que hasta hoy conserva el Misal Romano para la fiesta de San Miguel: *Dedicatio sancti Michaelis.* El carácter primitivamente local de este título se fué atenuando poco a poco en los libros litúrgicos de las Iglesias de Francia o de Alemania, que en la Edad Media seguían la Liturgia romana: la fiesta llevaba entonces el título *In Natale* o *In Veneratione sancti michaelis* y, del título antiguo no quedaba ya más que el nombre del Arcángel.

El oficio de San Miguel. — El oficio tampoco podía conservar recuerdo de la dedicación: los oficios antiguos de las dedicaciones celebraban, en efecto, al santo en cuyo honor se consagraba una iglesia y no el edificio material en que era honrado. No tenían, pues, nada de impersonal, sino que, al contrario, revestían un carácter muy especificado.

El oficio de San Miguel puede contarse entre las más bellas composiciones de nuestra Liturgia. Nos hace contemplar unas veces al príncipe de la milicia celestial y jefe de todos los ángeles buenos, otras al ministro de Dios que asiste al juicio particular de cada alma finada,

y otras al intermediario que lleva al altar de la liturgia celeste las oraciones del pueblo fiel.

El ángel turiferario. — Las primeras Vísperas empiezan con la antífona *Stetit Angelus,* cuyo texto se repite en el Ofertorio de la Misa del día: "El ángel se puso de pie junto al ara del templo, teniendo en su mano un incensario de oro, y le dieron muchos perfumes: y subió el humo de los perfumes a la presencia de Dios." La Oración de la bendición del incienso en la Misa solemne nos da el nombre de este ángel turiferario: es "el bienaventurado Arcángel Miguel". El libro del Apocalipsis, de donde están tomados estos textos litúrgicos, nos enseña que los perfumes que suben a la presencia de Dios, son la oración de los justos: "el humo de los perfumes encendidos de las oraciones de los santos subió de mano del ángel a la presencia de Dios" [1].

El Mediador de la Oración Eucarística. — Es también San Miguel quien presenta al Padre la oblación del Justo por excelencia, pues a Miguel se nombra en la misteriosa oración del Canon de la Misa, en la que la santa Iglesia pide a Dios que lleve la oblación sagrada, por manos del Angel santo, al altar sublime, a la presencia de la divina Majestad. Y, en efecto, llama poderosamente la atención el poderlo

[1] *Apoc.,* VIII, 4.

comprobar en los antiguos textos litúrgicos romanos: A San Miguel se le llama con frecuencia el "Santo Angel": el Angel por excelencia.

Ahora bien, es muy probable que la revisión del texto del Canon, en el que el singular *Angeli tui* reemplazó al plural *Angelorum tuorum*, se terminase siendo pontífice el Papa Gelasio. Y, precisamente por el mismo tiempo, a fines del siglo v, fué cuando "el Angel" se apareció al Obispo de Siponto junto al monte Gargano.

VOCACIÓN CONTEMPLATIVA DE LOS ANGELES. — De manera que la Iglesia considera a San Miguel como el mediador de su oración litúrgica: está entre Dios y los hombres. Dios, que distribuyó con un orden admirable las jerarquías invisibles [1], emplea por opulencia en la alabanza de su gloria el ministerio de estos espíritus celestes, que están mirando continuamente la cara adorable del Padre [2] y que saben, mejor que los hombres, adorar y contemplar la belleza de sus perfecciones infinitas. Mi-Ka-El: "*¿Quién como Dios?*" Expresa este nombre por sí solo, en su brevedad, la más completa alabanza, la adoración más perfecta, el agradecimiento más acabado de la superioridad divina, y la confesión más humilde de la nada de la criatura.

La Iglesia de la tierra invita también a los espíritus celestiales a bendecir al Señor, a can-

1 Colecta de la Misa.
2 Final del Evangelio de la Misa.

tarle, a alabarle, y a ensalzarle sin cesar [1]. Esta vocación contemplativa de los ángeles es el modelo de la nuestra, como nos lo recuerda un bellísimo prefacio del sacramentario de San León: "Es verdaderamente digno... darte gracias, a ti, que nos enseñas por tu Apóstol que nuestra vida es trasladada al cielo; que con amor nos ordenas transportarnos en espíritu allá donde sirven los que nosotros veneramos, y dirigirnos a las cumbres que en la fiesta del bienaventurado Arcángel Miguel contemplamos con amor, por Jesucristo Nuestro Señor."

AUXILIAR DEL GÉNERO HUMANO. — Pero la Iglesia sabe también que a estos divinos espíritus, entregados al servicio de Dios, les ha sido a la vez confiado un ministerio cerca de aquellos que tienen que recoger la herencia de la salvación [2], y así, sin esperar a la fiesta del 2 de octubre, consagrada de modo más especial a los Angeles custodios, desde hoy pide ya a San Miguel y a sus ángeles que nos defiendan en el combate [3]. Y pide, finalmente, a San Miguel que se acuerde de nosotros y ruegue al Hijo de Dios para que no perezcamos en el día terrible del juicio. El día temible del juicio, el gran Arcángel, abanderado de la milicia celestial, introducirá nues-

---

1 Introito, Gradual, Comunión de la Misa; Antífonas de Vísperas.

2 *Hebr.*, I, 14.

3 Aleluya de la Misa: Oración al pie del altar después del último Evangelio.

tra causa ante el Altísimo [1] y nos hará entrar en la luz santa [2].

PLEGARIA. — En la lucha contra los poderes del mal, podemos dirigir ya desde ahora al Arcángel, la oración de exorcismo que León XIII insertó en el Ritual de la Iglesia Romana:

"Gloriosísimo príncipe de la milicia celestial, San Miguel Arcángel, defiéndenos en la lucha contra los principados, potestades, jefes de este mundo de tinieblas, y contra los espíritus malignos. Ven en auxilio de los hombres, que Dios hizo a imagen y semejanza suya y rescató a alto precio de la tiranía del demonio.

"La Santa Iglesia te venera como custodio y patrón; Dios te confió las almas de los rescatados para colocarlas en la felicidad del cielo. Pide al Dios de la paz que aplaste al diablo debajo de nuestros pies para quitarle el poder de retener a los hombres cautivos y hacer daño a la Iglesia. Ofrece nuestras oraciones en la presencia del Altísimo para que lleguen cuanto antes las misericordias del Señor y para que el dragón, la antigua serpiente que se llama Diablo y Satanás, sea precipitado y encadenado en el infierno, y no seduzca ya jamás a las naciones. Amén."

---

1 Antífona del Magnificat en las II Vísperas.
2 Ofertorio de la Misa de Difuntos.

30 DE SEPTIEMBRE

SAN JERONIMO, SACERDOTE, CONFESOR Y DOCTOR DE LA IGLESIA

EL ERMITAÑO. — "Vidal me es desconocido, no quiero nada con Melecio y no sé quién es Paulino [1]; quién está con la cátedra de Pedro [2] ese es mío." De ese modo se dirigía al pontífice Dámaso hacia el año 376, desde las soledades de Siria, agitadas por las competencias episcopales que desde Antioquía traían inquieto a todo el Oriente, un monje desconocido que imploraba luz para su alma rescatada con la sangre del Señor [3]. Este era Jerónimo, oriundo de Dalmacia.

Lejos de Stridón, tierra semibárbara de su nacimiento, de la que conservaba la aspereza y la savia vigorosa; lejos de Roma, donde el estudio de las bellas letras y de la filosofía no le preservó de las más tristes caídas: el temor de los juicios de Dios le condujo al desierto de Calcis. Y allí, durante cuatro años, bajo de un cielo de fuego iba a macerar su cuerpo con espantosas penitencias; como remedio más eficaz y austeridad meritoria para su alma apasionada de las bellezas clásicas, se propuso sacrificar sus gustos ciceronianos por el estudio de la lengua

1 Carta XV, *al.* LVII.
2 Carta XVI, *al.* LVIII.
3 *Ibíd.*

primitiva de los Sagrados Libros. Trabajo mucho más penoso entonces que hoy, pues los diccionarios, las gramáticas y los estudios de toda clase, han allanado los caminos de la ciencia. ¡Cuántas veces, disgustado, Jerónimo desesperó del éxito! Pero había probado la verdad de esta sentencia, que más tarde formuló: "Ama la ciencia de las Escrituras y no amarás los vicios de la carne" [1]. Y volviendo al alfabeto hebreo, deletreaba sin fin esas letras silbantes y aspirantes [2], cuya heroica conquista le recordaba siempre el trabajo que le habían costado, por la aspereza con que desde entonces, según decía, comenzó a pronunciar el latín [3]. Toda la energía de su naturaleza fogosa se había volcado en esta obra: a ella se dedicó con toda su alma y se encauzó en ella para siempre jamás [4]. Dios agradeció magníficamente la reverencia que así se tributaba a su palabra: del simple saneamiento moral que Jerónimo esperaba, había llegado a la alta santidad que hoy veneramos en él; de las luchas del desierto, al parecer estériles para otros, salía uno de aquellos a quienes se dice: *Tú eres la sal de la tierra, tú eres la*

---

1 Carta CXXV, *al.* IV, a Rústico.
2 *Ibíd.*
3 Carta XXIX, *al.* CXXX, a Marcela.
4 Hebraeam linguam quam ego ab adolescentia multo labore ac sudore ex parte didici, et infatigabili meditatione non desero, ne ipse ab ea deserar. Carta CVIII, *al.* XXVII, a Eustoquio.

luz del mundo [1]. Y esta luz la colocaba Dios a su hora sobre el candelero, *para iluminar a todos los que están en la casa* [2].

El Secretario del Papa. — Roma volvía a ver, pero muy transformado, al estudiante de otros tiempos; por su santidad, ciencia y humildad todos le aclamaban como digno del supremo sacerdocio [3]. Dámaso, doctor virgen de la Iglesia virgen [4], le encargaba de responder en su nombre a las consultas del Oriente y del Occidente [5], y conseguía que comenzase por la revisión del Nuevo Testamento latino, a base del texto original griego, los grandes trabajos escriturarios que inmortalizarían su nombre en el agradecimiento del pueblo cristiano.

El vengador de María. — En el ínterin, la refutación de Helvidio, que osaba poner en duda la perpetua virginidad de la Madre de Dios, mostró en Jerónimo al polemista incomparable, cuya energía iban a probar Joviniano, Vigilancio, Pelagio y algunos más, andando el tiempo. Y como recompensa de su honor vengado, María le llevaba todas las almas nobles; él las guiaba por el camino de las virtudes, que son la gloria de este mundo; con la sal de las Escrituras, las

---

1 *S. Mateo*, V, 13-14.
2 *Ibid.*, 15.
3 Carta XLV, *al.* XCIX, a Asella.
4 Carta XLVIII, *al.* L, a Pammaquio.
5 Carta CXXIII, *al.* XI, a Ageruchia.

preservaba de la corrupción con que agonizaba el imperio.

El director de almas. — Suceso extraño para el historiador sin fe: he aquí que alrededor de este Dálmata, en el momento en que la Roma de los Césares está muriendo, brillan de repente los más bellos nombres de la antigua Roma. Se los creía extinguidos desde que se ensombreció la gloria de la ciudad reina entre las manos de los recién llegados; mas, como por derecho propio de nacimiento, para fundar nuevamente, y esta vez en su verdadera eternidad, la capital que dieron al mundo, vuelven esos nombres a aparecer en la misma sazón en que la ciudad va a reanudar sus destinos, después de haber sido purificada con las llamas que encenderán en ella los bárbaros. La lucha es muy distinta ahora; pero su puesto está al frente del ejército que salvará al mundo. Son raros entre nosotros los sabios, los poderosos, los nobles, decía el Apóstol cuatro siglos antes [1]; en nuestros dias son numerosos, protesta Jerónimo, *numerosos entre los monjes* [2].

En esos días de su origen occidental lo mejor del ejército monástico lo constituye la falange patricia; heredará de ella para siempre su carácter de antigua grandeza; pero en sus filas se ven también, con el mismo derecho que sus pa-

1 *I Cor.*, I, 26.
2 Carta CXXVI, *al.* XXVI, a Pammaquio.

dres y hermanos, a la virgen y a la viuda, y a veces a la esposa junto al esposo. Marcela es la primera que consigue la dirección de Jerónimo y al desaparecer el maestro, Marcela será, no obstante su humildad, el oráculo consultado por todos en las dificultades de las Escrituras [1]. Y como ella, Furia, Fabiola, Paula, que recuerdan a sus antepasados los Camilos, los Fabios, los Escipiones. Ya es demasiado para Satanás, príncipe del mundo [2], que creía para siempre suyas las glorias de la antigua ciudad; las horas del Santo en la Ciudad están contadas.

Eustoquio, hija de Paula, mereció que Jerónimo la dirigiese el sublime manifiesto, aunque lleno de tempestades, en que al santo, al ensalzar la virginidad, no le importa se levante contra él, por su palabra mordaz, la conspiración de los monjes falsos, de las vírgenes locas y de los clérigos indignos [3]. La prudente Marcela inútilmente anuncia la borrasca; Jerónimo la quita de delante y se atreve a decir lo que otros bonitamente se atreven a hacer [4].

No ha tenido cuenta con la muerte de Dámaso, que ocurre en este mismo tiempo.

---

[1] Carta CXXVII, *al.* XVI, a Principia. Et quia valde prudens erat, sic ad interrogata respondebat, ut etiam sua non sua diceret..., ne virili sexui, et interdum sacerdotibus, de obscuris et ambiguis sciscitantibus, facere videretur iniuriam.

[2] *S. Juan,* XIV, 30.

[3] Carta XXII a Eustoquio, sobre la guarda de la virginidad.

[4] Carta XXVII, *al.* CXX, a Marcela.

En Belén. — Arrastrado por el torbellino, el justiciero vuelve al desierto: pero no es al de Calcis, sino a la tranquila Belén, a donde llevaban a este magnánimo los recuerdos de la infancia del Salvador; a donde Paula y su hija van a fijar su residencia para no perder las lecciones que prefieren a todo, para endulzar su amargura y curar las heridas del león cuya potente voz no cesará de tener alerta a los ecos del Occidente. ¡Honor a esos valientes! Su fidelidad, su ambición de saber, sus importunidades piadosas acarrearán al mundo un tesoro inapreciable, la traducción auténtica [1] de los libros sagrados que se precisó hacer por causa de los Judíos que trataban a la Iglesia de falsaria al ver la imperfección de la antigua versión Itálica y sus innumerables variantes.

Ahora bien, cada libro que se traducía, traía una crítica nueva y no siempre rencorosa: restricciones de los cobardes, que se alarmaban por la autoridad tan grande de los Setenta en la Sinagoga y en la Iglesia; astucias interesadas de los poseedores de manuscritos que tenían páginas empurpuradas, unciales espléndidas, letras en plata y oro y que ahora se iban a ver menospreciados. "¡Ah!, conserven ellos su metalurgia y nos dejen a nosotros nuestros pobres cuadernos", exclama Jerónimo irritado. "Y sois vosotras las que me obligáis a aguantar tantas

1 Concilio Tridentino. Sesión IV.

necedades y tantas injurias, dice a las alentadoras de sus trabajos; para cortar por lo sano, lo mejor sería callarme."

No lo comprendían así ni la madre ni la hija; y Jerónimo no resistía [1]. Todas las santas amistades de antaño tenían su parte desde lejos en este comercio estudioso. Jerónimo a nadie negaba el concurso de su ciencia, y con gusto se excusaba de que una mitad del género humano pareciese en eso más privilegiada: "Principia, hija mía en Jesucristo, sé que muchos ven mal que a veces tenga que escribir a las mujeres; pero que me permitan decir a mis detractores: Si me preguntasen los hombres sobre la Escritura, no las tendría que responder a ellas" [2].

Pero he aquí que de repente un mensaje de alegría estremece a los monasterios fundados en Efrata: en Roma ha nacido otra Paula, de un hermano de Eustoquio y de Leta, hija cristiana de Albino, pontífice de los falsos dioses. Consagrada al Esposo antes de nacer, repite, tartamudeando en brazos del sacerdote de Júpiter, el Aleluya de los cristianos; sabe que más allá de los montes y de los mares tiene otra abuela y también una tía consagrada a Dios; quiere marchar: "Envíamela, escribe en su alborozo Jerónimo a la madre; yo seré su maestro y su bienhechor. La llevaré sobre mis viejos hombros; ayudaré a su boca que ya tartamudea a

---

[1] Quia vos cogitis..., cogor..., cogitis... *Passim.*
[2] Carta LXV, *al.* CXL, Principia.

formar sus palabras y de esto me sentiré más orgulloso que Aristóteles, pues él no educaba más que a un rey de Macedonia, y yo prepararé a Cristo una servidora, una esposa, una reina destinada a tener silla en los cielos"[1].

Los últimos días. — Belén, en efecto, vió a la dulce niña. Muy joven aún, tuvo que asumir la responsabilidad de continuar allí la obra de los suyos. Junto al anciano moribundo, ella fué su ángel, al pasar de este mundo a la eternidad.

Al supremo momento había precedido para él la hora de los desgarramientos profundos. La vieja Paula fué la primera que partió cantando: *He preferido ser humilde en la casa de Dios, a morar en los palacios de los pecadores*[2]. Ante la postración mortal en que Jerónimo parece que se iba a aniquilar para siempre[3], destrozada Eustoquio contuvo sus lágrimas. A instancias de la hija, continuó viviendo para cumplir sus promesas a la madre. Y así le vemos terminar por entonces sus traducciones y continuar también sus comentarios del texto; va a pasar de Isaías al profeta Ezequiel, cuando de repente cae sobre el mundo y sobre él el dolor indecible de aquellos tiempos: "Roma ha caído; se ha apagado la luz de la tierra; en una sola ciudad ha sucumbido todo el universo. ¿Qué

1 Carta CVII, *al.* VII, a Laeta.
2 Salmo LXXXIII, 11. Carta CVIII, *al.* XXVII, a Eustoquio.
3 Carta XCIX, *al.* XXXI, a Teófilo.

hacer, sino guardar silencio y pensar en los muertos?"

Había que pensar, además, en los innumerables fugitivos que afluían, despojados de todo, hacia los santos lugares; y Jerónimo, el luchador implacable, no sabía negar a ningún desgraciado su corazón y sus lágrimas. Prefiriendo aún más practicar que enseñar la Escritura, ocupaba los días en los deberes de la hospitalidad. Sólo la noche les quedaba para el estudio a sus ojos casi ciegos. Estudios muy amados de él, en los que olvidaba las miserias del día y se gozaba con responder a los deseos de la hija que Dios le había dado. Léase el prólogo de cada uno de los catorce libros de Ezequiel y se verá qué parte corresponde a la vírgen de Cristo en esta obra, que se la disputaron las angustias del tiempo, las enfermedades de Jerónimo y sus últimas luchas contra la herejía.

Porque se diría que la herejía tomaba ocasión del trastorno del mundo para nuevas audacias. Fuertes con el apoyo que les prestaba el obispo Juan de Jerusalén, los Pelagianos, armados una noche de la tea y de la espada, se lanzaron contra el monasterio de Jerónimo y contra los de las vírgenes, que, después de la muerte de Paula, reconocían a Eustoquio por madre, sembrando la matanza y el incendio. Virilmente secundada por su sobrina Paula la joven, la santa reunió a sus hijas y logró abrirse paso a través de las llamas. Pero la ansiedad de esta

noche terrible terminó de consumir sus agotadas fuerzas. Jerónimo la enterró junto al pesebre del Niño-Dios, como antes lo hizo con su madre y, dejando sin terminar su comentario sobre Jeremías, se preparó también él a morir.

Vida. — San Jerónimo nació en Stridón, en Dalmacia, entre 340 y 345. Sus padres le enviaron a Roma a estudiar la gramática y la retórica. Se dejó ganar algún tiempo por los placeres y los triunfos, pero pidió pronto el bautismo al Papa Liberio, y luego, a continuación de su estancia en Tréveris junto a la corte imperial, se retiró a Aquileya y poco después marchó al Oriente. Permaneció en Antioquía durante la Cuaresma de 374 ó 375. Estando gravemente enfermo, prometió no leer más los libros profanos. Una vez curado, salió para el desierto de Calcis, al sureste de Antioquía y allí vivió como un ermitaño y aprendió el hebreo. Vuelto a Antioquía, se ordenó de sacerdote y fué a Constantinopla, donde encontró a San Gregorio Nacianceno. En 382 se encontraba en Roma: el Papa San Dámaso le tomó por secretario y le aconsejó que estudiase la Sagrada Escritura y revisase la traducción de los Evangelios y del Salterio. Al estudio juntó la predicación y la dirección espiritual. Después de la muerte del Papa, acaecida en 384, Jerónimo dejó Roma. Con Paula y Eustoquio visitó Palestina, Egipto, y se estableció en Belén en 386. Paula construyó un monasterio para él y sus compañeros y otro para ella y sus hijas. Desde entonces su vida estuvo totalmente consagrada al estudio de la Escritura, a la traducción de los Libros Sagrados y a la dirección espiritual por medio de sus Conferencias y sus Cartas. Murió el 419 ó 420 a los noventa y dos años. Su cuerpo se venera en Roma en la Iglesia de Santa María la Mayor.

El Santo. — Tú completas, Santo ilustre, la brillante constelación de los Doctores en el cielo de la Santa Iglesia. Ya se anuncia la aurora del día eterno; el Sol de justicia aparecerá pronto en el valle del juicio. Modelo de penitencia, enséñanos el temor que preserva o repara, dirígenos por los caminos austeros de la expiación. Monje, historiador de grandes monjes, padre de los solitarios atraídos como tú a Belén por el suavísimo olor de la divina Infancia, sostén el espíritu de trabajo y oración en el Orden monástico, muchas de cuyas familias tomaron de ti su nombre. Azote de los herejes, únenos a la fe romana; celador del rebaño, presérvanos de los lobos y de los mercenarios; vengador de María, consíguenos que florezca cada vez más en el mundo la virginidad.

El Doctor. — Oh Jerónimo, tu gloria participa sobre todo de la gloria del Cordero. La llave de David [1] se te concedió para abrir los múltiples sellos de las Escrituras y mostrarnos a Jesús oculto en su letra. Y, por eso, la Iglesia de la tierra canta hoy tus alabanzas y te presenta a sus hijos como el intérprete oficial del Libro inspirado que la guía a sus destinos. A la vez que su culto, dígnate aceptar nuestra gratitud personal. Quiera el Señor, por tus ruegos, renovarnos en el respeto y el amor que merece su divina palabra. Logren por tus méritos multiplicarse

[1] *Apoc.*, III, 7.

los doctos y sus sabias investigaciones sobre el depósito sagrado. Pero que nadie lo eche en olvido: a Dios hay que escucharle de rodillas si se le quiere entender. Dios se impone y no admite discusión: con todo, entre las interpretaciones diversas a que sus divinos mensajes puedan dar lugar, está permitido buscar, debajo de la mirada de su Iglesia, cuál es la verdadera; y es laudable igualmente el escudriñar sin cesar las profundidades augustas. ¡Feliz el que te sigue en estos estudios santos! Tú lo dijiste: "vivir entre semejantes tesoros, dejarse cautivar de ellos, no saber ni buscar otra cosa, ¿no es esto habitar ya más en el cielo que en la tierra? Aprendamos en el tiempo aquello cuya ciencia permanecerá siempre con nosotros"[1].

1 DE OCTUBRE

SAN REMIGIO, OBISPO Y APOSTOL DE LOS FRANCOS

LA ELECCIÓN DE SAN REMIGIO. — El año 486 Siagrio fué derrotado junto a Soissons por los Francos de Clodoveo. Era el derrumbamiento definitivo de un mundo que ya de mucho tiempo atrás venía arruinándose, consumido a la vez por sus propios vicios y por las invasiones de los bárbaros. Visigodos, Burgondios, Alamanos y

1 Carta LIII a Paulino.

Francos ocupan las Galias; no queda ya casi nada del poder romano, que hasta ahora hacía esfuerzos por sobrevivir, en la persona de algunos señores galo-romanos de las milicias.

La Iglesia sola resiste. Defensores de la ciudad y custodios de la civilización, sus obispos, en medio de las invasiones con el séquito de todas las miserias, son la única fuerza moral y social. Germán de Auxerre, Lope de Troyes, Aniano de Orleans, gozan ya del descanso eterno y protegen a su pueblo desde lo alto de la gloria. En Reims, en la capital de la Galia Belga, el obispo Remigio es una de las figuras más grandes de su tiempo, el principal personaje del Noreste. Lo debe a la importancia de su sede episcopal, y más todavía a sus cualidades personales y a sus relaciones [1].

Por su nacimiento pertenece a una de las familias más poderosas, cuyos dominios se extienden a una gran parte de las regiones francesas del Laonnois y del Porcien. Recibió una educación muy esmerada: desde Auvergne, Sidonio Apolinar saluda en él a un maestro de la retórica; pero la virtud y la santidad de la vida están por encima de su ciencia y de su elocuencia. Se pondera la gravedad de sus costumbres, la madurez de su espíritu. Apenas cuenta los veintidós años, y ya da muestras seguras de

---

1 Quien quisiere hacer un estudio sobre San Remigio, tendrá un buen guía en el canónigo J. Leflon, *Histoire de l'Eglise de Reims, du I^er au V^e siècle,* Reims, 1942.

sentido práctico, de habilidad, de autoridad, pues es elegido obispo de Reims.

Esta elección tan extraordinaria iba contra todas las reglas eclesiásticas. Si el clero y el pueblo de Reims escogieron a un hombre joven, es que su persona se imponía tanto por sus cualidades como por razón de las circunstancias. Remigio es el hombre providencial que va a poner remedio a una perturbación tremenda: bien le cae su nombre de *salvador* y *guía*[1]. Ante la descomposición del Imperio Romano, muchas mentes se vuelven hacia los bárbaros, prepárase un mundo nuevo y hacia él se orientan los realistas enfrentándose con lo porvenir a pesar de serles desconocido. Las gentes de Reims siempre fueron prácticas y el primero entre ellas el obispo Bennado. Pero los partidarios de lo pasado se sienten con alguna fuerza todavía y Egidio, el padre de Siagrio, con ayuda de los Francos, impone su autoridad y reprime duramente cualquier rebelión y tentativa separatista. La situación entre el señor de las milicias y el obispo era muy tensa cuando murió el último en 458 ó 459. Las graves dificultades presentes y una gran inquietud por lo futuro han otorgado los votos a Remigio.

El elegido declarará más tarde en una carta el obispo Fulco de Tongres, que aceptó el báculo contra su voluntad. Y se muestra merecedor de las esperanzas que sus compatriotas tie-

1 Declase indistintamente *Remedius* o *Remigius*.

nen fundadas en él, pues sabe a la vez llevar bien las circunstancias presentes y mirar a lo porvenir. Y para prueba nos basta la ausencia de toda clase de conflictos con el señor de las milicias y la actitud que observó con los Francos, a los que tuvo siempre vecinos. Nos queda el testimonio de una carta rebosante de dignidad paternal, que el obispo de Reims dirige al joven Clodoveo, cuando a los quince años escasos fué elevado al trono el rey de Tournai en el otoño del 482.

Bautismo de Clodoveo. — Cuatro años más tarde los Francos son dueños de toda la Galia Belga. El famoso episodio del vaso de Soissons nos dice que había armonía de relaciones entre el ilustre prelado y el joven rey. Lo futuro sigue tan inquietante para toda alma católica. El señor del país no deja de ser un bárbaro y Clodoveo no es el más fuerte ni mucho menos, y, cualquiera que sea el vencedor definitivo, habrá que aguantar el yugo o bien de un pagano idólatra, o bien de un hereje arriano que niega la divinidad de Jesucristo. Comienza un drama punzante, cada una de cuyas fases deja profundas huellas en el alma de Clodoveo; mientras dura, se echa de ver la acción vigilante de Remigio.

Y primeramente, en el matrimonio de Clodoveo con la burgonda Clotilde, la única princesa católica. No se conoce el papel que el obispo desempeñó en el proyecto de esta unión, pero

le admite la tradición como muy probable. Mejor podemos seguir su acción discreta en el asunto delicado de la conversión del rey. La reina se convierte en catequista de su marido. La tarea de hacer penetrar la luz del Evangelio en este espíritu pagano, se presenta sumamente difícil. Los arrianos le buscan también con mucho interés. Estos últimos conquistaron ya a una hermana del rey. En el alma de Clodoveo presentan batalla el Dios de Clotilde, los dioses de los Francos y el dios de los arrianos; pero en ese combate los hechos tienen mucha más fuerza que los argumentos teológicos. La providencia, con su mano poderosa y a veces fuerte, gobierna los acontecimientos. Para el rey, el Dios de Clotilde es el sostén seguro del episcopado en todas las Galias; pero es también la humillación de su raza, la oposición de sus guerreros, las hostilidad de los Godos. El bárbaro vacila; no consiguen decidirle ni las instancias de la reina ni las exhortaciones del obispo.

Y un día nace un hijo a la pareja real. Se le bautiza en una ceremonia espléndida que impresiona a Clodoveo. El catolicismo tiene un porvenir seguro. Pero a los ocho días el niño se muere; es una venganza de los dioses Francos. Nace un segundo hijo, que cae enfermo al día siguiente de su bautizo. Las oraciones de su madre le consiguen la salud. El rey continúa resistiendo. Y sale para la guerra contra los Alamanos que amenazan a su reino. Se ha empezado

la lucha. El enemigo es formidable; el ejército franco afloja; todo está perdido. Entonces Clodoveo levanta al cielo los ojos y exclama: "Jesucristo, a quien Clotilde confiesa como Hijo de Dios vivo..., si me concedes la victoria..., creeré en ti y seré bautizado en tu nombre...; líbrame de mis adversarios." El voto fué oído.

Entonces Remigio comienza el catecumenado de Clodoveo, pero en secreto, pues el rey teme a sus guerreros que son paganos: en ello le va la corona y la vida. Por eso tiene sus dudas todavía sobre recibir, o no, el bautismo. En la primavera del 498 sale de nuevo a la guerra y lleva sus armas hasta Burdeos. El 11 de noviembre se encuentra en Tours: asiste a las solemnidades de San Martín. Los milagros obrados a su vista y la protección del santo le conmueven: cae de rodillas y promete bautizarse sin más tardar.

Se presenta la última objección: ¿Cómo reaccionará el pueblo franco? Cuando el rey hace pública su decisión, responden sus guerreros que ellos están decididos a seguir al Dios que Remigio llama inmortal. Y es que el obispo ha trabajado en la conversión del pueblo al mismo tiempo que en la del rey.

En Reims, rebosante de júbilo, se prepara en seguida la ceremonia: en la noche de Navidad se realiza la maravilla espléndida del bautizo del bárbaro Clodoveo y de sus guerreros: el pueblo franco nace para Jesucristo.

Quedará para siempre como una fecha de las más memorables el 25 de diciembre del 498.

"La conversión de Clodoveo al catolicismo es un acontecimiento que hace época en la historia del mundo. Sus consecuencias propasan, efectivamente, los límites del pequeño reino franco, en el cual, al fin del siglo v, reinaba el hijo de Childerico, y se dejan sentir hasta nuestros días.

"El bautizo de Clodoveo dió origen al primer estado bárbaro católico que se fundó sobre las ruinas del Imperio Romano. La adhesión del joven rey franco a la fe romana consolidó la victoria del catolicismo sobre el paganismo y el arrianismo en Occidente... y selló, por decirlo así, la alianza del trono y del altar... El día de Navidad nació Clodoveo para Cristo, y el mismo día la Iglesia de Francia..." [1]. Contribuyeron a este hecho las oraciones y los padecimientos calladamente sufridos de Remigio y Clotilde y de muchos más.

La tumba de San Remigio. — Después del bautizo de Clodoveo, el obispo de Reims desempeña un papel menos notable; pero continúa ejerciendo gran influencia en el rey y, por eso, le trata como un padre muy cariñoso. Mientras el reino franco se va extendiendo por toda Francia, Remigio se ocupa principalmente de su diócesis y de sus vasta provincia. Procura a las

[1] Léon Levillain, *La conversion et le baptême de Clovis*, Revue d'Histoire de l'Église de France, XXI, 1935.

sedes episcopales los titulares, consagra obispos, administra las posesiones de su iglesia, defiende la fe, gobierna los fieles y rige una población muy heterogénea y, por tanto, no siempre fácil. Forma con esmero a los discípulos que tendrán que continuar la labor, en particular a su sobrino el sacerdote Agrícola y a Teodorico, abad del Monte de Hor. Por fin, se duerme en la paz del Señor alrededor de los noventa y tres años de edad y cerca de los setenta y cuatro pasados en el ministerio episcopal.

Conforme a su última voluntad, sus restos descansan en la minúscula pero antiquísima basílica cementerial de San Clemente y San Cristóbal, modesto oratorio que en adelante se convierte en uno de los santuarios más célebres y tendrá anexo un monasterio de los más importantes: la reina Gerberga le llamará "el primero de Francia". En espléndido sepulcro se conservan las preciosas reliquias y también "la santa ampolla", símbolo de la continuidad de la tradición entre una consagración y otra y de la fidelidad de los reyes de Francia a su oficio, cuando iban a Reims a consagrarse y a recibir la corona en la catedral en que fué bautizado Clodoveo.

Lección de San Remigio. — El pueblo sencillo de Bourg Saint-Remy ha permanecido siempre ingenuamente devoto a su patrón, cuya gloria en el correr de los siglos se aureola con todos

los destellos de la historia y de la leyenda, de la piedad y del arte...

Oigan siempre Francia y todas las naciones católicas la lección de Remigio al joven Clodoveo: "Lo más necesario de todo es que vigiles para no apartarte de los designios de Dios... Debes rodearte de consejeros que hagan honor a tu fama; administrar con honradez e integridad; respetar a los sacerdotes de tus Estados, consultar siempre su parecer... Consuela a tus conciudadanos... De tu boca salga la justicia... Si alguien se llega a ti, no se sienta extraño ante ti...".

2 DE OCTUBRE

LOS SANTOS ANGELES CUSTODIOS

HISTORIA DE LA FIESTA. — Aunque la solemnidad del 29 de septiembre tiene por objeto honrar a todos los espíritus bienaventurados de los nueve coros, la piedad de los fieles en estos últimos siglos ha deseado se consagrase un día especial en la tierra a celebrar a los Angeles custodios. Diversas Iglesias empezaron a celebrar esta fiesta y la pusieron en diferentes fechas del año; Paulo V, aunque la permitía el 27 de septiembre de 1608, creyó conveniente no imponer su aceptación; Clemente X terminó con esta variedad respecto a la nueva fiesta y el

20 de septiembre de 1670 la fijó en el 2 de octubre, primer día libre después de San Miguel, a cuya fiesta está como subordinada.

Doctrina de la Iglesia. — Es de fe que en este destierro, Dios encomienda a los Angeles la custodia de los hombres destinados a contemplarle en el cielo, y esto lo aseguran las Escrituras y lo afirma unánimente la Tradición.

Las conclusiones más ciertas de la teología católica extienden el beneficio de esta protección preciosa a todos los miembros de la raza humana, sin distinción de justos o pecadores, de infieles o bautizados. Alejar los peligros, sostener al hombre en su lucha contra el demonio, despertar en él santos pensamientos, apartarle del mal y castigarle de cuando en cuando, rogar por él y presentar a Dios sus propias oraciones: he ahí el oficio del Angel custodio. Y es un ministerio tan especial, que no acumula el mismo Angel la custodia simultánea de varios, y tan asiduo, que acompaña a su protegido desde el primer día al último de su vida, recogiendo el alma al salir de este mundo para conducirla después del juicio al puesto que se mereció en los cielos o en la mansión temporal de purificación y de expiación.

Los nueve coros. — La santa milicia de los Angeles custodios se recluta principalmente en las proximidades más inmediatas a nuestra naturaleza, entre los puestos del último de los nue-

ve coros. Dios, en efecto, reserva para el honor de formar su augusta corte a los Serafines, Querubines y Tronos. Las Dominaciones presiden desde lo alto de su trono el gobierno del universo; las Virtudes velan por la firmeza de las leyes de la naturaleza, por la conservación de las especies, por los movimientos de los cielos; las Potestades mantienen encadenado al infierno. La raza humana, en su conjunto y en los cuerpos sociales de las naciones y de las Iglesias, está confiada a los Principados; en tanto que el oficio de los Arcángeles, encargados de las comunidades menores, parece ser también el de transmitir a los Angeles las órdenes del cielo, con el amor y la luz que baja para nosotros de la primera y suprema jerarquía. ¡Abismos de la Sabiduría de Dios[1]! Así pues, el conjunto admirable de ministerios dispuesto entre los diversos coros de los espíritus celestiales, se ordena, como fin, a la custodia inmediatamente confiada a los más humildes de ellos, a la custodia del hombre, para quien fué creado el universo. Lo mismo afirma la Escuela[2]; y lo dice el Apóstol: *¿No son todos ellos espíritus ministrantes, enviados para servicio en favor de los que han de heredar la salud*[3]?

Oficio de los Angeles custodios. — "Los Angeles, dice San Lorenzo Justiniano, observan

1 *Rom.*, XI, 33.
2 Suárez, *De Angelis*, l. VI, XVIII, 5.
3 *Hebr.*, I, 14.

nuestras diversas acciones; nos exhortan, nos incitan, nos levantan después de nuestras caídas, y vigilan en derredor de la Iglesia militante. Sin parar, suben y bajan; siempre andan contentos, siempre solícitos, del cielo a la tierra y de la tierra al cielo, a ofrecer a Dios nuestras obras, nuestras lágrimas y nuestras oraciones. Nos traen del altar de Dios, es decir, de la humanidad de Cristo, el fuego de la caridad, el ardor de la fe, y la esperanza de tener parte un día en la gloria de los Santos. Nos muestran el triunfo de los mártires para darnos mayores ánimos; la puerta del cielo abierta, para inducirnos a despreciar el mundo; la presencia continua de Dios, para llenarnos de respeto; y por fin, la inmensidad de la dicha eterna, para excitar nuestros deseos. Cuantas más ocasiones tienen de ejercer por nosotros estas diversas funciones, más felices y diligentes se sienten. Muy lejos de envidiar nuestros adelantos en el bien o de mermar en nada nuestros méritos, trabajan por nuestra perfección, nos instruyen en nuestros deberes y nos alientan para cumplirlos. No tienen otro deseo ni otro fin que la gloria del Omnipotente y nuestra salvación. Son los amigos de la Sabiduría, viven cerca del Verbo, exentos de toda miseria, de toda imperfección. Asimismo, al ejercer su ministerio en medio del mundo, no se manchan ni lo más mínimo, ni sienten fatiga ninguna. Aunque circunscritos por el espacio, permanecen siempre en presencia de

Dios; al mismo tiempo que sirven a los hombres, no cesan de ofrecer amorosamente a su Criador el sacrificio de la alabanza; las funciones de su ministerio no los apartan del homenaje y de la gloria que deben tributar al Rey inmortal"[1].

Pero Dios, que se muestra espléndido en extremo con el linaje de los hombres, no se deja vencer de los gobiernos de este mundo cuando se trata de honrar con una atención especial a los príncipes de su pueblo, a los privilegiados de su gracia o a los que rigen el mundo en nombre de El; al decir de los Santos, una perfección suma, una comisión altísima en el Estado o en la Iglesia, exigen para el investido la asistencia de un espíritu también superior, sin que el Angel de primera hora, si así se puede decir, tenga necesariamente por eso que ser relevado de su propia custodia. No hay lugar, además, para que en el campo de operaciones de la salvación, el titular celestial del puesto que se le confió desde el principio, pueda nunca temer verse solo; a su llamada, a una orden de lo alto, los ejércitos de los bienaventurados compañeros, que llenan cielos y tierra, están siempre dispuestos a prestarle su ayuda poderosa. Entre esos nobles espíritus que aspiran en la presencia de Dios a favorecer por todos los medios su amor hacia El, hay alianzas secretas que a veces originan en este mundo

1 De la Agonía triunfante.

entre sus devotos aproximaciones cuyo misterio se descubrirá el día de la eternidad.

LOS ANGELES EN LA CREACIÓN. — "¡Misterio profundo, dice Orígenes, la repartición de las almas entre los Angeles encargados de su custodia; secreto divino relacionado con la economía universal que descansa en el Hombre-Dios! Y no sin disposiciones inefables se reparten entre las Virtudes de los cielos los servicios de la tierra, los grupos múltiples de la naturaleza: fuentes y ríos, vientos y bosques, plantas, seres animados de los continentes o de los mares, cuyos oficios se armonizan por medio de los Angeles que dirigen sus variados oficios al fin común" [1]. De este modo se conserva, en su fuerte unidad, la obra del Creador.

Y sobre estas palabras de Jeremías: *¿Hasta cuándo estará llorando la tierra* [2]?, Orígenes prosigue [3]: "La tierra se regocija o llora por cada uno de nosotros; y no sólo la tierra, sino también el agua, el fuego, el aire, todos los elementos, que aquí no hay que entender de la materia insensible, sino de los Angeles que están al frente de todas las cosas del mundo. Hay un Angel de la tierra, y ese es, juntamente con sus compañeros, el que llora por nuestros crímenes. Hay un Angel de las aguas, a quien se aplica el Salmo: *Las aguas te han visto y temieron; la in-*

[1] Coment. sobre Josué, *Hom.* XXIII.
[2] *Jeremías,* XII, 4.
[3] *Hom.,* X.

quietud se ha apoderado de los abismos; voces de las muchas aguas, voces de la tempestad: el relámpago ha surcado la nube como una flecha" [1].

La naturaleza, considerada de esta manera, es grande. La antigüedad, que abundaba en verdades y en poesía más que nuestras generaciones actuales, de ese modo contemplaba el universo. Su error consistió en adorar a esos poderes misteriosos, con perjuicio del único Dios, *ante quien se inclinan los que sostienen el mundo* [2]. "Aire, tierra, océano, todo está lleno de Angeles, dice a su vez San Ambrosio [3]. Eliseo, asediado por un ejército, no tenía miedo alguno, pues veía que le asistían escuadrones invisibles. Ojalá te abra también el profeta tus ojos y que el enemigo, aunque sea legión, no te asuste: te crees sitiado y estás libre; *son menos los que están en contra nuestra que a nuestro favor*" [4].

CULTO AL ANGEL DE LA GUARDA. — Para terminar, escuchemos hoy, como lo hace la Iglesia, al Abad de Claraval, a cuya elocuencia parece que en esta ocasión la nacen alas: "En todo lugar muéstrate respetuoso con tu Angel. Muévate a rendir culto a su grandeza el agradecimiento por sus beneficios. Ama a ese futuro coheredero, que

---

1 Salmo LXXVI, 17-18.
2 *Job.*, IX, 13.
3 Coment. del Salmo CXVIII; Sermón I, 9, 11, 12.
4 *IV Re.*, VI, 16.

ahora es el tutor designado por el Padre para los días de tu niñez. Porque, aunque somos hijos de Dios, no pasamos ahora de niños y el camino es largo y peligroso. Pero *Dios ha mandado a sus Angeles que te guarden en todos tus caminos; y ellos te llevarán en sus manos para que tu pie no tropiece en las piedras. Pisarás sobre áspides y basiliscos y hollarás al león y al dragón* [1]. Ciertamente, por donde el camino es fácil para un niño, su ayuda se reducirá a ser simplemente un guía, a sostenerte como se hace con los niños. Pero la prueba ¿corre peligro de exceder a tus fuerzas? Te llevarán en sus manos. ¡Manos de Angeles! ¡Cuántos atolladeros temibles, saltados como sin darse cuenta merced a esas manos, sólo dejarán en el hombre la impresión de una pesadilla desvanecida rápidamente" [2]!

AGRADECIMIENTO A LOS ANGELES. — Santos Angeles, benditos seáis porque los crímenes de los hombres no cansan vuestra caridad; os damos gracias, entre otros muchos beneficios, por el de conservar la tierra habitable, dignándoos permanecer siempre en ella. Hay muchas veces peligro de que la soledad se haga pesada al corazón de los hijos de Dios en las grandes ciudades y en los caminos del mundo, donde no se codean más que desconocidos o enemigos; pero, si

---

[1] Salmo XC, 11-13.
[2] Comentario al Salmo XL; Sermón XII.

el número de los justos ha disminuído, no disminuye el vuestro. Y en medio de la multitud apasionada, como también en el desierto, no hay un ser humano que no tenga junto a sí a su Angel, representante de la Providencia universal sobre los buenos y los malos. Espíritus bienaventurados, tenemos con vosotros la misma patria, el mismo pensamiento y el mismo amor; ¿por qué han de turbar los ruidos confusos de una turba frívola la vida del cielo que desde ahora podemos ya vivir con vosotros? El tumulto de las plazas públicas ¿os impide acaso formar allá vuestros coros, o impide al Todopoderoso percibir en ellas vuestras armonías? También nosotros queremos cantar por doquier al Señor y unir continuamente nuestras adoraciones a las vuestras, viviendo por la fe en lo escondido del rostro del Padre [1], cuya continua contemplación os arroba a vosotros [2]. Penetrados de ese modo del vivir angélico, la vida presente no nos ofrecerá ninguna inquietud, ni tampoco la eterna, sorpresa alguna.

3 DE OCTUBRE

SANTA TERESA DEL NIÑO JESUS, VIRGEN

TERESA Y EL AÑO LITÚRGICO. — "¿Qué podría decir de las veladas de invierno en los Buisson-

1 Salmo XXX, 21; *Col.*, III, 3.
2 *S. Mateo*, XVIII, 10.

nets? Terminada la partida de damas, María o Paulina leían el *Año Litúrgico*... Mientras tanto, me colocaba yo en las rodillas de papá y, acabada la lectura, cantaba él con su bonita voz cantares melodiosos como para adormecerme. Entonces apoyaba yo mi cabeza en su pecho y me arrullaba dulcemente..."

Apenas han pasado cincuenta y cinco años de la subida al cielo de la amable Santa y ya tiene ella su puesto en el mismo *Año Litúrgico,* cuya lectura escuchaba con tanta fruición. Y ¿no se podría pensar sin temeridad que fué el *Año Litúrgico* el que la hizo comprender el sentido profundo de las fiestas "de ella tan amadas", que fué este libro el que la hizo conocer "a los bienaventurados moradores de la ciudad celestial, a los cuales pedía su duplicado amor para amar a Dios", el que la enseñó a amar a la Iglesia, en cuyo seno "ella sería el amor" y, por fin, el que la infundió la confianza atrevida de llegar a ser una gran Santa"?

MISIÓN DE TERESA. — Todos los días, en efecto, en el Calendario Litúrgico, los Santos nos traen su testimonio; y todos los días por ellos nos hace Dios oír su voz proponiéndonos el ejemplo de su vida y recordándonos cuál fué su misión. Teresa recogió ese testimonio, escuchó esa voz y ahora, cuando todo el mundo la conoce, nos da el ejemplo de su vida para enseñarnos a nosotros a ser también Santos. Ahora

bien, la vida de Santa Teresa del Niño Jesús se distingue por los méritos de la infancia espiritual. Ella misma explicó claramente el sentido de su misión poco tiempo antes de morir: "Conozco que mi misión va a comenzar, mi misión de hacer amar a Dios como yo le amo..., de enseñar a las almas mi camino: el camino de la infancia espiritual, el camino de la entrega total a Dios. Quiero indicarles los medios que tan buen resultado me han dado a mí, decirles que no hay más que hacer una cosa en este mundo: arrojar a Jesús las flores de los pequeños sacrificios, conquistarle con caricias..."

La infancia espiritual. — ¿En qué consiste, pues, este entrar en el camino de la infancia espiritual? En adoptar los sentimientos de los niños y portarse en todo con nuestro Padre celestial, como ellos con su padre terreno. Nuestro Señor de tal modo insistió en el Evangelio sobre la necesidad de hacerse niños para entrar en el reino de los cielos, que tenemos que llegar a esta conclusión "que el divino Maestro quiere expresamente que sus discípulos vean en la infancia espiritual la condición necesaria para conseguir la vida eterna" [1]. Muchos tal vez piensen que eso es cosa fácil y que es ir al cielo sin mucho trabajo. En realidad, el espíritu de infancia implica un sacrificio costosísimo al or-

[1] Discurso de Benedicto XV para la promulgación del decreto sobre la heroicidad de las virtudes, el 14 de agosto de 1921.

gullo humano, pues consiste en la total negación de sí mismo. "Excluye, decía Benedicto XV, el sentimiento soberbio de sí mismo, la presunción de conseguir por medios humanos un fin sobrenatural y la veleidad engañosa de bastarse a sí mismo en la hora del peligro y de la tentación. Supone una viva fe en la existencia de Dios, un rendimiento práctico a su poder y a su misericordia, un acudir confiado a la Providencia de Aquel que nos da su gracia para evitar todo mal y conseguir todo bien" [1].

Y no creamos que este camino sea de libre elección o que esté reservado para las almas no manchadas nunca con el pecado. Las palabras del Señor son formales y se dirigen a todos sin excepción: "Si no os hiciereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Y ¿quién tiene que volverse niño, sino el que ya no lo es? Estas palabras entrañan, pues, la obligación de trabajar por conquistar los dones de la infancia y por volver a practicar las virtudes propias de la infancia espiritual" [2].

La humildad. — Otra lección nos quieren dar Dios y la Santita. Es ésta: Hay una cosa tan grande o mayor que la acción y la capacidad del hombre de talento, y es "la humildad, la perfecta fidelidad a los deberes de estado, cual-

[1] Discurso de Benedicto XV para la promulgación del decreto sobre la heroicidad de las virtudes, el 14 de agosto de 1921.

[2] Benedicto XV, *op. cit.*

quiera que sea, en cualquier esfera y grado de la jerarquía humana en que Dios nos haya colocado y llamado a trabajar, el estar dispuestos a todos los sacrificios y el entregarse confiados a las manos y al corazón de Dios y, por encima de todo, la caridad verdadera, el amor real de Dios, el afecto verdadero a Jesucristo que corresponda al afecto que él nos ha mostrado. He ahí un camino que, sin llevar a todos a las alturas a las que Dios elevó a Teresa, todos pueden fácilmente recorrer"[1].

La caridad. — "En nuestros días, decía también Pío XI, marcados por el movimiento y la acción febril y sin descanso, se olvida demasiado cuál es la esencia íntima, el verdadero valor de toda acción y de toda santidad: es la caridad. Pues bien, Teresa tiene un corazón y una alma tiernamente infantil y a la vez apostólica hasta el heroísmo; se halla totalmente llena del amor de Dios y vibra con un amor tierno, fuerte, sencillo y profundo que produce en ella éxtasis de filial confianza y magníficos gestos de apóstol y mártir"[2]. El camino que conduce al amor, nos lo repite Teresa, es "la confianza del niño que se duerme tranquilo en los brazos de su padre"[3]. Y añade: "¡Oh! si las

[1] Discurso de Pío XI en la aprobación de los milagros, 11 de febrero de 1923.
[2] Discurso de la promulgación del decreto "di Tuto", 19 de marzo de 1923.
[3] Histoire d'une âme, ch. X.

almas débiles e imperfectas como la mía sintiesen lo que yo siento, ninguna perdería las esperanzas de llegar a la cumbre del monte del Amor, ya que Jesús no exige grandes obras, sino tan sólo confianza y agradecimiento... No es el haber sido preservada del pecado mortal, lo que hace que me levante hasta Dios por el amor y la confianza. ¡Ah!, aun cuando tuviese cargada mi conciencia con todos los crímenes que se pueden cometer, no perdería en nada mi confianza, estoy segura de ello; iría con el corazón transido de dolor a arrojarme en los brazos de mi Salvador. Sé que ama al hijo pródigo, he oído sus palabras a Santa Magdalena, a la mujer adúltera, a la Samaritana. No, nadie me asustaría, pues sé a qué debo atenerme respecto a la misericordia. Sé que toda esa infinidad de ofensas se perderían en el abismo en un abrir y cerrar los ojos, como una gota de agua que se arroja a los carbones de un brasero"[1]. "Ciertamente, concluía el Papa, Dios nos dice muchas cosas por medio de ella, que fué como su palabra viviente; y la lección más bella que nos da, la que resume todas las otras, es la de agradar a Dios, complacerle y amarle haciendo su voluntad. Y esto se puede hacer tanto entre el ruido del mundo como en el silencio del claustro. Es indiferente el que seas rico, inteligente, dotado de gran fuerza de voluntad o de mucho

---

[1] Histoire d'une âme, ch. IX y X.

ingenio. La Santa nos dice qué es lo que vale delante de Dios y lo que todos le pueden ofrecer. Nos dice que todos pueden presentarse ante él ricos de la paz del corazón y con el alma llena de sentimientos sinceros, poniéndose en las manos de Dios y entregándose a su beneplácito adorable" [1].

"Todo el mundo me amará", decía ella antes de morir. La profecía se ha realizado: los peregrinos han acudido a Lisieux y la imagen de la humilde carmelita se ve por todas partes. Pero nuestra devoción a Santa Teresa no será sincera si no nos esforzamos por imitarla. "Desde el interior de su claustro fascina hoy al mundo con la magia de su ejemplo y santidad, que pueden y deben imitar todos, pues todos deben entrar en su "caminito", todo pureza, sencillez de espíritu y de corazón, amor irresistible a la bondad, a la verdad y a la sinceridad. ¡Qué serían la vida de familia y la vida social si todos comprendiesen esta lección! ¡Si las relaciones entre las naciones se fundamentasen en esta sencillez de espíritu y de corazón...! ¡Qué transformación se obraría en el mundo si se volviese a esta sencillez evangélica" [2]!

VIDA. — Teresa nació en Alençon el 3 de enero de 1873. Dotada desde su infancia por Dios con una gracia especialísima del Espíritu Santo, concibió el deseo de no

[1] Discurso del 30 de abril de 1923.
[2] Pío XI, *Discurso a los peregrinos,* el 18 de mayo de 1925.

negar nada a Dios y de consagrarse a El en la vida religiosa. A los 9 años fué confiada a las benedictinas de Lisieux para su instrucción. Al año siguiente una enfermedad misteriosa la hizo padecer mucho: pero sanó de repente con la sonrisa de una estatua de Nuestra Señora de las Victorias. Poco tiempo después pudo hacer su primera comunión, con la cual, según su propio testimonio, se obró "la fusión entre ella y Jesús". En un viaje que hizo a Roma pidió a León XIII entrar en el Carmen a los 15 años y en él fué admitida el 9 de abril de 1888. Se esforzó en el convento por realizar el consejo del Señor: "Si quieres ser perfecto, hazte como este niño", y, deseando salvar muchas almas, se ofreció como víctima de holocausto al Amor misericordioso. El 30 de septiembre de 1897 moría diciendo estas palabras: "¡Dios mío, yo te amo!" Muy pronto, una infinidad de favores y de milagros manifestaron su valimento cerca de Dios; su libro: *l'Histoire d'une âme,* se extendió por todo el mundo. Ante las insistencias de todo el orbe cristiano. Pío XI beatificó a la humilde carmelita en 1923, y dos años después la canonizó y la declaró patrona de todas las Misiones, con el mismo derecho que San Francisco Javier. Su Santidad Pío XII la dió a Francia como patrona secundaria.

LA ÚNICA AMBICIÓN.—"Para amarte como tú me amas, oh Dios mío, necesito que me prestes tu propio amor; sólo entonces hallaré descanso." También nosotros, para amar al Señor y dirigirnos a ti, para festejarte con la Iglesia, oh Santa Teresa del Niño Jesús, sentimos la necesidad de pedir que nos prestes tus propias expresiones y tu propio amor.

Nunca deseaste otra cosa que amar a Dios únicamente, ni tampoco ambicionaste otra gloria. Su amor se te anticipó desde la infancia, aumentó contigo y se convirtió en un abismo cuya profundidad no podemos sondear. Acuérdate de las palabras que Jesús te dió a entender un día después de la santa comunión: "Arrástrame, correremos al olor de tus perfumes"[1]. Cuando un alma se ha dejado cautivar por el olor embriagador de los perfumes divinos, ya no sabe correr sola, arrastra en pos de sí a todas las almas que ama. Ahora bien, tú amas a todas las almas y tú deseabas que todas las almas que se acercasen a la tuya, "corriesen con rapidez al olor de los perfumes del Amado."

La vocación del amor. — Madre de almas por tu vocación de carmelita, sentiste en ti todas las vocaciones, la del guerrero, del sacerdote, del apóstol, del doctor y del mártir. Pero, al no poder realizarlas todas, "buscaste con ardor los dones más perfectos y un camino más excelente"[2], el de la caridad. La Caridad te dió la clave de tu vocación. Comprendiste que el amor encerraba todas las vocaciones, que el amor lo era todo, que abarcaba todos los tiempos y todos los lugares, porque es eterno. Y te ofreciste como víctima al amor infinito y consolaste tu corazón devolviendo a Jesús amor por amor.

1 *I Cant.* I, 3.
2 *I Cor.,* XII, 31.

LOS "PEQUEÑOS" SACRIFICIOS. — "Obras son amores y no buenas razones." Quisiste ser *como una niña* y, por eso, echabas flores al Señor y, todas las que encontrabas, las deshojabas en honor suyo, y cantabas, continuamente cantabas y, cuanto más largas y punzantes eran las espinas, más melodioso era tu canto. La Iglesia triunfante, recogiendo estas rosas deshojadas, las ha arrojado sobre la Iglesia purgante para apagar sus llamas, y sobre la Iglesia militante para darla la victoria. Tus ojos quedaron fijos largo rato en el Aguila divina; quisiste que su mirada te fascinase y convirtiese en presa de su amor. Y una tarde el Aguila se arrojó sobre ti y te llevó al foco del amor para convertirte eternamente en víctima bienaventurada.

Ahora, desde la inmensidad de la gloria y del amor en que estás, enseña a todas las almas pequeñas la condescendencia inefable del Salvador. Enséñalas a entregarse con total confianza a la misericordia infinita. Haznos conocer los secretos de tu amor. Haznos amar a la Iglesia, "para quien es más útil el más pequeño acto de puro amor que todas las demás obras juntas" [1]. Y, por fin, repite sin cesar a Jesús tu sublime y última oración, que fué ya muchas veces atendida: "¡Oh Amado mío, te ruego que poses tu mirada divina en muchísimas almas pe-

[1] S. Juan de la Cruz, *Cántico espiritual,* Anotación a la canción XXIX.

queñas, te suplico que te escojas en este mundo una legión de víctimas pequeñas que sean víctimas de tu amor!"

4 DE OCTUBRE

SAN FRANCISCO DE ASIS, CONFESOR

HACERNOS SEMEJANTES A JESUCRISTO.—El Apóstol San Pablo, en su Epístola a los Romanos, nos dejó trazada la ley de toda santidad con estas palabras: "Quos praescivit et praedestinavit conformes fieri imaginis Filii sui..."[1]. Hacerse semejantes al ejemplar divino que se llama Jesús. Lo que hace a los santos es la conformidad con el Hijo de Dios que adquieren por medio de las virtudes.

Hoy celebramos a un santo que fué una copia admirable de Cristo Jesús; el Sumo Pontífice León XIII le llama el más bello ejemplar de los santos; y el Papa Pío XI nos le presenta como el santo que, al parecer, mejor comprendió el Evangelio y conformó también mejor su vida con el modelo divino.

San Francisco, en efecto, es otro Cristo. Buscó a Cristo, siguió a Cristo, amó a Cristo y se entregó a Cristo. Toda su vida es Jesucristo.

---

[1] *Rom.*, VIII, 29.

Sin detenernos en las deliciosas tradiciones que cuentan de San Francisco que, a semejanza de Jesús, nació en un establo sobre un poco de paja, le vemos en los días de la juventud, en medio de sus ensueños de placeres y de fiestas, y cuando piensa en calaveradas caballerescas, quedarse de repente sobrecogido; es que el Cristo de San Damián le habla: "Francisco, ¿qué vale más: Servir al amo o al criado"? Y Francisco, fascinado al instante por esta palabra, comienza su nueva vida y, abriendo el Evangelio, busca en él a Jesucristo, a quien se entrega por completo.

EL AMOR AL EVANGELIO. — El Evangelio constituye su alimento; en él encuentra una suavidad celestial y exclama: "Esto es lo que yo buscaba hace ya mucho tiempo." El Evangelio es su sostén y su consuelo, el remedio a todos sus padecimientos; en sus pruebas no quiere otro consuelo, y un día dirá a sus hermanos: "Estoy saturado del Evangelio, estoy repleto del Evangelio." El Evangelio se convierte en su vida y, cuando quiere dar a sus discípulos una regla, escribe desde la primera página: "La Regla y la vida de los frailes menores es ésta: Observar el Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo."

POBREZA. — Pero el Evangelio es la historia de las humillaciones del Hijo de Dios por nosotros y de su amor en favor de nuestras almas.

Es Jesucristo pobre, humilde y pequeño, que sabe compadecerse y ser misericordioso. Es Jesucristo Apóstol, es Jesucristo, que nos ama y muere por nosotros.

San Francisco le escogió como regla de vida y lo vivió literalmente. A imitación de Jesús, abrazó la pobreza. Se despoja de sus vestidos ante el obispo de Asís, se los entrega a su padre y exclama: "Ahora podré decir con toda verdad: Padre nuestro, que estás en los cielos", y comienza su vida de pobreza, pobreza alegre y bien soleada, no esa pobreza envidiosa y tristona, que con tanta frecuencia vemos desgraciadamente en el mundo, sino la pobreza voluntaria y amada. Va por las calles de Asís a pedir limosna extendiendo sus finas manos, pero le desprecian como a un loco. Continúa siendo siempre el amante de la pobreza, y su mayor consuelo al morir, será el haber guardado fidelidad a su "Dama Pobreza."

HUMILDAD. — El Evangelio es Jesucristo humilde y pequeño: "*parvus Dominus*", el Grande y humilde Jesús, como le llama San Francisco. Meditando esta lección, él se va a hacer "el humilde Francisco", como le llama el autor de la Imitación. Se considera el último de los hombres y el más vil de los pecadores. En sufrir y ser despreciado consiste para él la alegría perfecta, y da a sus hijos el nombre de menores, es decir, pequeños.

MISERICORDIA. — El Evangelio es Jesucristo compasivo y misericordioso y, a ejemplo suyo, el corazón de Francisco está repleto de misericordia. San Buenaventura, escribiendo su vida, nos dice: "La benignidad, la bondad de nuestro Salvador Jesucristo, se manifestó en su servidor Francisco." Al principio de su testamento, escribió el mismo santo: "El Señor me concedió la gracia de comenzar de esa manera a hacer penitencia, porque, cuando vivía en el pecado, me parecía excesivamente duro ver a los leprosos; pero ejercitaba la misericordia con ellos y, lo que me había parecido amargo, se convirtió para mí en dulzura del alma y del cuerpo."

Francisco fué misericordioso con todas las miserias. En la tribuna del Parlamento italiano se hizo de él este elogio: Aunque Francisco de Asís no fundó obra alguna de misericordia, él hizo cruzar por el mundo tal corriente de misericordia, que desde hace siete siglos no se ha fundado ni una obra siquiera de misericordia que no haya recibido impulso de Francisco de Asís.

APOSTOLADO. — El Evangelio es Jesucristo apóstol. Vino a hacer oír a los hombres palabras de vida: ¡con qué amor deja caer de sus labios sus divinas lecciones! Francisco se hace apóstol siguiendo los pasos de Cristo, forma la señal de la Cruz en los aires y envía a sus discípulos por los cuatro costados del mundo. Ha

comprendido de modo perfecto la palabra de Jesús: "Id y enseñad a todas las naciones." Es el primero entre todos los fundadores de órdenes modernas que envía a sus hijos hasta las regiones de infieles y cuando, unos meses después, sabe que cinco de ellos han recogido en Marruecos la palma del martirio, exclama alborozado: ¡"Por fin tengo obispos"! sus obispos eran sus mártires. En cuanto a él, una vez fundada su obra, sólo piensa en dar a Jesús el testimonio de su sangre. Atraviesa tres veces los mares, va a predicar a Jesucristo hasta el Sudán pagano, pero Dios le tenía reservado otro martirio enviándole un Angel un día para imprimir en su carne las llagas del divino Crucificado.

LA ENTREGA DE SÍ MISMO. — El Evangelio es Jesucristo entregándose o inmolándose; imitando a Jesucristo, también Francisco se entregó. "Este hombrecillo pobre, dice San Buenaventura, no tenía más que dos óbolos: su cuerpo y su alma." Su cuerpo se le entregaba a Dios por la penitencia. Sabemos cómo le trataba: dividía el año en nueve cuaresmas seguidas y se contentaba con un trozo de pan duro, ni siquiera bebía el agua necesaria para apagar la sed, a fin de no ceder a la sensualidad. De cama le servía la desnuda tierra, de almohada un tronco de encina y, si la enfermedad le visitaba, lo que era frecuente, daba gracias a Dios porque no le

perdonaba. Le pedía sufrir cien veces más si esa era su voluntad. De su alma hacía entrega a Dios por la oración y su celo.

Pero San Francisco no es sólo el fiel discípulo de Jesucristo que se emplea en copiar la vida y virtudes de su Maestro; San Francisco es, ante todo, el Santo del amor seráfico. Penetró en el Corazón de Jesús, le comprendió y le devolvió amor por amor.

Amor a la Eucaristía. — Con el Evangelio, en efecto, hay otro amor que tenía que consumir el corazón de Francisco, es el amor a la Eucaristía. ¡Qué bien ideado estaba este misterio para atraer a su alma seráfica! Que un Dios que bajó del cielo para salvarnos, que tomó forma humana encarnándose y, al morir en el Calvario, la de los criminales, se humille más todavía hasta revestir la forma de una hostia pequeña para unirse a nosotros y convertirse en nuestro alimento; que, después de la locura de la cruz, haya llegado a la locura de la Eucaristía y se quede prisionero en el tabernáculo para esperarnos y recibirnos, eso es un misterio inefable harto capaz de causar admiración en las almas amantes. San Francisco, el gran amador del Evangelio, donde él encontraba la palabra viva y eterna de Jesucristo; él, el gran amante de la cruz, donde veía el amor sacrificado, ¡cómo amaba la hostia donde se encuentra el amor vivo, el amor que se entrega, el amor que atrae

y transforma las almas generosas y puras! Por amor a la hostia va a reparar los tabernáculos; por la hostia, marcha a través de los campos a barrer y adornar las iglesias abandonadas; por la hostia, olvida la pobreza y ordena a sus hermanos que preparen en los altares vasos de oro y plata; por la hostia se postra a lo largo del camino en cuanto ve apuntar la cruz de un campanario, y pasa horas enteras ante el tabernáculo en adoración y en amor, tiritando de frío. Manda celebrar la Santa Misa todos los días y todos los días, con fervor, recibe la Sagrada Comunión.

En aquella época en que el sacerdocio con frecuencia era despreciado, Francisco recuerda su grandeza a los sacerdotes: "Veo en ellos al Hijo de Dios"; se pone de rodillas ante el sacerdote y le besa las manos. El, el humilde diácono que se juzga indigno de subir al altar, escribe a los Cardenales, a los Obispos y a los Príncipes: "Les ruego, señores míos, besándoles las manos: Procuren que el Cuerpo de Jesucristo sea tratado dignamente y reverenciado por todos del modo debido." Y para la hostia busca y prepara Francisco almas adoradoras: rodea el tabernáculo de almas virginales, las clarisas, y el sagrado copón es parte, con los lirios y la corona de espinas, del escudo de San Damián.

El Evangelio, la Cruz [1], la Eucaristía, estos son los grandes amores que formaron el alma

[1] De ella se habló ya el 17 de septiembre.

de Francisco y que fueron el secreto de su acción en la Iglesia. Después de haber buscado con tanto ardor a Jesús, después de haber vivido de Jesús, después de haber amado tanto a Jesús, Francisco podía sin miedo ver llegar a la muerte. La gran Teresa de Avila exclamaba al morir: "Oh Jesús mío, ya es hora de vernos." También Francisco, al expirar, se pone a cantar: "*Voce mea ad Dominum clamavi, ad Dominum deprecatus sum.*" "Con toda mi voz clamé al Señor; he rogado al Señor." "*Me exspectant iusti...*" "Me esperan los justos, quieren ser testigos de la recompensa que Dios me va a dar" [1].

¡Qué encuentro, efectivamente, el del alma de Francisco con Nuestro Señor! Conocemos el cuadro de Murillo que representa a Jesucristo desprendiendo su brazo de la cruz y cogiendo al humilde Francisco para estrecharle contra su Corazón. Así fué, ni más ni menos, la muerte de San Francisco. En un movimiento sublime, su alma se arroja en los brazos de Dios y va a gozar del amor que no tiene fin.

VIDA. — Francisco nació en Asís en 1182. Ya desde su juventud, se mostraba muy caritativo con los pobres; una grave enfermedad señaló el comienzo de una vida perfecta como él deseaba; determinó dar todo lo que poseía. Su padre le exigió la renuncia de su herencia y Francisco lo hizo con gusto y al momento se despojó hasta de sus vestidos. Con algunos compañeros fundó la orden de los frailes menores, que

[1] Salmo CXL, 2, 8.

el Papa Inocencio III aprobó. Francisco envió pronto a sus discípulos a predicar por todas partes; él mismo, deseoso del martirio, marchó para Siria, pero, al no recibir mas que honores, se volvió a Italia. Fundó también una orden de vírgenes que se reunieron en San Damián debajo de la dirección de Santa Clara, y una tercera Orden u Orden Tercera para dar a las personas del mundo un medio eficaz de santificarse practicando las virtudes religiosas. En 1224, mientras oraba en el monte Alvernia, se le apareció un Serafín, el cual le imprimió en el cuerpo las llagas del Crucificado, señales del amor que el Santo tenía al Señor. Dos años más tarde, Francisco, muy enfermo ya, se hizo trasladar a la iglesia de Santa María de los Angeles y allí murió después de haber exhortado a sus hermanos a amar la pobreza y la paciencia y a guardar la fe de la Iglesia Romana. Gregorio IX, que también le conoció, le inscribió poco después en el número de los Santos.

PLEGARIA DE SAN FRANCISCO. — "¡Grande y magnífico Dios y Señor Jesucristo! Te suplico que me ilumines y disipes las tinieblas de mi alma. Dame una fe recta, una esperanza firme y una caridad perfecta. Y concédeme, Señor, que te conozca lo mejor posible para poder obrar en todo conforme a tu luz y de acuerdo con tu santa voluntad."

LA IGLESIA EN RUINAS. — De esta manera rezaba larga y frecuentemente ante el crucifijo de la vieja iglesia de San Damián. Y un día, de este crucifijo salió una voz que sólo su corazón pudo apreciar: "Anda, Francisco, y reconstruye

mi casa porque está para derrumbarse." Y tú, temblando y gozoso a la vez, respondiste: "Señor, con alegría voy a cumplir lo que deseas."

La casa que amenazaba ruina, era sin duda aquella vetusta y solitaria capilla, pero el Señor ponía la mira principalmente en las ruinas que en los últimos siglos se habían acumulado en la Iglesia.

La Orden de los Menores. — El Papa lo comprendió bien y por eso aprobó la Orden de los frailes menores: por su fervor, su amor a la pobreza y su celo apostólico, no sólo repararía las ruinas de la Iglesia de Jesucristo, sino que iría también hasta las tierras de infieles a fundar nuevas cristiandades con la sangre de sus mejores hijos.

Desde la gloria del cielo donde el Señor te otorga ahora una recompensa tan gloriosa y tan amplia, dígnate, oh San Francisco, no olvidar a la Iglesia en pro de la cual no escatimaste trabajos ni penas.

Ayuda a tus hijos, que prosiguen tu obra por todo el mundo. Crezcan en número y en santidad y se ocupen siempre en enseñar con la palabra y con el ejemplo. Suscítalos en nuestro país, que en otro tiempo fué objeto de tu predilección, a causa de su culto por la Sagrada Eucaristía.

Ruega por todo el Estado religioso que en ti aclama a uno de sus Patriarcas más ilustres.

Amigo de Santo Domingo, conserva siempre entre las dos familias vuestras la fraternidad que no faltó nunca. Mantén con la Orden benedictina los sentimientos que hoy constituyen su alegría; con tus favores estrecha los lazos que anudó para siempre la donación de la Porciúncula [1].

5 DE OCTUBRE

SAN PLACIDO

EL OBLATORIO BENEDICTINO ANTIGUO. — A la orden benedictina se asocia toda la Iglesia para festejar hoy a San Plácido, uno de los primeros discípulos del Patriarca de los Monjes de Occidente. San Gregorio Magno nos refiere cómo de Roma y de otras partes venían a confiar niños a San Benito para que él se encargase de su educación y de su instrucción, y que el Santo "los mantuvo en el servicio de Dios". Estos niños eran ordinariamente, no sólo confiados para unos años, sino en realidad ofrecidos y donados a Dios de un modo definitivo, de suerte que ya no podían en adelante volverse al mundo.

En la actualidad nos choca esta costumbre y nuestra mentalidad del siglo XX la califica, desde luego, de abusiva y hasta de exhorbitante. Y

[1] Propiedad de los benedictinos del monte Subaso, que cedieron a San Francisco para ser la cuna de su Orden.

es que ya no tenemos nosotros la misma noción de la *patria potestas,* del poder paternal, tal como existió durante largos siglos. No hace tanto tiempo que los padres decidían el porvenir de sus hijos sin consultarlos y hasta sin permitirles el menor reparo.

NUESTRA DEPENDENCIA DE DIOS. — "Los usos antiguos hay que apreciarlos con un alma antigua, y las disposiciones cristianas se necesita apreciarlas con una alma cristiana. Para rebelarse contra la donación hecha a Dios de los niños de pocos años, sería necesario demostrar que el hombre tan sólo está sometido a las leyes cuya obligación y carga él aceptó libremente.

"Somos criaturas sin haberlo querido; hemos sido hechos cristianos y hemos sido comprometidos en el orden divino sin contar con nuestro parecer. El hombre que reflexiona, tiene que reconocer inmediatamente que es un ser de quien Dios dispone como quiere, o por sí mismo y directamente o por intermediarios, pero siempre como amo.

LA LIBERTAD. — "En el fondo, la inquietud retrospectiva causada por el oblatorio ¿no procede de un error demasiado extendido sobre el verdadero carácter de la libertad? La facultad de escoger el mal o un bien menor, la independencia de la persona frente al bien o al mal, el individualismo mezquino o envidioso, todo esto

no es más que la disminución de la libertad. La verdadera libertad consiste en la dependencia profunda, en la adhesión consciente y voluntaria al bien y a Dios. A no ser así, no se comprende la educación que tiene por fin precisamente el crear en nosotros el prejuicio del bien, aun antes de saber lo que es. Y los que quieren que los individuos pertenezcan al Estado más que a la familia, y que se los entregue para su formación a la Universidad so pena de pérdida de derechos, no hacen más que usar ellos del procedimiento que reprochan a la Iglesia.

"Al ofrecer el senador Tertulo a su hijo Plácido a San Benito, no pensaba que practicaba un acto de tiranía; creía que así aseguraba la tranquilidad y la vida eterna de su hijo; estaba convencido de que ni el niño ni Dios le echarían en cara algún día su decisión. De hecho, la mayor parte de los niños ofrecidos de esta manera, se adherían de buen grado más tarde a la profesión que había sido emitida en su nombre. Y los que de buena gana habrían tomado el camino del mundo, ¿tanta lástima merecen por habérselos obligado a quedarse en la casa de Dios? Y en vez de dejarse hipnotizar por los abusos y las defecciones inevitables que ocasionó el oblatorio, ¿no se debe más bien bendecir a una institución que dió tales frutos como San Mauro y San Plácido, San Beda el Venerable, Santa Gertrudis y tantos otros? Si nosotros hubiésemos sido ofrecidos, sólo habríamos conocido

a Dios y no tendríamos otros recuerdos distintos de El, ni tendríamos tampoco que olvidar nada: ¿en qué consistiría la desgracia"[1]?

Vida. — Plácido nació en Roma de la noble familia de los Anicios. Muy niño aún, su padre Tertulo le confió a San Benito en el monasterio de Monte Casino. Fué el discípulo predilecto del Santo, juntamente con San Mauro. San Gregorio ha referido un milagro de que el santo salió beneficiado: un día fué Plácido a por agua al lago, cayó en él y le arrastró la corriente. San Benito mandó a Mauro que fuese en su ayuda; éste obedeció tan puntualmente, que anduvo sobre las aguas sin advertirlo y sacó al joven Plácido. Las *Actas* de su vida nos manifiestan su dulzura, su humildad, su contemplación, su austeridad.

A San Plácido se le consideró como Confesor hasta fines del siglo xi. Entonces apareció la leyenda de que San Benito le había enviado a Sicilia. El martirologio casinense la anotó, pero, por la lógica de las cosas, pronto se tuvo que ver en el Plácido enviado a Sicilia, al mártir de este nombre honrado el 5 de octubre. Pedro diácono, monje casinense del siglo xii, introdujo la Leyenda en su *Vita Placidi,* vida inventada desde el principio hasta el fin que se extendió sólo en un círculo restringido. Sicilia la aceptó, pero haciendo constar en los martirologios de los siglos xii y xiii que esta tradición se habría sobrepuesto a otra más antigua. Actualmente la Orden benedictina celebra la fiesta de San Plácido utilizando el Común de Mártires sin ninguna oración ni lección propia, hasta que llegue el día de juntar en una sola fiesta a los dos primeros discípulos de San Benito, Mauro y Plácido, que una tradición secular había ya unido en la Alta Edad Media en el grupo de los Confesores[2].

[1] Dom Delatte, *Comm. de la Règle,* p. 468.
[2] *Rev. Bén.,* 1921, p. 19-45.

Será conveniente no olvidar en nuestra oración de hoy al grupo notable de mártires de que hace memoria la Iglesia en este día y que sufrieron por la fe en el siglo v.

Oración por los noviciados. — De lo alto del cielo donde estás recibiendo la recompensa de tu docilidad y de tu fidelidad, dígnate, oh San Plácido, no dejar de interesarte por la extensión del reino de Jesucristo en el mundo, por los progresos de la vida perfecta en la Iglesia, por la difusión de la familia monástica cuya gloria eres. En diversos lugares te están confiados los noviciados: en recuerdo de la formación privilegiada cuya insigne ventaja tuviste, vela por los que aspiran a la mejor parte. A ellos sobre todo se aplica la palabra del Evangelio: *Si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos* [1], el reino de los cielos que consiste en la participación anticipada de Dios en este mundo por la vida de unión y a la cual lleva el camino de los consejos. ¡Ojalá hagan ellos recordar a los Angeles tu humildad y dulce sencillez y reconozcan la solicitud de madre de la Sagrada Religión para con ellos, por la docilidad filial que en ti fué correspondencia al afecto especial del legislador de los monjes! ¡Ojalá que a pesar del descrédito del mundo, crezcan para gloria de Dios, en número y en mérito!

---

1 *S. Mateo,* XVIII, 3.

6 DE OCTUBRE

SAN BRUNO, CONFESOR

VIDA CARTUJANA Y CONTEMPLACIÓN. — Entre las varias familias religiosas, a ninguna estima tanto la Iglesia como a la de los Cartujos; con todo, se diría que no hay otra que tome menos parte en los variadísimos servicios en que se emplea en este mundo el celo de los hijos de Dios. Y esto ¿no sería una prueba más de que el celo exterior, por muy loable que sea, no lo es todo ante Dios, ni siquiera lo principal? La Iglesia, y en esto está su fidelidad, aprecia todas las cosas conforme a las preferencias del Esposo; ahora bien, el Señor aprecia mucho menos a sus elegidos por la actividad de su vida, que por la perfección interior de sus almas, y esta perfección se mide por la intensidad de la vida divina, de la cual se dice: "Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto." Y por esta razón la Iglesia anima con los mayores alientos a todo el que es llamado por la gracia a la soledad.

En todas las épocas existió esa llamada al desierto. Desde el Profeta Elías hasta el Padre de Foucauld, es larga la lista de los que, ya en particular, ya en grupo, buscaron lejos del mundo y de su esclavitud, el vivir "con Dios solo y

para Dios solo". Pero la forma de vida eremítica que San Bruno inauguró en la soledad de la Cartuja estaba tan bien equilibrada, que únicamente su Orden no necesitó nunca de reforma. Agrupados en un monasterio, los religiosos viven separados, y tan sólo se juntan para la oración litúrgica. El tiempo que no dedican a la oración está consagrado al trabajo manual o a la lectura.

La Orden cartujana al principio del siglo XIII tendrá una rama femenina y contará hasta 170 monasterios de hombres y 30 de mujeres.

"El Cartujo vive en la soledad para buscar a Dios." Pero ¿por qué?, dicen algunos. ¿No está Dios en todas partes? Sí, Dios es omnipresente; y por eso la dificultad para encontrarle no proviene de El, sino de nosotros mismos, de nuestro espíritu, que es asaltado con mil distracciones por los cuidados del mundo. Por el contrario, una vez que el alma se halla retirada en soledad, se vuelve hacia Dios; y en el silencio, que va creciendo en ella de modo gradual, se deja oír la voz del Espíritu Santo, que antes ahogaban los ruidos de la tierra. Pasmada, el alma corresponde; y en adelante la vida del monje ya no es más que un diálogo infinitamente dulce con el Señor, preludio de la eternidad.

A veces se siente incapaz para traducir al lenguaje humano la alegría divina que le inunda y no sabe más que exclamar con San Bruno

ante las caricias del Esposo: *"O, Bonitas, Bonitas!"*

Pero hay que cumplir algunas condiciones y la primera de todas es la muerte de sí mismo: "Si alguno quiere ser mi discípulo, dijo Jesús, tome su cruz y me siga", es decir, que pase por donde yo pasé, llevando conmigo los pecados de los hombres y muriendo conmigo en la cruz por la Redención del mundo. El lado positivo de la vida contemplativa queda bien indicado por esas palabras: es una muerte, pero en Cristo y para vivir eternamente con El; es un sufrimiento, pero, unido al sufrimiento del Salvador, se enriquece de todos los poderes y de toda la santidad de su Pasión. Y la unión de Jesucristo y su monje llega a ser tal, que Jesucristo la considera "como una segunda humanidad" [1] para continuar y llevar a su término la obra de la Redención.

UTILIDAD DE LOS CONTEMPLATIVOS. — Toda vida religiosa se derrama en el mundo de las almas. Esa vida, santificante para el contemplativo, lo es también de modo principal para el prójimo. "Fácilmente se echa de ver que los que cumplen asiduamente con el deber de la oración y de la penitencia, mucho más aún que los que cultivan con su trabajo el campo del Señor, contribuyen a los progresos de la Iglesia y de la salvación del género humano, porque, si aque-

1 Sor Isabel de la Trinidad.

llos no hiciesen bajar del cielo la abundancia de las gracias divinas para regar ese campo, los obreros evangélicos no sacarían de su trabajo más que frutos bien menguados" [1].

Los hombres no entienden de esta utilidad sobrenatural del contemplativo. El mundo le desprecia porque no comprende más que lo que ve y porque su mirada no puede ir más allá de lo inmediatamente perceptible para los sentidos. Es natural y el mismo Señor tuvo empeño en advertirlo: "Si fueseis del mundo, dijo, el mundo amaría lo suyo; pero, porque no sois del mundo, por eso el mundo os odia" [2]; porque el hombre sólo puede amar en su prójimo lo que él posee en sí mismo.

VIDA. — Bruno nació en Colonia hacia el año 1035. Muy joven aún, se encaminó para Reims, cuyas escuelas eran famosas. Su inteligencia se desarrolló rápidamente y fueron tales sus progresos, que el Arzobispo de Reims le confió pronto el cargo de Maestrescuela de la Catedral, lo que le confería la dirección de los estudios y la inspección de las escuelas de la diócesis. El nuevo maestro tuvo muchos y entusiastas discípulos, entre otros se cuenta Eudes de Châtillon, el futuro Papa Urbano II.

Bruno era sabio y letrado, conocía el griego y el hebreo, y esto, añadido a sus gustos poéticos y a su amabilidad natural, explica el entusiasmo a que daban lugar sus comentarios de la Escritura.

---

1 León XIII, *Testem benevolentiae,* del 22 de enero de 1899.

2 *S. Juan,* XV, 19.

Su creciente autoridad y la reputación de su santidad no tardaron en suscitarle numerosos enemigos. Por haber defendido la justicia y la ortodoxia contra un prelado indigno, perdió Bruno su cargo, sus títulos y sus bienes. Y hasta se le obligó a desterrarse. Cuando volvió en 1082, después de deponer a su perseguidor, se pensó en ponerle de sucesor del prelado simoníaco. Pero Bruno había comprendido la vanidad de las cosas creadas y tenía hecho ya el voto de entregarse a Dios.

Con dos amigos se fué a Molesme, donde San Roberto, San Alberico y San Esteban Harding preparaban una forma de vida monástica que vendría a parar en la Orden Cisterciense. Pero muy fervorosa y todo, la vida que en este monasterio se llevaba no respondía a los deseos de su alma. Necesitaba el silencio y la soledad absoluta. Un ensayo que hizo en un pequeño eremitorio dependiente de Molesme, le convenció más aún de la realidad de esta aspiración; y, al principio de 1084, salió para el Delfinado con algunos compañeros. El Obispo de Grenoble, San Hugo de Châteauneuf, su antiguo discípulo de Reims, recibió con alegría al pequeño grupo que contaba siete personas, y él mismo le llevó al lugar salvaje y entonces casi inaccesible del desierto de la Cartuja.

Al poco tiempo se empezó la construcción de un monasterio y al año siguiente, marzo de 1085, se consagró la iglesia. Este pequeño eremitorio, concebido de un modo totalmente nuevo, iba a servir de modelo para las Cartujas de todo el mundo.

No duró mucho la tranquilidad de Bruno. Desde la primavera de 1090, una carta de Urbano II le ordenaba ir a Roma "para el servicio de la Sede Apostólica".

Pero Dios le llamaba a más alta vocación que los asuntos de este mundo, por útiles que éstos fuesen. El Papa lo comprendió y le concedió por fin permiso para retirarse al desierto, pero con una sola condición, la

de que no saliese de Italia. Sólo unos meses pasó en la Corte Pontificia, y al fin de este mismo año de 1090, marchó Bruno a la soledad de Squillace, donde el Conde de Calabria, Roberto Guiscardo, le había concedido vastos terrenos. Y allí se durmió en la paz del Señor el 6 de octubre de 1101.

Plegaria al Patriarca del Desierto. — Bendice, oh Bruno, el contento agradecido de los hijos de Dios. Tú, que en el curso de tu vida mortal, adornaste el jardín del Esposo con uno de sus más bellos árboles, enseña la virtud de la adoración silenciosa a los hombres ensordecidos por el bullicio de la acción. Guía a las fuentes de la vida a un mundo llevado por una larga incredulidad hasta el borde del abismo.

Tus hijos conservan en la tranquilidad de sus tradiciones, como algo muy querido, ese privilegio de los perfectos que la Iglesia no deja de reconocerles en nuestros tiempos de agitada actividad. Sencilla, como todos ellos, es la Historia de su Orden, en la que lo sobrenatural, no obstante llenarlo todo, parece que huye de lo maravilloso y del milagro. Mantén, oh Bruno, a tus hijos en este espíritu, que ciertamente fué el tuyo, y haz que aprovechemos la enseñanza que nos dan.

Alcance tu oración a todos los contemplativos, e incline hacia ellos el amor divino en cuya fuente te sacias sin interrupción. Guíalos, si no por el silencio del desierto, al menos siempre por la soledad del amor, para que las adoracio-

nes de su vida de holocausto y de acción de gracias, sean consideradas dignas de llenar el incensario de oro que sus ángeles presentan a Dios.

Te formaron dos naciones. Si la Alemania católica te vió nacer, Francia te alimentó y de tal forma modeló tu espíritu, que te han podido llamar Bruno el Francés. Acuérdate de este doble origen, y junta en un mismo amor y en defensa de la misma fe a estos dos pueblos tan vecinos y que viven separados por crueles discordias.

Finalmente, haznos conocer los esplendores del amor divino; descúbrenos los secretos de la belleza "que hace enmudecer", y reúnenos a nosotros, hijos ingratos, en el corazón de nuestro Padre, para que a ejemplo tuyo el mundo comprenda "que lo real es vivir para Dios únicamente"[1].

7 DE OCTUBRE

LA SOLEMNIDAD DEL SANTISIMO ROSARIO

DEVOCIÓN DE LA IGLESIA A MARÍA. — La Liturgia nos ha hecho ver muchas veces desde el principio del año que María, en el plan divino de la Redención, está tan unida a Jesús, que los

[1] Bossuet: *Lettre au Maréchal de Bellefond.*

Al mismo tiempo y conforme se iban desarrollando estos sucesos, San Pío V tuvo la visión de la victoria; se arrodilló para dar gracias a Dios y determinó que en lo sucesivo, el 7 de octubre se celebrase una fiesta en honor de Nuestra Señora de la Victoria, cuyo título fué cambiado por Gregorio XIII en este otro de Nuestra Señora del Rosario.

El Rosario. — Si la costumbre de recitar Padrenuestros y Avemarías remonta a remotísima antigüedad, la oración meditada del Rosario tal como hoy la tenemos, se atribuye a Santo Domingo. Es cierto, al menos, que él y sus hijos trabajaron mucho en propagarle y de él hicieron su arma principal en la lucha contra los herejes Albigenses, que en el siglo XIII infectaban el sur de Francia.

Tiene por fin su práctica hacer revivir en nuestras almas los misterios de nuestra salvación acompañando la meditación de los mismos con la recitación de decenas de *Ave Marías*, precedidas del *Padre nuestro* y seguidas del *Gloria al Padre*. A primera vista, la recitación de tantas *Ave Marías* puede parecer monótona, pero en realidad, con un poco de atención y costumbre, la meditación siempre nueva y más honda de los misterios de nuestra salvación da variedad y abundancia. De todos modos se puede decir sin exageración que en el Rosario se encuen-

tra toda la Religión y como un resumen de todo el cristianismo:

el Rosario es el resumen de la fe: es decir, de las verdades que tenemos que creer; el Rosario nos las presenta de una forma sensible y viva, y a la exposición de esas verdades junta la oración en que se implora la gracia de comprenderlas mejor para gustarlas más todavía;

el Rosario es el resumen de la Moral: pues toda la Moral se resume en seguir e imitar a Aquel que es "el Camino, la Verdad y la Vida". Ahora bien, precisamente por la oración del Rosario obtenemos de María la gracia y la fuerza de imitar a su divino Hijo;

el Rosario es el resumen del culto: porque, uniéndonos a Cristo en los misterios meditados, tributamos al Padre la adoración en espíritu y en verdad que espera de nosotros; y nos unimos a Jesús y a María para pedir con Ellos y por Ellos las gracias de que tenemos necesidad; finalmente,

el Rosario nutre las virtudes teologales y nos ayuda a intensificar nuestra caridad fortaleciendo las virtudes de esperanza y de fe, pues, "por la meditación frecuente de estos misterios, el alma se inflama de amor y de agradecimiento por las pruebas de dilección que Dios nos ha dado; desea con ansia la recompensa celestial que Jesucristo ganó para los que se unan a El imitando sus ejemplos y participando de sus dolores. Durante este rezo la oración se

encontramos siempre juntos y que resulta tan imposible separarlos en el culto público como en nuestra devoción privada. La Iglesia, que proclama a María Medianera de todas las gracias, la invoca continuamente para conseguir los frutos de la Redención que con su Hijo también nos mereció ella. Ha querido comenzar todos los años litúrgicos por el tiempo de Adviento, que es un verdadero mes de María. Ha invitado a los fieles a consagrarla el mes de mayo; ha mandado que el de octubre fuese el mes del Rosario y las fiestas de María son tan numerosas en el Calendario Litúrgico, que no hay un día siquiera en el año en que no sea María festejada en algún punto de la tierra con una u otra advocación por la Iglesia universal, por una Diócesis o alguna Orden religiosa.

La Fiesta del Rosario. — La Iglesia resume hoy en una sola fiesta todas las solemnidades del año: con los misterios del Señor y de su Madre forma como una inmensa guirnalda para unirnos a estos misterios y para hacérnoslos vivir, una triple diadema que coloca en la cabeza de la que Cristo-Rey coronó como Reina y Señora del mundo entero el día de su entrada en la gloria.

Misterios gozosos, que nos repiten una y otra vez la Anunciación, la Visitación, el Nacimiento de Nuestro Señor, la Purificación de María, y el Niño Jesús perdido y hallado en el templo.

Misterios dolorosos de la agonía, de la flagelación, de la corona de espinas, de la Cruz a cuestas y de la Crucifixión. Misterios gloriosos: Resurrección, Ascensión del Señor, Pentecostés, Asunción y Coronación de la Madre de Dios. Es el Rosario de María.

HISTORIA DE LA FIESTA. — La fiesta del Rosario la instituyó San Pío V en recuerdo de la victoria de Lepanto sobre los turcos. Ya se sabe que, en el siglo XVI, los discípulos de Mahomet, después de apoderarse de Constantinopla, de Belgrado y de Rodas, pusieron en peligro serio a toda la cristiandad. El Papa San Pío V, aliado del Rey de España Felipe II y de la República de Venecia, les declaró la guerra. Don Juan de Austria, que llevaba el mando de la flota, recibió órdenes de trabar batalla lo más pronto posible y, por eso, al saber que la flota turca se encontraba en el golfo de Lepanto, fué allí a atacarla. El encuentro ocurrió el 7 de octubre de 1571, junto a las islas de Corfú (Equinadas). En aquel instante, en todo el mundo las cofradías del Rosario oraban con confianza. Los soldados de D. Juan se pusieron de rodillas para implorar el auxilio del cielo y, aunque eran muchos menos, empezaron el combate. Después de una lucha terrible de cuatro horas, de trescientos barcos enemigos, sólo cuarenta pudieron huir; los demás fueron hundidos y 40.000 turcos encontraron la muerte. Europa se había salvado.

consiste en conducirnos a Dios, llevar nuestras oraciones hasta su corazón. Ella es la que nos hace decir los *Padrenuestros* que encuadran las decenas del *Ave* y, como esa oración es la misma de Jesucristo y contiene en su divina perfección todo lo que Dios ha querido que le pidamos, estamos seguros de ser oídos.

MISA

Las alegrías saboreadas en las diversas solemnidades de la Madre de Dios se encuentran en ésta, que las resume todas para nosotros, para los Angeles, y aun para Nuestra Señora. Como los Angeles, ofrezcamos, pues, con Ella, los justos sentimientos de nuestra alegría al Hijo de Dios, Hijo suyo, su Rey y Rey nuestro.

INTROITO

Alegrémonos todos en el Señor, al celebrar esta fiesta en honor de Santa María Virgen: de cuya solemnidad se alegran los Angeles, y alaban juntos al Hijo de Dios. *Salmo:* Brota de mi corazón una palabra buena: dedico mis obras al Rey. ℣. Gloria al Padre.

Los misterios del Hijo y de la Madre son enseñanza y esperanza nuestra. Sean también la regla de nuestra vida mortal y garantía de nuestra eternidad: eso es lo que pide la Iglesia en la Colecta.

COLECTA

Oh Dios, cuyo Unigénito nos alcanzó, por medio de su vida, de su muerte y de su resurrección, los premios de la salud eterna: haz, te suplicamos, que, al recordar estos Misterios en el sacratísimo Rosario de la Virgen Santa María, imitemos lo que contienen y consigamos lo que prometen. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección del libro de la Sabiduría (Prov., VIII, 22-25, 32-35).

El Señor me tuvo consigo desde el principio de sus obras, antes que al principio hiciese él cosa alguna. Desde la eternidad fuí constituída; desde el comienzo, antes que fuese hecha la tierra. No existían aún los abismos y yo estaba ya concebida. Ahora, pues, hijos míos, oídme: Bienaventurados quienes siguen mis caminos: Atended al consejo y sed sabios y no le menospreciéis. Bienaventurado el hombre que me escucha y vela a mis puertas cada día y guarda las jambas de mis entradas. Quien me hallare, hallará la vida y alcanzará del Señor la salvación.

NUESTRA SEÑORA EN SU OFICIO DE EDUCADORA. — No se esquiva el carácter mariano de esta página del libro de los Proverbios diciendo que se aplica al Verbo Encarnado y, que sólo por una interpretación acomodaticia, la Iglesia la aplica a la Santísima Virgen. No anda con juegos de palabras la Iglesia, ni la Liturgia pasa el tiempo en carambolas. Si se trata de vidas que en el pensamiento de Dios y en la realidad están ligadas íntimamente como la vida del Señor y la

expresa con palabras que vienen del mismo Dios, del Arcángel Gabriel y de la Iglesia; está lleno de alabanzas y de saludables peticiones; se renueva y se prolonga en un orden determinado y variado a la vez; produce frutos de piedad siempre nuevos y siempre dulces"[1].

El Rosario une nuestra oración con la de María, nuestra Madre. — "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores." Al saludo respetuoso del Angel, que repetimos humildemente, añadimos en seguida la súplica de nuestra confianza filial. Si la divinidad, aun encarnada, sigue siendo algo temible, ¿cómo vamos a temer a esta mujer de nuestra raza, cuyo oficio es siempre comunicar a las criaturas las riquezas y las misericordias del Altísimo? Confianza filial: en efecto, si la omnipotencia de María proviene de ser la Madre de Dios, que es Omnipotente, su título a nuestra confianza deriva de que es también *Madre nuestra;* y esto, no tan sólo en virtud del testamento que dictó Jesús en la cruz al decir a Juan: "Ahí tienes a tu Madre", y a María: "Ahí tienes a tu hijo", sino, porque en el mismo instante de la Encarnación la Virgen concibió con Jesús a toda la raza humana a la que entonces Jesús se unía.

Como miembros del Cuerpo místico, cuya cabeza es Jesucristo, fuimos formados con Jesús

[1] Encícl. *Octobri mense,* 22 de septiembre de 1891.

en el seno de la Virgen María, y en él permanecemos hasta el día de nuestro nacimiento a la vida eterna.

Maternidad espiritual, pero verdadera, que nos pone con nuestra Madre en relación de dependencia e intimidad las mayores que pueden existir: la intimidad del niño en el seno de su madre.

Y aquí está el secreto de nuestra devoción hacia María: es *nuestra Madre* y como tal sabemos que podemos pedir cualquier cosa a su amor; ¡somos *sus hijos!*

Pero, si la madre, porque es madre, necesariamente piensa en sus hijos, éstos, por razón de su edad, fácilmente se distraen. El Rosario es el instrumento bendito que mantiene nuestra intimidad con María y que nos hace penetrar en su corazón cada vez más hondamente.

Instrumento divino que la Santísima Virgen lleva consigo en todas sus apariciones de un siglo acá, y que no se cansa de recomendarnos. Instrumento de la devoción católica por excelencia, con la que se sienten confortados y a gusto la anciana que no tiene instrucción y el sabio teólogo, porque en ella encuentran el camino luminoso y espléndido, el camino mariano que lleva a Cristo y por Cristo al Padre.

De este modo se cumplen en el Rosario todas las condiciones de una oración eficaz. Nos hace vivir en la intimidad de Nuestra Señora; y, porque es Mediadora, la función de María

vida de su Madre, y unidas en un mismo decreto de predestinación, el sentido que se llama acomodaticio, es en sí y debe ser para nosotros uno de los múltiples aspectos del sentido literal.

"Para honra de Nuestra Señora, tenemos que mirarla como agente de nuestra educación sobrenatural. Nunca somos grandes para Dios, ni para nuestra madre, ni tampoco para la Madre de Dios. Y como no existe cristianismo sin la Santísima Virgen, falta algo a toda vida sobrenatural cuando el amor delicado para la Santísima Virgen no ocupa su lugar en ella junto al amor de Dios.

"Nuestra Señora es todo lo que dice a los que la escuchan y la aman: ejemplo, caridad, influencia persuasiva...

"Ella educó a su Hijo y nos educará también a nosotros. A una madre no se la hace resistencia..." [1].

En el Gradual felicitamos a la Reina del Santísimo Rosario por su conducta admirable, llena de verdad, de justicia, de dulzura, con que se ganó el amor del Rey Supremo. En el Versículo cantamos la nobleza de su raza, que no tiene parecido en el mundo.

GRADUAL

Por la verdad y la mansedumbre y la justicia, hará tu diestra maravillas. ℣. Escucha, hija, y mira e in-

---

1 Dom Delatte: *Homélies sur la Sainte Vierge* (Plon, 1951).

clina tu oído: porque se ha prendado el Rey de tu hermosura.

Aleluya, aleluya. ℣. Hoy es la solemnidad de la gloriosa Virgen María, del linaje de Abraham, nacida de la tribu de Judá, de la clara estirpe de David. Aleluya.

PALABRAS CELESTIALES. — El Evangelio es el mismo que el de la fiesta del Santo Nombre de María, 12 de septiembre. Es el Evangelio de la Encarnación, cuyas palabras dos veces gloriosas tenemos la dicha de volver a leer. Gloriosas y celestiales porque vienen de Dios: el Angel, en efecto, es sólo embajador, sus palabras y su mensaje se los confió Dios; gloriosas porque proceden de Nuestra Señora y sólo Ella pudo dar este relato en una forma tan precisa de pormenores, que dan a conocer al testigo de experiencia inmediata.

MENSAJE DE ALEGRÍA. — "El mensaje es un mensaje jubiloso. La alegría hacía mucho tiempo que se había ausentado del mundo; desapareció con el pecado. Toda la economía antigua y toda la historia del género humano estaban cubiertas con un velo de tristeza, como si en sus relaciones con Dios hubiese tenido el hombre siempre conciencia de una enemistad que aún no estaba expiada. El presente mensaje va precedido de un saludo gozoso y de una llamada pacífica y acariciadora: *Ave,* es la palabra primera de este saludo, que, pronunciado una vez, se estará repitiendo eternamente."

La fe de María. — "La fe de Nuestra Señora fué perfecta. Nunca dudó de la verdad, ni siquiera cuando preguntó al ángel cómo se cumpliría el mensaje. Gabriel reveló el modo virginal de la concepción prometida y en nombre de Dios solicitó el consentimiento a la unión hipostática: para honra de la Virgen y para honra de la naturaleza humana, Dios quiso que dependiese de Nuestra Señora el lugar que iba a ocupar en su creación.

"Y entonces se pronunció libre y conscientemente la palabra divina que se oirá hasta el fin de los siglos: "He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra" [1].

En Nuestra Señora se encuentran todas las gracias, toda luz y toda vida; por su santísimo Rosario, ha multiplicado las flores y los frutos en el jardín de la santa Iglesia. Eso es lo que canta el Ofertorio: por Jesús y con Jesús, no hay ofrenda que acepte Dios y no provenga de María.

OFERTORIO

En mí está la gracia de todo camino y de la verdad, en mí está la esperanza de la vida y de la virtud: yo, como el rosal plantado junto a los ríos de las aguas, he fructificado.

Como lo indica la Secreta, el Rosario piadosamente meditado nos prepara de un modo digno al Sacrificio del altar, memorial augusto y

1 Dom Delatte: *Ob. cit.*

eminente de los misterios cuyo recuerdo en el corazón de los fieles constituye el fin del santo Rosario.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, hagas que nos adaptemos convenientemente a estos dones que van a ser ofrecidos: y que celebremos de tal modo, por medio de los Misterios del sacratísimo Rosario, la vida, la pasión y la gloria de tu Unigénito, que nos hagamos dignos de sus promesas. El cual vive y reina contigo.

Nuestra alma, al salir del sagrado banquete, no puede quedar estéril. A ejemplo de María, flores y perfumes de virtudes tienen que sanear la tierra en su derredor y probar al Esposo que no fué infecunda su visita.

COMUNION

Floreced flores, como el lirio, y dad olor, y echad graciosas ramas, entonad cánticos, y alabad al Señor en sus obras.

¡Ojalá, intercediendo cerca de Dios, Nuestra Señora ayude en nosotros al efecto de este Sacramento y de los misterios en que tan gran parte tomó! La Iglesia lo pide en la Poscomunión.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, seamos ayudados por las preces de tu Santísima Madre, cuyo Rosario celebramos: para que percibamos la virtud de los Misterios que hemos celebrado y alcancemos el efecto de los Sacramentos que hemos recibido. Tú, que vives.

PLEGARIA A NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO. — Te saludo, María, en la suavidad de tus misterios gozosos, y primeramente en la santa Encarnación, que te hizo Madre de mi Salvador y Madre de mi alma, y te doy gracias por la dulce claridad que has traído al mundo.

¡Oh Nuestra Señora de la alegría! Enséñanos las virtudes que hacen mansos los corazones y haz que, en este mundo, donde abundan los dolores, caminen tus hijos en la luz de Dios para que, cogidos de tu mano maternal, logren alcanzar y poseer un día de modo completo el término con que los sostiene tu corazón, es decir, el Hijo de tu amor, Jesucristo Señor Nuestro.

Te saludo María, Madre de los Dolores, en los misterios de más amor, en la Pasión y en la muerte de mi Señor Jesucristo; y, juntando mis lágrimas con las tuyas, querría amarte tanto, que mi corazón, traspasado con el tuyo por los clavos que desgarraron a mi Salvador, sangrase con la misma sangre de los Corazones sagrados del Hijo y de la Madre. Y te bendigo, oh Madre del Redentor y Corredentora, en el rojizo esplendor del Amor crucificado, te bendigo por este sacrificio, que ya antes aceptaste en el Templo y que hoy consumas, ofreciendo en perfecto holocausto a la justicia de Dios a ese Hijo de tu cariño y de tu virginidad. Te bendigo por la sangre preciosa que ahora corre para lavar los pecados de los hombres, la cual tuvo su origen en tu Corazón purísimo; y te ruego, oh

Madre, que me lleves a las cumbres del amor a que sólo se puede llegar mediante una íntima unión con la Pasión y con la muerte de nuestro muy amado Señor Jesús.

Te saludo, oh María, en la gloria de tu Majestad Real. Los dolores de la tierra han dado paso a los goces infinitos, y su púrpura de sangre te ha tejido el manto maravilloso que conviene a la Madre del Rey de reyes y a la Reina de los Angeles. En el esplendor de tus triunfos, Señora digna de nuestro amor, permíteme simplemente levantar mis ojos hacia ti. Mejor que las palabras, te dirán ellos el amor de este hijo tuyo y las ansias que tiene de pasar su eternidad mirándote con Jesús, porque eres bella y eres buena, ¡oh Clementísima, oh Piadosa, oh Dulce Virgen María!

EL MISMO DIA

SAN MARCOS, PAPA; SANTOS MARCELO Y APULEYO, SERGIO Y BACO, MARTIRES

San Marcos sucedió en 336 al Papa San Silvestre. Un epitafio de San Dámaso que se cree que se refiere a él, le alaba "por su vida sin tacha, por la doctrina que continuamente predicó al pueblo, por su desprecio de las honras de esta vida, por la estima que hizo siempre de la virtud. Fué vengador de la justicia, perfecto

amigo de Cristo; su nombre y sus virtudes recuerdan al segundo Evangelista". Su Pontificado fué corto. Erigió dos santuarios, uno en la Vía Ardeatina, y allí está enterrado, y otro en el barrio Pallacino, reconstruído en el siglo IX por Gregorio IV e incluído luego, en el siglo XV, en el palacio que mandó edificar el Papa Paulo II.

De la historia de San Marcelo nada sabemos, y Apuleyo es desconocido en la hagiografía antigua. Y hasta parece que es una deformación de la indicación topográfica del Martirologio que nos hace leer *Apuleius*, en lugar de *in Apulia*.

El mártir San Sergio gozó de gran popularidad en tiempo de Teodoreto, según este autor nos refiere. Su tumba en Rosafa o Sergiópolis, fué un lugar de peregrinación muy visitado por todo el Oriente. En el siglo V y aun en el IV se le dedicaron muchas iglesias, y en Roma, se juntó con su culto el de San Baco, mártir también, que, según dice Antonino de Placencia, descansaba en otra localidad, *in civitate Barbarisso*.

8 DE OCTUBRE

SANTA BRIGIDA, VIUDA

BRÍGIDA Y CATALINA DE SENA. — Santa Brígida es menos conocida que Santa Catalina, que vi-

virá un poco más tarde, pero se parece a ella en muchos aspectos. A diferencia de la virgen de Sena, nuestra Santa aceptó el matrimonio por obedecer a la voluntad de su padre, además de que el Espíritu Santo la inspiró el someterse. Pero su vida brillaría en la Iglesia, de igual modo que la de Catalina, por las revelaciones que iba a recibir del cielo para comunicarlas al mundo, y por los pasos que dió cerca del Papado para volverle a Roma, de donde se había ausentado hacía tanto tiempo.

LAS REVELACIONES. — "Oh Señor, ¿quién te ha tratado de esa manera?" —"Los que me desprecian y olvidan mi amor", la respondió Jesucristo, quien poco después añadía: "Yo soy el Criador de todas las cosas... Tú serás esposa mía, verás las cosas espirituales y penetrarás los secretos del cielo: mi espíritu permanecerá contigo hasta la muerte. Has de saber que no te hablo para ti sola, sino para todos los cristianos..."

Asustada por esas revelaciones de que se sentía tan indigna, Brígida acudía a las mortificaciones que su valentía la sugería, a la manifestación confidencial que hacía a su confesor de las gracias que recibía de Dios y a la inmolación de su voluntad. Dios por otra parte la animaba:

"¿No te mandé honrar a Dios, creer que nada existe sin él, amar con moderación a este mun-

todo el mundo para ganar allí la indulgencia del jubileo de 1350, pero él se quedó en Avignon. Brígida tenía que esperar hasta el 16 de octubre de 1367 para ver al Papa Urbano V entrar en la Ciudad eterna.

Marchó casi inmediatamente a arrojarse a los pies del Sumo Pontífice y a comunicarle la voluntad de Dios referente a la reforma de la Iglesia y a la santidad de la Curia Romana. La Santa pudo ver con alegría que Urbano V no desatendía sus consejos: se suprimieron los abusos que deshonraban la Iglesia, se reconstruyeron los santuarios arruinados, y el supremo poder del Papa quedó reconocido por el pueblo de Roma, los barones y el emperador.

Pero ¡ay! no hacía todavía tres años y Urbano, desanimado, se alejaba otra vez de los sepulcros de los Apóstoles. Lo había predicho la Santa: Volvería a ver Avignon, pero sólo para morir allí. Rogerio de Beaufort, sobrino de Clemente VI, le sucedió con el nombre de Gregorio XI; éste era el que iba a poner fin para siempre al destierro y a entrar en Roma.

La muerte. — Entre tanto los días de Brígida están llegando a su fin. Otra cosechará en la alegría lo que ella sembró en lágrimas; Catalina de Sena, después de la muerte de Brígida, llevará a la Ciudad Santa al Vicario de Jesucristo. En cuanto a Brígida, en 1371 sale para los Santos Lugares, testigos de la vida y de la muerte

de Cristo; y a la vuelta de esta peregrinación postrera, lejos de su tierra natal, en aquella Roma desolada a cuya orfandad no podía ella poner fin, entrega su alma a Dios. Su hija, Catalina, mandó llevar su cuerpo a Escandinavia.

Se le colocó en el monasterio aún sin terminar de construir de Vadstena; era éste una casa en proyecto de la Orden del Salvador, cuyo plan, como todas las empresas que Dios impuso a Brígida, no se realizaría del todo hasta después de su muerte. Veinticinco años antes, casi a la vez, había recibido la orden de fundar y de dejar el piadoso asilo; como si el Señor sólo quisiese poner ante sus ojos la tranquilidad apacible para crucificarla mucho más por el camino tan diverso en que pensaba meterla pronto. ¡Severidad de Dios con los suyos! Independencia soberana de sus dones: así, dejándose ya la Santa desde sus primeros años apasionar por la bella azucena, atributo de las vírgenes, repentinamente se la significó que la flor de sus predilecciones era para otras. *Inútilmente clamé a él,* decía el profeta en el tiempo de la cautividad, que era figura de otra cautividad, cuya amargura estaba saboreando Brígida; *inútilmente clamé a El y le rogué: rechazó mi súplica; me cerró el camino con piedras cuadradas, destruyó mis senderos* [1].

---

[1] Lamentaciones, III, 8-9.

do hecho para el hombre? Lo contrario te enseñaría el espíritu de las tinieblas. Amolda tu conciencia. El demonio puede con permiso mío probar a mis servidores, pero jamás dominará en las almas que creen en mí y que me entregan su amor. El espíritu increado no da lugar a otro amor que no sea el de Dios y por ese amor quedan absorbidos todos los otros amores. El espíritu creado abrasa al alma en los malos deseos que le animan y la anega en la amargura. Predica la nada de las alegrías futuras, la vaciedad de los bienes eternos, ahoga al alma en la impureza en que él se complace. Por el contrario, el Espíritu Santo hace ver la vanidad de este mundo, hasta tal punto que el hombre querría evitar las manchas que contrae en la tierra para lanzarse hacia mí."

De esta manera animaba Dios a su humilde y fiel servidora, y así podemos nosotros también distinguir por los efectos que se producen en nuestras almas a qué espíritu obedecen, si al Espíritu de Dios o al espíritu del mal.

La presencia y las revelaciones de Dios no bastaban para contentar a Brígida. Habría deseado vivir en un claustro, lejos de las miradas, de la admiración y de las vanidades del mundo. Pero Dios la sacó de la soledad y, como en otro tiempo a sus profetas, la confió encargos costosos.

En la corte de Estocolmo. — Otra vez tuvo que presentarse en la corte, en aquella corte que había abandonado a raíz de la muerte de su esposo. Se llegó ante el rey, la reina y los cortesanos y denunció el lujo loco de aquella corte fastuosa y los placeres a que las almas se dejaban arrastrar y avisó que Dios castigaría sin misericordia si no se volvía a una vida más sencilla, si se continuaba abrumando con impuestos injustos a los infelices que vivían en la miseria.

Los Soberanos la recibieron con deferencia, y su palabra, corroborada con milagros, convirtió a muchos pecadores; hasta el rey trabajó en la reforma de su vida y de su reino.

Su misión cerca del Papa. — Pero otra misión más delicada aún la imponía la voluntad divina: "Escribe de mi parte al Papa Clemente VI lo que te voy a decir." Brígida sabía el mal que había hecho a la cristiandad el destierro del Papado en Avignon, las luchas en que estaban metidos los Papas, el lujo de su corte. Tuvo que escribir al Padre Santo las desgracias con que Dios le amenazaba si no trabajaba por poner paz entre los reyes de Francia y de Inglaterra y si no renunciaba personalmente a la ambición y a la codicia, en las que hasta entonces se había complacido. El Papa recibió la carta con respeto y se esforzó por hacer caso de ella. Convocó en Roma a los peregrinos de

El Rosario de Santa Brígida. — Recordemos que Brígida voló a la patria verdadera el 23 de julio de 1373; el 8 de octubre es el día aniversario de la primera Misa que en honor de Santa Brígida celebró el Papa Bonifacio IX al día siguiente de haberla canonizado [1]. Martín V confirmó luego los actos de Bonifacio IX en su honor; aprobó, como él, sus revelaciones; fueron vivamente combatidas en los concilios de Constanza y de Basilea, pero salieron mejor recomendadas a la piedad de los fieles. También son conocidas las preciosas indulgencias inherentes al llamado rosario de Santa Brígida; por un favor de la Sede apostólica, dichas indulgencias se aplican muchas veces en nuestros días a los rosarios ordinarios; pero bueno será recordar que el verdadero rosario de Santa Brígida se componía, según ella, de 63 *Avemarías*, 7 *Padrenuestros* y 7 *Credos* en honor de los años que se presumen vivió Nuestra Señora en este mundo, de sus alegrías y de sus dolores. Esta misma idea de honrar a María fué lo que la hizo conferir la superioridad a la Abadesa en los monasterios dúplices de su Orden del Salvador.

Vida. — Brígida nació en Suecia en 1302. Ya en su infancia fué favorecida con una visión de la Pasión del Señor. Se casó con Ulf, príncipe de Nericia; le supo llevar tan bien, que le incitó a imitarla en la piedad y a entrar en un monasterio de Alvastro don-

[1] 7 y 8 de octubre de 1391.

de murió después de 1344. Brígida escogió entonces un género de vida muy austero, cuya recompensa fueron altísimos favores sobrenaturales, visiones y éxtasis. En 1346 fundaba la nueva Orden del Salvador; escribió al Papa Clemente VI para pedirle que reformase la Iglesia, que dejase Avignon y volviese a Roma. En 1350 la Santa fué a la Ciudad Eterna a ganar la indulgencia del jubileo y, a continuación, visitó los santuarios de Italia y de Palestina. Retornó a Roma, donde murió en 1373. Su cuerpo le llevó a Suecia su hija Catalina. Bonifacio IX la inscribió en el catálogo de los santos el 7 de octubre de 1391.

El viaje a Roma. — Bendígante todos los pueblos, mujer fuerte, sostén de la Iglesia en días desventurados. Cuando el mundo, empobrecido de virtudes, ya no pagaba sus diezmos al supremo Señor, fuiste el tesoro que, descubierto *en las fronteras más remotas* [1], como dice la Escritura, compensó la indigencia de muchos. El Espíritu, implorado por los Apóstoles y por los santos Mártires, pronto te conducía a los lugares donde derramaron su sangre por el Esposo; te presentaste entonces como el navío que desde horizontes remotos trae alimento y vida [2] a regiones desoladas por la esterilidad. A tu voz Roma, agotada ya, vió un rayo de esperanza; a tu ejemplo, expió las faltas de las que procedía su desamparo; y las súplicas de unos y otros la devolvieron, con el corazón del Esposo, el de su Vicario en la tierra.

---

1 *Prov.*, XXXI, 10.
2 *Ibid.*, XXXI, 14.

EL SUFRIMIENTO. — El sufrimiento y el trabajo fueron tu herencia. El día en que con alegría de todos se consumaba tu obra, dejabas este mundo de modo algo parecido al de los héroes de la antigua alianza que saludaron de lejos las promesas cuya realización estaba reservada para otros, y confesaban que eran extranjeros y peregrinos en el mundo [1]. Buscabas, como ellos, una patria [2], no la que habías dejado y a la que podías volver [3], sino la única verdadera, la de los cielos [4]. Por eso, se gloría Dios de llamarse tu Dios [5].

PLEGARIA. — Desde la ciudad eterna en que terminó tu destierro [6], conserva en nosotros el fruto de tus ejemplos y de tus enseñanzas. Tu Orden del Salvador, a pesar de haber venido a menos, los perpetúa en aquellas comarcas donde aún existe; ojalá logre llegar un día en Vadstena a su antiguo esplendor. Por medio de ella y sus émulas, lleva a la Escandinavia a la fe de Anscario, su apóstol, de Erico y de Olaf, sus reyes mártires, a aquella fe tan tristemente perdida. En fin, protege a Roma, cuyos intereses el Señor te confió de un modo particular; y que no conozca otra vez la prueba terrible en cuya supresión gastaste tu vida.

1 *Hebr.*, XI, 13.
2 *Ibid.*, 14.
3 *Ibid.*, 15.
4 *Ibid.*, 16.
5 *Ibid.*
6 *Ibid.*

9 DE OCTUBRE

SAN JUAN LEONARDO, CONFESOR

"Padre de la Congregación de los Clérigos Regulares de la Madre de Dios, famoso por sus trabajos y sus milagros, fundador de misiones para la propagación de la fe", estos son los títulos o calificaciones honoríficas que el Martirologio Romano da a San Juan Leonardo. Ya dicen bastante los servicios que prestó a la Iglesia. El Sumo Pontífice Pío XII, extendió también su fiesta el 3 de abril de 1940 a la Iglesia universal con el rito de doble-menor. Con todo, un indulto de la Sagrada Congregación de Ritos del 2 de mayo de 1941, autoriza a Francia el continuar festejando este mismo día a San Dionisio con el mismo rito de doble-menor y simple memoria de San Juan Leonardo.

Damos aquí la breve biografía que leemos en el Breviario:

Juan Leonardo nació cerca de Luca. Desde su infancia dió pruebas de un espíritu serio y en plena madurez. Dios le llamó a los 26 años a entrar en la milicia eclesiástica; aprendió en primer lugar los rudimentos del latín con los niños, luego hizo tales progresos en las letras, Filosofía y Teología, que antes de los 4 años, fué elevado, por obediencia, al sacerdocio.

Fundó la Congregación de los Clérigos Regulares de la Madre de Dios, cuyos trabajos apostólicos obraron un cambio completo en las almas de Luca. Esto le ocasionó crueles ataques de parte de hombres malvados, pero Juan, padeciéndolo todo con gusto y con ecuanimidad, impetró de Gregorio XIII la aprobación de su Congregación.

Estaba apenado al ver tantos pueblos privados de la luz del Evangelio, en regiones lejanas, y aconsejándose del virtuosísimo obispo Vives, instituyó una sociedad de sacerdotes con la finalidad de instruir a los jóvenes que fuesen aptos para ser enviados a aquellos países a propagar allí la fe.

Después de haber ejercido hasta el extremo el ministerio sagrado, echado sobre la ceniza y cubierto de cilicio, murió en el Señor, en Roma, el 9 de octubre de 1609, a los 76 años de edad; Pío XI le inscribió en el número de los Santos.

SANTIDAD DE JUAN LEONARDO. — "Todos podemos, decía Pío XI, esforzarnos por imitar la pureza perfecta de Juan Leonardo, su amor a la oración y a la penitencia, su ardiente deseo del apostolado. Gracias a estas virtudes no sólo llegó a la cumbre de la perfección cristiana, sino que volvió a buen camino a los que se habían desviado, condujo al puerto de la verdad a los que andaban atormentados por la duda, y finalmente, con su piedad y ardor divino, indujo a muchos, principalmente entre los clérigos, a dejarlo todo y a no desear más que convertirse en heraldos del Evangelio, para curar con la luz y la gracia de Jesucristo a todas las nacio-

nes que yacen en las tinieblas de la muerte"[1]. Participemos de los deseos del Papa y unámonos a la oración de la Iglesia rezando la Colecta de la Misa para implorar la ayuda divina: "Oh Dios, que te dignaste suscitar admirablemente a San Juan, tu Confesor, para propagar la fe entre los gentiles y que por él fundaste en tu Iglesia una nueva familia para instruir a los fieles: danos a nosotros, tus servidores, el aprovecharnos también de sus enseñanzas de modo que recibamos las recompensas eternas. Por Nuestro Señor Jesucristo. Amén."

EL MISMO DIA

CONMEMORACION DE SAN DIONISIO, OBISPO, SAN RUSTICO Y SAN ELEUTERIO, MARTIRES

VIDA DE SAN DIONISIO. — No se ha terminado aún la octava de San Remigio, y ya la Iglesia de Francia celebra a otro de sus protectores: París honra a su primer obispo. Gregorio de Tours nos da a conocer la época en que este obispo instauró una sede eclesiástica en la capital de Parisis, la antigua Lutecia: sucedía ésto siendo cónsules Decio y Grato, a mediados del siglo III,

[1] Homilía de la canonización. A. A. S., 10 de mayo de 1938.

cuando un emperador, afecto a los cristianos, permitía al Papa San Fabián desarrollar la organización de la Iglesia. París se gloría, pues, de haber recibido su propia jerarquía entre las primeras ciudades de la Galia; después de Lyon y de Vienne ciertamente, y poco después de Tolosa, Reims y Tréveris. Su lista episcopal, que es una de las más seguras, viene a confirmar las opiniones de Gregorio de Tours.

Este obispo se llamaba Dionisio. Su nombre, que parece indicar a un griego más que a un latino, no dejará de abrir horizontes risueños a la imaginación de los que más tarde quieran completar una biografía excesivamente breve.

Esta, en efecto, se resume en pocas palabras. Nada dice de los cristianos de Lutecia al llegar el obispo; pero la llegada de éste hace suponer que eran bastante numerosos en la región. Y no lo extrañaremos si pensamos en la situación geográfica de la ciudad y en la importancia de los navegantes parisienses con su continuo tráfico de barcas a través del Sena y afluentes. El autor de una de las vidas de San Dionisio, la más antigua que nos queda, nos habla de "lo animado y alegre que estaba el río".

El obispo multiplica el número de los fieles, organiza los diversos servicios de su Iglesia, construye una basílica. No se puede precisar el emplazamiento de esta primera catedral. Habría que buscarla, sin duda, entre los jardines y las

viñas de la orilla izquierda, que hacían de aquel barrio una colina aislada y bella.

La vida apacible de la comunidad cristiana de París pronto se vió turbada por la persecución, probablemente por la de Valeriano, en 258. La víctima más ilustre fué el obispo Dionisio, con el sacerdote Rústico y el diácono Eleuterio, si hemos de creer a una tradición antigua que ya desde el siglo IV nos lo asegura. El paganismo se hace dueño de la cabeza de la Iglesia con el intento de dispersar de ese modo al rebaño.

.El lugar del martirio tuvo que ser a la orilla del camino de Lutecia a Ruán y a Harfleur, junto al pueblo de Cartulliacum, que después llevaría el nombre del obispo y se llamaría Saint-Denys-en-France. En este lugar el camino o carretera, llamada por los franceses la *Estrée,* pasa cerca de una curva del Sena, a donde se había dado a los verdugos la orden de arrojar los cuerpos. Pero una persona rica, ya cristiana de corazón aunque no había recibido aún el bautismo, consiguió sacar los preciosos despojos: la historia dice en términos un poco velados que compró a los verdugos: esto era una práctica corriente, casi oficial.

Los tres mártires no cesaron hasta el último momento de afirmar su fe en el verdadero Dios, y aun con "la cabeza cortada parecía palpitar todavía su lengua y alabar al Señor". Los cuerpos son enterrados rápidamente en un campo donde al verano siguiente el trigo brotó más

pujante que en otras partes. Una vez pasada la persecución, vuelve a cubrir las reliquias un modesto sepulcro. Los fieles van a rogar allí de buen grado y Santa Genoveva hacia el 475 construirá una iglesia.

LOS TRES DIONISIOS. — Los Merovingios, al fijar en París la capital del reino, se sienten naturalmente inclinados a venerar el sepulcro de San Dionisio. Nadie le gana en devoción al rey Dagoberto, que se obliga en 630 a decorar la basílica suntuosamente. Dicha basílica era por entonces una de las más importantes del obispado de París; está servida por un clero propio y por un grupo de monjes. Estos aceptaron pronto la Regla de San Benito, condescendiendo con la recomendación que de ella hacía a todos los monasterios la piadosa reina Santa Batilde.

Al siglo siguiente Fulrado construye la nueva basílica en el mismo sitio en que hoy se encuentra; la dedicación se celebra el 24 de febrero de 775. En esta fecha se trasladan a ella las reliquias de la antigua basílica de la *Estrée,* que queda dependiendo de la Abadía. El culto de San Dionisio recibe mayor esplendor. Pero, por razón de este culto solemne, se desea una vida más particularizada del santo obispo: Hilduino la redacta influído por una idea que ya se había hecho corriente: el patrón del monasterio no puede ser otro, sino el Dionisio, miembro de Areópago de Atenas, convertido por San

pablo. Ahora bien, por este tiempo, después que han pasado casi tres siglos, se ha confundido ya a Dionisio el Areopagita con otro Dionisio, Dionisio el Místico, autor de muchos tratados de teología, recomendables por lo elevado del pensamiento y la riqueza del simbolismo.

Esta confusión de tres personajes en uno, si bien embrolla un poco los datos de la historia, tiene algunas consecuencias felices, porque orienta al famoso monasterio y a otros muchos hacia una corriente de espiritualidad muy teológica; a la vez hace estudiar a los monjes las cosas de Grecia y de Bizancio, de las que toman muchos cantos, sobre todo de la célebre Misa griega de San Dionisio...

Oración: "Omnipotente Dios, otorga a tus elegidos que luchan en el combate la corona de la gloria y, como botín, la recompensa del reino celestial. Entre ellos, tu atleta Dionisio, juntamente con Eleuterio y Rústico, confesando tu nombre, fué consagrado con la palma del martirio. Concédenos, Redentor del mundo, ya que nuestros méritos nada valen, que sus sufragios nos consigan el perdón."

EL MISMO DIA

SAN LUIS BELTRAN, O. P., CONFESOR

Nacido en Valencia en 1526, entró Luis a los 20 años en la Orden de Predicadores, donde

no tardó en ser favorecido con toda clase de regalos sobrenaturales. En 1562, sus superiores le enviaron a misionar en las tierras de América. Trabajó durante ocho años en el Virreinato de Nueva Granada, catequizando, bautizando y levantando iglesias. Los indios caminaban tras él, cubriendo las llanuras y gritando: ¡Padre, padre! Más de 15.000 bautizó en un solo día en la falda del monte de Santa Marta. Desde 1570 le vemos de nuevo en España gobernando varios conventos. A la puerta de su celda se leían estas palabras, reveladoras de su carácter: "Si intentase dar gusto a los hombres, no sería siervo de Cristo". Como norma de conducta había tomado esta sentencia: "Menospreciarse a sí mismo, no menospreciar a nadie, menospreciar al mundo, y menospreciar el ser menospreciado." Murió en 1581, en el palacio del patriarca Ribera, que era su amigo.

Envía, Señor, de continuo a tu Iglesia hombres del temple de San Luis Beltrán, que ellos convertirán los eriales tristes e infecundos de nuestro suelo, en vergeles paradisíacos que hagan las delicias del Señor y el encanto de los ángeles y de los santos del mundo entero. Así sea.

10 DE OCTUBRE

SAN FRANCISCO DE BORJA, CONFESOR

El 30 de septiembre de 1572 Francisco de Borja, tercer General de la Compañía de Jesús, entregaba su alma a Dios con la serenidad confiada del hombre que siempre cumplió con su deber.

Sus obligaciones habían sido muy diversas en su vida agitada. Biznieto de Alejandro VI, y sucesivamente elegante y diestro jinete, confidente del Emperador Carlos V, Virrey de Cataluña, jesuíta, Vicario general de la Compañía en España, luego sucesor de San Ignacio, y por fin, legado de la Santa Sede; Francisco tuvo siempre empeño en servir antes que a nadie al Rey del cielo y militar bajo de su bandera, y no debajo de la de los poderosos de la tierra.

La "conversión". — Del mundo, de sus placeres y de sus honores se formó pronto un juicio exacto. Estando todavía en la corte del Emperador, Francisco cayó enfermo y aprovechó sus ratos libres para leer, no novelas de caballería, sino los Evangelios, las Epístolas de San Pablo, libros ascéticos y vidas de Santos. Como Ignacio cuando estuvo herido, así se aprovechó él de sus lecturas y dió sus primeros pasos en la oración.

La muerte de la Emperatriz Isabel, acaecida en 1539, le trajo una gracia de luz más clara sobre la vanidad de todas las cosas y desde entonces comenzó a "reformar" su vida, que era ya edificante por cierto, y a darse a la lectura, a la oración y a la mortificación.

El Virrey de Cataluña. — Dios que le quería todo para sí, le privó de su esposa el 27 de marzo de 1546. Y Francisco se sintió inclinado hacia la nueva Orden que tanto contribuía a la reforma de la Santa Iglesia. No le faltaron dificultades en el camino para impedirle seguir su plan: continuó administrando por algún tiempo el ducado que le estaba encomendado, con aquel tacto, desasimiento y solicitud por la justicia que siempre había mostrado en todas las cosas, sacrificándolo todo antes que dejar de cumplir lo que le decía su conciencia que era su obligación. Caritativo con los pequeños, los pobres y los enfermos y devoto de sus amigos, daba a sus hijos, además de los consejos de que habían menester, el más acabado ejemplo de vida cristiana y perfecta que ellos podían desear. Como sabía vivir según su condición de Grande de España, así brillaba en él más que ninguna otra cosa su virtud eminente. Se hacía temer de los señores revoltosos y sin escrúpulos, y, al contrario, a sus enemigos les concedía el perdón con generosidad. Rompiendo con las costumbres de su siglo, comulgaba todos los días,

pasaba largas horas en oración y no consentía que los pasatiempos y juegos pudiesen ser en su casa una ocasión para ofender a Dios.

El Jesuíta. — Y mientras Carlos V estaba pensando llamar a la corte a este servidor insigne, Francisco, valiéndose de un privilegio que había solicitado San Ignacio, emitía su profesión solemne el 2 de febrero de 1548, aun antes de entrar en la Compañía de Jesús; sólo tres años más tarde le franquearon las puertas.

Su vida entonces se hizo más recogida, más mortificada, hasta tal punto que San Ignacio tuvo que darle algunos consejos prudentes. Toda España se admiró de este cambio: Francisco no pensaba más que en ocultarse. Pero tenía que predicar y exteriorizarse y las muchedumbres acudían a él conmovidas por la unción de su palabra y más todavía por el brillo de su santidad.

General de la Compañía de Jesús. — Aunque hombre de acción, Francisco tenía que ser sobre todo, hombre de oración. Nadie como él conservó tanta intensidad de vida interior entre las muchas y variadísimas ocupaciones. Su jornada se convertía para él en un día de oración, pero una oración continua, de forma que se veía que su mirada y su corazón estaban fijos en Dios. Por su gusto habría llevado una vida enteramente contemplativa: Dios no quiso satisfa-

ñanza. Se dió el Santo a ello con celo, redactó e hizo publicar las reglas de la Compañía y los Ejercicios espirituales de su padre San Ignacio, remedió algunos pequeños abusos, consolidó la formación intelectual y espiritual de los religiosos jóvenes, envió misioneros por el mundo y puso muchos a disposición de San Carlos Borromeo y del Papa San Pío V.

Habría deseado presentar la dimisión del cargo y marchar a países de misión con el fin de derramar su sangre por Cristo. No se realizó su sueño; pero al menos felicitaba con todo cariño a aquellos de sus hijos que sufrían por la fe en tierras lejanas, los consolaba con sus cartas y los ayudaba con su oración, y tuvo la gloria de contar entre sus hijos sesenta y seis mártires.

Murió en Roma al regresar de una legación emprendida con el intento de formar una liga contra los turcos, siempre peligrosos para la cristiandad; su compatriota, la gran mística Teresa de Avila, le proclamaba ya Santo.

VIDA. — Francisco nació el 28 de octubre de 1510. Su infancia y su juventud se deslizaron con tal piedad

des, no tardó San Ignacio en nombrarle su Vicario General en España y el 2 de julio de 1565 llegaba a ser el tercer General de la Compañía. Aumentó el número de sus casas y envió misioneros a Polonia, a Méjico, al Perú, a las Indias.

Sus muchas tareas no le impedían dedicar largas horas a la oración, su caridad le hacía todo para todos, su humildad rebuscaba los más humildes empleos y sabía rehusar los honores que se le ofrecían. A la vuelta de una legación que el Papa le había confiado, murió en Roma, el 30 de septiembre de 1572. Los muchos milagros que obró, indicaron el crédito de que gozaba cerca de Dios, y Clemente XII le canonizó el 21 de junio de 1670, al mismo tiempo que a los santos Cayetano, Felipe Benicio, Luis Beltrán y Santa Rosa de Lima.

LA HUMILDAD. — "Señor mío Jesucristo, modelo de la humildad verdadera y su recompensa; tú, que hiciste al bienaventurado Francisco tu imitador glorioso en el desprecio de los honores de la tierra, haz que, imitándote como él, tengamos parte en tu gloria"[1]. Es la oración que la Iglesia dirige a Jesucristo con tus auspicios. Y sabe ella que el crédito de los santos, siempre grande cerca de Dios, lo es sobre todo para obtener a sus devotos clientes la gracia de

¡Qué preciosa se presenta en ti esta prerrogativa, oh Francisco, ya que la ejerces en el campo de la virtud que atrae toda clase de gracias en este mundo y es prenda de toda grandeza en el cielo! Desde que el orgullo precipitó a Lucifer en los abismos y las humillaciones exaltaron al Hijo de Dios por encima de los cielos [1], la humildad, dígase lo que se quiera en nuestros tiempos, no ha perdido nada de su inapreciable valor; continúa siendo el fundamento indispensable de todo edificio espiritual o social que aspira a la permanencia, la base sin la cual ninguna virtud, ni la caridad siquiera, podrían subsistir. Oh Francisco, consíguenos el ser humildes; descúbrenos la vanidad de los honores del mundo y de sus falsos placeres. Ojalá la Santa Compañía, cuyo valor para la Iglesia tú supiste, después de Ignacio, aumentar, conserve como algo muy querido este espíritu, que fué el tuyo, con el fin de crecer siempre en el aprecio del cielo y en el agradecimiento del mundo.

11 DE OCTUBRE

LA MATERNIDAD DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA

EL TÍTULO DE MADRE DE DIOS. — Entre todos los títulos de alabanza tributados a Nuestra Se-

[1] *Flp.*, II, 6-11.

ñora no hay ninguno más glorioso que el de Madre de Dios. Ser Madre de Dios es el porqué de María, el secreto de sus gracias y de sus privilegios. Para nosotros este título encierra en sustancia todo el misterio de la Encarnación; y no hay otro por el que podamos con más razón felicitarla a ella y regocijarnos nosotros. San Efrén justamente pensaba que, para dar uno prueba cierta de su fe, le bastaba confesar y creer que la Santísima Virgen María es Madre de Dios.

Y por eso la Iglesia no puede celebrar ninguna fiesta de la Virgen María sin alabarla por este augusto privilegio. En su Inmaculada Concepción, en su Natividad, e igualmente en su Asunción, siempre saludamos en ella a la Santa Madre de Dios. Y eso es precisamente lo que hacemos nosotros también al repetir tantas veces a diario el Ave María.

La herejía nestoriana. — "Teotokos, Madre de Dios": así se la llamó a María en todo tiempo. Hacer la historia del dogma de la maternidad divina sería hacer toda la historia del cristianismo. El nombre *Teotokos* de tal forma había penetrado en el espíritu y en el corazón de los fieles, que se armó un escándolo enorme el día el que ante Nestorio, obispo de Constantinopla, un sacerdote, portavoz suyo, tuvo la osadía de pretender que María no era Madre más

que de un hombre, porque era imposible que un Dios naciese de una mujer.

Pero entonces ocupaba la silla de Alejandría un obispo, San Cirilo, a quien Dios suscitó para defender el honor de la Madre de su Hijo. Al punto hizo pública su extrañeza: "Estoy admirado de que haya hombres que pongan en duda que a la Santísima Virgen se la pueda llamar Madre de Dios. Si Nuestro Señor es Dios, ¿cómo podrá ser que María, que le dió al mundo, no sea Madre de Dios? Esta es la fe que nos transmitieron los discípulos, aunque no se sirviesen de este término; es también la doctrina que nos enseñaron los Santos Padres."

EL CONCILIO DE EFESO. — Nestorio no admitió cambio alguno en sus ideas. El emperador convocó un Concilio, que inauguró sus sesiones en Efeso el 22 de junio del 431; en él presidió San Cirilo, como legado del Papa Celestino. Se juntaron 200 obispos; proclamaron que "la persona de Cristo es una y divina y que la Santísima Virgen tiene que ser reconocida y venerada por todos como realmente Madre de Dios". Al saberse esta noticia, los cristianos de Efeso entonaron cantos de triunfo, iluminaron la ciudad y acompañaron a sus domicilios con antorchas a los obispos "que habían venido, gritaban, a devolvernos la Madre de Dios y a ratificar con su autoridad santa lo que estaba escrito en todos los corazones".

Y, como ocurre siempre, los esfuerzos del diablo sólo sirvieron para preparar y suscitar un triunfo magnífico a Nuestra Señora; los Padres del Concilio, así cuenta la tradición, para perpetua memoria añadieron al *Ave María* esta cláusula: "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte": oración que desde entonces recitan todos los días millones de almas para reconocer en María la gloria de Madre de Dios que un hereje la quiso arrebatar.

La fiesta del 11 de octubre. — El año 1931, al celebrarse el centenario XV del Concilio, pensó Pío XI que sería "útil y grato a los fieles el meditar y reflexionar sobre un dogma tan importante" como es el de la maternidad divina. Para que quedase perpetuo testimonio de su piedad a María, escribió la Encíclica *Lux Veritatis,* restauró la basílica de Santa María la Mayor de Roma y además instituyó una fiesta litúrgica, que "contribuiría al aumento de la devoción hacia la Soberana Madre de Dios entre el clero y los fieles, y presentaría a la Santísima Virgen y a la Sagrada Familia de Nazaret como un modelo para las familias", para que así se respeten cada vez más la dignidad y la santidad del matrimonio y la educación de la juventud.

En las fiestas del 1.° de enero y en las del 25 de marzo tuvimos ocasión de considerar lo que para María lleva consigo su dignidad de

Madre de Dios. El tema, por decirlo así, es inagotable: podemos detenernos hoy todavía unos momentos más.

MARÍA EXTERMINADORA DE LAS HEREJÍAS.—"Alégrate, oh Virgen María, porque tú sola has destruído en todo el mundo todas las herejías." Esta antífona de la Liturgia demuestra claramente que el dogma de la maternidad divina es el sostén y la defensa de todo el cristianismo. Confesar la maternidad divina, vale tanto como confesar, en el Verbo Encarnado, la naturaleza humana y la naturaleza divina, y también la unidad de persona; es afirmar la distinción de personas en Dios y la unidad de su naturaleza; es reconocer todo el orden sobrenatural de la gracia y de la gloria.

MARÍA ES CON TODA VERDAD MADRE DE DIOS.—Ahora bien, es fácil reconocer que María es con toda propiedad Madre de Dios. "Si el Hijo de la Santísima Virgen es Dios, escribía Pío XI en su Encíclica *Lux Veritatis,* la que le engendró debe llamarse Madre de Dios; si la persona de Jesucristo es una y divina, no cabe duda ninguna que todos tienen que llamar a María Madre de Dios y no sólo Madre de Cristo-hombre... Del mismo modo que a las demás mujeres se las llama madres, y lo son realmente, porque en su seno formaron nuestra sustancia caduca y no porque creasen el alma humana,

así alcanzó la Virgen la maternidad divina por el hecho de haber engendrado a la única persona de su Hijo."

CONSECUENCIAS DE LA MATERNIDAD DIVINA. — De aquí se derivan como de una misteriosa y viva fuente la gracia especial de María y su suprema dignidad después de Dios. La Bienaventurada Virgen María tiene una dignidad casi infinita, dice Santo Tomás, y proviene del bien infinito que es Dios. Cornelio a Lapide explica así estas palabras: es Madre de Dios: sobrepuja, por consiguiente, en excelencia a todos los Angeles, Querubines y Serafines. Es Madre de Dios: es, por tanto, la más pura y las más santa de todas las criaturas, y, excepción hecha de Dios, no es posible figurarse mayor santidad que la de la Santísima Virgen. Es Madre de Dios: por eso, se la concedió a ella su privilegio antes que a cualquier Santo se concediese cualquier privilegio del orden de la gracia santificante".

DIGNIDAD DE MARÍA. — Este privilegio de la divina maternidad relaciona a María con Dios con una relación tan particular y tan íntima, que no hay dignidad creada que pueda compararse con la suya. Esa dignidad la pone en relación inmediata con la unión hipostática y la hace entrar en relaciones íntimas y personales con las tres personas de la Santísima Trinidad.

María y Jesús. — La maternidad divina une a María con su Hijo con un lazo mucho más fuerte que el de las demás madres con respecto a sus hijos. Estas no son las únicas que intervienen en la generación, mientras que la Santísima Virgen fué ella sola la que produjo a su Hijo, el Hombre-Dios, de su propia sustancia, Jesús es fruto de su virginidad. Pertenece a su Madre porque ella le concibió y le dió a luz en el tiempo, ella le alimentó con la leche virginal de sus pechos, ella le educó, ella ejerció sobre El su autoridad maternal.

María y el Padre. — La maternidad divina liga a María con el Padre de una manera que no se puede expresar con palabras humanas. María tiene por Hijo al mismo Hijo de Dios; imita y reproduce en el tiempo la generación misteriosa por la que el Padre engendra a su Hijo en la eternidad. Y de ese modo llega a ser la coasociada del Padre en su Paternidad: "Si el Padre nos ha dado pruebas de un afecto sincero, decía Bossuet, porque nos ha dado a su Hijo por Maestro y Salvador, el amor inefable que siente por ti, oh María, le hizo concebir otros muchos planes en nuestro favor. Dispuso que fuese tan tuyo como de El; y, para formar contigo una sociedad eterna, quiso que fueses la Madre de su único Hijo y ser El el Padre del tuyo" [1].

1 Sermon sur la dévotion à la Sainte Vierge.

MARÍA Y EL ESPÍRITU SANTO. — La maternidad divina une igualmente a María con el Espíritu Santo, ya que por el Espíritu Santo concibió al Verbo en su seno. León XIII llama a María: Esposa del Espíritu Santo [1]. Y María es su santuario privilegiado a causa de las maravillas inauditas de la gracia que ese Espíritu divino obró en ella.

"Si Dios está con los Santos, concluye San Bernardo, está con María de un modo particularísimo; porque, entre Dios y ella la conformidad es tan perfecta, que Dios se ha unido no sólo a su voluntad, sino también a su carne, y de su sustancia y de la sustancia de la Virgen, hizo un solo Cristo; Cristo, aunque no procede en lo que es, ni todo completo de Dios ni todo completo de la Virgen, no deja de ser, esto no obstante, todo entero de Dios y todo entero de la Virgen; pues no hay dos hijos, sino uno solo, que lo es de Dios y de la Virgen. Por eso la dice el ángel: *Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo*. Está contigo no sólo el Señor Hijo, a quien tú revistes de tu carne, sino el Señor Espíritu Santo, de quien tú concibes y el Señor Padre, que ha engendrado al que tú concibes. El Padre está contigo y hace que su Hijo sea tuyo; el Hijo está contigo y, para realizar en ti el admirable misterio, se abre milagrosamente para sí tu seno, pero res-

[1] Encíclica *Divinum munus*, 9 de mayo de 1897.

petando el sello de tu virginidad; el Espíritu Santo está contigo y juntamente con el Padre y el Hijo, santifica tu seno. Ciertamente, el Señor está contigo"[1].

MISA

El Introito recuerda la célebre profecía de Isaías que anuncia la concepción virginal del Mesías y su nombre de Emmanuel "Dios con nosotros".

INTROITO

He quí que una Virgen concebirá y dará a luz un hijo, y se llamará su nombre Emmanuel.—*Salmo:* Cantad al Señor un cántico nuevo: porque ha hecho maravillas. ℣. Gloria al Padre.

Ya el día de la Anunciación nos encontramos con esta Colecta, en la cual la Iglesia se gloría de su fe en la maternidad divina y reclama, por este título, la intercesión omnipotente de María cerca de Dios.

COLECTA

Oh Dios, que quisiste que, al anuncio del Angel, tu Verbo se encarnase en el seno de la Bienaventurada Virgen María: suplicámoste hagas que, los que creemos que ella es verdadera Madre de Dios, seamos ayudados ante ti por su intercesión. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo.

---

1 III Homilia *super Missus est.*

EPISTOLA

Lección del libro de la Sabiduría (Ecli., XXIV, 23-31).

Yo, como la vid, exhalo suave olor: y mis flores dan frutos de gloria y de riqueza. Yo soy la Madre del amor hermoso, y del temor, y de la ciencia, y de la santa esperanza. En mí está la gracia de todo camino y de la verdad: en mí la esperanza de la vida y de la virtud. Venid a mí, todos los que me deseáis, y seréis colmados de mis frutos. Porque mi espíritu es más dulce que la miel y mi herencia más que la miel y el panal. Mi memoria durará por todos los siglos. Los que me coman, tendrán aún más hambre: y, los que me beban, tendrán todavía mas sed. El que me escuche, no será confundido; y, los que obren movidos por mí, no pecarán. Los que me den a conocer, tendrán la vida eterna.

Con razón aplica la Iglesia aquí también a Nuestra Señora un texto que se escribió del Mesías. ¿No es ella por ventura la verdadera viña, la que nos dió la vid generosa que recibimos todos los días en la Eucaristía? ¿Hay gloria comparable a la suya, que, sin cesar de ser virgen, ha llegado a ser la Madre de Dios? También la Iglesia la alaba con gozo por ser la Madre del amor hermoso y nos induce a ir con confianza a ella, ya que en María se encuentra toda esperanza de vida y de virtud y que los que la escuchan nunca serán confundidos.

San Jerónimo, en el segundo domingo de Adviento, nos dió la explicación del texto de Isaías que constituye el Gradual: "La rama sin nudo

ninguno que sale del tronco de Jessé, es la Virgen María y la Flor es el mismo Salvador, que dice en el Cantar de los Cantares: Yo soy la flor de los campos y el lirio de los valles". Y el versículo del Aleluya canta la admiración de la Iglesia por la joven Virgen que lleva consigo al que encierra dentro de sí al universo.

GRADUAL

Saldrá una vara del tronco de Jessé, y brotará un vástago de su raíz. ℣. Y reposará sobre él el Espíritu del Señor.

Aleluya, aleluya. ℣. Oh Virgen, Madre de Dios: Aquel a quien todo el orbe no puede contener, se encerró, hecho hombre, en tus entrañas, Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Lucas (Lc., II, 43-51).

En aquel tiempo, al volver ellos, quedóse el Niño Jesús en Jerusalén y no lo notaron sus padres. Y, creyendo que estaría en la caravana, anduvieron camino de un día, y le buscaron entre los parientes y conocidos. Y, no encontrándole, tornaron a Jerusalén en busca suya. Y sucedió que, después de tres días, le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles. Y se admiraban todos los que le oían, de su prudencia y de sus respuestas. Y, al verle, se admiraron. Y díjole su Madre: Hijo, ¿por qué has obrado así con nosotros? He aquí que tu padre y yo te hemos andado buscando con dolor. Y díjoles: ¿Por qué me buscábais? ¿No sabíais que es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre? Y ellos no entendieron la respuesta que les dió. Y bajó con ellos, y fué a Nazaret: y estuvo sujeto a ellos.

EL AMOR DE JESÚS PARA SU MADRE. — "Si nos fuese permitido, escribe el P. Lagrange [1], llevar hasta este extremo el análisis de su desarrollo humano, yo diría que en El, en Jesús, como en otros, se nota algo que denota la influencia de María. Su gracia, su exquisita delicadeza y su indulgente dulzura no son más que de María. Esto sobre todo distingue a los que con frecuencia han sentido su corazón templado por la ternura maternal y afinado su espíritu por las palabras de la mujer venerada y tiernamente querida que se complacía en formarlos para todas las más delicadas circunstancias de la vida." De verdad que Jesús fué como lo decían sus paisanos, el "hijo de María" [2].

"Y si Jesús recibió tanto de ella, El la amó también infinitamente: como Dios, la escogió y otorgó sus prerrogativas únicas de virginidad y pureza inmaculada, junto con la gracia de la maternidad divina; y, como hombre, quísola con tanta ternura y lealtad, que su última solicitud, estando ya en la cruz en medio de torturas espantosas, fué para ella: "Mujer, ahí tienes a tu hijo; ahí tienes a tu Madre."

"Este doble amor le hizo también escoger para su Madre la ocupación más digna de ella: el profeta le había vaticinado a El como servidor de Yahveh, y su Madre fué la esclava del

---

1 *L'Evangile de Jésus-Christ*, p. 50.
2 *S. Marcos*, VI, 3.

Señor por el olvido de sí misma, por la devoción con que le sirvió y por el desprendimiento más perfecto: "Mejor es dar que recibir". Cristo escogió para sí esta felicidad e hizo de ella participante a su Madre. Y, porque María apreció en todo su valor este regalo, quiso dejar señalados con particular detenimiento estos rasgos de la infancia que la superficialidad de algún lector encontrará demasiado severos: "¿Por qué me buscábais?" No sabíais que es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre?" [1]. Y luego en Caná: "Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí?" [2]. Y en Cafarnaum: "¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?" [3]... Jesús tiene empeño en darnos este ejemplo del desprendimiento que nos exige a nosotros" [4].

OFERTORIO

Estando desposada su Madre María con José, fué hallada haber concebido del Espíritu Santo.

SECRETA

Con tu propiciación, Señor, y por la intercesión de la Bienaventurada siempre Virgen María, Madre de tu Unigénito, aprovéchenos esta oblación para la perpetua y presente prosperidad y paz. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo.

---

1 *S. Lucas,* II, 49.
2 *S. Juan,* II, 4.
3 *S. Marcos,* III, 33.
4 *La Vida y Doctrina de Jesucristo Nuestro Señor,* por el P. Julio Lebretón, S. J., págs. 56-57. 3.ª ed. Ediciones PAX-Madrid-1952.

Alimentados ahora mismo con el Cuerpo y la Sangre del Señor, pensemos en la dicha que sentiría María llevando consigo durante nueve meses al Hijo eterno del Padre. Unámonos, pues, a la mujer que un día la ensalzó por su privilegio y, sobre todo, roguemos a María que nos haga partícipes de la salvación que ella recibió antes que nadie.

COMUNION

Bienaventuradas las entrañas de la Virgen María, que llevaron al Hijo del Padre eterno.

POSCOMUNION

Purifíquenos de todo pecado, Señor, esta Comunión: y, por intercesión de la Bienaventurada siempre Virgen María, Madre de Dios, háganos partícipes del remedio celestial. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo.

MARÍA, MADRE NUESTRA.—Al saludarte hoy con tu bello título de Madre de Dios, no olvidamos que "por haber nacido de ti el Redentor del género humano, por eso mismo, eres Madre benevolentísima de todos nosotros, a quienes Jesucristo ha tomado por hermanos. Al escogerte por Madre de su Hijo, Dios te inculcó sentimientos muy de madre que sólo destilan amor y perdón" [1].

---

[1] Pío XI; Encíclica *Lux Veritatis.*

"Oh Virgen Santísima, dulce es a tus hijos afirmar de ti todo lo que hay de glorioso, todo lo que es magnífico; y, al hacer ésto, no se apartan de la verdad, quedan cortos en lo que te mereces [1]. Porque tú eres la maravilla de las maravillas, y de cuanto existe o existirá, nada hay, excepto Dios, tan magnífico como tú" [2].

Acuérdate de nosotros en la gloria del cielo donde estás; te lo pedimos con sumo gozo y con toda confianza. "El Omnipotente está contigo y tú también eres omnipotente con El, omnipotente por El, y omnipotente cerca de El", como dice San Buenaventura. Puedes presentarte ante Dios, no tanto para rogar como para disponer: sabes que Dios atiende infaliblemente a tus deseos. Es verdad que somos pecadores, pero por nosotros llegaste a ser Madre de Dios, y "nunca se ha oído decir que haya sido desamparado ninguno de los que acudieron a tu protección. Animados con tal confianza, acudimos a ti y, gimiendo por el peso de nuestros pecados, nos prosternamos a tus pies. Madre del Verbo Encarnado, no desprecies nuestras súplicas, antes bien dígnate oírlas y cumplirlas" [3].

---

1 Basilio de Seleucia, *Homilía* 39, n. 6; *P. G.*, 85, c. 452.
2 Isidoro de Tesalónica, *Sermón para la Presentación de María; P. G.*, 189, c. 69.
3 *S. Bernardo.*

12 DE OCTUBRE

NUESTRA SEÑORA DEL PILAR, PATRONA DE ESPAÑA

Conocido de todos los españoles es el relato de la antigua y piadosa tradición. Caminaba por las riberas del Ebro el Apóstol Santiago, anunciando la buena nueva a los iberos valientes e indómitos. La indiferencia de sus oyentes le tenía apesadumbrado y estaba ya a punto de desmayar cuando la Virgen María se le presentó una noche, anunciándole que aquellos trabajos suyos no serían estériles y que la semilla por él derramada y protegida cariñosamente por sus manos virginales, daría frutos de bendición a través de los tiempos. Alentado por esta visión, el Apóstol prosiguió su obra evangelizadora, conservando imborrable el recuerdo de aquel lugar que había sido santificado con la presencia de la Madre de Dios y del Pilar en que se habían posado sus plantas.

Allí se levantó más tarde un templo que es la actual basílica del Pilar en Zaragoza, fuente de gracias, escenario de perdones y conversiones, centro de peregrinaciones que acuden allí de toda España, que considera a la Virgen del Pilar como su celestial patrona, y al Pilar mismo, como símbolo de su fe y el centro de su fervor

religioso, siempre pujante y sincero. Desde aquel trono, en que Nuestra Señora recibe el homenaje de todos los españoles, derrama sus gracias en todas las direcciones, vela por la conservación de la fe, y ruega bondadosa por el florecimiento del inmenso y lozano árbol de la hispanidad.

¡Oh Madre, Madre nuestra del Pilar, que de tantos peligros has librado a España a través de los siglos y que significas con milagros, como el del joven de Calanda, a quien restituiste el pie cortado y enterrado, que te agradan nuestros obsequios filiares, consérvanos perenne esa invencible confianza!

13 DE OCTUBRE

SAN EDUARDO, REY Y CONFESOR

LOS REYES SANTOS. — En el curso del año ya hemos tenido ocasión de celebrar a reyes santos. La Iglesia nos exige reverenciar a los Soberanos y, en general, a todos los constituídos en autoridad por la sencilla razón de que la autoridad viene de Dios; les tributa honores y reza para que reciban las gracias necesarias a su difícil cargo. A nosotros nos recomienda con empeño que también recemos por ellos, porque sabe a cuántos peligros están expuestos y la

gran responsabilidad que tienen, para no usar de la autoridad sino dentro de los límites y en la medida en que Dios los ha hecho depositarios de ella.

Pero muchos, por desgracia, no saben resistir a las vanidades que los rodean y se dejan arrastrar por el hechizo falso de los placeres y de los honores. Por eso se podría fácilmente creer que la santidad heroica es casi imposible en una situación tan elevada y peligrosa. La Iglesia, al proponer a nuestro culto a muchos que ejercieron el poder real, nos muestra que no hay nada de eso. Y se cuentan bastantes que, aun viviendo en el trono y en el ejercicio de la potestad regia, practicaron las virtudes en grado heroico y merecieron los honores supremos de la beatificación y canonización.

La devoción para todos. — "Los que han tratado de la devoción, decía San Francisco de Sales, casi todos pusieron la vista en instruir a personas muy alejadas del comercio del mundo. Mi intención es instruir a los que viven en las ciudades, casados, en la corte, a los que por su condición se ven obligados a hacer una vida común en cuanto al exterior, los cuales con harta frecuencia y con el pretexto de que les es imposible, no quieren ni siquiera pensar en practicar la vida devota... Y yo les pruebo que puede vivir en el mundo un alma vigorosa y constante, sin recibir vaho alguno mundano, y

encontrar fuentes de dulce piedad en medio de las olas amargas de este siglo y volar entre las llamas de las codicias terrenales, sin quemar las alas de los santos deseos de la vida devota" [1].

Y añade un poco más adelante: "Dios, en la creación, mandó a las plantas que produjesen sus frutos, cada una según su género: así también mandó a los cristianos, que son las plantas vivas de la Iglesia, que produjesen frutos de bendición, cada uno según su clase y vocación. De distinto modo han de practicar la devoción el caballero, el artesano, el criado, el príncipe, la viuda, la joven, la casada; y no sólo esto, sino que es menester acomodar la práctica de la devoción a las fuerzas, los quehaceres y las obligaciones de cada uno... La devoción, si es verdadera, en nada perjudica; al contrario, todo lo perfecciona y, sin duda ninguna, es falsa cuando va en contra de la legítima vocación de uno. Es un error y también una herejía pretender expulsar la vida devota de entre los soldados, de la tienda del mercader, de la corte de los príncipes, del hogar de las personas casadas. Es verdad que la devoción puramente contemplativa, monástica y religiosa, no puede practicarse en esas profesiones: pero, además de estas tres clases de devoción, hay otras muchas que son propias para perfeccionar a los que viven en estados seglares. Y dan fe de ello, en el Antiguo Testamento, Abraham, Isaac y Jacob; y,

1 *Introducción a la Vida devota:* Prefacio.

en el Nuevo, San José, Lidia y San Crispín fueron perfectamente devotos en sus talleres; Santa Ana, Santa Marta, Santa Mónica... en sus casas; Cornelio, San Sebastián, San Mauricio, en medio de las armas; Constantino, Elena, San Luis, San Eduardo, en sus tronos... En cualquiera situación en que nos encontremos, podemos y debemos aspirar a la vida perfecta...[1]

GLORIA DE SAN EDUARDO.—La Historia nos demuestra, por su parte, que la santidad en modo alguno perjudica al cumplimiento del deber de estado. El que descuidase su obligación para darse a una devoción que el Señor no le exige, no sería santo.

Sobrino del mártir del mismo nombre, Eduardo se ha visto galardonado ante los hombres y ante Dios con el bello calificativo de Confesor. La Iglesia, en el relato de su vida, pondera sobre todo las virtudes que le valieron este título tan glorioso; bien merece se considere su reinado de veinticuatro años como uno de los mejores y más felices conocidos por Inglaterra. Los Daneses, amos por tanto tiempo, sometidos para siempre en el interior, y contenidos fuera por la postura valiente del príncipe; Macbeth, el usurpador del trono de Escocia, derrotado en una campaña que inmortalizó Shakespeare; y las *leyes de Eduardo*, que hasta hoy perduran como una de las bases del derecho británico;

[1] *Introducción a la Vida devota:* Cap. III.

y su munificencia en favor de todas las nobles empresas, buscando a la vez el modo de reducir las cargas de su pueblo: todo eso prueba bastante que el suavísimo perfume de virtudes que hicieron de él un íntimo de Juan el discípulo amado, no tiene nada de incompatible históricamente con la grandeza de los reyes.

VIDA. — Véanse a continuación las líneas que le dedica la Iglesia.

Eduardo, por sobrenombre el Confesor, era sobrino del santo rey Eduardo el Mártir, y fué el último rey de los anglosajones. El Señor reveló en un éxtasis su futuro reinado a un santo personaje llamado Britualdo. Los Daneses, que devastaban a Inglaterra, le buscaron para matarle, por lo que, viéndose obligado a expatriarse cuando sólo tenía diez años, marchó a la corte de su tío, el Duque de Normandía. Allí, entre todos los incentivos de las pasiones, fué tal la integridad de su vida, la inocencia de sus costumbres, que causaba admiración a todos. Desde entonces se vió brillar en él extraordinaria piedad que le llevaba a Dios y a las cosas divinas. De temperamento mansísimo, sin ninguna ambición de mandar, se refiere de él este dicho: Prefiero no reinar nunca a recuperar mi reino por la fuerza y con derramamiento de sangre.

Pero una vez muertos los tiranos que habían quitado la vida y el trono a sus hermanos, fué llamado a su patria y coronado en medio de aclamaciones y de una alegría general. Puso todo el empeño que pudo por borrar las huellas del furor de su enemigo, comenzando por la religión y las iglesias, reparando unas y levantando otras nuevas, dotándolas de rentas y de privilegios; pues su primera preocupación era el ver reflorecer otra vez el culto de Dios que tanto había disminuído. Afirman todos los autores que, obligado por

los señores de su Corte a casarse, guardó virginidad con su esposa, virgen como él. Su amor y su fe en Cristo fueron tales, que mereció ver en el Santo Sacrificio como Jesús le sonreía y brillaba con un resplandor divino. Se le llamaba generalmente el padre de los huérfanos y de los desgraciados, porque su caridad era tan grande, que nunca se le veía más contento que cuando había agotado el tesoro real en favor de los pobres.

Fué ilustrado con el don de profecía, y recibió luces de lo alto sobre lo que estaba por venir a su país; hecho notable entre otros: conoció sobrenaturalmente en el mismo instante en que sucedió, la muerte de Suenón, rey de Dinamarca, ahogado en el mar al embarcarse para invadir a Inglaterra. Ferviente devoto de San Juan Evangelista, tenía por costumbre no negar nada de lo que le pidiesen en su nombre; y un día el mismo Apóstol, debajo de las apariencias de un mendigo cubierto de harapos, le pidió una limosna y el rey, al no tener dinero, sacó su anillo del dedo y se le ofreció al Santo, quien poco tiempo después se lo devolvió a Eduardo a la vez que le anunciaba como próxima su muerte. El rey, prescribió oraciones por sus intenciones propias y, efectivamente, murió con toda piedad el día anunciado por el Evangelista, a saber, el 5 de enero del año de la redención 1066. La fama de sus milagros rodeó su tumba, y al siglo siguiente, Alejandro III le inscribió entre los Santos. Pero el culto de su memoria en la Iglesia universal, en cuanto al Oficio público, le fijó Inocencio XI en este día, ya que en él se abrió su sepulcro después de 36 años y se encontró el cuerpo incorrupto despidiendo un suave olor.

Representas al pueblo en quien Gregorio Magno prevé al émulo de los ángeles; tantos reyes santos, tantas vírgenes ilustres, tan egre-

gios obispos y tan excelentes monjes, que fueron gloria suya, son los que hoy forman tu corte. Mientras tú y los tuyos reináis perennemente en el cielo, *juzgando a las naciones y dominando a los pueblos* [1], las dinastías de tus sucesores en la tierra, por celos contra la Iglesia y abrazando el cisma y la herejía, se han extinguido una en pos de otra, se han vuelto estériles por la cólera de Dios en esa fama inútil de la que no queda rastro alguno en el libro de la vida.

¡Cuánto mejores y más duraderos se nos ofrecen, oh Eduardo, los frutos de la virginidad santa! Enséñanos a ver en el mundo presente la preparación del otro que no tendrá fin, a juzgar los acontecimientos humanos con vistas a sus resultados eternos. Con los ojos del alma, nuestra devoción te busca y te encuentra en tu real Abadía de Westminster. Arrodillados junto a esa tumba, de la cual pretende inútilmente alejar la oración la herejía recelosa, imploramos tu bendición. Presenta a Dios las súplicas que se elevan hoy de todos los puntos del orbe, por las ovejas descarriadas a las que llama la voz del pastor con repetidas instancias en nuestros días al único redil [2].

---

1 *Sab.*, III, 8.
2 *S. Juan*, X, 16.

14 DE OCTUBRE

SAN CALIXTO, PAPA Y MARTIR

DIGNIDAD DEL SACERDOCIO. — Conviene que la fiesta de los Papas, de los Obispos y de los Sacerdotes, reavive en nosotros el sentido doctrinal, para infundirnos una gran reverencia hacia aquellos a quienes Dios ha encargado de guiarnos, y para hacernos ver en su sacerdocio el sacerdocio mismo de Cristo, a quien ellos representan entre nosotros. Esta misma doctrina nos recordaba el texto de San Pablo que se leía antiguamente en la misa de este día y cuyo comentario damos aquí.

"Todo mediador o pontífice, dice San Pablo, se toma de entre los hombres: así lo exige su función. Pero no vive aparte, en cierto modo, de la masa común, sino para la utilidad de todos y en virtud del oficio que se le confió. Está dedicado a su misión, y sacado de la masa de los hombres sin dejar de pertenecerles.

"En efecto, no se les sustrae ni se les arrebata: de este tributo exigido por Dios a la raza humana, es ésta la primera en beneficiarse. El gran sacerdote es el hombre de Dios. El tiempo, la ineptitud, la pobreza, mil causas miserables impiden con frecuencia a los hombres el reconocer de un modo tan completo como ellos querrían y tienen obligación el beneficio de la exis-

tencia, de la conservación, de la Providencia, del perdón: hay que ganar la vida, y no siempre hay un rato de ocio para la oración. Dios no nos ha exigido todos los días de nuestra vida, sino uno entre siete; de igual manera, no ha reclamado a toda la raza humana, aunque es toda suya, sino que se ha reservado para sí al sacerdote, que está constituído cerca de Dios en nombre de los hombres para todo lo que concierne al culto de Dios. El sacerdote es escogido entre los hombres: está constituído para los hombres cerca de Dios. Con todo, queda asentado que su oficio propio es el de presentar a Dios ya sea ofrendas y oblaciones incruentas, ya sacrificios eucarísticos o expiatorios por el pecado. Pues el Pontífice existe principalmente para el sacrificio. Es mediador y mediador litúrgico: y de ese modo aplaca, da gracias, adora, expía, obtiene y santifica.

"Por no estar escogido entre los ángeles, sino entre los hombres, tiene en su persona y en su naturaleza y en la fraternidad que le une con todos, un título vigoroso para compadecerse de la ignorancia y del error: tiene por qué mirar con afición y cariño tanto a los que ignoran qué es lo que deben hacer, como a los que hacen cosa distinta de lo que deberían hacer. Esta facilidad de condescendencia y de compasión se la sugiere la sola conciencia que de sí mismo tiene y de su debilidad"[1].

---

[1] Dom Delatte, *Epîtres de saint Paul,* II, 339.

Tal fué el Papa que dió por cabeza Dios a su Iglesia a principios del siglo III. Sus decisiones, además de aumentar el ascendiente y las prerrogativas de la Iglesia y de los obispos, manifestaron la caridad, la indulgencia, la exquisita prudencia del Papa para con los fieles. Estos no lo olvidaron: veneraron a Calixto como santo y como mártir y fué el único obispo de Roma, entre San Clemente y San Ponciano, que fué honrado primitivamente con un aniversario solemne.

VIDA. — San Calixto gobernó la Iglesia entre el 217 ó 218 y el 222 ó 223. Conocemos su vida únicamente por su adversario San Hipólito.

Según él, Calixto nació en Roma, esclavo de un cristiano. Banquero al servicio de éste, osado y emprendedor, como lo será siempre, Calixto hizo bancarrota. Por eso se le condenó a dar vueltas a una rueda de molino. Luego, fué denunciado al prefecto de la ciudad y condenado a las minas de Cerdeña por haber alborotado en una reunión de la sinagoga. Habiendo logrado volver con los cristianos agraciados, llegó a ser diácono del Papa Ceferino y estuvo encargado del cementerio que en lo sucesivo llevaría su nombre. A la muerte de Ceferino, le sucedió Calixto, pero Hipólito, que le reprochaba sus innovaciones en materia de disciplina, sembró el cisma. Debió de morir el 14 de octubre del 222 ó 223, asesinado, según se cree, por los judíos en el Transtíberi. Pero esto no pasa de hipótesis y es muy posible que no sea mártir.

En el aspecto dogmático, Calixto fué fiel a la enseñanza tradicional de la Iglesia y condenó el sabelianismo. En materia disciplinar, declaró antes que nadie que la Iglesia tenía el derecho de absolver los

pecados gravísimos que la costumbre del tiempo consideraba como reservados a Dios; autorizó a las mujeres cristianas de alta posición que se pudiesen casar con hombres de condición inferior, cosa que prohibía el derecho romano.

Esclavo y Papa. — El Espíritu Santo, que protege a la Iglesia, te preparó en el sufrimiento y en la humillación como un auxiliar selecto. Naciste esclavo; todavía joven, en las minas de Cerdeña fuiste un forzado más, pero era por el Señor. *Siervo del trabajo,* como se decía en la antigua Roma, tú no lo fuiste ya de tu antiguo amo, y libertado de las minas cuando quiso el que guía los acontecimientos a merced de su providencia, el título de Confesor, al ennoblecerte para siempre, te recomendaba a la atención maternal de la Iglesia.

Y, a partir de esta fecha, fueron tales tus méritos y tus virtudes, que, al inaugurarse el pontificado más largo de la época de los mártires, Ceferino te tomó por consejero, sostén y suplente de su vejez; y luego la Iglesia, suficientemente enterada con la experiencia de dieciocho años, te eligió en su día como supremo pastor.

Y ¡qué grande la dejas hoy a esta noble Esposa del Hijo de Dios! Toda la nobleza de los siglos pasados, todo el valor moral, todo el progreso intelectual del género humano en ella se concentran en este momento. ¿Qué fué de los desprecios de otros tiempos, de las calumnias de

antaño? Y el mundo no ignora ya que tiene ante sí a la reina de lo porvenir; y las persecuciones terribles que el Estado pagano la tiene aún reservadas, se derivarán de esta convicción: que para él se trata de una lucha, pero de una lucha desesperada por la vida. Por eso, está vacilante y se diría que hoy quiere pactar con los cristianos.

La acción del Papa. — Fuiste el primero en abrir los nuevos caminos en que entraba la Iglesia, caminos llenos de peligro y también de grandeza. Del absoluto y brutal *Non licet esse vos*[1] de los crueles jurisconsultos, tú fuiste el primero en hacer reconocer oficialmente en algo los derechos de la comunidad cristiana: la propiedad de la sepultura, el derecho a reunirse, a suscribirse, para honrar a sus difuntos. En vez de ceder en lo más mínimo de los derechos de Dios para pactar con el César, ratificaste, como nadie lo había hecho aún, la independencia absoluta de la Iglesia respecto a la cuestión del matrimonio, sustraído por Cristo de la jurisdicción de los poderes civiles.

Hay otras inquietudes en el seno de la Iglesia; el ardor de las luchas doctrinales ha llegado a su colmo y se ha lanzado contra el primero de nuestros misterios: Sabelio, condenado por su audacia en declarar incompatible con la unidad de Dios la real distinción de la Santí-

[1] No se os permite ni existir.

sima Trinidad, deja el campo abierto a la escuela que separa las augustas personas con peligro de multiplicar a Dios mismo. Luego viene Montano, cuyos discípulos, enemigos de las teorías sabelianas, no cuentan con el favor de la Santa Sede para su sistema de falsa mística y de reforma exagerada. Pero, como el piloto es diestro y burla los escollos a través de las sutilezas de los dogmatizantes, las pretensiones de los rigoristas y las utopías de los políticos, tú guías la barca de Pedro a sus inmortales destinos, con mano que tiene la firmeza del Espíritu Santo.

Sé, pues, glorificado eternamente, y bendícenos y en nosotros a tus discípulos y a tus hijos y consérvanos siempre unidos fielmente a la fe de la Iglesia romana, que es la única que tiene las promesas de la vida eterna.

15 DE OCTUBRE

SANTA TERESA, VIRGEN

LA CARIDAD. — "Si bien la Iglesia triunfante del cielo y la que lucha en la tierra parecen estar totalmente separadas, dice para esta fiesta el obispo de Meaux, de hecho un lazo sagrado a ambas las une. Este lazo es la caridad, que se halla tanto en este lugar de destierro como en la patria eterna; que alegra a los santos ya

triunfadores y anima a los que combaten; que, extendiéndose del cielo a la tierra y de los ángeles a los mortales, convierte la tierra en cielo y a los hombres en ángeles. Porque, oh Jerusalén santa, venturosa Iglesia de los primogénitos, cuyos nombres están escritos en los cielos, aunque la Iglesia, hermana tuya querida que vive y lucha en la tierra, no puede compararse contigo, no deja de afirmar que un amor santo os une a las dos. Cierto que ella busca y tú ya posees; que ella trabaja y tú descansas, que ella espera y tú ya disfrutas. Pero, entre tantas diferencias que mucho os separan, esto al menos hay de común, que lo que aman los espíritus bienaventurados, es lo que aman también los hombres mortales. Jesús es su vida, Jesús es la nuestra; y entre sus cantos de alegría y nuestros tristes gemidos, se oyen resonar por doquier las palabras del salmista sagrado: "*Mi bien está en unirme a Dios*" [1].

VOCACIÓN DE TERESA. — Pues recordar al mundo este supremo bien de la Iglesia de la tierra y de la Iglesia del cielo, fué lo que hizo Teresa en unos tiempos calamitosos, desde las alturas del Carmelo, devuelto por ella a su primitiva perfección. Tras la noche glacial de los siglos XIV y XV, se desprende de los ejemplos de su vida una fuerza de irresistible atracción que perdurará en sus escritos, la cual arrastra con-

[1] Bossuet, *Panégyr. de sainte Thérèse.*

sigo a los predestinados a seguir las huellas del Esposo.

Con todo, ni el Espíritu Santo descubría por medio de Teresa caminos desconocidos; ni, sobre todo, Teresa, la humilde Teresa, introducía novedades en sus escritos. Mucho antes que ella, el Apóstol había dicho de los cristianos que su conversación está en los cielos [1], y después de él, Ambrosio, Agustín, Gregorio Magno, Gregorio Nacianceno y tantos otros testigos de todas las Iglesias. Se ha dicho y se ha probado mejor de lo que nosotros acertaríamos a hacer: "Los Padres no conocieron ningún otro estado tan bien como el de la unión perfecta, que se realiza en la cumbre de la contemplación: al leer sus escritos, no puede menos de advertirse la sencillez con que tratan el tema; parece que consideran ese estado como frecuente y lo ven como el desarrollo normal del cristianismo en su plenitud" [2].

En esto, como en todo lo demás, la escolástica recogió sus datos. Esta corroboró la doctrina relativa a esas cumbres de la vida cristiana, precisamente en los días en que se estaba debilitando la fe de los pueblos y la caridad divina no lograba su pleno desarrollo más que en el interior de algunos claustros ignorados. Por su forma especial, la doctrina de la escuela

1 *Flp.*, III, 20.
2 *La Vie spirituelle et l'Oraison,* par Mme. Cécile Bruyère, ch. XIX.

no estaba ya por desgracia al alcance de todos; y, por otra parte, el carácter anormal de esa época tan extrañamente agitada, se reflejaba también en los místicos que por entonces había.

Los escritos de Teresa. — Entonces apareció en escena, en el reino católico, la virgen de Avila. Estaba admirablemente dotada por la gracia y por la naturaleza; supo de las resistencias de ésta y de los llamamientos de Dios, de las dilaciones purificadoras, de los triunfos progresivos del amor; el Espíritu, que la quería de maestra en la Iglesia, la llevaba por el camino clásico, si así se puede decir, de los favores que reserva a los perfectos. Llegada, pues, al monte de Dios, hizo el recuento de las etapas del camino que había recorrido, sin otra pretensión que obedecer a quien en nombre de Dios la mandaba [1]; con pluma exquisita por la sencillez y naturalidad, contó las obras que llevó al cabo por el Esposo [2]; y no con menos lindeza puso por escrito para uso de sus hijas las lecciones de su experiencia [3], describió las varias moradas del castillo del alma humana, en cuyo centro, para quien sabe buscar, reside en un cielo anticipado la Trinidad Santa [4]. No se necesitaba más: libre de abstracciones especulativas, vuelta a su sencillez sublime, otra vez

[1] Vida de la Santa escrita por ella misma: antes del cap. I.
[2] Libro de las Fundaciones.
[3] Camino de Perfección.
[4] Las Moradas.

atraía a todas las inteligencias la Mística cristiana; la luz despertaba al amor; y por doquier el jardín de la santa Iglesia exhalaba los más suaves aromas purificando la tierra, rechazando los miasmas a cuyo amparo la herejía y su pretendida reforma amenazaban con anegar el mundo.

La vida unitiva. — Teresa, sin duda, a nadie invitaba a forzar la entrada de caminos que no fuesen trillados. Pero, bien que la unión pasiva e infusa quede completamente a merced del beneplácito de Dios, la unión de conformidad efectiva y activa al querer divino, sin la cual la primera no sería más que una ilusión, se ofrece con la ayuda de la gracia ordinaria a todo hombre de buena voluntad. "La verdadera unión, dice la Santa, se puede muy bien alcanzar, con el favor de Nuestro Señor, si nosotros nos esforzamos a procurarla, con no tener voluntad sino atada con lo que fuere la voluntad de Dios. ¡Oh, qué de ellos habrá que digamos esto, y nos parezca que no queremos otra cosa, y moriríamos por esta verdad...! Pues yo os digo, y lo diré muchas veces, que cuando lo fuere, que habéis alcanzado esta merced del Señor... Esta es la unión que toda mi vida he deseado; ésta es la que pido siempre a Nuestro Señor, y la que está más clara y sigura"[1].

1 Las Moradas. Moradas V, c. III. Obras de Santa Teresa de Jesús, por el P. Silverio, t. IV, pp. 86, 87 (Burgos, 1917).

Esto no obstante, añadía: "Se deje de unos encogimientos que tienen algunas personas, y piensan es humildad. Sí, que no está la humildad en que si el rey os hace una merced no la toméis, sino tomarla y entender cuán sobrada os viene, y holgaros con ella. Donosa humildad, que me tenga yo a el Emperador del cielo y de la tierra en mi casa, que se viene a ella por hacerme merced y por holgarse conmigo, y que por humildad ni le quiera responder, ni estarme con El, ni tomar lo que me da, sino que le deje solo; y que estándome diciendo y rogando le pida, por humildad me quede pobre, y aun le deje ir, de que ve que no acabo de determinarme.

"No os curéis, hijas, de estas humildades, sino tratá con él como con padre, y como con hermano, y como con señor, y como con esposo; a veces de una manera, a veces de otra, que El os enseñará lo que habéis de hacer para contentarle. Dejaos de ser bobas, pedilde la palabra, que vuestro Esposo es, que os trate como a tal" [1].

Pero por todas partes se oye decir, "hay peligros, ulana por aquí se perdió, el otro se engañó, el otro, que rezaba mucho, cayó... Y mirá qué ceguedad de el mundo, que no miran los muchos millares que han caído en herejías y en grandes males sin tener oración, sino dis-

[1] Camino de Perfección, c. XXVIII. Edic. del P. Silverio, t. III, p. 130.

traición; y entre la multitud de éstos, si el demonio, por hacer mijor su negocio, ha hecho caer a algunos que tenían oración, ha hecho poner tanto temor a algunos para las cosas de virtud. Estos que toman este amparo para librarse, se guarden; porque huin del bien para librarse del mal... Ansí que, hermanas, dejaos de estos miedos... Procurá tener limpia conciencia y humildad, menosprecio de todas las cosas del mundo, y creer firmemente lo que tiene la Madre Santa Iglesia, y a buen siguro que vais buen camino" [1].

Y es muy verdad: "Digo que si no viere en sí esta fortaleza grande, y que ayude a ella la devoción u visión, que no la tenga por sigura. Porque, aunque no se sienta luego el daño, poco a poco podría hacerse grande, que a lo que yo veo y sé de expiriencia, de tal manera queda el crédito de que es Dios, que vaya conforme a la Sagrada Escritura; y como un tantico torciese de esto, mucha más firmeza sin comparación me parece ternía en que es demonio que ahora tengo de que es Dios, por grande que la tenga. Porque entonces no es menester andar a buscar señales, ni qué espíritu es, pues está tan clara esta señal para creer que es demonio, que si entonces todo el mundo me asigurase que es Dios, no lo creería" [2].

---

1 Camino de Perfección, c. XXI. Edic. del P. Silverio, t. III, pp. 99, 101, 102.

2 Vida de Santa Teresa, c. XXV. Edic. del P. Silverio, t. I, p. 196.

El Oficio del director. — Pero el alma evita semejante peligro consultando a los que pueden ilustrarla: "Y aunque para esto parece no son menester letras, mi opinión ha sido siempre, y será, que cualquier cristiano procure tratar con quien las tenga buenas, si puede, y mientras más mijor; y los que van por camino de oración tienen de esto mayor necesidad, y mientras más espirituales más... Yo siempre fuí amiga de ellos (de letrados), que aunque algunos no tienen expiriencia, no aborrecen a el espíritu, ni le inoran; porque en la Sagrada Escritura que tratan, siempre halla la verdad de el buen espíritu... Creo temen en gran manera (los demonios) las letras humildes y virtuosas, y saben serán descubiertos y saldrán con pérdida... ¡Bendito seáis vos, Señor, que tan inhábil y sin provecho me hecistes; mas aláboos muy mucho, porque despertáis a tantos que nos despierten! Había de ser muy contina nuestra oración por éstos que nos dan luz" [1]. "Porque yo sin letras ni buena vida... lo escribo (esto) casi hurtando el tiempo, y con pena, porque me estorbo de hilar, por estar en casa pobre, y con hartas ocupaciones... Basta ser mujer para caérseme las alas, cuanti más mujer y ruin" [2].

---

[1] Vida, c. XIII. Edic. del P. Silverio, t. I, pp. 98, 99, 100.

[2] Vida, c. X. Edic. del P. Silverio, t. I, p. 73.

El amor al prójimo. — Conforme al dicho del celestial Cantar de los Cantares, para introducir a Teresa en lo más íntimo de sus secretos, el Esposo tuvo que *ordenar el amor* en su alma y regular la caridad en ella [1]. Una vez reivindicados sus derechos soberanos, como es justo, pronto la haría para con su prójimo más abnegada y más amante que lo fué nunca. El dardo del Serafín no endureció ni deformó su corazón. Ya en el punto culminante de la perfección a que iba a llegar, el mismo año de su santa muerte: "Yo le digo, escribía, que sí me quiere bien, que se lo pago, y gusto de que me lo diga. ¡Cuán cierto es de nuestro natural querer ser pagadas! Esto no debe ser malo, pues también quiere serlo Nuestro Señor... Mas parezcámonos a El, sea en que quiera" [2]. Y en otra parte, hablando de sus viajes interminables en servicio del Esposo: "Y en dejar las hijas y hermanas mías, cuando me iba de una parte a otra, yo os digo, que, como yo las amo tanto, que no ha sido la más pequeña cruz... Que aunque están de otras cosas desasidas, ésta no se lo ha dado Dios, por ventura para que fuese a mí más tormento, que tampoco lo estoy de ellas" [3].

La naturaleza y la gracia. — De ninguna manera la gracia rebaja a la naturaleza, que tam-

---

[1] *Cant.*, II, 4.
[2] Carta a María de S. José, Priora de Sevilla, 8 de nov. de 1581. Edic. del P. Silverio, t. IX, p. 111.
[3] Fundaciones, c. XXVII. Edic. del P. Silverio, t. V, p. 239.

bién es obra del Creador. A la vez que la dedica al culto de Dios, la sanea, la fortalece, la ordena; y con sus facultades en pleno desarrollo, hace que el hombre regenerado tribute, a la vista de sus semejantes, al Dios Redentor, el primero y el más palpable homenaje. Léase esa obra maestra de literatura que llamamos Libro de las Fundaciones, o también el sinnúmero de cartas que la seráfica Madre escribió robando tiempo a su vida activísima; y se verá si el heroísmo de la fe y de todas las virtudes, si la santidad en su más alta expresión mística, perjudica en Teresa un instante siquiera, no ya a la constancia, a la abnegación, a la energía, sino a su inteligencia, que nunca se turba, siempre activa y despierta hasta la jovialidad, a su carácter siempre ecuánime, que de su plenitud derrama serenidad y paz sobre todo lo que la rodea, a su delicada solicitud, a su ponderación, a su tacto exquisito, a su especial gracia de las gentes y, en fin, a su talento práctico y a la incomparable sensatez de esta contemplativa, cuyo corazón traspasado sólo latía por milagro y cuya divisa fué: *¡Padecer o morir!*

Al bienhechor de una fundación en proyecto le escribe: "No piense vuestra merced que ha de dar a Nuestro Señor sólo lo que piensa ahora, sino mucho más... Y no es nada dar los reales, que nos duele poco. Cuando nos apedreen a vuestra merced y al señor su yerno y a todos los que tratamos en ello, como hicieron

"Si hay algo que merezca la pena de volver a este mundo, sería el deseo de sufrir en él algo más todavía" [1]. — "No me admiro, dice Bossuet, de que Jesús haya querido morir: debía a su Padre este sacrificio. Pero ¿qué necesidad tenía de haber vivido y terminado sus días entre tantos trabajos? La razón es la siguiente: por ser el varón de dolores, como le llamaba el Profeta [2], únicamente quiso vivir para sufrir; o para decirlo con más energía con la bella palabra de Tertuliano, quiso saciarse, mejor que morir, en el placer de la paciencia: *Saginari voluptate patientiae discessurus volebat* [3]. He aquí un modo extraño de hablar. ¿No creerías tú que, según el sentir de este escritor eclesiástico, toda la vida del Salvador fué un festín cuyos manjares todos eran tormentos? Banquete raro para el mundo, mas Jesucristo lo consideró digno de su paladar. Su muerte era suficiente para nuestra salvación; pero no bastaba su muerte al maravilloso apetito que tenía de sufrir por nosotros. Fué necesario añadir los azotes y esa corona atroz que taladra su cabeza y todo el aparato de espantosos suplicios. Y todo eso ¿por qué? Porque sólo vivió para sufrir, y *quería hartarse del placer de sufrir por nosotros antes de morir*" [4]. Y, por eso, puesto en la cruz, "viendo en los decretos eternos que ya

1 Aparición al P. Gracián.
2 *Is.*, LIII, 3.
3 De Patientia, 3.
4 Panégyrique de sainte Thérèse.

nada le quedaba por sufrir: *Ah,* exclama, *se acabó, todo se ha consumado*[1]: *vámonos, nada nos queda que hacer en este mundo;* y al instante entregó su alma a su Padre"[2].

"PADECER O MORIR". — Ahora bien, si fué este el espíritu de Jesucristo Salvador nuestro, ¿cómo no va a ser el de su esposa Teresa de Jesús? "También ella quiere padecer o morir; y su amor no puede aguantar que otra causa distinta de la que difirió la muerte del Salvador, retrase la suya"[3]. A vista de este magnífico ejemplo deben encenderse nuestros corazones. "Si somos verdaderos cristianos, tenemos que desear el permanecer siempre con Jesucristo. Ahora bien, ¿dónde encontramos a este adorable Salvador de nuestras almas? ¿En qué lugar podremos estrecharle entre los brazos? En sólo dos lugares se le encuentra: en su gloria o en sus suplicios, en su trono o en su cruz. Para estar con él tenemos, pues, que abrazarle en su trono, y eso nos lo procura la muerte, o bien unirnos con su cruz y esto lo logramos mediante el sufrimiento; de modo que hay que sufrir o morir para no perder nunca al Salvador. Suframos, pues, cristianos, suframos cuanto Dios quiera enviarnos: aflicciones y enfermedades, miserias y pobreza; injurias y calumnias; procuremos llevar constante y valientemente cualquier par-

1 *S. Juan,* XIX, 30.
2 Panégyrique de sainte Thérèse, por Bossuet.
3 Ibíd.

en Avila casi, cuando se hizo San Josef, entonces irá bueno el negocio" [1].

Y precisamente esta fundación de Toledo, tan ruidosa por cierto, es a la que se refiere la palabra de la Santa que tanto se hace amar: "Teresa y tres ducados no significan nada; pero Dios, Teresa y tres ducados, valen todo" [2].

La gran prueba. — Teresa tuvo que gustar algo más que los desasimientos humanos: Un día creyó que hasta Dios mismo la había desamparado. Tuvo que pasar por la prueba de verse condenada y rechazada ella, con sus hijas y con sus hijos, en nombre y por la autoridad del Vicario del Esposo, ni más ni menos que lo que ocurrió antes a Felipe Benicio y después de ella a José de Calasanz y a Alfonso de Ligorio. Era uno de los días anunciados ya desde los tiempos antiguos, *en los que se permite a la bestia declarar la guerra a los santos y vencerlos* [3].

Nos falta tiempo y espacio para referir esos incidentes dolorosos [4]; mas ¿para qué? La *bestia* no conoce sino un solo método, que repite en el siglo XVI, en el XVII, en el XVIII y en todos los siglos; también Dios, al permitirlo, intenta

---

1 A Alonso Alvarez Ramírez, 19 de febrero de 1569. Edic. del P. Silverio, t. VII, p. 39.

2 Esas palabras, atribuídas a la Santa, no se hallan literalmente en sus escritos.

3 *Apoc.*, XIII, 7.

4 Véanse las Cartas de la Santa: al Prior de los Cartujos de Sevilla, 31 de enero de 1579, etc.

siempre el mismo fin: conducir a los suyos a la alta cumbre de la unión dolorosa, en la cual El, que quiso saborear antes que nadie la amargura de la hiel, pudo decir con más razón que otro cualquiera: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado*[1]?

VIDA. — Teresa nació en Avila, España, el 28 de marzo de 1515. La lectura de las Actas de los Mártires, la hicieron desear ya desde la infancia el imitarlos. Un día se fugó de la casa paterna con el fin de llegar a Africa y allí derramar su sangre por Jesucristo. Devuelta a casa por su tío, quiso suplir el martirio con el fervor de su caridad para Dios y para el prójimo. A los 20 años entró en el Carmelo, donde iba a vivir una vida de tribulaciones, de penitencias y de oración, privada durante diez y ocho años del alivio de los consuelos que luego iba a tener.

Su celo la sugirió devolver al Carmelo la Regla primitiva. Con la aprobación de Pío IV y la ayuda del P. Juan de la Cruz, pudo edificar treinta y dos monasterios. El Señor la recompensó con favores singularísimos, visiones y éxtasis y con la transverberación de su corazón. A la oración ferventísima unía la práctica de grandes penitencias por la salvación de los infieles y la conversión de los herejes. El fuego de su caridad acabó con su vida en Alba, el 4 de octubre de 1582. Su cuerpo continúa incorrupto hasta nuestros días. Reconocidos sus milagros por la Iglesia, Teresa fué canonizada por Gregorio XV.

"SUFRIR POR AMOR". — Al Amado que se te descubre en la muerte, le encontraste ya, oh Teresa, en los padecimientos de la vida presente.

---

[1] *S. Mateo,* XXVII, 46.

tecilla de su cruz con que tenga a bien honrarnos"[1].

ORACIÓN Y VIRTUD. — Enséñanos tú ese cristianismo fuerte y verdadero, ya que la Iglesia te presenta como madre y maestra de sus hijos en los caminos de la vida espiritual. Cierto que la perfección no se adquiere en un día; tú lo dijiste: "Caro costaría, si no pudiésemos buscar a Dios sino cuando estuviésemos muertos al mundo... Dios me libre de gente tan espiritual, que todo lo quiera hacer contemplación perfeta, dé do diere"[2]. Pero también nos libre Dios de esas devociones mal entendidas y pueriles que tú llamaste "devociones a bobas"[3] y que tanto repugnaban a la rectitud y a la dignidad de tu alma generosa. No quisiste otra oración, sino la que te "hiciese crecer las virtudes"[4]; convéncenos, pues, del gran principio que, refiriéndote a la oración, expresaste con estas palabras: "el caso es que en estas cosas interiores de espíritu la que más aceta y acertada es, es la que deja mejores dejos... Llamo dejos, confirmados con obras... ¡Oh! que ésta es la verdadera oración, y no unos gustos para nuestro gusto no más"[5]. Y únicamente se salvará el que haya ob-

1 Panégyrique de Sainte Thérèse, por Bossuet.
2 Vejamen dado por Santa Teresa a varios escritos sobre las palabras "Búscate en mí". Edic. del P. Silverio, t. VI, p. 67.
3 Vida, c. XIII. Edic. del P. Silverio, t. I, p. 98.
4 Al P. Gracián, 23 de octubre de 1576. Edic. del P. Silverio, t. VII, p. 327.
5 Ibíd., pp. 326, 327.

servado los mandamientos y cumplido la ley; y el cielo, tu cielo, Teresa, es la recompensa de las virtudes que practicaste y no de las revelaciones ni de los éxtasis que Dios te otorgó [1].

Plegaria. — Alcánzanos desde esa mansión en que tu amor se alimenta de la dicha infinita, como en otro tiempo se sació de padecimientos en la tierra, que España, que te vió nacer, conserve celosamente en estos menguados tiempos de hoy su hermoso título de católica. No olvides tampoco el notable influjo que tuvo Francia amenazada en su fe para determinarte a devolver al Carmelo su austeridad primitiva [2]. Quiera Dios que tus hijos reciban las bendiciones del cielo y aumenten en número y más todavía en mérito y santidad. En todas las latitudes donde el Espíritu de Dios multiplicó a tus hijas, recuerden siempre sus asilos benditos los primeros "palomarcitos de la Virgen Nuestra Señora", donde "comenzó la Divina Majestad a mostrar sus grandezas en *unas* mujercitas flacas" [3]. El fin de sus oraciones y de sus ayunos se enderezó siempre al triunfo de la fe, a la ayuda de sus defensores [4]; ¡cuán dilatado campo se abre a su celo en estos aciagos días! Con ellas y contigo pedimos a Dios estas dos cosas: "La una, que haya muchos de los muy mucho

1 Aparición a la Priora de Beas.
2 Camino de Perfección, c. I.
3 Fundaciones, c. IV. Edic. del P. Silverio, t. V, p. 33.
4 Camino de Perfección, c. I y III.

letrados y relisiosos que hay, que tengan las partes que son menester para esto (para trabajar por la Iglesia)...; y a los que no están muy dispuestos, los disponga el Señor, que más hará uno perfeto que muchos que no lo estén. La otra, que después de puestos en esta pelea, que... no es pequeña, los tenga el Señor de su mano para que puedan librarse de tantos peligros como hay en el mundo, y tapar los oídos en este peligroso mar del canto de las serenas... Mirá, Dios mío... y habed lástima de tantas almas como se pierden, y favoreced vuestra Iglesia. No primitáis ya más daños en la Cristiandad, Señor; dad ya luz a estas tinieblas"[1].

16 DE OCTUBRE

SANTA EDUVIGIS, VIUDA

MADRE DE PUEBLOS. — En el origen de toda vida hay un acto generador, y este hecho, que cada cual puede comprobar en el plan natural, obedece a leyes idénticas en el orden espiritual. De una parte y de otra, el proceso es el mismo; se necesita el concurso de dos elementos; y el término logrado sigue a un alumbramiento doloroso que después del pecado original es condición de todo nacimiento.

[1] Camino de Perfección, c. III. Edición del P. Silverio, t. III, pp. 21, 23.

Para realizar esta maternidad espiritual, Dios obra con plena libertad y escoge lo que quiere; pero, como respeta las normas que un día fijó, casi siempre se contenta con utilizar lo que ya existe en la naturaleza de las cosas, elevándolo hasta lo sobrenatural.

Y así vemos en los orígenes de tantos países cristianos a la que sus mismas funciones convertían ya en la madre de la gran familia nacional: a la reina que da la vida a todo un pueblo en las aguas del bautismo, como ocurre en el caso de Clotilde; a la reina que forja el alma de su país para luchas futuras, como vemos a Eduvigis, Duquesa de Polonia.

Estas santas princesas fueron madres de la patria y lo continúan siendo después de morir. El lazo espiritual que las unía a su pueblo perdura intacto y su protección tutelar se va confirmando a través de los siglos con toda la fuerza que un amor maternal sabe sacar del corazón de Dios.

HISTORIA. — Nació hacia 1174. Eduvigis era hija del marqués de Moravia y tía de Santa Isabel de Hungría. Muy joven aún, se casó con Enrique, Duque de Polonia y de él tuvo seis hijos. Hizo después, a una con su marido, voto de continencia. Al morir éste, ella se retiró al monasterio cisterciense de Trebnitz, en Silesia, donde recibió el hábito y en adelante llevó una vida

totalmente dedicada a la contemplación, a la penitencia y a la limosna.

Supo, por revelación, tres años antes, la suerte que iba a correr su hijo el Duque Enrique el Piadoso, que pereció defendiendo la religión contra los tártaros en el campo de batalla de Liegnitza; ofreció su sacrificio a Dios y le dió gracias por haberla concedido tal hijo. Muerta el 15 de octubre de 1243, Clemente IV la canonizó y declaró Patrona de Polonia.

Oración por Polonia. — Hoy elevamos, oh Eduvigis, nuestra oración suplicante en favor de tus hijos. Desde que nació al sol de la gracia, han corrido siglos en los que ha merecido Polonia el título de "tierra de mártires", y su alma, que tú diste a luz a costa del holocausto heroico de toda tu vida, ha salido siempre cada vez más grande de la prueba. Pero desborda la copa de sus dolores. Ya no sólo derrama, como antiguamente, la sangre de sus venas por la defensa de su fe. El antiguo enemigo sabe desde hace mucho tiempo que la sangre de los mártires es semilla de cristianos; y cansado ya de torturar en su cuerpo a un pueblo que se hace fuerte con las nuevas heridas, se ceba ahora en su alma.

Socorre a la desventurada Polonia y, si es cierto que el grito de las madres siempre es escuchado, el que tú lances a Dios obtendrá la salvación de tus hijos.

17 DE OCTUBRE

SANTA MARGARITA MARIA, VIRGEN

LA "ESPERA" PROVIDENCIAL. — A Santa Gertrudis, que cuatro siglos antes de las revelaciones de Paray-le-Monial preguntaba un día a San Juan por qué no nos dijo nada del Corazón de Jesús, sobre el cual había reclinado amorosamente su cabeza en el Cenáculo, el Apóstol la respondió así: "A mí me tocaba exponer a la Iglesia naciente, referente al Verbo, una sencilla palabra que por sí sola fuese suficiente para alimentar la mente de todo el género humano hasta el fin del mundo... La explicación de la dulzura y de la suavidad de estos latidos divinos y el amor inmenso del Corazón Sagrado del Hombre-Dios, la Providencia se reservó manifestarla en los tiempos modernos, para reavivar la llama de la caridad que se iba enfriando en el mundo enfermizo y envejecido" [1].

La Iglesia siempre se nutrió de la palabra del discípulo predilecto: "Dios es caridad"; las almas nunca desatendieron el llamamiento del Maestro: "Venid a mí todos los fatigados y oprimidos y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y

[1] Embajador del Amor divino, l. IV, c. IV, p. 372-373 de la trad. castell. del R. P. Timoteo Ortega, O. S. B. 2.ª Edic. Editorial Benedictina, Buenos Aires, 1947.

alistaos en mi escuela, pues soy suave y humilde de Corazón", y en este Corazón abierto por la lanza, bebieron copiosamente la sangre que nos rescata y el agua que nos vivifica.

Pero llegó la hora y el Señor, en su Sabiduría misericordiosa, quiso recordar al mundo cuánto nos ama. Francia estaba en el período ideal del siglo de Luis XIV cuando parecía que todas las glorias se habían dado cita alrededor del más grande de sus reyes. Por desgracia en esos mismos días nacía el jansenismo que iba a negar el amor en Dios y a agostarle en el corazón de los hombres. Con una tenacidad pérfida, esta "herejía desleal"[1] se iba a empeñar en alejar de la Eucaristía a los fieles, en hacerlos ver en Dios a un juez inexorable y taimado, y así lograría arrancar fácilmente de nuestros corazones el amor para dejarles únicamente el temor servil o exponerlos al desaliento y al pecado.

Las Confidentes del Sagrado Corazón. — En otro tiempo Nuestro Señor escogió para anunciar la Buena Nueva, no a los ricos y poderosos según el mundo, sino a humildes y oscuros pescadores de Galilea; de igual modo, para esta nueva revelación de su amor eterno, escogió a una humilde religiosa del monasterio de la Visitación de Paray-le-Monial, en Francia, Margarita María de Alacoque.

1 Lacordaire.

Pero no es esta la primera confidente del Divino Maestro ni la devoción al Sagrado Corazón de Jesús nació en la Visitación. Santa Gertrudis, al fin del siglo XII, tuvo por misión "revelar el oficio y la acción del Corazón divino en la economía de la gloria divina y de la santificación de las almas"[1]. San Francisco de Asís, San Buenaventura, el Beato Enrique Suso amaron con ternura a este "Corazón que tanto amó a los hombres" y Santa Catalina de Sena recibió muchas veces la gracia de contemplar aquella herida. Al comenzar el siglo XVII San Juan Eudes fué, como vimos ya el 19 de agosto, "el padre, el doctor, y el apóstol"[2] del culto del Sagrado Corazón.

La vocación de Santa Margarita María.— Santa Margarita María fué empero "el instrumento escogido por Dios para perfeccionar y puntualizar la devoción en su espíritu y en sus prácticas y para imprimirla un movimiento de extensión universal"[3]. Y si hasta entonces los devotos del Sagrado Corazón le habían tributado principalmente un culto de adoración y de acción de gracias, Jesús pidió a la Santa Visitandina que en lo sucesivo ese culto a su Corazón fuese sobre todo un culto de reparación

---

[1] Rev. de Sainte Gertrudes, París, 1877, Préface, p. XV de Dom Paquelin.
[2] San Pío X, *Bula de beatificación.*
[3] P. Bernardot, *Vie Spirituelle,* II, p. 212.

por los ultrajes que recibe de parte del mundo, que no quiere saber nada del Amor infinito.

Santa Margarita María deseó padecimientos, humillaciones, desprecios, como los quieren todas las almas llamadas a un apostolado fecundo en la Iglesia y a una vida de reparación y de expiación. Dios oyó su oración: tentaciones del demonio, asperezas de muchos miembros de su familia, sospechas de parte de sus Hermanas, padecimientos físicos que Dios mismo la mandaba; todo lo aceptó con grandísima paciencia y caridad para conseguir el triunfo y el reinado del Sagrado Corazón: "Con tal que este Corazón esté contento, decía, que sea amado y glorificado, eso nos debe bastar". "En cuanto a los que se ocupan en darle a conocer y amar, ¡oh! si pudiese y me fuese lícito expresar lo que se me ha dado a entender sobre la recompensa que recibirán de este Corazón adorable, vos diríais, como yo, que son dichosos los que se emplean en ejecutar sus designios. Este Divino Corazón se convertirá en asilo y puerto seguro, a la hora de la muerte, de todos los que le hayan honrado durante su vida y los defenderá y protegerá"[1].

Después de tanto trabajar y sufrir, "sólo sentía necesidad de Dios y de abismarse en el Corazón de Jesucristo", y, al expirar el 17 de octubre de 1690, el médico declaró "que no le cabía

1 Vie et Oeuvres, II, p. 550.

la menor duda de que había muerto únicamente de amor de Dios"[1].

Vida. — Margarita María Alacoque nació el 22 de julio de 1647, en Lautecour, pueblo de la diócesis de Autún. Desde la infancia dió muestras de su futura santidad. Abrasada de amor por la Santísima Virgen y el Sacramento de la Eucaristía, consagró a Dios su virginidad, no buscando en este voto más que amoldar mejor su vida a las virtudes cristianas. Sus delicias eran la oración prolongada, la contemplación de las cosas celestiales, el desprecio de sí misma, la paciencia en las adversidades, la mortificación del cuerpo, la caridad con el prójimo y sobre todo con los pobres.

A los 24 años entró en la Visitación de Paray-le-Monial. Dios la honró con un don elevadísimo de oración y con muchas visiones. En la más célebre de todas, mientras oraba ante la Eucaristía, Jesús se apareció a su vista y la enseñó, en su pecho abierto, su divino Corazón consumido por llamas y rodeado de espinas. Jesús la pidió entonces que, para corresponder a este amor y reparar las injurias de la ingratitud de los hombres, trabajase por introducir el culto del Sagrado Corazón, y la prometió derramar generosamente las riquezas de los tesoros celestiales.

Para realizar esta gran obra, la dió por ayuda y maestro a un hombre de elevadísima santidad, Claudio de la Colombière, que la animó manifestándola el bien inmenso que se haría en la Iglesia por medio del culto al divino Corazón.

Muchos trabajos y muchas penas la costó, de parte de los que la creían víctima de las ilusiones, su decisión de obedecer a las órdenes del Salvador. Todo lo aguantó con ecuanimidad, pensando que por los oprobios y los dolores se convertiría en hostia agradable

---

[1] Vie et Oeuvres, II, p. 331.

a Dios y recibiría mayores auxilios para cumplir su propósito. Los vería en parte realizados antes de morir a los 43 años de edad el 17 de octubre de 1690. La Iglesia reconoció sus milagros y su santidad, y Benedicto XV la inscribió en el número de los Santos en 1920 y extendió su fiesta a la Iglesia universal.

Felicitaciones de un cumpleaños. — A las novicias que deseaban felicitarte y agasajarte en tu cumpleaños, las diste el 20 de julio de 1685 el consejo de que hiciesen al Corazón divino los honores que a ti te querían tributar. Eso sería, dijiste, "el mejor modo de demostrarte el amor que sentían por ti". Todas compitieron en celo por darte este gusto, y en la mañana de tu cumpleaños, rodeada de tus jóvenes discípulas, te consagraste al Sagrado Corazón "con el ardor de un serafín". Luego, siguiendo tu ejemplo y a invitación tuya, todas pronunciaron su acto de consagración.

Era el primer acto de culto exterior que el divino Corazón recibía en el Monasterio de Paray-le-Monial. Necesitaste, es verdad, largas y dolorosas pruebas para llegar a este pequeño triunfo. Pero ¡qué pagada quedaste aquel día! La Iglesia iba a responder pronto al deseo de Nuestro Señor Jesucristo, instituyendo la fiesta del Sagrado Corazón, y los peregrinos, cada vez más numerosos, afluirían a la modesta capilla donde recibiste las confidencias del divino Maestro.

CONSAGRACIÓN AL SAGRADO CORAZÓN. — Tampoco nosotros te podemos dar hoy mayor alegría que la de renovar nuestra consagración al Sagrado Corazón de Jesús. Te pedimos con insistencia que nos concedas el poder acercarnos a El, presentarnos ante El, entrarnos en El. Acuérdate que te constituyó heredera de su Corazón y de todos sus tesoros en el tiempo y en la eternidad, dándote libertad para usar de ellos como quisieras. "Te los ofrezco, te dijo, dispón de ellos a tu gusto. No seas mezquina, pues son infinitos". Pide a Jesús que se acuerde, según lo prometió, de los que confían en tus oraciones y que nos haga participantes de sus riquezas. Pero, "como la entrada de su Corazón es muy estrecha y se necesita ser pequeño y despojarse de todo para poder entrar en El" [1], alcánzanos "ese desasimiento de las vanidades del mundo" [2] y esa humildad tan profunda que te infundía un gran desprecio de ti misma, a la vez que te ganaba las complacencias divinas, a fin de que, "por tus méritos y a ejemplo tuyo, amándole en todo y sobre todo, merezcamos tener en el mismo Corazón, una mansión permanente" [3].

---

[1] Vie et Oeuvres, I, p. 83.
[2] Poscomunión de la Misa.
[3] Colecta.

18 DE OCTUBRE

SAN LUCAS, EVANGELISTA

LA BENIGNIDAD DEL SALVADOR. — San Pablo, en la Epístola a Tito, recuerda más de una vez, que "Dios Nuestro Salvador ha manifestado su benignidad y amor para con los hombres"[1]. Se diría que estas palabras las había repetido el Apóstol con mucha frecuencia en el curso de sus conversaciones, de sus viajes y de su larga intimidad, a su discípulo predilecto San Lucas.

Es cierto que resulta difícil hacer diferencias y comparaciones entre los santos y con más razón aún entre los Evangelistas; con todo, se puede echar de ver que en el texto del Evangelio de San Lucas brillan con resplandor especial la bondad y la misericordia de nuestro dulcísimo Salvador. Tenía gran talento: sabía admirablemente el griego, se distinguía en describir escenas y personajes, y su alma, derramando bondad y mansedumbre, daba a su ingenio una gracia extraordinaria.

EL MÉDICO. — San Lucas hizo sus estudios de medicina: San Pablo le llamaba "el médico muy querido"[2]. En los relatos de las curaciones que obró Jesús, se manifiesta San Lucas por su pre-

---

1 *Tit.*, III, 4; cf. II, 11-14.
2 *Col.*, IV, 14.

cisión; y sabe bien disimular lo que no honra a su gremio; como ocurre en el caso de la hemorroísa [1], en el cual, por lo contrario, otros evangelistas [2] se extienden, diríase que con placer, aludiendo a la impotencia de la ciencia humana.

EL RETRATISTA. — Por su talento para narrar y pintar, se le ha atribuído un retrato de la Virgen María. Nos ha dejado, en efecto, sobre la Madre del Redentor los más bellos retratos en el Evangelio y en los Hechos de los Apóstoles, y se ha llegado a pensar, y no va fuera de razón, que oyó a María o a algunos confidentes inmediatos suyos muchas circunstancias de la infancia de Jesús.

Y no es menos verdad que fué un excelente pintor de Jesucristo Salvador. No sólo descartó de sus relatos todo lo que podía tener visos de severidad para las personas, sino que se contentó con notar al vuelo las crueldades de que fué víctima el Salvador durante su Pasión. Al contrario, se detuvo con placer en describir largamente los primeros tiempos de la vida de Jesús, a quien presenta siempre con su Madre; habla muchas veces de la oración de Jesús, de su misericordia con los pecadores, de su paciencia con sus enemigos. A él debemos los relatos de la mujer adúltera, del buen samaritano, del hijo pródigo, del buen ladrón, de los discípulos de

[1] *S. Lucas,* VIII, 43-48.
[2] *S. Marcos,* V, 25-34.

Emaús. A través de su relato se le siente cuidadoso de infundirnos confianza en "la bondad y amor de nuestro Salvador", que vino a salvar "a todos los hombres". Nos quiere convencer de que todos los hombres, por miserables que sean, así en el orden físico como en el moral, pueden llegarse para ser curados a este Salvador, de quien había oído hablar al Apóstol, a los primeros discípulos, y también probablemente a la Santísima Virgen. Quiere que tomemos como nuestras y como dirigidas a nosotros las palabras cariñosas de Jesús: "A vosotros, amigos míos, lo digo... No temas, rebañito mío...", y parece que se siente, al leerlo, que la mirada de Jesús se posa sobre todos nosotros durante su Pasión y no sólo sobre San Pedro.

La mortificación de la cruz. — Pero tenemos que decir que San Lucas no peca por omisión. Nos lleva, sí, dulce e irresistiblemente hacia el Maestro, mas no vacila para decirnos que, si queremos seguirle y hacernos dignos de él, nos es necesario cargar con la cruz, renunciarnos del todo a nosotros mismos y renunciar también a los bienes de este mundo; y que, a no hacerlo así, no seremos nunca dignos de él, del Señor. Y, porque a esto no se llega sin trabajos, nos lo dice dulcemente, como la melodía gregoriana de la antífona de la Comunión en el primer formulario del Común de un Mártir no Pontífice: tiene esta antífona un aire cautivador y atra-

yente que nos anima a tomar con Jesús la cruz de cada día.

Esa cruz llevó sobre sus hombros nuestro Santo. En la oración de la Misa, la Iglesia le alaba "de haber llevado siempre en su cuerpo la mortificación de la cruz, para gloria del nombre de Dios". Tal mortificación debió de ser muy meritoria, ya que la Iglesia le honra con el color rojo reservado a los mártires, a pesar de que tal vez sea el único apóstol y evangelista que no derramó su sangre por Cristo. Esta mortificación de la cruz fué su martirio, no un martirio de pocos días o de algunas horas, sino de toda su vida: martirio probablemente desconocido de sus contemporáneos, pero honrado hoy en la Liturgia de la Iglesia, a quien guía en todas las cosas el Espíritu Santo.

La lección. — Para nosotros es una lección. También nosotros a ejemplo de San Lucas podemos y debemos ser mártires. En el bautismo nos comprometimos a preferir la muerte al pecado mortal. Y puede ocurrir que un día tengamos que escoger entre la muerte y el pecado: en nuestra elección no deberá haber entonces duda, seguros de la recompensa que en breve nos darán.

Mas lo ordinario es que no tengamos que escoger entre la muerte y el pecado; nuestra conciencia sólo nos pide que renunciemos a nuestro egoísmo: nos lo exige diariamente y,

como todos los días tenemos que hacer nuevos esfuerzos, a veces nos rendimos, renunciamos a la amistad o por lo menos a la intimidad con Dios, guardando en nuestro corazón algunas reliquias de amor propio. Renunciar a ellas equivaldría a asegurarnos la gloria y la recompensa del mártir, como San Lucas las goza en la bienaventuranza eterna. Ayúdenos su intercesión y su ejemplo a seguir sus huellas y las del Salvador y su Madre, tan bellamente retratados en el Evangelio.

VIDA. — Lucas nació en Antioquía, de familia pagana. Se convirtió ciertamente hacia el año 40. San Pablo se encontró con él en Tróade y se le llevó el año 49 como compañero de su segundo viaje a Filipos. Lucas se juntará definitivamente más tarde al Apóstol para no volver a separarse. Al morir San Pablo, Lucas sale de Roma y desde esa fecha le perdemos de vista y nada de cierto volvemos a saber de él.

El alma de San Lucas es toda bondad y dulzura. Hace uso de su talento literario para escribir su evangelio hacia el año 60, con el fin de atraer a los gentiles a la gracia y a la misericordia del Señor. Algo más tarde escribirá los *Hechos de los Apóstoles*. Morirá sin derramar su sangre por Cristo, pero la Iglesia le honra como mártir a causa de su mortificación y de los trabajos que padeció a lo largo de su vida por la causa del Evangelio.

LA MORTIFICACIÓN DE LA CRUZ. — Te damos gracias, evangelista de los gentiles, por haber puesto fin a la larga noche que nos tenía cautivos y haber caldeado nuestros corazones. Como

confidente de la Madre de Dios, tu alma conservó de estas relaciones el perfume de sabor virginal que se percibe en tus escritos y en toda tu vida. Cariño discreto y abnegación callada fueron las partes que te tocaron en la gran obra, en la que el Apóstol de las naciones, muchas veces desamparado y traicionado, te encontró tan fiel en el tiempo del naufragio [1] y del cautiverio [2], como en los días de prosperidad. Con razón, pues, la Iglesia [3] te aplica las palabras que decía de sí mismo Pablo: "Siempre atribulados, perseguidos, abatidos; llevando en nuestro cuerpo, mientras vivimos, el estado de muerte de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste también en nuestra carne mortal" [4]. A este Hijo del hombre, al que nos enseñó a amar en su Evangelio tu pluma inspirada, le revelas también reproduciendo en ti su propia santidad.

EL PINTOR. — Conserva en nosotros el fruto de tus múltiples enseñanzas. Si te honran los pintores cristianos, si es conveniente que aprendan de ti que el ideal de toda belleza reside en el Hijo y en su Madre, hay un arte, con todo, mucho más sublime que el de las líneas y los colores: el arte de reproducir en nosotros la semejanza divina. Queremos sobresalir en tu escuela

---

1 *Acta,* XXVII.
2 *II Tim.,* IV, 11.
3 Colecta de la fiesta.
4 *II Cor.,* IV, 8-11.

por este último arte; pues por tu maestro San Pablo sabemos que la conformidad de imagen con el Hijo de Dios es el único título de la predestinación de los elegidos [1].

EL MÉDICO.—Protege a los médicos cristianos; tienen a honra el seguir tus huellas; ejerciendo su profesión abnegada y de caridad, confían en el crédito de que gozas cerca del autor de la vida. Ayuda a su solicitud para curar o aliviar las enfermedades; infúndeles un celo santo cuando adviertan próximo el paso terrible de la muerte.

Hoy, por desgracia, el mundo reclama para su debilidad senil la solicitud de todos los que estén en condiciones de conjurar, sea por medio de la oración, sea por medio de la acción, los muchos y grandes peligros que le amenazan. *Cuando vuelva el Hijo del Hombre, ¿creéis que aún encontrará fe en la tierra* [2]? Así hablaba el Señor en tu Evangelio. Pero decía también que *hay que orar siempre y no desfallecer jamás* [3]; y añadía para la Iglesia de nuestros días y de todos los tiempos, esta parábola de la viuda que a fuerza de importunar, terminó por conquistar la mala voluntad del juez inícuo en cuyas manos andaba su causa: *Y Dios ¿no hará justicia*

1 *Rom.*, VIII, 29.
2 *S. Lucas*, XVIII, 8.
3 *Ibid.*, XVIII, 1.

a sus elegidos, que claman a él día y noche, y ha de sufrir siempre que se los oprima? Os digo que les hará justicia sin tardar [1].

19 DE OCTUBRE

SAN PEDRO DE ALCANTARA, CONFESOR

"¡BIENAVENTURADA PENITENCIA!"—"¡Bienaventurada penitencia, que tanto premio me ha merecido!" Así se expresaba el Santo de este día al llegar a los cielos, al mismo tiempo que Teresa de Jesús exclamaba en la tierra: "¡Y qué bueno nos le llevó Dios ahora en el bendito Fray Pedro de Alcántara! No está ya el mundo para sufrir tanta perfección. Dicen que están las saludes más flacas y que no son los tiempos pasados. Este santo hombre de este tiempo era; estaba grueso el espíritu, como en los otros tiempos, y ansí tenía el mundo debajo de los pies. Que, aunque no anden desnudos ni hagan tan áspera penitencia como él, muchas cosas hay, como otras veces he dicho, para repisar el mundo, y el Señor las enseña cuando ve ánimo. ¡Y cuán grande le dió su Majestad a ese Santo que digo para hacer cuarenta y siete años tan áspera penitencia, como todos saben!" [2].

---

1 *S. Lucas*, XVIII, 2-8.

2 Santa Teresa. *Autobiografía*, c. XXVII. Edic. del P. Silverio, t. I, p. 214.

PENITENCIA DE SAN PEDRO. — "...Y éste era el mayor trabajo de penitencia que había tenido en los principios de vencer el sueño, y para esto estaba siempre u de rodillas u en pie. Lo que dormía era sentado, y la cabeza arrimada a un maderillo que tenía hincado en la pared. Echado, aunque quisiera, no podía, porque su celda, como se sabe, no era más larga de cuatro pies y medio. En todos estos años jamás se puso la capilla, por grandes soles y aguas que hiciese, ni cosa en los pies, ni vestida, sino un hábito de sayal, sin ninguna otra cosa sobre las carnes, y éste tan angosto como se podía sufrir, y un mantillo de lo mesmo encima. Decíame que en los grandes fríos se le quitaba, y dejaba la puerta y ventanilla abierta de la celda para, con ponerse después el manto y cerrar la puerta, contentaba al cuerpo para que sosegase con más abrigo. Comer a tercero día era muy ordinario. Y díjome que de qué me espantaba, que muy posible era a quien se acostumbraba a ello... Su pobreza era extrema y mortificación en la mocedad, que me dijo que le había acaecido estar tres años en una casa de su Orden y no conocer fraile, si no era por la habla; porque no alzaba los ojos jamás, y ansí a las partes que de necesidad había de ir, no sabía, sino íbase tras los frailes. Esto le acaecía por los caminos. A mujeres jamás miraba; esto muchos años. Decíame que ya no se le daba más ver que no ver; mas era muy viejo cuando le vine a conocer,

y tan extrema su flaqueza, que no parecía sino hecho de raíces de árboles"[1]. "Entre otras cosas, me certificaron había traído veinte años cilicio de hoja de lata contino"[2].

"SI NO HICIEREIS PENITENCIA..." — Una austeridad así la parece lo más natural a la ilustre reformadora del Carmelo, que sentía no practicarla en toda su extensión, y a nosotros nos desanimaría tal vez. Y desde luego, diremos otra vez que si todos los santos son admirables, no son imitables todos. Y con gusto repetiremos con los contemporáneos de Santa Teresa, que el mundo no es ya capaz de semejante perfección y que las saludes están ya muy estragadas para llegar a eso.

Y, a pesar de todo, el Evangelio, que es eterno, que contiene consejos siempre oportunos, nos dice una y más veces: "¡Si no hiciereis penitencia, todos pereceréis!" Nuestra Señora, haciendo coro a su divino Hijo, ha querido repetir en todos sus mensajes al mundo, especialmente desde hace cosa de un siglo, las mismas palabras: "¡Penitencia! ¡Penitencia! ¡Penitencia!"

LA PENITENCIA QUE SE NOS EXIGE. — Bernardeta en Lourdes y los afortunados videntes de Fátima después, transmitieron el mensaje celestial, y estos últimos le explicaron también reciente-

---

1 Santa Teresa. *Autobiografía,* c. XXVII. Edic. del P. Silverio, t. I, pp. 214-215.

2 Ibíd., c. XXX, p. 237.

mente. No deja de tener interés el conocer con exactitud lo que espera el Señor de nosotros para perdonarnos y para alejar del mundo los castigos bien merecidos por los pecados tan graves y tan numerosos: "Dios, misericordioso, desea ardientemente la vuelta a la paz; pero está apenado de ver tan pocas almas en estado de gracia y dispuestas a renunciar a todo lo que El exige y a guardar su ley. Y, precisamente, lo que Dios nos pide ahora es penitencia; éste es el sacrificio que cada cual debe imponerse para vivir una vida justa de acuerdo con su ley.

"No quiere de nosotros otra mortificación sino que cumplamos simple y honradamente nuestras obligaciones de cada día y que suframos con paciencia los trabajos y tribulaciones. Quiere que se enseñe claramente a las almas esta vía, porque son muchos los que se imaginan que la penitencia consiste en "grandes austeridades" y, no teniendo fuerzas ni valentía para hacerlas, se desalientan y se arrastran en una vida de indiferencia y de pecado.

"... Dice Nuestro Señor: El sacrificio que a todos se exige, consiste para cada uno en el cumplimiento de sus propias obligaciones y en la observancia de mi ley; ésa es la penitencia que ahora quiero."

Practicar esta penitencia será, pues, para nosotros, el medio de imitar a los santos, aun a los más austeros, y podemos y debemos tener

la firme convicción de que así responderemos a los deseos de Cristo y de su Santa Madre sobre cada uno de nosotros.

VIDA. — Pedro Garavito nació en 1499 en Alcántara, España. A los 16 años, entró en la Orden de los Frailes Menores y, una vez terminados sus estudios, le encargaron la predicación. Con su celo, que le consumía, logró convertir a muchos pecadores. Pero, además, quería restaurar en su Orden el primitivo fervor. Consiguió para ello el permiso de la Santa Sede y fundó el convento de Pedroso, al cual siguieron otras muchas fundaciones en España y en las Indias. Era de una extrema austeridad, mas por eso se vió regalado con altísima contemplación, y Dios reveló a Santa Teresa que despacharía favorablemente toda petición que se le hiciese en nombre de Pedro de Alcántara. Gozó también del don de profecía y discernimiento de espíritus. Murió el 18 de octubre de 1562, confortado con la aparición del Señor, de Nuestra Señora y de los Santos. El Papa Gregorio XV le declaró Beato el 18 de abril de 1622, y Clemente IX le canonizó el 4 de mayo de 1669.

LA RECOMPENSA. — "Hela aquí acabada esta aspereza de vida con tan gran gloria" [1]. ¡Cuán dulces fueron las últimas palabras que tus labios moribundos pronunciaron: *Me he alegrado de lo que se me ha dicho: Iremos a la casa del Señor* [2]! No había llegado aún la hora de la recompensa para el cuerpo, al que habías determinado negar en esta vida todo descanso, reser-

[1] Autobiografía de Santa Teresa, c. XXVII. Edic. del P. Silverio, t. I, p. 216.
[2] Salmo CXXI, 1.

vándoselo para la otra; pero el resplandor y los aromas de ultratumba en los que el alma le envolvía al despedirle, ya nos declaraban a todos que el contrato que fielmente se cumplió en su primera parte, lo sería en la segunda también. Por el contrario, el cuerpo del pecador, destinado a horribles tormentos por causa de unos vanos deleites, rugirá eternamente contra el alma que le llevó a la perdición; tus miembros, una vez que entren en la felicidad del alma ya dichosa para completar su gloria con los propios resplandores, proclamarán a lo largo de los siglos eternos cómo tu aparente aspereza de un instante fué para ellos sabiduría y amor.

La lucha. — Y ¿acaso tendremos que esperar al día de la resurrección para reconocer, desde este mundo, que escogiste sin duda ninguna la mejor parte? ¿Quién se atrevería a comparar los placeres prohibidos, pero ni siquiera los goces que puede uno permitirse en el mundo, con los santos placeres que la divina contemplación reserva ya desde esta vida a todo el que se pone en condiciones de gustarlos? Si se dan en premio a la mortificación de la carne, señal es de que en este mundo la carne y el espíritu sostienen una lucha; pero la lucha para un alma generosa tiene sus atractivos, y aun la carne, a la que ella glorifica, por ella también se ve libre de mil peligros.

PLEGARIA POR LA IGLESIA Y EL ESTADO RELIGIOSO. — Conséguenos tú la saciedad del cielo que nos aparte de los placeres de la tierra, pues, según la palabra del Señor, no te invocaremos en vano si te dignas tú mismo presentarle nuestros ruegos.

Es la petición que en tu nombre y con la Iglesia dirigimos a Dios, que hizo admirable tu penitencia y sublime tu contemplación [1]. La gran familia de los Frailes Menores guarda con cariño el tesoro de tus ejemplos y de tus enseñanzas; para honra de tu Padre San Francisco y bien de la Iglesia, mantenla en el amor de sus austeras tradiciones. Continúa tu ayuda preciosa al Carmelo de Teresa de Jesús; y en las pruebas de nuestros días, extiéndela a todo el estado religioso.

20 DE OCTUBRE

SAN JUAN CANCIO, CONFESOR

SAN JUAN Y POLONIA. — Kenty, la humilde aldea de Silesia donde nació el Santo de hoy, le debe a él el ser conocida en todas partes para siempre. Retrasada por mil dificultades, la canonización de este bienaventurado sacerdote, que por su ciencia y virtud ilustró en el si-

[1] Colecta de la fiesta.

glo xv a la Universidad de Cracovia, fué la última alegría, la postrera esperanza de la Polonia agonizante. Ocurrió en el año 1767. Dos años antes, a instancias de aquella nación heroica, Clemente XIII dió el primer decreto que autorizaba la celebración de la fiesta del Sagrado Corazón. Al inscribir entre los santos a Juan Cancio, el magnánimo Pontífice expresaba en términos conmovedores el agradecimiento de la Iglesia para aquel desventurado pueblo y le rendía un supremo homenaje[1] ante Europa, que lo olvidaba por odio. Cinco años más tarde se hacía la división y el repartimiento de Polonia.

Las desgracias de Polonia. — Habían de pasar muchos años antes de que esta nación desdichada recobrase su independencia. Pero no la duró mucho. En 1939 el enemigo invadía a Polonia otra vez, la vencía y dividía. Tuvo siquiera el consuelo de recibir palabras de aliento y la bendición del Papa Pío XII, quien, en su primera encíclica "Summi Pontificatus" del 20 de octubre de 1939, se condolía de la tribulación de esta "amadísima nación, que por su inquebrantable fidelidad a la Iglesia, por sus méritos en la defensa de la civilización cristiana, inscritos con caracteres indelebles en los fastos de la historia, tenía derecho a la amistad humana y fraterna del mundo, y debía esperar, confiada en la poderosa intercesión de María, la hora de un

1 Bula de la canonización.

resurgimiento, de acuerdo con los principios de la justicia y de la verdadera paz".

Al terminar la guerra, Polonia no recobró más que un simulacro de independencia y una parte tan sólo de su territorio. Cuando escribimos esto, la persecución se ensaña contra la Iglesia. Con pretextos fútiles y en formas sumamente falaces, un gobierno sectario encarcela, juzga y condena a los sacerdotes y obispos, suprime la prensa y la Acción Católica, cierra las escuelas cristianas y pone trabas a la enseñanza que la jerarquía tiene el derecho y la obligación de dar al pueblo fiel, sobre todo a los niños.

Felizmente "Dios lo puede todo: en sus manos están no sólo la felicidad y la suerte de los pueblos, sino también los designios humanos; suavemente nos inclina al lado que quiere; los mismos obstáculos son para su omnipotencia medios de que se sirve para moderar las cosas y los acontecimientos, para guiar los espíritus y las voluntades a sus fines altísimos" [1]. Pidámosle por intercesión del santo sacerdote que dió a Polonia, que una vez más salve a este desgraciado país, y que haga que los sufrimientos y la sangre de los mártires sean siempre para la Iglesia una prenda de resurrección y de paz.

VIDA. — Juan nació hacia el año 1390 en Kenty, diócesis de Cracovia. Ya desde niño tenía una piedad angelical y una inteligencia tan notable, que se le envió

---

[1] Pío XII, Encic. *"Summi Pontificatus"*.

a estudiar a la Universidad de Cracovia. Después de haber conquistado los diplomas más lisonjeros, llegó a ser maestro, pero quiso ilustrar a las almas tanto como a las inteligencias y conducirlas al bien. Ya sacerdote, ejerció algún tiempo el ministerio, pero volvió nuevamente a la enseñanza. Su deseo de ser mártir le hizo emprender un viaje a Jerusalén; tenía oración altísima; su caridad para con los pobres le hizo dar todo lo que tenía; era tal su mortificación, que dormía en el suelo, llevaba cilicio y comía lo justo para no morir de hambre. Murió el 24 de diciembre de 1473. Su valimiento ante Dios quedó claro con numerosos milagros, y en 1767, Clemente XIII le canonizaba, pero ya en 1680 Inocencio XI había reconocido su santidad al permitir su fiesta en todo el reino de Polonia.

PLEGARIA. — La Iglesia no cesa de decirte, y nosotros te lo decimos con la misma inquebrantable esperanza: "Tú, que nunca te negaste a prestar ayuda a nadie, toma por tu cuenta la causa del país donde naciste: ésta es la petición que te hacen tus conciudadanos de Polonia, y es también el ruego de los que no lo son" [1]. La traición de que fué víctima tu desgraciada patria, pesa continua y trabajosamente sobre la Europa desequilibrada. ¡Cuántos pesos aplastantes, por desgracia, han venido después a acumularse en la balanza de la justicia del Señor! Oh Juan, enséñanos a aliviarla al menos del peso de nuestras faltas personales; siguiendo

---

[1] Himno de los Maitines de la fiesta.

tus huellas por el camino de las virtudes, mereceremos el perdón del cielo [1] y adelantaremos la hora de las grandes reparaciones.

21 DE OCTUBRE

SAN HILARION, ABAD

EL PADRE DE LOS MONJES SIRIOS. — "En Siria no se conocía monje alguno antes de San Hilarión, dice su historiador San Jerónimo. Es el fundador de la vida monástica en aquella tierra y el maestro de los que la abrazaron. Nuestro Señor Jesucristo tenía a Antonio en Egipto, a Hilarión en Palestina; el primero, lleno de años y el segundo, todavía joven" [2]. Ahora bien, el Señor no tardó en levantar a éste sobre pedestal de gloria, de modo que Antonio decía a los enfermos atraídos desde Siria por la fama de sus milagros: "¿Por qué os cansáis en venir de tan lejos, cuando tan cerca está de vosotros mi discípulo Hilarión [3]? Con todo, Hilarión sólo había pasado dos meses junto a Antonio; al cabo de ellos el patriarca le dijo: "Hijo, ten perseverancia hasta el fin; y tu trabajo te valdrá las delicias del cielo." Después, vistiéndole un cilicio

1 Colecta.
2 Vida de S. Hilarión, c. II.
3 Ibíd., c. III.

y una túnica de pieles a este niño de quince años, que ya no volvería a ver, le envió a santificar las soledades de su patria, mientras él se iba adentrando más y más en el desierto [1].

La lucha con el diablo. — El enemigo del género humano, al ver en el recién llegado de la soledad un adversario temible, emprendió contra él terribles combates. A pesar de sus ayunos, la carne del joven asceta fué el primer cómplice del infierno. Pero, sin compasión para un cuerpo tan delicado y tan débil, que, según el historiador, parecía que cualquier esfuerzo le iba a reducir a la nada, Hilarión exclamaba indignado: "Asno, ya me arreglaré yo para que no tires coces; te someteré por el hambre, te fatigaré con la carga, te haré andar todo el día, y sentirás tanto el hambre, que no pensarás en el placer" [2].

Por esta parte el enemigo quedó vencido, pero encontró otros aliados figurándose que así haría volver a Hilarión por el temor a parajes habitados. A los ladrones que se lanzaban sobre su pobre choza de juncos, el Santo decía sonriendo: "El que está desnudo no teme a los ladrones." Y éstos, admirados de tan encumbrada virtud, no disimulaban su admiración y prometían enmendar su vida [3].

---

1 Vida de S. Hilarión, c. I.
2 Ibíd., c. I.
3 Ibíd.

Y era llegado el momento de entrar el diablo en la lucha, como lo hizo con Antonio y con el mismo fracaso. Ningún desorden podía llegar a las regiones serenas a que esta alma sencilla había subido. Un día en que el demonio, entrando en el cuerpo de un camello y volviéndole furioso, se lanzaba sobre el Santo con alaridos horribles, oyó esta réplica: "No me asustas; zorro o camello, contigo es lo mismo". Y la enorme bestia caía, vencida, a sus pies [1].

Más dura fué la prueba y más hábil el ardid de parte del infierno, al querer evitar la gran afluencia de gente que sin cesar asediaba su pobre celdilla; Hilarión comprendió que el enemigo se convertía maliciosamente en portavoz de su fama y quería traerle de todos los rincones del mundo aquellas multitudes que le oprimían el alma. Le fué inútil salir de Siria y recorrer Egipto en todas las direcciones; acosado de desierto en desierto, vanamente cruza el mar, con la esperanza de ocultarse en Sicilia, en Dalmacia o en Chipre. Desde el navío que le conduce al interior de las Cícladas, en todas las islas oye que los espíritus infernales se citan en las ciudades y en los pueblos y acuden a los lugares por donde pasa. Al llegar a Pafos, el mismo concurso de demonios que llevan tras de sí multitudes humanas; al fin, Dios, teniendo compasión de su siervo, le procura un lugar inaccesible, en el cual se encuentra solo, rodeado

1 Vida de S. Hilarión, c. II.

día y noche de legiones diabólicas. Lejos de temer, dice su biógrafo, gozaba de verse rodeado de tales camaradas, que tan bien conocía por sus luchas de antaño, y allí vivió con gran paz los cinco años que precedieron a su muerte [1].

VIDA. — Damos el relato que le dedica la Iglesia, resumen del de San Jerónimo. Hilarión nació en Tabate, Palestina, de padres infieles, quienes le enviaron a Alejandría a hacer sus estudios; allí brilló por la pureza de su vida y por su talento, pero hizo mayores progresos aún en la fe y en la caridad al abrazar la religión de Jesucristo. Constante en acudir a la iglesia, en ayunar y en hacer oración, despreciaba todos los falsos placeres y refrenaba los deseos terrenales. Célebre era por entonces en todo Egipto el nombre de Antonio; por verle, hizo un viaje al desierto; en los dos meses que pasó junto a él, pudo aprender totalmente su género de vida. Al volver a su casa, se encontró con que habían muerto sus padres, distribuyó su herencia a los pobres y, sin cumplir los dieciséis años, tomó el camino de la soledad. Apenas cabía en la angosta choza que allí construyó. Dormía en el suelo. Jamás lavó o se cambió el saco que entonces vistió, porque decía que era superfluo cuidar un cilicio.

Ocupaba gran parte de su vida la lectura y el estudio de las Sagradas Escrituras. Unos higos y el jugo de las hierbas constituían su alimento, que no tomaba nunca antes de ponerse el sol. Su mortificación y su humildad rayaban en lo increíble; estas virtudes y otras le dieron el triunfo sobre múltiples y horribles tentaciones del infierno y el poder de arrojar infinidad de demonios de los cuerpos que se habían adueñado en muy diversos países. Fundador de numerosos

---

1 Vida de S. Hilarión, c. III, IV, V.

monasterios e ilustre por los milagros, al llegar a los ochenta años, la enfermedad le asaltó; en la violencia del mal y pronto a exhalar el último suspiro, decía: Sal, ¿qué temes? Sal, alma mía, ¿por qué vacilas? hace casi setenta años que sirves a Cristo y ¿te asusta la muerte? A estas palabras expiró.

El temor de Dios. — ¡Ser un Hilarión y temer el morir! *Si esto ocurre en el leño verde, ¿qué será en el seco*[1]? Santo ilustre, penétranos de la esperanza de los juicios de Dios. Enséñanos que el temor cristiano no excluye el amor. Más bien, al contrario, abre paso a sus entradas y a él conduce, para luego hacerle escolta a lo largo del sendero de la vida como un guardián atento y fiel. Ese temor fué tu seguridad en el momento supremo; ¡ojalá que después de haber sido guía seguro en nuestros caminos como lo fué en los tuyos, nos introduzca también a nosotros directamente en los cielos!

EL MISMO DIA

SANTA URSULA Y SUS COMPAÑERAS MARTIRES

San Hilarión fué de los primeros Confesores, si no el primero que tuvo culto público junto a los Mártires. En Occidente, Ursula y sus compañeras mártires unen su glosiosa aureola a la

[1] *S. Lucas,* XXIII, 31.

del santo monje a quien la Iglesia ha reservado los primeros honores de este día.

LAS MÁRTIRES DE COLONIA. — Nos refiere la leyenda que a fines del siglo IV, fueron martirizadas once mil vírgenes en Colonia por los cien mil germanos bárbaros que resolvieron invadir y saquear las ricas provincias romanas de las riberas del Rin.

La crítica actual no es tan generosa. Esta nos dice que entre los años 350 y 450, Clemacio, personaje de categoría senatorial, restauró una basílica que se construyó en Colonia sobre el sepulcro de unas vírgenes que habían derramado su sangre por Cristo. Este edificio era de modestas dimensiones y no podía encerrar muchos sepulcros. La inscripción que mandó grabar y que se la considera auténtica, nos permite creer que existía, pues, en Colonia un culto a las vírgenes mártires.

Por no existir un documento claro, hoy nos es imposible fijar la fecha del martirio de estas vírgenes; su número no aparece tampoco hasta el siglo IX y más tarde todavía el nombre de Ursula. Es verosímil que fueron once, no once mil.

PATRONA DE LAS UNIVERSIDADES. — Sea de ello lo que quiera, la devoción del pueblo cristiano para con ellas fué grande. Patronas de Colonia, se las consideró también como patronas de

Francia desde el siglo VIII; San Alberto Magno las escogía como patronas de los altos estudios teológicos de la Universidad de Colonia, y siguió su ejemplo en la Sorbona Santo Tomás de Aquino, en Coimbra Suárez y en Austria los arzobispos de Viena. Los grandes maestros de la teología estaban convencidos de que, poniendo ante los ojos de sus discípulos el cuadro de las virtudes heroicas de estas jóvenes mártires, les comunicarían ese desprecio obligado de la carne y de la sangre y esa elevación de alma que facilitan al espíritu los trabajos intelectuales [1].

... Y DE LAS HIJAS DE SANTA ANGELA DE MÉRICI. Santa Angela de Mérici, al fundar en 1536 una Compañía de vírgenes consagradas al apostolado y a la enseñanza, las llamó ursulinas y las dió por protectora a Santa Ursula, venerada en toda la Europa cristiana como mártir de la virginidad y campeón de la cultura contra la barbarie.

Recitemos las dos estrofas siguientes del beato Hermann, en honor de las mártires de Colonia:

"Vírgenes gloriosas, oíd mi oración y, al llegar la muerte, venid rápidamente en mi ayuda; estad presentes en el momento temible y defendedme de los asaltos de los demonios.

"Ninguna de vosotras falte; y al frente de vosotras esté, antes que nadie, la Virgen María.

[1] Anacleta Bollandiana, 1929, p. 89-110.

Si todavía queda en mí alguna mancha, purificadme de ella con vuestra oración. Advierta el enemigo vuestra presencia y sea confundido.»

23 DE OCTUBRE

SAN ANTONIO MARIA CLARET, OBISPO Y FUNDADOR

Fué uno de los más grandes prelados y misioneros del siglo XIX. Nacido en Sallent, pequeña villa de la provincia de Barcelona el 25 de diciembre de 1807, comenzó a dar desde niño señales extraordinarias de su destino providencial. Dedicado a los trabajos del telar de su padre, donde le esperaba un porvenir risueño dadas sus buenas cualidades y su gran amor al trabajo, lo dejó todo un día para entregarse de lleno a la salvación de su propia alma y de las almas de los demás.

Comienza por estudiar el latín y la filosofía en el Seminario de Vich. Durante esta época le acometen vivos deseos de dar su sangre por Cristo, y estos mismos deseos son los que le mueven a embarcarse en Marsella para dirigirse a países de infieles, con el fin de propagar por todas partes la fe cristiana. Pero sus ambiciones de apostolado salen fallidas. Intenta entonces ingresar en la Compañía de Jesús, y su salud pre-

caria le obliga a abandonarla. Vuelve de nuevo a España, donde es ordenado de sacerdote y se le encomienda el cuidado de la parroquia de Viladraú, en la cual despliega desde el primer momento gran actividad apostólica: confiesa, predica, organiza hermandades y cofradías piadosas, consuela a los afligidos, ayuda a los pobres y siembra el bien a manos llenas en todos los rincones de su feligresía. Su fama empieza a extenderse por toda la comarca, y de todas las partes afluyen los domingos un raudal de gente que van a escuchar al famoso y austero predicador. Pronto todos los pueblos de Cataluña pueden oír su voz, y él se deja llevar. Va a pie de pueblo en pueblo desde las orillas del Ebro hasta las vertientes de los Pirineos. Su paso levanta oleadas de entusiasmo y gritos de arrepentimiento: los pueblos se transforman, los grandes pecadores cambian de vida y se obran las conversiones más estupendas. Poseía el divino secreto de arrebatar los corazones como los grandes predicadores populares, San Antonio de Padua, San Bernardino de Siena, o San Vicente Ferrer. Había tomado por modelo de su predicación al Beato Avila y, como él, *ungió sus sermones a oración.*

Además de predicador, el Santo P. Claret fué un incansable propagandista de la pluma: escribió miles de libros piadosos, fundó librerías religiosas, publicó periódicos católicos y promovió por todos los medios la enseñanza religiosa

del pueblo. Esta actividad incomparable y fecunda suscitó contra él las iras del sectarismo antirreligioso y masónico que le persiguió con toda saña, levantando contra él las más viles calumnias. Pero la virtud del integérrimo misionero salió triunfante de todos sus enemigos, y la gloria comenzó a orlar su frente desde esta misma vida. La reina de España le escogió para confesor suyo, pero antes se le nombró obispo de Santiago de Cuba, isla en la que su celo intensificó mucho la vida cristiana, y, finalmente, le dieron el título de Arzobispo de Trajanópolis; pero él siguió viviendo en todas partes su vida ascética y misionera.

Concentró los últimos años de su vida sobre todo en el Instituto de los Misioneros Hijos del Corazón de María, que había fundado con otros compañeros en 1849, y que continúa siendo todavía hoy la gloria más pura y más excelsa del egregio misionero de Sallent.

Al estallar la revolución de 1868, el P. Claret siguió a la reina en su destierro, muriendo dos años más tarde (1870) en la Abadía Cisterciense Fontfroide (Francia), siempre acosado, ferozmente calumniado y perseguido hasta después de muerto. Gran rabia le tenía y sigue teniendo el infierno, bien sabe Satanás el porqué.

El Papa Pío XI le declaró Beato, y Pío XII le canonizó en medio de funciones apoteósicas. La fama y la gloria de este varón incomparable, justo orgullo de España, crece en el mundo como

un desbordado más, y son de esperar asombrosas manifestaciones de su benéfica influencia en el orbe entero. Deseamos para él la aureola del doctorado en la Iglesia universal. ¡Salve padre, salve pastor infatigable de las almas, salve prez de Misioneros y Prelados; mira desde el cielo la viña que plantaste y regaste con sudores, vela por su prosperidad!

24 DE OCTUBRE

SAN RAFAEL, ARCANGEL

La proximidad del día grande y solemne que pronto hará converger en nosotros los esplendores del cielo, infunde a la Iglesia un recogimiento profundo.

Si se exceptúa el homenaje que tiene que tributar en su fecha a los gloriosos apóstoles San Simón y San Judas, apenas se encuentran unas fiestas diseminadas de rito simple, que vienen a romper el silencio de estos últimos días de octubre. Es conveniente adaptar nuestras almas a las disposiciones de la Iglesia. Mas no anulamos esta ley dedicando un recuerdo rápido al arcángel a quien celebra la Iglesia en este día.

MINISTERIO DE SAN RAFAEL. — El ministerio que cumplen los espíritus celestes cerca de nos-

otros, se encuentra maravillosamente expresado en las graciosas escenas que hacen la historia de Tobías sumamente agradable. Recordando los buenos oficios del guía y del amigo, como todavía llama a su hermano Azarías, Tobías el joven dice a su padre: "¿Cómo agradecerle sus beneficios? Me ha guiado y conducido sano y salvo. Ha cobrado también el dinero que nos debía Gabaelo. A él debo el haber hallado la esposa que me estaba preparada, de cuyo cuerpo arrojó al demonio, a la vez que llenaba de alegría a sus padres de ella. A mí me salvó del pez que me iba a tragar y a ti te ha hecho finalmente ver la luz del cielo y nos ha llenado de todos los bienes" [1].

Y, queriendo padre e hijo mostrar su gratitud al modo como lo hacen los hombres, a quien tanto lo merecía, el ángel se da a conocer entonces para enderezar todo el agradecimiento al bienhechor supremo: "Bendecid al Dios del cielo, y glorificadle ante todo ser viviente, pues ha hecho brillar su misericordia sobre vosotros... Cuando orabas con lágrimas y enterrabas a los muertos..., presentaba yo tu oración al Señor. *Y porque fuiste acepto a Dios, era necesario que te probase con la tentación.* Y ahora el Señor me envió para curarte y librar del demonio a Sara, esposa de tu hijo. Yo soy el ángel Rafael,

---

1 *Tob.,* XII, 2-3.

uno de los siete que estamos ante el Señor... La paz sea con vosotros, no temáis... bendecid a Dios"[1].

CONFIANZA. — También nosotros celebramos los beneficios del cielo. Sabemos por la fe que el ángel del Señor nos acompaña desde la cuna al sepulcro; lo sabemos con tanta certeza como la que tenía Tobías viendo con sus ojos al arcángel Rafael. Tengamos en nuestro santo ángel una confianza igual y, entonces, el camino de la vida, más sembrado de peligros que la tierra de los medos, no los tendrá para nosotros; cuanto halláremos en él, todo será bueno, como preparado por el Señor; y, nuestro ángel hará que la bendición, cual resplandor anticipado de la patria, se extienda desde nosotros a todos nuestros prójimos.

ALABANZA. — Tomamos del Breviario Ambrosiano este himno en honor del glorioso arcángel:

HIMNO

Rafael, guía divino, recibe bondadosamente el himno sagrado que nuestras voces suplicantes y gozosas te dedican.

Guíanos por la carrera de la salvación, vigila nuestros pasos; haz que no caminemos nunca a la ventura, por haber perdido la senda del cielo.

Míranos desde el cielo; llena a nuestras almas del esplendor brillante que desciende del Padre santo de las luces.

---

[1] *Tob.*, XII, 4-22.

Da la salud a los enfermos, pon fin a la noche de los ciegos; al curar los cuerpos, fortifica los corazones.

Tú, que te hallas ante el soberano Juez, aboga por la causa de nuestros crímenes; aplaca la cólera vengadora del Omnipotente tú, a quien confiamos nuestros ruegos.

Confunde a nuestro soberbio enemigo tú, que vuelves a empezar el gran combate; para triunfar de los espíritus de la rebelión, danos la fuerza, aumenta en nosotros la gracia.

Gloria sea a Dios Padre, como a su único Hijo, con el Espíritu Consolador ahora y siempre. Amén.

El último domingo de octubre

FIESTA DE CRISTO REY

Dos fiestas del reinado de Cristo. — Al principio del Año litúrgico encontramos ya una fiesta del reinado de Cristo: la Epifanía. Jesús acababa de nacer y se manifestaba a los reyes de Oriente y al pueblo de Israel como "el Señor que tiene en su mano el reino, el poder y el imperio" [1]. Acogimos a este "Salvador, que venía a reinar sobre nosotros" [2], y con los Magos le ofrecimos nuestros presentes, nuestra fe y nuestro amor.

Y ¿por qué quiere la Iglesia que, al fin del año, celebremos una nueva fiesta del reinado de Cristo, de su reinado social y universal?

1 Introito de la Misa de la Epifanía.
2 Introito de la Epifanía.

No padecimos engaño en tiempo de la Epifanía sobre la naturaleza de este reinado, como tampoco lo padecimos sobre la dignidad de Dios que poseía el Niño recién nacido. Pero tal vez nos dejamos fascinar por aquella estrella que, al brillar en el cielo de Belén, nos alumbraba con la luz de la fe y nos hacía esperar mayores claridades para la eternidad. Entonces cantamos el acercamiento de la gentilidad a la fe en la persona de los Magos que vinieron allá del Oriente a adorar al Rey de los Judíos

El laicismo. — La Iglesia quiere que pensemos hoy en las consecuencias de este llamamiento universal a la fe de Cristo. Las naciones, en conjunto, se han convertido al Señor, que las trajo, con los acontecimientos sobrenaturales, los beneficios de una civilización completamente desconocida del mundo antiguo. Pero, desgraciadamente, hace ya dos siglos que un error sumamente pernicioso destroza a todas las naciones, a Francia particularmente: el laicismo. Consiste éste en la negación de los derechos de Dios y de Nuestro Señor Jesucristo sobre toda la sociedad humana, tanto en la vida privada y familiar, como en la vida social y política. Los propagadores de esta herejía han repetido el grito de los Judíos deicidas: No queremos que reine sobre nosotros. Y con toda la habilidad, tenacidad y audacia de los hijos de las tinieblas, se

han esforzado por echar a Cristo de todas partes. Han declarado inmoral a la vida religiosa y expulsado a los religiosos; han intentado imponer a la Iglesia, aunque inútilmente, una constitución cismática; han decretado la separación de la Iglesia y del Estado y han negado a la sociedad civil la obligación de ayudar a los hombres a conquistar los bienes eternos; han introducido el desorden en la familia con la ley del divorcio, han suprimido los crucifijos en los tribunales, hospitales y escuelas. Y, finalmente, han declarado intangibles sus leyes y han hecho del Estado un Dios.

Razón de esta fiesta. — Frente "a esta peste de nuestros días" los Papas no han cesado de levantar su voz. Pero, como la plaga iba en aumento, Pío XI quiso aprovechar el año jubilar para recordar solemnemente al mundo por la Encíclica *Quas primas* del 11 de diciembre de 1925, el completo y absoluto poder de Cristo, Hijo de Dios, Rey inmortal de los siglos, sobre todos los hombres y sobre todos los pueblos de todos los tiempos. Además, para que esta doctrina tan necesaria no se olvidase demasiado pronto, instituyó en honor de su reinado universal una fiesta litúrgica que fuese a la vez memorial solemne y reparación de esa apostasía de las naciones y de los individuos, que se afana por manifestarse en la doctrina y en los hechos en nombre del laicismo contemporáneo.

Finalmente, el Sumo Pontífice prescribió para esta misma solemnidad la renovación de la consagración del género humano al Sagrado Corazón.

Los fieles encontrarán en el Breviario o simplemente en el Misal, la doctrina de la Iglesia sobre el reinado social de Cristo y fórmulas incomparables de oraciones de alabanza, de reparación y de petición que pueden dirigirle en esta fiesta. Pero esta enseñanza en toda su amplitud se halla expuesta en la Encíclica del Papa. Nos contentaremos con dar un resumen, invitando a los lectores que acudan al texto original para que, reconociendo los derechos del Señor, arrojen el veneno del laicismo y se lleguen con confianza al Corazón de Jesús, cuyo reinado es de amor y de misericordia.

TRIPLE REINADO. — En la Encíclica verán en qué sentido Cristo es Rey de las inteligencias, de los corazones y de las voluntades; quiénes son los súbditos de este Rey, el triple poder incluído en su dignidad regia y la naturaleza espiritual de su reinado.

"Ya está en uso desde hace mucho tiempo el atribuir a Cristo en un sentido metafórico el título de Rey, por razón de la excelencia y eminencia singulares de sus perfecciones, por las cuales sobrepuja a toda criatura. Y nos expresamos de ese modo para afirmar que es el *Rey de las inteligencias humanas,* no tanto por la

penetración de su inteligencia humana y la extensión de su ciencia, cuanto porque es la misma Verdad y los mortales necesitan buscar en él la verdad y aceptarla con obediencia. Se le llama *Rey de las voluntades,* no sólo porque a la santidad absoluta de su voluntad divina corresponden la integridad y la sumisión perfecta de su voluntad humana, sino también porque, mediante el impulso y la inspiración de su gracia, somete a Sí nuestra libre voluntad, con lo que viene nuestro ardor a inflamarse para acciones nobilísimas. A Cristo se le reconoce finalmente como *Rey de los corazones,* a causa de su caridad, que excede a todo conocimiento y de su mansedumbre y bondad, que atraen a las almas; y en efecto, no ha habido hombre alguno hasta hoy que haya sido amado como Jesucristo por todo el género humano, ni tampoco se verá en lo porvenir.

La dignidad regia, una consecuencia de la unión hipostática. — "Pero, avanzando un poco más en nuestro tema, cada cual puede echar de ver que el nombre y poder de Rey convienen a Cristo en el sentido propio de la palabra; se dice de Cristo que recibió de su Padre el poder, el honor y la dignidad regia en cuanto hombre, pues el Verbo de Dios, que con el Padre posee una misma sustancia, no puede menos de poseer todo en común con su Padre y, por consiguiente, el imperio supremo y absoluto sobre

todo lo creado. La dignidad regia de Cristo se funda en la unión admirable que llamamos unión hipostática. Por consiguiente: los ángeles y los hombres tienen que adorar a Cristo en cuanto es Dios, pero tienen que obedecer y exteriorizar su sumisión también a sus mandatos en cuanto hombre, es decir que, por el solo título de la unión hipostática, a Jesucristo se le dió poder sobre todas las criaturas...

La triple potestad. — "La dignidad regia de Cristo lleva consigo un triple poder: legislativo, judicial y ejecutivo y sin él no se puede concebir aquélla. Los Evangelios no se contentan con afirmarnos que Cristo ratificó algunas leyes, nos le presentan también dictando otras nuevas... Jesús declara además que el Padre le otorgó el poder judicial... Este poder judicial implica el derecho de decretar para los hombres, penas y recompensas, aun en esta vida. Y, por fin, también tenemos que atribuir a Cristo el poder ejecutivo, dado que es de necesidad para todos la obligación de obedecer a sus órdenes, y que ha establecido algunas penas de las que no se librará ningún culpable.

Carácter del reinado de Cristo. — "Que el reinado de Cristo ha de ser en cierto sentido principalmente espiritual y referirse a las cosas espirituales... Nuestro Señor Jesucristo lo confirmó con su modo de obrar... Ante Pilatos de-

clara que su reino no es de este mundo. En el Evangelio se nos muestra su reino como reino en el que nos preparamos a entrar por la fe y el bautismo... El Salvador no opone su reino más que al reino de Satanás y al poder de las tinieblas. Exige a sus discípulos desasirse de las riquezas y de todos los bienes terrenos, practicar la mansedumbre, tener hambre y sed de la justicia, pero también renunciarse y llevar cada cual su cruz. Como Jesucristo en cuanto Redentor compró a la Iglesia con el precio de su sangre y, en cuanto Sacerdote, se ofrece a sí mismo perpetuamente en sacrificio por los pecados del mundo, ¿quién no echará de ver que su dignidad regia tiene que participar del carácter espiritual de estas dos funciones de Sacerdote y de Redentor?

"Con todo, no se podría negar, sin cometer un grave error, que el reinado de Cristo-hombre se extiende también a las cosas civiles, puesto que recibió de su Padre un dominio absoluto, de tal modo que abarca todas las cosas creadas y todas están sometidas a su imperio..."

MISA

Mientras en el cielo adoran al Cordero inmolado los Angeles y los Santos proclamándole Rey, nos reunimos nosotros en la casa de Dios para renovar el misterio de la inmolación de

este Cordero y proclamar también nosotros su reinado universal, en la vida individual y familiar, en la vida social y política, aquí y en la eternidad.

INTROITO

Digno es el Cordero que fué inmolado, de recibir el poder, la divinidad, la sabiduría, la fortaleza y el honor. A El la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. —*Salmo:* Oh Dios, da tu juicio al Rey: y tu justicia al Hijo del Rey. ℣. Gloria al Padre.

La Colecta pide para la gran familia humana dividida por el pecado, la restauración de la unidad. El único medio de conseguirla, es acatar el reinado de Cristo.

COLECTA

Omnipotente y sempiterno Dios, que quisiste restaurarlo todo en tu amado Hijo, Rey de todos: haz propicio que todas las familias de las gentes, disgregadas por la herida del pecado, se sometan a su suavísimo imperio. El cual vive y reina contigo.

CRISTO. — La Epístola es un verdadero cántico en el que el apóstol San Pablo proclama arrobado lo que es Cristo para Dios, para la creación, para la Iglesia.

El Padre es invisible, habita en una luz, en una región inaccesible, pero he aquí que el que es imagen suya, nacido de El, Dios como El, se deja ver entre nosotros, se hace hombre como nosotros, y derrama su sangre por nosotros.

Dios: obra suya es la creación; por El subsiste todo; en El tenemos la vida, el movimiento y el ser y todo lo que existe para El es.

Cabeza de la creación, lo es también de la Iglesia que es su cuerpo, su Esposa. Hay entre ambos unidad de vida. Esta vida la posee El en su plenitud y esta plenitud se comunica sin padecer mengua jamás; toda belleza, toda santidad proviene de El como de su fuente.

Así lo quiso el Padre con el propósito de reducir todas las cosas a la unidad primitiva y de pacificar en la sangre de su Hijo todo lo que hay en el cielo y en la tierra.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pablo a los Colosenses (Col., I, 12-20).

Hermanos: Damos gracias a Dios Padre, que nos hizo dignos de participar de la suerte de los Santos en la luz, que nos arrancó de la potestad de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor, en el cual tenemos la redención por su sangre, el perdón de los pecados. El es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura: porque en El fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra, las visibles y las invisibles, sean los Tronos, sean las Dominaciones, sean los Principados, sean las Potestades: todo fué creado por El y en El, y El es antes que todo, y todo existe en El. Y El es la cabeza del cuerpo de la Iglesia, el principio, el primogénito de los muertos, para que sea quien tenga el principado en todo: porque plúgole al Padre hacer que habitara en El toda la

plenitud, y conciliarlo todo en El, pacificando por la sangre de su cruz tanto lo que hay en la tierra como lo que hay en el cielo, en Jesucristo, nuestro Señor.

El Gradual y el Aleluya cantan la universalidad y la eternidad del reino de Cristo.

GRADUAL

Dominará de un mar a otro mar, y desde el río hasta los confines del orbe de las tierras. ℣. Y le adorarán todos los reyes de la tierra: todas las gentes le servirán.

Aleluya, aleluya. ℣. Su poder es un poder eterno, que no será quitado: y su reino, un reino que no será destruído. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Juan (Jn., VIII, 33-37).

En aquel tiempo dijo Pilatos a Jesús: ¿Eres tú el Rey de los judíos? Respondió Jesús: ¿Dices esto por ti mismo, o te lo dijeron de mí otros? Respondió Pilatos: ¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los pontífices te han entregado a mí: ¿qué has hecho? Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuese de este mundo, lucharían ciertamente mis ministros, para que no fuera entregado a los judíos: pero ahora mi reino no es de aquí. Díjole entonces Pilatos: ¿Luego tú eres Rey? Respondió Jesús: Tú dices que yo soy Rey. Yo para esto nací y para esto vine al mundo: para dar testimonio de la verdad: todo el que es de la verdad oye mi voz.

Este diálogo entre Jesús y Pilatos nos hace conocer el carácter espiritual y universal de la

dignidad regia del Mesías, su origen divino y su fin: "Nací y vine al mundo para dar testimonio de la verdad: todo el que es de la verdad, oye mi voz."

San Agustín, comentando este texto, nos habla también del desprendimiento y de la bondad de nuestro Rey: "¿De qué le servía al Señor ser rey de Israel? ¿Era por ventura algo grande para el Rey de los siglos, ser rey de los hombres? Cristo no es rey de Israel para exigir tributos, armar de la espada a los batallones y dominar visiblemente a sus enemigos, sino que es rey de Israel para gobernar las almas, velar por ellas para la eternidad y llevar al reino de los cielos a los que creen, esperan y aman."

Probemos, pues, que somos súbditos suyos de verdad tributándole el homenaje de nuestra fe, de nuestra confianza y de nuestro amor.

El Ofertorio recuerda la promesa, que el Padre hizo al mismo Cristo, de darle como herencia las naciones.

OFERTORIO

Pídemelo y te daré las gentes por herencia tuya, y por posesión tuya hasta los confines de la tierra.

En la Secreta consideramos el reino del Señor en cuanto trae a nuestras almas el don divino de la unidad y de la paz.

SECRETA

Ofrecémoste, Señor, esta hostia de la reconciliación humana: haz, te suplicamos, que Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, a quien inmolamos en el presente sacrificio, conceda El mismo a todas las gentes los dones de la unidad y de la paz. El cual vive y reina contigo.

En el Prefacio, más aún que en las otras oraciones del Santo Sacrificio, se propone explícitamente a la fe y a la piedad de los creyentes la exacta noción teológica del reinado universal de Cristo. Como Hijo único del Padre, con quien es coeterno y consustancial, el Verbo encarnado comunica a su santa Humanidad, en virtud de la unión hipostática, la doble unción divina del sacerdocio y de la majestad real. En virtud de su Sacrificio Redentor sobre el altar de la cruz, como también por su nacimiento eterno, somete a su imperio indestructible a todas las criaturas, en un reino de verdad y de vida, de santidad y de gracia, de justicia, de amor y de paz [1].

PREFACIO

Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable que siempre y en todas partes te demos gracias a ti, Señor santo, Padre omnipotente, eterno Dios: Que ungiste con óleo de alegría a tu unigénito Hijo, nuestro Señor Jesucristo, Sacerdote eterno y Rey universal: para que, ofreciéndose a sí mismo, en el ara de la cruz, como hostia inmaculada y pacífica, obrase

1 P. de la Brière, Études, t. 186, p. 358.

el misterio de la redención humana: y, sometiendo a su imperio todas las criaturas, entregase a tu inmensa Majestad un reino eterno y universal: un reino de verdad y de vida; un reino de santidad y de gracia; un reino de justicia, de amor y de paz. Y, por eso, con los Angeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, y con toda la milicia del ejército celestial, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo, etc.

El Señor concede la paz a los que le reciben:

COMUNION

Se sentará el Señor Rey para siempre: el Señor bendecirá a su pueblo con la paz.

El fruto de la Comunión consistirá en preparar nuestras almas para entrar en el reino celestial.

POSCOMUNION

Habiendo conseguido el alimento de la inmortalidad, suplicámoste, Señor, hagas que, los que nos gloriamos de militar bajo las banderas de Cristo Rey, podamos reinar eternamente con El en el trono celestial. El cual vive y reina contigo.

CONSAGRACION AL SAGRADO CORAZON DE JESUS

No debemos terminar el día sin hacer nuestra la fórmula de Consagración que compuso León XIII, cuya recitación pública está prescrita por Pío XI para todos los años en esta fiesta.

"Dulcísimo Jesús, Redentor del género humano, miradnos humildemente postrados delante de vuestro altar: vuestros somos y vuestros queremos ser; y a fin de poder vivir más estrechamente unidos con Vos, todos y cada uno espontáneamente nos consagramos en este día a vuestro Sacratísimo Corazón. Muchos, por desgracia, jamás os han conocido; muchos, despreciando vuestros mandamientos, os han deshechado. ¡Oh Jesús benignísimo, compadeceos de los unos y de los otros, y atraedlos a todos a vuestro Corazón Santísimo! ¡Oh Señor! Sed Rey, no sólo de los hijos fieles que jamás se han alejado de Vos, sino también de los pródigos que os han abandonado, haced que vuelvan pronto a la casa paterna para que no perezcan de hambre y de miseria.

Sed Rey de aquellos que por seducción del error o por espíritu de discordia, viven separados de Vos; devolvedlos al puerto de la verdad y a la unidad de la fe, para que en breve se forme un solo rebaño bajo de un solo Pastor.

Sed Rey de los que permanecen aún envueltos en las tinieblas de la idolatría o del islamismo; dignaos atraerles a todos a la luz de vuestro reino.

Mirad finalmente con ojos de misericordia a los hijos de aquel pueblo que en otro tiempo fué vuestro predilecto; descienda también sobre ellos, como bautismo de redención y de vida, la sangre que un día contra sí reclamaron.

Conceded, oh Señor, incolumidad y libertad segura a vuestra Iglesia; otorgad a todos la tranquilidad en el orden; haced que del uno al otro confín de la tierra no resuene sino esta voz: "Alabado sea el Corazón divino, causa de nuestra salud; a El se entonen cánticos de honor y de gloria por los siglos de los siglos. Así sea."

25 DE OCTUBRE

SAN CRISANTO Y SANTA DARIA, MARTIRES

MODO DE CELEBRAR A LOS MÁRTIRES. — "Cuantas veces celebramos las fiestas de los santos mártires, tenemos esperanzas de conseguir del Señor por intercesión de ellos, gracias temporales de tal forma, que, imitando a estos mártires, merezcamos recibir después los bienes eternos.

"Los que imitan los ejemplos de los mártires, esos son los que celebran de verdad las jubilosas solemnidades de los santos mártires. Las fiestas de los mártires son, en efecto, como una invitación a imitar gustosamente lo que se celebra con alegría.

"Pero nosotros queremos regocijarnos con los santos y nos negamos a tolerar con ellos la persecución del mundo. El que no imita cuanto puede a los santos mártires, no podrá llegar a

su felicidad. El Apóstol San Pablo proclama esta verdad al decir: "Si somos compañeros de los padecimientos, también los seremos de la consolación" [1]. Y el Señor dice en el Evangelio: "Si el mundo os odia, sabed que antes me odió a mí" [2]. El que no quiere tolerar el odio con la cabeza de su cuerpo, renuncia a ser parte del cuerpo" [3].

LOS MÁRTIRES DE LA VÍA SALARIA. — No tenían estos últimos sentimientos aquellos valientes cristianos que, en el día aniversario de los mártires Crisanto y Daría, fueron a rezar y a celebrar el santo sacrificio al lugar de su confesión. Llegaron los paganos y tapiaron la entrada del subterráneo. Llenos de gozo aceptaron la muerte por Cristo, cuyo sacrificio místico ellos renovaban. Pasaron muchos años. Al sonar para la Iglesia la hora de la victoria y una vez que los cristianos conocieron el camino de la cripta sagrada, un espectáculo singular apareció a su vista: frente al sepulcro donde reposaban Crisanto y Daría, se había colocado alrededor del altar todo un grupo de mártires y encima de este altar se encontraban aún los vasos de plata que servían para el sacrificio. Nadie tuvo la osadía de tocar los huesos de los mártires ni cambiar en lo más mínimo la disposición de aquella incomparable

1 *II Cor.*, I, 7.
2 *S. Juan,* XV, 18.
3 *S. Agustín,* Sermón XLVII.

escena. Se cerró otra vez la cripta, pero una abertura permite a los peregrinos echar una mirada al augusto santuario y animarse para las luchas de la vida al contemplar lo que los siglos de los mártires exigieron de sus antepasados en la fe [1].

VIDA. — Nada se sabe de los mártires Crisanto y Daría. Su leyenda nos dice que Crisanto convirtió a su mujer y que ambos guardaron virginidad en el matrimonio. Su celo por convertir a los paganos llamó la atención del prefecto Celerino, que los hizo poner en tortura, conducirlos a un arenal de la Vía Salaria, arrojarlos a una fosa y enterrarlos vivos. Sus reliquias descansan en la basílica de Letrán.

Daré a mis Santos un lugar distinguido en el reino de mi Padre, dice el Señor [2]. Esto canta la Esposa al celebrar a los mártires. Y al querer aplicaros la palabra del Esposo, os asigna como morada vuestra en la tierra la insigne basílica de Letrán, y como lecho de honor y de reposo el reducto sagrado, la misma *confesión* sobre la que descansa el altar mayor de la Iglesia que es madre y cabeza de todas las Iglesias [3]. Digna recompensa a vuestros trabajos y a vuestro sufrimiento, puesto que en la misma Roma os cupo la suerte de participar en la predicación de los Apóstoles, y como ellos, sellar

1 El hecho lo refiere S. Gregorio de Tours: "De la gloria de los Mártires", I, 38.
2 Antífona de los Maitines.
3 S. C. Rit. Congr. 7 de agosto 1857, al arzob. de Colonia.

con vuestra sangre la palabra santa. No ceséis de justificar la confianza de la Ciudad eterna: su fe, que siempre fué pura, hacedla cada vez más fecunda; conservad inalterable su fidelidad al Pontífice-Rey, cuya residencia hace de Roma la capital del mundo, el vestíbulo del cielo. Pero vuestras sagradas reliquias, gracias a la munificencia de Roma, han llevado muy lejos su protección poderosa. Dignaos apoyar con vuestro valimiento la oración que tomamos de vuestros devotos de Eifflia [1]: "Oh Dios, que has realzado en tus santos Crisanto y Daría el honor de la virginidad con la consagración del martirio, haz que, ayudados con su intercesión, apaguemos en nosotros la llama de los vicios y merezcamos ser templo tuyo en la compañía de los corazones puros."

26 DE OCTUBRE

SAN EVARISTO, PAPA Y MARTIR

Al dar a los Papas santos una Misa propia y señalar para dicha Misa el Prefacio de los Apóstoles, S. S. el Papa Pío XII quiso recordar a los fieles la devoción especial que deben tener a los que Dios se dignó confiar en otro tiempo su Iglesia.

[1] Munstereiffel, monasterio y ciudad de la archidiócesis de Colonia, que honran como patronos a San Crisanto y a Santa Daría.

continuar sola su camino de fe, de esperanza y de amor. Supiste justificar la esperanza del Hombre-Dios. Vela siempre sobre Roma y sobre la Iglesia. Enséñanos que es necesario saber ayunar aquí en este mundo, resignarse a la ausencia del Esposo[1] cuando se oculta a nuestra vista y servirle y amarle con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas, con toda nuestra mente[2], en lo que dure este mundo y le plazca tenernos en él.

27 DE OCTUBRE

VIGILIA DE LOS SANTOS SIMON Y JUDAS, APOSTOLES

El mejor modo de prepararnos a celebrar a estos santos Apóstoles sería releer la corta Epístola Católica de San Judas y retener la grave lección que quiso dar a los fieles del siglo primero. Hoy es más oportuna que nunca. "Deseando vivamente escribiros acerca de nuestra común salud, decía el Apóstol, he sentido la necesidad de hacerlo exhortándoos a combatir por la fe, que una vez para siempre ha sido dada a los santos", a vosotros y los demás cristianos[3].

1 *S. Mateo,* IX, 15.
2 *S. Lucas,* X, 27.
3 *Jds.,* 3.

Consideremos con toda atención fórmulas como ésa, en las cuales se funda la teología.

Debemos considerar íntegra, una y siempre la misma, la fe que nos transmitieron y recibimos una vez para siempre. Nada contrario a la doctrina que los Apóstoles nos comunicaron se puede considerar como venido de la mano de Dios. La economía cristiana es definitiva.

"LOS VALORES ESPIRITUALES". — Aqui están nuestros "valores espirituales" para emplear una fórmula que está hoy de moda. Esta expresión, que tanto se usa, la tomamos nosotros aquí en su verdadero sentido que no estará demás declarar.

Sabemos que existe en el orden natural un orden espiritual, pero no encuentra su fin en sí mismo, puesto que el hombre fué creado para la gracia y la vida eterna. Estas son dones de Dios a los que la naturaleza no tiene derecho, la cual tampoco se puede elevar por su propio esfuerzo hasta ellos. Dios crió la gracia desde el principio y una vez que la naturaleza ha sido elevada al orden sobrenatural, fuera de la vida de la gracia, no hay más que desorden. Cuando desaparece por el pecado esta vida, el orden espiritual permanece en la naturaleza, pero se inclina infaliblemente hacia lo temporal, lo terreno, lo carnal y en eso está el desorden. La vida espiritual del hombre sólo logra desarrollarse en la vida

Como acogimos con alborozo en 1951 la beatificación y en 1954 la canonización de Pío X, de quien somos contemporáneos, cuya vida y obras nos son tan conocidas, cuya fotografía hemos visto tantas veces y de cuyas reliquias repartidas a millares hacemos tanto aprecio; como nos alegró la beatificación y la canonización de Pío X, a quien muchos de los que todavía viven hoy, vieron en Roma, a cuyas enseñanzas asentimos filialmente y cuya muerte sentimos todos, al comenzar la guerra mundial, cual si fuese la de un familiar nuestro; así:

No debemos olvidar el agradecimiento que debemos a sus lejanos predecesores, a todos los Papas y sobre todo a los que honra la Iglesia con un culto especial por razón de su santidad y a veces de su martirio.

Honor singular es para un hombre verse elevado a la Silla de San Pedro; es, sobre todo, un peso aplastante el aceptar el cuidado de todas las Iglesias del mundo; es temible la responsabilidad de llevar a Dios las almas de todos los hombres que viven en la tierra. Aceptar esta carga implicó a veces de un modo infalible aceptar de antemano el martirio. Era, al menos, aceptar el dolor y el sacrificio y, a pesar de lo alto de esa dignidad, "hacerse el siervo de los siervos de Dios."

De suerte que, si debemos celebrar y amar a todos los santos, sepamos dar una preferencia y profesar una devoción especial a los Papas san-

tos que la Iglesia propone a nuestro culto. Hoy en particular, sepamos honrar al que gobernó la Iglesia en los días en que murió el último Apóstol; él, por decirlo así, la preparó a emprender la larga peregrinación que no terminará hasta el último día. La fe y la confianza de Evaristo merecieron pronto para la Iglesia las gracias de que tenía necesidad, las cuales nunca la faltaron en el curso de su historia.

VIDA. — Nacido en Grecia de padre judío, Evaristo llegó a ser Papa en el consulado de Valente el año 96, y murió el año 108. El *Liber Pontificalis* no nos dice que dió su sangre por Jesucristo; señala únicamente que fué enterrado junto a San Pedro en el Vaticano. Es, con todo, honrado como mártir, de igual modo que todos los primeros Papas. A él se debe la distribución de los títulos de la ciudad entre los sacerdotes romanos: determinó que, cuando predicase el Papa, le acompañasen siete diáconos "en atención a su elevada dignidad". Dispuso además que el matrimonio se celebrase públicamente y fuese bendecido por un sacerdote.

PLEGARIA. — Fuiste el primer Pontífice a quien la Iglesia se vió confiada al desaparecer los últimos que conocieron al Señor. El mundo podía decir ahora en cierto sentido: *Aun cuando hemos conocido según la carne a Cristo, ahora ya no lo conocemos así*"[1]. El destierro era cada vez más absoluto para la Esposa; y en aquella hora en que no faltaban ni peligros ni dolores, el Esposo se dignaba encargarte de enseñarla a

[1] *II Cor.*, V, 16.

sobrenatural, qué procede de Cristo y de su Iglesia. Llega esta vida de un modo visible a los que participan de los Sacramentos, y de manera invisible a las almas de buena voluntad que no son de lo que tiene de visible la Iglesia, pero pertenecen a su alma. El hombre tiene un solo fin y por eso no hay más que una moral. Para nosotros la vida espiritual es la vida del Espíritu Santo en las almas fieles. Los valores espirituales son valores sobrenaturales.

Conservar la fe. — Hoy, del mismo modo que en tiempo de San Judas, el único remedio es la fe íntegra, inviolable, una y siempre la misma; es volver no sólo al espíritu, como dicen, sino a Dios y al Evangelio; eso es consistente y eso permanecerá. Ya lo anunciaba solemnemente San Pedro desde los orígenes de la Iglesia ante el Sanedrín: "Este Jesús es la piedra que habéis desechado del edificio y se ha convertido en piedra angular. Y en ningún otro se encuentra la salvación"[1]. En el mundo actual, no cabe duda, hay talentos, inteligencias con prodigalidad; pero el mundo está vacío de Dios. A veces contribuyen a su esclavitud las victorias de la inteligencia. Sólo en la gracia existe la libertad verdadera y sólo en la santidad se da la verdadera grandeza. Las fórmulas que se usan, son equívocas, ambiguas; tal vez se construye-

1 *Act.*, IV, 11-12.

ron a la medida del laicismo que está de moda. Antiguamente, en los siglos de fe, se hablaba del retorno a Dios, de la vuelta a la fe. Hoy las fórmulas son menos exigentes; así es que se da cierta conformidad de palabras que contenta algunas veces a los que la advierten, pero a quien principalmente alegran es al diablo. Es necesario tener el espíritu de Dios. Estemos prendidos en él. Conservemos la integridad de las exigencias de nuestra fe y de nuestro cristianismo. No hay salvación más que en Jesucristo, Camino, Verdad y Vida.

28 DE OCTUBRE

SAN SIMON Y SAN JUDAS, APOSTOLES

LOS TRABAJOS DE LA IGLESIA. — *En lugar de vuestros padres, os nacieron hijos* [1]. La Iglesia desechada por Israel ensalza de este modo en sus cantos la fecundidad apostólica que tendrá hasta el fin de los tiempos. Esperaba ya desde ayer, adelantándose unas horas, que los bienaventurados Apóstoles San Simón y San Judas se anticiparían a la misma solemnidad con sus bendiciones para ella [2]. Tal es, en efecto, la condición de su existencia en el mundo, que no

---

[1] Gradual de la fiesta; salmo XLIV, 17.
[2] Colecta de la vigilia.

puede permanecer en él sin procurar incesantemente hijos al Señor. Y por eso la Misa del 27 de octubre nos hacía leer el texto evangélico en que se dice: "Yo soy la viña y mi Padre es el viñador; cortará las ramas que no den fruto en mí; y la rama que dé fruto, la podará para que dé más todavía" [1].

Poda costosa, como lo testificaba ayer la Epístola de la Misa de la vigilia. En nombre de los otros sarmientos que como él honran la elección divina, el Apóstol hablaba allí de los trabajos, padecimientos de toda clase, persecuciones, maldiciones y negaciones, con cuyo precio se adquiere el derecho de llamar hijos [2] a los hombres engendrados según el Evangelio en Jesucristo [3]. San Pablo lo dice más de una vez y sobre todo en la Epístola de la fiesta: el fin de esta generación sobrenatural de los santos sólo tiende a la reproducción mística del Hijo de Dios, que pasa otra vez, en los predestinados, de la niñez a la medida del hombre perfecto [4].

GLORIA DE SAN SIMÓN Y SAN JUDAS. — Aunque la historia se muestra excesivamente sobria en particularidades respecto a los gloriosos Apóstoles a quienes celebramos en este día, conocemos lo mucho que contribuyeron a esa gran obra de la generación de los hijos de Dios, que nos re-

---

1 Evang. de la vigilia; *S. Juan*, XV, 1-7.
2 Epist. de la vigilia; *I Cor.*, IV, 9-14.
3 *Ibid.*, 15.
4 *Gal.*, IV, 19; Epístola de la fiesta; *Ef.*, IV, 7-14.

cuerda su corta leyenda. *Ellos edificaron el cuerpo de Cristo* [1] en su parte correspondiente, de modo infatigable y hasta derramar su sangre. Y la Iglesia, agradecida, dice hoy al Señor: Oh Dios, que por tus bienaventurados apóstoles Simón y Judas, nos has dado el llegar al conocimiento de tu nombre; concédenos el celebrar su gloria inmortal progresando en la gracia, y adelantar en la virtud cada vez que la celebramos" [2].

A San Simón se le da como atributo la sierra, que recuerda su martirio. La escuadra de San Judas nos indica que es el arquitecto de la casa de Dios: de igual modo se llamaba San Pablo a sí mismo [3]; y en la séptima de las epístolas católicas, que tiene por autor a San Judas, posee también él un título especial a contarse entre los primeros en la gran familia de los maestros obreros del Señor. Mas para nuestro apóstol había otra nobleza que excedía a todas las de la tierra: por Cleofás o por Alfeo, su padre [4], era sobrino de San José, legalmente primo del Hombre-Dios; San Judas era uno de los llamados por sus compatriotas *hermanos del hijo del carpintero* [5].

---

[1] *Gal.*, IV, 19; Epístola de la fiesta; *Ef.*, IV, 7-14.
[2] Colecta de la fiesta.
[3] *I Cor.* III, 10.
[4] Eusebio: *Hist. Ecles.*, IV, XXII.
[5] Santiago el Menor, Apóstol también y primer obispo de Jerusalén, un José menos conocido, y Simeón, segundo obispo de Jerusalén, los tres, como él, hijos de Cleofás y de la cuñada de Nuestra Señora que S. Juan (XIX, 25) designa con el nombre de María de Cleofás. *Mat.* XIII, 55.

En el Cenáculo. — Recojamos de San Juan una circunstancia preciosa. En la conversación que siguió a la Cena, el Hombre-Dios acababa de decir: "El que me ama a mí, será amado de mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él." Entonces Judas, tomando la palabra, preguntó: "Señor, ¿qué ha sucedido para que hayas de manifestarte a nosotros y no al mundo?" Jesús le respondió: "Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos en él nuestra morada. Pero el que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que oís, no es mía, sino del Padre, que me ha enviado"[1].

Domiciano y los descendientes de David. — Por la historia eclesiástica sabemos que Domiciano, al fin de su reinado y cuando arreciaba la persecución que él mismo había desencadenado, hizo traer desde el Oriente, para comparecer ante sí, a dos nietos del Apóstol San Judas. La política del César estaba un poco intranquila con respecto a estos descendientes de una raza real, la de David, que por la sangre representaban al mismo Cristo, ensalzado por sus discípulos como rey supremo del mundo. Domiciano pudo darse cuenta por sí mismo de que estos dos sencillos judíos no podían constituir un peligro para el Imperio, y que si consideraban a Cristo como al depositario del poder soberano,

1 *S. Juan,* XIV, 21-24.

se trataba de un poder que no se iba a ejercer visiblemente hasta el fin de los siglos. El lenguaje sencillo y valiente de estos dos hombres impresionó a Domiciano, y según el historiador Hegesipo, de quien Eusebio toma los hechos que acabamos de referir, dió órdenes de suspender la persecución.

VIDA. — Refiere una tradición antigua que los dos Apóstoles fueron a evangelizar a Armenia y Persia y sufrieron el martirio el año 47 en la ciudad de Suanir.

A Simón le apellidaban Zelotes, acaso por haber pertenecido antiguamente al partido nacionalista de los Zelotes que no consentían admitir el yugo extranjero en Palestina.

San Judas, por parte de su madre, era pariente del Señor. Escribió una breve Epístola para combatir la herejía gnóstica, que estaba entonces en sus comienzos.

Las reliquias de los dos Apóstoles se trasladaron en 1605 a la basílica vaticana y se colocaron en un altar que la tradición sitúa en lugar próximo a aquel en que fué clavada la cruz de San Pedro. San Saturnino de Tolosa debe de poseer también algunas reliquias suyas.

Os escogí para dar un fruto permanente[1]. Esta palabra os dirigía el Hombre-Dios como a los doce, la misma que recordaba la Iglesia en vuestro honor en el oficio de Maitines. Y, con todo, ¿qué queda del fruto de vuestro trabajo en Egipto, en Mesopotamia, en Persia? ¿Será que el

[1] *S. Juan*, XV, 16.

Señor o la Iglesia pueden equivocarse en sus palabras o en sus apreciaciones? No por cierto; y la prueba está en que, por encima de la región de los sentidos y fuera del dominio de la historia, la virtud que se derramó sobre los doce no cesa de correr a través de las edades y tiene su parte en todo nacimiento sobrenatural que contribuye al desarrollo del cuerpo místico del Señor y al aumento de la Iglesia. Con más razón que Tobías, somos hijos de santos [1]; ya no estamos sin familia, más bien pertenecemos a la casa de Dios, apoyados en los Apóstoles y Profetas que Jesucristo une como piedra angular [2]. Benditos vosotros que nos ganasteis con lágrimas y trabajos ese bien; conservad en nosotros el título y los derechos de una filiación tan preciosa.

Mucho es el mal que nos rodea; ¿puede quedar alguna esperanza en la tierra? Pero la confianza de los que os ruegan, nos dice, oh Judas, que para ti no existe causa desesperada; y ¿cuándo mejor que ahora, oh Simón Zelotes, podrías justificar tu apellido glorioso? Dignaos atender a la Iglesia y ayudarla con todo vuestro poder apostólico a reavivar la fe, a inflamar la caridad, a salvar al mundo.

---

1 *Tobías,* II, 18.
2 *Ef.,* II, 19-20.

30 DE OCTUBRE

SAN ALFONSO RODRIGUEZ, CONFESOR

Fué uno de los grandes caracteres del siglo de oro. Hijo de un humilde tejedor castellano, nació en Segovia el año 1531. Desde muy niño comenzó a dar las señales más extraordinarias de lo que había de ser andando el tiempo. Ocupado primero en el humilde oficio de su padre, comenzó más tarde a estudiar en las aulas de Alcalá, pero tuvo que interrumpir su carrera por falta de medios económicos. Vuelto a su ciudad, contrajo matrimonio con una honrada muchacha de la tierra, de la que tuvo tres hijos; pero la muerte le arrebató más tarde a todos sus seres queridos. Entonces se decidió a ingresar en la Compañía de Jesús como hermano lego. Sus superiores le mandaron a Valencia y más tarde a Palma de Mallorca, donde pasó el resto de su vida, entregado completamente al servicio de Dios y del prójimo. Fueron cuarenta años de una vida humilde, sin grandes ruidos exteriores, pero de fecunda oración y trato íntimo con el Amado. Fué un verdadero místico que llegó a experimentar las más dulces y secretas caricias del amor sobrenatural. Su confesor le ordenó que apuntara en un cuaderno todas las revelaciones, coloquios y visiones que tenía con el Señor, y el

antiguo tejedor obedeció sencillamente, convirtiéndose como por ensalmo en un gran escritor de ascética y de mística a quien todavía hoy se lee con amenidad y con fruto. Murió a la edad de noventa años en su convento de Mallorca (1617). "Oh Dios, fortaleza de los flacos, canta la Iglesia en su fiesta, oh Dios, grandeza de los humildes, que quisiste hacer brillar a tu siervo Alfonso con una aplicación constante a la mortificación y al lustre de una eximia humildad; haz que a imitación suya, mortificados nosotros en la carne y perseverando fieles en el humilde seguimiento de tu Hijo, consigamos la vida eterna. El cual vive y reina contigo... Amén."

Tu ejemplo, oh Alfonso, es fecundo a través de los años, conforme lo contemplamos hoy en la Compañía.

31 DE OCTUBRE

LA VIGILIA DE TODOS LOS SANTOS

Preparemos nuestras almas a las gracias que el cielo va a derramar sobre el mundo a cambio de sus homenajes. Será tal mañana la alegría de la Iglesia, que se creerá vivir ya en la eternidad. Pero hoy se presenta ante nosotros con libreas de penitencia, reconociendo que no pasa de ser una desterrada [1]. Ayunemos y oremos con

[1] *Hebr.*, XI, 13.

ella. ¿Qué somos nosotros también sino caminantes de un mundo en que todo pasa y marcha rápidamente a la muerte? La solemnidad que va a empezar, cuenta de año en año, entre nuestros compañeros de otros tiempos, nuevos elegidos que bendicen nuestro llanto y sonríen a nuestros cantos de esperanza. Cada año nos acercamos al término y también nosotros, admitidos en la fiesta del cielo, recibiremos el homenaje de los que vienen detrás y les tenderemos la mano para ayudarlos a unirse con nosotros en el país de la felicidad que no tiene fin. Sepamos desde ahora libertar nuestras almas, y en medio de los vanos cuidados conservemos nuestros corazones libres de los falsos placeres de una tierra que no es la nuestra: un desterrado no tiene más inquietud que su aislamiento ni otra alegría que la que le procura el gusto anticipado de la patria.

Imbuídos en estos pensamientos, digamos con la Iglesia en este día de vigilia:

ORACION

Señor, Dios nuestro, multiplica sobre nosotros tu gracia; y haz que consigamos en nuestra santa profesión la alegría de aquellos cuya gloriosa solemnidad prevenimos. Por Nuestro Señor Jesucristo.

Y terminamos este mes con un homenaje a María, Reina del Santísimo Rosario y Reina de los Santos, que tomamos de un misal dominicano.

SECUENCIA

He aquí que en el jardín virginal echan brotones los nuevos vástagos y se forman las flores; apunta la fertilidad de la primavera.

Han terminado las heladas; se ha ido el invierno y las lluvias y la nieve han desaparecido con él; se han mostrado las rosas en la tierra, como sembradas por los cielos.

La rosa ha producido al lirio; y luego del jardín de su hijo, mientras duró su destierro, ella ha recogido y cosechado.

Para los justos la alegría, para los pecadores una nueva inocencia, para los elegidos la gloria, para todos la salvación:

Dones que Cristo trajo de los cielos, que aseguró con sus padecimientos a la tierra, salvando al mundo que había venido a vencer.

Descansa entre las hojas del rosal, se hiere en sus espinas, se corona con sus flores: y de ese modo nos llama, nos justifica, nos recompensa.

Gracias, pues, a la vara bendita, a sus hojas, a sus espinas, a sus rosas, tenemos patria; donde mora el augusto jardinero, allí nos esperan sus delicias.

La emperatriz que se complace en la compañía de nuestra milicia santa, preside a la triple jerarquía de los nueve coros.

Nueva triunfadora que reparas el antiguo desastre, para ti nuestros cantos.

Pero otra vez amenaza y ruge el enemigo; si tú no le detienes, acaba con los cristianos.

Te saludamos, morada del Verbo, santuario del Espíritu Santo, hija del Padre soberano.

Esté siempre tu ayuda con nosotros en los peligros múltiples de esta vida, en las asechanzas del enemigo.

Y después del combate, sea nuestra corona de rosas y de lirios cogidos en los jardines de los cielos. Amén.

1.° DE NOVIEMBRE

LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS

LA FIESTA DE LA IGLESIA TRIUNFANTE. — *Vi una gran muchedumbre, que nadie podía contar, de todas las naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban de pie delante del trono y del Cordero, vestidos de túnicas blancas y con palmas en sus manos y clamaban con voz poderosa: ¡Salud a nuestro Dios*[1]!

Ha pasado el tiempo; es todo el linaje humano ya redimido el que se presenta ante los ojos del profeta de Patmos. La vida militante y miserable de este mundo[2] tendrá su fin un día. Nuestra raza tanto tiempo perdida reforzará los coros de los espíritus puros que disminuyó antaño la rebelión de Satanás; los ángeles fieles, uniéndose al agradecimiento de los rescatados por el Cordero, exclamarán con nosotros: *La acción de gracias, el honor, el poderío y la fuerza a nuestro Dios por los siglos de los siglos*[3].

Y esto será el fin, como dice el Apóstol[4]: el fin de la muerte y del sufrimiento; el fin de la historia y de sus revoluciones, que en lo suce-

[1] *Apoc.,* VII, 9-10.
[2] *Job.,* VII, 1.
[3] *Apoc.,* VII, 11-14.
[4] *I Cor.,* XV, 24.

sivo comprenderemos. El antiguo enemigo, arrojado al abismo con sus partidarios, sólo existirá para ser testigo de su eterna derrota. El Hijo del Hombre, libertador del mundo, habrá entregado el mando a Dios, su Padre, término supremo de toda la creación y de toda redención: *Dios será todo en todas las cosas* [1].

Mucho antes que San Juan, cantaba Isaías: *He visto al Señor sentado sobre un trono elevado y sublime; las franjas de su vestido llenaban el templo y los Serafines clamaban uno a otro: Santo, Santo, Santo el Señor de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria* [2].

Las franjas del vestido divino significan aquí los elegidos, convertidos en ornamento del Verbo, esplendor del Padre [3], pues, siendo cabeza de todo el género humano desde el momento en que se desposó con nuestra naturaleza, esta esposa es su gloria, como El es la de Dios [4]. Las virtudes de los santos [5] son el único adorno de nuestra naturaleza; ornato maravilloso que, cuando reciba la última mano, será indicio de que llega el fin de los siglos. Esta fiesta es el anuncio más apremiante de las bodas de la eternidad; cada año celebramos en ella el progreso que en sus preparativos hace la esposa [6].

---

1 *I Cor.*, XV, 44-28.
2 *Isaías*, VI, 1-3.
3 *Hebr.*, I, 3.
4 *I Cor.*, XI, 7.
5 *Apoc.*, XIX, 8.
6 *Ibíd.*, XIX, 7.

CONFIANZA. — *¡Dichosos los invitados a las bodas del Cordero*[1]! Y ¡felices también nosotros, que recibimos en el bautismo la veste nupcial de la santa caridad como un título para el banquete de los cielos! Preparémonos, con nuestra Madre la Iglesia, al destino inefable que nos reserva el amor. A este fin tienden nuestros afanes de este mundo: trabajos, luchas, padecimientos sufridos por amor de Dios realzan con franjas inestimables el vestido de la gracia que hace a los elegidos. *¡Bienaventurados los que lloran*[2]!

Lloraban aquellos a quienes el salmista nos presenta abriendo antes que nosotros el surco de su carrera mortal[3]; su alegría triunfante llega ahora hasta nosotros, lanzando como un rayo de gloria anticipada sobre este valle de lágrimas. Sin esperar a la muerte, la solemnidad que hemos comenzado nos da entrada por medio de una santa esperanza en la mansión de la luz, a donde siguieron a Jesús nuestros padres. ¡Qué pruebas no nos parecerán livianas ante el espectáculo de la eterna felicidad en que terminan las espinas de un día! Lágrimas derramadas sobre los sepulcros recién abiertos, ¿cómo es posible que la felicidad de los seres queridos que desaparecieron no mezcle con vuestra tristeza un placer celestial? Escuchemos los cantos de

---

1 *Apoc.*, XIX, 9.
2 *S. Mateo*, V, 5.
3 Salmo CXXV.

liberación de aquellos cuya separación momentánea nos hace llorar; *pequeños o grandes* [1], ésta es su fiesta, como pronto lo será nuestra. En esta estación en que abundan las escarchas y las noches son más largas, la naturaleza, deshaciéndose de sus últimas galas, se diría que prepara al mundo para su éxodo hacia la patria eterna.

Cantemos, pues, nosotros también con el salmo: "Me he alegrado de lo que se me ha dicho: iremos a la casa del Señor. Nuestro pies sólo pisan aún en tus atrios, pero vemos que no cesas en tu crecimiento, Jerusalén, ciudad de paz, que te edificas en la concordia y en el amor. La subida hacia ti de las tribus santas se continúa en la alabanza; los tronos tuyos que aún están vacios, se llenan. Sean todos los bienes, oh Jerusalén, para los que te aman; el poder y la abundancia reinen en tu afortunado recinto. A causa de mis amigos y de mis hermanos que ya son habitantes tuyos, puse en ti mis complacencias; por el Señor nuestro Dios, cuya mansión eres, coloqué en ti todo mi deseo" [2].

HISTORIA DE LA FIESTA. — En Oriente encontramos los primeros vestigios de una fiesta en honor de los Mártires. San Juan Crisóstomo pronunció una homilía en honra suya en el siglo IV y, en el anterior, celebraba San Gregorio Niseno solemnidades junto a sus sepulcros. En

1 *Apoc.*, XIX, 5.
2 Salmo CXXI.

411, el calendario siríaco nos señala la *Conmemoración de los Confesores* el sexto día de la semana de Pascua, y en 359, el 13 de mayo, en Edesa, se hace "memoria de los mártires de todo el mundo".

En Occidente, los Sacramentarios de los siglos v y vi contienen muchas misas en honor de los santos mártires que se celebran sin día fijo. El 13 de mayo de 610, el Papa Bonifacio IV dedicó el templo pagano del Panteón, trasladó a él muchas reliquias y quiso se llamase en lo sucesivo *Sancta Maria ad Martyres*. El aniversario de esta dedicación continuó festejándose con la intención de honrar en él a todos los mártires en general. Gregorio III consagraría en el siglo siguiente un oratorio "al Salvador, a su santa Madre, a todos los apóstoles, mártires, confesores y demás justos fenecidos en el mundo".

En 835 Gregorio IV, deseando que la fiesta romana del 13 de mayo se extendiese a toda la Iglesia, pidió al emperador Ludovico Pío que promulgase un edicto con ese fin y la fijase en el día primero de noviembre. Pronto tuvo su vigilia y Sixto IV, en el siglo xv, la daba también una Octava para toda la Iglesia.

MISA

"En las calendas de noviembre hay el mismo fervor que en Navidad para asistir al Sacrificio en honor de los Santos", dicen los antiguos do-

cumentos relativos a este día [1]. Por general que fuese la fiesta y aun por razón de su universalidad, ¿no era ésta motivo de especial alegría para todos y también un honor para las familias cristianas? Santamente orgullosas de aquellos cuyas virtudes se iban transmitiendo de generación en generación, la gloria que estos antepasados, desconocidos del mundo, tenían en el cielo, las daba a su parecer más nobleza que cualquier honra mundana. Pero la fe viva de aquellos tiempos veía además en esta fiesta una ocasión para reparar las negligencias voluntarias o forzosas que se habían tenido durante el año en el culto de los bienaventurados inscritos en el calendario público.

La antífona del Introito canta el triunfo de los Santos y nos invita a la alegría. ¡Alegría, pues, en la tierra, que sigue dando tan magníficamente su fruto [2]! ¡Alegría entre los Angeles, que ven llenarse los vacíos de sus coros! ¡Alegría, dice el versículo, a todos los bienaventurados, a quienes dirigen sus cantos la tierra y el cielo!

INTROITO

Alegrémonos todos en el Señor, al celebrar esta fiesta en honor de todos los Santos: de cuya solemnidad se alegran los Angeles, y alaban juntos al Hijo de Dios. — *Salmo:* alegraos, justos, en el Señor: a los rectos conviene la alabanza. ℣. Gloria al Padre.

---

1 Lectiones antiquae Breviarii romani ad hanc diem. HITTORP. Ordo rom.
2 Salmo LXVI, 7.

Los pecadores, los que estamos siempre en el destierro debemos ante todo, en cualquier circunstancia y en todas las fiestas, ser solícitos de la misericordia de Dios. Tengamos hoy una firme esperanza, ya que hoy la piden por nosotros tantos intercesores. Si la oración de un habitante del cielo es poderosa, ¿qué no alcanzará todo el cielo?

COLECTA

Omnipotente y sempiterno Dios, que nos has concedido venerar los méritos de todos tus Santos en una misma festividad: suplicámoste que, multiplicados los intercesores, nos concedas la ansiada abundancia de tu propiciación. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección del Libro del Apocalipsis del Ap. San Juan (Apoc., VII, 2-12).

En aquellos días he aquí que yo, Juan, vi subir del nacimiento del sol a otro Angel, que tenía el sello del Dios vivo: y clamó con gran voz a los cuatro Angeles a quienes se había ordenado dañar a la tierra y al mar, diciendo: No hagáis daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que señalemos a los siervos de Dios en sus frentes. Y oí el número de los señalados: ciento cuarenta y cuatro mil señalados de todas las tribus de los hijos de Israel. De la tribu de Judá, doce mil señalados. De la tribu de Rubén, doce mil señalados. De la tribu de Gad, doce mil señalados, De la tribu de Aser, doce mil señalados. De la tribu Neftalí, doce mil señalados. De la tribu de Manasés, doce mil señalados. De la tribu de Simeón, doce mil señalados. De la tribu de Leví, doce mil señalados. De la tribu de Isacar, doce mil señalados. De la tribu de Zabulón, doce mil señalados. De la tribu de José, doce

mil señalados. De la tribu de Benjamín, doce mil señalados. Después de éstos, vi una gran muchedumbre, que nadie podía contar, de todas las gentes y tribus y pueblos y lenguas, que estaban ante el trono y en presencia del Cordero, vestidos con blancas ropas, y con palmas en sus manos: y clamaban con gran voz, diciendo: Salud a nuestro Dios, que se sienta sobre el trono, y al Cordero. Y todos los Angeles estaban en torno del trono y de los ancianos y de los cuatro animales: y cayeron delante del trono sobre sus rostros, y adoraron a Dios, diciendo: Amén. Bendición y claridad y sabiduría y acción de gracias y poder y fortaleza a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén.

Los dos empadronamientos.—El Hombre-Dios, sirviéndose para ello de César Augusto, empadronó al mundo [1] una vez por los días de su primera venida; era conveniente que al principio de la redención se hiciese de modo oficial un recuento del estado del mundo. Ahora ha llegado el tiempo de otro recuento que tiene que hacer constar en el libro de la vida el resultado de las obras ordenadas a la salvación.

San Gregorio se pregunta en una de las homilías de Navidad: "¿Para qué se hace este empadronamiento del mundo cuando nace el Señor, sino para hacernos comprender que venía vestido de la carne el que tenía que empadronar en la eternidad a los elegidos [2]? Pero, al quedar por su culpa muchos fuera del beneficio del primer empadronamiento, que se extendía a todos

1 *S. Lucas,* II, 1.
2 Lección VII del Oficio de Navidad.

los hombres por la redención del Salvador, se necesitaba otro definitivo, que separase de la universalidad del precedente a los culpables. *Sean borrados del libro de los vivos; su lugar no está entre los justos* [1]; así habla el rey profeta y lo recuerda en el mismo lugar el santo Papa.

Aunque entregada completamente a la alegría, la Iglesia en este día sólo piensa en los escogidos; y únicamente de ellos se trata en el recuento solemne en el que, según acabamos de ver, irán a parar los anales del linaje humano. De hecho, ante Dios, ellos solos cuentan; los réprobos no son más que el deshecho de un mundo en el que sólo la santidad responde a los designios del Creador, al precio del amor infinito. Aprendamos a adaptar nuestras almas al molde divino que *las tiene que hacer conformes a la imagen del Unigénito* [2] y sellarnos para el tesoro de Dios. Ninguno que esquive la impronta sagrada, evitará la de la bestia [3]; el día que los Angeles cierren las cuentas eternas, cualquier moneda que no pueda ponerse en el activo divino, irá por sí misma a la hornaza, donde arderán eternamente las escorias [4].

Vivamos, por consiguiente, en el temor que nos recomienda el Gradual: no el del esclavo que sólo teme el castigo, sino el temor filial que

---

1 Salmo LXVIII, 29.
2 *Rom.*, VIII, 29.
3 *Apoc.*, XIII, 16.
4 *Ibid.*, XIV, 11.

nada teme tanto como desagradar a Aquel de quien nos vienen todos los bienes y que merece por su bondad todo nuestro amor. Sin perder nada de su felicidad, sin menguar su amor, las potestades angélicas y todos los bienaventurados se postran en el cielo con un santo temblor, delante de la augusta y tremenda Majestad.

GRADUAL

Temed al Señor, todos sus Santos: porque nada falta a los que le temen. ℣. Y a los que busquen al Señor no les faltará ningún bien.

Aleluya, aleluya. ℣. Venid a mí, todos los que trabajáis y estáis cargados: y yo os aliviaré. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Mateo (Mt., V, 1-12).

En aquel tiempo, viendo Jesús a las turbas, subió a un monte y, habiéndose sentado, se acercaron a El sus discípulos, y, abriendo su boca, les enseñó, diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu: porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos: porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran: porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia: porque ellos serán hartos. Bienaventurados los misericordiosos: porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón: porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los pacíficos: porque serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia: porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados seréis vosotros, cuando os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren contra vosotros todo mal, mintiendo, por mí: alegraos y

gozaos, porque vuestra recompensa será muy grande en los cielos.

Las bienaventuranzas.—Hoy está tan cerca la tierra del cielo, que un mismo pensamiento de felicidad llena los corazones. El Amigo, el Esposo, viene a sentarse en medio de los suyos y a hablar de su dicha. *Venid a mí todos cuantos andáis fatigados y agobiados*, cantaba hace un momento el versículo del Aleluya, eco feliz de la patria, si bien nos recordaba nuestro destierro. E inmediatamente en el Evangelio se muestra la gracia y la benignidad de nuestro Dios y Salvador [1]. Escuchémosle cómo nos enseña los caminos *de la santa esperanza* [2], las delicias dignas, garantía y anticipo de la dicha total de los cielos.

Dios, en el Sinaí, manteniendo al judío a distancia, sólo tenía para él preceptos y amenazas de muerte. ¡De qué modo tan distinto se promulga la ley de amor en la cumbre de esa otra montaña, donde se sentó el Hijo de Dios! Las ocho Bienaventuranzas han ocupado al principio del Nuevo Testamento el lugar que ocupaba, como prólogo del Antiguo, el Decálogo grabado en piedra.

No es que las Bienaventuranzas supriman los mandamientos; pero su justicia superabundante va más allá que todas las prescripciones. Las hizo Jesús de su Corazón para imprimirlas en

---

1 *Tit.*, II, 11; III, 4.
2 *Ibid.*, II, 12-13.

el corazón de su pueblo y no en la roca. Son todo un retrato del Hijo del Hombre, el resumen de su vida redentora. *Mira, pues, y obra conforme al modelo que se te ha puesto delante en el monte* [1].

La *pobreza* fué ciertamente la primera nota del Dios de Belén; y ¿quién se presentó más *manso* que el Hijo de María? ¿Quién lloró por causas más nobles en el pesebre donde ya expiaba nuestros pecados y aplacaba a su Padre? *Los que tienen hambre de la justicia, los misericordiosos, los puros de corazón, los pacíficos*: ¿dónde encontrarán, sino en El, el ejemplar incomparable, nunca logrado, siempre imitable? Aun la muerte, que hace de El el augusto capitán de los *perseguidos por la justicia* es en este mundo la bienaventuranza suprema; en ella se complace la Sabiduría encarnada más que en otra ninguna, de ella habla con insistencia, la describe con pormenores, hasta terminar hoy con ella como en un canto de éxtasis.

La Iglesia no tuvo otro ideal; siguiendo al Esposo, su historia en las diversas épocas no fué más que el eco prolongado de las Bienaventuranzas. Entendámoslo también nosotros; para la felicidad de nuestra vida en la tierra esperando la del cielo, sigamos al Señor y a la Iglesia.

Las Bienaventuranzas evangélicas logran que el hombre supere los tormentos y hasta la mis-

[1] *Ex.*, XXV, 40; *Hebr.*, VIII, 5.

ma muerte, que no quita la paz a los justos, antes la consuma. Esto precisamente es lo que canta el Ofertorio, sacado del libro de la Sabiduría.

OFERTORIO

Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no los tocará el tormento de la malicia: a los ojos de los necios pareció que morían: pero ellos están en la paz, aleluya.

El Sacrificio al que tenemos la dicha de asistir, dice la Secreta que da gloria a Dios, honra a los Santos y nos granjea a nosotros el favor divino.

SECRETA

Ofrecémoste, Señor, estos dones de nuestra devoción: los cuales te sean gratos a ti en honor de todos los Justos y, por tu misericordia, sean saludables a nosotros. Por Nuestro Señor Jesucristo.

La Antífona de la Comunión es un eco de la lección evangélica, pero, no pudiendo enumerar otra vez la serie completa de las Bienaventuranzas, recuerda las tres últimas y justamente relaciona a todas con el Sacramento divino de que se nutren.

COMUNION

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios: bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios: bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

La Iglesia pide en la Poscomunión que esta fiesta de todos los Santos tenga por resultado hacer que sus hijos los honren asiduamente, para beneficiarse también siempre de su poder cerca de Dios.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, concedas a tus pueblos fieles la gracia de alegrarse siempre con la veneración de todos los Santos: y la de ser protegidos con su perpetua intercesión. Por Nuestro Señor Jesucristo.

LA TARDE

LAS VISPERAS DE LOS DIFUNTOS

De la última Antífona, que cierra la solemnidad de los Santos, se desprende un sentimiento de inefable dulzura y de deseo resignado. Pero el día no ha terminado aún para la Iglesia. Casi no ha despedido a sus hijos gloriosos, que con túnicas blancas van desapareciendo en pos del Cordero y ya la multitud innumerable de las almas pacientes la rodea en las puertas de la gloria; sólo piensa en cederles su voz y su corazón. El aderezo resplandeciente que la recordaba el blanco vestido de los bienaventurados, se ha trocado en los colores de luto; han desaparecido sus ornamentos y las flores de sus altares; el órgano guarda silencio; el toque de las campanas parece lamento de los muertos. A las

Vísperas de todos los Santos suceden sin transición las Vísperas de los Difuntos [1].

No hay elocuencia ni ciencia que puedan alcanzar la profundidad de doctrina y la fuerza de súplica que predominan en el oficio de los Difuntos. Sólo la Iglesia conoce en este punto los secretos de la otra vida, los caminos del Corazón de Cristo; sólo la Madre posee ese tino que la permite aliviar la purificación dolorosa de los que han salido ya de este mundo y consolar a la vez a los huérfanos, a los desamparados, a los que dejaron en la tierra envueltos en lágrimas.

PRIMER SALMO. — DILEXI: el primer canto del purgatorio es un canto de amor, como el último del cielo en esta fiesta memorable ha sido el CREDIDI, salmo que recordaba la fe y las pruebas por que pasaron los elegidos. Vínculo común del alma paciente y del alma triunfante, la caridad es para las dos su dignidad y su inamisible tesoro; pero, como la visión que sigue a la fe no deja en la una más que un gozarse en el amor, así este mismo amor se convierte para la otra, en la sombra donde la retienen sus faltas no expiadas todavía, en una fuente inefable de tormentos. Con todo, ya se acabaron las angustias de este mundo, los *peligros del infierno;* confirmada en gracia, el alma ya no vuelve a pecar; no tiene más que agradecimiento para la

[1] Si el día siguiente de todos los Santos está ocupado por un domingo, la Conmemoración de los Difuntos se hace otro día.

misericordia divina que la ha salvado y para la justicia que la purifica y hace digna de Dios. Y es tal su estado de aquiescencia absoluta, de esperanza resignada, que la Iglesia le llama: "un sueño de paz"[1].

¡Llegar un día a *agradar a Dios* sin restricción! Separada ya del cuerpo que la distraía y la entorpecía con mil cuidados inútiles[2], el alma queda absorta en esta única aspiración; a satisfacerla, tienden todas sus energías, todos los tormentos por los cuales da gracias al cielo, que la ayuda en su flaqueza. ¡Bendito crisol en que se consumen las reliquias del pecado y de modo tan completo se paga toda la deuda! Borradas ya totalmente las antiguas manchas, de sus llamas bienhechoras volará el alma al Esposo, considerándose verdaderamente feliz y segura de que las complacencias del Amado no encontrarán en ella obstáculo alguno.

SEGUNDO SALMO. — Mas *su destierro se prolonga* harto dolorosamente. Si por la caridad está en comunión con los habitantes del cielo, el fuego que la castiga no difiere en su materialidad del de los infiernos. Su morada está junto a la de los malditos; tiene que aguantar la vecindad del *Cedar* infernal, de los *advesarios de toda paz,* de los demonios que la persiguieron en su vida mortal con *asaltos y asechanzas* y

1 Canon de la Misa.
2 *Sab.*, IX, 15.

que en el tribunal de Dios seguían acusándola con *bocas mentirosas*. "*De la puerta del infierno, líbrala*", va a suplicar pronto la Iglesia.

TERCER SALMO. — El alma, con todo, no desfallece; *levantando sus ojos a los montes*, sabe que puede contar con el Señor, que no la han desamparado ni el cielo, que la espera, ni la Iglesia, de quien es hija. Por muy cerca que se encuentre de la región de los llantos eternos, no es inaccesible a los Angeles el purgatorio, donde la justicia y la paz [1] se dan el abrazo. A las comunicaciones divinas con que estos mensajeros augustos la llevan un alivio, se junta el eco de la oración de los bienaventurados, de los sufragios de la tierra. El alma está sumamente segura de que el único *mal* que merece ese nombre, el pecado, no puede hacerla ya daño ninguno.

SALMO CUARTO. — El uso del pueblo cristiano ha hecho del salmo 129 una oración especial por los difuntos; es un grito de angustia, pero también de esperanza.

La aflicción de las almas en la mansión de la expiación es a propósito para conmover nuestros corazones. Sin estar en el cielo ni pertenecer a la tierra, perdieron los privilegios que por disposición divina compensan en nosotros los peligros del viaje en este mundo de prueba. Por

---

1 Salmo LXXXIV, 11.

perfectos que sean todos sus actos de amor, de esperanza y de fe resignada, no pueden merecer ya; y son esas almas tan aceptas a Dios, que sus indecibles tormentos nos merecerían a nosotros la recompensa de millares de mártires; en cambio, tratándose de la eternidad, nada ponen en el activo de esas almas; sólo valen para dejar arreglada una cuenta examinada en otro tiempo por sentencia del Juez.

Ni pueden merecer, ni tampoco pueden satisfacer, como nosotros, a la justicia por actos equivalentes aceptados de Dios. Su impotencia para valerse por sí mismas es más radical aún que la del paralítico de Betsaida [1]; la piscina de salvación, con el augusto sacrificio, los Sacramentos y el uso de las llaves que se confiaron a la Iglesia, es algo que pertenece a este mundo.

La Iglesia, pues, no tiene ya jurisdicción sobre ellas, las ama, en cambio, con la misma ternura de Madre, y se sirve, en favor de ellas, de su poder de intercesión cerca del Esposo, poder que es siempre grande. La Iglesia hace suya la oración del Esposo; y, abriendo el tesoro recibido *de la copiosa redención del Señor,* ofrece al Señor, que lo formó para ella, su fondo dotal, con el fin de obtener la liberación de esas almas o el alivio de sus penas; y así sucede que, sin lesionar otros derechos, *la misericordia* penetra y se desborda en los *abismos* en que sólo reinaba la inexorable justicia.

1 *S. Juan,* V.

SALMO QUINTO. — *Te alabaré porque me has escuchado.* La Iglesia nunca ruega en vano. El último salmo canta su agradecimiento y el de las almas que habrán salido de los abismos o se han acercado a los cielos por el oficio que va a terminar. Gracias a él más de una, que esta mañana permanecía aún cautiva, hace su entrada en la luz al crepúsculo de esta fiesta de todos los Santos, cuya gloria y alegría se aumenta de ese modo en el último momento. Sigamos con el corazón y el pensamiento a las nuevas elegidas, las cuales, sonriéndonos y dándonos gracias a nosotros, hermanos suyos o hijos, se levantan radiantes de la región de las sombras y cantan: *Señor, te glorificaré en presencia de los Angeles; te adoraré, pues, en tu santo templo.* No, *el Señor no desprecia las obras de sus manos.*

EL MAGNIFICAT. — Y así como toda gracia de Cristo nos viene en esta vida por María, así también por medio de ella se obra, después de esta vida mortal, toda liberación y se consigue cualquier beneficio. En cualquier parte a donde llegue la redención del Hijo, allí ejerce su imperio la Madre. Por eso, las visiones de los Santos nos la presentan como verdadera Reina del purgatorio, ya se haga representar en él benignamente por los Angeles de su corte, ya, penetrando en aquellas sombrías bóvedas [1] como au-

[1] *Ecl.*, XXIV, 8.

rora del día eterno, se digne derramar con abundancia el rocío matutino. *¿Faltará por ventura alguna vez,* dice el Espíritu Santo, *la nieve del Líbano a la piedra del desierto? Y ¿quién podrá impedir a las aguas frescas caminar al valle?* [1] Comprendamos, pues, el cántico del *Magnificat* en el oficio de Difuntos: es el homenaje de las almas que llegan a los cielos; y es también la dulce esperanza de las que aún permanecen en la mansión de la expiación.

CONCLUSIÓN. — Día grande y bello es en verdad este día. La tierra, colocada entre el purgatorio y el cielo, los ha aproximado a los dos. El augusto misterio de la comunión de los Santos se muestra en toda su amplitud. La inmensa familia de los hijos de Dios se nos ofrece a la vista, una por el amor y distinta en sus tres estados de felicidad, de prueba y de expiación purificadora; la expiación y la prueba durarán sólo algún tiempo; la felicidad no tendrá fin. Es el digno coronamiento de las enseñanzas de la liturgia. Irá creciendo la luz cada día de la octava.

Pero en este momento todas las almas se recogen en el culto de sus seres más queridos, de sus recuerdos más nobles. Al dejar la casa de Dios, tengamos piadosamente nuestro pensamiento en el que a ello tiene derecho. Es la fiesta de nuestros carísimos difuntos. Escuche-

---

1 *Jeremías,* XVIII, 14.

mos atentamente su voz, que de campanario en campanario, a través del mundo cristiano, resuena tan dulce y tan suplicante desde las primeras horas de esta noche de noviembre. Esta tarde o mañana debemos visitar la tumba donde descansan en paz sus restos mortales. Roguemos por ellos y también pidámosles por nosotros; no temamos hablarles continuamente de los intereses que les fueron queridos en la presencia de Dios. Porque Dios los ama y por una especie de satisfacción concedida a su bondad, los escucha mucho más cuando piden para otros, ya que su justicia los mantiene en un estado de la más absoluta impotencia de lo que a ellos se refiere.

2 DE NOVIEMBRE

LA CONMEMORACION DE LOS DIFUNTOS

No queremos, hermanos que ignoréis lo tocante a la suerte de los muertos, para que no os aflijáis como los demás que no tienen esperanza [1]. Este era el deseo del Apóstol escribiendo a los primeros cristianos; y el de la Iglesia hoy no es otro. En efecto, la verdad sobre los difuntos no pone sólo en admirable luz el acuerdo de la justicia y de la bondad en Dios: los corazones más duros no resisten a la misericordia ca-

---

[1] *I Tes.*, IV, 13.

ritativa que esa verdad infunde, a la vez que procura los más dulces consuelos al luto de los que lloran. Si nos enseña la fe que hay un purgatorio, donde las faltas no expiadas pueden retener a los que nos fueron queridos, también es de fe que podemos ayudarlos [1], y es teológicamente cierto que su liberación más o menos pronta está en nuestras manos. Recordemos algunos principios que pueden ilustrar esta doctrina.

La expiación del pecado. — Todo pecado causa en el pecador doble estrago: mancha su alma y le hace merecedor del castigo. El pecado venial causa simplemente un desplacer a Dios y su expiación sólo dura algún tiempo; mas el pecado mortal es una mancha que llega hasta deformar al culpable y hacerle objeto de abominación ante Dios; su sanción, por consiguiente, no puede consistir más que en el destierro eterno, a no ser que el hombre consiga en esta vida la revocación de la sentencia. Pero, aun en este caso, borrándose la culpa mortal y quedando revocada por tanto la sentencia de condenación, el pecador convertido no se ve libre de toda deuda; aunque a veces puede ocurrir, como sucede comúnmente en el bautismo o en el martirio, que un desbordamiento extraordinario de la gracia sobre el hijo pródigo logre hacer desaparecer en el abismo del olvido divino

1 C. de Trento, sesión XXV.

hasta el último vestigio y las más diminutas reliquias del pecado, lo normal es que en esta vida o en la otra exija la justicia satisfacción por cualquier falta.

EL MÉRITO. — Todo acto sobrenatural de virtud, por contraposición al pecado, implica doble utilidad para el justo; con él *merece* el alma un nuevo grado de gracia; *satisface* por la péna debida a las faltas pasadas conforme a la justa equivalencia que según Dios corresponde al trabajo, a la privación, a la prueba aceptada, al padecimiento voluntario de uno de los miembros de su Hijo carísimo. Ahora bien, como *el mérito* no se cede y es algo personal de quien lo adquiere, así, por lo contrario, la *satisfacción,* como valor de cambio, se presta a las transacciones espirituales; Dios tiene a bien aceptarla como pago parcial o saldo de cuenta a favor de otro, sea de este mundo o del otro el concesionario, con la sola condición de que pertenezca por la gracia al cuerpo místico del Señor que es uno en la caridad [1].

Es la consecuencia, como lo explica Suárez en su tratado *de los Sufragios,* del misterio de la Comunión de los Santos, que en estos días se nos manifiesta: "Creo que esta satisfacción de los vivos en favor de los difuntos vale en justicia [2] y que es infaliblemente aceptada en todo

[1] *I Cor.*, XII, 27.
[2] *Esse simpliciter de iustitia.*

su valor y conforme a la intención del que la aplica, de suerte que, por ejemplo, si la satisfacción que me corresponde me valía en justicia, percibiéndola yo, el perdón de cuatro grados de purgatorio, otro tanto se la perdona al alma por quien la ofrezco"[1].

LAS INDULGENCIAS. — Sabido es cómo secunda la Iglesia en este punto la buena voluntad de sus hijos. Por medio de la práctica de las Indulgencias, pone a disposición de su caridad el tesoro inagotable donde se juntan sucesivamente las satisfacciones abundantísimas de los Santos con las de los Mártires, y también con las de Nuestra Señora y con el cúmulo infinito debido a los padecimientos de Cristo. Casi siempre ve bien y permite que la remisión de la pena, que ella directamente concede a los vivos, se aplique *por modo de sufragio* a los difuntos, los cuales ya no dependen de su jurisdicción. Quiere esto decir que cada uno de los fieles puede ofrecer por otro a Dios, que lo acepta, el sufragio o ayuda de sus propias satisfacciones, del modo que acabamos de ver. Tal es la doctrina de Suárez, el cual enseña también que la indulgencia que se cede a los difuntos no pierde nada de la certeza o del valor que tendría para nosotros los que pertenecemos todavía a la Iglesia militante. Ahora bien, las Indulgen-

1 *De suffragiis*, sectio VI.

cias se nos ofrecen en mil formas y en mil ocasiones.

Sepamos utilizar nuestros tesoros y practiquemos la misericordia con las pobres almas que padecen en el purgatorio. ¿Puede existir miseria más digna de compasión que la suya? Tan punzante es, que no hay desgracia en esta vida que se la pueda comparar. Y la sufren tan noblemente, que ninguna queja turba el silencio de "aquel río de fuego que en su curso imperceptible las arrastra poco a poco al océano del paraíso" [1]. El cielo a ellas de nada las sirve; allí ya no se merece. Dios mismo, buenísimo pero también justísimo, se ha obligado a no concederlas su liberación si no pagan completamente la deuda que llevaron consigo al salir de este mundo de prueba [2]. Es posible que esa deuda la contrajesen por nuestra culpa o con nuestra cooperación; y por eso se vuelven a nosotros, que continuamos soñando en placeres mientras ellas se abrasan, cuando tan fácil nos es abreviar sus tormentos. *Apiadaos, apiadaos de mí, siquiera vosotros, mis amigos, pues me ha herido la mano del Señor* [3].

LA ORACIÓN POR LAS ALMAS DEL PURGATORIO. — Como si el purgatorio viese rebosar más que nunca sus cárceles con la afluencia de multi-

---

1 Mgr. Gay, *Vie et Vertus chrétiennes:* De la charité envers l'Eglise, II.

2 *S. Mateo,* V, 26.

3 *Job.,* XIX, 21.

tudes que allí lanza todos los días la mundanalidad del siglo presente y acaso debido también a la proximidad de la cuenta corriente final y universal que dará término al tiempo, al Espíritu Santo ya no le basta sostener el celo de las cofradías antiguas consagradas en la Iglesia al servicio de los difuntos; suscita la Iglesia nuevas asociaciones y hasta familias religiosas, cuyo fin exclusivo es promover por todos los medios la liberación o el alivio de las almas del purgatorio. En esta obra, que es una especie de redención de cautivos, hay también cristianos que se exponen y se ofrecen a cargar sobre sí las cadenas de sus hermanos, renunciando para ello libre y voluntariamente, no sólo a sus propias satisfacciones, sino también a los sufragios de que se podían beneficiar después de muertos; acto heroico de caridad que no se debe hacer a la ligera, pero que aprueba la Iglesia [1]; dicho acto da a Dios mucha gloria y, en el caso de un retardo temporal de la bienaventuranza, merece a su autor el estar más cerca de Dios para siempre, desde ahora por la gracia y después, en el cielo, por la gloria.

Y, si los sufragios de un simple fiel tienen tanto valor, ¡cuánto más tendrán los de toda la Iglesia en la solemnidad de la oración pública y en la oblación del augusto Sacrificio en que

1 En el siglo XVIII propagaron esta devoción los Clérigos regulares Teatinos y la enriquecieron con gracias espirituales los Sumos Pontífices, Benedicto XIII, Pío VI y Pío IX.

Dios mismo satisface a Dios por todas las faltas! La Iglesia, desde su origen, siempre rezó por los difuntos, como antes lo hizo la Sinagoga [1]. Así como celebraba el aniversario de sus hijos mártires con acciones de gracias, así también honraba con súplicas el de los demás hijos, que quizá no estuviesen aún en los cielos. Diariamente se pronunciaban en los Misterios sagrados los nombres de unos y otros con el doble fin de la alabanza y de la oración; y, así como por no poder recordar en cada iglesia particular a cada uno de los bienaventurados del mundo entero, los incluyó a todos en una fiesta y en una mención común, así de igual manera hacía conmemoración general de los difuntos en todas partes y todos los días a continuación de las conmemoraciones particulares. Tampoco faltaban sufragios, observa San Agustín, a los que no tenían parientes ni amigos; ésos tenían para remediar su desamparo, el cariño de la Madre común [2].

San Odilón. — Al seguir la Iglesia desde un principio el mismo proceso respecto a la memoria de los bienaventurados y la de las almas del purgatorio era de prever que la institución de la fiesta de todos los Santos reclamaría muy pronto la actual Conmemoración de los fieles difuntos. Según nos dice la Crónica de Sige-

---

1 *II Mac.* XII, 46.
2 De cura pro mortuis, IV.

berto de Gemblaux, el abad de Cluny San Odilón la instituía en 998 en todos los monasterios que de él dependían, para celebrarla perpetuamente al día siguiente de todos los Santos. Así respondía a las acusaciones que le denunciaban a él y a sus monjes, en visiones que se leen en su Vida [1], como los auxiliadores más intrépidos de las almas que se purifican en el lugar de la expiación, y también como los más temibles para los poderes infernales. El mundo aplaudió el decreto de San Odilón. Roma le hizo suyo y se convirtió en ley de toda la Iglesia latina.

Los griegos hacen una primera Conmemoración general de los difuntos la víspera de nuestro domingo de Sexagésima, que es para ellos el de carnestolendas o de *Apocreos*, en el cual celebran la segunda venida del Señor. Llaman a este día *Sábado de ánimas*, como también al Sábado que precede a Pentecostés, en que rezan de nuevo solemnemente por todos los difuntos.

MISA DE LOS DIFUNTOS

La Iglesia Romana tenía antiguamente doble tarea en este día en su servicio diario para con la divina Majestad. La memoria de los difuntos no la permitía olvidar la Octava de todos los Santos. El oficio del segundo día de esta Octava precedía al de los difuntos; a la hora de

[1] *Jotsald,* II, 13.

Tercia de todos los Santos, seguía la Misa correspondiente; y después de Nona del mismo oficio, ofrecía el Sacrificio del altar por los difuntos.

En nuestros días, solicitada por la caridad para con las pobres almas más numerosas y más desamparadas, las dedica hoy todas sus Horas canónicas y sólo después de Nona a la que sigue la misa solemne de los difuntos, vuelve a tomar el oficio de los Santos [1] en las Vísperas del dos de noviembre.

En cuanto a la obligación de guardar fiesta el *día de ánimas*, era sólo de semiprecepto en Inglaterra, donde se permitían los trabajos más necesarios; en muchos lugares el cese del trabajo no excedía la mitad del día; en otros se prescribía únicamente la asistencia a la misa. París observó durante algún tiempo el dos de noviembre como fiesta de primera obligación: en 1673 el arzobispo Francisco de Harlay mantenía aún en sus estatutos el mandato de guardarle hasta el mediodía. Hoy ni en Roma existe ya la obligación.

La antífona del Introito no es más que la súplica apremiante que suple en el oficio de difuntos a otra cualquier doxología; está sacada de un pasaje del libro cuarto de Esdras [2]. El segundo salmo de Laudes nos da el versículo.

---

[1] Constitución apostólica *Divino afflatu,* 11 de noviembre de 1911.
[2] II, 34-35.

INTROITO

Dales, Señor, el descanso eterno: y brille para ellos la luz perpetua. — *Salmo:* A ti, oh Dios, te corresponden loores en Sión, a ti se te darán votos en Jerusalén: escucha mi oración, a ti irán todos los hombres.

En la Colecta la Iglesia implora, en favor de las almas que sufren, la misericordia de su Esposo, del Dios hecho Hombre, al que llama Creador y Redentor, títulos que dicen todo lo que estas almas le costaron y le invitan a dar la última mano a su obra.

COLECTA

Oh Dios, Criador y Redentor de todos los fieles: concede a las almas de tus siervos y siervas el perdón de todos los pecados; para que, por nuestras piadosas súplicas, consigan la indulgencia que siempre ansiaron. Tú, que vives.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pablo a los Corintios (I Cor., XV, 51-57).

Hermanos: He aquí un misterio que os digo: Todos resucitaremos ciertamente, pero no todos seremos transformados. En un momento, en un pestañear de ojos, al son de la última trompeta: porque sonará la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptos: y nosotros seremos transformados. Porque es preciso que esto corruptible se revista de incorrupción: y que esto mortal se revista de inmortalidad. Mas, cuando esto mortal se hubiere vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra escrita: Fué absorbida la muerte por la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? Pues el aguijón de

la muerte es el pecado; y la fuerza del pecado es la Ley. Mas gracias a Dios, que nos dió la victoria por nuestro Señor Jesucristo.

Muerte y Resurrección. — Mientras el alma, al salir de este mundo, suple en el purgatorio la insuficiencia de sus expiaciones, el cuerpo que dejó vuelve a la tierra para cumplir la sentencia lanzada contra Adán y su raza en el principio del mundo [1]. Pero la justicia es amor tanto para el cuerpo como para el alma del cristiano. La humillación del sepulcro es justo castigo de la falta original; mas en ese retorno del hombre al polvo de la tierra de que fué formado, nos hace ver San Pablo además la siembra necesaria para la transformación del grano predestinado, que un día ha de volver a vivir en muy distintas condiciones [2]. Es que, en efecto, la carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios [3] ni los que están sujetos a la corrupción aspirar a la inmortalidad. Trigo candeal de Cristo, según la palabra de San Ignacio de Antioquía, el cuerpo del cristiano es arrojado al surco de la tumba para dejar en él lo que tenía de corruptible, la forma del primer Adán con su flaqueza y su pesadez; mas, por virtud del nuevo Adán, que le vuelve a formar a su propia imagen, saldrá completamente celestial y espiritua-

1 *Gen.*, III, 19.
2 *I Cor.*, XV, 36.
3 *Ibid.*, 50.

lizado, ágil, impasible y glorioso [1]. Gloria al que sólo quiso morir como nosotros para destruir la muerte y hacer de su victoria nuestra victoria.

La Iglesia continúa pidiendo con insistencia en el Gradual la liberación de los difuntos.

GRADUAL

Dales, Señor, el descanso eterno: y brille para ellos la luz perpetua. ℣. El justo dejará eterna memoria: no temerá la mala fama.

TRACTO

Absuelve, Señor, a las almas de todos los fieles difuntos de todo vínculo de pecado. ℣. Y, socorriéndolos tu gracia, merezcan evitar el juicio de la venganza. ℣. Y gozar de la dicha de la luz eterna.

La Iglesia antiguamente no excluía el Aleluya de los funerales de sus hijos; expresaba su alegría fundada en la esperanza de que una muerte santa acababa de asegurar al cielo un elegido más, aunque pudiese prolongarse algún tiempo la expiación del cristiano cuya vida de prueba finalizaba. Con todo, la adaptación de la liturgia de los difuntos a los ritos de los últimos días de Semana Santa, aunque modificó en este punto antiguas costumbres, no quiso excluir de la Misa de los difuntos la Secuencia, la cual fué primitivamente una composición de carácter festivo y una *continuación* del Aleluya.

---

[1] *I Cor.*, XV, 42-49.

Roma hacía una excepción a las reglas tradicionales, a favor del poema atribuído erróneamente a Tomás de Celano. En Italia se cantó desde el siglo XIV el *Dies irae* y toda la Iglesia lo adoptó en el siglo XVI.

SECUENCIA

1. El día de la ira, el día aquel disolverá al mundo en ceniza: testigo es David con la Sibila [1].

2. ¡Cuánto temor habrá entonces, cuando se presente el Juez a discutir todo con rigor!

3. La trompeta, lanzando su son por las tumbas de la tierra, llevará ante el trono a todos.

4. Se pasmarán muerte y naturaleza, cuando resucite la criatura, para responder al Juzgador.

5. Abriráse el libro escrito, en que está todo contenido, por el que será juzgado el mundo.

6. Cuando, pues, se siente el Juez, aparecerá todo lo oculto: nada quedará sin vengar.

7. ¿Qué diré entonces, desgraciado? ¿Qué patrono invocaré, cuando apenas el justo estará seguro?

8. Rey de majestad tremenda, que a los buenos salvas gratis, sálvame a mí, fuente de piedad.

9. Acuérdate, Jesús piadoso, que soy de tu camino la causa: no me pierdas en aquel día.

10. Buscándome, te sentaste cansado: me redimiste sufriendo la cruz: no sea inútil tanto trabajo.

11. Justo Juez de la venganza, da la gracia del perdón antes del día de la cuenta.

12. Gimo como verdadero reo: con la culpa enrojece mi cara: perdona, oh Dios, al que suplica.

[1] Alusión al famoso oráculo de la Sibila Eritrea sobre el fin del mundo, citado por San Agustín en su libro XVIII, c. 23, de la Ciudad de Dios; las primeras letras de cada verso unidas dan en griego la fórmula: Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador.

13. Tú, que absolviste a María y escuchaste al buen ladrón, a mí esperanza me diste.

14. Mis plegarias no son dignas: pero tú haz, bueno y benigno, que no arda en fuego perenne.

15. Colócame entre las ovejas, y apártame de los cabritos, poniéndome a la parte diestra.

16. Refutados los malditos, aplicadas las crueles llamas: llévame con los benditos.

17. Ruégote humilde y sumiso, el corazón, como ceniza, deshecho: Ten cuidado de mi fin.

18. Lacrimoso día aquel, en que surgirá del polvo el hombre para ser juzgado reo.

19. Perdona, pues, a éste, oh Dios: oh piadoso señor Jesús, dales el descanso. Amén.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Juan (Jn., V, 25-29).

En aquel tiempo dijo Jesús a las turbas de los judíos: En verdad, en verdad os digo, que ha llegado la hora, y es ésta, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios: y, los que la escucharen, vivirán. Porque, como el Padre tiene la vida en si mismo, así dió también al Hijo el tener la vida en sí mismo: y le dió poder de juzgar, porque es el Hijo del hombre. No os maravilléis de esto, porque llega la hora en que, todos los que están en los sepulcros, oirán la voz del Hijo de Dios; e irán los que obraron bien, a la resurrección de la vida y los que obraron mal, a la resurrección del juicio.

La voz del Juez. — El purgatorio no es eterno. Su duración es infinitamente diversa según las sentencias del juicio particular que sigue a la muerte de cada uno; para ciertas almas más culpables o que, excluidas de la comunión ca-

tólica, están privadas de los sufragios de la Iglesia, puede prolongarse a siglos enteros, aunque la misericordia divina se dignase librarlas del infierno. Mas al fin del mundo y de todo lo que es temporal se ha de cerrar el purgatorio. Dios sabrá conciliar su justicia y su gracia en la purificación de los últimos llegados de la raza humana, supliendo, v. gr., con la intensidad de la pena expiatoria lo que podría faltar a la duración. Pero, en lo que se refiere a la bienaventuranza, mientras las sentencias del juicio particular son con frecuencia suspensivas y dilatorias y dejan provisionalmente el cuerpo del elegido y del condenado a la suerte común de la sepultura, el juicio universal tendrá carácter definitivo tanto para el cielo como para el infierno, y sus sentencias serán absolutas y se ejecutarán al instante íntegramente. Vivamos, pues, a la expectativa de la *hora* solemne *en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios*. El que tiene que venir, vendrá y no tardará, nos recuerda el Doctor de las gentes [1]; su día llegará rápido y de improviso como un ladrón, nos dicen con él [2], el Príncipe de los Apóstoles [3] y Juan el discípulo amado [4], haciendo eco a la palabra del mismo Jesucristo [5]: como el relámpago sale del

---

1 *Hebr.*, X, 37, ex *Hab.*, II, 3.
2 *I Tes.*, V, 2.
3 *II Pet.*, III, 10.
4 *Apoc.*, XVI, 15.
5 *S. Mateo*, XXIV, 43.

oriente y brilla hasta el occidente, así será la venida del Hijo del Hombre [1].

Asimilémonos los sentimientos expresados en el Ofertorio de los difuntos. Aunque las benditas almas del purgatorio tienen asegurada para siempre la eterna bienaventuranza y ellas lo saben bien, con todo eso, el camino más o menos largo que las conduce al cielo, se abre entre el peligro del último asalto diabólico y las angustias del juicio. La Iglesia, pues, abarcando con su oración todas las etapas de esta vía dolorosa, anda solícita para no descuidar la entrada; y no teme llegar para eso demasiado tarde. Para Dios, cuya mirada abarca todos los tiempos, la súplica que hoy hace la Iglesia, estaba ya presente en el momento del paso tremendo y procuraba a las almas la ayuda que aquí se pide. Además, esta misma súplica la va siguiendo a través de los altibajos de su lucha contra las potestades del abismo, de las cuales se sirve Dios como de instrumentos en la expiación reclamada por su justicia, según lo han comprobado más de una vez los Santos. En esta hora solemne, en que la Iglesia presenta sus ofrendas para el augusto y omnipotente Sacrificio, redoblemos nosotros también nuestros ruegos por los finados. Imploremos su liberación de las fauces del león. Supliquemos al glorioso Arcángel, *prepósito del paraíso, sostén de las almas* al salir de

1 *S. Mateo,* XXIV, 27.

este mundo, *su guía enviado por Dios*[1], que las conduzca a la luz, a la vida, a Dios mismo, que se prometió como recompensa a los creyentes en la persona de su padre Abraham[2].

OFERTORIO

Señor Jesucristo, Rey de la gloria, libra las almas de todos los fieles difuntos de las penas del infierno y del profundo lago: líbralas de la boca del león, para que no las absorba el tártaro, ni caigan en lo obscuro: sino que el abanderado San Miguel las presente en la luz santa: * Que prometiste en otro tiempo a Abraham y a su descendencia. ℣. Ofrecémoste, Señor, hostias y preces de alabanza: tú acéptalas por aquellas almas cuya memoria celebramos hoy: hazlas, Señor, pasar de la muerte a la vida: * Que prometiste en otro tiempo a Abraham y a su descendencia.

La fe, cuyas obras practicaron, es garantía para las almas del purgatorio de la recompensa postrera y la que hace a Dios propicio ante los dones ofrecidos en favor de ellas.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, mires propicio estas hostias que te ofrecemos por las almas de tus siervos y siervas: para que, a quienes diste el mérito de la fe cristiana, les des también el premio. Por Nuestro Señor Jesucristo.

PREFACIO

Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable que siempre y en todas partes te demos gracias a ti, Señor santo, Padre omnipotente, Dios eterno,

---

1 Antíf. y Responsorio de la fiesta de S. Miguel.
2 *Gen.*, XV, 1.

por Cristo nuestro Señor. En quien brilló para nosotros la esperanza de una resurrección bienaventurada, de suerte que a quienes contrista la certeza de tener que morir, los consuele la promesa de la futura inmortalidad. Porque a tus siervos, Señor, la vida se les cambia, no se les quita: y, desmoronada la casa de esta terrestre morada, alcanzan en los cielos una mansión eterna. Y, por eso, con los Angeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, y con todo el ejército de la celeste milicia, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar: Santo, Santo, Santo, etc.

Al *Agnus* Dei, la petición del descanso para los difuntos suple a la de la paz por los vivos.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, dales el descanso.
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, dales el descanso.
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, dales el descanso sempiterno.

Como caen los copos silenciosos de una nieve abundante en un día de invierno, así suben blancas y apacibles las almas liberadas, ahora cuando en todo el mundo, al finalizar sus largas súplicas, la Iglesia derrama a raudales sobre las llamas expiatorias la sangre redentora. Hechos fuertes con el valimiento que da a nuestra oración el participar en los Misterios sagrados, digamos con ella en la Comunión:

COMUNION

Brille para ellos, Señor, la luz eterna: * Con tus Santos para siempre: porque eres piadoso. ℣. Dales,

Señor, el descanso eterno: y brille para ellos la luz perpetua. * Con tus Santos para siempre: porque eres piadoso.

Es tal, no obstante eso, y tan por encima de nuestros pensamientos humanos el misterio impenetrable y adorable de la justicia de Dios, que para algunas almas la expiación tiene que seguir aún. La Iglesia también, sin cansarse ni dejar de esperar, continúa su oración en la Poscomunión. La Santa Madre Iglesia recordará a los difuntos todos los días y a todas las Horas del oficio, en todas las Misas que se ofrecen a lo largo del año, de cualquier solemnidad que sean.

POSCOMUNION

Rogámoste, Señor, hagas que la oración de los que te suplicamos, aproveche a las almas de tus siervos y siervas: para que las libres de todos los pecados y las hagas participantes de tu redención. Tú, que vives.

El *Benedicamus Domino,* que hace las veces del *Ite missa est* en las misas en que se suprime el *Gloria in excelsis,* se reemplaza en las de difuntos por una invocación en favor de los finados:

Descansen en paz. ℟. Amén.

LAS TRES MISAS. — Aquí no damos más que el texto de la misa que se celebra por todos los fieles difuntos. Cada cual puede encontrar fácilmente en su misal el texto de las otras dos. Desde 1915, gracias a la piedad de Benedicto XV,

los sacerdotes pueden en este día celebrar tres misas: una de ellas, a intención del celebrante, la segunda se dice por las intenciones del Papa y la tercera por todos los fieles difuntos.

Quiso Benedicto XV ayudar con esta generosidad no sólo a los miles y miles que durante la guerra cayeron en los campos de batalla, sino también a las almas cuyas fundaciones de misas habían sido robadas por la Revolución y confiscación de los bienes eclesiásticos.

Más recientemente Pío XI concedió una Indulgencia plenaria, aplicable a las almas del purgatorio, por la visita que se hiciese a un cementerio el 2 de noviembre y cualquier otro día de la Octava, pero con la condición de rezar por las intenciones del Romano Pontífice.

3 DE NOVIEMBRE

TERCER DIA DE LA OCTAVA DE TODOS LOS SANTOS

INTENCIÓN DE LA OCTAVA. — Al hacernos celebrar durante ocho días la fiesta de todos los Santos, quiere la Iglesia que, animados con su ejemplo y dirigiendo nuestra mirada a la patria celestial, lleguemos también nosotros a ser santos y deseemos el cielo. Bastará leer las enseñanzas que nos da en el oficio de Maitines durante estos días, para siquiera formarnos alguna

idea de la alegría, de la paz, de la concordia, de la luz y de la gloria del paraíso:

SERMÓN DE SAN BEDA [1]. — "En el cielo nunca habrá la menor discordia, sino acuerdo en todo, en todo plena conformidad, porque la concordia será siempre la misma entre los Santos; en el cielo todo es paz y alegría, todo está tranquilo y en reposo; allí luce una luz perpetua, muy distinta de la de aquí, tanto más clara, cuanto es más excelente. Aquella ciudad, leemos en la Escritura, no necesitará de la luz del sol, porque "el Señor todopoderoso la iluminará y su lumbrera es el Cordero" [2]. "Los santos brillarán allí por siempre, eternamente, como las estrellas, y quienes enseñan a muchos resplandecerán con esplendor de cielo" [3].

"Allí, pues, no se conocerán la noche ni las tinieblas, ni aglomeración alguna de nubes; ni rigor de frío, ni excesivo calor, sino más bien un estado de cosas tan equilibrado que, "ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el corazón del hombre pudo nunca comprender" [4] nada que con ello se pueda comparar. Lo conocen los que han sido hallados dignos de gozarlo, "cuyos nombres están escritos en el libro de la vida" [5], los cuales

---

1 Este sermón y el de los días siguientes atribuídos a San Beda son en realidad o de Walafrido Estrabón, o más bien, de Helisacar de Tréveris. *Revue Bénédictine,* 1891, p. 278.

2 *Apoc.,* XXI, 23.

3 *Dan.,* XII, 3.

4 *I Cor.,* II, 9.

5 *Flp.,* IV, 3.

"lavaron sus vestidos en la sangre del Cordero" y "están ante el trono de Dios y le sirven noche y día" [1]. "Allí no hay vejez ni las miserias de la vejez, ya que todos han llegado al estado del hombre perfecto, a medida de la edad de Cristo" [2].

"Pero es más todavía el estar asociado a los coros de los Angeles y de los Arcángeles, de los Tronos y de las Dominaciones, de los Principados y de las Potestades; gozar de la compañía de todas las Virtudes de la corte celestial; contemplar los diversos órdenes de los Santos más esplendorosos que los astros; contemplar a los Patriarcas iluminados por su fe; a los Profetas, rutilantes de esperanza y de alegría; a los Apóstoles dispuestos a juzgar a las tribus de Israel y a todo el mundo; a los Mártires, coronados con diadema resplandeciente por la púrpura de su victoria; en fin, a las Vírgenes, rodeada su frente con blancas flores" [3].

4 DE NOVIEMBRE

SAN CARLOS BORROMEO, OBISPO Y CONFESOR

OFICIO DE SAN CARLOS Y LA GRACIA DE DIOS. — "Para conocer bien a un santo, hay que aten-

1 *Apoc.*, VII, 14.
2 *Ef.*, IV, 13.
3 Sermón de los Santos.

der sobre todo al oficio que Dios le encomendó en este mundo, a la obra a que consagró su vida y a las gracias con que Dios le dotó para llevarla al cabo.

"Ahora bien, la obligación y la obra que la Providencia de Dios confió en este mundo a San Carlos Borromeo, fué la de reformar la santa Iglesia católica completando y ejecutando los decretos disciplinares del Concilio de Trento. La gracia que recibió de Dios para cumplir tal designio, fué, además de la plenitud del sacerdocio, la plenitud del espíritu sacerdotal. He ahí el gran don sobrenatural que recibió San Carlos y que fué en él la razón de todos los otros con que le favoreció el cielo; por él se distingue de todos los santos y de todos los obispos que ha dado Dios a su Iglesia.

El Obispo. — "Otros santos pontífices le han podido igualar o exceder en algún don sobrenatural, pero quizá ninguno haya reunido en la misma perfección la plenitud de los dones naturales y sobrenaturales que vemos en este santo obispo. Toda su vida se resume en esta sola palabra: no quiso hacer otra cosa en este mundo más que obras de obispo, y, ciertamente, todo en su vida estuvo tan ordenado por esta intención única de su voluntad, que lo que hay en él de humano desaparece del todo ante lo que tiene de pontífice; diríase que el glorioso esplendor de su santidad no provenía de su persona,

sino solamente de su ministerio. En una palabra, parece que Dios no quiso de él sino que fuese molde y modelo humano de obispos"[1].

Secretario de Estado. — Pío IV, elegido Papa el 26 de diciembre de 1559, no tardó en llamar junto a sí, para asociarle al gobierno de la Iglesia, a su sobrino Carlos Borromeo. Tenía éste entonces 22 años, pero en su administración mostró de qué cualidades estaba adornado: dotado de una resistencia de trabajo extraordinaria y de voluntad enérgica y perseverante, sabía escuchar, pedir consejo y luego obrar con decisión. Su vida era austera; mas en el agobio de sus ocupaciones, sólo buscaba el descanso en la oración, en el estudio de la teología y en la predicación.

A instancias suyas reanudó Pío IV en 1560 el Concilio de Trento, y Carlos Borromeo fué el intermediario entre el Papa y el Concilio; una vez terminado, se ocupó en dar a conocer la doctrina y los reglamentos, cuidó la redacción del "Catecismo del Concilio de Trento" y fué el primero en dar ejemplo de la más completa sumisión a las reformas prescritas.

San Carlos en Milán. — Después de la elección de San Pío V, que sucedía a su tío, solicitó salir de Roma para ir a administrar su diócesis de Milán, y el nuevo Papa cedió a sus ruegos.

---

1 P. Gonthier, O. P., *Oeuvres Oratoires*, t. I, 15.

Sus primeros cuidados son para el clero: funda seminarios y colegios, pide ayuda a las Ordenes religiosas, principalmente a los Jesuítas, reforma los monasterios. Luego ordena su dilatada diócesis, nombra en ella visitadores encargados de informarle, reforma el arzobispado y el cabildo. El mismo procura ocuparse directamente de la mayor parte de los asuntos, se pone en contacto con su pueblo y resiste con firmeza a todas las intrigas del poder civil. Su acción, traspasando la diócesis, se extiende a toda la provincia de Milán por medio de los Concilios provinciales que preside de un modo regular, y llega hasta las provincias vecinas que visita en calidad de Legado.

La peste en Milán. — En 1576, cuando invade la peste el Milanesado y se extiende por la ciudad, tiene ocasión el arzobispo para dar señales públicas de un corazón esforzado y de una caridad sin límites. A falta de autoridades locales, ordena los servicios de sanidad, funda o renueva los hospitales, busca socorros, procura provisiones, decreta medidas preventivas. Vela sobre todo por asegurar los auxilios espirituales, la asistencia a los enfermos, el entierro de los muertos y la recepción de los sacramentos a los habitantes que no pueden salir de sus casas. Sin temer el contagio, no vacila en exponerse a sí mismo visitando los hospitales, presidiendo las procesiones de penitencia, haciéndose todo

para todos como un padre y pastor de verdad. Toda su vida muestra además su amor a los pobres y desheredados, a quienes, al morir, deja todos sus bienes.

VIDA. — San Carlos nació el 2 de octubre de 1538 en el Castillo de Arona, cerca del Lago Mayor, de familia de mucha fe y de gran bondad. Tonsurado a los ocho años, hizo sus estudios clásicos en Milán, luego estudió el Derecho en Pavía, donde obtuvo el grado de doctor en 1559. En 1560 el Papa le llamó a Roma y le hizo Cardenal. Se ordenó de sacerdote en 1562, y luego recibió la consagración episcopal el 7 de diciembre de 1563. En 1566, al ser elegido Papa San Pío V, dejó Roma para residir en su diócesis de Milán, donde murió la noche del tres al cuatro de noviembre de 1584. El Papa Paulo V le incluyó en el número de los santos el 1 de noviembre de 1610.

MODELO DE VIRTUDES. — Te alabamos y nos regocijamos de tu gloria con toda la Iglesia. Desde tu infancia te previno la gracia divina, te acompañó durante toda la vida y tú siempre la fuiste fiel. Ayudándote de las riquezas que el bautismo y demás sacramentos depositaron en tu alma, alcanzaste al fin de tu vocación sin negar a Dios nunca nada. Por eso mereces ser nuestro modelo. Ayúdanos, pues, a imitar tus virtudes. Danos devoción sólida y el celo por la oración que te daba fuerza a ti para combatir el buen combate. Haz que imitemos tu caridad, tu mansedumbre y tu afabilidad con todos, tu espíritu de pobreza que tanto te hacía querer a la Orden

de San Francisco, tu devoción y tu sumisión a la Santa Sede, tu amor a la Iglesia, a la que consagraste tantos trabajos y toda tu vida.

MODELO DE PASTORES. — Pero estabas destinado de modo especial a ser el modelo de los pastores de almas. "Un obispo está obligado a la perfección" decías, queriendo dar a entender "que más santidad se exige donde el elemento sobrenatural y divino es mayor" [1]. Vemos que brillan en ti todas las virtudes de los pontífices; dígnate comunicarlas en abundancia a los obispos de nuestros días. Exhórtalos como lo hiciste en tus Concilios; aviva hoy "aquella solicitud pastoral que te llenó de gloria" [2]. Ruega al Señor de la mies que envíe muchos obreros [3], formados a imitación tuya y devorados por un celo que será maravillosamente fecundo si estudian profundamente la doctrina de la Iglesia y acatan sus leyes con sumisión filial.

PLEGARIA. — Protege particularmente a la Iglesia de Milán, cuyo ornato más bello fuiste tú con tu predecesor San Ambrosio. Conserva en ella la luz de la fe que tú predicaste y el gusto por la Santa Liturgia que allí restauraste.

Finalmente, tengan hoy cumplimiento por tus oraciones, como en otro tiempo por tus trabajos,

---

1 Mgr Pie, *Discours pour le sacre de Mgr Gay.*
2 Colecta de la Misa.
3 *S. Lucas,* X, 2.

estas palabras de las Escrituras: "Colmaré de gracias a las almas sacerdotales, y mi pueblo se saciará de mis bienes"[1].

EL MISMO DIA

CONMEMORACION DE LOS SANTOS VIDAL Y AGRICOLA, MARTIRES

La Iglesia junta en este día con el obispo de Milán el recuerdo de dos mártires que hizo célebres la piedad de San Ambrosio. Vidal y Agrícola habían sido enterrados en el cementerio judío de Bolonia. Dios reveló al obispo el lugar de su sepultura. San Ambrosio, que había sido invitado a su solemne traslación, nos habla de ella en su libro de la "Virginidad".

Vidal era esclavo de Agrícola: Se le quiso obligar a renegar de Jesucristo, pero le confesó con tanta valentía, que los verdugos, como castigo, le hicieron padecer todo género de suplicios, de modo que todo su cuerpo no era más que una llaga. Al expirar, dijo dulcemente: "Señor mío Jesucristo, Dios mío y Salvador mío, recibe mi alma, pues deseo tomar posesión de la corona que tu Santo Angel me mostró."

Agrícola, su amo, al principio fué tratado con miramiento. Pero el ejemplo de su esclavo le

1 *Jeremías*, XXXI, 14.

hizo fuerte y, por la fe, padeció el suplicio de los esclavos: la cruz, a la que fué fijado con muchos clavos.

Verdaderamente, bien les cae el nombre a estos dos mártires, dice San Ambrosio: Vidal, que, despreciando la vida presente, se ganó la vida eterna; Agrícola, que produjo frutos de las virtudes más sublimes.

Bolonia regaló reliquias a Florencia y también a Rouen y a Clermont.

ORACIÓN. — "Suplicámoste nos concedas, oh Dios Omnipotente, que, al celebrar las solemnidades de tus santos mártires Vidal y Agrícola, seamos ayudados delante de ti, con su intercesión. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

5 DE NOVIEMBRE

QUINTO DIA DE LA OCTAVA DE TODOS LOS SANTOS

ESTÍMULO EN LA PRÁCTICA DE LAS VIRTUDES. — La Iglesia nos manifestaba hace dos días la alegría y la belleza del cielo. Después de su exposición halagüeña de la eternidad, nos podía haber interrogado lo que San Benito al postulante que llama a la puerta del monasterio:

"¿Quieres la vida? ¿Deseas ver días felices"[1]? Y al instante habríamos contestado también nosotros que sí. Diríase que, en efecto, nos ha hecho callandito esas interrogaciones y que ella ha oído lo que hemos contestado, puesto que prosigue exponiéndonos ahora las condiciones necesarias para entrar en el reino de los cielos:

"Deléitenos y nos atraiga la esperanza de llegar a la recompensa de la salvación; luchemos en el estadio de la justicia con gusto y generosidad, mientras nos miran Dios y su Ungido. Y, ya que hemos comenzado a elevarnos por encima del mundo y del tiempo presente, vigilemos para que no nos entorpezca ningún deseo de las cosas de la tierra. Si el último día nos encuentra desasidos de todo y corriendo con soltura por la carrera de las buenas obras, el Señor no podrá menos de recompensar nuestros méritos.

"El mismo será quien dé a los que hubieren triunfado de la persecución, una corona purpúrea en premio del sufrimiento, y a los que hubieren vencido en la paz, una corona cándida en premio a las obras de justicia. Aunque Abraham, Isaac y Jacob no padecieron martirio, no por eso fueron menos dignos de ocupar el primer puesto entre los Patriarcas, pues se ganaron este honor

1 Prólogo de la Santa Regla.

con los méritos de su fe y de su justicia; así, también tendrá asiento en el banquete de estos grandes justos cualquiera que sea hallado fiel, justo y digno de alabanza. Pero tenemos que tener cuenta con que estamos obligados a hacer la voluntad de Dios y no la nuestra; que "el que hace la voluntad de Dios permanece eternamente" [1], como Dios mismo eternamente permanece.

"Es menester, pues, que estemos prestos a cumplir en todas las cosas la voluntad de Dios con espíritu puro, fe firme, virtud robusta, y caridad perfecta, guardando los mandamientos del Señor con decidida fidelidad; la inocencia con sencillez, la unión con la caridad, la modestia en la humildad, la exactitud en el cumplimiento de los cargos, la delicadeza en la asistencia a los afligidos, la misericordia en socorrer a los pobres, la constancia en defender la verdad, la discreción en el rigor de la disciplina; y así no dejaremos de seguir o dar el ejemplo de las buenas obras. Estas son las huellas que nos dejaron todos los santos al volver a la patria, y si las seguimos, podremos acompañarlos y participar de sus alegrías" [2].

---

[1] *S. Juan,* II, 17.
[2] Sermón 18 sobre los Santos.

EL MISMO DIA

LA FIESTA DE LAS SAGRADAS RELIQUIAS

LA MUERTE PREPARA LA COSECHA PARA EL CIELO. Si tuviésemos la vista de los Angeles, la tierra nos parecería un campo grande, sembrado para la resurrección. La muerte de Abel abrió el primer surco; después continúa sin cesar la siembra en todos los lugares. ¡Qué tesoros contiene ya en su seno esta tierra de trabajo y de flaquezas! ¡Qué mies promete al cielo cuando el Sol de justicia haga brotar de ella las espigas de la salvación, maduras para la gloria! Por eso no es de admirar que la Iglesia bendiga y dirija por sí misma la siembra del trigo precioso.

GLORIFICACIÓN DE LOS SANTOS. — Pero la Iglesia no se contenta con estar sembrando continuamente. A veces, como cansada de esperar, recoge el grano selecto que ella misma había allí depositado; su tino infalible la preserva del error, y, desprendiendo de la tierra el germen inmortal, le anuncia las magnificencias futuras: ya le envuelva entre el oro y las telas preciosas, le lleve en triunfo y convoque a las multitudes para honrarle; ya, bautizando a templos nuevos con su nombre, le conceda el supremo honor de descansar debajo del altar en que se ofrece a Dios el santo Sacrificio.

"Compréndalo así tu caridad, dice San Agustín [1]; se sirva comprenderlo: no levantamos en este lugar un altar a Esteban, sino que de las reliquias de Esteban hacemos un altar a Dios. Dios ama estos altares; y si me preguntas por qué, te diré: es que *"la muerte de los santos es preciosa ante El"* [2]. Por obedecer a Dios, "el alma invisible dejó su casa visible; pero a esta casa Dios la custodia: Dios recibe gloria de los honores que tributamos nosotros a esta carne inanimada; y concediéndola la virtud de los milagros, la reviste del poder de su divinidad" [3]. De aquí vienen las peregrinaciones a los sepulcros de los Santos.

"Pueblo cristiano, dice San Gregorio Niseno, ¿quién te junta aquí? Un sepulcro no tiene atractivo; la vista de lo que encierra causa repugnancia. Y aquí tienes que se ambiciona como una bendición el acercarse a éste. Objeto de ambición, se estima como regalo de gran valor hasta el polvo que se recoge en las partes próximas a este sepulcro. Porque llegar hasta las cenizas que conserva, es rarísimo favor, pero ¡qué deseable! Lo saben los privilegiados: como si estuviese vivo este cuerpo, le abrazan, le besan, fijan sus ojos en él, derramando lágrimas de devoción y de amor. ¿Qué emperador fué honrado jamás de modo semejante" [4]?

---

1 Sermón CCCXVIII sobre S. Esteban, V.
2 Salmo CXV, 15.
3 Sermón CCLXXV sobre S. Vicente, mártir, II.
4 Sobre S. Teodoro, mártir.

"¡Los emperadores!, continúa San Juan Crisóstomo; lo que fueron los porteros de sus palacios, eso son ellos hoy con unos pescadores; el hijo del gran Constantino pensó que no podía honrarle de manera más digna, que procurándose un lugar para su sepultura en el vestíbulo del pescador de Galilea" [1].

Y en otra parte, al terminar de explicar la admirable carta a los Romanos del Doctor de las naciones, exclama: "¿Quién me diese ahora postrarme ante el sepulcro de Pablo, contemplar las cenizas de aquel cuerpo que completaba, padeciendo por nosotros, lo que faltaba a los padecimientos de Cristo [2]?, ¿contemplar el polvo de aquella lengua que hablaba ante los reyes sin rubor y, mostrándonos lo que era Pablo, nos daba a conocer al Señor de Pablo? ¿Contemplar también el polvo de aquel corazón, verdaderamente corazón del mundo, más alto que los cielos, más vasto que el universo, corazón de Cristo tanto como de Pablo, en el que se leía, grabado por el Espíritu Santo, el libro de la gracia? Querría ver el polvo de las manos que escribieron estas epístolas; los ojos que, ciegos en un principio, recobraron la vista para nuestra salud; los pies que recorrieron el mundo. Sí; querría yo contemplar la tumba donde descansan aquel instrumento de la justicia, de la luz, aquellos miembros de Cristo, aquel templo del Espíritu

1 Coment. de la 2.ª a los Corintios. Homil. XXVI.
2 *Col.*, I, 24.

Santo. Cuerpo venerado, que con el de Pedro, protege a Roma de modo más seguro que todas las fortificaciones"[1].

DOCTRINA DE LA IGLESIA SOBRE LAS RELIQUIAS.— A pesar de estos textos y otros muchos, la herejía, profanando en el siglo XVI las tumbas santas, no pretendió con ello precisamente hacernos volver a las costumbres de nuestros padres. Mas contra estos extraños reformadores, el Concilio de Trento se contentaba con expresar el testimonio unánime de la Tradición en la siguiente definición dogmática, en que se encuentran resumidas las razones teológicas del culto que la Iglesia tributa a las reliquias de los Santos:

"Los fieles deben venerar los cuerpos de los Mártires y demás Santos que viven en Cristo. Fueron efectivamente sus miembros vivos y templo del Espíritu Santo; él los ha de resucitar para la vida eterna y para la gloria; Dios, por medio de ellos, concede a los hombres muchos beneficios. Por tanto, los que dicen que las reliquias de los Santos no merecen venerarse, y que es inútil que los fieles las honren, y vano que se hagan visitas a las memorias o monumentos de los Santos para conseguir su ayuda: a estos tales se les debe condenar de modo absoluto; y, en la forma que desde hace ya mucho tiempo los

---

[1] *Hom.*, XXXII.

condenó[1] la Iglesia, así ahora otra vez los condena"[2].

LA MISA DE LAS SAGRADAS RELIQUIAS

Como la fiesta de las Sagradas Reliquias en muchos lugares se celebra en la Octava de Todos los Santos, ponemos la Misa y las Vísperas que generalmente se les dedica. Pero advertimos que las fórmulas litúrgicas no varían menos que la fecha de la fiesta.

El Introito está sacado del Salmo 33. Canta la solicitud de Dios por los suyos en la muerte y en la vida. Cualquiera que fuere la suerte que corran los justos en la prueba o en la persecución, todos sus huesos se juntarán a la voz del Hijo del hombre en el último día[3].

INTROITO

Muchas fueron las tribulaciones de los justos, y de todas ellas los libró el Señor: el Señor guarda todos sus huesos: ni uno de ellos será quebrantado. — *Salmo:* Bendeciré al Señor en todo tiempo: su alabanza estará siempre en mi boca. ℣. Gloria al Padre.

Los milagros que obran estos huesos secos nos hacen ver, en efecto, dice San Agustín, que

1 Conc. Nic. II, c. VII.
2 Conc. de Trento, ses. XXV.
3 *S. Jn.,* V, 28.

en realidad no están muertos [1]. Deben aumentar nuestra fe en la futura Resurrección y hacernos pedir como la Iglesia en la Colecta, el tener parte nosotros también, cuando Dios quiera, en la gloria, de la que es prenda segura esta virtud, que ya resplandece en ellos.

ORACION

Aumenta, Señor, en nosotros la fe en la resurrección, tú, que obras maravillas con las Reliquias de tus Santos: y haznos participantes de aquella gloria inmortal cuya garantía veneramos en sus cenizas. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección del libro de la Sabiduría (Ecl., XLIV, 10-15).

Estos son los varones de misericordia, cuyas bondades nunca faltaron: sus bienes permanecen con su descendencia, sus nietos son una herencia santa, y su raza ha permanecido fiel a la alianza: y sus hijos permanecerán por ellos eternamente: su semilla y su gloria no perecerán. Sus cuerpos fueron sepultados en paz, y su nombre vive de generación en generación. Los pueblos anunciarán su sabiduría, y la Iglesia pregonará sus alabanzas.

El tesoro de los pueblos. — Para nuestros antepasados, la primera riqueza, el *tesoro* por excelencia de los pueblos le formaban las Sagradas Reliquias. Se diría que de los cuerpos santos emanaban el rocío del cielo y la grosura de la tierra, *bendiciones* de este mundo y del

---

[1] Sermón CCCXIX sobre S. Esteban.

otro [1]. Su presencia infundía respeto a las tropas enemigas y otro tanto a las legiones del infierno; mantenía las buenas costumbres, conservaba la fe, incitaba a la oración en medio de las ciudades que gracias a ellas llegaban a ser el centro codiciado a donde acudían las multitudes. ¡Qué vigilancia se prodigaba al augusto depósito! Su pérdida se consideraba mayor mal que todas las calamidades públicas.

Con todo, "hermanos, dice el Cardenal Pie, tengo que declararos aquí un plan maravilloso de Dios, de quien dice la Escritura que es admirable en sus Santos [2]. Jesucristo nuestro Señor, que dijo a sus discípulos: *Id y enseñad: (Euntes ergo, docete)* [3], con frecuencia se complace en ponerlos otra vez en movimiento después de muertos, y se sirve de su apostolado de ultratumba para hacer llegar el beneficio de la gracia a otros pueblos distintos de los que ellos en vida evangelizaron. *Os he destinado,* les dijo, *para que vayáis y déis fruto: (Posui vos ut eatis, et fructum afferatis)* [4]. Sometiéndose a este designio, aun después de haber llegado al término feliz de su peregrinación terrestre, los Santos se resignan a ser de nuevo viajeros. Si tuviese tiempo de contaros el peregrinar póstumo de nuestros ilustres pontífices y taumaturgos, por ejemplo, los reiterados viajes, las idas y venidas,

1 *Gen.,* XXVII, 28.
2 Salmo LXVII, 36.
3 *S. Mateo,* XXVIII, 19.
4 *S. Juan,* XV, 16.

las marchas y contramarchas de nuestro Hilario y de nuestro Martín durante diez siglos largos, y los frutos increíbles de estos extraños desplazamientos, a la vez que cautivar vuestra atención con relatos llenos de interés, temería fatigaros por la prolijidad" [1].

El Gradual y su versículo, tomados de los Salmos, ensalzan la gloria futura, de la cual no es más que una imagen borrosa la que rodea a los bienaventurados en su lecho de honor de este mundo.

GRADUAL

Se gozarán los Santos por su gloria, se alegrarán en sus moradas. ℣. Cantad al Señor un cántico nuevo: alábesele en la asamblea de los Santos.

Aleluya, aleluya. ℣. Banqueteen y gócense los justos en la presencia de Dios: y regocíjense con alegría. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Lucas (Lc., VI, 17-23).

En aquel tiempo, bajando Jesús del monte, se paró en un lugar campestre, y, con El, la compañía de sus discípulos y una gran muchedumbre de gente de la Judea, y de Jerusalén, y de la región marítima, y de Tiro y de Sidón, que habían venido a oírle y a ser curados de sus dolencias. Y, los que eran molestados por los espíritus inmundos, fueron curados. Y toda la turba quería tocarle: porque salía de El una virtud, que curaba a todos. Y El, alzando los ojos hacia sus discípulos, dijo: Bienaventurados los pobres: porque

---

[1] Cardenal Pie, Discurso pronun. en la cerem. de la traslación de las reliquias de S. Saturnino, en Séez, el martes 22 de junio de 1858.

vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora padecéis hambre: porque seréis hartos. Bienaventurados los que ahora lloráis: porque reiréis. Bienaventurados seréis cuando os odiaren los hombres, y os separaren e injuriaren, y proscribieren vuestro nombre como un mal, por el Hijo del hombre. Gozaos en ese día, y alegraos: porque he aquí que vuestra recompensa será muy grande en el cielo.

PODER DE LOS SANTOS. — "En verdad, en verdad os digo: el que cree en mí, hará las obras que yo hago, y aún mayores" [1]. Esta palabra del Hombre-Dios se refería a los Santos, a los discípulos de Jesús que habían de creer en él hasta llegar a hacer consistir la felicidad de este mundo en la pobreza, el hambre, las lágrimas y la persecución. Esa palabra la verían cumplida ya en su vida mortal; y la verían ratificada siempre y a veces con más frecuencia por el poder que tendrían sus despojos exánimes para expulsar los demonios, curar todos los males y conseguir toda clase de gracias; las turbas se pondrían en movimiento, no ya sólo la reducida provincia de Judea, sino los confines de toda la tierra, para ir a escuchar a los Santos en el silencio elocuente de sus sepulcros, para sentir la virtud que saldría de ellos.

Paulino de Nola nos dice también: "Dios compasivo dispuso la distribución de los Santos entre las naciones, de tal forma que no pudiese

---

1 *S. Juan,* XIV, 12.

faltar su ayuda a los achacosos mortales [1]. Aunque destinase como morada para los más grandes Santos [2] las ciudades principales, la gracia de que están dotados en favor nuestro no se percibe allí solamente donde yacen sus cuerpos íntegros: doquiera que haya una partecilla del cuerpo de un santo, allí se siente su mano y su poder; de esta manera da Dios testimonio del crédito que tienen en el cielo [3]. Del venerando depósito se desprenden, como semillas de vida, las cenizas sagradas; una gota minúscula que salta de la fuente, se convierte ella misma en fuente y en ríos de gracia y de amor" [4].

Alabemos, pues, al Señor en sus Santos; de él les viene toda virtud, como lo dice el Ofertorio.

OFERTORIO

Admirable es Dios en sus Santos: el Dios de Israel dará El mismo poder y fortaleza a su pueblo: bendito sea Dios, aleluya.

"¿Quién adoró jamás a los Mártires? ¿Quién tuvo a un hombre por Dios?", decía San Jerónimo defendiendo el culto que se tributa a los huesos sagrados [5]. Y, en efecto, en la Secreta, la Iglesia profesa esta fe: así como el culto de esas cenizas venerables va de ellas a los mismos Santos, de igual modo el poder de los Santos no es

---

1 Poema XIX, 14-50.
2 Ibíd., 51-52.
3 Ibíd., XXVII, 440-448.
4 Ibíd., XIX, 358-364.
5 Contra Vigilancio.

más que un poder de intercesión cerca del Padre de la augusta Víctima, de donde nos viene toda salvación.

SECRETA

Imploramos, Señor, tu clemencia: para que, mediante los méritos de tus Santos, cuyas Reliquias veneramos, sea esta hostia que te ofrecemos, expiación de nuestros pecados. Por Nuestro Señor Jesucristo.

"Al que come mi carne y bebe mi sangre, dijo el Hombre-Dios, le resucitaré en el último día" [1]. La Comunión, que deposita en nuestros cuerpos el germen de la inmortalidad gloriosa, justifica el objeto de esta fiesta y explica su alegría.

COMUNION

Alegraos, justos, en el Señor: a los rectos conviene la alabanza.

¿Qué conclusión sacaremos de nuestra oración de este día, sino desear vivir eternamente con los bienaventurados que nos alegran con la presencia de sus Sagradas Reliquias? Es lo que hace la Iglesia en la Poscomunión.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, multipliques sobre nosotros, por estas santas cosas que hemos tomado, tu misericordia: para que, así como nos alegramos con piadosa devoción en la fiesta de tus Santos, cuyas Reliquias veneramos, así gocemos, por tu gracia, de su eterna compañía. Por Nuestro Señor Jesucristo.

---

1 *S. Juan,* VI, 55.

Nos figuramos que no estará de más poner aquí la bella fórmula del Pontifical romano para la bendición de las urnas y relicarios.

PREFACIO

Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable que siempre y en todas partes te demos gracias a ti, Señor santo, Padre todopoderoso, Dios eterno, Dios inefable, Dios de misericordia y de toda consolación. Mandaste a tu siervo Moisés hacer, conforme al ejemplar que le mostraste en el monte, un arca de madera incorruptible y forrarla de oro purísimo, para que fuese digna de guardar, como testimonio para las generaciones futuras, la urna de oro llena del maná de los cielos, y las tablas de la Ley escritas por el mismo dedo de tu Majestad. Luego, en nuestros tiempos, revelaste el sentido de estos augustos misterios, al llenar de toda la plenitud de la divinidad el cuerpo de tu único Hijo, concebido por obra del Espíritu Santo de una Virgen purísima y vivificado por un alma racional.

Te imploramos y te suplicamos, pues, Dios omnipotente, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, de quien deriva toda paternidad en el cielo y en la tierra: dígnate, a ruegos de sus Santos, derramar la bendición del cielo sobre estos relicarios preparados para sus sagrados restos; de modo que, los que recurran a ellos, merezcan por su intercesión vencer todo mal con tu ayuda, y conseguir bienestar y toda clase de bienes del tesoro de tu largueza infinita. Lograron, Señor, sirviéndoles tú de guía interior, evitar las emboscadas de los espíritus del mal; y, confortados por Jesucristo, no sólo despreciaron los refinados tormentos de los hombres, sino que triunfaron completamente de ellos. Haz que también los fieles que honran los méritos de esos Santos y besando con humildad

sus reliquias, se vean protegidos contra el demonio y sus ángeles, contra el rayo y las tempestades, contra el granizo y demás calamidades, contra la corrupción del aire y la mortandad de los hombres y de los animales, contra los ladrones, los asesinos, las incursiones enemigas, contra los animales nocivos, las serpientes y reptiles de diversas clases, contra la maldad humana y sus intrigas, que son peores que las demás calamidades. Aplacado por los ruegos de tus bienaventurados siervos, sé propicio a sus devotos clientes, extiende sobre ellos siempre y en todo lugar la diestra de tu poder invencible para alejar los males y derramar los bienes.

Por el mismo Jesucristo, tu Hijo y Señor nuestro, que como Dios vive y reina contigo en unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

6 DE NOVIEMBRE

SEXTO DIA DE LA OCTAVA DE TODOS LOS SANTOS

UTILIDAD DE LA ALABANZA A LOS SANTOS. — La Iglesia acude hoy a San Bernardo en demanda de una exhortación para sus hijos. Y los acentos que oímos son iguales a los de San Beda, que oímos los días anteriores, y a los de San Juan Crisóstomo, que mañana oiremos.

"Ya que celebramos con una fiesta solemne la conmemoración de todos los Santos, decía a sus monjes el Abad de Claraval, considero de utilidad hablaros de su común felicidad, en la

que disfrutan ya de un descanso feliz, y de la consumación futura que esperan. Cierto que tenemos que imitar la conducta de los que honramos con culto religioso; correr con vivas ansias a la felicidad de los que llamamos bienaventurados; implorar el auxilio de aquellos cuyo elogio oímos con gusto. ¿De qué sirve, pues, a los santos nuestra alabanza?, ¿de qué nuestro tributo de glorificación?, ¿de qué esta misma solemnidad? ¿qué utilidad tienen estos honores de aquí abajo para los que ya son honrados por el Padre celestial, según la fiel promesa del Hijo?, ¿qué ganan con nuestros loores? Nada de esto desean. Esto es verdad: los santos no necesitan de nuestros bienes, ni nuestra devoción tampoco les procura provecho ninguno. No es de interés para ellos el que celebremos su memoria; el interés es para nosotros. ¿Quieres saber cuánto nos interesa a nosotros? En cuanto a mí, lo confieso, al acordarme de ellos, me siento inflamado de un ardiente anhelo y de un triple deseo.

"Se dice comúnmente: ojos que no ven, corazón que no siente. Mi memoria es mi ojo espiritual, y pensar en los Santos es un modo de verlos. En este sentido, tenemos ya "en la tierra de los vivos una parte de nosotros mismos" [1]; parte notable, si, como es justo, nuestro afecto va de acuerdo con nuestro recuerdo. Por eso digo que "nuestra vida está en los cielos" [2]. Pero nues-

[1] Salmo CXLI, 6.
[2] *Flp.*, III, 20.

tra vida no esta allí como la de ellos. Ellos están en persona y nosotros sólo con nuestros deseos; ellos de hecho con su presencia, nosotros sólo con el pensamiento.

Desear las oraciones de los Santos. — Mas, para poder esperar una bienaventuranza tan grande, tenemos que desear con ardor los sufragios de los santos, a fin de que por su intercesión se nos conceda lo que por nosotros mismos no podemos conseguir. Compadeceos de nosotros, sí, compadeceos de nosotros los que sois amigos nuestros. Conocéis nuestros peligros, conocéis nuestra flaqueza, sabéis cuánta es nuestra ignorancia y cuánta la astucia de nuestros enemigos; no ignoráis la violencia de sus ataques ni nuestra fragilidad. A vosotros me dirijo, a vosotros que habéis pasado por nuestras tentaciones, que salisteis vencedores de la mima lucha, que os librasteis de los mismos lazos y que aprendisteis por vuestras tribulaciones a ser compasivos.

"Espero también de los ángeles que no tendrán a menos visitar a su raza, máxime que está escrito: *Visitaréis a los de vuestra estirpe y no pecaréis*[1]. Además, si me atrevo a contar con ellos, porque tenemos una sustancia espiritual semejante a la suya, creo que con mayor motivo puedo confiarme a los que tienen la mis-

1 *Job.*, V, 24.

ma humanidad que yo y sienten por necesidad una compasión especial y más íntima por los huesos de sus huesos y por la carne de su carne.

CONFIANZA EN SU INTERCESIÓN. — "No dudemos de su benévola solicitud con respecto a nosotros; nos esperan hasta que recibamos nuestra recompensa, hasta el último gran día de fiesta, en el que todos los miembros, juntos con su excelsa Cabeza, formarán el hombre perfecto, en el que será alabado, con su herencia, Jesucristo Nuestro Señor, digno de loor y de bendición por los siglos de los siglos. Amén" [1].

7 DE NOVIEMBRE

SEPTIMO DIA DE LA OCTAVA DE TODOS LOS SANTOS

SERMÓN DE SAN JUAN CRISÓSTOMO. — Hoy encontramos otra vez en San Juan Crisóstomo la doctrina que expusimos anteriormente: cosa buena es alabar a los Santos, pero a la alabanza tenemos que añadir la imitación de sus virtudes:

IMITAR A LOS QUE ALABAMOS. — "Todo el que admira con amor religioso a los Santos y cele-

[1] Sermones sobre los Santos, *passim*.

bra una y otra vez con alabanzas la gloria de los justos, debe imitar su justicia y su vida santa. El que siente alegría ensalzando los méritos de algún santo, ha de tener empeño también en ser, como el santo, fiel al servicio de Dios. Así, pues, o imita uno al que alaba o no alaba al que no quiere imitar. El que tributa elogios a otro, hágase digno de ser alabado, y el que admira el mérito de los Santos, hágase también admirar por su vida santa. Si amamos a las almas justas y fieles por el aprecio que hacemos de su justicia y su fe, también nosotros podemos ser lo que son ellos, si lo que hacen ellos, lo hacemos nosotros.

NUESTROS MODELOS.—"Y no es difícil para nosotros imitar sus acciones, pues, mientras los primeros Santos, para hacerlas, no tuvieron ejemplos anteriores que imitar, no fueron imitadores de otros, se nos presentan ellos a nosotros como ejemplares que debemos copiar en la práctica de la virtud. Así, tanto por el provecho que sacamos nosotros de su ejemplo, como por el que saque el prójimo del nuestro, será Jesucristo perpetuamente glorificado por sus siervos en la Santa Iglesia.

"Ya en los primeros tiempos del mundo el inocente Abel fué sacrificado; Henoc, porque era grato a Dios, fué arrebatado de este mundo; Noé fué hallado justo; Abraham, probado y hallado fiel; Moisés se distinguió por su manse-

dumbre; Josué, en la castidad; David por la clemencia; Elías agradó al Señor; Daniel fué piadoso; sus tres compañeros, vencedores; los Apóstoles, discípulos de Cristo, fueron nombrados maestros de los creyentes; instruídos por ellos, los Confesores luchan con valentía; los Mártires, consumados en perfección, triunfan; y legiones de cristianos, armados por Dios, infligen al diablo continuas derrotas. Por sus virtudes todos estos son parecidos; por sus combates, diferentes; por sus victorias, gloriosos.

NECESIDAD DE LUCHAR. — "Oh cristiano, eres soldado cobarde si piensas que vas a vencer sin luchar y a triunfar sin esfuerzo. Despliega tu fuerza, lucha con valor, pelea sin desmayo en esta refriega. Recuerda tu pacto, atiende a las condiciones, mira lo que es la milicia: el pacto, lo hiciste; las condiciones, las aceptaste; en la milicia, te alistaste"[1].

8 DE NOVIEMBRE

OCTAVA DE TODOS LOS SANTOS

CONCLUSION PARA LA OCTAVA. — Para terminar la octava de todos los Santos y permanecer en los sentimientos que la Iglesia desea que ten-

[1] Sermón sobre la Imitación de los Mártires.

gamos todo el mes de noviembre y aun todos los días de nuestra vida, bien será recordar hoy la doctrina que San Pablo exponía en otro tiempo a los fieles de Corinto sobre la resurrección de los muertos, la incomparable ceremonia litúrgica que la seguirá y, por fin, sobre la visión beatífica que será nuestra herencia eternamente.

NUESTRA RESURRECCIÓN.—"Resucitaremos porque Cristo resucitó. Esta doctrina resume en cierto modo todo el cristianismo. El bautismo nos injerta realmente a cada uno de nosotros en Nuestro Señor Jesucristo. Participando de la unidad de su vida y formando con él un solo cuerpo, místico y real a la vez, hacemos con él causa común; nuestra condición está hermanada a la suya; lo que le pasó a él nos ha de pasar a nosotros: muerte, sepultura, resurrección, ascensión, vida eterna cerca de Dios. Los miembros han de recibir igual trato que la cabeza: propiamente hablando, hemos resucitado ya en Jesucristo, porque su Resurrección es al mismo tiempo causa, razón, ejemplar y prenda segura de la nuestra.

"Cristo resucitó no sólo para él y para provecho suyo, sino para todos nosotros. En la antigua ley se ofrecían a Dios las espigas maduras en representación de toda la cosecha. Jesucristo es un ser personal, pero también el segundo Adán, es decir, un viviente que encierra en su

vida a la multitud de seres que nacieron de él. Luego, si resucitó él, todos son resucitados en él; pero cada uno a su tiempo: el primero Cristo; luego los de Cristo, cuando él venga; después será el fin.

EL PRINCIPIO DE LA VIDA ETERNA. — "El fin: el fin de este período de trabajos en que escoge el Señor el número de sus elegidos, establece su reino y deshace a sus adversarios. Se le podría llamar también, con razón, el verdadero principio de la vida nueva que Dios planeó para hacer volver a sí al que quiera pertenecer a su Ungido. Nuestro Señor Jesucristo, logrado el triunfo de todas las potestades enemigas, vencida toda influencia, destruído todo poder hostil al suyo, llevará hasta Dios Padre a todo el género humano, cuyo rey es, y, como Hijo que sólo trabajó para su Padre, le devolverá el cetro sobre todo lo que haya conquistado. Sí, lo sabemos, en el cielo todo se inclinará ante Dios y también en la tierra y en los infiernos; todo le estará sometido, menos Aquel que le sujetó todas las cosas.

"La eternidad dará comienzo con una ceremonia litúrgica de una grandeza infinita. El Verbo Encarnado, Nuestro Señor Jesucristo, el rey predestinado, rodeado de sus ángeles, de los hombres que nacieron de su gracia y viven de su vida, se pondrá al frente de la falange de todos los que su Padre le dió, y los guiará y diri-

girá hacia el santuario eterno. Comparecerá con ellos delante de su Padre, le presentará y le ofrecerá la inmensa cosecha de los elegidos que brotaron de su sangre; con ellos se colocará en el dominio paterno del que le dió y le sometió todas las cosas, y él le devolverá el cetro y el poder real sobre la creación conquistada, la cual entrará con él en el seno de la Trinidad. Entonces la familia divina estará completa y Dios será todas las cosas en todos.

Dios es todas las cosas en todos. — "Dios es todas las cosas en todos: la expresión tiene algo de prodigioso y asusta al pensamiento... Dios no es hoy todas las cosas en mí. No es con él con quien estoy directamente en relación. Siempre ante mí la creación importuna. Llego a Dios a costa de un rodeo lento y trabajoso, y siempre envuelto en las tinieblas. Mi inteligencia no ve a Dios y mi fe me le oculta. No soy un ser inteligente y no lo seré hasta el día en que Dios mismo se ofrezca como objeto a mi inteligencia despierta; día en que, para mostrárseme, se unirá Dios mismo a mi inteligencia para que yo le pueda conocer. ¿Cómo expresarlo? Estará en el fondo mismo de mis pensamientos para que yo le vea, en la raíz de mi voluntad para que yo le posea, en el principio y en el centro de mi corazón para que yo le ame. El será a la vez la belleza que yo ame y el corazón con que la ame. Será el término y el objeto de

mis actos y será, dentro de mí, el principio de mis actos.

"Y esta gloriosa dependencia de mi alma respecto de Dios se prepara en este mundo mediante la unión con Cristo. Todos, en la eternidad participaremos de la vida de Dios, si es que en este mundo vivimos todos y del todo la vida de Jesucristo. Tal es la idea fundamental del cristianismo: ser de Jesucristo en el tiempo para ser de Dios en la eternidad" [1].

EL MISMO DIA

LOS "CUATRO SANTOS CORONADOS", MARTIRES

La octava de todos los Santos no es obstáculo para que la Iglesia dedique un recuerdo especial a los mártires cuya basílica en Roma domina el monte Celio, como una imponente fortaleza.

La historia de estos mártires es la de las más embrolladas. Tal vez habría que distinguir tres grupos de mártires y no cuatro mártires: primeramente cinco canteros de Panonia: Simproniano, Claudio, Nicóstrato, Castor y Simplicio. Luego cuatro *Cornicularii*, o como diríamos hoy, cuatro suboficiales de caballería, martiri-

[1] Dom Delatte, *Epîtres de saint Paul*, I, 379-383.

zados por su fe; finalmente, otros cuatro santos de Albano: Severo, Carpóforo, Severiano y Victorino.

Recitemos en su honor la oración de la Misa: "Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que los que hemos admirado la fortaleza de los gloriosos Mártires en su Pasión, los sintamos bondadosos por su intercesión a favor nuestro cerca de ti. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén."

LA FIESTA DE LA DEDICACION DE LA IGLESIA

Santidad de nuestras iglesias. — *Domum Dei decet sanctitudo, Sponsum eius Christum adoremus in ea* [1]. Esta fórmula del Invitatorio nos declara cuál es el pensamiento litúrgico del día. "A la casa de Dios la conviene la santidad; adoremos en ella a Cristo, su Esposo." ¿Qué misterio tiene esta *casa,* que a la vez *es esposa?*

Nuestras iglesias son santas porque son posesión de Dios; son santas por la celebración del Sacrificio, por la oración y la alabanza que en ella se ofrece al huésped divino. Con mayor razón que el tabernáculo figurativo o que el antiguo templo, su dedicación las ha separado solemnemente, para siempre, de todas las vivien-

1 Invitatorio de Maitines.

das de los hombres, y las ha levantado por encima de todos los palacios de la tierra. A pesar de los ritos cuya magnificencia lleva su recinto el día de su consagración a Dios, no quedan vacías de sentimiento ni de vida. Esto quiere decir que la sublime función de la dedicación de las iglesias, al igual que la fiesta que perpetúa su recuerdo, no se refiere tan sólo al santuario construído por nuestras manos, sino que se eleva a realidades vivas y más augustas. Simbolizar la grandeza de estas realidades es la gloria principal del noble edificio. A la sombra de sus bóvedas será iniciado el linaje de los hombres en inefables misterios que se consumarán fuera del mundo, en el mediodía del cielo. Oigamos sobre este punto la doctrina.

El misterio de la Dedicación. — Dios no tiene más que un santuario verdaderamente digno de El: su propia vida divina; no es otra cosa el *pabellón* del que se dice que se rodea [1] cuando inclina los cielos [2]; son, a los ojos de los mortales, tinieblas densas [3], la luz inaccesible [4] donde habita la beatífica Trinidad en su gloria. Y a pesar de eso, Altísimo Dios, esa vida divina, que no pueden cobijar dignamente los cielos [5] y menos todavía la tierra, te dignas comunicarla

[1] Salmo XVII, 12.
[2] Ibid., 10.
[3] Ibíd., 12.
[4] *I Tim.*, VI, 16.
[5] *III Re.*, 8, 27.

a nuestras almas, haciendo que el hombre participe de tu naturaleza [1]. No hay imposibilidad, por tanto, para que more en él la Santísima Trinidad. Y, por eso, *desde el principio* [2], pudiste declarar ante el abismo de la tierra y los cielos, como ley del mundo en formación [3], que *tus delicias eran los hijos de los hombres* [4].

Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió, en efecto, a su Hijo [5] haciéndole hijo de Adán, para que en el hombre *habitase corporalmente toda la plenitud de la divinidad* [6]. A partir de aquel día la tierra triunfó sobre el cielo. Todo cristiano participó de Cristo y, convertido en morada del Espíritu Santo [7], *llevó a Dios en su cuerpo* [8]. *El templo de Dios es santo*, decía el Apóstol, y *ese templo sois vosotros* [9]: es el cristiano; lo es también la asamblea cristiana.

Llamando Cristo a todos los hombres a participar de su plenitud [10], la raza humana completó a su vez a Cristo [11]. Fué hueso de sus huesos y carne de su carne [12], un solo cuerpo [13], que,

---

1 *II Pe.*, I, 4.
2 *Prov.*, VIII, 22.
3 *Ibid.*, 27.
4 *Ibid.*, 31.
5 *Gál.*, IV, 4.
6 *Col.*, II, 9.
7 *I Cor.*, III, 16.
8 *Ibid.*, VI, 20.
9 *Ibid.*, III, 17.
10 *S. Juan*, I, 16; *Col.*, II, 10.
11 *Ef.*, I, 23.
12 *Gen.*, II, 23.
13 *Ef.*, V, 30.

juntamente con él, es la hostia que ha de arder eternamente con el fuego del amor sobre el altar de los cielos; pero él es *la piedra angular* sobre la cual pusieron los apóstoles, como sabios arquitectos [1], *otras piedras vivas* [2], esto es, edificaron la asamblea de los predestinados en templo santo del Señor [3]. Así, pues, la Iglesia es la *Esposa* y, por Cristo y con él, la *Casa de Dios*.

Lo es ya desde este mundo miserable, donde se ejecuta con trabajo y con dolor la talla de las piedras escogidas, puestas sucesivamente en el sitio señalado por el plan divino [4]. Lo es también en la felicidad del cielo, donde el templo eterno se va agrandando con cada una de las almas que desde este mundo vuela allá, hasta que, terminado del todo por la inclusión en él de nuestros cuerpos inmortales, lo consagre nuestro Sumo Pontífice el día de la incomparable dedicación que pondrá fin al tiempo [5], en la cual hará entrega solemne a su Padre del mundo redimido y santificado por él; al Padre, que dió al mundo su Unigénito Hijo [6], *a Dios, para que sean todas las cosas en todos* [7].

1 *Cor.*, II, 10.
2 *I Pe.*, II, 4-7.
3 Ef., II, 20-22.
4 Himno de Vísperas.
5 *I Cor.*, XV, 24.
6 *S. Juan*, III, 16.
7 *I Cor.*, XV, 28.

Entonces se verá bien que era la Iglesia el prototipo de antemano mostrado en el monte [1], del cual sólo podía ser figura o sombra cualquier santuario levantado por mano de hombre [2], y se cumplirá también la profecía de Juan, el discípulo amado: *"Vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo del lado de Dios, ataviada como una esposa que se engalana para su esposo. Y oí una gran voz venida del trono, que decía: "He aquí el tabernáculo de Dios"* [3].

Era, pues, conveniente que esta fiesta iluminase el ocaso del año con las primeras luces de la eternidad. Uno de los ángeles encargados de las copas llenas de la cólera de Dios, es el que da a conocer al Evangelista profeta a la Esposa del Cordero en todo el esplendor de sus ricos atavíos [4]; sea también para nosotros consuelo en los días malos la esperanza de contemplarla en la gloria. La esperanza de su cercana aparición animará a los justos al llegar a los últimos combates.

Pero felicitemos desde ahora, hijos de la Esposa, a nuestra Madre [5]; este día, tan grato a su corazón [6], sea para nosotros como las fiestas más solemnes, pues nos trae a la memoria su nacimiento del costado del Adán celestial y su

1 *Ex.*, XXVI, 30.
2 *Hebr.*, VIII, 5; IX, 24.
3 *Apoc.*, XXI, 2-3.
4 *Apoc.*, XXI, 9.
5 *Secuencia Ierusalem et Sion filiae.*
6 *Cant.*, III, 11.

feliz consagración, que la da título para recibir las complacencias del Padre, el amor del Hijo, las larguezas del Espíritu Santo.

La ceremonia de la Dedicación. — El nombre de *iglesia* con que se designa al templo cristiano, viene de la *asamblea* de los bautizados que frecuentaban sus atrios. La dedicación del edificio sagrado tiene, como idea fundamental, la santificación del mismo pueblo en sus fases sucesivas, y es una de las funciones más augustas de la Liturgia.

¿Qué es lo que, desde el comienzo de la ceremonia, nos recuerda el templo con sus paredes desnudas y sus puertas cerradas, sino al género humano que, hecho para Dios, está, después del pecado original, privado de él? Pero los herederos de la promesa no perdieron la esperanza: ayunaron; rezaron durante la noche, y, al llegar la mañana, los vemos elevar hasta Dios la súplica de los salmos penitenciales que el castigo y el arrepentimiento inspiraron a David.

Ahora bien, he aquí que el Verbo Salvador se ha hecho visible con el alba en la tienda que ampara esas oraciones de los desterrados[1]; en efecto, a él le representa la persona del pontífice revestido de las insignias de su ministerio, como él, el Verbo, se revistió de nuestra natu-

---

1 *Sub tentorio ante fores Ecclesiae consecrandae parato.* Pontifical Romano.

raleza. Y Dios hecho hombre se une a la oración de los demás hombres, hermanos suyos; y, llevándolos ante el templo que continúa aún cerrado, se humilla con ellos e insiste con ellos en la oración.

Alrededor del noble edificio, inconsciente de su destino, se diseña ya la paciente estrategia a la que Dios quiere que concurran su gracia y los ministros de su gracia emprendiendo el asedio de las almas perdidas. Por tres veces el Pontífice da la vuelta a los muros e intenta forzar las puertas porfiadamente cerradas; pero su cerco consiste totalmente en oraciones dirigidas al cielo, su fuerza es tan sólo de exhortación misericordiosa y respetuosa para la libertad humana: *Abríos, puertas, y entrará el Rey de la gloria.*

Por fin cede el infiel; se ha ganado la entrada del templo. *¡Paz eterna a esta casa en nombre del Eterno!* Aún no ha terminado todo, sino que ahora comienza: hay que hacer del edificio, todavía profano, una morada digna de Dios, y, ya dentro, el Pontífice sigue orando.

El género humano, simbolizado en la iglesia futura, absorbe su pensamiento. No ignora que, desde su caída, ocurrida hace ya mucho tiempo, su primer mal es la ignorancia. Por esto, levantándose, dibuja con el báculo pastoral el alfabeto griego y el latino en dos líneas de ceniza que van transversalmente desde un extremo a otro del templo y se cruzan en medio de la nave mayor; dichos alfabetos son los

primeros elementos de dos lenguas importantes en que se nos conservan la Tradición y la Escritura; son trazados con el báculo episcopal sobre la ceniza y la cruz, para indicarnos que la ciencia sagrada nos viene de la autoridad doctrinal, que solamente los humildes la comprenden y que se resume en Jesús crucificado.

Y ahora, iluminado ya el género humano como el catecúmeno, pide, igual que él, ser purificado con el templo. El Pontífice tiene presente el simbolismo cristiano más encumbrado para completar el elemento de esta purificación, que tanto le interesa; mezcla agua y vino, ceniza y sal, que figuran la humanidad y la divinidad del Salvador, su muerte y su resurrección. Al modo como Jesucristo nos precedió en las aguas del bautismo en el Jordán, las aspersiones comienzan en el altar, que le representa, y se continúan por todo el edificio. Primitivamente, no sólo todo el interior y el pavimento del templo, sino también el exterior de las paredes, y en ciertos lugares los techos se veían inundados de la lluvia santificadora que expulsa al demonio, entrega esta casa a Dios y la prepara a futuros favores.

Siguiendo el orden de las operaciones de la salvación, después del agua viene el aceite, que confiere al cristiano en el segundo sacramento la perfección de su ser sobrenatural; él es el que hace a los reyes, a los sacerdotes y a los pontífices. Por todos estos títulos, se difunde

aceite santo sobre el altar, que es Cristo como Cabeza, Pontífice y Rey; y luego, de igual modo que el agua, se propaga a las paredes y a toda la iglesia. En verdad, de ahora en adelante merece el templo el nombre de Iglesia; porque bautizadas y consagradas de esta suerte con el Hombre-Dios en el agua y el Espíritu Santo, las piedras con que está construído, representan a la asamblea de los elegidos unidos entre sí y con la piedra divina mediante el cemento indestructible del amor.

Alaba, Jerusalén, al Señor; alaba, Sión, a tu Dios[1]. Los cantos que desde el principio de la augusta función, no han dejado de realzar la ejecución de esta ceremonia sublime, ahora son más jubilosos; y, al llegar al culmen del misterio, saludan a la *Esposa del Cordero* en la Iglesia, tan íntimamente asociada al Altar. Del Altar se eleva el incienso en espirales que, al subir hasta las bóvedas y recorrer el recinto, llenan todo el templo del aroma del Esposo. Los subdiáconos de la santa Iglesia presentan a la bendición del Pontífice los ornamentos, lienzos y vasos sagrados dados a la Esposa en este día solemne, los que ella se preparó para sí y para el Señor.

En los primeros siglos de la edad media se efectuaba el traslado triunfal de las reliquias

1 Salmo CXLVII.

destinadas al altar, las cuales habían quedado hasta este momento en la tienda del destierro; así es cómo termina todavía en Oriente la consagración de las iglesias. *Voy a prepararos lugar,* decía el Hombre-Dios, *y, una vez preparado, volveré para llevaros conmigo, para que donde yo estoy, estéis también vosotros* [1]. Entre los griegos, el Pontífice coloca las sagradas Reliquias en el disco o patena y las lleva levantadas sobre su cabeza, "honrando por igual a estas reliquias preciosas y a los tremendos misterios, porque de los fieles dijo el Apóstol: *Sois el cuerpo de Cristo y sus miembros*" [2]. En Occidente, hasta el siglo XIII, y aún más tarde, en el altar con los Santos se sellaba al mismo Señor en su cuerpo eucarístico. Y así quedaba "unida la Iglesia al Redentor, la Esposa al Esposo", dice San Pedro Damiano; era como la consumación final, el tránsito del tiempo a la eternidad.

MISA

Nuestras iglesias son para los Angeles el punto fronterizo del cielo con la tierra; y por eso el Introito está tomado de las palabras que pronunció Jacob al salir de la visión en la que se le había aparecido la escala misteriosa, por donde subían y bajaban los celestes mensajeros [3].

---

1 *S. Juan,* XIV, 2-3.
2 *I Cor.,* XII, 27.
3 *Gen.,* XXVIII, 11-22.

El Versículo[1] canta a la vez al templo de este mundo y al de los cielos. "¿No encuentro aquí ya, Padre mío, el reino que me has prometido?", preguntaba Clodoveo deslumbrado al entrar por primera vez en la iglesia de Santa María de Reims; y San Remigio le respondió: "Esta es la entrada del camino que lleva a él."

INTROITO

Terrible es este lugar: ésta es la casa de Dios y la puerta del cielo: y se llamará el palacio de Dios. (T. P. Aleluya, aleluya.) — *Salmo:* ¡Cuán amables son tus tiendas, Señor de los ejércitos! Mi alma ansía y codicia los atrios del Señor. ℣. Gloria al Padre.

La Santa Sede, al extender el beneficio de esta fiesta a las iglesias que no están consagradas, no juzgó conveniente modificar para ellas la Colecta. Ya admitamos una comunicación del privilegio entre la Iglesia catedral de cada diócesis y sus filiales no tan honradas, ya nos atengamos al sentido plenamente universal, según el cual todo edificio reservado al culto divino es símbolo de un templo más augusto, idéntico en todos los sitios: debemos dar gracias al que nos proporciona el poder gustar un año más las alegrías de esta gran solemnidad. Una vida larga, el conservar la salud, son beneficios de Dios que es justo reconocer; y darle gracias en su casa es disponerle a que nos escuche cuando

1 Salmo LXXXIII, 2.

volvamos a implorar algún otro beneficio del cuerpo o del alma en este lugar, en que se digna atender todas las peticiones de su pueblo [1].

COLECTA

Oh Dios, que renuevas todos los años en nuestro favor el día de la consagración de este tu santo templo, y nos preservas siempre incólumes para asistir a tus sagrados Misterios: escucha las preces de tu pueblo y haz que, cualquiera que entre en este templo para pedir beneficios, se alegre de haberlos conseguido todos. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección del libro del Apocalipsis del Ap. San Juan (Jn., XXI, 2-5).

En aquellos días vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo del lado de Dios, ataviada como una esposa que se engalana para su esposo. Y oí una gran voz venida del trono, que decía: He aquí el tabernáculo de Dios entre los hombres, y habitará con ellos. Y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios será su Dios con ellos: y enjugará Dios toda lágrima de sus ojos: y ya no habrá más muerte, ni duelo, ni gritos, ni dolor, porque las primeras cosas ya pasaron. Y dijo el que estaba sentado en el trono: Ahora hago nuevas todas las cosas.

La nueva Jerusalén. — No olvidemos que las magnificencias de la Iglesia de los cielos son ya las magnificencias de la Iglesia de la tierra, la cual es toda hermosa y santa, Esposa de verdad, y atrae por razón de este título a Dios entre

[1] *III Re.*, VIII, 52; IX, 3.

nosotros. Los profetas de Israel no usaron expresiones distintas que el discípulo amado, al anunciar que la infiel Sión sería sustituída en este mundo por otra Jerusalén.

"He aquí que voy a crear cielos nuevos y una tierra nueva, dice el Señor, y ya no se recordará el pasado... Tendré mis delicias en Jerusalén... y en adelante no se oirán más en ella llantos, ni clamores... porque voy a crear a Jerusalén ciudad de júbilo, y a su pueblo, pueblo de alegría [1]. Ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios [2]. Alaba al Señor, ciudad de Dios; en ti reedificará su tabernáculo. Con luz esplendorosa fulgurarás y todos los confines de la tierra te adorarán. Pueblos numerosos vendrán lejos y, trayendo dones, adorarán en ti al Señor y tendrán tu tierra por santa. Las puertas de Jerusalén serán hechas de zafiro y esmeralda, y de piedras preciosas todo el cerco de sus muros. Todas sus plazas serán pavimentadas con piedras blancas y relucientes, y en todas sus calles oirá cantar: ¡Aleluya!" [3].

Honremos, pues, no sólo a la Iglesia triunfante, sino también a la Iglesia militante; renovemos nuestra veneración para con ella, nuestra devoción, nuestro amor. "Alegraos con Jerusalén y jubilad con ella todos los que la amáis; llenaos con ella de alegría los que con ella ha-

1 *Is.*, LXV, 17-19.
2 *Jer.*, XXXI, 33.
3 *Tob.*, XIII.

céis duelo; mamad hasta saciaros la leche de sus consolaciones, mamad en delicia a los pechos de su gloria"[1]. Así cantaba Isaías, que había visto desde lejos la casa de Dios en la cumbre de los montes, en los collados de la gentilidad[2]. Y, haciéndole eco desde Nínive, donde estaba cautivo Israel, Tobías se proclamaba feliz por la esperanza de que alguno de su raza podría vivir lo bastante para contemplar las glorias de la nueva Sión[3]; y añadía: "Malditos serán los que te desprecian, y benditos serán los que te edifican; felices todos los que te aman, en tu paz se alegrarán[4]. Digamos nosotros: "Bendito sea el Señor que la exaltó, sea su reinado sobre ella por los siglos de los siglos"[5].

Los sentimientos que llenan al alma de la Santa Madre Iglesia se exteriorizan en el Gradual, una de las melodías más admirables que encontramos en el repertorio gregoriano. El versículo del Aleluya está sacado del salmo 137.

GRADUAL

Este lugar ha sido hecho por Dios, ¡oh misterio inestimable! Es un lugar irreprensible. ℣. Oh Dios, a quien asiste el coro de los Angeles, escucha las preces de tus siervos.

Aleluya, aleluya. ℣. Veneraré tu santo templo; y alabaré tu nombre. Aleluya.

---

1 *Is.*, LXVI, 10-11.
2 *Ibíd.*, II, 2.
3 *Tob.*, XIII, 20.
4 *Ibíd.*, XVI, 18.
5 *Ibíd.*, XIII, 23.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Lucas (Lc., XIX, 1-10).

En aquel tiempo, entrando Jesús en Jericó, caminaba por ella. Y he aquí que un hombre, llamado Zaqueo, que era príncipe de los publicanos y rico, quería ver también a Jesús y saber quién era: y no podía conseguirlo, porque era pequeño de estatura. Y, corriendo delante, subió a un sicómoro, para verle, pues había de pasar por allí. Y, habiendo llegado a aquel lugar, mirando Jesús, le vió, y le dijo: Zaqueo, baja en seguida, porque hoy tengo que quedarme en tu casa. Y bajó corriendo, y le recibió gozoso. Y, cuando lo vieron todos, murmuraron diciendo que se había ido con un hombre pecador. Mas Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: Señor, doy a los pobres la mitad de mis bienes: y, si defraudé en algo a alguien, le devuelvo el cuádruplo. Díjole Jesús: Hoy ha venido la salud a esta casa: pues también éste es un hijo de Abraham. Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que había perecido.

Jesús huésped de Zaqueo. — "Vino a los suyos y los suyos no le recibieron." Así se queja San Juan al comenzar su Evangelio. Pero algunos, sí, recibieron al Señor aceptando su mensaje y creyendo en su palabra. También algunos tuvieron el privilegio de hospedarle en su propia casa: San José y la Santísima Virgen, que vivieron en su intimidad durante largos años; Marta y María, en Betania; Zaqueo, en Jericó. El Evangelio nos recuerda hoy el paso de Jesús por la casa de este último. Zaqueo es un peca-

dor, despreciado del pueblo, y a él, prefiriéndole a los judíos, es a quien pide Jesús hospitalidad. Zaqueo acepta complacido y sabemos cómo al instante cambia de vida.

Jesús, al llamarle, pensaba en todos nosotros. Aquel llamamiento fué universal. Jesús quiere permanecer con nosotros, no en nuestras casas materiales, sino en nuestras almas por la fe y en nuestros corazones por la sagrada Eucaristía. Ojalá estemos siempre en las disposiciones que se requieren para oír su llamada, recibirla contentos y aprovecharnos de su presencia para reformar en nosotros todo lo que desagrada a a la pureza de su mirada divina...

El Ofertorio está tomado del pasaje del primer libro de los Paralipómenos donde David da gracias a Dios por haberle permitido reunir los tesoros necesarios para la construcción del templo. La Iglesia hace suyas las palabras del hijo de Jessé al ofrecer en el altar sus propios dones, al ofrecerse sobre todo a sí misma y a sus hijos para unirse en un mismo sacrificio con el Señor, su Esposo, y formar con él el verdadero templo de Dios. "Todas las cosas son tuyas, decía, el Rey-profeta en aquella ocasión: lo que voluntariamente te ofrecemos, de tu mano lo hemos recibido; Dios mío, tú escudriñas el corazón y amas la rectitud" [1].

---

[1] *I Par.*, XXIX, 14-18.

cual tu Hijo coeterno, Nuestro Señor Jesucristo, se dignó padecer para rescatar al mundo y en memoria también de tu santo *N.* *(aquí se nombra el santo titular de la iglesia)*. Descienda sobre ella tu Espíritu Santo, la abundancia desbordante de su gracia septiforme, para que cuantas veces tu santo nombre sea invocado en esta casa, tu piedad, Señor, oiga nuestras invocaciones y súplicas.

¡Oh beatísima y santa Trinidad, que todo lo purificas, todo lo adornas, todo lo engalanas! ¡Oh majestad santísima de Dios, que todo lo llenas, todo lo contienes, todo lo ordenas! ¡Oh dichosísima y santa mano de Dios, que todo lo santificas, todo lo bendices, todo lo enriqueces! Oh Dios, Santo de los Santos, imploramos tu clemencia con nuestras más devotas súplicas; dígnate, por nuestro humilde ministerio, purificar, bendecir y consagrar para siempre y con la abundancia de tus dones santificadores, esta iglesia levantada en honor de la Santa Cruz, en memoria también de tu santo *N.* Ofrézcante los sacerdotes aquí el sacrificio de la alabanza. Cumplan aquí sus promesas los pueblos fieles. Desaparezcan aquí las cargas de los pecados y vuelvan a la gracia los cristianos caídos.

Escucha, pues, Señor, nuestra oración; por la gracia del Espíritu Santo, en esta casa que es tuya, los enfermos se vean curados, recobren los débiles sus fuerzas, anden los cojos, queden limpios los leprosos, vean los ciegos, los demonios sean expulsados. Desaparezca, Señor, por tu ayuda, toda debilidad y miseria, sean desatados todos los lazos del pecado. Y así, todos los que vengan a este templo a pedir, cual conviene, tus beneficios, tengan la alegría de verse plenamente atendidos, a fin de que, una vez obtenida la misericordia que imploran, glorifiquen para siempre tu magnificencia gratuita. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

9 DE NOVIEMBRE

LA DEDICACION DE LA BASILICA DEL SANTISIMO SALVADOR

LAS DEDICACIONES EN EL SIGLO IV. — En el siglo IV de nuestra era, el fin de las persecuciones le pareció al mundo un gusto anticipado de su futura entrada en la ciudad de la paz eterna. ¡"Gloria al Todopoderoso, gloria al Redentor de nuestras almas"! exclama, al principio del décimo y último libro de su Historia, el contemporáneo Eusebio. Y, como testigo del triunfo, describe el admirable espectáculo que por doquier motivó la dedicación de los nuevos santuarios. De ciudad en ciudad se juntaban los obispos y se agolpaban las multitudes, y tal efecto de mutua caridad, de fe común, de alegría íntima trababa los corazones de unos pueblos con otros, que la unidad del cuerpo de Cristo parecía animada en esta multitud por el mismo soplo del Espíritu Santo. De este modo se cumplían las antiguas profecías: ciudad viviente del Dios vivo en la que todo sexo y toda edad ensalzaba al autor de todos los bienes. ¡Entonces sí que se manifestaron augustos los ritos de la Iglesia! La perfección que en ellos desplegaban los Pontífices, el canto de la salmodia, las lecturas inspiradas, la celebración de los misterios, todo eso formaba un conjunto divino.

OFERTORIO

Señor Dios, con sencillez de mi corazón te he ofrecido alegre todo esto: y veo con gran gozo al pueblo aquí reunido: oh Dios de Israel, conserva esta buena voluntad, aleluya.

Si la Misa se dice fuera de la iglesia cuya Dedicación se celebra, el sacerdote omite en la Secreta siguiente las palabras que van entre paréntesis.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, escuches nuestras preces: (para que, todos los que estamos dentro del recinto de este templo, cuyo día aniversario de la dedicación celebramos, te agrademos con plena y perfecta devoción de cuerpo y alma); a fin de que, mientras te hacemos presentes estos votos, merezcamos llegar con tu ayuda a los premios eternos. Por Nuestro Señor Jesucristo.

En todo lugar es buena la oración, pero reviste una eficacia especial en las iglesias consagradas. La Antífona de la Comunión se apoya, para decírnoslo, en la palabra del Altísimo que declara a su casa como casa de oración [1], en la cual, añade la Iglesia, se realiza la otra palabra: "El que pide, recibe; el que busca, encuentra; y al que llama, se le abrirá" [2].

---

1 *S. Mat.*, XXI, 13.
2 *Ibid.*, VII, 8.

COMUNION

Mi casa se llamará casa de oración, dice el Señor: en ella, todo el que pide, recibe: y, el que busca, encuentra: y, al que llama, se le abre (T. P. Aleluya.)

La Poscomunión, que reúne en una suprema aspiración los sentimientos de la Iglesia, formula con gran acierto de expresión el múltiple misterio del día.

POSCOMUNION

Oh Dios, que preparas a tu Majestad un eterno tabernáculo con piedras vivas y escogidas: auxilia al pueblo que te suplica: para que, lo que aprovecha a tu Iglesia con espacios temporales, la amplifique también con espirituales aumentos. Por Nuestro Señor Jesucristo.

Unámonos a la Iglesia para pedir las bendiciones que implora el día de consagración de los templos en que se ve ella simbolizada. Si pensamos en que la Iglesia es siempre oída, veremos en este Prefacio del Pontifical los beneficios que esperan en ella a nuestra humilde oración.

PREFACIO

Dios eterno, sé favorable a nuestras oraciones, haz eficaces estos ritos sagrados, ayuda también a los trabajos piadosos de los que te sirven: imploramos tu misericordia. A pesar de nuestra indignidad, consagramos esta iglesia, que es tuya, con la invocación de tu santo nombre, en honor de la santa cruz, en la

La Basílica de Letrán. — El 9 de noviembre del año 324 fué el natalicio o la Dedicación de la Basílica de Letrán. El Emperador Constantino había mandado construirla en 315. El Papa Silvestre la dedicó al Salvador, cuya imagen dada a conocer a los fieles después de los siglos de las persecuciones, les pareció a ellos una visión divina.

Los Papas fijaron su residencia en el Palacio próximo a la Basílica, la cual se convirtió en su catedral y, por eso, "en madre y cabeza de todas las iglesias de la Ciudad y del mundo".

Dos incendios ocurridos en el siglo xiv y la incura que se tuvo con ella mientras los Papas estuvieron en Aviñón, hicieron necesaria una reconstrucción casi total. La Basílica fué nuevamente consagrada, pero esta vez, en honor de San Juan Bautista y San Juan Evangelista.

La fiesta de este día. — Si celebramos la Dedicación de nuestras iglesias particulares; si festejamos con alegría y satisfacción la de nuestras catedrales, parece justo y natural que celebremos todos los años en el mundo entero la Dedicación de "la Iglesia madre", de la catedral del Papa. Precisamente en ella se verifica todavía hoy la toma de posesión oficial de los Pontífices romanos; en ella, desde el siglo iv, se celebran las solemnes funciones de la bendición de los Santos Oleos en el Jueves Santo, y dos días después la bendición de la pila bautismal;

en ella fueron bautizados durante siglos, millares de catecúmenos, y ordenados miles de sacerdotes que pertenecían a todas las diócesis de la cristiandad; en ella se veneró siempre y se venera también hoy la antigua imagen del Salvador. Esta misma imagen es la que miraron y veneraron millares de cristianos en el curso de sus visitas jubilares al ir a Roma en demanda del perdón de sus pecados.

Dirijamos a Cristo las aclamaciones que se leen en los mosaicos del ábside: "Te esperamos a ti, Salvador y Señor, Jesucristo. ¡Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo! ¡Tú eres nuestro Maestro, Cristo!"

EL MISMO DIA

CONMEMORACION DE SAN TEODORO, MARTIR

Conmemoramos a uno de los Santos más célebres y venerados del Oriente antiguo. San Teodoro, si hemos de creer a su leyenda, era soldado y murió mártir, siendo quemado vivo, en defensa de su fe. Sus reliquias eran veneradas en Eucaita por las multitudes de fieles que allí iban en peregrinación todos los años, y por las madres que encomendaban al santo la salud de

sus niños enfermos. San Gregorio Niseno pronunció un panegírico en su honor y Roma le dedicó tres iglesias.

Oración: "Oh Dios, que nos rodeas y proteges con la gloriosa confesión de tu Mártir San Teodoro: concédenos aprovechar con su ejemplo y ser socorridos con sus oraciones. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

10 DE NOVIEMBRE

SAN ANDRES AVELINO, CONFESOR

¿Reforma o Rebelión? — Fué costumbre de mucho tiempo y lo es todavía hoy, llamar con el nombre de "Reforma" el extenso movimiento de rebelión inaugurado contra la Iglesia por Lutero. Para muchos, que tienen unas nociones de historia demasiado elementales, la Iglesia en el siglo xvi había caído en un letargo y en una corrupción al parecer incurables que hicieron necesarias las "apelaciones al Concilio" del 28 de noviembre de 1518 y del 17 del mismo mes del año 1520; estas apelaciones las hacía el monje hereje para decidir a la Iglesia a salir del estado en que se hallaba, por medio del Concilio de Trento. Debería la Iglesia estar agradecida siquiera en parte al protestantismo

por la "contra-reforma" que éste en cierto modo la impuso.

Pero la verdad es totalmente distinta; y es hacer obra, no de sectario, sino de historiador afirmar en primer lugar que el protestantismo fué una rebelión contra la Iglesia y no un retorno al espíritu del Evangelio, a la Biblia y al culto de los primeros siglos; y luego, también hay que afirmar que, como las fechas lo prueban, la reforma de la Iglesia había comenzado antes de la apostasía de Lutero por el retorno, esta vez auténtico, al espíritu del Evangelio, al espíritu de Cristo, al espíritu de los Apóstoles.

El Concilio de Trento sin duda ninguna era necesario para exponer con precisión el dogma católico ante las osadías de los innovadores y para ayudar con sus decretos a la reforma de los hombres y de las instituciones; pero está probado que su reunión y su eficacia fueron posibles gracias a la verdadera renovación religiosa y moral suscitada antes un poco en todas partes por los movimientos reformistas cuya influencia iba en aumento continuamente. En 1517 se había terminado el concilio de Letrán en el que el General de los Agustinos hizo notar que "los hombres tienen que ser mudados por la religión y no la religión por los hombres". En 1514 León X aprobaba con una Bula "el Oratorio del Amor Divino" que florecía hacía ya veinte años y abrigaba en su seno a hombres que sólo pensaban en el reino de Dios y en su justicia, como

Cayetano de Tiene, Juan Pedro Carafa, futuro Papa con el nombre de Paulo IV, diplomáticos de la Curia y célebres humanistas.

LOS CLÉRIGOS REGULARES. — Entre los que trabajaron en la obra de la reforma católica en Italia, hay que poner en lugar distinguido a los Clérigos Regulares, teatinos, barnabitas, somascos, cuyas virtudes recordaron al mundo la santidad del sacerdocio y cuyo celo en pro de la juventud y del clero, contribuyó a cambiar las costumbres de la sociedad y demostró que la Iglesia posee siempre en ella la fuente viva de la santidad de Cristo.

SAN CAYETANO Y SAN ANDRÉS. — Ya vimos el 8 de abril con qué perfección quiso San Cayetano tomar otra vez y practicar el consejo de la pobreza absoluta y el celo desinteresado de los primeros Apóstoles. Buena réplica dió con su santidad tan humilde al "alboroto", a los insultos y a los vicios de Lutero.

Murió en Nápoles el 7 de agosto de 1547. Pero nueve años después, el cielo otorgaba a su Congregación, que seguía fervorosa y fiel a su espíritu, un heredero de su heroica santidad y de sus virtudes sobrenaturales. San Andrés Avelino iba a ser el amigo y el sostén del Santo Cardenal de Milán San Carlos Borromeo y el que iba a formar admirables discípulos que continua-

rían sirviendo a la Iglesia con su doctrina y su celo [1].

VIDA. — Andrés nació en 1521 en Castro-Nuovo, en Italia. Tuvo una juventud piadosa, pura y de mucho trabajo. Después de estudiar el Derecho en Nápoles, se ordenó de sacerdote en 1545, y en lo sucesivo no quiso ya defender causas ajenas al foro eclesiástico. Un día se le escapó una mentirilla: y le entró tal pena, que abandonó la abogacía y se entregó por completo al santo ministerio, en particular entre religiosas. En 1556 entró en los Clérigos Regulares de San Cayetano de Tiene; se le puso el nombre de Andrés, por su amor a la cruz. Vivió en la religión con gran austeridad, con celo ardiente por la salvación y la santificación de las almas, y en una piedad y caridad que Dios recompensó con prodigios. Propagó su Instituto, ayudó con su amistad al Cardenal Borromeo en su obra de reforma en Milán y murió el 10 de noviembre de 1608 de un ataque de apoplegía. Sus restos descansan en la iglesia de San Pablo de Nápoles. Fué beatificado el 4 de septiembre de 1624 y canonizado el 22 de mayo de 1712.

EL DESEO DE DIOS. — ¡Cuán suaves y fuertes fueron para contigo, oh bienaventurado Andrés, los caminos de la eterna Sabiduría, ya que aquella faltilla en que caíste por inadvertencia, fué el punto de partida de la santidad que en ti resplandece! *La boca que miente, mata al alma* [2], nos dice la Sabiduría, la cual añade: *No provo-*

---

1 Entre otros debemos citar a Lorenzo Scupoli, autor del *Combate espiritual* que San Francisco de Sales leía siempre con tanto provecho y recomendaba con gusto.

2 *Sab.*, I, 11.

árabes a Madrid, los cristianos enterraron la santa imagen para preservarla de la profanación, cumpliendo el decreto dado sobre este particular por el Arzobispo de Toledo D. Raimundo.

Después de la Reconquista de Toledo, el rey mandó que se colocase la Virgen de la Almudena en el mismo templo que allí existía.

En 1868 fué trasladada a la Iglesia del Sacramento, por demolición de la suya. Posteriormente fué colocada en la cripta de la Iglesia catedral que se está construyendo en su honor en Madrid, emplazada muy cerca del lugar donde fué encontrada la sagrada Imagen.

El nombre de Almudena parece derivarse de la costumbre que tenían antiguamente los labradores que iban a vender granos a Madrid, de dejar siempre un *Almud* de grano para el culto de la Virgen.

La Misa tiene varias piezas similares a la de la fiesta del Carmen. La Oración es como sigue: "Suplicámoste, Señor, mires propicio la devoción de tu pueblo; para que, por los méritos y las preces de la Santísima Virgen María, consigamos en el presente los dones de tu gracia, y la salud eterna en los cielos. Por Nuestro Señor Jesucristo. Amén".

11 DE NOVIEMBRE

SAN MARTIN, OBISPO Y CONFESOR

POPULARIDAD DE SAN MARTÍN. — Tres mil seiscientas sesenta iglesias dedicadas a San Martín en Francia [1], y casi otras tantas en el resto del mundo, dan fe de la popularidad inmensa del gran taumaturgo. Por los campos, en los montes más altos, en el fondo de los bosques, hay árboles, riscos, fuentes, que en otro tiempo, cuando la idolatría traía engañados a nuestros padres, fueron objeto de un culto supersticioso, pero que luego recibieron y conservan aún el nombre del que libró del demonio a aquellos antepasados nuestros para devolverlos al verdadero Dios. Echadas, en fin, de sus dominios las falsas divinidades romanas, celtas o germánicas, Cristo solo, en adelante por todos esos pueblos adorado, sustituía en el recuerdo agradecido de los mismos al humilde soldado que las había vencido.

En efecto, la misión que tuvo Martín fué la de acabar de derrotar al paganismo que, expulsado de las ciudades por los Mártires, continuaba siendo en su tiempo dueño de vastos territorios en donde no penetraba la influencia de las ciudades.

---

1 Una lista por diócesis se puede ver, en la obra *Saint Martin* de Lecoy de la Marche, en el Apéndice.

quéis la muerte con el extravío de vuestra vida, ni os atraigáis la ruina con las obras de vuestras manos[1]; y tú comprendiste todo el sentido de esas palabras y empezaste a considerar de muy distinta manera el fin de la vida, como lo demostraron los votos que la divina Sabiduría te inspiró para huir continuamente de ti mismo y acercarte cada vez más al Bien Sumo. Con la Iglesia[2], damos gracias al Señor que *dispuso ascensiones tan admirables en tu alma*[3].

Tu corazón y tu carne saltaban de gozo por el Dios vivo; tu alma absorta en el amor de los atrios sagrados, desfallecía pensando en ellos[4]. Y ¿por qué extrañar que el supremo deliquio al pie de los altares del Señor de los ejércitos, te introduzca en su santa casa? ¡Con qué alegría te acogen en los coros eternos[5] tus angelicales compañeros de este mundo en la alabanza divina! Echa una mirada al culto que te tributa la tierra. Dígnate responder a la confianza de Nápoles y de Sicilia, que se encomiendan a tu poderosa ayuda cerca del Señor. Bendice a los Clérigos Regulares Teatinos. Y para todos nosotros, consíguenos una parte en las bendiciones que en tanta abundancia recibiste[6]. Los vanos placeres no lleguen jamás a seducirnos y ten-

1 *Sab.*, I, 12.
2 Oración de la Misa.
3 Salmo LXXXIII, 6.
4 Ibíd., 2, 3.
5 Ibíd., 4, 5.
6 Salmo LXXXIII, 8.

gamos en más ser humildes en la casa de Dios que grandes en el mundo [1]. Si, como tú, amamos la misericordia y la verdad, *el Señor nos dará,* como a ti, *la gracia y la gloria* [2].

La muerte repentina. — En recuerdo de las circunstancias en que se realizó tu dichosa muerte, el pueblo cristiano te venera como protector contra la muerte repentina e imprevista: ampáranos en el último tránsito; haz que la inocencia de nuestra vida o la penitencia nos preparen una salida feliz; que nuestro suspiro final, a imitación del tuyo, se exhale, en la esperanza y en el amor [3].

EL MISMO DIA

NUESTRA SEÑORA DE LA ALMUDEMA

Es el nombre con que se venera en Madrid a la Santísima Virgen. Su templo, el primero que se construyó en dicha capital, se yergue sobre el mismo lugar donde antes se levantaba una mezquita musulmana. La imagen de la Virgen fué hallada el 9 de noviembre de 1085 al desplomarse unas piedras de la Alhóndiga o Almudith de los moros. Se cree que, al conquistar los

1 Salmo LXXXIII, 11.
2 Ibíd., 12.
3 Ibíd., 13.

Por eso, a la vez que tenía las complacencias de Dios, ¡cuánto odio hubo de aguantar de parte del infierno! Desde el principio se encontraron Satanás y Martín: "Me hallarás por doquier en tu camino", había dicho Satanás[1] y cumplió la palabra. Y la ha cumplido hasta nuestros días: acumulando ruinas siglo tras siglo sobre el sepulcro glorioso que atraía hacia Tours al mundo entero; en el siglo XVI, arrojando a las llamas por las manos de los hugonetes los restos venerados del protector de Francia; y, por fin en el XIX, haciendo que unos hombres cometiesen la locura de destruir por sí mismos en plena paz la espléndida basílica que constituía la riqueza y la gloria de su ciudad.

En estos hechos se nos manifiestan la gratitud de Cristo rey y la rabia de Satanás, y por sí dicen bastante en pro de los incomparables trabajos del Pontífice apóstol y monje que se llamó San Martín.

EL MONJE. — Fué monje de hecho y de deseo hasta el último día. "Desde sus primeros años de niño, sólo anhela servir a Dios. A los diez años es catecúmeno, y a los doce quiere irse al desierto; tiene todos sus pensamientos en los monasterios y en las iglesias. A los 15 años es ya soldado y de tal forma vive, que se le podría considerar como monje[2]. A continuación de un

---

1 Sulpicio Severo: *Vida*, VI.
2 *Ibíd.*, c. II.

primer ensayo de vida religiosa en Italia, Hilario llevó, por fin, a Martín a la soledad de Ligugé, que, gracias a él, fué la cuna de la vida monástica en las Galias. Y Martín, a decir verdad, a lo largo de su vida, se sintió por doquier forastero, excepción hecha de Ligugé. Monje por inclinación y soldado a la fuerza, llegó a ser obispo por violencia; y entonces continuó con sus costumbres monásticas. Cumplía con su dignidad episcopal, nos dice su historiador, sin dejar la regla y la vida de monje [1]; al principio se construyó una celda junto a su iglesia de Tours; luego se hizo a cierta distancia de la ciudad un segundo Ligugé con el nombre de *Marmoutier* o de *gran monasterio*" [2].

La Liturgia atribuye la gloria de las maravillosas virtudes de que dió pruebas Martín en su vida, a la dirección que recibió del obispo de Poitiers [3]. Y ¿qué razones tuvo San Hilario para llevar por caminos tan poco conocidos entonces en Occidente al admirable discípulo que le daba Dios? Como San Hilario no nos lo dice, tendremos que preguntar al heredero más autorizado de su doctrina y de su elocuencia:

1 Ita implebat episcopi dignitatem, ut non tamen propositum monachi virtutemque desereret. Sulpicio Severo: *Vida*, X.

2 Cardenal Pie, Homélie prononcée à l'occasion du rétablissement de l'Ordre de Saint-Benoît à Ligugé, 25 novembre 1853.

3 Hilarium secutus est Martinus, qui tantum illo doctore profecit, quantum eius postea sanctitas declaravit. (Fiesta de San Hilario, 2.º Nocturno.)

FUNCIÓN DEL ORDEN MONÁSTICO EN LA IGLESIA. "El pensamiento dominante de todos los santos, en todos los tiempos ha sido, dice el Cardenal Pie, el de que, junto al ministerio ordinario de los Pastores, cuyas funciones los obligan a vivir en medio del mundo, se necesitaba en la Iglesia una milicia separada de él y alistada bajo de la bandera de la perfección evangélica, que viviese del renunciamiento y de la obediencia, y que cumpliese noche y día la noble e incomparable tarea de la oración pública. Los más ilustres Pontífices y los más grandes Doctores han pensado que el mismo clero secular nunca se hallaría tan dispuesto para propagar y popularizar por el mundo las puras doctrinas de Evangelio, como cuando se hubiese preparado para las funciones pastorales viviendo de la vida monástica o acercándose a ella lo más posible. Repasad la vida de los más grandes hombres del episcopado así en Oriente como en Occidente, ya sea en los tiempos que precedieron de modo inmediato a la paz de la Iglesia, ya sea también en la Edad Media; todos practicaron algún tiempo la vida religiosa o vivieron en contacto diario con los que la practicaban. Hilario, el gran Hilario, con su mirar penetrante y práctico, había dado en la cuenta de esta necesidad; había comprendido qué puesto tenía que ocupar el orden monástico en el cristianismo, y el clero regular en la Iglesia. En medio de sus combates, de sus luchas, de sus destierros, testigo ocu-

lar de la importancia de los monasterios en Oriente, suspiraba con todas sus ansias por el momento de verse nuevamente en las Galias, y de establecer cerca de sí los fundamentos de la vida religiosa. La providencia no se hizo esperar y le envió lo que para tal empresa convenía: un discípulo digno del maestro, un monje digno del obispo" [1].

El taumaturgo. — "Lejos de mí, continúa el Cardenal, no reconocer toda la fuerza y toda la vitalidad que la religión de Jesucristo poseía ya en nuestras diversas provincias, gracias a la predicación de los primeros apóstoles, de los primeros mártires y de los primeros obispos, cuya serie remonta a los tiempos más cercanos al Calvario. Con todo eso, no temo decirlo, el apóstol popular de la Galia, el que convirtió a la gente del campo, en su mayor parte pagana hasta entonces, el fundador del cristianismo en Francia, fué principalmente San Martín. Y ¿de dónde vino a Martín esta preeminencia de apostolado sobre tantos otros grandes obispos y servidores de Dios? ¿Colocaremos a Martín por encima de su maestro Hilario? Si se trata de doctrina, seguro que no; si hablamos de celo, de valentía, de santidad, no me toca a mí declarar quién fué mayor, si el maestro o el discípulo; pero lo que puedo decir, es que Hilario fué ante todo un doctor, y Martín fué principalmente un tauma-

[1] Cardenal Pie, *ubi supra.*

turgo. Ahora bien, para la conversión de los pueblos, puede más el taumaturgo que el doctor; y, por eso, en el recuerdo y en el culto de los pueblos queda el doctor eclipsado por el taumaturgo.

"Hoy se habla mucho de razonamientos para persuadir a uno a que acepte las cosas divinas: con eso olvidamos la Escritura y la historia; y, además, nos rebajamos. Dios no ha creído conveniente discutir con nosotros. Ha afirmado, ha dicho lo que es y lo que no es; y, como exigía fe a su palabra, dió autoridad a la suya. Pero ¿cómo la autorizó? Como Dios, no como hombre; con obras, no con razones: *non in sermone, sed in virtute;* no con los argumentos de una filosofía persuasiva en lo humano: *non in persuasibilibus humanae sapientiae verbis,* sino desplegando un poder totalmente divino; *sed in ostensione spiritus et virtutis.* ¿Por qué? He aquí la razón profunda: *Ut fides non sit in sapientia hominum, sed in virtute Dei:* para que la fe vaya fundada no en la sabiduría del hombre, sino en la fuerza de Dios [1]. Hoy no se quiere pensar ya de esta manera; se nos dice que en Jesucristo el obrador de milagros perjudica al moralista y que el milagro es una mancha en este sublime ideal. Pero no se podrá abolir este orden, ni se podrá borrar el Evangelio ni la Historia. Mal que los pese a los sabios de este mun-

1 *I Cor.,* II, 4.

do, y mal que los pese también a los que con ellos condescienden, Cristo no sólo hizo milagros, sino que fundó la fe en los milagros; y el mismo Jesucristo puso en la Iglesia, y durará hasta el fin, la virtud de los milagros, no para confirmar sus propios milagros, que son el sostén de los demás, sino por compasión a nosotros, que somos fáciles al olvido y que nos impresionamos más con lo que vemos que con lo que oímos. Nuestro siglo ha visto el milagro y seguirá viéndole todavía; el siglo IV presenció sobre todo los de Martín.

El apóstol de las Galias.—"Obrar milagros era para él un juego de niños; toda la naturaleza obedecía a su mandato. Los animales se le sometían: "¡Ay de mí!, exclamaba un día el Santo, las serpientes me escuchan, y se niegan a oírme los hombres." No obstante eso, los hombres le oían. En cuanto a la Galia, toda ella le oyó; no sólo la Aquitania, sino la Galia Celta y la Galia Belga. Y ¿cómo resistir a una palabra autorizada con tantos prodigios? En todas estas provincias derribó uno en pos de otro todos los ídolos, redujo las estatuas a polvo, quemó y demolió todos los templos, destruyó todos los bosques sagrados, todas las madrigueras de la idolatría. Me preguntaréis: Y eso ¿era legal? Tal vez lo fuese en la legislación de Constantino y de Constancio. Pero lo que puedo decir es, que Martín, devorado por el celo de la casa

del Señor, en esto no obedecía más que al Espíritu de Dios. Y tengo que añadir que Martín no usaba contra las furias del pueblo pagano más armas que los milagros que obraba, el concurso visible de los ángeles que a veces se le concedía, y sobre todo, por fin, las oraciones y las lágrimas que derramaba en presencia de Dios cuando la multitud empedernida resistía al poder de su palabra y de sus prodigios. Pero, con estos medios, Martín cambió la faz de la tierra de Francia. Donde era difícil encontrar un cristiano antes de pasar nuestro santo, apenas si quedaba después un infiel. Los templos del Dios vivo sucedían rápidamente a los templos de los ídolos; pues, como dice Sulpicio Severo, tan pronto como derribaba los asilos de la superstición, construía iglesias y monasterios. De ese modo se cubrió toda Europa de templos que llevaron el nombre de Martín"[1].

Las fiestas de San Martín. — Con la muerte no cesaron sus beneficios; ellos por sí solos explican el concurso ininterrumpido de los pueblos a su sepulcro bendito. Sus diversas fiestas a lo largo del año, Deposición o Natalicio, Ordenación, Subvención, Reversión, no consiguieron agotar la piedad de los fieles. Fiesta de guardar en todas partes[2], favorecida por la breve pre-

---

[1] Cardenal Pie, Sermon prêché dans la cathédral de Tours le Dimanche de la solennité patronale de Saint Martin, 14 de noviembre de 1858.

[2] Concilio de Maguncia, en 813, can. XXXVI.

sencia de hermosos días que nuestros antepasados llamaban el veranillo de San Martín, la solemnidad del 11 de noviembre rivalizaba con la de San Juan por los regocijos que ocasionaba en la cristiandad latina. Martín era la alegría y la panacea universal.

El patrón de Francia. — Por eso, Gregorio de Tours no duda en ver en su santo predecesor *al patrón especial del mundo entero* [1]. Nunca dejaron de hacer valer sus títulos a un afecto especialísimo del gran Obispo monjes y clérigos, soldados, caballeros, viajeros y hosteleros, como recuerdo de sus largas peregrinaciones, ni tampoco las asociaciones de caridad en todas sus formas en memoria de la capa de Amiens. Hungría, donde nació, le cuenta con todo derecho entre sus valiosos protectores. Francia le tuvo por padre: así como la unidad de la fe fué obra suya en ella, estuvo también al frente de ella al formarse la unidad nacional, y vela por ella a lo largo de los siglos; la capa [2] de San Martín guió a los ejércitos franceses al combate antes que la oriflama de San Dionisio. Por eso decía Clodoveo: "¿Dónde pondremos nuestra esperan-

1 De Miraculis S. Martini, IV, in Prolog.

2 Cualquiera que haya sido la pieza de vestir de San Martín designada con ese nombre, es lo cierto que el oratorio de los reyes de Francia tomó de ella su nombre de *capilla*, con que después se llamó a otros muchos.

za de vencer si se ofende al bienaventurado Martín [1]?"

VIDA. — Martín nació en Panonia (Hungría) en 316. Alistado de muy joven en los ejércitos romanos, no era más que catecúmeno cuando dividió su capa con un pobre a las puertas de Amiens. Recibido el bautismo, deja la vida militar y entra en la escuela del gran doctor de las Galias, Hilario, obispo de Poitiers. El deseo de convertir a sus padres, que continuaban siendo paganos, le hace regresar a su patria; vuelve luego de nuevo a la Galia y funda el monasterio de Ligugé, junto a Poitiers. Se hace célebre por los milagros y acuden discípulos a poblar su soledad. Al morir Hilario, pudo ocultarse a los de Poitiers, que le querían para obispo; los de Tours serán poco después más hábiles: en 371 se apoderarán de él con un ardid y le obligarán a ordenarse. Su cargo pastoral no le hace olvidar las horas largas de contemplación que saboreó en Ligugé: funda Marmoutiers, a 3 kilómetros de Tours, y este monasterio llega a ser escuela y Seminario o semillero de obispos. Con frecuencia va aquella soledad y en ella se le aparece nuestra Señora, y el demonio trata de desalentarle persiguiéndole de mil maneras. Su celo traspasa los límites de su diócesis: nos le encontramos en las diócesis vecinas y hasta en el Artois, en Picardía, en Trèveris, en Bélgica, en España, y su palabra, apoyada en su caridad y en sus milagros, obra maravillas por doquier. Esta caridad le lleva a Candes en noviembre del 397, para restablecer la concordia entre los monjes, y allí muere en la paz de Dios a una edad que excede los 80 años.

---

1 Et ubi erit spes victoriae, si beatus Martinus offenditur? Gregorio de Tours: *Historia de los Francos*, II, XXXVII.

La protección de San Martín. — Al llegar tu dichosa muerte, tus desconsolados discípulos intentaron retenerte en el mundo: "Padre, ¿por qué nos dejas? Lobos carniceros se van a lanzar sobre tu rebaño." Y lleno de compasión, dijiste al Señor: "Si todavía me necesita tu pueblo, no me niego al trabajo; hágase tu voluntad." Había llegado la hora de la recompensa y, al dártela, no nos privó Dios de tu protección. Francia y el mundo han experimentado admirablemente en el correr de los siglos que la palabra de Gregorio de Tours, tu sucesor, continúa siendo verdadera: eres el Patrón especial de todo el mundo.

Hoy nos unimos a los peregrinos que visitan tu sepulcro glorioso. Hacemos nuestras todas las oraciones que siglo tras siglo te han dirigido en aquel lugar santo; nos asociamos a todos los fieles que han ido a implorar tu auxilio, y a pedir a Dios sus más preciosas gracias apoyándose en tus méritos.

"¡Oh Pontífice Bienaventurado, que amaste a Cristo con todas las fibras de tu ser y no te acobardaste ante los poderosos de este mundo! Alma santísima, que no separó del cuerpo la espada del perseguidor, sin que por eso perdieses la palma del martirio": conserva en nuestros corazones el amor de Jesucristo y de la Iglesia. Bendice a los soldados, cuyo modelo fuiste; a los religiosos, cuya vida santa tú llevaste; a los sacerdotes y a los obispos, de quienes eres gloria y modelo; a los pobres y a los humildes,

para quienes fuiste padre: a Francia, de la que fuiste Apóstol. Suscita entre nosotros Santos que nos devuelvan la fe que tú predicaste con tanto fervor y tan buen suceso.

Ayuda a nuestra oración tú, cuyos "ojos y manos estaban continuamente elevados al cielo y que no sabías lo que era cansancio en la oración". Alcánzanos que, a ejemplo tuyo, "no rehusando ni a la vida ni a la muerte", vivamos y muramos como buenos cristianos para poder ir contigo "a glorificar a la Santísima Trinidad, de la que fuiste en la tierra, por tus palabras y por tu vida, perfecto confesor".

EL MISMO DIA

SAN MENAS, MARTIR

Aunque parezca que todos los honores de este día son para San Martín, no fué así en el siglo VII, al menos en Roma, ya que San Menas se había adelantado al apóstol de las Galias. Soldado, luego ermitaño y confesor de la fe, su culto tuvo en los primeros siglos un desarrollo muy grande en todo el Oriente, y su sepulcro, a nueve millas de Alejandría, atraía por millares a los peregrinos. Estos regresaban a sus casas llevando consigo algo de aceite del que había ardido junto al cuerpo del santo, a fin de conse-

guir la protección y los favores del mártir nacional de Egipto.

Oración: Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, los que celebramos el natalicio de tu santo mártir Menas, seamos fortalecidos por su intercesión en el amor de tu nombre. Por Nuestro Señor Jesucristo.

12 DE NOVIEMBRE

SAN MARTIN, PAPA Y MARTIR

HONOR QUE SE DEBE A LOS MÁRTIRES. — "Todos saben que Dios quiere que los pueblos celebren la gloria de los mártires, para darles el honor que les es debido y para tener ante la vista, con ayuda de la gracia, los ejemplos de sus virtudes. Porque, al ver el honor que se tributa a las virtudes de estos Mártires, advertimos cuán grande es la gloria que tienen en el cielo aquellos cuya fiesta celebramos en la tierra; sus ejemplos nos incitan a dar pruebas de la misma valentía, de la misma devoción, y de una misma fe, para que, auxiliados por Jesucristo, consigamos combatir y vencer al enemigo, y después de lograr la victoria, triunfemos como estos Santos en el reino celestial.

LA LECCIÓN DE LOS MÁRTIRES. — "¿Quién puede pretender asociarse a sus méritos sin haber dado

pruebas de la misma firmeza, profesado su fe, imitado su fortaleza en los padecimientos; sin haber buscado o hallado una gloria semejante, poniendo de acuerdo su propia conducta con los ejemplos de la vida de ellos? Y ya que no todos puedan llegar al mismo grado de gloria por el martirio, hágase al menos cada cual digno, por sus buenas obras, de tan gran honor. Dios, lleno de bondad, está siempre pronto para otorgar el martirio a los servidores suyos que lo desean o para hacerlos, sin el martirio, partícipes de las recompensas que dispensa a los santos Mártires" [1].

San Martín I. — Ayer celebramos al Apóstol de las Galias que "tanto amaba a Cristo Rey y no temía a los poderosos de la tierra", y bendecíamos a su "alma santísima, a la que no pudo separar del cuerpo la espada del perseguidor, sin que por eso perdiese el santo la palma del martirio" [2]. La Iglesia, en efecto, había conseguido la paz; y aunque la gente del campo todavía pagana se mostraba a veces hostil defendiendo a sus dioses amenazados por los apóstoles del cristianismo, hay que decir que el tiempo de la persecución, al menos oficialmente, había terminado.

Mas la palabra de San Pablo sigue siendo verdadera: "Todos los que aspiran a vivir piado-

1 S. Juan Crisóstomo, *Sobre los mártires,* l. III, cap. I.
2 Ant. del Magnif, de II Visp.

samente en Cristo Jesús, sufrirán persecuciones"[1]. La Iglesia ha tenido, tiene y tendrá siempre sus mártires, porque Satanás no se da por vencido y sabe armar a sus secuaces contra los que destruyen su maligno imperio. "De entre todos sus predecesores que siguieron a los tiempos de Constantino, dice Baronio, el más dichoso fué Martín I: juzgado digno de sufrir más que todos los demás por el nombre de Jesucristo, tuvo la gran suerte de encontrar a Decio y Diocleciano en la persona de un príncipe bautizado"[2].

EL EMPERADOR CONSTANTE II. — No es el paganismo, efectivamente, el único peligro que pueda temer la Iglesia. La herejía es quizá más grave, por ser más sutil y más oculta. Ahora bien, a los emperadores paganos que pretendían imponer la adoración de los falsos dioses a todos sus súbditos, siguieron los emperadores que querían imponer a la Iglesia edictos dogmáticos. En este ambiente del siglo VII sostenía Constante la herejía monotelita, que atacaba la integridad de las dos naturalezas, humana y divina, de Cristo al enseñar que en él hay una sola voluntad, como hay una sola persona.

A San Martín I cupo la gloria de proclamar ante 500 obispos la verdad católica que nos transmitieron los Apóstoles, y la de recordar con

---

[1] *II Tim.*, III, 12.
[2] *Annales*, año 651.

solemnes definiciones que hay en Cristo voluntad humana, pero que ésta está totalmente sometida a la voluntad divina; así, tuvo también la gloria de probar que el hijo de la Virgen María es con toda verdad nuestro hermano por la integridad de su naturaleza humana, el más cabal, el más perfecto y el más hermoso de nuestros hermanos, nuestro Dios y nuestro Salvador.

VIDA. — Martín I sucedió al papa Teodoro el 14 de mayo del 649. Era de origen toscano y había ejercido en Constantinopla las funciones de apocrisario. Es sabido que la sede patriarcal de esta ciudad estaba ocupada por Pablo, un intruso que profesaba el monotelismo, doctrina que pretende que en Cristo no hay dos voluntades sino una sola. A partir del 5 de octubre de este año (649), el Papa reunió un concilio en Letrán y ante 500 obispos condenó dicha herejía. El emperador Constante II no quiso someterse a la sentencia y quitó al Papa y le condujo a Constantinopla, donde le encerró en prisión, y le condenó después a muerte tratándole del modo más cruel. El patriarca cismático, estando ya para morir, temiendo la cuenta que tenía que dar en el juicio de Dios, pidió al emperador que no ejecutase la sentencia contra el Papa, y le fué conmutada la pena por cadena perpetua. Enviado al Quersoneso (Crimea), allí murió el 16 de septiembe del 655, en medio de una espantosa miseria y después de innumerable padecimiento. Su cuerpo fué enterrado en la iglesia de dicha ciudad y llevado más tarde a Roma, y sus reliquias descansan en la iglesia de San Martín de los Montes.

INTEGRIDAD DE LA FE. — Te saludamos con la liturgia griega, oh santo Pontífice, como "el más

ilustre guía de la doctrina ortodoxa, el corifeo santo e infalible de los dogmas divinos, el vengador de la verdad contra el error. Te reconocemos como el pilar de la fe ortodoxa y el maestro de la teología; te bendecimos por haber honrado el trono de San Pedro, por haber conservado inconmovible sobre esta Piedra divina a la Iglesia y por haber merecido la gloria eterna."

Tú, que sufriste en el Oriente, hoy separado de Roma por un cisma tan funesto, dígnate pedir por aquellos nuestros hermanos, los cuales, a pesar de todo pronuncian hoy todavía esta solemne profesión del primado del Pontífice romano, para que pongan de acuerdo su fe y su conducta con estas palabras de su antigua liturgia.

CONFIANZA EN LOS TRABAJOS. — Y desde la gloria del cielo, ruega por todos los que padecen persecución por la justicia y la verdad. ¡Hay tantos hoy que sufren, como tú, el destierro, la prisión, los tormentos más atroces! Alcánzales las gracias de la resignación y de la paz, a aquellos sobre todo que se sienten perdidos para siempre a sus parientes como si ya no fuesen de este mundo. Recuérdales las palabras que escribiste entonces: "El Señor cuidará de mi pobre cuerpo como crea conveniente. ¿Por qué inquietarme? El Señor está cerca. En su misericordia espero...".

EL MISMO DIA

SAN MILLAN, CONFESOR

San Millán (474-574), cuya vida contó San Braulio de Zaragoza en el siglo VII y cantó en el XIII Gonzalo de Berceo, fué durante la Edad Media uno de los Santos más populares en España. Su vida fué muy sencilla: primero, pastor en su pueblo riojano de Berceo; después, solitario en las cercanías de Haro; más tarde, párroco de su pueblo natal y, exonerado del oficio ministerial, ermitaño en unas grutas que hay entre Berceo y la villa que actualmente lleva su nombre. Después de haber llevado vida más austera y penosa que los Padres de la Tebaida, en las espantables fragosidades del Monte San Lorenzo, completamente solo durante cuarenta años, sintiéndose ya débil, volvió por segunda o tercera vez a su oratorio primitivo, que hoy se llama San Millán de Suso, donde murió a los cien años de vida prodigiosa. Desde su última estancia derramó milagros por toda la comarca, prodigó sus consejos, admiró a las gentes con sus penitencias y, siendo ya casi centenario, hizo su viaje más largo: una salida hasta la ciudad de Cantabria, para anunciar a sus habitantes su destrucción por los ejércitos de Leovigildo, si no

hacían penitencia de sus pecados. Y vivió todavía bastante para ver cumplida su profecía.

Fué el primero en la caridad, decía de él San Eugenio de Toledo, en la paciencia insigne, sólido en la humildad, siempre compasivo y generoso, asiduo en la oración, fuerte en las vigilias, en los ayunos invencible y excelentísimo en toda clase de virtudes. Sobre su sepulcro se levantó a los pocos años de su muerte un monasterio famoso que de su nombre se llamó San Millán de la Cogolla, y que, debajo de la observancia benedictina, fué durante catorce siglos lugar de vida religiosa, foco de arte y de ciencia, y uno de los lugares más frecuentados por los peregrinos.

Dirijámonos al Señor por intervención de este taumaturgo, que, defensor de España con Santiago el Mayor, se dejó ver en las batallas contra los moros montado en un caballo y repartiendo terribles mandobles, por lo cual España agradecida le pagó durante muchos siglos filial tributo. Recemos la Poscomunión que hoy le consagra el Monasterio de Santo Domingo de Silos: "Apaciéntanos siempre, Señor, con los goces de tus Santos: porque es aumento de nuestra salud todo honor que se rinde a aquellos en quien tú eres pregonado admirable. Por Nuestro Señor Jesucristo. Amén."

13 DE NOVIEMBRE

SAN DIEGO, CONFESOR

El humilde peregrino de Roma. — Un humilde hermano lego, por nombre Diego de San Nicolás, se vuelve a juntar en el cielo con su Padre San Francisco, con Bernardino de Sena y Juan de Capistrano que le precedieron unos años. Estos hicieron vibrar a Italia y a toda Europa con el eco de su voz, aquella voz que pacificaba las ciudades en el nombre del Señor Jesús y lanzaba ejércitos delante de los Musulmanes. El siglo que tan hondamente contribuyeron a salvar ellos de las consecuencias del gran cisma y a devolverle a sus destinos cristianos, sólo conoció de Diego su caridad admirable con ocasión del jubileo de 1450, cuyos resultados fueron tan preciosos: Roma, otra vez convertida en ciudad santa a los ojos de las naciones, vió que no eran capaces de retener lejos de ella a sus hijos las mayores calamidades [1], y el infierno, desbordado por la corriente inaudita que arrastraba a las multitudes a las fuentes de la salvación por los cuatro costados del mundo, retrasó setenta años su obra destructora.

El santo enfermero de *Ara Caeli*, que por entonces se ocupaba en servir a los apestados, no

[1] *Isaías,* XLIX, 8-22.

tuvo sin duda, a los ojos de los hombres, en tales sucesos más que parte muy escasa, sobre todo si se la compara con la de sus hermanos los grandes apóstoles franciscanos. Pero la Iglesia de la tierra, intérprete fiel de la de los cielos, le honra hoy con los mismos honores que vimos tributar a San Bernardino y a San Juan. Y ¿qué otra cosa nos quiere enseñar esto, sino que, ante Dios, los hechos esclarecidos de las virtudes que se ocultan al mundo, no desmerecen de aquellos otros cuyo aparato y brillo arrebatan a las gentes, si, procediendo de un mismo ardor de caridad, producen en el alma el mismo aumento del amor divino?

El pontificado de Nicolás V, que presenció en 1450 la gran concurrencia de pueblos a los sepulcros de los Apóstoles, fué admirado y con razón lo es hoy también, por el nuevo impulso que se dió en Roma al culto de las letras y de las artes; pues a la Iglesia corresponde, en honor del Esposo, dar entrada en su corona a todo lo que los hombres consideran bello y grande de verdad. Con todo, ¿qué humanista de aquellos no preferiría hoy la gloria del pobre Fraile Menor, ignorante y sin letras, a aquella otra con cuyos resplandores efímeros le prometieron harto locamente la inmortalidad? En el siglo quince, como hoy y como siempre, Dios escogió al débil y al necio para confundir a los sabios[1]; el Evangelio tiene siempre razón.

[1] *I Cor.*, I, 27.

VIDA. — Diego nació en San Nicolás del Puerto, cerca de Sevilla, en 1400. Desde su infancia se determinó a hacerse santo y para ello se puso a las órdenes de un sacerdote. En cuanto le fué posible, entró en los Franciscanos de Arrizafa, y allí profesó como hermano lego. Vivió en perfecta obediencia y en la contemplación recibió tales luces, que en las cosas del cielo se explicaba de un modo admirable.

Le mandaron a las Canarias e hizo conversiones entre los infieles; luego pasó a Roma para el jubileo de 1450. Estalló la peste y se dedicó al servicio de los enfermos en el convento de *Ara Caeli*. Vuelto a Alcalá, murió en esa ciudad en 1463. Sus muchos milagros le acreditaron ante Dios, y Sixto V le puso en el número de los Santos, el 2 de julio de 1588.

LA VERDADERA GLORIA. — "Oh Dios omnipotente y eterno, que por una disposición admirable eliges a lo que el mundo considera como flaco para confundir a los fuertes; concede propicio a nuestra humildad que, por las piadosas oraciones de San Diego, tu Confesor, merezcamos ser sublimados a la gloria eterna en los cielos"[1]. He ahí la petición que eleva la Iglesia a los cielos en todas las horas litúrgicas de esta tu fiesta. Ayuda a sus ruegos; gozas de gran crédito ante el Señor, a quien con tanto amor seguiste por el camino de la humildad y de la pobreza voluntaria. Camino real verdaderamente, ya que por él llegaste a ese trono, cuyos resplandores deslumbran a todos los tronos de la tierra. Y aun en este mundo, ¡cuánto sobrepuja ahora

1 Colecta de la fiesta.

tu fama a la de tantos contemporáneos tuyos hoy tan olvidados como en otro tiempo famosos! La santidad sola distribuye las coronas que perduran en nuestros siglos y en los eternos; pues Dios tiene la última palabra y en él reside la razón suprema de toda gloria, como en él hay que buscar el principio de la única y verdadera felicidad para esta vida y para la otra. Haz que con tu ejemplo y tu ayuda, oh San Diego, tengamos todos nosotros la suerte feliz de experimentarlo.

EL MISMO DIA

SAN EUGENIO DE TOLEDO, OBISPO Y CONFESOR

San Eugenio, una de las más bellas figuras de la España Visigoda, fué monje, poeta, músico y obispo. Nació en Toledo de estirpe senatorial, huyó de la casa de sus padres para encerrarse en el monasterio de Santa Engracia de Zaragoza, de donde le sacó el Rey Chindasvinto, el año 646, para hacerle obispo de Toledo.

Gobernó santa y sabiamente su diócesis hasta su muerte, sucedida en 659, presidiendo concilios, aconsejando a los reyes, enseñando la gramática y la Sagrada Escritura, escribiendo bellos libros poéticos y teológicos, que en parte se conservan todavía, y enriqueciendo la anti-

gua Liturgia española con himnos y melodías. Su figura egregia ha quedado indebidamente eclipsada en los fastos de la Iglesia de Toledo por la de otro San Eugenio I, legendario, que según tradiciones tardías, habría venido de Francia enviado por San Dionisio de París en el siglo I para ser el primer prelado de la sede primacial de las Españas. A éste, como a obispo y mártir, le venera solemnemente Toledo por Patrono el día 15 de este mes, en que le trae el Martirologio romano. Han sido muy célebres los festejos al correr de los últimos siglos en sus fiestas patronales.

Pero conste que en la cristiandad ilustrada, no se ha perdido la memoria del gran San Eugenio III, merced al empuje de su celo y brillo de sus obras escritas y composiciones musicales que admiran a cuantos consultan los archivos visigodo-mozárabes. Fué entrañablemente amado por San Braulio de Zaragoza, que le hizo su arcediano y lloró su ausencia de Aragón, pues tenía dispuesto le sucediera en la Iglesia zaragozana, que ya de hecho gobernaba en los últimos años de San Braulio cecuciente.

El gran rey Recesvinto, coronado por Eugenio, de acuerdo en todo con el sabio y santo prelado, procuró a España durante bastantes años el período más venturoso del imperio visigótico.

14 DE NOVIEMBRE

SAN JOSAFAT, OBISPO Y MARTIR

UNIDAD DE LA IGLESIA. — Al principio del año litúrgico celebramos a un obispo, mártir de la libertad de la Iglesia, Santo Tomás de Cantorbery, que decía: "Dios, nada ama tanto en este mundo, como la libertad de su Iglesia", una libertad que consiste en su completa independencia frente a todo poder secular, en orden a ejercer su misión salvadora cerca de todos los hombres.

Del mismo modo podríamos decir, y no con menos verdad, que "Dios nada ama tanto en este mundo como la unidad de su Iglesia". Símbolo de esta unidad fué la túnica inconsútil de Jesucristo, que no consintió que los soldados la deshiciesen al pie de la Cruz; de esta unidad habló a su Apóstoles y a su Padre celestial con harta frecuencia, pidiendo que "todos fuesen uno, como el Padre y él lo son y que todos fuesen consumados en la unidad". ¿A qué, se debe que terribles equivocaciones y las miserables pasiones humanas hayan frustrado el deseo de Cristo e inutilizado su más ardiente oración? Hacía ya siglos que las Iglesias de Oriente habían recibido antes que otra ninguna la buena nueva de la Redención y la propagaron por todo el mundo; brillaron por la santidad y la doctri-

na de sus pontífices y por el martirio de muchos de sus fieles. ¡Y estas Iglesias están hoy separadas, en parte, de la unidad católica y no quieren reconocer la autoridad suprema del Romano Pontífice!

Los Papas, con todo, jamás se han resignado a este doloroso estado de cosas; han multiplicado sus exhortaciones y empleado todas sus fuerzas para poner fin al cisma. Y, sobre todo, después de León XIII, oímos casi de continuo su voz invitando a esas Iglesias cismáticas a entrar en la unidad romana para que no haya más "que un solo rebaño y un solo pastor".

Es consolador para la Iglesia el poder comprobar que muchos han vuelto; todos los años los cuenta con una alegría muy de madre y pide a sus hijos que, por todos los medios que estén a su alcance, sostengan las obras encaminadas a acelerar el día en que todos se junten con ella en perfecta unidad de espíritu y de corazón. Pero sabe que los medios humanos serán ineficaces si no se apoyan en la oración.

La fiesta de hoy ha de ser ocasión para hacernos pensar en el deseo de Cristo y para unir nuestras oraciones a las de la Santa Iglesia, y nuestros sacrificios a los sacrificios, padecimientos y muerte del mártir de la unidad: San Josafat.

Obispo de los rutenos. — Numerosos son, en efecto, los méritos de este Santo obispo en la

causa de la unidad católica. Pasada su infancia en perfecta castidad y heroica mortificación, se hizo monje y se dedicó a reformar el orden monástico de los basilios. En atención a su celo, santidad y ciencia teológica fué nombrado obispo, y entonces desplegó más todavía sus fuerzas como verdadero pastor de las almas. Su predicación, sus escritos, su ministerio, sostenidos por la oración y la penitencia de tal modo fueron bendecidos por Dios, que convirtió a muchos cismáticos, lo que le atrajo el odio de sus enemigos y amenazas de muerte. Pero la muerte, ni siquiera la violenta, no asusta a los verdaderos servidores de Dios. Y en vez de huir, esperó tranquilamente a sus verdugos y cayó a sus golpes mientras alzaba las manos para bendecirlos y perdonarlos.

Vida. — Josafat Kuncewicz nació en 1584 de padres católicos y nobles por su origen, en Wlodimir de Volinia. Un día, durante su infancia, al hablarle su madre de la Pasión del Señor, fué herido en el corazón por un dardo que salió del costado de la imagen de Cristo crucificado. Inflamado del amor divino, a partir de ese momento, de tal forma se dió a la oración y demás obras piadosas, que era el ejemplo y la admiración de sus compañeros mayores. A los veinte años abrazó la regla monástica en el claustro basilio de la Trinidad en Vilna, e hizo progresos maravillosos en la perfección evangélica. Andaba descalzo a pesar de los intensísimos fríos de los crudos inviernos de aquellas regiones. Desconocía el uso de la carne; otro tanto sucedía con el vino, si no se lo imponía la obediencia. Hasta la muerte llevó sobre sus carnes un áspero cilicio.

to sagrado nos habla del falso pastor que huye viendo venir al lobo; pero la Homilía que le comenta en el Oficio nocturno, también afrenta con el calificativo de mercenario al guardián que, sin huir, consiente que el enemigo haga su obra tranquilamente en el aprisco [1]. Oh Josafat, líbranos de esta clase de hombres, verdadero azote del rebaño, que sólo piensan en apacentarse a sí mismos [2]. Ojalá logre el divino Pastor, modelo tuyo *hasta el fin* [3], hasta *dar la vida por las ovejas* [4], revivir en todos los que se digna llamar como a Pedro a participar de un amor mayor [5].

Apóstol de la unidad, secunda las intenciones del Sumo Pontífice, que llama al único redil a las ovejas descarriadas [6]. Los Angeles que velan por la familia eslava aplaudieron tus combates: de tu sangre tenían que salir otros héroes; las gracias que merecieron por el derramamiento de su sangre sostengan continuamente al pueblo admirable, pobre y humilde de los rutenos, y hagan fracasar al cisma que se cree todopoderoso. Quiera Dios que estas gracias lleguen hasta los hijos de los perseguidores y los dirijan a la vez hacia Roma, que tiene para ellos las promesas del tiempo y de la eternidad.

---

1 S. Juan Crisóstomo, Homil. LIX.
2 *Ibid.*
3 *S. Juan,* XIII, 1.
4 *Ibid.,* X, 11.
5 *Ibid.,* XXI, 15-17.
6 *Ibid.,* X, 16.

15 DE NOVIEMBRE

SAN ALBERTO MAGNO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

GRANDEZA DE SAN ALBERTO. — En un ventanal de la iglesia de los Dominicos de Colonia se podían leer, desde 1300, las palabras siguientes: "Este santuario fué construído por el obispo Alberto, flor de los filósofos y de los sabios, cátedra de costumbres, debelador admirable de herejías y azote de los malvados. Ponle, Señor en el número de tus Santos". Este anhelo le realizó el Soberano Pontífice Pío XI al canonizarle de un modo desusado, es decir, por una carta decretal [1] en la que le declaraba a la vez Doctor de toda la Iglesia. Pero el culto del Santo Doctor comenzó poco después de su muerte y la Santa Sede le aprobó, porque el Señor había manifestado la gloria y santidad de su siervo con muchos milagros. El Papa nos hace ver en su Carta esta gloria y esta santidad y en lo que dice él nos fundamos para escribir esta noticia.

LA SABIDURÍA. — "Aquel, dice, a quien saludaron los siglos con el nombre de Grande, mereció con razón este elogio. Fué Grande en el reino de los cielos, según la palabra del Evan-

1 In thesauris sapientiae, del 16 de diciembre de 1931.

Conservó sin mancha la flor de la pureza que ya desde la adolescencia había consagrado a la Virgen Madre de Dios. La fama de su virtud y de su ciencia llegaron a tal punto en poco tiempo, que, a pesar de ser joven (1613), se le puso al frente del monasterio de Byten, y poco después se le nombró archimandrita de Vilna (1614); y finalmente, muy contra su voluntad, pero con gran contento de los católicos, se le nombró arzobispo de Polock, en 1617.

Con esta nueva dignidad nada mudó en su género de vida; el culto divino, la salvación de las ovejas a él confiadas ocuparon todo su corazón. Como campeón infatigable de la unidad católica y de la verdad, consagró sus fuerzas a atraer a la comunión de la Silla de San Pedro a cismáticos y herejes. Se habían propagado contra el Sumo Pontífice y la plenitud de su poder, errores impíos y desvergonzadas calumnias; nunca cejó en la tarea de rechazarlas, ya en sus discursos, ya en escritos llenos de piedad y de doctrina. Reclamó los derechos episcopales y los bienes de la Iglesia que los laicos habían usurpado. Increíble fué el número de herejes que llevó al seno de la Madre común. Fué Josafat principalmente el promotor incomparable de la unión de la Iglesia griega con la Iglesia latina, según lo afirman expresamente las declaraciones del Supremo Pontificado. Además, todas las rentas de su obispado se empleaban en restaurar el esplendor del templo de Dios, en construir asilos para las vírgenes sagradas y en otras mil obras piadosas. Era su caridad tan grande para con los desgraciados, que un día, al no encontrar nada para aliviar la miseria de una pobre viuda, empeñó su omoforio o palio episcopal.

Fueron tales los progresos de la fe católica, que en odio contra el atleta de Cristo, algunos hombres perversos conspiraron contra su vida; él mismo lo anunció en un discurso a su pueblo. El lugar de la cita fué Vitebsk. Con ocasión de la visita pastoral del

Arzobispo, los conspirados, invadiendo su casa, golpean y hieren a cuantos encuentran. Josafat, con semblante dulcísimo se presenta ante los que le buscan y, hablándoles con amor, les dice: Hijos míos, ¿por qué maltratáis a mis gentes? Si tenéis algo contra mí, aquí estoy.

Entonces, lanzándose sobre él, le magullan a golpes, le atraviesan el cuerpo con flechas, le rematan con un golpe de hacha y le arrojan al río. Era el día 12 de noviembre del año 1623; contaba Josafat cuarenta y tres años. Su cuerpo, rodeado de una luz milagrosa, fué sacado del fondo de las aguas. La sangre del mártir aprovechó a los propios parricidas antes que a nadie: condenados a muerte, casi todos abjuraron el cisma y detestaron su crimen. A la muerte del gran obispo se siguieron admirables y numerosos milagros que determinaron al Sumo Pontífice Urbano VIII a concederle los honores de los Beatos. El tres de las calendas de julio del año 1867, en la solemnidad centenaria de los príncipes de los Apóstoles, estando presente el Colegio de los Cardenales con cerca de 500 Patriarcas, Metropolitanos y Obispos de todos los ritos, reunidos de todas las partes del mundo en la basílica Vaticana, Pío IX inscribió solemnemente entre los Santos a este defensor de la unidad de la Iglesia. Fué el primer Oriental glorificado de este modo. El Papa León XIII extendió su Oficio y su Misa a la Iglesia Universal.

PLEGARIA. — "Te rogamos, Señor, excites en tu Iglesia aquel Espíritu del cual estuvo lleno tu Mártir y Pontífice San Josafat" [1]. Así reza la Iglesia, y el Evangelio completa el deseo de ella de tener jefes que se parezcan a ti [2]. El tex-

[1] Colecta de la fiesta.
[2] *S. Juan,* X, 11-16.

gelio, por haber practicado y enseñado la ley divina y por haber hermanado en sí la ciencia y la santidad. Tenía por naturaleza, se ha dicho, el instinto de las cosas grandes. Por eso, a ejemplo de Salomón, pidió con ruegos el don de sabiduría que une íntimamente al hombre con Dios, dilata los corazones y arrastra a las alturas el espíritu de los fieles. Y la sabiduría le enseñó el secreto de saber juntar una vida intelectual intensa con una vida interior profunda y una vida apostólica fructuosísima, pues él fué todo a la vez, autor de un fuerte movimiento intelectual, un gran contemplativo y un hombre de acción"[1].

SU CIENCIA Y SU SANTIDAD. — Preferiendo la oración al estudio, quiso llegar a ser un religioso santo. Pero el estudio santificado por la oración le permitió asimilarse con suma facilidad las cuestiones más difíciles de las ciencias profanas y beber en abundancia en las fuentes de la ley divina, en las aguas de la doctrina más saludable cuya plenitud poseía ya en su corazón. A la vez que contemplaba los temas más divinos y más filosóficos, se interesaba por todas las otras ciencias humanas, y a ellas llevaba las luces de su ingenio. Basta leer los títulos de las obras casi innumerables de Alberto Magno, para echar de ver que ninguna ciencia le era desconocida: ciencias naturales experimentales como la mi-

1 P. Garrigou-Lagrange, *Vie spirituelle,* 1933, p. 50.

neralogía, la botánica, la zoología; ciencias abstractas: matemáticas, filosofía, metafísica. Gran mérito suyo es el haber comprendido el valor de las obras de Aristóteles y haber sabido desvanecer las prevenciones que alimentaban contra este filósofo pagano los mejores espíritus de su tiempo. Acertó a ponerle al servicio de la teología y de la Iglesia, allanando el camino de ese modo a su gran discípulo Santo Tomás de Aquino.

Vemos en él, efectivamente, una sed insaciable de verdad, una atención que no conoce el cansancio para observar los hechos naturales, un amor a los monumentos de la sabiduría antigua; pero sobre todo un espíritu religioso que le hace percibir claramente la sabiduría admirable que brilla en las criaturas. Tal fué, en efecto, el fin supremo y constante de la vida intelectual de Alberto Magno: todo lo que de bello y verdadero pudo descubrir en la ciencia pagana, lo quiso ofrecer y consagrar al Criador, origen de toda verdad, suma de toda belleza, esencia de toda perfección. "Pues no es grande tan sólo como Doctor, lo es también en otro terreno, al orientar la doctrina hacia la vida del alma. Consagró todos sus conocimientos, toda su ciencia, su vida entera al servicio de Dios" [1] y su obra teológica da fe de una piedad tan tierna, de un deseo tan ardiente de llevar las

---

[1] Revue thomiste, t. XXXVI, p. 231.

almas a Cristo, que en ella se advierte el lenguaje de un Santo que habla de cosas santas.

SU APOSTOLADO.—Finalmente, este intelectual, este contemplativo fué apóstol: provincial de Germania, obispo de Ratisbona, predicador de la Cruzada, se mostró incansable en desarraigar los vicios, hábil en resolver conflictos, lleno de celo en la administración de los sacramentos, amigo de los pobres.

No nos admiremos de que los antiguos afirmasen que Alberto Magno era "la maravilla de su siglo", ni de que le saludasen con el título de "Doctor universal", ni de que los que le han sucedido le admiren "como sabio, como diplomático, como Príncipe de la Iglesia y sobre todo, como Santo".

SU EJEMPLO. — "A Alberto Magno, ciertamente, por razón de la alteza de sus ocupaciones, no se le puede imitar en todo. A pesar de eso, todos tenemos nuestra ocupación, por modesta que sea. Y ¡qué ejemplo de vida perfecta nos deja este religioso humilde de corazón y grande de espíritu, que comprendió lo que el Señor le exigía y lo realizó con toda su fe, su confianza y su celo! Aquí encontramos verdaderamente un ejemplo de la magnanimidad sobrenatural que con la ayuda de Dios, tiende hacia las cosas grandes que él nos pide" [1].

[1] P. Garrigou-Lagrange, *ibid.*

VIDA. — Alberto Magno nació en Lauingen, Baviera, hacia el año 1206. En su infancia recibió educación esmerada, y luego fué a estudiar Derecho a Padua. Allí se encontró con el Beato Jordán, Maestro general de los Frailes Predicadores, cuyos consejos le animaron a entrar en la familia dominicana. Al poco tiempo se distinguió por su filial y tierna devoción a la Virgen María y por la fidelidad de su observancia monástica. Enviado a Colonia para perfeccionar allí sus estudios, se le vió tan aplicado, que se diría haber penetrado todas las ciencias humanas más que otro cualquiera de sus contemporáneos.

Considerado capaz de enseñar, se le nombró lector de Hildesheim, Friburgo, Ratisbona, Estrasburgo y, por fin, de la Universidad de París, donde hizo ver la armonía que existe entre la fe y la razón, entre las ciencias paganas y la ciencia Sagrada... El más ilustre de sus discípulos fué Santo Tomás de Aquino, que luego le sucedió en la Sorbona.

Volvió a Colonia a dirigir los estudios generales de su Orden, se le nombró Provincial de Alemania y, al fin, obispo de Ratisbona. Aquí gastó su vida en favor de su rebaño y conservó sus costumbres de sencillez religiosa. Pero en 1262, a los dos años próximamente, presentó la dimisión. A partir de este momento, ejerce el ministerio de la predicación, actúa como árbitro y pacificador de príncipes y obispos, asiste al segundo concilio de Lyon y muere en 1280. Por un Decreto del 16 de diciembre de 1931, Pío XI le colocó en el número de los Santos y le nombró Doctor de la Iglesia Universal.

AMOR A LA SABIDURÍA. — "Sé nuestro intercesor, oh San Alberto, tú, que, al buscar con empeño la sabiduría y la virtud desde tus años mozos y al llevar alegremente el yugo del Señor,

sólo buscaste someter todo tu pensamiento a la obediencia de Cristo. En cambio, Cristo ha querido en nuestros días completar tu gloria presentándote ante nosotros como "una antorcha luminosa que alumbra al cuerpo de toda la Iglesia", porque trabajaste no para ti solo, sino para todos los que buscan la verdad.

"Alcánzanos el amor de esta sabiduría que en tal alto grado poseiste. Y en una época en que la ciencia se atreve a levantarse contra la fe, y deja al Maestro de toda ciencia y cae en el materialismo, demuéstranos que entre la ciencia y la fe, entre la verdad y el bien, entre los dogmas y la santidad no existe oposición ninguna, sino, al contrario, una cohesión íntima; que el estudio y la práctica de la perfección cristiana no va contra el talento personal, ni contra la fuerza de voluntad, ni se opone a la actividad política, antes bien la gracia perfecciona a la naturaleza y la comunica su nobleza admirable.

LA PAZ. — "En estos días en que todos los pueblos desean la paz, pero no se ponen de acuerdo sobre los medios para obtenerla y hasta olvidan los fundamentos de una paz verdadera, volvemos nuestros ojos a ti con confianza. Todo tu ser reflejaba la imagen de Cristo, Príncipe de la paz; tuviste en grado eminente el don de la conciliación, gracias a la autoridad de que se hallaba aureolada tu fama doctrinal y tu repu-

tación de santidad; también tomaste parte con frecuencia y felizmente en poner paz entre los estados, los príncipes y los individuos. Restablece, consolida la paz entre nosotros otorgándonos el amor a la justicia, la sumisión a la ley divina, y el buscar lo *único necesario,* a Dios, hacia quien todos caminamos y que es el único que puede unirnos sólidamente y de verdad, en esta vida y en la otra"[1].

Pide a Dios que la juventud acuda a la enseñanza cristiana con el contento con que rodeaba tu cátedra.

DEVOCIÓN A NUESTRA SEÑORA. — En fin, comunícanos tu encendida devoción hacia el misterio de la Encarnación, tu amor tierno a la Bienaventurada Virgen y permítenos usar tus propias palabras para repetir contigo: "¡Bendita seas, humanidad de mi Salvador, que te has unido a la divinidad en el seno de una Madre Virgen! ¡Bendita seas, sublime y eterna divinidad, que has querido descender hasta nosotros en la envoltura de nuestra carne! ¡Bendita seas por siempre tú, oh Divinidad, que por la virtud del Espíritu Santo te uniste a una carne virginal! ¡Bendita seas, también tú, oh María, a quien escogió para su morada la plenitud de la divinidad! ¡Oh morada de la plenitud del Espíritu Santo, yo te saludo! ¡Bendita sea igualmente la

[1] Pío XI, *loc. cit.*

purísima humanidad del Hijo, que consagrada por el Padre, nació de ti. ¡Salve, Virginidad sin mancha, elevada ahora por encima de todos los coros de los ángeles! ¡Alégrate, Reina del mundo, por haber sido juzgada digna de convertirte en templo de la purísima humanidad de Cristo! ¡Regocíjate y salta de gozo, Virgen de vírgenes, cuya carne purísima sirvió para unir en Cristo a la divinidad con la santa humanidad recibida de ti! ¡Gózate, Reina del cielo, porque tu seno castísimo ofreció una morada digna a esta santa humanidad! ¡Felicítate y vive en alborozo, Esposa de los santos patriarcas, ya que fuiste considerada merecedora de alimentar y amamantar con tus castos pechos a esta santa humanidad! Te saludo, virginidad fecunda y por siempre bendita, que nos hiciste dignos de conseguir el fruto de la vida y las alegrías de la salvación eterna. Amén."

16 DE NOVIEMBRE

SANTA GERTRUDIS, VIRGEN [1]

LA ESPIRITUALIDAD ANTIGUA. — La escuela que tiene por base la regla del Patriarca de los monjes de Occidente, comienza con San Gregorio

[1] Dom Guéranger tuvo ocasión de tratar el tema propio de esta fiesta en la edición que hizo de los *Ejercicios de* Santa Gertrudis, a los cuales nos remitimos exclusivamente en las páginas que siguen.

Magno; y ha sido tal la independencia del Espíritu Santo que la dirigía, que en ella profetizaron tanto mujeres como hombres. Basta recordar a Santa Hildegardis y a Santa Gertrudis, a cuyo lado figura con honor su compañera, Santa Matilde y la gran Santa Francisca Romana. Todo el que tenga experiencia, si ha leído una y otra vez a los autores más recientes de ascética y de mística, no tardará en advertir un sabor peculiar, una autoridad dulce que no avasalla, pero arrastra. Aquí no encontramos nada de la habilidad, ni de la estrategia, ni del análisis sabio que se ven en otras obras; procedimientos más o menos afortunados, cuya aplicación no se repite sin riesgo de que lleguen a cansar.

El P. Faber ha puesto de manifiesto con su sagacidad habitual las ventajas de esta forma de espiritualidad que respeta la libertad del espíritu y, sin método riguroso, produce en las almas disposiciones cuya razón íntima no siempre conocen los métodos modernos. "Nadie puede leer, dice, los escritores espirituales de la antigua escuela de San Benito sin advertir con admiración la libertad de espíritu de que estaba penetrada su alma. Santa Gertrudis nos ofrece un buen ejemplo; por doquiera se advierte en sus obras el espíritu de San Benito. El espíritu de la religión católica es un espíritu fácil, un espíritu de libertad; y esto principalmente fué lo que distinguió a los ascéticos benedictinos de

la antigua escuela. Los escritos modernos han tratado de puntualizarlo todo y en este deplorable método hay más inconvenientes que ventajas" [1].

Los "Ejercicios". — Por otra parte hay que decir que se dan diversos caminos, y que todo camino que lleve al hombre hacia Dios mediante la reforma de sí mismo, es un camino bueno. Tan sólo hemos intentado decir una cosa, a saber: que el que toma por guía de su conducta a un Santo de la escuela antigua, no perderá el tiempo, y que si tal vez encuentra menos filosofía y menos psicología en su camino, en cambio le puede caber la suerte de ser reducido por la sencillez y la autoridad del lenguaje, de ser conmovido y después conquistado por el sentimiento del contraste que existe entre él y la santidad de su guía. Tal es el cambio feliz que ordinariamente experimentará un alma que, al proponerse estrechar sus relaciones con Dios y afianzada ya en su rectitud de intención y en sincero recogimiento, quiera seguir a Santa Gertrudis, de un modo particularísimo en la semana de los *Ejercicios* que nos trazó. Casi nos atreveríamos a prometerla que saldrá muy otra de la que entró. Y podemos suponer que la repetirá otras veces y con gusto; pues no recordará haber sentido

1 Todo por Jesús, c. VIII, 8.

la menor fatiga ni encadenada tampoco la libertad de su espíritu siquiera un instante. Habrá podido sentirse avergonzada al verse tan cerca de un alma santificada y a sí misma tan lejos de la santidad; pero habrá advertido que, teniendo, a pesar de todo, el mismo fin que esa alma, la es necesario salir del camino muelle y peligroso que la conduciría a la perdición.

El método de Santa Gertrudis. — Si se nos pregunta de dónde viene a esta Santa ese imperio que ejerce sobre todo el que se determina a escucharla, responderíamos que el secreto de su influencia reside en la santidad de que está llena; no demuestra el movimiento, la basta con andar. Si un alma bienaventurada bajase del cielo para convivir algún tiempo con los hombres y hablase la lengua de la patria en esta tierra de destierro, transformaría a cuantos tuviesen la dicha de oírla. Santa Gertrudis, admitida ya desde este mundo a la más íntima familiaridad con el Hijo de Dios, se diría que tiene algo del acento de esta alma; por eso, sus palabras son como flechas penetrantes que dan en tierra con toda la resistencia de los que se ponen a su alcance. La inteligencia queda iluminada con esta doctrina tan pura y tan alta, aunque Gertrudis nos discursea; el corazón se conmueve, y con todo, Gertrudis únicamente a Dios dirige la palabra; el alma se juzga a sí misma, se con-

cólica y reflexiva de la primera; pero Gertrudis, instruída en la lengua latina, reanimada continuamente con la lectura de las Sagradas Escrituras y los Oficios divinos que no tienen para ella obscuridades, emplea un lenguaje cuya riqueza y fuerza nos parece que superan en general a las efusiones inmortales del corazón de Teresa, para quien no fueron tan familiares la liturgia ni la Biblia.

Santa Gertrudis se dirige a todos. — Esto no obstante, no se asuste el lector con el pensamiento de verse de súbito guiado por un Serafín, mientras su conciencia le da testimonio de que tiene que hacer aún larga parada en la vía *purgativa*, antes de pensar en recorrer los caminos que acaso no se abran nunca ante él. Escuche con sencillez a Gertrudis, contémplela y tenga fe en el punto de llegada. La Santa Madre Iglesia, al poner en nuestros labios los Salmos del Rey-Profeta, sabe muy bien que sus expresiones exceden muchas veces los sentimientos de nuestra alma; pero el medio de llegar a ponernos al unísono con estos divinos cánticos, ¿no le tenemos en recitarlos frecuentemente con fe y humildad, y conseguir de ese modo la transformación que no obraría ningún otro medio? Gertrudis nos desprende suavemente de nosotros mismos y nos guía a Jesucristo, llevándonos mucha delantera, pero sin dejar de arrastrarnos tras sí. Camina derechamente al cora-

zón de su Esposo divino; nada más justo; pero ¿no la quedaríamos ya bastante agradecidos si nos lleva a los pies del Maestro como otra Magdalena arrepentida y regenerada?

Ni siquiera cuando escribe más directamente para sus monjas, debemos pensar que la lectura de esas páginas sea inútil para los que están obligados a vivir en el siglo. La vida religiosa expuesta por un intérprete así, es un espectáculo tan instructivo como elocuente. ¿Quién no sabe que la práctica de los preceptos se hace más fácil a todo el que se ha impuesto el trabajo de profundizar y de admirar la de los consejos? El libro de la *Imitación* ¿qué es sino el libro de un monje escrito para monjes? Y sin embargo de eso, anda en todas las manos. Los escritos y la doctrina de Santa Teresa se refieren a la vida religiosa, pero ¡cuántos son los seglares que se deleitan leyendo las obras de la virgen del Carmelo!

Ya nos guardaremos bien de analizar aquí las maravillas que hay que contemplar en sí mismo. Santa Gertrudis tiene que asombrar y a más de un lector ha de chocar, en esta sociedad nuestra desacostumbrada al lenguaje robusto y de colorido de las épocas de fe, entregada, en lo que se refiere a la piedad, por las insulseces, por las pretensiones mundanas de los libros de devoción que se publican todos los días. ¿Qué hacer, pues? Si se olvidó el lenguaje de la antigua piedad que formaba a los Santos, lo mejor sería volver de

dena, se renueva por la compunción, y eso no obstante, Gertrudis nunca intentó ponerla en un estado ficticio.

Santa Escritura y Liturgia. — Y si ahora quiere uno saber el porqué de la gracia especial que acompaña a su lenguaje, indague cuál es la suerte de los sentimientos que tuvo la santa y cuál la de las palabras con que se expresó. Todo emana de la divina palabra, no sólo de la que Gertrudis oyó de boca del Esposo celestial, sino también de la que gustó ella, con la cual se alimentó en los libros sagrados y en la Sagrada Liturgia. Esta hija del claustro no dejó un solo día de sacar luz y vida de las fuentes de la contemplación verdadera, de la contemplación que gusta el alma saciándose en la fuente de agua viva que brota de la salmodia y de las palabras inspiradas de los divinos oficios. De tal modo se halla embriagada de este licor celestial, que todas sus palabras manifiestan el atractivo que encontraba en él. Su vida es tal, tan embebida totalmente en la Liturgia de la Iglesia, que vemos de continuo en sus revelaciones al Señor acercándose a ella y manifestándole los misterios del cielo; a la Madre de Dios y a los Santos apareciéndosela y conversando con ella a propósito de una Antífona, de un Responso, de un Introito que Gertrudis canta y saborea deliciosamente.

De aquí ese lirismo que encontramos en ella, que ella no busca, pero que la es como natural; ese santo entusiasmo del que no puede librarse, y que la lleva a producir tantas páginas, en las que la belleza literaria se diría que llega a la altura de la inspiración mística. Esta monja del siglo XIII, desde el interior del monasterio de Suavia, resolvió el problema de la poesía espiritualista antes que Dante. Unas veces es la ternura de su alma que se desahoga en una elegía patética; otras, el fuego que la devora, estalla en encendidos transportes; en ocasiones es la forma dramática la que emplea para expresar el sentimiento que la domina. A veces se interrumpe este vuelo sublime: la competidora de los Serafines parece que quiere volver a bajar a la tierra, mas es para irse otra vez pronto y elevarse a más altura todavía. Entre su humildad, que la tiene clavada en el polvo, y su corazón que suspira por Jesús, el cual la atrae y la ha dado tantas muestras de su amor, existe una lucha incesante.

GERTRUDIS Y TERESA. — A nuestro juicio, los pasajes más sublimes de Santa Teresa comparados con las efusiones de Santa Gertrudis, no disminuirían en nada la inefable belleza de éstas. Aún más: creemos que la virgen alemana llevaría ventaja muchas veces a la virgen española. Ardiente e impetuosa, la segunda no tiene, es cierto, esa ligera apariencia un poco melan-

nuevo a él y a buen seguro Santa Gertrudis nos podría servir mucho en eso.

Larga sería la lista de los admiradores de Santa Gertrudis. Pero hay una autoridad que se impone todavía más: la de la Iglesia. Esta Madre de los fieles, dirigida siempre por el divino Espíritu, dió su testimonio a través del órgano de la Sagrada Liturgia. La persona de Gertrudis y el espíritu que la animaba, quedan en ella para siempre recomendados y ensalzados a los ojos de todos los cristianos, por el juicio solemne del Oficio de la Santa [1].

VIDA. — Santa Gertrudis entró en 1261 en el monasterio de Helfta, cerca de Eisleben, en Sajonia. Tenía entonces cinco años. Ciertamente huérfana, la prueba y el renunciamiento, junto con las observancias monásticas, formaron su alma y la dispusieron a recibir dones excepcionales de Dios. Tres religiosas ejercieron en ella una profunda influencia: Gertrudis de Hackerborn, abadesa suya, la monja Mectildis de Magdeburgo que era hermana de la Abadesa, y Santa Mectildis.

Cuando contaba próximamente 24 años fué favorecida con revelaciones divinas que nos dejó consignadas en su libro "Embajador del amor divino". Escribió además sus "Ejercicios" y murió el 17 de noviembre de 1301 o 1302. Las Revelaciones se publicaron muy tardíamente y su nombre no se inscribió en el Martirologio hasta 1677. Las Indias Occidentales la tomaron como Patrona y el Nuevo Méjico levantó una ciudad en su honor [2].

---

1 Dom Guéranger, *Les Exercices de sainte Gertrude* (1863) en el Prólogo.

2 *Les Exercices de sainte Gertrude,* Solesmes, 1942.

Para que puedan los fieles expresar su piedad a Santa Gertrudis, ponemos aquí uno de los himnos que la Orden benedictina la dedica en su Liturgia, y a continuación una de las Antífonas y la Oración.

HIMNO

Gertrudis, santuario de la divinidad, unida al Esposo de las vírgenes, permítenos cantar tus castos amores y tu alianza nupcial.

A los cuatro años escasos y ya prometida a Cristo, vuelas al claustro; te arrancas de los brazos de tu nodriza, y sólo aspiras a las divinas caricias del Esposo.

Semejante al lirio sin mancilla, exhalas un aroma que alegra a los cielos, y el brillo de tu virginal hermosura atrae hacia ti al Rey de aquella dichosa mansión.

El que vive en el seno del Padre, rodeado de una gloria eterna, se hace tu Esposo y se digna descansar en tu amor.

Heriste a Cristo con este amor, y él hiere a su vez tu corazón también, y graba en él con dardos de fuego los estigmas de las llagas que recibió.

¡Oh amor inefable! ¡Oh trueque maravilloso! El es quien respira en tu corazón: su soplo es para ti el principio de la vida.

El coro bienaventurado de las vírgenes celebre tus alabanzas, ¡oh Jesús Esposo suyo! Sea la misma gloria al Padre y al Paráclito divino. Amén.

ANTIFONA

Oh dignísima esposa de Cristo, la luz profética te iluminó, el celo apostólico te inflamó, la corona

de las vírgenes ciñó tu frente, y las llamas del amor divino te consumieron.

ORACION

Oh Dios, que preparaste una habitación llena de atractivos en el corazón purísimo de la bienaventurada virgen Gertrudis, concédenos por sus méritos y su intercesión borrar los pecados de nuestro corazón, para que merezca ser después habitado por tu majestad divina. Por Jesucristo Nuestro Señor.

ELEVACIÓN AL AMOR DIVINO. — Tú, que nos manifestaste el Corazón sagrado, qué mejor oración podríamos hacer en tu honor que decir contigo, volviéndonos hacia el Hijo de la Santísima Virgen:

"Oh luz serena de mi alma, Mañana hermosísima de luces tan suaves, amanece ya en mí. Oh amor que no sólo alumbras, sino que deificas, ven con tu poder a mí y disuelve dulcemente todo mi ser. Destruye lo que es mío y transfórmame íntegramente en ti, para que nunca vuelva a encontrarme mientras dure mi destierro, antes bien esté unida estrechamente contigo por toda la eternidad.

"Tú me amaste el primero; tú me elegiste. Tú eres el que asistes con presteza a la criatura sedienta; y en tu frente resplandece el rayo de luz eterna. Muéstrame tu rostro, bañado en los rayos del sol divino. ¿Cómo va a subsistir la centella lejos del fuego que la produjo? ¿Cómo se

va a conservar la gota de agua fuera de la fuente de donde salió? Oh Amor, ¿por qué me amaste a mí, criatura y pecado, sino para hacerme bella en ti? Eres la flor delicada que produjo la Virgen María, y tu misericordiosa bondad me sedujo y me arrastra. Amor, ¡oh bello mediodía mío!, querría morir mil veces, para descansar en ti.

"Oh Caridad, cuando se cierren mis ojos por última vez, ayúdame con tus palabras, que son más deliciosas que los vinos generosos; tú serás mi camino; concédeme, oh Reina mía, llegar a los pastos encantadores y fértiles que oculta el desierto divino, donde por fin, embriagada de felicidad, seré admitida a gozar de la presencia del Cordero que es mi Esposo y mi Dios. Oh amor que eres Dios. El cielo y la tierra sin ti ni los esperaría ni los desearía tampoco: completa y acaba en mí esta unión que con todo ardor tú deseas; sea ella mi fin, la consumación de mi ser. En tu cara brillan, mi amadísimo Dios, rayos de luz como del lucero de la tarde; cuando muera, dígnate mostrármelos.

"Oh Amor, oh mi amadísima Tarde: la llama sagrada que arde eternamente en tu divina esencia, consuma en este momento todas las faltas de mi vida. Oh mi dulcísima Tarde, hazme dormir en ti con un sueño tranquilo y saborear aquel descanso feliz que has preparado para los que amas. Con la mirada de tu amor hermoso, suave y grato en extremo, ordena y dispón dig-

toda dé un dulce adiós a su cuerpo, y que mi espíritu, volviéndose al Señor que le creó, descanse en paz bajo de tu sombra amada" [1].

17 DE NOVIEMBRE

SAN GREGORIO TAUMATURGO, OBISPO Y CONFESOR

MOISÉS Y GREGORIO. — Moisés, *instruído en toda la sabiduría de los egipcios, poderoso en palabras y obras* [2], se retira al desierto; Gregorio, dotado de las mejores cualidades de nacimiento y de naturaleza, retórico brillante, rico en toda ciencia, oculta a los hombres su floreciente juventud y corre a ofrecer a Dios en la soledad el holocausto que agrada al Señor. Los dos, esperanza de su pueblo, se apartan de él para perderse en la contemplación de los misterios del cielo. Y entre tanto, el yugo del Faraón pesa sobre Jacob; entre tanto las almas se

1 Del quinto Ejercicio: Para [illegible]

¿Deberá, pues, el hombre, proclamarse salvador, cuando ese nombre ni Jesús se lo arrogó a sí mismo [1]? Y viendo que el mal iba en aumento por doquier, el obrero de Nazaret ¿no tuvo razón al quedarse en la oscuridad los 30 años que precedieron a su ministerio tan corto? Doctores de nuestros febriles días, que soñáis en una ordenación nueva de las virtudes y entendéis la divina caridad de modo distinto que nuestros padres, no sois de la raza de los salvadores de Israel [2], porque sobre la salvación social pensáis al revés que el Salvador del mundo.

Gregorio fué como el Moisés de esta raza bendita. Amigos y enemigos estaban acordes en decir que recordaba al legislador de los hebreos por la excelencia de la virtud y el esplendor de los prodigios obrados por su mandato [3]. El celo por conocer a Dios y por darle a conocer a los hombres corría parejas en ambos, e igual era también el que tenían por llevar a los hombres a Dios; la plenitud de doctrina es el don primero de los guías de pueblos y su pobreza en este punto la peor de las insuficiencias [4].

Yo soy el que soy, responde Dios a la pregunta de Moisés; de en medio de la zarza ar-

diendo, la sublime fórmula que se le ha enseñado, autoriza la misión que le manda salir del desierto [1]. Al sonar la hora para Gregorio de ir al mundo en nombre de Dios, la Virgen bendita, de quien fué figura [2] la zarza de Horeb, se presenta a sus ojos deslumbrados en la noche profunda en que imploraba luz, y Juan, que acompaña a la Madre de Dios, deja caer de sus labios de evangelista esta otra fórmula que completa a la primera, para uso de los discípulos de la ley de amor:

"Un solo Dios, Padre del Verbo vivo, de la Sabiduría subsistente y poderosa, que es su expresión eterna, principio perfecto del Hijo único y perfecto por él engendrado. Un solo Señor, único engendrado del único, Dios de Dios, Verbo eficaz, Sabiduría que abarca y sostiene al universo, poder creador de toda criatura, verdadero Hijo de un Padre verdadero. Y un solo Espíritu Santo que tiene de Dios el ser divino, revelado a los hombres por el Hijo cuya semejanza perfecta es, vida que causa la vida, santidad que comunica el ser santo. Trinidad perfecta, inmutable, inseparable en gloria, eternidad y dominación" [3].

Es el mensaje que nuestro Santo tiene que hacer llegar a su país, el símbolo que llevará su nombre en la Iglesia de Dios. Con su fe en el

---

1 *Ex.*, III.
2 *Antífona,* Rubum quem viderat Moyses.
3 Gregorio Niseno, Vita Gregor. Thaumaturgi.

primero de los misterios, levantará las montañas y hará volver atrás las aguas, vaciará el infierno y arrojará del Ponto la infidelidad. Hacia el año 240, Gregorio, ya obispo, cuando emprende el viaje a Neocesarea, no ve por todas partes más que templos de ídolos y se detiene durante la noche en un santuario famoso. A la mañana siguiente los dioses se escapan y se niegan a volver; pero el Santo envía a su dirección al sacerdote del oráculo una orden redactada del modo siguiente: *Gregorio al Diablo: Vuelve a entrar* [1]. Otra derrota más amarga, en efecto, esperaba a la cohorte infernal; obligada a detener su marcha precipitada, tiene que asistir a la ruina de su imperio en las almas que embaucó. Su sacerdote es el primero en confiarse al obispo y se hace subdiácono; al poco tiempo se derrumban los templos por todas partes y sobre sus escombros se erige la Iglesia de Cristo, el solo Dios.

Iglesia santa, tan sólidamente fundada que la herejía fué impotente contra ella en el siglo siguiente durante la tempestad arriana, en la que tantas otras se rindieron. Según el testimonio de San Basilio, los sucesores de San Gregorio, eminentes también, formaban en Neocesarea a modo de adorno de piedras preciosas [2] una corona de brillantes estrellas [3]. Pues, como

1 Gregorio Niseno, Vita Gregr. Thaumaturg.
2 Basil. Carta XXVIII *al.* LXII.
3 Carta CCIV *al.* LXXV.

dice San Basilio, todos estos prelados tomaban a pecho el sostener el recuerdo del gran antecesor, no tolerando que un acto cualquiera, una palabra, ni siquiera un modo distinto del suyo en los ritos sagrados, prevaleciesen sobre las tradiciones que él había dejado [1].

Al establecer Clemente XII en toda la Iglesia la fiesta de Santa Gertrudis, determinó desde un principio que se celebraría en esta fecha, como continúa celebrándola la Orden de San Benito. Pero, como el 17 de noviembre, dice Benedicto XIV, se viene dedicando desde hace muchos siglos a la memoria de Gregorio Taumaturgo, parecía conveniente, que el que trasladaba los montes no fuese él también trasladado de su día por la virgen; y así desde el año de 1739, o sea, al siguiente de la institución de la nueva fiesta, ésta quedó fijada para en adelante en el 16 de dicho mes.

Leamos el breve resumen que la Liturgia dedica al gran Taumaturgo.

VIDA. — Gregorio nació en Neocesarea hacia el año 213. Fué discípulo de Orígenes y llegó a obispo de su ciudad natal. Ilustre por su doctrina y su santidad, lo fué más aún por el brillo y el número de sus milagros extraordinarios, que le valieron el nombre de Taumaturgo, pudiéndosele comparar, según San Basilio, con Moisés, con los Profetas y los Apóstoles. Con su oración trasladó una montaña que le impedía construir una Iglesia. Igualmente en otra ocasión secó un estanque que era motivo de discordias entre her-

[1] De Spir. S. XXIX.

manos. Atajó también las inundaciones del Lico, que causaba estragos en los campos, clavando en la orilla su bastón que echó raíces al momento y se convirtió después en un gran árbol constituyendo así un límite que el río no traspasó en lo sucesivo.

Expulsó muchas veces a los demonios de los ídolos y de los cuerpos y realizó otros muchos prodigios, en atención a los cuales abrazaron la fe de Jesucristo catervas de hombres: poseía además el espíritu de los profetas, pues anunciaba lo futuro. Estando ya para morir, al quererse enterar del número de infieles que quedaban en Neocesarea, se le informó que sólo eran diecisiete y, dando gracias a Dios, dijo: Ese mismo número contaba de fieles al principio de mi episcopado. Escribió muchas obras que, como sus milagros, honran a la Iglesia de Dios. Murió entre 270 y 275.

La fe. — Santo Pontífice, tu fe trasladando las montañas y dominando las aguas, justificó la promesa del Señor [1]. Enséñanos a respetar el Evangelio no dudando jamás de la palabra divina y de la ayuda que nos promete contra el diablo, que, como hoy nos dice la Iglesia [2], es la montaña orgullosa que hay que arrojar al mar, contra el desenfreno de las pasiones y los atractivos del mundo, cuya vanidad describes como el Sabio en tus escritos [3]. Enséñanos también a no olvidar el beneficio del auxilio del cielo después de la victoria; líbranos de la ingratitud que tan odiosa te fué.

---

1 *S. Marcos,* XI, 22-24.
2 Homilía de San Beda.
3 Metaphrasis in Ecclesiastem Salomonis.

Poseemos para siempre el elogio admirable que te dictó tu agradecimiento al ilustre maestro a cuyas enseñanzas debes, después de Dios, la firmeza y el esplendor de tu fe, que fué tu gloria [1]. Lección preciosa y práctica para todos: al honrar a la Providencia divina en el hombre que fué para ti instrumento predestinado, no olvidaste el homenaje al Angel de Dios que apartó tu paso de los abismos en la noche de la infidelidad en la que rodaron tus primeros años; guardián celeste, abnegado, siempre alerta, instruído, perseverante, suplidor de nuestras insuficiencias, nos sustenta, nos instruye a cada uno de nosotros, nos lleva de la mano, proporcionando a las almas a través de los tiempos y del espacio esas coyunturas inapreciables que transforman la vida y aseguran la eternidad [2].

La acción de gracias. — Pero ¿cómo dar gracias de modo digno, criaturas pecadoras, al autor primero de todos los bienes, al Ser infinito, que pone a disposición del hombre sus ángeles y los intermediarios visibles de la gracia divina en el mundo? Pero tengamos confianza; pues tenemos por cabeza a su primogénito, a su Verbo, que salvó nuestras almas y gobierna el universo. El solo puede sin dificultad dar al Padre continuas y eternas acciones de gracias por sí mismo y por todos y cada uno, sin riesgo de ig-

1 In Originem oratio panegyrica.
2 Ibíd., IV.

norancia u olvido en la alabanza, sin peligro de imperfección en sus cantos. A él, pues, al Verbo Dios, oh Gregorio, remitimos como tú la legítima inquietud de perfeccionar los acentos de nuestro agradecimiento, en atención a las inefables delicadezas del Padre que está en los cielos; pues el Verbo es para nosotros, como lo fué para ti, el único camino de la misericordia, del agradecimiento y del amor [1]. Quiera Dios suscitar en nuestros tiempos pastores que recuerden tus obras, y hacer abrir los ojos a las antiguas Iglesias de ese Oriente que tú iluminaste.

18 DE NOVIEMBRE

LA DEDICACION DE LAS BASILICAS DE LOS SANTOS APOSTOLES PEDRO Y PABLO EN ROMA

En el mes de agosto hemos celebrado la Dedicación de la Basílica de Santa María la Mayor y últimamente la del Salvador de Letrán; y ahora nos invita la Iglesia a celebrar en un mismo día las dos basílicas de San Pedro y San Pablo, en Roma. Estas son las cuatro basílicas que los peregrinos deben visitar en los años

1 In Originem oratio panegyrica, IV.

jubilares para ganar la gran indulgencia que los Papas suelen conceder cada 25 años.

Si no podemos ir a Roma y orar en estos templos augustos, la Liturgia, al menos, nos ayuda a participar de las gracias que piden los peregrinos en las tumbas de los Apóstoles y que la Iglesia imploró para todos los fieles en el día de la Dedicación.

La basílica de San Pedro. — Después de sufrir el martirio que según todas las probabilidades tuvo lugar en el circo mismo de Nerón, los restos de San Pedro fueron enterrados al otro lado de la Vía Cornelia; más tarde fueron expuestos a la veneración de los fieles en una capilla pequeña que edificó el Papa Anacleto y que hasta el siglo tercero fué el lugar de las sepulturas papales.

A continuación de la paz de la Iglesia, Constantino mandó erigir sobre la tumba del príncipe de los apóstoles una basílica que terminó Constantino II y en 806 destruyeron los sarracenos. Esta basílica sirvió de teatro a solemnidades grandiosas: en su recinto se celebraba al fin de las cuatro témporas la Vigilia de las ordenaciones en ella se terminaba la magna "Letanía" del 25 de abril y en ella fué consagrado y coronado el emperador Carlomagno.

Restaurada, aunque modificada totalmente de aspecto, la basílica existía aún en el siglo XV.

Pero con la ausencia de los Papas, durante su estancia en Avignon, se deterioró tanto, que Nicolás V decidió derribarla y reconstruirla en el mismo lugar. Su sucesor Julio II confió la obra en 1505 a Bramante. Al morir éste la continuó Miguel Angel, que fué también el que levantó la grandiosa cúpula que domina a la basílica siendo su mayor ornamento, realmente fascinador. Por fin, el 18 de noviembre de 1626, terminada ya la basílica, Urbano VIII la consagró.

A partir del fin de la edad media, los Papas dejaron su palacio de Letrán por el del Vaticano, trasladando a San Pedro, por el hecho mismo, muchas solemnidades. El concilio ecuménico de 1870 consagró este cambio, y poco después, la basílica Vaticana se convertía, por la fuerza de las cosas, en la catedral efectiva de los Papas. En sus criptas descansan los restos de muchos de ellos, desde Inocencio XI (1676-1689) hasta San Pío X y sus sucesores, sin contar los Pontífices de la Edad Media cuyos restos se trasladaron a las mismas.

LA BASÍLICA DE SAN PABLO. — Desde el lugar de su martirio "ad Aquas Salvias", el cuerpo del apóstol San Pablo fué llevado a dos millas próximamente de Roma y enterrado en la Vía de Ostia. Allí se construyó un oratorio, muy parecido al de San Pedro del Vaticano, atribuído comúnmente al Papa Anacleto.

Constantino levantó encima de esta tumba una basílica cuyas dimensiones le parecieron demasiado modestas al emperador Valentiniano, el cual, en el 368, dispuso reemplazarla por una amplia basílica de cinco naves. Teodosio continuó la obra comenzada y su hijo Honorio la terminó. Los estragos cometidos por los Sarracenos siendo Papa San León IV (847-855), determinaron a Juan VIII (872-882) a rodear la basílica y el monasterio ya existente con una muralla y fundar de ese modo una ciudad fortificada que tomó el nombre de Johannópolis. La Basílica conservó su antiguo aspecto hasta el incendio que la destruyó la noche del 15 al 16 de julio de 1823.

A las llamadas de los Papas respondieron al punto los donativos de toda la cristiandad y aun de los disidentes e infieles, y el 5 de octubre de 1840, Gregorio XVI pudo consagrar el transepto y el altar mayor, debajo del cual quedó oculta la tumba del Apóstol. Catorce años después, la definición de la Inmaculada Concepción (8 de diciembre de 1854), daba la oportunidad de asistir el 10 de diciembre a 185 cardenales, arzobispos y obispos a la dedicación que Pío IX hacía del nuevo San Pablo. El Papa quiso conservar la conmemoración de la Dedicación en la fecha tradicional del 18 de noviembre, y León XIII el 27 de agosto de 1893 elevó la fiesta al rito de doble mayor para toda la Iglesia.

19 DE NOVIEMBRE

SANTA ISABEL DE HUNGRIA, DUQUESA DE TURINGIA

LAS FAMILIAS DE SANTOS. — Si bien todos los elegidos brillan en el cielo con un resplandor propio, Dios se complace en agruparlos por familias, como lo hace en la naturaleza con los astros del firmamento. En el cielo de los Santos, lo que preside a esta agrupación de constelaciones es la gracia; pero a veces parece que Dios quiere recordarnos aquí que gracia y naturaleza le tienen por común autor; y a pesar de la caída, invitando a una y a otra a honrarle a la vez en sus elegidos, hace de la santidad como un patrimonio augusto que se transmiten de generación en generación los miembros de una misma familia terrena.

Entre estas razas benditas ocupa un puesto de grandeza singular la antigua línea real de Hungría, a la que el capricho de los parentescos la permite llevar a todas las casas coronadas de la decrépita Europa el ascendiente de una santidad que muchos de sus hijos adquirieron. La más ilustre de éstos, y la más amable también, es Santa Isabel. Después de San Esteban, San Emerico y San Ladislao se nos presenta ella como la más encantadora armonía de la

naturaleza, juntamente con su hija Gertrudis de Turingia, su tía Eduvigis de Silesia y sus primas o sobrinas y resobrinas Inés de Bohemia, Margarita de Hungría, Cunegundis de Polonia, Isabel de Portugal.

MODELO DE VITUDES. — "Ella es, escribía Pío XI, la gloria de su pueblo; la mujer fuerte, igual a la que el autor de los *Proverbios* colma de alabanzas y cuyas espléndidas virtudes se deben recordar" [1]. Ahora bien, Dios nos presenta a Santa Isabel como un modelo acabado de caridad con los pequeños y los pobres, de humildad y de unión con Dios.

Desde su infancia, eran sus delicias poder socorrer las necesidades de los desgraciados y, al llegar a la edad en que pudo disponer de su fortuna, la puso al servicio de los enfermos que ella misma cuidaba en un hospital fundado a sus expensas, y de las viudas y huérfanos, a quienes iba a visitar en sus miserables chozas.

En su gran humildad, ella fué la primera en Alemania que entró en la Orden Tercera de San Francisco, y quiso vivir pobre a ejemplo de su Seráfico Padre, aceptando el ser despojada de todos sus bienes; y, cuando éstos la fueron devueltos, continuó viviendo en una pobre cabaña, para parecerse más a Jesucristo, que se hizo el más pobre de los hombres.

1 Carta de Pío XI "Felix faustumque eventum" del 10 de mayo de 1931.

Finalmente, en medio de todas sus obras de misericordia y de todas sus pruebas, conservaba unida su alma a Dios mediante una oración fervorosa. Por eso, la Liturgia la puede aplicar, mejor que a otra cualquiera, esta antífona del Oficio de las Santas: "Desprecié los tronos del mundo por el amor de mi Señor Jesucristo. A él le veo y le amo; a él le escogí y en él puse mi confianza."

VIDA. — Isabel nació en 1207; era hija de Andrés II, rey de Hungría. Apenas contaba cuatro años cuando vino a la corte de Turingia, donde se casó en 1221 con el landgrave Luis. Matrimonio feliz: el príncipe comprendió admirablemente a su jovencísima esposa y la dió libertad para practicar sus devociones y sus penitencias al mismo tiempo que él abría de par en par su bolsa a su inagotable caridad. Esposa y madre ejemplar: Isabel se levantaba de noche y pasaba largas horas en oración.

Comenzaron las pruebas con la partida del duque Luis a la Cruzada. Tan pronto como supo su muerte (1227) y la de Enrique Raspan, hermano del landgrave, renunció a los Estados del difunto.

Arrojada de su casa con sus cuatro hijos, el último de los cuales sólo contaba unos meses; sin recursos, tuvo que buscar en pleno invierno una casa que la crueldad de su cuñado prohibía a los habitantes procurársela. Entonces experimentó la mayor indigencia y se consideró feliz al conseguir un cortijo donde ponerse al abrigo.

Poco después se la devolvió su fortuna; pero ella quiso continuar entre sus pobres. En medio de ellos, en una casucha de paredes de paja y barro, murió

el 17 de noviembre de 1231, a los 24 años. Cuatro después, la canonizaba Gregorio IX y su culto se extendió rápidamente a toda la Iglesia.

PLEGARIA. — ¡Qué lección das al mundo al subir al cielo, oh Santa Isabel! La pedimos con la Iglesia para nosotros y para todos nuestros hermanos en la fe: consigan tus ruegos de Dios misericordioso que se abran nuestros corazones a la luz de las enseñanzas de tu vida y desprecien la felicidad del mundo para estimar únicamente los consuelos del cielo. Nos lo dice hoy mismo el Evangelio en honor tuyo: El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido, a una perla de valor infinito; el hombre sabio y ducho en negocios vende todo lo que tiene para adquirir el tesoro o la perla. *Buen negocio* que supiste entender, afirma la Epístola, y que constituyó a tu alrededor la fortuna de todos: de tus afortunados súbditos, ayudando a los cuerpos y levantando a las almas; de tu noble esposo, que gracias a ti, ocupó una silla entre los príncipes que supieron trocar la diadema terrena por la eterna corona; y finalmente de todos los tuyos, de los que fuiste la gloria más pura y de los cuales muchos te siguieron tan de cerca por el camino del renunciamiento que lleva al cielo.

Intercede por tu desventurado país que sufre en nuestros días una persecución tan atroz. Concede a todos los sacerdotes y fieles que imi-

ten y consigan los frutos del sacrificio de su primer Pastor y perseveren siempre fieles a la fe católica, apostólica y romana. Y tu oración tenga poder suficiente sobre el corazón de Dios para alcanzar que se abrevien los días de prueba y que Hungría, libre ya pronto de sus enemigos, vuelva a ver los días claros de su historia pasada y que "Alemania tan puesta a prueba aprenda también que sólo de la caridad de Cristo hay que esperar la salvación de las naciones" [1].

EL MISMO DIA

SAN PONCIANO, PAPA Y MARTIR

San Ponciano murió en Cerdeña el 28 de septiembre del 235. El 230 sucedió al Papa San Urbano I, sucesor éste a su vez de San Calixto I. Su Pontificado se vió turbado por la continuación del cisma que había provocado Hipólito, a quien le conquistó mucha fama su severidad moral y sus talentos de computista, de exégeta y de liturgista. Al desencadenar la persecución Maximino, el Papa y su adversario fueron enviados desterrados a las mazmorras de Cerdeña. Entre los romanos, el destierro equivalía a la muerte civil. San Ponciano presentó su dimisión

[1] Carta de Pío XI "Felix faustumque eventum" del 10 de Mayo de 1931.

como obispo de Roma. Los padecimientos que juntos toleraron por la fe, reconciliaron a Ponciano e Hipólito, y el cisma terminó con la elección de San Antero. El sucesor de éste, San Fabián, llevó a Roma los cuerpos de ambos mártires, siendo desde entonces objeto de veneración para el pueblo cristiano.

ORACIÓN. — "Atraiga tu rebaño, Pastor eterno, tus benévolas miradas; no le retires tu perpetua protección por los méritos del bienaventurado Ponciano, Sumo Pontífice y Mártir, a quien hiciste Pastor de toda la Iglesia. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

20 DE NOVIEMBRE

SAN FELIX DE VALOIS, CONFESOR

LA LIBERTAD CRISTIANA. — Otra vez nos encontramos en el calendario litúrgico con un Santo que trabajó con ardor por libertar a sus hermanos de la servidumbre. Tal vez tendríamos motivo de sobra para hablar de la servidumbre, tan triste como la esclavitud de los tiempos paganos, que padecen muchos pueblos oprimidos por un poder despótico que hace sentir su tiranía a las almas y a los cuerpos. Pero, al fin ya del año litúrgico, preferimos recordar otra vez más

la naturaleza de la libertad que consigue el hombre por su adhesión a nuestro Señor Jesucristo mediante la fe.

"La vida del que fué justificado por la fe y el bautismo, lo sabemos, es paz con Dios, alegría y libertad. Libertad, dos veces libertad: por razón de lo que el bautismo destruyó en nosotros y por lo que ha edificado. Pero importa mucho definir lo que es la libertad, y su contrario, la servidumbre.

"Soy siervo si vivo sujeto a la servidumbre de quien no debo, si el tirano ejerce su poder sobre mí a la fuerza y exteriormente, si me asocia contra mi voluntad a acciones viles, si una de mis partes, la más noble, protesta contra las villanías en que emplea su despótico poder. Sin duda ninguna, en esos casos existe la servidumbre.

"Pero cuando estoy bajo la dependencia y en las manos de quien debo; cuando la fuerza que se emplea en mí, obra en lo íntimo, es decir, se dirige a la inteligencia y a la voluntad; cuando me hace trabajar en unión con él en obras altas y dignas; cuando me asocia al trabajo de Dios y con su influencia interior me hace colaborar en un programa de alta moralidad; cuando tengo conciencia de que no sólo Dios, sino también todas las partes superiores de mi alma aplauden a la obra que realizamos juntos, Dios y yo: llama si quieres a esto servidumbre,

yo diría que es la libertad suma, la liberación absoluta.

"No he sido creado para pertenecer al mal, ni para oscilar indefinidamente a capricho de un poder arbitrario, entre el bien y el mal. La libertad no es la volubilidad: de ningún modo. ¿No es hora ya de darse a Dios sin reservas ni rodeos? Y esto no es servidumbre, aunque los hombres lo llamen así; esto es la libertad absoluta, la exención de toda servidumbre. Es propio de la inteligencia el ser libre; y a la inteligencia de Dios corresponde la mayor libertad que existe. Y como la libertad no se me concedió para estar fluctuando eternamente, sino para adherirme al bien por un acto para mí meritorio y para Dios glorioso; para unirme al bien, a Dios por un movimiento deliberado y nacido en mí: de aquí se sigue que cuando pertenezco sin interrupción, sin reserva, sin limitación, sin rodeos a la eterna belleza; cuando estoy cautivo y preso del afecto, prendido al centro mismo de mi vida; cuando amo, cuando amo de verdad de modo que pudiesen arrancarme el alma, pero no arrancar de mi alma el amor; cuando ya no existe para mí más que un pensamiento, un querer, un deseo, un amor y he podido librarme de todo para entregarme sin límite, en el tiempo y en la eternidad al que se ha adueñado de mí: ¡oh! digamos a los cuatro vientos: ahora sí que soy libre de verdad porque soy únicamente de Dios" [1].

[1] Dom Delatte, *Epîtres de saint Paul,* I, 643.

VIDA. — Félix pertenecía a la familia real de los Valois. Toda su vida se distingue por su amor a la contemplación, su caridad con los pobres y desgraciados.

Siendo niño y adolescente, les repartía con mano generosa su fortuna. Pero la soledad le atraía, y en ella podía entregarse a la contemplación de Dios y de sus misterios. Para evitar toda pretensión al trono, quiso recibir antes las sagradas órdenes y luego se retiró al desierto donde vivió en la mayor austeridad. En él pasó muchos años en compañía de Juan de Mata que vino a juntarse con él. Por consejo de un ángel se pusieron en camino de Roma con el fin de pedir a Inocencio III que aprobase la creación de una nueva Orden religiosa, para el rescate de los cautivos cristianos, víctimas de los musulmanes y en peligro de apostatar de su fe. El Papa dió a la Orden el nombre de la Santísima Trinidad, y los dos fundadores establecieron su primer monasterio en Cerfroid, diócesis de Meaux. Félix le gobernó y propagó la Orden en las demás provincias. Consolado por los grandes favores de la Virgen María, se durmió en la paz del Señor el 4 de noviembre de 1212.

EL AMANTE DE LA CARIDAD. — Félix, amante santo de la caridad, enséñanos el valor de esta reina de las virtudes y también su naturaleza. Ella te arrastró a la soledad, te hizo hallar a Dios, te le hizo ver y amar en tus hermanos. ¿No está aquí el secreto que hace al amor fuerte como la muerte, y le da como a tus hijos la audacia de hacer frente al infierno [1]? Ojalá no cese de ser entre nosotros causa de todos los heroísmos; continúe siendo la parte excelente

[1] *Cant.*, VIII, 6.

de tu santa Orden, el modo precioso de su adaptación siempre fecunda a las necesidades de una sociedad donde siempre reina de mil formas la tiranía de las peores servidumbres.

21 DE NOVIEMBRE

LA PRESENTACION DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA

ORIGEN Y CARÁCTER DE LA FIESTA. — La Presentación es, en solemnidad, inferior a las otras fiestas de Nuestra Señora; fué introducida en el Calendario tardíamente, y es la última fiesta mariana del año litúrgico, pero también de las más queridas del clero y de las almas consagradas a Dios.

En el Oriente nació el culto de Nuestra Señora, y de Oriente asimismo nos viene la fiesta de hoy, donde ya existía al fin del siglo VII.

En Occidente, la primera en celebrarla fué Francia, en la Corte romana de Avignon en 1372, y un año después introducía la fiesta de la Presentación en la capilla del palacio el rey Carlos V. En cartas fechadas el 10 de noviembre de 1374 y dirigidas a maestros y estudiantes del colegio de Navarra, expresaba su deseo de que se celebrase en todo el reino.

"Carlos, por la gracia de Dios rey de los francos, a nuestros muy amados: salud en el que no deja un momento de honrar a su Ma-

dre en el mundo. Entre los varios objetos de nuestra solicitud, quehacer diario y diligente meditación, el primero que ocupa con justa razón nuestros pensamientos es que la bienaventurada Virgen y Santísima Emperatriz sea por nosotros honrada con un amor muy grande y reciba las alabanzas como conviene a la veneración que se la debe. Pues es una obligación nuestra darla gloria; y nosotros, que levantamos hacia ellas los ojos de nuestra alma, sabemos qué incomparable protectora es para todos, qué poderosa mediadora cerca de su bendito Hijo para los que la honran con un corazón puro... Por tanto, queriendo animar a nuestro pueblo fiel a solemnizar la dicha fiesta como nos proponemos nosotros hacerlo, con la ayuda de Dios, todos los años de nuestra vida, dirigimos su oficio a vuestra devoción con el fin de aumentar vuestras alegrías" [1].

Así hablaban los príncipes de aquellos tiempos. Ahora bien, sabido es cómo por esos mismos años el discreto y piadoso rey, prosiguiendo la obra que en Brétigny comenzó la Virgen de Chartres, salvaba por primera vez de los ingleses a Francia, derrotada y desunida. En el Estado, pues, de igual modo que en la Iglesia, en esta hora tan decisiva para ambos, la sonrisa de María-niña regalaba a su reino el gran beneficio de la paz. La fiesta de este día tiene por objeto celebrar el acontecimiento más notable, y el

1 Launoy, *Historia Navarrae gymnasii,* Pars I., l. I, c. 10.

único sin duda, de la primera infancia de la Santísima Virgen: su Presentación en el Templo por sus padres San Joaquín y Santa Ana y su consagración a Dios. El hecho nos lo refieren los evangelios apócrifos y sobre todo el *Protoevangelio de Santiago,* cuya primera parte data del siglo II. Los escritos posteriores adornaron el relato, añadiendo en él mil circunstancias tan graciosas como fantásticas de que se adueñaron pintores, poetas y hagiógrafos. La Iglesia sólo conservó el hecho de la Presentación de María en el Templo.

La consagración de María. — Cuando lo creyeron oportuno, San Joaquín y Santa Ana llevaron efectivamente al Templo a su hija, y en él, como muchos Santos lo han creído, la consagraron al Señor que se la había concedido en su vejez.

María, por su parte, confirmó la consagración que sus padres hacían de ella, la consagración que ella había hecho en el instante de su concepción inmaculada: se entregó sin regateos para ser toda su vida la *esclava del Señor:* "Nuestra Señora, decía San Francisco de Sales, hace hoy una ofrenda como Dios la deseaba, pues, aparte de la dignidad de su persona que excede a todas las demás, excepción hecha de su Hijo, ofrece todo lo que es y todo lo que tiene; y eso es lo que pide Dios" [1].

---

[1] *Oeuvres,* t. IX, p. 236.

Los sentimientos de María. — Santiago Olier advierte también que "la ofrenda que María hizo a Dios en el primer momento de su Concepción Inmaculada, fué secreta, pero como la virtud de religión, además de los deberes interiores y secretos, comprende los exteriores y públicos: quiso Dios que renovase la Virgen su ofrenda en el templo de Jerusalén, el único santuario de toda la religión verdadera que por entonces había en el mundo y, por esto, la inspiró él mismo el pensamiento de ir a ofrecerse, en dicho santo lugar. Esta santa niña, santificada en su carne, y totalmente penetrada y llena de la divinidad en su alma, cuyas potencias naturales parecían estar muertas, en todo era dirigida por el Espíritu Santo. Usando siempre de su razón y no quedando en ella entrada alguna a la sabiduría humana, sólo podía obrar según Dios, en Dios, para Dios y por la dirección misma de Dios...

"Poseída del Espíritu de Dios, que es todopoderoso, todo ardor y todo amor, es conducida al templo por este divino Espíritu que la levanta por encima de su edad y de las fuerzas naturales. Aunque sólo contaba tres años, sola sube las gradas del templo..., para demostrarnos que únicamente la dirigía el espíritu divino y también para enseñarnos que, cuando obra en nuestras almas con su poder, él es el que verdaderamente suple nuestras deficiencias...

"Entonces renueva sus votos de hostia y de esclava, con mayor amor aún, más puro, de más subidos quilates, más admirable que el que hizo en el templo sagrado de las entrañas de Santa Ana: este amor iba continuamente en aumento de instante en instante y en él no conocía ni interrupción ni descanso: y esto le hacía inconmensurable. Consumida enteramente por este amor, no quiere tener vida, ni movimiento, ni libertad, ni espíritu, ni cuerpo, nada absolutamente sino en Dios. La donación que de sí misma hace es tan viva, tan ardiente y tan apremiante, que su alma se halla en la disposición actual y perpetua de entregarse de continuo a Dios, y ser siempre de él más y más creyendo, por decirlo así, no serlo nunca bastante y queriendo serlo más todavía, si fuese posible.

"Finalmente, ofreciéndose como una hostia viva y consagrada a Dios en todo su ser y en todo lo que sería un día, renueva la consagración que había ya hecho a Dios de toda la Iglesia, en el momento de su concepción; y de modo particular la de las almas que a imitación suya se consagrarían a su divino servicio en tantas comunidades santas. En este día, la antigua Ley ve que se cumple algo de lo que ella figuraba: el templo de Jerusalén ve que se realiza una de sus esperanzas; acoge en su seno a uno de los templos de que es imagen, a la Santísima Virgen María, templo vivo de Jesucristo, que, como Je-

sucristo, tenía que ser el templo perfecto y verdadero de la divinidad..."[1].

Después de la Presentación. — María no se quedó en el templo; nadie más calificada que Santa Ana y San Joaquín para educar a la futura Madre de Dios. Pero ella volvía a él a menudo para iniciarse en la religión mosaica, unirse a los sacrificios que todos los días se ofrecían a Dios y rogarle que enviase pronto al Mesías prometido y tan esperado.

"Como recibió con plenitud la ciencia de los misterios del Hijo de Dios..., María contemplaba y adoraba a Jesucristo en todas las figuras de la Liturgia mosaica. En el templo estaba como rodeada de Jesucristo; le veía en todas partes; y en cierto sentido, ella era la plenitud de la Ley, haciendo al terminar esta Ley, lo que no se había hecho todavía con perfección desde su institución primitiva...

"María, al ver las víctimas del templo, suspiraba por la muerte de la víctima que anunciaron los Profetas, por la muerte del que tenía que salvar al mundo entero, y que iba a ser a la vez el sacerdote, la víctima, y el templo de su propio sacrificio. Entonces cumplía ya, sin saberlo, las funciones santas del sacerdocio que tendría que ejercer en el Calvario... Era el sacerdote universal; el sumo sacerdote de la Ley, el Pontífice magnífico que con anticipación ten-

[1] *La Vie intérieure de la Sainte Vierge*, p. 127-133.

dría que inmolar en espíritu a Jesucristo para gloria de su Padre... Y como ofrecía a Dios todo lo que era y lo que iba a ser perpetuamente, ofrecía consigo a toda la Iglesia.

"Finalmente, la Ley reclamaba al Mesías... Eso fué precisamente lo que hizo la Santísima Virgen y con mucho más empeño y eficacia que lo hicieron los Patriarcas y los Profetas, debido a su santidad incomparable, a sus cualidades augustas, al fuego de su caridad en favor de los hombres y, finalmente, por su amor ardentísimo y muy vehemente hacia el Verbo encarnado, cuyas admirables bellezas estaba contemplando ya en las comunicaciones de este mismo Verbo con que el Padre se complacía en regalarla..."[1]. Y por eso, la fiesta de la Presentación nos es una preparación muy providencial para el período litúrgico del Adviento que va a comenzar dentro de unos días, durante el cual, unidos a la oración de todos los Santos del Antiguo Testamento y sobre todo a la oración de María, pediremos para nuestras almas y para todo el mundo el beneficio del nuevo nacimiento.

SÚPLICA. — "Regocijaos conmigo todos los que amáis al Señor, porque desde pequeña, agradé al Señor"[2]. Es la invitación que nos diriges, oh María, en los Oficios que se cantan en tu ho-

---

1 Olier, *ibid.*, p. 137-144.

2 Segundo Responsorio del 1.er Nocturno del Oficio común de Nuestra Señora.

nor; ¿y qué otra fiesta puede demostrarlo mejor que ésta? Siendo muy pequeña, más por la humildad que por la edad, subiste las gradas del templo tan cándida y tan pura, que el cielo hubo de reconocer era de justicia que en lo sucesivo las más gratas complacencias del Altísino estuviesen en la tierra. Con una plenitud de luz que no había lucido antes para ellos, los Angeles comprendieron, a la vez que tus incomparables grandezas, la majestad del Templo en el que Dios recibía un homenaje superior en dignidad al de los nueve coros, la augusta prerrogativa de ese Testamento antiguo de que tú fuiste hija y cuyas enseñanzas iban a completar en ti la formación de la Madre de Dios.

Mas la Santa Madre Iglesia te declara imitable para nosotros, oh María [1], en este misterio de tu Presentación como en todos los demás. Dignate bendecir de un modo especial a los privilegiados que por la gracia de su vocación son ya desde ahora habitantes de la casa del Señor: sean ellos también el olivo fecundo [2], cultivado por el Espíritu Santo, al cual te compara hoy San Juan Damasceno [3]. Pero ¿no es todo cristiano, por razón de su bautismo, habitante y miembro de la Iglesia, verdadero templo de Dios, del cual era sólo una figura el de Jerusalén?

---

[1] Lección II.ª del II.º Noct.
[2] *Ecl.*, XXIV, 19.
[3] Lección I.ª del II.º Noct.

Haz que por tu intercesión logremos seguir tus pasos de cerca en tu santa Presentación, para merecer también ser presentados al Altísimo en pos de ti en el templo de su gloria [1].

22 DE NOVIEMBRE

SANTA CECILIA, VIRGEN Y MARTIR

UNA NOBLE ROMANA. — Entre las muchas fiestas de santos que se van sucediendo al terminar el Año litúrgico, la más popular es la de la célebre virgen y mártir Santa Cecilia. Pertenecía a una de las familias más ilustres de Roma, y en el siglo III figuró ciertamente entre las grandes bienhechoras de la Iglesia, tanto por sus larguezas como por la entrega que hizo de su palacio del Transtévere. Esto la valió, de seguro, conseguir el privilegio de ser enterrada en lugar distinguido en el cementerio de San Calixto, junto a la cripta destinada a sepultura de los Papas. Pero lo que más contribuyó a hacerla amar en todas partes, es que su recuerdo suscitó uno de los más graciosos relatos que nos legó la antigüedad cristiana, al cual se han aficionado pintores, músicos y poetas y alude la misma Liturgia.

Cecilia parece que se casó a la fuerza con un joven pagano llamado Valeriano. Pero en el ban-

1 Colecta del día.

quete de bodas, entre aquel resonar de melodías, Cecilia con su corazón se unía a los Angeles para cantar las alabanzas de Dios, a quien se había consagrado.

No tardó en ser condenada al fuego en las termas de su palacio, pero el fuego no la causó ningún daño. Se llamó a un verdugo para cortarla la cabeza; tres veces lo intentó, haciéndola en el cuello tres grandes heridas y la dejó medio muerta. Su agonía duró cuatro días. Se la colocó en la tumba con la túnica bordada en oro que el día de su martirio llevaba, y su palacio quedó convertido en basílica.

El culto. — Los fieles no olvidaron a la joven, y ya se sabe que desde el siglo v, gustaban de juntarse en el "título de Santa Cecilia". En el siglo vi, Cecilia era acaso la santa más venerada de Roma. En el ix, el Papa Pascual I reconstruía su iglesia. Estaba desconsolado por no poseer las reliquias de la Santa, y una noche, una hermosa joven se le apareció en sueños y le dijo que "su cuerpo estaba cerquita de allí". Al punto se hicieron excavaciones y pronto se encontró un cuerpo revestido de túnica bordada en oro. Pascual le colocó en un sarcófago de mármol y le puso debajo del altar de la iglesia restaurada.

En 1599, al modificar este altar el Cardenal Sfondrati, descubrió el sarcófago y dió órdenes de abrirle. Los testigos estaban ante un cuerpo

recubierto de un velo fino que dejaba adivinar la forma y a través de ese velo brillaban los restos del famoso vestido de oro. En Roma, hubo gran conmoción y alegría, mas, por respeto, nadie se atrevió a levantar aquel velo para darse cuenta del verdadero estado de los venerables despojos. El escultor Maderno reprodujo, idealizándola, la actitud de la Santa que evoca la idea de la virginidad y del martirio. Y desde esta fecha, como lo canta un himno, "el cuerpo yace bajo del mármol silencioso, mientras en el trono del cielo canta su contento y escucha nuestros votos con afecto el alma que le animó."

Estos votos no se cansa la Iglesia de dirigirlos a Santa Cecilia: todos los días la implora en el Canon de la Misa; su nombre resuena en las Letanías de los Santos en las grandes súplicas; los músicos de todas las naciones la tienen por patrona; en Francia, la ciudad de Albi y su "luminosa" catedral la están dedicadas y, en 1866, Dom Guéranger quiso poner el primer monasterio de Benedictinas de la Congregavión de San Pedro de Solesmes debajo de la protección de esta Santa, tipo ideal de virginidad cristiana y del amor casto.

LAS LECCIONES DE LA SANTA. — La falta de pormenores históricos no puede causar detrimento al amor que debemos tener a los Santos a los que la Iglesia siempre rindió un culto tan venerable y que correspondieron a este culto a lo

largo de la historia con una constante protección y gracias especiales. "Ahora bien, la Iglesia, decía Dom Guéranger, reconoce y honra en Santa Cecilia tres señales y las tres juntas la distinguen entre la familia admirable de Bienaventurados que resplandece en el cielo y hace descender las gracias y los ejemplos. Estas tres marcas son: la virginidad, el celo apostólico, y el valor sobrehumano que la hizo arrostrar la muerte y los suplicios; triple enseñanza que nos proporciona esta sola historia cristiana".

La virginidad. — "En este siglo ciegamente esclavizado por el culto al sensualismo, ¿no es hora ya de protestar con las fuertes enseñanzas de nuestra fe contra ese dejarse arrastrar del que apenas se libran los hijos de la promesa? Desde la caída del imperio romano, ¿se vieron alguna vez tan seriamente amenazadas las costumbres y con ellas la familia y la sociedad? La literatura, las artes, el lujo, hace ya muchos años, no tienen más finalidad que procurar el placer físico, como término único del destino del hombre; y la sociedad cuenta ya con un número muy grande de miembros que viven únicamente de los sentidos. Pero también, triste día aquel en que para salvarse creyese que podía contar con su fuerza de ellos. También el imperio romano intentó en varias ocasiones sacudir el yugo de la invasión; volvió a caer y no se levantó más.

"Sí, hasta la familia, principalmente la familia está amenazada. Ya es hora de que piense en defenderse contra el reconocimiento legal, o hablando mejor, el fomento del divorcio. No llegará a ello más que por un camino: reformándose a sí misma, regenerándose conforme a la Ley de Dios, volviéndose seria y cristiana. Sea respetado el matrimonio, con todas las castas consecuencias que derivan de él; deje de ser un juego o un tráfico; la paternidad y la maternidad no sean un cálculo en adelante, sino un severo deber: la familia, la ciudad y la nación pronto recuperarían su dignidad y su vigor.

"Pero el matrimonio no alcanzará esta altura hasta tanto que los hombres sepan apreciar el elemento superior, sin el cual la naturaleza humana no es más que una ruina completa; este celestial elemento es la continencia. Ciertamente, no todos están llamados a abrazarla en su noción absoluta; pero todos la deben reverencia, so pena de ser entregados al *sentido réprobo,* como dice el Apóstol [1]. La continencia es la que revela al hombre el secreto de su dignidad, la que templa su alma para toda clase de heroísmos, la que sanea su corazón y repara su ser por completo. Es el punto culminante de la belleza moral en el individuo y a la vez el gran resorte de la sociedad humana. Por haber apagado el sentimiento, se deshacía el mundo antiguo; al presentarse en la tierra

1 *Rom.,* I, 28.

el Hijo de la Virgen, él renovó y sancionó este principio salvador y los destinos de la raza humana tomaron otra altura.

"Los hijos de la Iglesia, si merecen llevar este nombre, gustan de esta doctrina y nada encuentran que les choque. Los oráculos del Salvador y de sus Apóstoles les han revelado todo, y los anales de la fe que profesan, les muestran prácticamente, página por página, esta fecunda virtud de la cual tienen que participar, cada cual según su medida, todas las escalas de la vida cristiana. Santa Cecilia sólo nos ofrece a su admiración un ejemplo más. Pero la lección es admirable y todos los siglos cristianos la celebraron. A cuántas virtudes incitó Cecilia, cuántos alientos ha sostenido y cuántas flaquezas ha evitado o reparado su recuerdo. Porque es tal el poder de moralización que puso el Señor en sus Santos, que no sólo influyen por la imitación directa de sus heroicas virtudes, sino también por las consecuencias que todo cristiano puede deducir para su situación particular.

El celo apostólico. — "La segunda nota que ofrece a estudio la vida de Santa Cecilia es el celo ardiente del que ella ha quedado como uno de los más admirables modelos; y, no lo dudemos, aun a estas luces la lección por su naturaleza tiene que producir útiles impresiones. Uno de los caracteres de nuestra época es la insensibilidad al mal del que no tenemos que res-

ponder personalmente y cuyos resultados no llevan camino de alcanzarnos; están de acuerdo en que todo se acaba, se asiste a la descomposición universal, y nadie piensa en dar la mano a su vecino para sacarle del naufragio. ¿Dónde estaríamos nosotros hoy si el corazón de los primeros cristianos hubiese sido tan frío como el nuestro; si no hubiese prendido en él la gran misericordia, el amor inextinguible que no les permitió desesperar del mundo en el que Dios los había colocado para ser la *sal de la tierra*[1]? Entonces cada cual se sentía excesivamente deudor del don que había recibido. Libre o esclavo, conocido o desconocido, todo hombre era objeto de una abnegación ilimitada para aquellos corazones que llenaba la caridad de Cristo. Se pueden leer los Hechos de los Apóstoles y sus Epístolas y allí se verá con qué plenitud se desplegaba el apostolado en aquellos primeros días; y el ardor de este celo duró mucho tiempo sin entibiarse. Por eso decían los paganos: "¡Mirad cómo se aman!" Y ¿cómo no se iban a amar? En el orden de la fe, eran hijos los unos de los otros.

"Sólo por ser cristiana, ¡qué afecto maternal sentía Cecilia por las almas de sus hermanos! A continuación de su nombre podríamos apuntar mil más que testifican que la conquista del mundo por el cristianismo y su liberación del yugo de las depravaciones paganas, se debieron

---

1 *S. Mateo*, V, 13.

únicamente a estos actos de abnegación que se practicaron en mil puntos a la vez y al fin produjeron la renovación universal. Imitemos, un poco al menos, estos ejemplos a los que debemos todo. Perdamos menos tiempo y elocuencia en lamentarnos de los males demasiado reales. Todo el mundo se ponga a la obra y gane a un hermano: el número de los fieles pronto excederá al de los descreídos. Este celo seguramente no está apagado, en muchos está en activo y sus frutos regocijan y consuelan a la Iglesia; pero ¿por qué ha de dormir tan profundamente en gran número de corazones que Dios le tenía preparados?

EL VALOR. — "La causa está ¡oh desgracia! en la frialdad general, fruto de la molicie de las costumbres, y que por sí sola daría el carácter a la época, si no tuviésemos que añadir a ello otro sentimiento que procede de la misma fuente y bastaría, si dura mucho, para hacer incurable la decadencia de una nación. Este sentimiento es el miedo y se puede decir que hoy se halla extendido cuanto es posible. Miedo a perder sus bienes y sus colocaciones; miedo a perder su lujo y sus comodidades; miedo, en fin, a perder la vida. No es necesario decir que no hay nada más enervante y por lo mismo más peligroso en este mundo que esta humillante solicitud; pero, ante todo, tenemos que convenir que no tiene nada de cristiana. ¿Nos habremos

olvidado de que somos viajeros en este mundo, y la esperanza de los bienes futuros se habrá extinguido en nuestros corazones? Cecilia nos enseñará cómo se desecha el sentimiento del miedo. En su tiempo, la vida corría más peligros que hoy. Entonces ciertamente podía haber algún motivo para temer; pero se mantenían firmes, y los poderosos con frecuencia temblaban a la voz de su víctima.

"Dios sabe lo que nos tiene reservado; pero si el miedo no cediese pronto el lugar a un sentimiento más digno del hombre y del cristiano, la perturbación política tampoco tardaría en devorar a todas las existencias particulares. Suceda lo que suceda, ha llegado la hora de volver a repasar la historia. La lección no será inútil si llegamos a comprender esto: con el miedo, los primeros cristianos nos habrían engañado, porque la Palabra de vida no habría llegado hasta nosotros; con el miedo, nosotros engañaríamos a las generaciones futuras, que esperan de nosotros la transmisión del depósito que recibimos de nuestros padres" [1].

ALABANZA AL ESPOSO DE LAS VÍRGENES. — "Oh Señor, esposo de las Vírgenes, ¡qué nobles son las falanges que te siguen! ¡qué almas tan selectas las que has conquistado! ¡qué alabanza tan exquisita sube hasta ti de sus labios puros, de sus corazones fervientes! Tanto aumenta su

1 Dom Guéranger, *ubi supra*.

número con cada generación, que es imposible contarlas a través de los siglos, desde las que en servicio tuyo dedican su vida a los indigentes, a los enfermos, a los leprosos, a todas las miserias morales, hasta aquellas otras que también por ti renuncian a las alegrías de la familia, y se entregan al servicio en las escuelas cristianas o se mortifican en los claustros.

"Delante de ellas, dirigiendo su corazón tenemos otras vírgenes más meritorias aún por haber sellado su amor con su sangre sobre las hogueras o en las arenas: Blandina, Bárbara, Agueda, Lucía, Inés... y Cecilia, que en nombre de todas te hizo la ofrenda de su intrepidez y te atribuyó la gloria de su virtud, a ti, oh Jesús, *seminator casti consilii*[1], Sembrador divino de castas resoluciones, el único que cosechas tales espigas, el único que atas tales gavillas.

Plegaria a la Patrona de los músicos.—"Una comparación que se lee con frecuencia en los Padres de la Iglesia hace de nuestra alma una sinfonía, una orquesta, *symphonialis anima*. Tan pronto como la gracia la anima, se mueve y vibra al compás de los pensamientos y de los sentimientos del Salvador, como el aire que a través de los dedos del artista, pone en vibración al órgano. Ese es el bello concierto de las almas puras, que Dios escucha con mucho placer sin

1 Primera Antífona del 2.° Noct. de la fiesta.

que puedan turbarle la desafinación de las notas falsas del pecado ni la cacofonía ruidosa de las blasfemias y de las traiciones.

"A cambio de nuestros homenajes, dígnate, oh Cecilia, obtenernos la armonía constante de nuestra voluntad con nuestras aspiraciones virtuosas y posibilidades de bien. Dígnate además convencernos de que el estado de gracia, vida normal del cristiano, no consiste ni en la simple abstención del mal ni en la parsimoniosa y glacial observancia de los mandamientos, sino en una actividad llena de alegría y de entusiasmo que sabe dar a la caridad y al celo toda la amplitud y la suavidad de sus movimientos" [1].

PLEGARIA. — A esta oración añadiremos otra por la Santa Madre Iglesia, de la que tú fuiste hija humilde, antes de ser esperanza y ayuda. En esta noche larga de la vida presente, el Esposo tarda en llegar. En medio de ese solemne y misterioso silencio, deja a la virgen caer en el sueño hasta que se oiga el pregón de su venida [2]. Celebramos tu reposo sobre la púrpura de tus victorias, ¡oh Cecilia!, mas sabemos que no nos olvidas; pues dice la Esposa en el Cantar de los Cantares: "Yo duermo, pero mi corazón vela" [3]. Se acerca la hora en que el Esposo se va a presentar, llamando a todos los suyos

1 Monseñor Grente, *Oeuvres Oratoires*, VIII, p. 17-20.
2 *S. Mateo*, XXV, 5.
3 *Cant.*, V, 2.

junto a la bandera de su Cruz. El pregón va a resonar pronto: "El Esposo ha llegado, id delante de él"[1]. ¡Oh Cecilia! entonces dirás a los cristianos, como en la hora de la lucha a aquella turba fiel que se apretaba junto a ti: "Soldados de Cristo, arrojad las obras de las tinieblas y revestíos de las armas de la luz"[2].

La Iglesia que pronuncia todos los días tu nombre con amor y confianza en el curso de los santos Misterios, espera, ¡oh Cecilia! firmemente tu ayuda. Prepárala su victoria haciendo que los corazones cristianos aspiren a las únicas realidades que con frecuencia olvidan. Cuando el sentimiento de la eternidad de nuestros destinos domine otra vez a los hombres, estará asegurada la salvación y la paz de los pueblos.

Sé eternamente, ¡oh Cecilia! las delicias del Esposo. Sáciate por siempre jamás de la armonía suprema que en él tiene su origen. Mira por nosotros desde ese trono de tus grandezas y cuando nos llegue la última hora, por los méritos de tu heroica muerte te rogamos que nos asistas en nuestro fúnebre lecho; recoge nuestra alma en tus brazos y llévala hasta esa mansión inmortal, donde comprenderemos, al ver la felicidad que te rodea, el valor de la Virginidad, del Apostolado y del Martirio[3].

---

1 *S. Mateo*, XXV, 6.
2 Actas de Santa Cecilia.
3 Dom Guéranger, *Histoire de Sainte Cécile* (1849), conclusión.

23 DE NOVIEMBRE

SAN CLEMENTE I, PAPA Y MARTIR

La memoria de San Clemente se nos presenta, a los principios de la Iglesia de Roma, rodeada de aureola especial. Al desaparecer los Apóstoles, se diría que eclipsa a San Lino y San Cleto, no obstante haber recibido antes que él el honor del episcopado. Como una cosa normal, se pasa de Pedro a Clemente, y las Iglesias orientales celebran su memoria con tanto honor como la Iglesia latina. Fué verdaderamente el Pontífice universal, y ya se advierte que toda la Iglesia está pendiente de sus actos y de sus escritos. Debido a esta buena reputación se le han atribuído muchos escritos apócrifos que es fácil separar de los que son verdaderamente suyos.

La Epístola a los Corintios. — Con el tiempo han desaparecido, excepto uno, los documentos que prueban la intervención de Clemente en los asuntos de las Iglesias lejanas; pero el que nos queda nos presenta el poder monárquico del Obispo de Roma en pleno ejercicio desde esta época primitiva. La Iglesia de Corinto se hallaba agitada por discordias intestinas que la envidia había suscitado con respecto a ciertos pas-

tores. Estas divisiones, cuyo germen encontramos ya en tiempo de San Pablo, habían destruído la paz y causaban escándalo hasta entre los mismos paganos. La Iglesia de Corinto terminó por sentir la necesidad de atajar un desorden que podía ser perjudicial a la extensión de la fe cristiana, y a este fin, tuvo que pedir ayuda fuera de su seno. Por ese tiempo habían desaparecido del mundo todos los Apóstoles, menos San Juan, el cual aún iluminaba a la Iglesia con su luz. De Corinto a Efeso, donde residía el Apóstol, la distancia no era considerable; no obstante eso, no fué a Efeso, sino a Roma a donde la Iglesia de Corinto dirigió sus miradas.

Clemente tuvo conocimiento de los debates que las cartas de esta Iglesia remitían a su fallo y mandó salir para Corinto a cinco comisarios que debían representar allí la autoridad de la Sede apostólica. Eran portadores de una carta que San Ireneo llama de mucha autoridad, *potentissimas litteras*[1]. Se la consideró tan apostólica y bella, que se leyó mucho tiempo públicamente en bastantes Iglesias, como una especie de continuación de las Escrituras canónicas. Tiene un tono digno, pero paternal, conforme al consejo que San Pedro da a los pastores. "Clemente no se decide explícitamente por ninguna parte y a nadie nombra, pero trata de levantar el espíritu de los fieles por encima de las pasiones, de las querellas y de los rencores con la

[1] Contra haereses, III, III, 3.

consideración de la bondad divina y de los grandes ejemplos bíblicos. Un cierto orden en la Escritura, la argumentación que tiene algo de insinuante, la unción que proviene del gusto instintivo hacia las cosas morales, dan a este texto griego un perfume de latinidad y forman algo muy diferente de los grandes escritos de Pedro, de Pablo y de Juan, donde todo tiene el sabor y el misterio de una intuición directa de la revelación divina. Con la carta de Clemente hemos pasado el estadio inicial en el que el Espíritu se extiende en elevadas remansadas en las Escrituras canónicas, pero estamos aún muy cerca de la fuente, en el centro de la iglesia principal: "Pongamos los ojos en el Padre Creador del universo, entreguémonos a sus favores, a los dones magníficos y excesivos de su paz, contemplémosle con el pensamiento, miremos con los ojos del espíritu su voluntad pacientísima, consideremos cómo se muestra dulce y fácil con todas las criaturas... (XIX, 2-3). El Padre, todo misericordia y amigo de hacer bien, tiene un gran corazón para los que le temen. Se muestra liberal con sus gracias y las reparte con bondad y suavidad a los que se acercan a él con un corazón sencillo. No seamos desconfiados; no se turbe nuestra alma ante sus presentes maravillosos y espléndidos... (XXII, 1-2). A San Clemente le consideraremos siempre como doctor de la divina clemencia" [1].

---

[1] R. Denis et R. Boulet: *Romée*, p. 458.

Este lenguaje tan solemne y tan firme consiguió su efecto: se restableció la paz de la Iglesia de Corinto y los mensajeros de la Iglesia romana comunicaron pronto la buena noticia. Un siglo más tarde, San Dionisio, obispo de Corinto, manifestaba todavía al Papa San Sotero la gratitud de su Iglesia para con Clemente por el servicio que le debía.

LA LEYENDA DE SAN CLEMENTE.—Las *Actas* (dudosas) de San Clemente nos dicen que fué mandado al destierro, al Quersoneso, y condenado a extraer y labrar el mármol: por eso los marmolistas escogieron por patrón al Santo Papa.

La leyenda nos cuenta además un pormenor demasiado sabroso para que no lo refiramos aquí: San Clemente fué arrojado al mar con una áncora al cuello. El día de su aniversario, el mal se alejaba y la gente podía llegarse al templo submarino que un ángel construyó sobre su tumba. Pues bien, ocurrió un día que una mujer, cuando ya el mar se había extendido de nuevo, advirtió que había dejado olvidado en dicho templo a su niño, pero le encontró sano y salvo en el aniversario siguiente.

Otro hecho que, como el anterior, tiene sin duda el origen en el motivo de un mosaico: nos muestra al Cordero de Dios apareciéndose en un monte y señalando con la punta del pie a Clemente la fuente que va a brotar.

La Liturgia se ha adueñado de estos relatos y ha compuesto las bellas Antífonas del Oficio, que consideramos útil añadir aquí.

ANTIFONAS

Roguemos todos a Nuestro Señor Jesucristo que haga correr una fuente de agua para sus confesores.

Estando San Clemente en oración, se le apareció el Cordero de Dios.

Sin mirar a mis méritos, el Señor me envió a vosotros para participar de vuestras coronas.

Vi sobre el monte al Cordero de pie; debajo de su planta brota una fuente viva.

La fuente viva que manaba debajo de su pie, es el río impetuoso que alegra a la ciudad de Dios.

Todas las naciones de alrededor creyeron en Cristo Señor.

Al irse camino del mar, el pueblo rezaba diciendo a grandes voces: Señor Jesucristo, sálvale; y Clemente decía con lágrimas: Padre, recibe mi espíritu.

Señor, has dado a Clemente, tu mártir, por morada, en medio del mar, como un templo de mármol, levantado por manos de ángeles; y has procurado el acceso a los habitantes del país para que pudieran contar tus maravillas.

VIDA. — Por San Ireneo sabemos que San Clemente es el tercer sucesor de San Pedro y que gobernó la Iglesia probablemente entre el año 88 y 97. Pudo conocer a los apóstoles San Pedro y San Pablo; San Ireneo hasta nos dice que fué su discípulo y Tertuliano que fué ordenado por el primer Papa. La Epístola a los Corintios le coloca a la cabeza de los escritores eclesiásticos cuya obra es auténtica. Si la historia no nos suministra datos suficientes sobre sus orígenes, hay conjeturas de que era judío y que ha-

bía recibido una formación literaria y filosófica bastante extensa, y el contenido de su Carta revela en él el carácter de un hombre de gobierno, a la vez que sus cualidades y virtudes. La Tradición quiere que haya muerto mártir.

Recitemos en su honor la gran oración que se lee en su Epístola a los Corintios:

La gran plegaria de San Clemente. — "Has abierto los ojos de nuestros corazones para que te conozcan a ti, el solo Altísimo en lo más alto de los cielos, el Santo que descansa en medio de los Santos; a ti, que echas a tierra la insolencia de los orgullosos, que deshaces los cálculos de los pueblos, que ensalzas a los humildes y humillas a los grandes; a ti, que enriqueces y empobreces, que matas y salvas y vivificas; único bienhechor de los espíritus y Dios de toda carne; contemplador de los abismos, escudriñador de las obras de los hombres, auxilio de los hombres en los peligros y su salvador en la desesperación, Criador y Obispo de todos los espíritus.

"A ti, que multiplicas los pueblos sobre la tierra y que has escogido entre ellos a los que te aman, por Jesucristo, el Hijo predilecto por quien nos has instruído, santificado y honrado, a ti te suplicamos, oh Maestro. Sé nuestra ayuda y nuestro sostén. Sé la salvación de los que entre nosotros andan oprimidos; ten misericordía de los humildes; levanta a los caídos; dáte a

conocer a los que están en necesidad; cura a los enfermos; vuelve a traer a los descarriados de tu pueblo; sacia a los que tienen hambre; pon en libertad a nuestros prisioneros; levanta a los que languidecen; consuela a los pusilámines. Reconozcan todos los pueblos que no hay más Dios que tú; que Jesucristo es tu Hijo; que nosotros somos tu pueblo y ovejas de tus pastos.

"Tú, que has manifestado el inmortal orden del mundo con tus obras; Tú, Señor, que has creado la tierra; Tú, que sigues fiel en todas las generaciones, justo en tus juicios, admirable en tu poder y en tu magnificencia, sabio en la creación, prudente en dar solidez a las cosas creadas, bueno en las cosas visibles, fiel con los que en ti confían, misericordioso y compasivo: perdónanos nuestras faltas y nuestras injusticias, nuestras caídas, nuestras aberraciones.

"No lleves cuenta de los pecados de tus servidores y de tus servidoras; más bien, purifícanos con tu verdad y dirige nuestros pasos para que caminemos en la santidad del corazón y hagamos lo que es bueno y agradable a tus ojos y a los ojos de nuestros príncipes.

"Sí, Maestro, haz que resplandezca tu cara en nosotros, para hacernos gozar de los bienes en paz, protégenos con tu mano poderosa, líbranos de todo pecado con tu brazo fortísimo, pónnos a salvo de los que injustamente nos odian.

"Danos la concordia y la paz a nosotros y a todos los habitantes de la tierra, como la diste

a nuestros padres cuando te invocaban santamente en la fe y en la verdad. Haznos sumisos a tu Nombre potentísimo y muy excelente, a nuestros príncipes y a los que nos gobiernan en la tierra.

"Tú eres, Maestro, el que les diste el poder de la majestad real en tu magnífico e invisible poder, para que, conociendo la gloria y el honor que les has repartido, les estemos sometidos y no contradigamos tu voluntad. Concédeles, Señor, la salud, la paz, la concordia, la estabilidad, para que ejerzan sin impedimento la soberanía que les has entregado. Porque, eres tú, Maestro, rey celestial de los siglos, quien das a los hijos de los hombres gloria, honor y poder sobre las cosas de la tierra. Dirige, Señor, su consejo conforme a lo que está bien, a lo que es agradable a tus ojos, con el fin de que ejerciendo con piedad, en la paz y la mansedumbre, el poder que les diste, te hallen ellos propicio. Sólo tú puedes hacer esto y procurarnos mayores bienes aún.

"Te damos gracias por el sumo sacerdote y patrón de nuestras almas, Jesucristo, por quien sea a ti la gloria y la grandeza, ahora y de generación en generación y en los siglos de los siglos. Amén" [1].

S. Clemente de Roma, par Hippolyte Hemmer, p. 121-129 (Picard, 1909).

EL MISMO DIA

SANTA FELICIDAD, MARTIR

Vimos ya el 10 de julio que únicamente las Actas legendarias de los siete mártires festejados en aquel día, los hacían hermanos e hijos de Santa Felicidad. La Iglesia de Roma antiguamente se dirigía hoy a la tumba de esta mártir para venerar sus reliquias en el cementerio Máximo. Más tarde se la dedicó una iglesia cerca de la de San Clemente; entonces fué más fácil a los romanos tributar sus homenajes a los dos mártires que comparten los honores de hoy. Nosotros también, por nuestra parte, pidamos a Dios en la Misa que "sus méritos y sus oraciones nos protejan" y conservemos el recuerdo de su réplica valiente al Prefecto de Roma: "*Viva te superabo, et si interfecta fuero, melius te vincam occisa:* Viva prevaleceré, y si fuere matada, te venceré mejor aún muerta" [1]. El culto que la rinde la Iglesia desde hace tantos siglos, ha demostrado el valor de esta profecía.

1 *Actas* de Santa Felicidad.

24 DE NOVIEMBRE

SAN JUAN DE LA CRUZ, CONFESOR Y DOCTOR DE LA IGLESIA

Acompañemos a la Iglesia, que se dirige al Carmelo a rendirle gracias en nombre de todo el mundo. Preséntase hoy a nuestra consideración San Juan de la Cruz siguiendo las huellas de Santa Teresa y abriendo camino seguro a las almas que buscan a Dios.

LOS TRATADOS DE ORACIÓN. — La evolución que inclinaba a los pueblos a dejar la oración social, ponía a la piedad en grave peligro; entonces, siglo XVI, la divina bondad suscitó algunos Santos cuya palabra, de igual modo que su santidad, iba a responder a las necesidades de aquellos nuevos tiempos. La doctrina no cambia; la ascética y la mística de aquel siglo transmitieron a los siglos siguientes los ecos de los siglos anteriores. Su exposición, no obstante eso, se volvió más didáctica; su análisis, más ajustado; sus procedimientos se prestaron a la necesidad de socorrer a las almas que el aislamiento exponía a todas las ilusiones. Es justo reconocer que, con la acción siempre fecunda del Espíritu Santo, la psicología de los estados sobrenaturales alcanzó mayor amplitud y mayor precisión.

Los cristianos de antaño, por rezar con la Iglesia y vivir cada día y todas las horas del día de su vida litúrgica, conservaban su impronta, en todas las circunstancias, en sus relaciones personales con Dios. Y así sucedía que por la influencia perseverante y transformadora de la Iglesia y participando de sus gracias de luz y de unión y de todas sus bendiciones, se asimilaban su propia santidad sin otro esfuerzo que seguir dócilmente a su Madre, o dejarse llevar en sus brazos firmísimos. Y así se aplicaban ellos la palabra de Señor: *Si nos os hacéis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos* [1].

LAS ESCUELAS DE ESPIRITUALIDAD. — No extrañemos no advertir entre ellos la ayuda tan frecuente y asidua como en nuestros días de directores especiales destinados a sus propias personas. Los guías especiales son menos necesarios a los miembros de una multitud o de un ejército: son los viajeros aislados los que no pueden prescindir de ellos; y aun con estos guías particulares, nunca tendrán tanta seguridad como aquel que sigue a la caravana o al ejército.

Así lo comprendieron en el correr de los últimos siglos los hombres de Dios que, fijándose en las aptitudes múltiples de las almas, dieron sus nombres a escuelas, las mismas en cuanto al fin, distintas en cuanto a los medios que proponen contra los peligros del individualismo. En

[1] *S. Mateo,* XVIII, 3.

esta campaña de enderezamiento y de salvación, donde el mayor enemigo y el más temible era la ilusión, Juan de la Cruz se nos presenta como la imagen viva del Verbo de Dios, *penetrando, mejor que una espada de dos filos, hasta la división del alma y del espíritu, de las coyunturas y de las medulas;* escudriñando, como indagador inexorable, las intenciones y los pensamientos de los corazones [1]. Escuchémosle: aunque moderno, se echa de ver en él a un hijo de los antiguos.

La noche oscura.—"Y porque el alma, escribe el Santo, ha de venir a tener un sentido y noticia divina muy generosa y sabrosa acerca de todas las cosas divinas y humanas que no caen en el común sentir y saber natural del alma (porque las mira con ojos tan diferentes que antes, como difiere el espíritu y lo divino de lo humano) [2]... Para haber de declarar y dar a entender esta *Noche oscura,* por la cual pasa el alma para llegar a la divina luz de la unión perfecta del amor de Dios, cual se puede en esta vida, era menester otra mayor luz de ciencia y experiencia que la mía; porque son tantas y tan profundas las tinieblas y trabajos, así espirituales como temporales, por que ordinariamente suelen pasar las dichosas almas para po-

1 *Hebr.*, IV, 12-13.
2 Vida y Obras de S. Juan de la Cruz, 2.ª Ed. de la BAC, Madrid, 1950, p. 871, Noche Oscura de la Subida al Monte Carmelo, p. II, l. II, c. 9.

der llegar a este alto estado de perfección, que ni basta ciencia humana para saberlo entender ni experiencia para saberlo decir [1].

"Por tres causas podemos decir que se llama NOCHE este tránsito que hace el alma a la unión de Dios. La *primera*, por parte del *término donde el alma sale*, porque ha de ir careciendo el apetito de todas las cosas del mundo que poseía, en negación de ellas; la cual negación y carencia es como noche para todos los sentidos del hombre. La *segunda*, por parte del *medio* o camino *por donde ha de ir el alma* a esta unión, lo cual es la fe, que es también oscura para el entendimiento, como noche. La *tercera*, por parte del *término adonde va*, que es Dios, el cual, ni más ni menos, es noche oscura para el alma en esta vida.

LAS TRES NOCHES.—"Las cuales tres *Noches* han de pasar por el alma, o, por mejor decir, el alma por ellas, para venir a la divina unión con Dios. En el libro del Santo Tobías [2] se figuraron estas tres maneras de noches, por las tres noches que el ángel mandó a Tobías el mozo que pasasen antes que se juntase en uno con la esposa.

"En la *primera* le mandó que *quemase el corazón del pez* en el fuego, que significa el corazón aficionado y apegado a las cosas del mun-

1 *Ibid.*, Prólogo, p. 559, de la 2.ª Ed. de la BAC.
2 *Tobías*, VI, 18-22.

do; el cual, para comenzar a ir a Dios, se ha de quemar y purificar de todo lo que es criatura con el fuego del amor de Dios. Y en esta purgación se ahuyenta el demonio, que tiene poder en el alma por asimiento a las cosas temporales y corporales.

"En la *segunda noche* le dijo que *sería admitido en la compañía de los santos patriarcas,* que son los padres de la fe. Porque pasando por la primera noche, que es privarse de todos los objetos de los sentidos, luego entra el alma en la segunda noche, quedándose sola en desnuda fe y rigiéndose sólo por ella, que es cosa que no cae en sentido.

"En la *tercera noche* le dijo el ángel que *conseguiría la bendición,* que es Dios, el cual, mediante la segunda noche, que es fe, se va comunicando al alma tan secreta e íntimamente, que es otra noche para el alma, en tanto que se va haciendo la dicha comunicación muy más oscura que estotras, como luego diremos. Y pasada esta tercera noche, que es acabarse de hacer la comunicación de Dios en el espíritu, que se hace ordinariamente en gran tiniebla del ánima, luego se sigue la unión con la esposa, que es la Sabiduría de Dios [1].

El beneficio de las purificaciones. — "¡Oh, pues, alma espiritual!, cuando vieres oscurecido tu apetito, tus aficiones secas y apretadas, e in-

---

1 *Ibid.,* 2.ª Ed. de la BAC., p. 565-566, P. I., l. I, c. II.

habilitadas tus potencias para cualquier ejercicio interior, no te penes por eso, antes lo ten a buena dicha, pues que te va Dios librando de ti misma, quitándote de las manos la hacienda; con las cuales, por bien que ellas te anduviesen, no obrarías tan cabal, perfecta y seguramente (a causa de la impureza y torpeza de ellas) como ahora, que, tomando Dios la mano tuya, te guía a oscuras como a ciego, a donde y por donde tú no sabes, ni jamás con tus ojos y pies, por bien que anduvieras, atinaras a caminar"[1].

Nos gusta dejar a los Santos que describan por sí mismos los caminos que recorrieron, para los cuales, en premio de su fidelidad, son tenidos por la Iglesia como guías. ¿Añadiremos también "que hay que tener cuidado de no excitar la conmiseración del Señor en esta clase de trabajos antes de que termine su obra? En eso no cabe engaño: esos favores que Dios hace al alma no son necesarios para salvarse, pero hay que pagarlos a cierto coste. Si nos mostrásemos excesivamente descontentadizos, podría ocurrir que el Señor, por contentar a nuestra pereza, nos dejase recaer en una vía inferior, lo que sería, a los ojos de la fe, una desgracia irreparable.

Necesidad de tener Santos. — "Pero ¿qué importa, se nos dirá, ya que se salvará esta alma? Es cierto, mas nuestra inteligencia no sabe apre-

[1] *Ibid.*, 2.ª Ed. de la BAC., p. 891, Noche Oscura, p. II, l. II, c. 16;

ciar la superioridad de un alma que podía ser émula de los querubines o de los serafines, sobre la que sólo puede compararse con jerarquías inferiores. En estas materias no se puede tolerar una falsa modestia o afición a la medianía" [1].

"Nunca lo encareceremos bastante cuánto importa a los intereses de la santa Iglesia y a la gloria de Dios que se multipliquen en el mundo las almas de verdad contemplativas. Son ellas como el resorte escondido, el motor que da aquí en la tierra impulso a todo lo que es la gloria de Dios, el reino de su Hijo y el cumplimiento perfecto de la voluntad divina. Inútilmente se multiplicarán las obras, las industrias y aun los heroísmos: todo resultará estéril si la Iglesia militante no tiene sus santos que la ayuden en el estado de viandante, que es el que el Maestro escogió para rescatar al mundo. Ciertos poderes y ciertas fecundidades son inherentes a la vida presente; de por sí, tiene tan pocos atractivos, que era conveniente así hacerla subir de mérito" [2].

VIDA. — San Juan de la Cruz nació el 24 de junio de 1542 en Fontiveros (Avila), en España. La Santísima Virgen le dió una prueba de su protección sacándole de un pozo a donde se cayó siendo muy niño. Desde muy temprano tomó la costumbre de mortificar su cuerpo.

1 La Vie spirituelle et l'Oraison d'après la sainte Ecriture et la Tradition monastique, Mame, 1950, c. XIV.
2 La Vie spirituelle et l'Oraison d'après la sainte Ecriture et la Tradition monastique, Mame, 1950, c. XIX.

Terminados sus estudios en el colegio de Medina, entró en 1555 en el hospital de esta ciudad para cuidar a los enfermos; al año siguiente cursó la filosofía en los Jesuítas, y en 1563 entraba en los Carmelitas calzados. Estos le enviaron a estudiar a Salamanca. Su deseo de vida más perfecta le hizo pensar en la vida cartuja, pero advertida Santa Teresa, le pidió una entrevista y le habló de reformar la Orden de los Carmelitas. Fué con un compañero a establecerse en Duruelo y luego en Mancera. Esta obra de la reforma le iba a procurar grandes fatigas y pruebas que supo llevar con caridad y con serenidad incomparable. Fundó numerosas casas de la estricta observancia, escribió sobre teología mística libros llenos de sabiduría y por todos sus trabajos pidió al Señor padecer y ser despreciado por él.

Su anhelo fué atendido, pues en el mes de junio de 1591, caía en desgracia en su Orden y moría el 14 de diciembre en Ubeda, a los 49 años de edad. Un globo de fuego resplandeciente recibió a su alma, y su cuerpo exhaló un aroma suavísimo. Actualmente se conserva incorrupto en Segovia. Benedicto XIII le canonizó y Pío XI le declaró Doctor de la Iglesia universal.

La vida divina. — ¡Dios quiera que tanto en el Carmelo y en las montañas como en las llanuras y valles se multipliquen las almas que ponen la paz entre el cielo y la tierra, atraen las bendiciones y alejan las venganzas divinas! Como santos que somos por vocación [1], Dios nos conceda a ruegos tuyos y siguiendo tu ejemplo, oh Juan de la Cruz, el dejar que la gracia divina

1 *Rom.*, I, 7.

obre en nosotros hasta donde llega su virtud deificante y purificadora; pues entonces nuestra alma también podrá decir un día como la tuya:

"¡Oh divina vida!, nunca matas sino para dar vida, así como nunca llagas sino para sanar... Llagásteme para sanarme, ¡oh divina mano!, y mataste en mí lo que me tenía muerta... *¡Toque delicado,* Verbo, Hijo de Dios, que por la delicadez de tu ser divino, penetras sutilmente la sustancia de mi alma y, tocándola toda delicadamente, en ti la absorbes toda en divinos modos de deleites y suavidades nunca oídos en la tierra de Canaán ni vistas en Temán [1]! ¡Oh, pues, mucho y en grande manera mucho delicado toque del Verbo, para mí tanto más cuanto, habiendo trastornado los montes y quebrantado las piedras en el monte Oreb con la sombra de tu poder y fuerza que iba delante de ti, te diste más suave y fuertemente a sentir al profeta en el silbo de aire delicado [2]! ¡Oh, aire delgado! ¿Cómo eres aire delgado y delicado? Di: ¿Cómo tocas delgada y delicadamente, Verbo, Hijo de Dios, siendo tan terrible y poderoso? ¡Oh, dichosa, y muy mucho dichosa, el alma a quien tocares delgada y delicadamente, siendo tan terrible y poderoso! Di esto al mundo; mas no se lo quieras decir al mundo, porque no sabe él de aire delgado y no te sentiría, porque no te

---

1 *Bar.,* III, 22.
2 *III Re.,* XIX, 11-12.

puede recibir [1], sino aquellos, Dios mío y vida mía, te verán y sentirán tu toque delgado que, enajenándose del mundo, se pusieran en delgado, conviniendo delgado con delgado, y así te puedan sentir y gozar; a los cuales tanto más delgadamente tocas cuanto por estar ya adelgazada y pulida y purificada la sustancia de su alma, enajenada de toda criatura, y de todo rastro, y de todo toque de ella, estás tú escondido, morando muy de asiento en ella. Y en eso *les escondes a ellos en el escondrijo de tu rostro* (que es el Verbo) *de la conturbación de los hombres* [2].

"¡Oh, pues, otra vez y muchas veces *delicado toque,* tanto más fuerte y poderoso cuanto más delicado; pues que con la fuerza de tu delicadez deshaces y apartas el alma de todos los demás toques de las cosas criadas y la adjudicas y unes sólo para ti, y tan delgado efecto y dejo dejas en ella, que todo otro toque de todas las cosas altas y bajas le parece grosero y bastardo, y le ofende aun mirarle, y le es pena y grave tormento tratarle y tocarle!

"Este toque divino ningún bulto ni tomo tiene, porque el Verbo que le hace es ajeno de todo modo y manera y libre de todo tomo, de forma y figura y accidentes...

"¡Oh, pues, finalmente, *toque* inefable *delicado* del Verbo, pues no se hace en el alma me-

1 *S. Juan,* XIV, 17.
2 Salmo XXX, 21.

nos que con tu simplicísimo y sencillísimo ser, el cual, como es infinito, infinitamente es delicado, y, por tanto, tan sutil y amorosa y eminente y delicadamente toca,

Que a vida eterna sabe!" [1].

EL MISMO DIA

SAN CRISOGONO, MARTIR

El "título de Crisógono" o iglesia edificada para el personaje de este nombre, remonta al siglo v. Está situado en Roma dicho título en el barrio del Transtévere. Allí se venera desde hace muchos siglos al mártir homónimo de Aquileya, víctima de la persecución de Diocleciano, en 303. La leyenda le relacionó con Santa Anastasia y como ella, por consiguiente, tenía que ser venerado en Roma y ser nombrado en el Canon de la Misa. Tal distinción nos da a conocer el culto que le consagró la Iglesia desde los primeros siglos y el poder de que goza cerca de Dios.

"La antigua disciplina de la Iglesia, en los tres primeros siglos, reconocía en los confesores y mártires que fueron encerrados en las cárceles, el privilegio de interceder cerca del obispo

1 Llama de amor viva, canción 2, verso 3; 2.ª Ed. de la BAC, pp. 1208-1210.

y conseguir en favor de los penitentes públicos una remisión de su pena o su admisión en la comunión de la Iglesia. A los mártires que coronó ya Dios en el cielo, atribuye la Liturgia la misma prerrogativa. Su sangre, en virtud de la de Cristo por quien la derramaron, puede lavar no sólo sus manchas personales, sino también las de los fieles que recurren a su intercesión" [1]. Recitemos con esta confianza la oración de la Misa de este día:

"Oye, Señor, nuestras súplicas, y, ya que por nuestras iniquidades nos reconocemos culpables, seamos libertados por la intercesión de tu santo mártir Crisógono. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

25 DE NOVIEMBRE

SANTA CATALINA, VIRGEN Y MARTIR

Santa Gertrudis sintió desde su infancia una devoción especial hacia Santa Catalina. Deseando un día conocer sus méritos, el Señor se la hizo ver en un trono tan encumbrado y magnífico, que, si no hubiese en el cielo reina mayor, la gloria de esta sola parecería bastar para lle-

1 Cardenal Schuster-Liber Sacramentorum, Vol. IX, p. 225 de la trad. española del P. Victoriano González, benedictino de Samos, Herder, 1948.

narle; de su corona lanzaba maravillosos destellos hacia todos sus devotos [1].

Francia iba a tener parte en la devoción que la gran mística benedictina profesaba a la virgen mártir. Desde el siglo XI, el monasterio benedictino de la Trinidad del Monte, de Ruán, se gloriaba de poseer ya reliquias de la santa; y muchos siglos adelante, apareciéndose a Juana de Arco en Domrémy, la decidiría a liberar a Orleans, que se encontraba asediada, y en su iglesia de Fierbois, en Turena, la haría encontrar su espada victoriosa y, finalmente, en su prisión de Ruán la animaría a aceptar el padecimiento con que salvaría a Francia.

Los Cruzados de los siglos XII y XIII, al volver del Oriente, trajeron el culto de la mártir de Alejandría, cuya leyenda alcanzó rápidamente mucha popularidad. Para la protección de los peregrinos que iban a venerar su cuerpo al Sinaí, se fundó una Orden de Caballería. La tomaron por patrona los filósofos cristianos, los estudiantes, los oradores y procuradores; el decano de los abogados se preció del privilegio de llevar su bandera y las jóvenes se organizaron en gremio bajo de su protección. Pronto figuró entre los *Santos auxiliadores*, a título de *prudente consejera*, y muchas corporaciones la reclamaban por suya sin más razón que la expe-

1 Embajador de la Divina Piedad (Revelaciones de Santa Gertrudis) trad. por el P. Timoteo Ortega O. S. B. de Silos, p. 559-560 del lib. IV, c. 57, 2.ª ed. Edit. Bened. Buenos Aires, 1947.

riencia que todos tenían de su poder universal para con Dios.

Cuenta la leyenda que, puesta delante de los sabios de Egipto, los confundió con su elocuencia y con la sabiduría que había aprendido en las páginas del Evangelio. También los grandes maestros de la escolástica en la Edad Media, Alberto Magno, Tomás de Aquino, Buenaventura y sus numerosos discípulos pusieron a su amparo los estudios de filosofía y de teología; y Bossuet en muchos panegíricos célebres nos ha demostrado cómo usó Catalina de la ciencia, no para contento de su espíritu, sino para enderezar sus afectos a Dios; no para hacerse famosa, antes bien para hacer triunfar el Evangelio; no para adquirir bienes temporales, sino para ganar almas a Cristo.

Tal es la lección que sigue dando no sólo a los estudiantes de las ciencias sagradas y profanas, sino también a todos los cristianos, enseñándoles con su sufrimiento y su martirio, que siempre es posible con la gracia de Dios triunfar de los placeres y de las vanidades de la tierra y que en escuchar la palabra de Cristo y ponerla en práctica, en eso consiste ser sabio de veras.

VIDA.—No puede ponerse en duda la existencia de Santa Catalina, pero no tenemos sobre su biografía ningún pormenor. A su leyenda le falta toda autoridad y su culto no entró en Occidente hasta el siglo XI. Con todo, la popularidad y el crédito de Ca-

talina son grandes entre el pueblo cristiano: Roma la levantó cinco iglesias y tantos fieles invocan su patrocinio, que hay que ver en ello la expresión de la voluntad divina, que quiere conceder muchas gracias a su Iglesia por la Intercesión de la Virgen Mártir de Alejandría.

Subida al cielo. — "Oh Dios, que diste la ley a Moisés en la cima del Monte Sinaí y que milagrosamente colocaste en él por manos de ángeles el cuerpo de tu santa virgen y mártir Catalina: haz, te lo suplicamos, que, por sus méritos e intercesión, podamos llegar al Monte que es el mismo Cristo."

Tal es la oración que dirigimos al Señor en este día, cuando tantos fieles te aclaman en la Iglesia y piden tu protección. Toda nuestra vida es un continuo subir al cielo, hacia Cristo, que entró en él el día de la Ascensión y nos invita a seguirle y a juntarnos con él. En este camino, a todos nos pueden detener ya los placeres falaces, ya la amenaza de las persecuciones, ya simplemente el temor al esfuerzo y a la tentación que debemos vencer. Tú supiste vencer el hechizo de los goces terrestres, el miedo a las amenazas, y el dolor de los suplicios con la sencillez y la firmeza de tu fe, con la sabiduría sobrenatural que el Espíritu Santo te infundió. Arrástrenos tu ejemplo y nos ayude a luchar y a vencer como tú.

Nos cuenta la leyenda tus desposorios con el Niño Jesús: rasgo gracioso de que para tu honor

se apoderaron los artistas y los poetas. Dentro de un mes adoraremos a Jesús-Niño en su cuna: viene a unirse a nuestras almas. ¡Ojalá estemos bastante purificados para procurarle en nuestros corazones el recibimiento que tiene derecho a esperar de nosotros!

26 DE NOVIEMBRE

SAN SILVESTRE, ABAD

EL FUNDADOR. — Ocurre con frecuencia que Dios lleva el mundo a los que huyen de él; tenemos hoy un ejemplo, entre otros muchos, en Silvestre Gozzolini. Se diría que ha llegado el momento en que maravillada la tierra de la santidad y de la elocuencia de las Ordenes nuevas del siglo XIII, olvida a los monjes y el camino del desierto; pero Dios, que no olvida, conduce silenciosamente a su elegido a la soledad, y otra vez la soledad se estremece y florece como el lirio [1]. La austeridad de los antiguos tiempos, el fervor de las oraciones prolongadas revive de nuevo en *Monte Fano* y se propagan a otros sesenta monasterios; una nueva familia religiosa, la de los Silvestrinos, conocidos por el hábito azul que los distingue de sus hermanos mayores,

---

1 *Isaías,* XXXV, 1, 2.

hace siete siglos que aclama a San Benito, el Patriarca de Casino, como legislador y como padre suyo.

EL PENSAMIENTO DE LA MUERTE. — Se cuenta que la ocasión de su vocación fué el espectáculo horrible del cadáver de un hombre poco antes muy señalado por su belleza. Silvestre se dijo: "Yo soy lo que éste fué; lo que éste es, seré yo", y recordó la palabra del Señor: "Si alguno quiere venir en pos de mí, se renuncie a sí mismo, tome su cruz y me siga". Entonces lo dejó todo y se retiró a la soledad.

Al principio de este mes traía a nuestra memoria la Iglesia el pensamiento de la muerte. Nos inducía a rogar especialmente en este período por las almas del purgatorio. En la fiesta de hoy, todavía desea que pensemos en nuestras postrimerías. No debemos olvidar el juicio de Dios: Hacia Dios caminamos; él es "el que viene"; él es hacia quien debemos tender. Tenemos que desprendernos poco a poco y por su amor de los atractivos de la vida presente y pedirle que no vacile en romper la tela de nuestra vida cuando haya llegado su hora. La muerte es la señal del pecado; y es también su castigo. A pesar de todo, nada tiene de espantosa desde que el Señor gustó de esa bebida amarga y nos libró del terror que infundía a los antiguos. Y si la consideramos como el encuentro definitivo con el que hemos buscado y amado tanto tiempo con la fe, nada

nos debe asustar. Ella será para nosotros la verdadera unión, el verdadero comienzo de todas las cosas.

En este día, pidamos a San Silvestre que nos alcance la gracia de bien morir, enseñándonos a vivir como él en este austero pero consolador pensamiento y a seguir al Señor renunciando a todo lo que vaya contra su santa voluntad.

VIDA. — El gran anacoreta cuya memoria está ligada a Monte Fano, cerca de Fabriano, en las Marcas, es San Silvestre Gozzolini, fundador de la Congregación Benedictina que tomó su nombre. Nació en Osimo en 1177 e hizo sus estudios de derecho y de teología en Bolonia. Su obispo le procuró un canonicato, pero no tardó en dar el adiós a las dignidades que le esperaban, retirándose a las soledades cubiertas de bosques que rodeaban a su ciudad natal, y desde ese momento ya no pensó más que en levantar el ideal de la vida monástica, harto decaído por cierto. En 1231 logró construir en Monte Fano con la ayuda de algunos discípulos, un pequeño monasterio dedicado a la Reina del cielo y a San Benito. Así empezó la rama benedictina de Monte Fano. Inocencio IV la aprobó por medio de la bula del 27 de junio de 1247. Al morir el fundador, el 27 de noviembre de 1267, la Congregación de los Silvestrinos contaba 433 miembros y 12 monasterios. Clemente VIII insertó su nombre en el Martirologio en 1598 y León XIII extendió su Oficio y su Misa a la Iglesia universal, el 19 de agosto de 1890 [1].

NO HAY MÁS QUE VANIDAD. — Cuán vanas son nobleza y belleza: la muerte, al hacértelo ver,

[1] *Anal. Boll.*, 1907, p. 369.

abrió ante ti los senderos de la vida. La frivolidad de un mundo que tan mal uso hace del espejismo de los placeres falaces, no podía comprender al Evangelio, qúe difiere la felicidad para la vida futura, y hace consistir el camino que a ella nos lleva, en el renunciamiento, en la humillación, en la cruz. Con la Iglesia[1] pedimos a Dios clementísimo que en atención a tus méritos tenga a bien concedernos el despreciar como tú las felicidades terrenas que tan pronto se disipan, para saborear un día contigo la eterna y verdadera dicha. Dígnate favorecer con tu ruego nuestras súplicas. Esperamos que el que te ha llevado a la gloria, bendiga y multiplique a tus hijos y favorezca juntamente con ellos a todo el Orden monástico.

EL MISMO DIA

SAN PEDRO DE ALEJANDRIA, OBISPO Y MARTIR

Por querer dar León XIII los honores de este día al fundador de una Orden religiosa, San Pedro de Alejandría pasó a segundo lugar. Pero el hecho de que la Iglesia le concede una sencilla memoria en la Misa y el Oficio, no debe impedir que reconozcamos los méritos del obispo mártir y le dirijamos nuestra oración y alabanza.

1 Colecta del día.

En el año 300 sucedió San Pedro a San Teonas en la Sede episcopal de Alejandría. Casi durante doce años gobernó esta gloriosa Iglesia, en la que, nos dice Eusebio, se manifestó como "un ejemplar espléndido de obispo" [1].

Murió el 24 ó el 25 de noviembre de 311, víctima de la persecución de Diocleciano en Alejandría. Fué el último mártir de esta persecución en Egipto, y por eso los griegos le saludan con el título "*sigillum martyrum*", sello y término de la persecución". Los Sirios le llaman también "el que pasó a través del muro horadado", porque sus *Actas* nos refieren, que él mismo señaló a sus verdugos por dónde debían agujerear el muro de su prisión para llevarle al martirio, sin que lo notasen los cristianos.

Oración: "Mira, oh Dios Todopoderoso, nuestra flaqueza, y a los que nos agobia el peso de nuestros pecados, protéjanos la gloriosa intercesión de tu Santo Mártir y Pontífice Pedro. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

29 DE NOVIEMBRE

LA VIGILIA DE SAN ANDRES

LAS PRIMERAS PIEDRAS DE LA IGLESIA. — La vigilia de San Andrés es la más notable entre las

1 *Hist. eccl.*, IX, 6, 2.

vigilias de los Apóstoles. Punto de unión entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, nos recuerda las promesas divinas y nos hace ver su cumplimiento, mientras se prepara la construcción de la Iglesia con la elección de las primeras piedras.

La última lección de la Escritura del Tiempo [1] se termina con la declaración solemne del Profeta Malaquías que anuncia los tiempos nuevos: "Desde la salida del sol hasta el ocaso, mi nombre es grande entre las naciones, dice el Señor de los ejércitos y en todo lugar se ofrece a mi Nombre el sacrificio de una oblación pura" [2]. Y Juan Bautista, en el Evangelio del día nos avisa que el largo esperar del género humano ha terminado ya. Nos señala al Mesías que está ya muy cerca: "He ahí al Cordero de Dios". Andrés oye este pregón y a impulsos de la gracia sigue a Jesús y pasa la tarde con él. Fué el primer Apóstol en reconocer a Cristo y al momento le lleva a su hermano Pedro, el que más tarde va a ser el primero por la autoridad, el primer Papa.

"Venid en pos de mí", había dicho Jesús. Esta palabra del Señor va dirigida a las almas de buena voluntad. La invitación está llena de bondad: ¿Puede haber, en efecto, algo más dulce que seguir al que es el mismo Amor? ¿Qué cosa más fácil que seguir al Omnipotente? Y, con todo, son muy pocos los que responden a esta dulce presión.

---

1 El sábado que precede al Adviento.
2 *Mal.*, I, 11.

Pongamos nuestro porvenir espiritual debajo de la protección de San Andrés y roguémosle que nos conceda la gracia de la fidelidad, para que, a ejemplo suyo, podamos seguir a Cristo a donde nos quiera llevar y, si le parece, hasta la cruz.

Terminemos con este deseo de San Agustín en la Homilía del día: "Levantémosle en nuestros corazones una morada, para que venga a ella y nos enseñe y viva con nosotros".

Ya se va diseñando todo el Adviento. Pongamos bajo de la bendición del Apóstol de la cruz la temporada santa del Adviento.

Oración: "Suplicámoste, oh Dios omnipotente, que el Apóstol San Andrés, a cuya festividad nos disponemos, nos alcance tu auxilio, para que, libres de nuestras culpas, salgamos victoriosos también de todos los peligros. Por Jesucristo Nuestro Señor Amén."

EL MISMO DIA

CONMEMORACION DE SAN SATURNINO, MARTIR

La Iglesia conmemora hoy además a un mártir célebre: San Saturnino. La leyenda nos le presenta condenado en su ancianidad a llevar la arena de las canteras a las termas de Dio-

cleciano y después decapitado en compañía del diácono Sisinio. Esta leyenda contribuyó sin duda a su celebridad. Sea de ello lo que fuere, se erigió una basílica en su tumba, *Vía Salaria Nova,* y en ella se reunían todos los años los fieles en este día para la sinaxis eucarística. Más tarde sus reliquias fueron trasladadas al Monte Celio y los lugares del culto en honor de San Saturnino desaparecieron en la ciudad eterna. Pero la Iglesia no ha olvidado a su mártir e, invocando sus méritos junto con los de San Andrés, pide a Dios "que la consigan la ayuda" [1] que necesitará también este año para "seguir y servir a Cristo" [2], participar todos los días de su sacrificio y hacerse cada día más santa por esta participación cada vez más íntima en la vida de su divina Cabeza [3].

1 Oración de la Misa.
2 Antífona de la Comunión.
3 Poscomunión.

FLORILEGIO PARA EL SANTORAL

Los textos litúrgicos y patrísticos ordenados a ilustrar el pensamiento de Dom Guéranger para los cuatro tomos primeros de esta obra, no tienen más objeto que comentar los misterios de Cristo, es decir el Propio de Tiempo: Adviento, Navidad, Septuagésima, Cuaresma, Pascua, Tiempo Pascual, Ascensión, Pentecostés, Trinidad, Corpus, Sagrado Corazón. La única fiesta del Santoral que llamó nuestra tención es la de la Transfiguración, el día 6 de agosto. En su tiempo dijimos por qué nos detuvimos ahí. A pesar de eso, cuando la ocasión se ha presentado hemos tratado de los Santos: de la Santísima Virgen (t. I, pág. 806-819), de los Patriarcas (t. I, pág. 805), y, con ocasión del ciclo de Navidad, de San Esteban, de San Juan y de los Inocentes (t. I, pág. 819-823).

En las ediciones anteriores del *Año litúrgico*, el Santoral estaba ilustrado siguiendo el desarrollo del calendario. Ya se sabe que Dom Guéranger daba en la piedad litúrgica una gran importancia al culto de los Santos y, por eso, descuidarlo aquí sería una infidelidad a su pensamiento.

Hemos, pues, reservado para este último tomo un pequeño florilegio referente a los Santos, ya que, a continuación de los últimos domingos después de Pentecostés, contiene la parte más notable del Santoral. Nos hemos visto obligados a ordenarlos por categorías, como lo hace hoy la Liturgia Romana para los apóstoles, los mártires, los confesores, las vírgenes,

asignándoles un oficio común. Método deficiente, es cierto, pues la antigüedad conoció a los Santos en particular, es decir, separados, uno por uno.

Hemos introducido en este florilegio cierto número de textos que se refieren a la Virgen María, a la que todos los liturgistas se esfuerzan en proclamar "Reina de todos los Santos", pero dando preferencia a los textos que tratan de la Asunción de Nuestra Señora y de los otros misterios cuyas fiestas están en el presente volumen [1]. Los liturgistas orientales celebran más que nosotros a los Santos del Antiguo Testamento y entre ellos colocan a San José; ya hicimos alusión a esto en el florilegio de Adviento; mucho nos habría gustado hacer resaltar aquí a estas grandes figuras, pero hemos tenido que ser breves. Esto aparte, hemos pretendido sobre todo hacer ver al lector la importancia que las liturgias que menos conocidas nos son, conceden a ciertos cultos, como el de la Cruz, el de los Angeles y el del Precursor. A la dedicación de las Iglesias la ilustran algunos textos y, para terminar hemos puesto otros relativos a la fiesta de todos los Santos.

---

1 Para *la Anunciación,* véase Florilegio del t. I, n. 12-16; 26-27. Para *la Inmaculada Concepción,* véanse los números 1 al 16 de este volumen.

PLAN DEL FLORILEGIO

I. — LA VIRGEN MARIA

A) Fiestas de la Virgen:

a) *Asunción:* Liturgia griega (1); Liturgia armenia (2); Padres griegos (3).

b) *Natividad:* Liturgia griega (4).

c) *Presentación:* Liturgia griega (5).

d) *Nuestra Señora de los Dolores:* Padres latinos (6); (Otras fiestas, v. pág. 919, n. 1).

B) Mariología:

a) *Eva y María:* Padres griegos (7); Padres latinos (8).

b) *María y la Iglesia:* Padres griegos (9); Padres latinos (10).

c) *María y los Patriarcas:* Liturgia etiópica (11).

d) *María y los Profetas:* Padres latinos (12).

e) *María y Cristo:* Liturgia mozárabe (13).

f) *María y el género humano:* Padres griegos (14).

g) *Alabanzas a la Virgen:* Liturgia griega (himno Acatisto) (15); Liturgia etiópica (16).

II. — LOS SANTOS ANGELES

Liturgia griega (17); Padres latinos (18); Padres griegos (19).

III. — EL SANTO PRECURSOR

Liturgia romana (20); Liturgia ambrosiana (21); Liturgia romana (22).

IV. — LOS SANTOS APOSTOLES

a) *Los amigos del Señor:* Liturgia romana (23).
b) *San Pedro y San Pablo:* Liturgia griega (24); Liturgia armenia (25); Liturgia siriaca (26).

V. — LOS SANTOS MARTIRES

Padres griegos (27); Padres latinos (28).

VI. — SANTOS MONJES Y CONFESORES

Padres orientales (29); Liturgia romana (30).

VII. — VIRGENES

Padres latinos (31); Liturgia romana (32).

VIII. — FIESTA DE LA CRUZ

Liturgia griega (33); Padres latinos (34).

IX. — DEDICACION DE LAS IGLESIAS

Liturgia latina (35); Padres griegos (36); Padres latinos (37).

X. — TODOS LOS SANTOS

Liturgia romana (38); Liturgia griega (39).

I. — LA VIRGEN MARIA

A) FIESTAS DE LA VIRGEN [1]

a) ASUNCION DE LA SANTISIMA VIRGEN

Liturgia griega 1

¿Qué cantos con dejos de tristeza son los que todos los Apóstoles del Verbo dejaron oír en tu honor, oh Virgen, al rodear tu lecho y expresar su dolor? "El palacio del Rey se aleja; el arca de la santidad se ha levantado. Abríos, puertas, para que entre con alegría de todos la puerta de Dios que va a pedir continuamente para el mundo la gran misericordia". *(Stijeron de las Vísperas menores de la fiesta,* Meneas, ed. rom., t. VI, pág. 405.)

¿Qué cantos espirituales, oh Santísima, te ofreceremos ahora? Con tu inmortal Dormición santificaste a todo el universo y has subido por encima de él para contemplar la belleza del Todopoderoso y para gozar de El, escoltada por los ejércitos angélicos y por las almas de los justos. *(Id., ibíd.)*

Los Apóstoles teóforos, que a una señal divina fueron arrebatados por los aires de todas las partes del

---

[1] Los florilegios y colecciones diversas que celebran las glorias de la Virgen María son innumerables. Las más recientes en francés son las del P. REGAMEY: *Les plus beaux textes sur la Vierge Marie* (Paris, 1942); muchos estudios aparecidos en la obra *Marie* (bajo la dirección del P. DU MANOIR, S. J., 1949) y "*Marie de qui est né Jésus*", por Dom DEMARET.

mundo, al desaparecer tus restos mortales totalmente puros y principio de vida, los cubrían de besos. Las potestades más encumbradas estaban allí presentes con su Señor. Sobrecogidas de espanto, cortejan al cuerpo virginal, arca de la divinidad; suben por los aires y sin ser vistas gritan a las falanges que están más arriba que ellas; ¡He aquí que se acerca la hija de Dios, la Reina del Universo! Abríos, puertas, de par en par, y con una magnificencia que sobrepuje a la del mundo, recibid a la Madre de la luz que no tiene ocaso, porque por ella vino a los hombres la salvación universal. *(Stijeron de las Vísperas mayores,* Meneas, ed. rom., t. VI, pág. 407.)

2 *Liturgia armenia*

Hoy trasladaron al cielo los espíritus celestiales la Morada del Espíritu Santo, haciéndola entrar en la Jerusalén celeste, en el Tabernáculo inmaculado, inaccesible a nosotros, junto a la Santa Trinidad. Hoy los espíritus celestes, subiendo al cielo el cuerpo inmaculado de la Virgen Madre de Dios, le colocan entre los ángeles para que goce de inenarrables delicias. Por lo cual la Santa Madre Iglesia en su gozo te canta un cántico nuevo de alabanzas. Después de vivir en ese cuerpo una vida inmaculada, has sido hoy rodeada por los Apóstoles y por voluntad divina trasladada al reino de tu Hijo, Dios nuestro; intercede por nosotros. *(Texte liturgique pour l'Assomption,* du MANOIR, *loc. cit.*, pág. 361.)

3 *Padres griegos*

SERMON DE SAN MODESTO, ARZOBISPO DE JERUSALEN († 634)

Hermanos que amáis a Cristo, ciertamente la que engendró al que es la Vida de los hombres se une hoy a la Vida que salió del Padre antes de los siglos, al que es Dios y Verbo de Dios. Engen-

dró en la carne, alimentó con su leche a la Vida vivificante que sacó de la nada todas las cosas: la Virgen poseyó esa Vida y, a la vez que gozaba de ella como Madre, sobrepujó a los santos órdenes tanto celestiales como terrestres. Por ella se esparció por el mundo, semejante a una fuente completamente pura, esta Vida, luz de los hombres; ¿no está escrito, en efecto, que "El era la Vida y la Vida era la Luz de los hombres"? Ella se une a esta Luz verdadera y sustancial, "esplendor y gloria de Dios Padre", que se ha encarnado en ella por obra del Espíritu Santo y que "ilumina a todo hombre que viene a este mundo".

Así, cuando Cristo nuestro Dios, coeterno a su Padre y al Espíritu Santo, determinó según su beneplácito llamar a sí a su Santísima Madre para conferirla una gloria incomparable, los ángeles y arcángeles en un arrebato de alegría dejaron el cielo por orden divina y corrieron para prestar guardia en la augustísima dormición. Todas las santas potestades del cielo se alegran de este misterio; alaban a Cristo, nuestro Santísimo Salvador, por haber llamado a sí a aquella de quien nació. Glorifican al Creador de los astros cuanto les es dado, porque ha hecho a su Madre más gloriosa que a los cielos, constituyéndola cielo de su divinidad, y también, porque gracias a ella las luminarias terrenales y racionales a las cuales había dicho: "Vosotros sois la luz del mundo", brillaron con el resplandor de su divina gracia más espléndidamente que el sol, la luna y las estrellas.

A la que escogió, entre las criaturas racionales para ser su madre, la eleva llena de gracia por encima de lo que se puede decir, Aquel hacia quien los querubines no se atreven a levantar los ojos cuando le adoran a la vez que a su Padre y al Espíritu Santo, clamando sin cesar: "Santo, santo, santo es el Señor de los ejércitos." Interpeló a las potestades celestes diciéndolas: "Alegraos conmigo", el día que por su Madre trajo a la criatura la liberación y la paz al mundo.

Porque ¿no se debe a la Virgen que se haya encontrado la dracma humana, que el buen Pastor se haya dignado revestirse del vellón de sus ovejas, que el Dios de las virtudes haya cargado con alegría sobre sus hombros la oveja descarriada? El que tomó carne para siempre de María, la santificó e hizo de ella un campo en que Dios pudiese germinar; el Padre trabajó este campo con suma complacencia, el Espíritu Santo hizo la labor del sembrador y Cristo, el Unico Hijo, salió como un fruto, como la verdadera vid que crece y se multiplica para alegría de las santas Potestades del cielo y para salvación de los hombres; esto ya lo dijo el Evangelio: "Soy la verdadera viña y mi Padre es el viñador."

La Madre de Dios está, pues, junto a la verdadera viña que de ella brotó, y va a recoger en ella los racimos dotados de incorruptibilidad e inmortalidad; va a disfrutar del fruto nuevo en el reino de los cielos. Sí, el hermoso olivo que ha brotado para nosotros, gusta el delicioso, vivificante y celestial pan que ella incorporó a la humanidad encarnando en sus purísimas entrañas al que fortifica el corazón en la verdadera fe; semejante a un campo trabajado por Dios, ella ha hecho nacer a Cristo, como una fuente de misericordia que inunda todas las cosas con su agua.

Se la han llevado cerca de Dios; sí, se ha ido junto a él la luminosa nube de gloria que le engendró; ha depositado en su cuerpo el resplandor de la divinidad perfecta, ha hecho llover sobre la tierra un torrente de excelentes carismas que de él descienden. Junto a Dios se termina la carrera supraterrestre de esta luna racional, para usar una palabra del Profeta, de donde ha nacido el sol, procedente del triple sol de la Trinidad consustancial; "ella se detiene en su lugar", en el sitio debido a su virginidad, revelando a los ojos del mundo el esplendor de Dios para que el mundo le conozca. En la casa del Padre es recibida con alegría indecible y con exaltación la que Dios for-

mó como habitación para su Hijo. Este hizo de ella su morada y en ella se encarnó por obra del Espíritu Santo y en su seno vivió nueve meses. Por el arcángel Gabriel fué destinada a ser el domicilio más admirable de la Trinidad: "El Espíritu Santo descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá. Por lo cual el ser santo que de ti va a nacer, se llamará Hijo del Altísimo." Estas palabras la prometían una gloria superior a las santas jerarquías celestes y terrenas; por eso, se la ve trasplantada a la tierra de los vivos y como llevada de gloria en gloria; ella, la zarza que ardía, es llevada a la Trinidad, para que se ilumine en la luz de Cristo-Dios la única bendita entre todas las mujeres, la Virgen Madre que le llevó en su seno, y que fué por El preservada. Como la vara siempre verde, ella hizo se desarrollase en la carne el germen divino del Padre, germen de infinita grandeza y de incomprensible belleza, y le ofrece como fruto maduro para placer de las santas potestades del cielo y del coro de los santos, para que saboreen con confianza su dulzura inimitable. El Dios de las virtudes escogió a María como se hace con un campo selecto. La espiga que no procedió de hombre y que nació de ese campo, no está circunscrita a lugar alguno. Nunca produce hastío, nunca se gasta, y alimentando a todas las cosas aunque sin consumirse, permanece oculta en el seno del Padre.

La Esposa de Jesucristo cuya belleza desean contemplar todas las potestades, ha penetrado en la cámara nupcial. Y la que es la misma cámara nupcial, es trasladada a la Jerusalén celeste; de ella ha salido el Rey de los siglos que, descendiendo hasta nosotros con pompa militar, ha derrotado al enemigo y a su chusma. Y al llegar a la edad viril Cristo Jesús se desposó con su verdadera Iglesia, por la que derramó su sangre y dió su vida, conforme a lo que Pablo, lumbrera del mundo en lo que se refiere a las cosas de Dios, escribió: "Esto es un gran misterio, quiero de-

cir: el de Cristo y su Iglesia". La Madre de Dios está colocada más arriba que los querubines y serafines en el reino de los cielos. *(Sermón para la Dormición de Nuestra Santa Señora, la Madre de Dios, siempre Virgen María.* P. G., 88, 3227.)

b) NATIVIDAD DE LA SANTISIMA VIRGEN

4 *Liturgia griega*

En este día el Dios que descansa sobre los tronos espirituales se ha preparado en la tierra un trono santo; el que en su sabiduría ha puesto sólidos fundamentos a los cielos y ha construído para los hombres en su amor un cielo vivo; de una raíz fecunda, ha hecho germinar para nosotros un retoño lleno de vida, su Madre. Dios de las maravillas y esperanza de los desesperados, Señor, gloria a ti. *(Idiomelon de las Vísperas mayores de la fiesta,* Meneas, ed. rom., t. II, página 88.)

Este es el día del Señor. ¡Pueblos, saltad de gozo! He aquí que la cámara nupcial de la luz, el libro del Verbo de vida ha salido de entrañas humanas. La Puerta del Oriente que acaba de levantarse, espera que entre el gran Sacerdote; es la única que introduce a Cristo en el universo y sólo a él introduce, para la salvación de nuestras almas. *(Id., ibíd.)*

Este día es el preludio de la alegría universal. Este día han comenzado a soplar los aires que anuncian la salvación. Ha terminado la esterilidad de nuestra naturaleza, pues una mujer estéril resulta madre de la que continúa siendo la Virgen después de dar a luz a su Creador. Por medio de ella el Dios por esencia hace suyo lo que le era extraño; por ella realiza su obra de salvación en favor de los extraviados de la carne, el bondadoso Jesucristo, libertador de nuestras almas. *(Id., ibíd.,* pág. 89.)

c) PRESENTACION DE LA SANTISIMA VIRGEN

Liturgia griega 5

Creyentes, en este día formemos coros y cantemos al Señor salmos e himnos; honremos su santo tabernáculo, al arca espiritual que contiene al Verbo incomprensible, pues, viviendo en la carne una infancia maravillosa, es ofrecida a Dios, y el gran sacerdote Zacarías la recibe con gozo como habitación de Dios.

En este día el templo espiritual de la santa gloria de Cristo nuestro Dios, la Virgen pura, la única bendita entre todas las mujeres, es ofrecida en el Templo para permanecer allí en el Santo de los Santos; Joaquín y Ana se gozan en su corazón; los coros de las vírgenes, por la voz de los salmos, cantan al Señor y honran a su Madre.

Eres el oráculo de los profetas, la gloria de los Apóstoles, el orgullo de los mártires y la renovación de todos los mortales, porque gracias a ti hemos sido reconciliados con Dios. Por lo cual honramos tu entrada en el Templo del Señor y con el Angel te decimos, como el salmista, los que hemos sido salvados gracias a tu intercesión: Felicidad eterna a ti, que eres venerable sobre toda ponderación. *(Stijeron de las Vísperas mayores de la fiesta, Meneas,* ed. rom., tom. II, pág. 217-218.)

d) LOS SIETE DOLORES DE LA SANTISIMA VIRGEN

Padres latinos 6

SERMON DE SAN BERNARDO SOBRE LAS DOCE ESTRELLAS

El martirio de la Virgen nos es manifiesto tanto en la profecía de Simeón como en la historia de la Pasión del Señor. "Este, dice el santo anciano, hablando del Niño Jesús, ha sido puesto como señal de contradicción." Y dirigiéndose a María, añade: "una espada

traspasará tu alma". Sí, oh Madre bienaventurada, una espada verdaderamente traspasó tu alma, pues sólo, pasando por tu corazón, pudo penetrar en la carne de tu Hijo. Y cuando este Jesús, que es tuyo, entregó su espíritu, la lanza cruel no llegó a su alma, sino fué a tu alma a la que atravesó; el alma de Jesús no estaba allí ya, y la tuya no se podía desprender.

La violencia del dolor traspasó tu alma y, por eso, con razón te aclamamos más que mártir, ya que el sentimiento de la compasión excedió en ti a todo cuanto puede padecer el cuerpo. ¿No fué acaso más que una espada, aquella palabra que atravesó realmente tu alma y llegó hasta la división del alma y del cuerpo: "Mujer, ahí tienes a tu Hijo"? ¡Trueque extraño! ¡Te dan a Juan en vez de Jesús, al servidor en lugar del Señor, al discípulo por el Maestro, al hijo del Zebedeo por el Hijo de Dios, a un hombre en lugar del verdadero Dios! ¿Cómo no iba a desgarrarse tu alma tan amante al oír aquella palabra, si sólo su recuerdo destroza nuestros corazones, aun siendo de piedra y de bronce?

No extrañemos, hermanos, el oír que María fué mártir en su alma. Unicamente se puede admirar el que no recuerde que San Pablo enumera como uno de los mayores crímenes de los gentiles el no haber tenido "afecto". Pero este defecto estuvo muy lejos del corazón de María; esté también lejos de sus servidores. *(P. L.,* 183, 437.)

B) MARIOLOGIA

a) EVA Y MARIA

7 *Padres griegos*

Como Eva se dejó seducir por el diálogo de un ángel y se apartó de Dios traspasando su palabra, del

mismo modo María recibió de la boca de un ángel el gozoso mensaje de que, por obedecer a la palabra de Dios, llevaría a Dios en su seno. Si la primera fué desobediente a Dios, la segunda se convenció de que había que obedecerle, y así la Virgen María se hizo defensora de la Virgen Eva. Y como el género humano quedó sometido a la muerte por una virgen, una virgen también le salvó. De este modo los platillos de la balanza están en equilibrio: la desobediencia virginal está contrabalanceada por la obediencia virginal; el pecado del primer hombre queda reparado por el Primogénito; la prudencia de la serpiente es vencida por la sencillez de la paloma, y los lazos que nos encadenaban con la muerte quedan rotos. (SAN IRENEO, *Adv. Haereses,* 5, 19; P. G., 6, 1175.)

Era justo y necesario que Adán fuese restaurado en Cristo, para que lo que es mortal fuese adsorbido y consumido por la inmortalidad, y que Eva fuese restaurada en María, para que una Virgen se convirtiese en defensora de otra virgen y la desobediencia de la una se borrase con la obediencia de la otra. (SAN IRENEO, *Demostración de la predicación evangélica,* 33; P. O., 12, 773.)

Padres latinos 8

Eva creyó a la serpiente; María creyó al ángel Gabriel; el delito que cometió la primera por una fe indiscreta, le reparó con su fe la segunda. (TERTULIANO, *De Carne Christi,* 17; P. L., 2, 781 [1].)

---

1 Cfr. Otros muchos textos sobre el paralelo entre Eva y María, en J. LEBON, *L'apostolicité de la médiation mariale,* en *Recherches de Théol. anc. et médiévale,* 1930, p. 129 y sig.

b) MARIA Y LA IGLESIA

9 *Padres griegos*

Hay un Padre de todas las cosas, y también hay un Verbo de todo, y el Espíritu Santo también es uno y está en todas partes. Pero Madre Virgen no hay más que una: y me place llamarla la Iglesia. (CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Pedagogo,* I, 6, 41; P. G., 8, 299 B-C.)

10 *Padres latinos*

La Iglesia es virgen. Pero acaso pregunte alguno: si es virgen, ¿cómo tiene hijos? O si no tiene hijos, ¿cómo hemos dado nuestros nombres para nacer de sus entrañas? Respondo: es virgen y tiene hijos. Imita a María, que dió a luz al Señor. ¿No es María la Virgen por excelencia? ¿No dió a luz, y sigue siendo virgen? Así también la Iglesia da a luz y sigue siendo virgen. Y a quien da a luz es a Cristo, pues los que están bautizados son miembros suyos. Como lo dice el Apóstol, sois el cuerpo de Cristo y sus miembros. Por tanto, si da a luz a los miembros de Cristo, la Iglesia es totalmente semejante a María. (SAN AGUSTÍN, *Sermón sobre el símbolo,* ed. Morín, pág. 6-7.)

Del mismo modo que Jesucristo nació de las entrañas de una virgen intacta, así el cristiano renace del seno de la Iglesia. (SAN LEÓN MAGNO, *Sermón XXIX,* P. L. 54, 227.)

El Hijo de Dios que nació de una madre Virgen por obra del Espíritu Santo, fecunda con su soplo a su Iglesia inmaculada, para que por el parto del bautismo se engendre una multitud innumerable de hijos de Dios, de los que está dicho que no nacieron de la sangre ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios. (SAN LEÓN MAGNO, *Sermón LXIII,* P. L., 54, 356.)

¿No reconocemos en la figura de María al tipo mismo de la Iglesia? El Espíritu Santo descendió sobre ella; la Virtud del Altísimo la cubrió con su sombra. De ella nació Cristo con todo su poder. Su embarazo fué sin mancha y llegó a ser fecunda en su castidad virginal. Concibió no de hombre, sino del Espíritu; dió a luz sin dolor, más bien con alegría... Es, pues, y bien se la puede llamar Esposa de Cristo y Madre de los pueblos. (San Cesáreo de Arlés, *Sermón CXXI*, P. L., 39, 1989.)

c) MARIA Y LOS PATRIARCAS

Liturgia etiópica 11

Tú fuiste la esperanza de Adán cuando fué expulsado del paraíso; tú, la dulzura de Abel matado con iniquidad; la bondad de Set, las buenas acciones de Henoc, el arca en que se salvó Noé del diluvio malo, la bendición de Sem y su herencia; fuiste la peregrinación de Abraham, el buen olor de Isaac, la escala de Jacob, el consuelo de José, las Tablas de Moisés, la zarza del Sinaí, las campanillas del vestido de Aaron. (Anáfora de Ciriaco de Behnesa, C. S. C. O., s. II, t. 17, pág. 5.)

Oh Virgen, tipo y profecía de los profetas, gracia de los Apóstoles, Hermana de los ángeles, Madre de los mártires, honra de las vírgenes jóvenes y de los monjes que velan a tus puertas día y noche, oh Virgen, oh llena de gracias... No te has hecho grande para regocijarte con ellas como las hijas de los Hebreos que llevan el cuello tieso, sino más bien en el templo, en la santidad y la pureza. Oh Virgen, no te alimentaste del pan de la tierra, sino del pan celeste que procede de los cielos donde fué consagrado. Oh Virgen, no bebiste bebida terrena, sino la bebida espiritual que brotó de los cielos. *(Ibíd.)*

d) MARIA Y LOS PROFETAS

12 *Padres latinos*

HOMILIA DE PASCASIO RADBERTO († 860)

María fué anunciada por los profetas, señalada de antemano en ciertas figuras y escenas misteriosas de los patriarcas, representada y manifestada por los evangelistas, saludada por el ángel con religiosa cortesía. Quién es y qué grandeza tiene, lo declara el ángel inspirado del cielo, diciendo: "Dios te salve, María, llena eres de gracia, bendita tú eres entre todas las mujeres." Sí, ciertamente, está llena de gracia, ya que la plenitud de la gracia, de que las demás mujeres participan, ha sido derramada en María por completo de una vez. Verdaderamente llena, porque, aun creyendo que la gracia habitó en los Santos Padres y en los Profetas, con todo no fué de un modo tan pleno. Porque la plenitud de todas las gracias que hay en Cristo, existe también en María, aunque de una manera muy distinta. Por eso dice el ángel: Bendita tú eres entre todas las mujeres, es decir, más bendita que todas ellas. Todas las maldiciones que se dieron contra Eva, se borraron con la bendición que se dió a María. El autor del Cantar de los Cantares dice a este propósito algo que puede convenir a la alabanza de María; "Ven, paloma mía, dice, inmaculada mía." Más blanca que la nieve a causa de los dones del Espíritu Santo, en todo representa la sencillez de la paloma; toda su conducta es pureza y simplicidad, verdad y gracia, misericordia y justicia, justicia que juzga desde lo alto del cielo. Por eso es inmaculada, porque en nada de ella hay corrupción. De aquí viene que se cante refiriéndose a ella en el Cantar de los Cantares: "Jardín cerrado, fuente sellada, lo que de ti emana, es un paraíso." En verdad que es un jardín de delicias, donde se encuen-

tra toda clase de flores y todos los aromas de las virtudes. Jardín tan bien cerrado, que no sabe lo que es ser violada o manchada, ni siquiera del modo más disimulado y sutil. Porque es una fuente sellada y sellada con el sello de la Trinidad. *(Sermón sobre la Asunción,* P. L., 30, *inter opera sancti Hieronymi,* 130-131.)

e) MARIA Y CRISTO

Liturgia mozárabe 13

"Escucha, hija, y mira: He aquí que has llegado a ser la hija y la esclava de tu Hijo, Madre de tu Señor, santuario del Salvador altísimo." Como el rey ha deseado el esplendor de tu belleza y se ha complacido en prepararse en tu tierra una mansión purísima, haz que el que se prendó de ti y te hizo su madre, derrame en nosotros la rica dulzura de su deseo; de modo que permanezcamos, ¡oh Santa Madre!, consagrados en esta vida a tu servicio, para ir sin confusión, después de nuestra muerte, a Aquel que nació de ti. *(Ora. visigót.* Monum. Hisp. Sac. Ser. lit., pág. 74-75.)

f) MARIA Y EL GENERO HUMANO

Padres griegos 14

Hay que resolverse a decir que las primicias de todas las Escrituras están en los Evangelios y que las primicias de los Evangelios las encontramos en el Evangelio de San Juan. Nadie puede penetrar en el sentido profundo de este Evangelio, sino ha descansado en el pecho de Jesús, y si Jesús no le ha dado a María por Madre... Porque, si nadie es hijo de María, excepción hecha de Jesús, y si Jesús dice a su Madre: "Mujer, ahí tienes a tu Hijo", y no: "Ese que está ahí es también

tu hijo", es lo mismo que si la hubiese dicho: "Ahí tienes a Jesús a quien diste a luz." De hecho, todo el que es perfecto ya no vive: es Cristo quien vive en él. (ORÍGENES, *In Joannis Praef.*, P. G., 14, 32.)

g) ALABANZAS A LA VIRGEN

Compuesta después de la liberación milagrosa de Constantinopla en 718.

15 *Liturgia griega: Himno Acatisto*

Una vez que el ángel recibió el mensaje misterioso, entró seguidamente en la casa de José y dijo a la Virgen: He aquí que, sin perder nada de su perfección, se encierra en ti el que para bajar inclinó los cielos; al verle tomar en tu seno la forma del esclavo, exclamó presa de admiración: ¡Salve, Esposa Virgen!

Un ángel del orden primero fué enviado del cielo a decir a la Teotocos: ¡Salve! Lleno de admiración al verte, Señor, encarnarte al oír esta palabra inmaterial, permanecía ante ella exclamando: ¡Salve a ti, por quien resplandecerá la alegría! ¡Salve a ti, por quien cesará la maldición! ¡Salve a ti, que eres la reedificación del Adán caído! ¡Salve a ti, paño de lágrimas de Eva! ¡Salve a ti, cumbre inaccesible al pensamiento humano! ¡Salve a ti, abismo imprenetable a los mismos ojos de los ángeles! ¡Salve a ti, porque eres el trono del gran Rey! ¡Salve a ti, que llevas al que todas las cosas lleva! ¡Salve a ti, Estrella precursora del Sol! ¡Salve a ti, seno de la encarnación divina! ¡Salve a ti, por quien la creación fué renovada! ¡Salve a ti, por quien y en quien es adorado el Creador! ¡Salve, Esposa Virgen!

La Toda Santa, conociendo su castidad, se atrevió a decir a Gabriel: Lo extraño de tu palabra parece difícil que lo admita mi alma. ¡Cómo anuncias un alumbramiento sin concepción ordinaria, cantando: Aleluya!

Y él no temió responder aclamándola con veneración: ¡Salve a ti, que estás iniciada en el inefable consejo! ¡Salve a ti, preludio de las maravillas de Dios! ¡Salve, resumen de sus dogmas sagrados! ¡Salve, celestial escala, por la cual bajó Dios! ¡Salve, Puente que lleva a los de la tierra al cielo! ¡Esposa Virgen, salve!

La virtud del Altísimo cubrió entonces a la Virgen con su sombra, para darla el concebir; y de su seno fecundo, nació la fuente de la salvación para todos los que cantan: Aleluya.

Agitado por una tempestad de pensamientos contradictorios, el casto José se turbó pero al saber, oh Purísima, que concebiste por obra del Espíritu Santo, exclamó: Aleluya.

Para ti, como a general invencible, mis cantos de victoria. A ti, que me has librado de mis males, ofrezco mis cantos de gratitud, yo, tu ciudad, oh Madre de Dios. Ya que tienes un poder invencible, líbrame de toda clase de peligros para que pueda aclamarte: ¡Esposa Virgen, salve!

Los pastores, al oír a los ángeles que anunciaban la venida del Salvador encarnado, corren hacia él como a su Pastor. Le contemplan como a un cordero sin mancha, alimentado en el seno de María, y cantan a ésta diciendo: ¡Salve, Madre del Cordero y del Pastor! ¡Salve, Pastor de las ovejas espirituales! ¡Salve, Socorro contra los enemigos invisibles! ¡Salve, llave de las puertas del Paraíso! ¡Esposa Virgen, salve!

Los hijos de los Caldeos, al ver en los brazos de la Virgen al que con su mano creó a los hombres y, reconociendo en él al Señor, disimulado en la forma de esclavo, se apresuraron a ofrecerle el homenaje de sus dones, diciendo a la bendita entre todas: ¡Salve, Madre del Astro sin crepúsculo! ¡Salve, aurora del día misterioso! ¡Salve a ti, que hiciste cesar el que se adorase al fuego! ¡Salve, Guía de los Persas, camino de la sabiduría! ¡Esposa Virgen, salve!

Convertidos en heraldos de Dios, los Magos volvieron a Babilonia a cumplir tu oráculo divino, oh Cristo, predicándote ante todos una vez que se alejaron del insensato Herodes, que no sabía cantar: Aleluya.

¡Salve, reparación de la humanidad! ¡Salve, ruina de los demonios! ¡Salve, mar que ahogaste al Faraón espiritual! ¡Salve, roca que saciaste a las almas sedientas de vida! ¡Salve, abrigo del universo, de mayor extensión que la nube! ¡Salve, alimento que reemplazaste al maná! ¡Salve a ti, que nos sirves las santas delicias! ¡Salve, tierra prometida! ¡Salve a ti, de quien mana miel y leche! ¡Esposa Virgen, salve!

Cuando Simeón estaba a punto de dejar este mundo engañador, le fuiste presentado como niño, pero te diste a conocer a él como a Dios perfecto. Por eso, se admiró de tu inefable sabiduría, diciendo: Aleluya.

¡Salve, columna de la virginidad! ¡Salve, muralla contra el mal! ¡Salve, imagen viva de las fuentes sagradas del Bautismo.

Salve a ti, que borras la mancha del pecado! ¡Salve, causa de la regeneración espiritual! ¡Salve a ti, que concedes nueva vida a los que habían sido concebidos en pecado! ¡Salve a ti, que diste a luz al sembrador de la castidad! ¡Salve, palacio nupcial del matrimonio virginal! ¡Salve, hermosa nodriza de vírgenes! ¡Salve a ti, que eres el aderezo de las almas santas! ¡Salve, tabernáculo del Verbo de Dios! ¡Salve, santa mayor que todos los santos! ¡Salve, preciosa diadema de los santos reyes! ¡Salve, torre inexpugnable de la Iglesia! ¡Salve, muralla indestructible del Estado! ¡Salve, salud de mi cuerpo! ¡Salve, protección de mi alma! ¡Esposa Virgen, salve!

Oh Madre merecedora de toda alabanza, Tú que has dado a luz al Verbo, más santo que todos los santos, recibe en este día nuestros homenajes. Líbranos de toda desgracia y preserva de la condenación eterna a los que te cantan: Aleluya. *(Triod.,* ed. rom., p. 506 y sigs.)

Liturgia etiópica 16

¡Regocíjate, oh tú, de quien imploramos la salvación, oh Santa llena de gloria, siempre Virgen, Madre de Dios! Haz que suba nuestra oración hasta las alturas en que está Jesús, tu Hijo muy amado. Alégrate, tú, que diste a luz para nosotros a la Luz de la verdadera justicia, a Cristo nuestro Dios. Oh Virgen Santa, intercede por nosotros cerca de Nuestro Señor para que tenga piedad de nuestras almas y nos perdone nuestros pecados. Consuélate, oh Virgen María, Madre de Dios, Santa, verdadera orante en favor de la familia humana; pide a Cristo, Hijo tuyo, nos haga dignos del perdón de nuestros pecados. Gózate, oh Virgen, verdadera Reina. Alégrate, honor de nuestra raza, que para nosotros diste a luz al Emmanuel. Te rogamos que te acuerdes de nosotros ante el acatamiento de Nuestro Señor Jesucristo, oh verdadera suplicante, para que nos perdone nuestros pecados. *(Oraciones al hacer la incensación en la Liturgia de la Misa, ibid.*, p. 375.)

II. — LOS SANTOS ANGELES

Liturgia griega 17

Te encuentras sobre todo Principado y toda Potestad, sobre toda Virtud y toda Dominación, por encima de todo nombre que pueda pronunciarse no sólo en este mundo sino también en el mundo venidero. Millares de millares y miriadas de santos ángeles están delante de ti con los ejércitos de los arcángeles. También están ante ti los dos seres más venerables, los Querubines cubiertos de ojos y los Serafines de seis alas, que con dos se cubren la cara, con otras dos se tapan los pies y con las otras dos vuelan. Con una lengua incansable, con alabanza ininterrumpida, se interpelan coreando el himno triunfal tres veces santo, aclamando tu gran gloria, cantando, glorificando y diciendo: Santo, Santo, Santo es el Señor de los ejércitos, el cielo y la tierra están llenos de tu gloria. Ya que todo te glorifica continuamente, acéptanos, Señor y Dios, te rogamos, las bendiciones de los que, unidos a todos los que cantan tu santidad, cantamos tu alabanza y decimos: Santo, Santo, Santo es el Señor de Sabaoth, el cielo y la tierra están llenos de tu gloria. *(Oración de la Liturgia de San Marcos,* BRIGHTMAN, *Liturg. East. and West.,* I, pág. 131.)

Dios Santo, que descansas en los Santos, que eres celebrado por la voz de los Serafines que cantan el Trisagio; que eres glorificado por los Querubines y eres celebrado de todos los poderes del cielo; Tú, que has sacado todas las cosas del no ser al ser, que creaste al hombre a tu imagen y semejanza, que le has ador-

nado de toda clase de gracias, que otorgas, a los que lo piden, sabiduría e inteligencia, que no desprecias al pecador... Acepta, Dueño mío, el himno del Trisagio aunque salga de nuestras bocas pecadoras y míranos con tu bondad... Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, ten misericordia de nosotros *(Liturgia de San Juan Crisóstomo, Oración del Trisagio.)*

18 *Padres latinos*

Al bajar Jesucristo a tomar la naturaleza humana, vino acompañado de una celestial asistencia; otro tanto ocurrió al anunciar a María la buena nueva, al ver los pastores la asamblea celeste y oír su voz y al servirle los ángeles después de haber sido tentado por el demonio. De ese modo se inclina el cielo, cuando la virtud y el honor de los seres celestes bajan hasta la tierra. (SAN HILARIO, *Tract. in Psalm.* 143; P. L., 9, 849, A).

Decimos que hay nueve órdenes de ángeles. En efecto, por el testimonio de la Sagrada Escritura sabemos positivamente que hay: Angeles, Arcángeles, Virtudes, Potestades, Principados, Dominaciones, Tronos, Querubines y Serafines. Que hay Angeles y Arcángeles, casi todas las páginas del texto sagrado nos lo aseguran; en cuanto a los Querubines y Serafines, ya se sabe que de ellos se habla con frecuencia en el libro de los Profetas. Además, el Apóstol San Pablo enumera los nombres de cuatro órdenes en este pasaje de su Epístola a los Efesios: "Por encima de todo Principado, de toda Potestad, de toda Virtud, de toda Dominación." Y añade escribiendo a los Colosenses: "Sean los Tronos, sean las Potestades, sean los Principados, sean las Dominaciones." Juntando, pues, los Tronos a los cuatro órdenes de que se habló a los Efesios, tenemos cinco órdenes; y si a ésos se añaden los Angeles y los Arcángeles, los Querubines y los Serafines resulta que hay realmente nueve órdenes de ángeles.

Ahora bien, hay que saber que esta denominación de ángeles designa su función y no su naturaleza; pues, si estos espíritus bienaventurados de la patria celestial siempre son espíritus, no siempre se pueden llamar ángeles; son ángeles únicamente cuando anuncian algo. Por eso dice un salmo hablando de Dios: "El que de los espíritus hace sus ángeles". Como si explícitamente dijese: Tiene siempre a su disposición los espíritus; y cuando quiere, los hace sus ángeles.

Los que anuncian las cosas menos importantes se llaman simplemente Angeles, y se llaman Arcángeles los que anuncian los misterios mayores. Y he aquí por qué no fué un ángel cualquiera, sino el arcángel Gabriel el que envió Dios a la Virgen María. Como se trataba del mensaje más grande, convenía que el mayor de los ángeles cumpliese este ministerio. Además, estos arcángeles reciben nombres especiales que expresan los efectos de su operación. Así Miguel significa: "¿Quién como Dios?" Gabriel: "Fuerza de Dios." Rafael: "Medicina de Dios." Siempre que se trata de algo que exige un poder extraordinario, la Escritura cita como enviado a Miguel, para que su nombre, de igual modo que su acto, nos de a entender que nadie puede hacer lo que Dios hace con su incomparable poder. Por eso el antiguo enemigo decía en su orgullosa ambición de hacerse como Dios: "Subiré hasta los cielos, pondré mi trono por encima de los astros del cielo y seré semejante al Altísimo" *(Is.* XIV, 13). Al fin del mundo cuando quede abandonado a sus propias fuerzas para perecer en el eterno suplicio, tendrá que luchar contra el arcángel Miguel" *(Apoc.* XII, 7). Igualmente el arcángel que envió a María, es Gabriel, cuyo nombre significa Fortaleza de Dios. Venía efectivamente a anunciar a Aquel que, para hacer sentir su poder a las potestades aéreas, se dignó manifestarse en la humillación. Y por fin, como ya dijimos más arriba, Rafael quiere decir: Remedio de Dios; y efectivamente, este arcángel,

al tocar los ojos de Tobías como para curarle, disipó las tinieblas de su ceguera. (San Gregorio Magno: *Homil. 34 sobre el Evang.*, P. L., 76, 1249.)

19 *Padres griegos*

Hasta ahora la creación gime con los dolores del parto, sujeta por nosotros a la vanidad (*Rom.*, VIII, 20), viendo en nuestra desgracia un detrimento para ella. Y durará esto hasta que llegue la manifestación de los hijos de Dios, por los que viven los ángeles inquietos y en continua expectación, y hasta tanto que la oveja salvada se junte con la centena feliz, porque las ovejas somos nosotros, y el buen Pastor nos salvó al hacerse primogénito. Pero entonces, en una súplica ferviente en favor nuestro, presentará su acción de gracias al que por medio del primogénito llamó a la que se había descarriado lejos de la casa paterna. (San Gregorio Niseno. *Contr. Eunom.*, 4; P. L. 45, 636, A.)

Cuando la gracia congregue a los hombres y a los ángeles, cantarán el himno de acción de gracias. (San Gregorio de Nisa, *in Psalm.* P. G. 44, 484, B.)

III. — SAN JUAN BAUTISTA

Liturgia romana 20

Al llegar el Redentor de nuestra raza, al momento se acercó a San Juan su amigo, cuando éste se hallaba todavía en el vientre de su madre. Desde el seno de Isabel reconoció Juan a Jesucristo encerrado en el seno de María; y, saltando de gozo en su envoltura natural, exclamó: Veo al Señor, que ha fijado límites a la naturaleza, y espero el tiempo de nacer; el término de los nueve meses no me es necesario aquí, porque tengo conmigo al que es eterno; saldré; saldré de esta mansión tenebrosa, predicaré la ciencia de cosas admirables. Soy una señal, presagiaré la venida de Cristo. Soy una trompeta, bendeciré la lengua de mi padre y la desataré para que hable. Resonaré como una trompeta y daré vida al vientre de mi madre.

Tú ves, carísimo, cuán nuevo y admirable es este misterio. No ha nacido Juan aún, y ya se da a conocer por los movimientos; no se le ve todavía, y ya dirige amenazas; no ha llegado a la edad de poder dar gritos, y se deja oír con obras; no ha comenzado aún su vida, y ya publica la gloria de Dios; no ve aún la luz, y señala ya al Sol verdadero; no ha nacido todavía, y se apresura a obrar como precursor. Es que no puede ya contenerse estando en presencia del Señor; no puede ya esperar el plazo que fijó la naturaleza; y se esfuerza por romper la cárcel del seno de su madre y se dedica a dar a conocer por adelantado la venida del Salvador. Ha llegado, dice, el que rompe las cadenas; y ¿cómo continúo yo aquí encadenado? ¿Estoy

aquí para seguir así siempre? El Verbo ha llegado para ordenar todas las cosas; y ¿continuaré yo aquí todavía cautivo? Saldré, correré, diré a todos muy alto: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo."

Pero, dinos, Juan, ¿cómo, estando aún encerrado en la oscura mansión del seno materno, puedes oír y ver? ¿Cómo contemplas las cosas divinas? ¿Cómo puedes tener movimientos y transportes? Se encierra en todo eso, dice, un gran misterio; es un acto que excede a la inteligencia humana. Es necesario que yo introduzca innovaciones en el orden de la naturaleza, en atención al que tiene que hacerlas en el orden de la gracia. Veo, estando aún en el seno de mi madre, porque me ilumina y me hace ver el Sol que está en un seno virginal. Oyen mis oídos, porque nazco para ser la voz de Aquel que es el Verbo por excelencia. Lanzo exclamaciones, porque considero al único Hijo de Dios envuelto en carne. Salto de gozo, porque veo al Creador del universo apropiándose la naturaleza humana; me transporto, porque el Redentor del mundo tomó un cuerpo; soy el Precursor de su venida y vengo en cierto modo ante vosotros para dar fe. *(Homil. de San Juan Crisóstomo,* 2.° Nocturno de la fiesta de la Visitación de la Santísima Virgen.)

21 *Liturgia ambrosiana*

Juan ve en el seno materno la luz que contemplan las almas, no los sentidos, y salta de gozo en el Señor. Ya ha nacido el Precursor de la luz, el profeta admirable que señala al Cordero que viene a quitar los pecados del mundo. *(Psallenda de la Antífona de Laudes de la Fiesta.)*

22 *Liturgia romana*

Es justo en verdad alabarte, Señor, en este día, en que nació el Bienaventurado Juan Bautista. Antes de

ver las cosas de la tierra, conocía ya el cielo; anunciaba la luz de la eternidad antes de percibir la del tiempo; testigo de la verdad antes de entrar en el mundo, profeta antes de haber nacido; oculto en las entrañas maternas, anuncia aun entonces, con su estremecimiento profético, al único Hijo de Dios; precursor de tu Ungido antes de haber nacido. Y nada nos admira, Señor, que, una vez ya en este mundo, haya señalado a tu Hijo, a quien reconoció antes, estando todavía oculto en el vientre de su madre. Es certísimo que entre los hijos de mujer no hubo otro parecido; pues no se oyó nunca que a hombre alguno, antes de entrar en las condiciones de la vida humana, se le haya dado una comisión respecto a la Divinidad. Cuán admirable sea el anunciado, lo prueban claramente las maravillas del que lo anuncia. Es asimismo conveniente que, como servidor titular del baño simbólico, ejerciese su ministerio con Aquel que venía a consagrar el misterio del verdadero bautismo; al predicar a los mortales la remisión de los pecados, parecía de justicia que obedeciese al que él había señalado como venido a este mundo para borrar los pecados. *(Prefacio del Sacramentario Leonino,* P. L., 55, 45.)

IV. — LOS SANTOS APOSTOLES

a) LOS AMIGOS DEL SEÑOR

Liturgia romana 23

Mi mandato es el siguiente: Que os améis los unos a los otros como yo os he amado *(Jn.,* XV, 12). — Sois mis amigos si cumplís lo que os he mandado, dice el Señor *(Jn.,* XV, 14). — Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos *(Jn.,* XV, 13). *(Antífonas de Laudes del Común de los Apóstoles.)*

Bebieron el cáliz del Señor, y han quedado amigos de Dios. *(Responsorio de Maitines.)*

b) SAN PEDRO Y SAN PABLO

Liturgia griega 24

Diste a tu Iglesia, o Dios de bondad, a los Santos Apóstoles para gloria y alegría de ella. Pedro y Pablo, antorchas espirituales, soles de las almas, resplandecen magníficamente en esta Iglesia. El universo refulge con sus rayos; por medio de ellos disipaste las tinieblas del Occidente, Jesús todopoderoso, Salvador de nuestras almas.

Oh Señor, diste la estabilidad a tu Iglesia en la firmeza de Pedro y en la ciencia y sabiduría maravillosa de Pablo. Pedro, corifeo de los ilustres Apóstoles, tú eres la roca de la fe; y tú, Pablo admirable, eres el Doctor y la luz de las Iglesias. Ya que estáis ante

el trono de Dios, interceded por nosotros cerca de Cristo. *(Vísperas menores;* Meneas, ed. rom. V, 384.)

25 *Liturgia armenia*

Fundada sobre la piedra firme de la fe, la Iglesia de Dios en este día se regocija por la solemnidad de los Apóstoles que la embellecieron con joyas inestimables para gloria del Verbo hecho carne. Uno de ellos, con la luz del Padre que está en los cielos, proclamó la naturaleza inefable del Hijo único, y, bendito por la gracia de Dios, mereció ser la piedra contra la cual las puertas del infierno no prevalecerán; el otro, aunque mortal aún, sobrepasó con su vuelo inmaterial a las legiones angélicas, y la sabiduría eterna le consideró digno de un rapto hasta el tabernáculo de los cielos.

Señor, tú, con preferencia a los demás apóstoles elegidos por ti, designaste al bienaventurado Pedro por cabeza de la fe y por fundamento de la Iglesia, y, por un llamamiento de lo alto, elevaste al apostolado al Vaso de elección para que, revelándolas el misterio oculto de Cristo, convocase él mismo a las naciones a la salvación; tú, por medio de estos dos elegidos, lumbreras del mundo, has consolidado a tu Iglesia; en atención a sus oraciones, oh Cristo, ten misericordia de nosotros. (CHARAGAN: *Canon de Pierre et Paul.)*

26 *Liturgia siriaca*

Jesucristo pescó a Simón el pescador. Desde entonces, Simón pesca a los hombres a modo de peces y los lleva a la vida. Lanzó en la misma Roma su red y la sacó llena; ha sujetado a la leona de igual manera que a una oveja y la ha conducido a la Iglesia; y ella al momento, horrorizada de los ídolos, volvió la espalda a estas obras de manos de hombres y adoró la cruz del Salvador. *(Himno del Oficio de la noche.)*

V. — LOS SANTOS MARTIRES

Adoramos a Cristo como a Hijo de Dios, pero con razón veneramos a los mártires como a discípulos e imitadores del Señor. *(Martirio de San Policarpo*, 17, 3.)

Me es mucho más glorioso morir por Cristo Jesús que reinar hasta el confín del mundo. A quien busco es a este Jesús, que resucitó por nosotros. He aquí el momento en que voy a nacer. Por favor, hermanos, perdonadme: no me impidáis que nazca a la vida, no busquéis mi muerte... Dejadme imitar la pasión de mi Dios. (IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Ad Rom.*, 6, 1-2.)

Los mártires se convertirán en émulos e imitadores de Cristo, que, siendo por naturaleza Dios, no juzgó fuese para él una usurpación el ser igual a Dios; por más que se encontrasen en tan encumbrada gloria y hubiesen dado testimonio no una o dos veces sino muchas y hubiesen sido llevados a las fieras y cubiertos de quemaduras, heridas y llagas, con todo, ellos no se proclamaban mártires ni consentían que les diesen ese nombre; y si alguno entre nosotros los llamaba así en una carta o en una conversación, le reprendían ásperamente. Les gustaba, en efecto, dar este título a Cristo, testigo fiel y verdadero, primogénito entre los muertos, primer autor de la vida de Dios. (EUSEBIO, *Hist. Ecles., V 2, 2-3;* P. G. 20, 433.)

Los que se encuentran bien, piden la conservación de su salud y los que luchan contra la enfermedad, la curación; los que no tienen hijos, se los piden a los

mártires; las mujeres estériles los invocan para ser madres y las que disfrutan de esta bendición, les suplican que se la conserven. Los que emprenden un viaje los quisieran tener por guías y compañeros, y los que regresan van a rendirles tributo de gratitud. (TEODORETO, *Graecor. Affect. curat. 8, 63;* P. G. 83, 1031.)

28 *Padres latinos*

Los mártires, que lavaron sus pecados, si es que los tenían, en su propia sangre, ellos son los que pueden pedir perdón por nuestros pecados; y son mártires de Dios, son nuestros jefes, y testigos de nuestra vida y de nuestras acciones. No nos avergoncemos de tomarlos por intercesores en nuestras miserias. También ellos conocieron las flaquezas del cuerpo, aunque las dominaron. (SAN AMBROSIO, *De Viduis, 9, 55;* P. L. 16, 251.)

La justicia de los mártires es perfecta; en su pasión adquirieron la perfección. Por eso la Iglesia no ruega por ellos. Ruega por los demás fieles difuntos, mas no por los mártires. Salieron de este mundo tan perfectos, que, en vez de ser nuestros clientes, son nuestros abogados. (SAN AGUSTÍN, *Sermón 285, 5;* P. L. 38, 1295.)

¿Cómo celebrar dignamente vuestras alabanzas, oh valentísimos mártires? ¿Qué acentos de elocuencia daré a mi voz para ponderar la fortaleza de vuestro corazón y la perseverancia de vuestra fe? Soportasteis los más crueles tormentos hasta consumarse vuestra gloria. No cedisteis a los suplicios; más bien los suplicios cedieron ante vosotros. No son las torturas las que pusieron fin a vuestros dolores, sino vuestras coronas. Por más que duró la carnicería de vuestros perseguidores, les fué imposible vencer vuestra fe siempre firme; lo único que consiguió, fué llevar más rápidamente a Dios a los hombres de Dios. La multitud de los espectadores contempló con admiración este combate celestial, combate de Dios, combate espiritual, combate de Cristo. Se vió la constancia de los servidores

de Cristo; hablaron con libertad, tuvieron alma pura, fueron valientes con virtud divina, estuvieron expuestos sin defensa a los flechazos de este mundo, pero también revestidos de las armas de una fe ardiente. Las víctimas atormentadas se mostraron más fuertes que los verdugos que las atormentaban; sus miembros heridos y desgarrados triunfaban de las uñas de hierro que los herían y despedazaban. Los golpes una vez y otra vez repetidos no lograron vencer la invencible constancia de su fe; a pesar de todo, su carne estaba en tal forma hecha pedazos, que a estos servidores de Dios no les quedaban ya más miembros para ser atormentados, sino partes llagadas. A chorros corría una sangre gloriosa para apagar el incendio de la persecución, al mismo tiempo que calmaba los ardores de la llama que consumía a los mártires. ¡Oh, qué espectáculo a los ojos del Señor! Fué ciertamente sublime, fué grande y agradable a Dios, por la constancia de los soldados que se alistaron en su milicia y se dedicaron a servirle. Como nos lo dice el Espíritu Santo y nos lo enseña en los Salmos: "La muerte de los justos es preciosa ante el Señor." Verdaderamente preciosa es esta muerte porque compra la inmortalidad a precio de la sangre derramada y porque adquiere la corona por la perfección de la virtud. ¡Oh, qué alegría recibió Jesucristo y con qué placer combatió y triunfó él mismo en estos hombres, servidores suyos. El, protector de la fe, da a los que creen en él tanto cuanto corresponde a la confianza de ellos. Estuvo presente a su combate. Sostuvo, dió fortaleza y ánimo a sus guerreros y a los que reclamaban el honor de confesar así su nombre. El es el que una vez venció a la muerte por nosotros, y el que siempre triunfa de ella en nosotros. (SAN CIPRIANO, *Epist.* 8; *Oficio de varios mártires durante el Tiempo Pascual,* 2.º Nocturno, 2.º loco.)

VI. — SANTOS MONJES Y CONFESORES

Padres orientales 29

Los mártires alcanzaron la perfección en un instante de lucha; la vida de los monjes, combate diario por Cristo, es también un martirio. Y no es sólo una lucha contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los amos del mundo de las tinieblas, contra los espíritus del mal. La ofensiva hay que sostenerla hasta el último aliento; después, los luchadores, revestidos de la armadura de Dios, reciben la corona. (SEUDO-ATANASIO, *Doctrina ad Monachos*, P. G., 28, 1424, C.)

Liturgia romana 30

Este santo confesor del Señor, cuyas alabanzas repiten con piedad los pueblos en todo el mundo, mereció entrar hoy lleno de gozo en el cielo. — Vivió en la tierra con piedad, prudencia, humildad e inocencia; llevó una vida sobria y sin mancha, mientras su alma animó a su cuerpo mortal. — Por sus méritos insignes, los enfermos y dolientes ven muchas veces que cede la violencia de su mal y vuelven a disfrutar de buena salud. Esta es la causa de que nuestras voces hagan coro para cantar sus alabanzas y su triunfo, a fin de que durante nuestra vida no cese de ayudarnos con sus oraciones. *(Vísperas del Común de Confesores;* Himno *Iste Confessor.)*

VII. — VIRGENES

Padres latinos 31

Llevaréis a las bodas del Cordero un cántico nuevo que tañeréis con vuestras cítaras. No como el que canta toda la tierra, y del que se dice: *Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor, mundo universo,* sino un cántico como nadie podrá salmodiarlo, sino vosotros. Así os vió en su rapto aquel varón amado sobre todos por el Cordero y que solía descansar sobre su pecho y bebía y ensalzaba el Verbo de Dios sobre todas las maravillas celestiales. El os vió en el número de ciento cuarenta y cuatro mil santos que tañían sus cítaras de inmaculada virginidad en el cuerpo e inviolada verdad en el corazón; y escribió de vosotros porque seguís al Cordero donde quiera que vaya.

Y ¿a dónde irá este Cordero para que nadie ose seguirle ni pueda, sino vosotros? ¿A dónde pensamos que irá? ¿A qué bosques y praderas? Allí, creo, donde los brezos son gozos, no los gozos vanos de este siglo, ni las falaces locuras, ni aquellos gozos que tendrán en el reino de Dios los que no han sido vírgenes, sino unos gozos singulares, distintos de todos los otros. El gozo de las vírgenes de Cristo será de Cristo, en Cristo, con Cristo, tras Cristo, mediante Cristo y por Cristo. Los gozos singulares de las vírgenes de Cristo no serán como los de los no vírgenes, aunque también de Cristo. A cada uno los propios, pero a nadie semejantes a aquéllos. ¡Id a gozar de ellos, seguid al Cordero, pues también es virgen su carne! El ha conservado en sí lo que no quitó en su madre ni al ser concebido ni en su nacimiento. Con razón le seguís donde quiera que vaya con la virginidad del corazón y de la carne. (SAN AGUSTÍN, *De*

Sancta Virginitate, 27; P. L. 40, 410. La traducción está tomada de la ed. de la Biblioteca de Autores Cristianos [BAC], Madrid, 1954.)

32 *Liturgia romana*

Oh Dios, huésped benigno de los cuerpos castos y amador de las almas incorruptas, tú reparaste en tu Verbo, por quien fueron hechas todas las cosas, la naturaleza humana, viciada por el engaño del diablo. Y lo hiciste tan bien, que no sólo restituiste la inocencia bautismal a esta naturaleza, sino que la diste a gustar de antemano los bienes eternos, elevando a los que aún andan en esta vida mortal a un estado semejante al de los ángeles. Echa una mirada, Señor, sobre estas tus siervas que, poniendo en tus manos su deseo de continencia, te ofrecen su consagración a ti, de quien recibieron el hacer sus votos. ¿Cómo podría el alma cercada en carne mortal superar la ley de la naturaleza, la licencia de los instintos, la violencia de la costumbre, los estímulos de la edad, si tú, oh Dios, no encendieses en ella clemente por el libre albedrío el amor de la virginidad, si tú no alimentases benigno en su corazón este deseo, si tú no la dieses la fuerza? Derramada tu gracia por todos los pueblos, en todas las naciones que hay bajo del cielo adoptaste herederos de la Nueva Ley como en número incalculable de estrellas; entre las virtudes que infundiste en tus hijos no engendrados por la sangre ni por la voluntad de la carne, sino por tu Espíritu Santo, brotó de la fuente de tu liberalidad un don especial para algunas almas: sin disminuir con ninguna prohibición el honor de las bodas y persistiendo sobre el santo matrimonio la bendición nupcial, se dan almas más nobles que en la unión del hombre y de la mujer aman el misterio en ella representado y no el acto a que da derecho, no lo que se hace en las bodas, sino lo que en ellas se significa. *(Prefacio del Pontifical romano en la Consagración de las Vírgenes.)*

VIII. — FIESTA DE LA CRUZ

Liturgia griega 33

Trofeo invencible, inexpugnable defensa, cetro divino, adoramos, oh Cristo, tu santísima Cruz por la cual se salvó el mundo y Adán salta de contento. Cantémosla en nuestros himnos, coros de hombres, y venerémosla; y al celebrar su divina Exaltación, imploremos nuestro perdón. *(Exaltación de la Santa Cruz, Stijeron de las Vísperas menores.* Meneas, ed. rom., t. I, 153.)

Moisés te simbolizaba al extender las manos hacia el cielo y poner en fuga al tirano Amalec, oh Cruz venerable, ornamento de los creyentes, fortaleza de los mártires, gloria de los Apóstoles, defensa de los justos, salvación de todos los santos. Por lo cual, a la vista de tu Exaltación, la creación se regocija y se pone de fiesta glorificando a Cristo, cuya suma bondad juntó por ti lo que estaba separado. *(Id. stijeron de las Vísperas menores; ibid.,* p. 153.)

El que engañó a nuestro padre Adán con el árbol, ha quedado burlado por la Cruz; el que tiránicamente se había apoderado de la imagen de su Rey, cae precipitado en una ruina espantosa. Con la sangre divina se neutraliza el veneno de la serpiente y la maldición del que condenó al Justo. El árbol tenía que curar al árbol. Y por la Pasión del impasible se tenían que perdonar todas las penas al que había sido condenado por causa del árbol. *(Id., ibid.,* p. 154.)

El patriarca Jacob, al bendecir a sus nietos, oh Cristo, poniendo sus manos cruzadas encima de sus ca-

bezas, prefiguraba la Cruz. *(Id. idiomelon de la procesión, íd.,* p. 156.)

Al trazar de pie delante de él la señal de la cruz con la vara, Moisés abrió el Mar Rojo a Israel y por él pasó a pie enjuto; luego, volviéndose, le hizo retumbar con el estrépito de los carros volcados del Faraón y lo volvió a cerrar inscribiendo en su inmensidad el arma invencible. Por eso, cantamos a Cristo Dios nuestro, pues se ha llenado de gloria.

Moisés fué en su persona figura de tu inmaculada Pasión como mediador de los dones sagrados. Con los brazos en alto puestos en cruz señaló con sus manos extendidas un trofeo que determinó la derrota del poderosísimo Amalec. Moisés puso en alto como sobre una roca el remedio que podía librar a los hombres de una mordedura perjudicial y venenosa; ató a una vara, figura de la cruz, la serpiente que siniestramente se arrastra por la tierra, y por ella se libró del dolor. *(Canon del orthros,* 1.ª *Oda, ibíd.,* p. 159-160.)

34 *Padres latinos*

HOMILIA DE SAN LEON MAGNO

¡Oh poder admirable de la Cruz! ¡Oh gloria inefable de la pasión! En ella se hace patente el tribunal del Señor, el juicio del mundo y el poder del Crucificado. Porque tú, Señor, atrajiste todas las cosas a ti e hiciste comprender al mundo entero que debía reconocer tu majestad, cuando tuviste extendidas todo el día tus manos hacia un pueblo incrédulo y opuesto a ti. Atrajiste, Señor, todas las cosas a ti cuando todos los elementos en unánime sentencia proclamaron execrable el crimen de los judíos; cuando, obscureciéndose los luminares del cielo y trocándose en noche el día, la tierra se estremeció con sacudidas extrañas y las criaturas se negaron a servir a aquellos impíos. Atrajiste todas las cosas a ti porque, cuando se rasgó el

velo del templo, el Santo de los Santos repudió a sus pontífices indignos, para que la figura se convirtiese en realidad, la profecía en demostración y la ley en Evangelio. Atrajiste, Señor, todas las cosas a ti para que la devoción de todas las naciones de la tierra celebrase como misterio ya cumplido y manifiesto lo que se ocultaba en sombras de figuras en el único templo de Judea. Ahora, en efecto, el orden de los Levitas es más ilustre, la dignidad de los Ancianos es más excelente, la unción de los sacerdotes más santa, porque tu Cruz es la fuente de todas las bendiciones y la causa de todas las gracias; por ella es dado a los creyentes sacar fuerza de su debilidad, gloria del oprobio, vida de la muerte. También ahora, abolida la variedad de los sacrificios carnales, la sola ofrenda de tu cuerpo y de tu sangre suple a toda clase de víctimas porque tú eres el verdadero Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo; y de tal suerte cumples en ti todos los misterios, que, como un solo sacrificio suple a todas las víctimas, así de todas las naciones se hace un solo reino. *(Sermón 59 de Passione Domini,* **P. L. 54, 341.)**

velo del templo, el llanto de [illegible] ecos repitió a mis pontífices indignos para que la [illegible] se convirtiese en realidad [illegible] ley en [illegible] para que la [illegible] se [illegible] se [illegible] el único templo de [illegible] más ilustre [illegible] es más excelente la [illegible] porque [illegible] la causa de todo [illegible] tres [illegible] gloria del oprobio [illegible] la variedad de los sacrificios carnales, ni sola ofrenda de la entera [illegible] sangre [illegible] toda clase de víctimas porque tú eres el verdadero [illegible] de Dios que quitas los pecados del mundo, y [illegible] en ti todos los misterios, que [illegible] sacrificio suple a todas las víctimas, así [illegible] todas las [illegible] se hace un solo reino. (Tract. [illegible] Passione Domini, P. L. 54, 341.)

IX. — DEDICACION DE LAS IGLESIAS

Liturgia latina 35

Salud, Jerusalén, ciudad celeste,
Visión feliz de paz,
Que de vivientes piedras construída
Te elevas a los astros,
Y te ves, cual Esposa, cortejada
Por mil millares de Angeles.
Oh tú, en buena hora desposada,
Pues la gloria del Padre en dote llevas,
Vestida con las gracias del Esposo,
La más hermosa reina,
Con Cristo Rey unida,
Ciudad esplendorosa de los cielos.
Allí las perlas te abrillantan
Y a todos están francas las entradas;
Allí por las virtudes precursoras
Llevado es el mortal
Que, herido del amor de Cristo,
Supo sobrellevar aquí tormentos.
Con toques saludables de cincel,
Con golpes repetidos,
Puliendo va el martillo del Artífice
Las piedras que esta fábrica levantan,
Y unidas y ajustadas aptamente
encajan en el célico edificio.
Desde la cumbre excelsa del Empíreo
Del Padre eterno el Hijo,
Como piedra del monte desgajada
A los terrenos valles descendiendo,

Del templo terrenal y del celeste
Juntó los dos extremos angulares.
Mas la mansión aquella de los santos
Siempre resuena en ecos de alabanza
Y al Dios que es uno y trino
Ensalza con continuas cantinelas;
Los nuestros a sus cantos asociamos,
Aquella Sión mística emulando.
Divino Rey del cielo, nuestros templos
Inunda de tu lumbre placentera;
Aquí Tú, a quien rogamos sé presente
Y acoge los deseos de tu grey,
Y nuestros corazones de continuo
Visita con la gracia celestial.
Aquí logren las voces
Y las rendidas preces de los fieles,
Los dones de la patria venturosa,
Y gocen de las gracias obtenidas
Hasta que, ya del cuerpo libertados,
Ocupen las moradas de la gloria.

(Himno del Oficio de la Dedicación en Vísperas y Laudes. La traducción es del Rmo. P. Isaac M.ª Toribios, Abad de Silos, quien la hizo para el *Breviario Romano* del Rmo. P. Andrés Azcárate, Abad de San Benito de Buenos Aires.)

36 *Padres griegos*

SERMON DE SAN JUAN CRISOSTOMO

Esta Iglesia es la casa común de todos. Vosotros entráis los primeros y luego os seguimos nosotros, observando la norma dada a los Apóstoles. Ahora bien, para acomodarnos a la ley que se les dió, en cuanto hemos entrado os hemos deseado la paz... Pues aquí, hermanos, se encierran nuestras mayores riquezas: aquí se halla el objeto de todas nuestras esperanzas. ¿Qué hay aquí que no sea grande y admirable? Esta mesa es

mucho más santa y más deliciosa que las vuestras, y más precioso este aceite, como lo saben los que, por recibir con fe esta unción en la enfermedad, se curaron de sus males. Esta arca, en donde se guarda la Eucaristía es también mucho más digna de estima y nos es mucho más necesaria que vuestros cofres y arcas. Porque, aunque no contiene trajes ricos, en ella está encerrada la misma misericordia, por más que se encuentren pocos que la disfruten y la posean. El lecho que hay en ella es eminentemente el más eficaz para reparar tus fuerzas, teniendo cuenta con que la lectura y meditación de las Escrituras son un descanso más agradable que el que pueden disfrutar nuestros miembros en cualquier lecho material. Si todos viviésemos en una perfecta unión, no necesitaríamos de seguro tener más casa que ésta. *(Hom. 32, in Mt.* P. G. 57, 384.)

Liturgia griega

He aquí que llega ya nuestra reconciliación. Dios se une de un modo inefable con los hombres. Nuestros yerros quedan reducidos a la nada por la palabra del arcángel, pues la virgen recibe contento: la tierra se convierte en cielo; el mundo queda libre de la antigua maldición. Regocíjese la criatura y cante a plena voz: Señor, Creador y Consolador nuestro, gloria a ti. *(Anunciación, Apostijes de la Virgilia, Vísperas,* Meneas, ed. rom., t. IV, 174.)

Padres latinos 37

SERMON DE SAN AGUSTIN

Cuantas veces, hermanos carísimos, celebramos la fiesta de la dedicación de un altar o de un templo, si lo consideramos sincera y atentamente y santa y justamente vivimos, veremos que todo lo que se realiza en los templos hechos por las manos del hombre, se

cumple enteramente en nosotros en la edificación espiritual. Pues no mintió aquel que dijo: "El templo de Dios, que sois vosotros, es santo." *(I Cor.,* III, 17); y también: "¿No sabéis que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo que está en vosotros?" *(I Cor.,* VI, 19). Por tanto, hermanos carísimos, ya que, sin ningún mérito nuestro anterior, conseguimos por la gracia de Dios ser convertidos en templos de Dios, trabajemos con su auxilio cuanto podamos para que Nuestro Señor no encuentre en su templo, es decir, en nosotros, nada que ofenda a los ojos de su majestad. Por el contrario, vacíese de vicios el interior de nuestro corazón y se llene de virtudes; ciérrese al diablo y se abra a Cristo: y de tal suerte trabajemos, que podamos abrirnos con las llaves de las buenas obras la puerta del reino celestial. Porque, la puerta de la vida se nos abre sin duda con las buenas obras, de igual modo que con las malas obras se nos cierra, como con cerraduras y aldabas. Por tanto, carísimos hermanos, examine cada cual su conciencia y, si se reconoce herido por algún pecado, procure antes purificarla con oraciones, ayunos y limosnas.

"Jerusalén, que se está edificando como una ciudad." Hermanos, cuando así habla David, Jerusalén estaba ya construída, no se la estaba edificando. No sé, pues, de qué ciudad habla cuando dice que se la está edificando y que corren hacia ella en la fe las piedras vivas de las que dijo San Pedro: "Y vosotros como piedras vivas sois edificados en casa celestial." *(I Pe.,* II, 5), es decir, en templo santo de Dios. ¿Qué quiere decir: "Sois edificados como piedras vivas"? Si tú crees, vives; si tienes fe, te conviertes en templo de Dios, pues dijo San Pablo: "El templo de Dios es santo y ese templo sois vosotros" *(I Cor.,* III, 17). La ciudad, pues, se esta ahora edificando. Las manos de los que predican la verdad, cortan las piedras de las montañas y las tallan para hacerlas entrar en la

construcción eterna. El arquitecto tiene todavía muchas piedras en sus manos; no caigan de sus manos, para que puedan ser labradas y puestas en la construcción del templo. Tal es, pues, "la Jerusalén que se está edificando como una ciudad"; su fundamento es Cristo. "Nadie, dice el Apóstol, puede poner otro fundamento que el que ha sido puesto, el cual, es Jesucristo" *(I Cor.,* III, 11).

Cuando están ya asentados los fundamentos en la tierra, las paredes se edifican encima, de modo que el peso de los muros va hacia abajo, porque abajo está el fundamento. Mas, si nuestro fundamento está en los cielos, seamos edificados hacia el cielo. Los cuerpos edificaron la fábrica de esta basílica, que veis cuán amplia se levantó y, como eran los cuerpos los que edificaban, pusieron los fundamentos abajo. Ahora bien, como nosotros somos edificados en edificio espiritual, nuestro fundamento se ha puesto arriba. Corramos, pues, hacia allá; seamos allí edificados, ya que de aquella Jerusalén está dicho: "Estaban nuestros pies en tus atrios, oh Jerusalén". (Salmo 121, 2; *Enarratio in Psalm. 121.)*

X. — TODOS LOS SANTOS

Liturgia romana 38

Cristo Redentor de todos, ampara a tus servidores, aplacado por la intercesión santa de la bienaventurada siempre Virgen. Y vosotras, falanges santas de los espíritus celestiales, alejad todos los males pasados, presentes y futuros.

Profetas del Juez eterno, Apóstoles del Señor, humildemente os rogamos nos salvéis con vuestras preces. Ilustres Mártires de Dios, Confesores esclarecidos, hacednos llegar al cielo con vuestras oraciones.

Coros de Vírgenes santas y de todos los monjes, hacednos partícipes de Cristo junto con todos los Santos. *(Himno de Vísperas de Todos los Santos, según el rito monástico.)*

Angeles, Arcángeles, Tronos y Dominaciones, Principados y Potestades, Virtudes de los cielos, Querubines y Serafines, Patriarcas y Profetas, Doctores Santos de la Ley, Apóstoles, todos los Mártires de Cristo, santos Confesores, Vírgenes del Señor, Anacoretas, Santos todos, interceded por nosotros. *(Primeras Vísperas, Antífona del Magnificat.)*

Liturgia griega 39

(Al principio de la Liturgia de la Misa, se hace respectivamente la fracción de las partículas): En memoria de Nuestro Señor Dios y Salvador Jesucristo... En honor y memoria de Nuestra bendita y gloriosa Señora la Madre de Dios y siempre Virgen María.

Por su intercesión recibe, Señor, esta ofrenda en tu altar celestial... En memoria del honorable y glorioso Profeta y Precursor Juan Bautista, de los santos y gloriosos profetas Moisés y Aarón, Elías y Eliseo, David, hijo de Jessé, de los tres santos jóvenes y de Daniel el profeta y de todos los santos profetas; de los santos gloriosos y benevolentísimos apóstoles Pedro y Pablo y de todos los santos Apóstoles; de nuestros padres en la santidad, de los grandes doctores ecuménicos y sacerdotales Basilio el Grande, Gregorio el Teólogo, Juan Crisóstomo, Atanasio y Cirilo, Nicolás de Mira y de todos los santos jerarcas; del santo protomártir y archidiácono Esteban, de los grandes santos mártires Demetrio, Jorge, Teodoro, de todos los santos mártires y de todas las santas mártires; de nuestros Padres justos y teóforos Antonio, Eutimio, Sabas, Onofre, Atanasio el Atónito, de todos los santos y de todas las santas ascetas; de los santos y taumaturgos Cosme y Damián, Ciro y Juan, Pantaleón y Hermolao y de todos los santos médicos; de los santos y justos padres de Dios, Joaquín y Ana y de todos los santos, por cuyas oraciones Dios tenga a bien concedernos su ayuda. *(Liturgia de la Misa; Oficio de la Prótesis.)*

INDICE

Págs.

EL TIEMPO DESPUES DE PENTECOSTES

Págs.

PROPIO DE LOS SANTOS

Págs.

Págs.

Págs.

Págs.

FLORILEGIO